

LA
HERMANDAD
DE LA
DIOSA

LA TRILOGÍA INSOMNE 3



SAMUEL VERNAL

LA
HERMANDAD
DE LA

DIOSA

La Trilogía Insomne 3

Samuel Vernal

© Samuel Vernal, 2019

www.samuelvernal.com

Todos los derechos reservados. No se permite, sin autorización escrita y previa del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático o electrónico. La infracción de los citados derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual y dar lugar a la aplicación de las sanciones establecidas por la ley.

*Para mi sobrina Izaro, con todo mi amor,
porque Kara nació con ella.*

*Para mi madre,
porque su legado permanecerá siempre en mí.*

"Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres".
(Génesis 6:4)

"Allí nacieron los famosos gigantes de los primeros tiempos, de gran estatura y expertos en la guerra. Pero no fue a ellos a quienes Dios eligió y les dio el camino de la ciencia; ellos perecieron por su falta de discernimiento, perecieron por su insensatez".
(Baruc 3:26, 3:27, 3:28)

LA TRILOGÍA INSOMNE

En La Trilogía Insomne se narran las crónicas de varios linajes que se perpetúan desde tiempos ancestrales. He aquí una relación de los integrantes más destacados de dichas familias, así como de algunos miembros de la Fundación Petunia y personas o entidades que, de una forma u otra, han entrado en contacto con ellos. El siguiente listado contiene secretos revelados en *El Rencor de la Montaña Insomne* y *Soñado por Brujas*.

Linaje de los berones:

Véspero Aizaga: abuela materna de David Vanner.

Francisco Elguea Leiva y Zubia: esposo de Véspero Aizaga. Conocido también como “el brujo de Laguardia”. Fallecido.

Sabina Elguea: hija de Véspero Aizaga y tía de David Vanner. Líder actual del linaje de los berones. Guardiana de la llave.

Concha Elguea: hermana de Sabina Elguea y madre de Lucía y Adrián Zuberoa.

María Elguea: hermana de Sabina Elguea y madre de David Vanner. Fallecida.

David Vanner: hijo de María Elguea y Ruud Vanner. Criado por Sabina Elguea tras el fallecimiento de María Elguea.

Lucía Zuberoa: hija de Concha Elguea y del aristócrata Alejandro Zuberoa.

Adrián Zuberoa: hermano de Lucía Zuberoa.

Leuken: joven guerrero del poblado berón actualmente conocido como La Hoya. Centinela de Las Madres. Consiguió escapar del ataque a la aldea y poner a salvo la llave y a su hermana Kara.

Kara: hermana de Leuken y junto a él, protagonista de la huida del poblado de Luria / La Hoya para poner a resguardo la llave.

Linaje de los antiguos galeses de Anglesey:

Mary Anne Merrick: abuela de Anne Wellington. Fue Summa de la Fundación Petunia. Fallecida.

Betrys Wellington: hija de Mary Anne Merrick y madre de Anne Wellington. Esposa de Henry Wellington.

Anne Wellington: nieta de Mary Anne Merrick e hija de Betrys y Henry Wellington.

Elin Wellington: hermana de Anne Wellington.

Mildred Merrick: prima de Mary Anne Merrick.

Linaje de los bátavos:

Suzanne Bechs: líder actual del linaje de los bátavos. Presidenta del Consejo de Administración de Artechnia, la empresa donde trabaja David Vanner.

William Dik / Wilfried Dick: sobrino de Suzanne Bechs. En su juventud, fue sospechoso de participar en el asesinato de una muchacha en Holanda, motivo por el cual cambió su identidad por la de William Dik. Trabaja en Artechnia.

Fiona Bechs: hermana de Suzanne Bechs y madre de William Dik / Wilfried Dick. Fallecida.

Ruud Vanner: padre de David Vanner.

Hubert Vanner: hermano de Ruud Vanner.

Jacobus Vanner: familiar de Ruud y Hubert Vanner, autor de varios libros. Fallecido.

Fundación Petunia:

Begoña Argenta: Mayor del Jardín del Mar Cantábrico. Madre adoptiva de Mechero y esposa de Juan Mari. Fallecida.

Mechero / Borja Ayala: hijo adoptivo de Begoña Argenta y Juan Mari. Hijo biológico de la *jardinera* fallecida Julia Ayala.

Julia Ayala: madre biológica de Mechero. Fallecida.

Jon Arkaute: padre de Elia Arkaute y viudo de la también *jardinera* Maialen Zarate.

Maialen Zarate: esposa de Jon Arkaute. Fallecida.

James O'Connor: Mayor del Jardín del Mar del Norte. Amigo de la fallecida Mary Anne Merrick. Profesor, vigilante y cuidador de Anne Wellington.

Koldo de Andrés: *jardinero* mentor de Peter Magnusson.

Lourdes del Río: guía de Anne Wellington tras su ingreso en la Fundación Petunia. Pupila de Koldo de Andrés. Confidente y amiga del fallecido Tomás Benguría.

Tomás Benguría: jefe de prensa de Artechnia. *Jardinero* a las órdenes de Koldo de Andrés. Amigo de Lourdes del Río. Fallecido.

Peter Magnusson: pupilo de Koldo de Andrés. Conocido como “el asesino del *blog*”. Cometió varios crímenes en Vitoria y Bilbao. Fallecido.

Miren Martínez de Ilarduya: *jardinera* y anticuaria de Vitoria relacionada sentimentalmente con Koldo de Andrés.

Santiago Valls: Mayor del Jardín del Mar Balear.

Dimitri Megalos: ex Mayor del Jardín del Mar Adriático.

Filippa Costa: ex Mayor del Jardín del Mar Balear.

Hugo el Potevino: monje francés del siglo XII que escribió La Guía del Peregrino del Códice Calixtino. Fundador del movimiento de los Revolucionarios en la Fundación Petunia.

Otros personajes:

Ander Goikoetxea: ex supervisor de David Vanner en Artechnia. Marido de Manu Olabe.

Manu Olabe: marido de Ander Goikoetxea. Agente de la guardia urbana de Vitoria.

Amelia Aizaga: prima de Véspero Aizaga.

Aimar Errekamendi: agente de la *Ertzaintza*.

Rosa Iturritxu Asteguieta: empleada de hogar de Ruud Vanner. Anteriormente lo fue de Sabina Elguea.

Evaristo Palacios: marido de Rosa Iturritxu Asteguieta.

Calíope: guía turística de la isla griega de Eubea.

Margarita Toledo: arqueóloga. Madre de Mariona Maeztu.

Mariona Maeztu: hija de Margarita Toledo.

Itziar Azurmendi: periodista del diario La Luz de Navarra.

La Vieja La Enlutada Elba: mujer que persigue a Anne Wellington por todas partes. En sus apariciones siempre se presenta acompañada por aves. Fue cuidadora de Kara bajo el nombre

de Elba.

La cabra / Hombre esquelético: animal y hombre que se aparecen a Ander Goikoetxea, Alicia Rández e Inés San Juan.

El pequeño Tommy: ser con apariencia de niño al que Anne Wellington ve desde que era pequeña pero que la mayoría de las personas no pueden ver.

Alicia Rández: secretaria de dirección de Artechnia. Amiga de Ander Goikoetxea y David Vanner. Los tres investigaron la muerte de Tomás Benguria. Fallecida.

Inés San Juan: secretaria de Suzanne Bechs y amiga de Ander Goikoetxea. Fallecida.

Henry Wellington: padre de Anne Wellington y marido de Betrys Wellington.

Rafaella Rinaldi: profesora universitaria de Dimitri Megalos, Filippa Costa y James O'Connor. Fallecida.

Juan María Lazkao: más conocido como Juan Mari. Marido de Begoña Argenta y padre adoptivo de Mechero. Fallecido.

LA HISTORIA DE KARA

(Extracto del Libro del Linaje de los Berones)

“En el siglo tercero antes de la era de Jesucristo, aconteció que Kara, la portadora de la Sangre, fue alumbrada en Luria, la ciudad santa de los berones, donde las Madres custodiaban la Llave. Cumplidos los dos años desde su nacimiento, los invasores del norte llegaron desde las tierras bajas y atacaron Luria. Y el sol oscurecióse. Y el día hízose noche. Y el guerrero Leuken inició el éxodo con los que sobrevivieron hasta encontrar un nuevo cerro sobre el que refundar Luria. Fue Leuken quien logró escapar con la Llave y refugiarse en las montañas. Fue Leuken quien consiguió que su hermana Kara viviera. Y con ella la Sangre. Y todo sucedió tal y como lo predijo el oráculo de las Madres.

Gloria eterna a Kara, la Madre de Madres.

Y las Madres llamaron a la anciana Elba. Y Elba veló por Kara. Como su madre la crió. Y siempre estaba a su lado. Cuando cumpliése el día acordado, el guerrero Leuken acudió con Kara y Elba a la colina donde una vez fue el lugar sagrado de los que estaban antes. Oiraco. Allí tuvo una visión y soñó con Gastehiz, la ciudad que allí habría siglos después. Fue allí donde Leuken presentó a Kara a todos los linajes de las viejas tierras de Europa y muchos discutieron, pues no hubo acuerdo sobre qué hacer con la niña. Allí aparecieron los hermanos guardianes y quisieron llevarse con ellos a Kara. Y hubo un gran revuelo. Y Elba logró poner a Kara a buen recaudo. Y fue entonces cuando comenzó la guerra entre las Madres y los hermanos guardianes.

Cinco días más y Leuken feneció con la gloria y el honor de los ancestros, pues el don de la vigilia había despertado con fuerza en él. Como Centinela de las Madres murió. Como hermano y salvador de Kara murió.

Gloria eterna a Leuken, hermano de Kara.

Y Kara vivió. Con Elba y las Madres creció. Y cuando Kara se convirtió en mujer, Elba partió y no regresó. Y Kara alumbró tres hijas, mas nunca matrimonió. Las tres fueron portadoras de la Sangre, como ella. Y cuando pereció el padre de Acca, Edereta y Nunn, que así llamábanse las hijas, Kara fue coronada suma sacerdotisa de las Madres. Y siguió criándolas para que la Sangre continuara su camino cuando ellas pudieran engendrar. Muchas otras mujeres ingresaron entonces como novicias de las Madres y el pueblo de los berones continuó prosperando durante muchos años más. Hasta que ellos regresaron. Los hermanos guardianes retornaron, pues la herida no había sido cerrada. Y el rencor y la fiereza causaron gran padecimiento. Y mucha sangre fue derramada.”

LA MADRE DE MADRES

La primera vez que Kara se dio cuenta de que algo raro ocurría lo sintió en las entrañas. Fue muy parecido a la mordedura de una alimaña del bosque. Al albar, una sensación dolorosa y lacerante se enquistó en algún punto de su estómago y no abandonó aquel recóndito lugar de su anatomía hasta bien entrada la mañana. El día había amanecido nublado y frío y los pájaros habían enmudecido. A pesar del grueso manto de nieve que cubría las otrora verdes praderas que rodeaban el templo, todas las novicias sabían que Kara llegaría en esa fecha, pues así lo había prometido.

Siempre que una nueva muchacha pisaba por primera vez el santuario la emoción la embargaba, pues cada vez eran más las mujeres que decidían ingresar bajo la protección de las Madres. Cuando la nombraron suma sacerdotisa había dudado en aceptar el cargo. No estaba segura del todo de que los hombres y mujeres de la aldea, y mucho menos el resto de las Madres, fueran a aceptar de buen grado que una viuda como ella, con tres hijas a su cargo, asumiera ese rango. Cuando una novicia entraba a formar parte de la congregación, sabía que debía dedicar su vida a ella, sin posibilidad de yacer con hombre, desposarse o tener hijos. Ella, sin embargo, no solo había dado a luz a tres preciosas niñas, sino que además había vivido con el padre de ellas sin haber contraído matrimonio con él, lo cual había causado un escándalo. Afortunadamente, ella era la portadora de la sangre y la custodia de la llave, lo cual contribuyó a suavizar los ánimos y a que todo el mundo autorizara su designación.

El templo había sido construido fuera de los límites de la ciudad, y era velado día y noche por los Centinelas, hasta que el don de la vigilia era tan arraigado en ellos que ya no podían valerse por sí mismos. Había sido una decisión arriesgada elegir aquella ubicación para levantar aquel lugar de culto, lejos de la protección de las murallas, pero el ejército de los Centinelas era lo suficientemente numeroso como para amedrentar a quienes osaran acercarse a las Madres.

Kara llegaba tarde. Semanas atrás había partido en un largo viaje a través de las montañas gigantes del norte, que siempre estaban nevadas. Había escuchado historias acerca de la existencia de una mujer solitaria, que vivía en las cavernas por decisión propia, pues era tan inmenso su poder que causaba daño a los demás sin proponérselo. Tras varios días siguiendo su rastro, encontró a la mujer anacoreta. Kara se sorprendió al ver que se trataba de una anciana con el color de piel tan claro que parecía transparente, algo que no había visto en su vida. Su cabello, sus cejas y sus pestañas eran brillantes y blancas como el plumaje de un cisne. Por su acento, tenía que ser de muy lejos. Le recordó a Elba, la silenciosa anciana que la había criado hasta que le llegó el tiempo de tener hijos. Ella la recibió con cautela y aunque en un principio se negó a atenderla, cambió de idea en cuanto le dijo de dónde procedía.

—Lo que me pides es muy peligroso. Si quieres evitar que tu hija muera tendrás que pagar un precio muy alto —le advirtió.

—Lo que sea necesario. Edereta lleva casi diez lunas sin dormir. El don de la vigilia ha despertado en ella demasiado temprano. Mi hermano Leuken murió por lo mismo. Edereta no puede irse tan pronto.

—La muerte se evita con muerte. No hay otra forma.

—Daría mi vida por ella. Haz lo que tengas que hacer —dijo Kara.

—No sabes lo que dices.

Y así, la mujer le había concedido lo que deseaba haciendo uso de su poder, a sabiendas de que no traería más que desgracias.

Al acercarse, se percató de que no había ni rastro de ningún centinela vigilando el perímetro del templo, aunque había decenas de marcas de pisadas recientes sobre la nieve. Pensó que la gente de la aldea les habría llamado para sofocar algún incendio o para mediar en algún rifirrafe. Enseguida volverían. Nada más entrar en el edificio se dio cuenta de que algo no iba bien. Un aroma dulzón y sofocante flotaba en el ambiente creando una atmósfera casi imposible de respirar. Cuando volteó la puerta que daba acceso a la cripta donde las cenizas de las Madres y de los Centinelas difuntos eran depositadas, comprendió lo que sucedía. Decenas de cuerpos se agolpaban unos sobre otros en una orgía de sangre y miradas vacías de cualquier signo de vida. Todas las mujeres del templo habían sido masacradas, al igual que los Centinelas. Kara volvió la cabeza y vomitó. Deseó que Elba estuviera con ella en ese momento para ayudarla, como siempre había hecho cuando era una niña. El dolor que venía atormentándola en el estómago se hizo aún más agudo. ¿Quién había cometido semejante sacrilegio? Buscó desesperadamente a sus hijas. Las lágrimas asomaban a sus ojos y estuvo a punto de desmayarse incapaz de soportar el hedor. Tuvo que retirar varios cadáveres hasta localizar sus pequeños cuerpos bajo aquella montaña de carne dura a punto de corromperse. Acca y Nunn, sus amadas hijas, tenían el cuello cortado. La sangre había brotado a través de la herida y había empapado por completo los vestidos que ella misma les había tejido. Buscó a Edereta pero no la halló. Desesperada, salió al exterior pidiendo socorro pero enseguida se topó con el rostro de la muerte. Cincuenta hombres montados a caballo y cubiertos por una túnica del mismo color que el de la sangre que acababan de derramar, le frenaron el paso.

—Kara, suma sacerdotisa de las Madres, hemos regresado a por ti. A partir de hoy tu destino será con nosotros —dijo uno de ellos.

Eran los hermanos guardianes. Había escuchado mil veces a las Madres hablar de ellos con todo tipo de detalles. Cuando ella era pequeña intentaron llevársela por la fuerza, pero Elba la salvó.

—¿Dónde está Edereta? —les preguntó—. ¿Qué habéis hecho con ella?

Jamás escuchó la respuesta. Sintió el frío filo de una daga atravesándole la espalda desde atrás. Uno de los hermanos guardianes se había acercado a traición y la había apuñalado sin darle ninguna oportunidad de defenderse. El que había hablado le recriminó lo que acababa de hacer, pero ya era demasiado tarde. Mientras la vida huía lentamente de ella a medida que la sangre iba

tiñendo la nieve sobre la que yacía su cuerpo, se acordó de la anciana de las montañas y del poder que había conjurado para salvar a Edereta. Ella misma había ofrecido su vida a cambio, pero no habían hablado de sus otras dos hijas, ni de las Madres y los Centinelas. ¿Qué clase de fuerzas había invocado aquella mujer para provocar tanta destrucción? Mientras abandonaba este mundo, Elba se presentó junto a ella. Sin mediar palabra, Elba la tranquilizó y la confortó y le mostró la imagen de Edereta, viva y feliz, mientras crecía y se hacía mujer. No fue lo único que Elba le enseñó. Antes de exhalar su último aliento Kara vio rencor. Vio dolor. Vio venganza y vio muerte. Y en medio de tanta oscuridad, vio una luz de esperanza abriéndose paso. Era el rostro brillante de una mujer con el cabello de color rojo como el fuego.

JULIO.

Tres meses para la vendimia.

1.

La humedad del ambiente calaba hondo en el ánimo de los transeúntes, como si aquel acuoso repiqueteo sobre sus pieles y ropas sometiera sus almas a una pequeña pero continua tortura apenas apreciable. Aunque la temperatura era agradable Bilbao había amanecido gris, al igual que en las dos semanas anteriores. Al menos, esta vez la lluvia torrencial había desaparecido para dejar paso a un ligero, aunque tenaz, sirimiri.

Aimar Errekamendi llevaba casi un mes constipado. Por más que se atiborraba a diferentes analgésicos, cada día empeoraba más la congestión nasal y el recurrente dolor de cabeza que solía hacer acto de presencia cada mañana al despertar. Afortunadamente, solía desaparecerle al cabo de un par de horas. Desde pequeño había padecido diferentes infecciones respiratorias. La culpa de todo aquel sufrimiento torácico se debía, según su madre, a aquel maldito campamento de verano al que acudió cuando tenía once años. Fue su única experiencia comunitaria con otros chavales de su edad. Desde el primer minuto que había pisado aquel recinto y, sin saber muy bien la razón, todos le habían hecho la vida imposible. No es que no estuviera acostumbrado a no encajar, de hecho, siempre le había sucedido. Pero la soledad que solía acompañarle en su día a día se había ido transformando en un acoso deliberado por parte de la mayoría de los muchachos. Pequeños insultos, desprecios y humillaciones habían ido aumentando en gradación hasta que ocurrió el fatídico incidente. Aún le recorría un escalofrío por el espinazo cada vez que lo recordaba. No sabía qué era lo que le había causado mayor tormento, si el terrible suceso en sí, o la tortura psicológica a la que le habían sometido la mayor parte de sus compañeros los días previos.

Ama, “madre” en euskera, era mucho más que el apelativo con el que él se refería a su progenitora. Aquella palabra, que Aimar acentuaba en la segunda sílaba al pronunciarla, se había convertido con el transcurso del tiempo en sustantivo propio. Hasta el punto de que muchas veces olvidaba durante unos instantes el verdadero nombre de pila de ella, como si aquel vocablo hubiera absorbido para siempre la identidad primigenia de la mujer que le había traído al mundo. El caso era que *Ama* estaba empecinada en que todo había ido de mal en peor a partir de aquel momento pero él, en realidad, sabía que no era del todo cierto. La debilidad física había sido algo intrínseco a su estado de salud desde mucho antes de aquel fatídico verano. Aun así, aquel campamento había supuesto un importante punto de inflexión sobre todo en el desarrollo de su personalidad. Su fobia a la naturaleza en general, y a perderse de noche en el monte en particular, había surgido en aquel campamento y se había quedado junto a él para siempre. Desde aquel momento no había vuelto a querer tener contacto con otros jóvenes más allá de lo estrictamente necesario. Ni siquiera cuando Oier González, uno de los estudiantes más populares de su instituto, le invitó varias veces a diferentes fiestas. Oier siempre se había comportado de manera correcta con él y había intentado por todos los medios habidos y por haber integrarle dentro de su cuadrilla

de amigos. Pero él simplemente no quería ni podía. La ansiedad que sentía cada vez que estaba rodeado por personas cuyas intenciones no quedaban del todo claras, le impedía llevar una vida social al uso. Y así, poco a poco, había ido encerrándose en sí mismo y construyendo a su alrededor una gruesa coraza invisible para protegerse de aquello que él sabía que le podía hacer daño. *Ama* no hizo nada tampoco por ayudarlo y su instinto sobreprotector consiguió aislarle cada vez más del resto de la humanidad. “*Nadie va a volver a hacerte daño nunca*”, le decía ella muchas veces. Y durante los treinta años que habían seguido a aquel mes de julio había cumplido estrictamente su promesa. A su manera.

—Disculpa, ¿has terminado con el periódico? ¿Deseas algo más? —le preguntó el camarero de la cafetería donde hacía media hora había entrado a por una manzanilla. El tono insolente del hombre le invitaba a abandonar el establecimiento si no consumía algo más.

—No, no quiero nada más. Adiós —contestó mientras se levantaba de la mesa.

Ya en la calle abrió el paraguas para resguardarse de la insistente llovizna. Le quedaban apenas diez minutos para llegar a su destino. Visualizó mentalmente el artículo del periódico que acababa de leer. “*Encuentran muerta en extrañas circunstancias a la niña Lorea Eguinalde*”. Y tan extrañas. Los abuelos de la pequeña habían acudido a los platós de televisión denunciando su desaparición días atrás cuando se había perdido durante una excursión por las inmediaciones de Ziortza-Bolibar, un pueblecito vizcaíno donde residía la tía de la niña. Una ola de solidaridad emergió con fuerza entre los televidentes, aportando diferentes testimonios que afirmaban haberla visto deambular aquel día acompañada de un hombre por el cercano Balcón de Bizkaia, un famoso mirador ubicado en la ladera del monte Oiz. Ahora aquellas buenas intenciones no habían servido para nada. El rotativo afirmaba que el cadáver de Lorea había aparecido aparentemente intacto, salvo por un detalle. Sus ropas habían sido sustituidas por un camisón de algodón blanco. Aimar Errekamendi conocía otra circunstancia del hallazgo, mucho más escabrosa, aunque ésta aún no había salido a la luz. Apenas un centímetro en el interior de su vagina habían sido colocados con suma diligencia un conjunto de granos de maíz cuando la pequeña ya había perecido, sin que le causaran daño en ninguno de los tejidos. La autopsia había determinado además que no había sido violada y que la causa de la muerte había sido la asfixia provocada posiblemente por una almohada colocada sobre la boca y las fosas nasales. Una sensación de repugnancia bloqueó durante unos instantes la rabia que le consumía cada vez que se imaginaba a la pequeña siendo víctima de un animal de esa calaña. Pensaba en su cadáver abandonado en mitad de aquella crestería y el corazón se le encogía hasta el punto de hacerle llorar. Ningún ser indefenso merecía una muerte así. La vida de Lorea Eguinalde había sido sesgada demasiado pronto, tan solo siete años después de haber venido al mundo. ¿Por qué el ser humano se empeñaba una y otra vez en atacar al más débil?

Avanzó unos metros más hasta que llegó al portal del edificio donde la mujer trabajaba como cuidadora de un anciano. Aguardó unos minutos pacientemente, sabedor de que ella aparecería en cualquier momento. Así lo llevaba haciendo todos y cada uno de los días laborables del último

mes. Justo en el momento en que dejó de llover y él cerró el paraguas, la puerta se abrió y ella salió a la calle. Esperó a que cruzara la calzada y entonces le cortó el paso.

—Discúlpeme, señora, necesito hacerle unas preguntas —la abordó de una manera más brusca de lo que había previsto. Sus ciento noventa centímetros de altura parecieron intimidarla—. Es muy importante, Teresa.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —le contestó ella mientras retrocedía lentamente.

—No se asuste, por favor. Estoy aquí para ayudarla.

—Déjeme en paz o llamo a la policía —contestó la mujer con un hilo de voz.

—La tiene delante, Teresa. Mi nombre es Aimar Errekamendi. Soy suboficial de investigación criminal de la *Ertzaintza* —intentó que su tono de voz sonara autoritario.

—¿Qué es lo que quieren ahora? Ya les dije todo lo que sabía. Déjenme en paz, por favor. Mi abogado me dijo que ya no me iban a molestar más.

—Sé que ha rehecho su vida, Teresa, y que quiere permanecer alejada de todo aquello. Pero es usted prácticamente el único eslabón que nos conecta con aquel monstruo y aún hay muchas incógnitas sin resolver en el caso.

—No quiero hablar más. Ya dije todo lo que tenía que decir.

—Sé que la han amenazado para que no hable. Pero le prometo que si colabora conmigo no revelaré mi fuente de información.

—¿Cómo sabe usted que me han amenazado?

Aimar Errekamendi le sonrió tratando de mostrarse lo más cercano posible. El trabajo no había sido fácil. Tuvo que entrevistar a varios vecinos antes de dar con Doña Asunción. La solitaria anciana del quinto B, necesitada de hablar con alguien, le contó con todo lujo de detalles el calvario que había sufrido Teresa Zabalburu desde que la policía autonómica vasca había irrumpido en la pensión que regentaba en la calle Licenciado Poza de Bilbao cuando averiguaron que Peter Magnusson residía allí. El asesino del *blog*, que había sembrado el terror en Vitoria durante varios días hasta que su cuerpo fue hallado sin vida en el palacio de Montehermoso de la capital alavesa, apenas había dejado rastro de su actividad delictiva. Sus ejecutores, tampoco. Dos únicos sospechosos relacionados con la muerte de aquel demente. Una mujer pelirroja y un hombre ataviado con una gorra y una capucha. Ambos habían sido captados por distintas cámaras de seguridad del casco histórico de Vitoria minutos antes de que, según la autopsia, se produjera la muerte de Peter Magnusson. La calidad de las imágenes no había permitido finalmente descubrir su identidad, pero él sabía, estaba convencido, de que ambos tenían algún tipo de conexión con todo aquello. Aquella fría noche de enero Vitoria estaba desierta debido a las inclemencias del tiempo y, sobre todo, al pánico que se había extendido entre la ciudadanía por la acción criminal del asesino. Las cámaras no captaron a ninguna otra persona en las inmediaciones de la casa palaciega. Salvo a ellos dos. ¿Serían ellos los verdugos que lograron acabar con la vida de aquel animal? Aquellas tres mujeres inocentes habían muerto y alguien había ejecutado a su vez a su asesino. Las autoridades enseguida habían cerrado el caso, presionados por el desarrollo del importante congreso internacional de antropología que estaba proyectado para esas fechas y que logró celebrarse con gran éxito.

Aimar era uno de los agentes que había encontrado el cadáver de Peter Magnusson. La escena que rodeaba el cuerpo era de todo menos normal. Alguien había rociado toda la estancia con un líquido corrosivo para borrar cualquier posible rastro de lo que allí había ocurrido. Ni una sola pista que pudiera ayudar a la policía a descubrir la identidad de sus ejecutores. Enseguida había llegado el inesperado carpetazo al caso mientras la opinión pública había asumido que había sido la *Ertzaintza* quien había acabado con él. Algo sumamente extraño rodeaba a todas esas muertes. ¿Por qué no se habían abierto otras líneas de investigación? Era evidente que alguien de las altas esferas no quería llegar al fondo del asunto, pero eso a Aimar le daba igual. No soportaba las injusticias. No podía tolerar que alguien burlara la ley de esa manera. Pero sobre todo no podía permanecer impasible ante aquellas terribles incógnitas acudiendo de manera insistente a su cabeza. ¿Quién había acabado con la vida de aquel monstruo y había salido indemne de la situación como si nada hubiera sucedido? ¿Quién había ayudado a los verdugos a desaparecer de la faz de la tierra? ¿Quiénes eran la mujer pelirroja y el hombre de la gorra? ¿Por qué alguien estaba empeñado en que no se averiguara la verdad de lo que allí había tenido lugar? Él lo descubriría. Haría lo que tuviera que hacer para lograrlo.

Miró de arriba a abajo a Teresa Zababuru incapaz de contener la emoción. La mujer había intentado también desaparecer, pero él había averiguado dónde trabajaba y no se le iba a escapar. Pronto atraparía a los responsables de aquella horrible ejecución. Pronto su mente le daría un respiro y conseguiría estar en paz durante al menos unos días. Estaba llamado a solucionar aquel entuerto. Tenía pleno convencimiento de ello. Y *Ama*, una vez más, volvería a estar orgullosa de él.

2.

Mechero estaba de mal humor. Desde que hacía cinco horas habían aterrizado en el aeropuerto de Atenas el gesto forzado de su entrecejo denotaba que estaba realmente contrariado. Su mirada somatizaba de un modo más que evidente la sensación subjetiva de que todo lo que les había ocurrido desde que habían pisado suelo griego había ido de mal en peor. Anne Wellington lo miraba de reojo de vez en cuando, buscando el momento más adecuado para contarle que esa noche no iban a dormir en un lujoso hotel costero como le había hecho creer poco antes de partir desde Londres. Había intentado hasta en tres ocasiones dar pie a la conversación, pero temía la reacción virulenta del joven.

Lo cierto era que Mechero tenía sus motivos para estar enfadado. La tensión acumulada durante el viaje por culpa de su pequeño secreto de identidad le había pasado factura casi desde el primer minuto que había aceptado embarcarse en aquel avión con destino a Grecia. El profesor James O'Connor había conseguido convencerle, tras varias horas de discusión airada, de que el pasaporte que le había facilitado no suponía ningún peligro, menos aún dentro de Europa. La Fundación Petunia llevaba utilizando documentación falsa para algunos de sus jardineros desde hacía casi dos décadas, y únicamente había habido cuatro percances serios a lo largo de todo ese tiempo. Mechero estaba seguro de que él iba a protagonizar el quinto incidente e iba a acabar en alguna oscura celda de una cárcel ateniense. Él, que se suponía que estaba muerto. ¿Cómo podían pretender que actuase como si no ocurriera nada, como si no estuviera delinquiendo? Lo peor era el nombre. Cuando vio el pasaporte por poco se tira a la yugular del profesor O'Connor. Anne tuvo que literalmente agarrarle para que no se abalanzara sobre el anciano.

—¿Jean-Baptiste Florien? —preguntó levantando la voz—. ¿En serio? ¿No había otro nombre más ridículo para ponerme? ¿Acaso tengo tanta cara de *pringao*?

—No sé por qué se enfada, joven —intentaba calmarle el profesor, sin perder un ápice de su exquisita educación británica—. El señor Florien es uno de nuestros mejores jardineros en el Reino Unido y he de decir que es bastante asombroso que hayamos conseguido encontrar en tan poco tiempo a alguien que se parezca físicamente a usted. Además, no se haga ideas equivocadas. El señor Florien nació en Zaragoza. Ni siquiera es un documento falso. Simplemente usted lo utilizará en su nombre.

—Mechero, no te pongas así —intentó tranquilizarlo Anne—. Ya sé que no te ha hecho nada de gracia tener que teñirte el pelo ni quitarte esos horribles aros de las orejas. Te prometo que dentro de poco se te terminarán cerrando los agujeros, no te preocupes. Además, no viene nada mal que cambies tu aspecto. Tú lo has dicho. Se supone que estás muerto, así que cuantas menos probabilidades haya de que alguien te reconozca mejor.

El joven recordó durante un instante el estruendo de la explosión que por poco acabó con su vida meses atrás en el invernadero que la Fundación tenía instalado en las Torres Isozaki de

Bilbao.

—¿Jean-Baptiste Florian? —Mechero no daba su brazo a torcer—. ¿Por qué no mejor *Monsieur Oh la la*? No sé qué es más cutre, mi nombre verdadero o esta cursilada franchute.

—No sé por qué a usted no le gusta su nombre de pila, Borja. Es sin duda un nombre regio y con solera —dijo el profesor. A Anne le hacía gracia que James O'Connor se dirigiera a Mechero de usted, cuando a ella la tuteaba. Sin duda, pretendía imponer cierta autoridad sobre el joven.

—No siga por ahí, profesor —le rogó Anne, temiendo que la discusión no acabara nunca—. Vamos a ver, Mechero. No tenemos mucha más opción. O eso o te dedicas a huir permanentemente y evitar los controles policiales para que nadie dé contigo. Lo que te está ofreciendo el profesor es una salida que creo que no podemos dejar pasar.

—¿Y quién es ese tal Jean-Baptiste Florian? ¿Cómo es que ese tío permite que yo use su pasaporte así sin más? —preguntó el joven.

Anne miró al anciano. Estaba claro que no habían medido bien la resistencia que iba a oponer Mechero.

—Jean-Baptiste Florian ha cedido amablemente su identidad. Eso es todo lo que debe saber. Le aseguro por mi honor que no va a haber ningún tipo de reclamación por parte del señor Florian acerca de este nuevo uso de su nombre y apellido —sentenció James O'Connor dando un golpe con la mano sobre la mesa de su despacho.

Y así, sin haber sopesado de manera más pausada las consecuencias que podría acarrearle aceptar el ofrecimiento que le acaba de hacer James O'Connor, Mayor Supremo del Jardín del Mar del Norte y uno de los miembros más respetados de la Fundación Petunia, Mechero terminó por ceder y en menos de dos días prepararon el viaje. Mientras Anne y él volaban a bordo del aparato que los llevaría directamente al aeropuerto internacional Eleftherios Venizelos, no dejaba de pensar en una cosa. ¿Qué ocurriría si la policía le detenía y comparaba sus huellas dactilares con las del verdadero Jean-Baptiste Florian? ¿Y si a alguien le daba por comparar la caligrafía de ambos? ¿Estaba el ADN de Florian registrado en alguna base datos? Los riesgos eran múltiples. ¿Cómo había sido tan necio de aceptar aquello?

—Deja de darle vueltas —le dijo Anne—. Si el profesor O'Connor dice que la Fundación ha hecho esto más veces, no hay razón para pensar que en esta ocasión la cosa no vaya a salir bien. Seguro que Petunia tiene mecanismos suficientes para solventar los problemas que puedan surgir.

—Creo que lo mejor es que hubieras hecho el viaje tú sola —le contestó él.

—El profesor insistió en que en mi estado no iba a permitir que viajara sola. Puede ocurrir cualquier contratiempo y es mejor estar acompañada por alguien de confianza. Me costó lo mío reconocérselo, no te creas, pero creo que en el fondo tiene razón.

—Sí, vamos, ni que fuera yo a hacerte de guardaespaldas o de matrona llegado el caso —dijo Mechero—. Creo que tú no necesitas para nada mi ayuda. El profesor sabe perfectamente que tú te

vales por ti misma. ¿Yo defendiéndote? Lo que pasa es que el profesor tiene ya una edad y seguro que piensa que una mujer embarazada no puede encargarse sola de una misión así.

—No digas tonterías —le cortó Anne—. Además, yo quería que vinieras conmigo.

Con esa declaración de amistad Anne había conseguido que Mechero guardara silencio el resto del viaje aunque, en el fondo, también estaba preocupada por si la cosa pudiera torcerse. En realidad, la conversación que James O'Connor y ella habían mantenido antes de hablar con Mechero no había discurrido tal y como le habían contado al joven. Al profesor le había parecido totalmente innecesario tener que asumir un riesgo así, pero Anne se había mostrado tozuda y había insistido varias veces hasta que el anciano había accedido a su ruego. Era Anne la que por nada del mundo había querido dejar solo a Mechero en Gales. Se podía haber quedado con el viejo profesor en Sunny House, pero no le pareció lo más apropiado. James O'Connor no tenía ni la edad ni la paciencia suficiente como para aguantar la testosterona adolescente del joven. Hacía tiempo que Mechero y Anne habían ocupado, literalmente, uno de los apartamentos que Begoña Argenta y su esposo poseían en Bilbao. Era un piso pequeño situado en pleno casco viejo, muy cerca del mercado de La Ribera. Llevaba meses sin alquilarse por culpa de una avería en el tendido eléctrico, así que Mechero, ni corto ni perezoso, había decidido establecerse allí. Y había invitado a Anne a acompañarle. Lo que en un principio había parecido una idea divertida pronto había resultado de lo más incómodo, al tener que alumbrarse con bombonas de gas y velas. Para conservar los alimentos habían tenido que usar una nevera portátil a la que continuamente añadían hielos que compraban en un supermercado cercano. Aunque lo peor sin duda alguna había sido el frío. Aun así, no les pareció mejor sitio para pasar desapercibidos. ¿Quién iba a buscarles allí? Era prácticamente inhabitable. Pero cuando hacía unas semanas el profesor les había pedido que acudieran a Gales para reunirse con él, habían acabado quedándose como invitados en Sunny House. *“El tiempo que hiciera falta”*, les había dicho James O'Connor. En cualquier caso, no se iba a marchar tranquila dejando solo al joven, tanto si permanecía en Gales como si volvía a Bilbao.

Desde la muerte de Begoña Argenta en el incendio de la biblioteca de Bilbao, Mechero estaba más apagado de lo normal, lo cual era perfectamente comprensible. En poco tiempo había perdido a su madre biológica, Julia Ayala, la antigua guía del invernadero de Bilbao, y a sus padres adoptivos. Si la muerte de Begoña había sido dolorosa no menos lo había sido la de su marido Juan Mari. Ambos habían sido asesinados, pero la saña que Peter Magnusson había empleado con Juan Mari no era algo sencillo de asimilar y superar. Anne no había visto los vídeos en los que Peter aparecía torturando a Juan Mari, pero lo poco que le había contado Lourdes del Río al respecto había sido más que suficiente para hacerse una idea de la atrocidad que aquel demente había cometido. El asesinato del *blog*. Así habían apodado a aquel monstruo los medios de comunicación. En muy breve espacio de tiempo había acabado con la vida de tres mujeres a las que la Fundación había contactado para vigilar a Véspero Aizaga, la abuela de David. Ella misma aún seguía teniendo pesadillas con Peter Magnusson. La mayoría de las noches se le presentaba en sueños, vestido con aquella túnica granate y aquella enorme espada con la que el jardinero había estado a punto de acabar con ella y con Mechero en el palacio de Montehermoso de Vitoria. Afortunadamente, aquel loco había muerto. Y aunque había estado a punto de sacar a la luz el secreto ancestral que tan celosamente había guardado la Fundación Petunia desde hacía siglos,

finalmente no había logrado su objetivo. Gracias a la confesión de Peter, Anne había iniciado un emocionante camino de descubrimientos acerca de la Fundación, de David Vanner y de ella misma y su familia materna, que le habían hecho cambiar para siempre su visión acerca del mundo. A veces, cuando se metía en la cama y el silencio de la noche la envolvía, aún no daba crédito a todo lo que le había sido revelado.

Gigantes. Los que estaban antes. Los que fueron aniquilados. Un mundo primigenio anterior al de los humanos habitado por una raza de seres gigantescos. Los *jentilak* de la mitología vasca. Un universo, que si Peter Magnusson estaba en lo cierto, seguía existiendo de alguna manera, aunque a ella esa conclusión le parecía demasiado paradójica. El origen del euskera, el idioma más viejo de Europa. *La lengua santa venida de los cielos* a la que se refería el códice Aemilinianensis 60 y que sobrevivió a la extinción de aquellos seres que la hablaban. Un conocimiento secreto conservado y mantenido desde tiempos inmemoriales por una red de antiquísimas familias emparentadas entre sí cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos y que libraban una cruenta guerra por culpa de una profecía. La misma que el profesor O'Connor al fin le había revelado. Un vaticinio milenario que figuraba en el acervo cultural de muchos pueblos y etnias del viejo continente. Todo iba a volver a repetirse. Retornaría la nube que anunció el exterminio de los gigantes, pero esta vez sería la raza humana, el mundo de los hombres y mujeres, la que desaparecería. Necesitaban encontrar como fuera al profesor Koldo de Andrés. Él era el miembro de Petunia que más había investigado aquel secreto y ancestral augurio. Tanto el profesor O'Connor como Mechero estaban convencidos de que si había alguien que pudiera encontrar la clave para descifrar el misterio del significado de la nube y la forma en la que regresarían los *jentilak*, ese era Koldo de Andrés. Desafortunadamente, parecía que se lo hubiera tragado la tierra tras el incendio de la biblioteca del casco viejo de Bilbao.

Anne sacó de su bolso la *tablet* de Mechero y releyó por enésima vez el texto de aquel antiguo augurio. *“La sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes. La nube anunciará la llegada. La puerta se habrá abierto y todo volverá al principio. Y el linaje de los hombres será aniquilado. Solo la fuerza de la sangre del hijo y la hija podrá volver a cerrarla, con la luz de sus hacedores iluminando el camino de la llave y la gloria de los hermanos guardianes como testigo”*. Ahí era donde se suponía que ella entraba. Ella, que hasta hacía bien poco vivía absolutamente ajena a toda esa locura. Según el profesor O'Connor, David y ella eran los elegidos para dar cumplimiento a la profecía. Ambos llevaban en su sangre el linaje de aquella raza de gigantes. Ambos eran descendientes, respectivamente, de dos de las tribus que custodiaban el legado de ese viejo mundo. Los antepasados de David eran los berones que estuvieron asentados sobre la actual zona del sur de Álava, La Rioja y parte de Navarra, mientras que los de Anne eran los antiguos habitantes de la isla Anglesey de Gales. Muchos de los miembros de la Fundación Petunia estaban convencidos de que ellos dos iban a ser los protagonistas de aquel vaticinio que anunciaba el retorno de los que estaban antes. La Fundación había seguido los pasos de Anne prácticamente desde que había nacido. Su amada abuela, Mary Anne Merrick, que llegó a ser Summa, el máximo cargo en la jerarquía de la Fundación, la educó y la preparó para lo que había de venir. Pero la muerte le sobrevino antes de tiempo. Y ahora era ella la encargada de hacer respetar el honor del linaje al que su abuela, su madre, ella y su hermana pertenecían. La estirpe

de los antiguos galeses. ¿Cómo se las arreglaría para salir triunfante de aquella supuesta guerra? El profesor O'Connor le había explicado que muchas de las familias que conservaban el legado no estaban de acuerdo sobre cómo manejar el secreto, mostrando un absoluto desencuentro en cuanto a la forma de enfrentarse a lo que estaba a punto de ocurrir. Incluso había llegado a haber agresiones físicas y ataques más sibilinos con devastadoras consecuencias. Esperaba tener el coraje suficiente para poder actuar llegada la ocasión. De momento, lo primordial era cumplir cuanto antes la misión.

—Esta es —dijo Mechero cerrando la aplicación de mapas de su teléfono móvil—. ¿Me estás vacilando, no?

Anne miró el destartalado edificio al que apuntaba el dedo índice de la mano derecha del joven. Por desgracia, había llegado la hora de decirle la verdad a Mechero. El hotel donde iban a alojarse no era un *resort* de lujo. Más bien todo lo contrario. Pero era el lugar en el que James O'Connor había reservado habitación para los dos. Si la información del profesor era correcta Koldo de Andrés estaba alojado en el mismo hostel.

3.

La llegada a Atenas había sido caótica. Había habido un atentado con varias decenas de muertos en el principal aeropuerto de Berlín y las medidas de control se habían acentuado de manera considerable. Al igual que el ataque perpetrado en el mes de enero en Washington, nadie había reclamado de momento la autoría, por lo que la psicosis había vuelto a hacer acto de presencia en las ciudades más importantes del mundo. Mechero prácticamente tiritaba mientras Anne y él hacían la pertinente cola para mostrar sus pasaportes. Los policías retenían a muchos de los pasajeros haciéndoles interminables preguntas y analizando minuciosamente sus documentos de identidad, incluso a los viajeros provenientes de Europa. Se había restringido parcialmente la libertad de circulación en el continente, ya que se sospechaba que los responsables del ataque aún se encontraban dentro de las fronteras comunitarias.

—Anne, creo que aquí se acaba el viaje. Por lo menos para mí —le dijo cuando apenas faltaban cinco personas por delante de él para que le llegara el turno.

—No digas tonterías, tengo la intuición de que todo va a ir bien, ya verás —trató ella de calmarle mientras se colocaba unos metros alejada de él. El profesor O'Connor le había dicho que si en algún momento había cualquier problema con Mechero llamara a Dimitri Megalos, miembro de la Fundación en el Jardín del Mar Adriático. Él sabría qué hacer llegado el caso.

—Dígame para qué a venido a Grecia, señor Florian —la voz de aquel policía sonó especialmente acusadora, o por lo menos Mechero así lo sintió. Era tal la presión que sentía que estuvo a punto de desmayarse.

—Turismo, señor —contestó haciendo uso del mejor inglés que pudo.

—¿Cuántos días durará su estancia en Grecia? —el hombre le miraba fijamente a los ojos. Mechero sabía que los policías encargados del control de pasajeros estaban entrenados para detectar variaciones en las pupilas y en la dirección que tomaban los globos oculares. En cualquier momento podía captar que estaba mintiendo.

—Tres días.

—Unas vacaciones muy cortas, si me permite la observación —añadió el agente, escudriñando la mirada del joven—. Veo que su acento no es precisamente británico, señor Florian.

—Mi padre es de ascendencia francesa y mi madre es española, me he criado en Zaragoza, no sé si le suena la ciudad —Mechero tragó saliva mientras trataba de recordar todo lo que le había contado el profesor O'Connor acerca del verdadero Jean-Baptiste Florian.

—¡Qué rocambolesco! —el hombre agrió la expresión de su rostro mientras comparaba la fotografía del pasaporte con la persona que tenía delante—. Veo que tiene usted los lóbulos de las orejas abiertos. ¿Es usted de cambiar de parecer rápidamente, señor Florian? Lo digo porque en

la fotografía de su documento usted no se había decidido aún por usar esos horribles aros que se ponen ahora los jóvenes y veo que su pasaporte está renovado hace apenas medio mes.

De repente una anciana gritó en la fila de al lado mientras varias personas se arremolinaban alrededor de una de las viajeras que había caído desplomada al suelo cuando estaba a punto de tocarle el turno. Tuvieron que llamar al servicio médico del aeropuerto pero, por suerte, finalmente solo se trató de una indisposición. Gracias al tumulto que se creó en pocos segundos, el policía que interrogaba a Mechero decidió dejarle pasar sin hacerle más preguntas, con el único objetivo de que la cola se aligerase.

Mientras Anne y Mechero bajaban las escaleras del hostel Medusa después de haber dejado las maletas en sus respectivas habitaciones, el joven aún no se había recuperado del susto.

—Gracias otra vez, pelirroja. Si no llega a ser por tu numerito, vete a saber si ese policía no hubiera decidido hacerme pasar a la oficina de detención.

—No fue tan numerito, realmente me mareé. Desde hace unos días me dan una especie de vahídos. Solamente lo exageré un poco —le contestó ella mientras le guiñaba un ojo. Lo cierto era que el embarazo lo estaba llevando peor de lo que había supuesto en un principio. A pesar de que ya no tenía náuseas, desde hacía un tiempo sufría unos ligeros desvanecimientos que por suerte se le pasaban enseguida.

La dueña del hotel acababa de despedir a una pareja de turistas italianos. Junto a ella, una muchacha de unos diecisiete o dieciocho años de edad y aspecto enfermizo se afanaba por fregar el suelo de la recepción, impregnando el ambiente de un aroma cítrico excesivamente concentrado. Anne se dirigió directamente a la mujer mayor.

—Hola otra vez, señora —le dijo procurando hablar despacio y pronunciar bien cada palabra—. Mi hermano y yo ya nos hemos instalado en nuestras habitaciones, pero nos gustaría preguntarle algo, por si nos puede ayudar. Hace unos días estuvimos haciendo una excursión por la Garganta Dimosaris e hicimos buenas migas con un turista. El caso es que quedamos en vernos aquí, en este hotel, para hacer una ruta por esta parte de la isla, pero lamentablemente no debí de apuntar bien su número de teléfono y ahora no somos capaces de localizarlo. Nos dijo que se iba a hospedar aquí —le explicó extendiéndole una fotografía de Koldo de Andrés que les había facilitado James O'Connor.

La mujer observó apenas un segundo la imagen y apartó a Anne de un empujón a la vez que farfullaba algo en griego. Mientras se alejaba escaleras arriba, la muchacha que limpiaba el suelo se acercó a Anne y le preguntó si estaba bien.

—No le hagan caso a la señora Dora —les dijo con una pronunciación casi perfecta—. Apenas entiende inglés y enseguida se enfada cuando los huéspedes le preguntan o le piden consejos durante su estancia. Yo puedo ayudarles. Yo he visto a ese hombre de la fotografía y no muy lejos de aquí.

—¿Cómo que le has visto? —quiso saber Mechero adelantándose a Anne—. ¿No está alojado en este hotel?

—No. Y no son ustedes los únicos que han preguntado por él. Si la señora me da una pequeña propina —sonrió dirigiéndose a Anne— les diré con gusto dónde le he visto.

—Vámonos, pelirroja. Esta tía quiere timarnos —le dijo a Anne en castellano mientras se dirigía a la calle tirando de ella.

—Espera, Mechero. ¿Y si no es así? —respondió Anne tratando de dilucidar si aquella joven les estaba o no engañando—. ¿Te valen veinte euros y nos dices dónde le has visto?

—Cincuenta.

Mechero observó a la muchacha indignado pero Anne no dudó ni un instante en entregarle la cantidad que le demandaba.

—Al final de esta calle, solo son cuatro portales más hacia la derecha según salgan de aquí. Es la cafetería Parthenon. Limpio allí tres días a la semana por las mañanas. La hija del dueño organiza rutas turísticas por diferentes partes de la isla. El hombre al que ustedes están buscando estuvo hace dos días preguntando por una de esas visitas de una manera un tanto insistente. Y ayer otro hombre llegó a la cafetería preguntando por él. Hablen con Calíope. Sabe varios idiomas, así que podrán comunicarse perfectamente con ella.

4.

Aimar Errekamendi sabía que Teresa Zabalburu escudriñaba cada centímetro de su rostro porque desconfiaba de cada gesto, de cada uno de sus movimientos faciales. Intentaba dilucidar si el individuo que tenía delante merecía o no su confianza. Aimar era un hombre alto y de constitución media, de cabellos negros perfectamente peinados, entre los que asomaba tímida alguna cana, y siempre llevaba la barba afeitada. Su aspecto era pulcro y aseado, y él se esforzaba por mantener esa apariencia día tras día. Todas las mañanas se levantaba casi dos horas antes de emprender camino a la comisaría y así disponer del tiempo suficiente para ducharse, afeitarse, limar las uñas de los dedos de las manos y los pies y recortar los pelos que pudieran haber asomado por sus fosas nasales. Se duchaba utilizando un potente jabón exfoliante y una esponja desechable que empleaba con fuerza sobre su cuerpo. La mayoría de las veces acababa con la piel enrojecida, con lo que se veía obligado a embadurnarse con una crema creada específicamente para él en el laboratorio de la farmacia de su barrio, hasta que poco a poco el color blanquecino, casi mortuorio, de su delicada dermis volvía a su estado natural. Los lunes y los jueves recortaba el vello de su pecho, abdomen, brazos, piernas, pubis y axilas con una maquinilla diseñada para tal función. Siempre lo hacía usando el nivel intermedio de rasurado. El más apurado le causaba demasiada irritación y el que producía el efecto más sutil no le gustaba, le parecía que no servía para nada y no entendía muy bien su razón de ser. Todos los domingos al mediodía, después de comer, se afanaba en recortar los escasos milímetros que hubiera crecido su pelo durante la semana. Además, una vez al trimestre, siempre el sábado a primera hora de la mañana, acudía a un centro de belleza ubicado cerca de su casa y se sometía a una depilación casi integral a base de cera especialmente diseñada para pieles sensibles. La esteticista le había recomendado varias veces someterse a una depilación láser, pero él se negaba aduciendo que no se fiaba de las consecuencias que pudiera tener ese procedimiento sobre su organismo a largo plazo. En realidad, la verdadera razón para no aceptar tal ofrecimiento era que la hora y media que empleaba la mujer en untar la cera y retirársela a base de estirones, le servía como terapia para descargar su cabeza de toda la energía negativa acumulada durante los tres meses anteriores. Entre tirón y tirón, el dolor le ayudaba a abrir los canales atascados de su mente y a liberar toda la tensión psíquica. Disfrutaba sobre todo con la parte interna de los muslos, la zona más cercana a los genitales, donde la sensibilidad era mucho mayor. Pero claro, aquel pequeño secreto no hubiera sido comprendido del todo por la mujer. Ni siquiera *Ama* conocía aquel placer oculto.

—No sé si voy a poder ayudarle —insistió ella una vez más ante el ruego del agente de que le contase todo lo que pudiera recordar.

—Teresa, sé que tiene miedo, pero créame que no hubiera acudido a usted si tuviera algún otro hilo del que tirar. Me ha costado encontrarla, no se crea. Le prometo que si me echa una mano haré todo lo posible por ayudarla a permanecer en el anonimato.

—¿Cómo va a usted a conseguir tal cosa? ¿Se cree que soy boba? Déjeme en paz, por favor, no quiero tener más problemas.

—Sé que recibió al menos en dos ocasiones la visita de un hombre y una mujer en su pensión, días después de que la *Ertzaintza* le tomara testimonio.

La mujer posó rápidamente la taza de café que estaba sorbiendo sobre la mesa. Miró alrededor temerosa de que alguien pudiera haber escuchado aquella afirmación, pero el local estaba vacío. Tan solo una mujer mayor degustaba un *pintxo* de tortilla y pimiento verde en la barra.

—¿La amenazaron para que no hablara, verdad?

—No sé si se le puede llamar amenaza, la verdad. Lo cierto es que me dijeron que Peter trabajaba en una de sus empresas y que no les interesaba que aquella relación laboral saliera a la luz, por lo que me solicitaron amablemente que fuera discreta con mis declaraciones. La segunda vez vino sola la mujer. Me pidió entrar en la habitación en la que había estado hospedado Peter, pero yo me negué. Le dije que ahora mismo había otro huésped alojado allí y que no podía permitirle el paso, que me podía meter en un buen lío.

—¿Y qué ocurrió? ¿Cómo reaccionó ella?

—Sé que entró. No me diga cómo ni cuándo lo hizo, pero me encontré la puerta de la habitación abierta esa misma tarde. Era mentira, ¿sabe? No había nadie hospedado allí. Fue una excusa que me inventé para que me dejara en paz. Pero esa mujer o alguno de sus amigos entró. Fueron muy cuidadosos, pero yo sé que estuvieron allí. No solo porque se dejaron la puerta sin cerrar con llave, sino porque cambiaron de orden los dos cojines que hay sobre la cama. Soy muy quisquillosa con esas cosas y nunca me equivoco en algo así. Sé que fueron ellos. Me asusté tanto que me desahugué con Doña Asunción, una vecina, y se lo conté todo. Al cabo de tres días, me encontré a mi pobre perra, *Zuri*, muerta sobre el felpudo de la entrada. La veterinaria me acusó de negligencia, porque al parecer *Zuri* había comido de alguna planta tóxica. Pero yo no tenía más que un triste cactus en toda la pensión, no me gustan las plantas. Siempre se me mueren.

—Usted piensa que fueron ellos, el hombre y la mujer que la visitaron.

—No lo pienso. Sé que fueron ellos. Por suerte solo tardé tres semanas en traspasar el negocio. Huí. Conseguí este trabajo cuidando a un abuelo. Hasta me he mudado.

—¿Me podría dar una descripción física del hombre y la mujer que la visitaron?

—Eran de apariencia normal, no sé. El hombre era algo más alto que ella, con el pelo blanco, e iba vestido de manera muy elegante, con un abrigo de esos que se sabe que son carísimos. Ella llevaba el pelo suelto, morena, y me pareció en un principio muy amable.

—¿Qué años tendrían?

—Uff, no lo sé, nunca se me ha dado bien calcular edades. Pero vamos, yo creo que ella rondaría los cuarenta y él era mayor, unos sesenta o quizás más —contestó mientras el agente tomaba notas en su teléfono móvil.

—Teresa, ¿recuerda algo extraño, algo raro sobre Peter Magnusson? Me refiero a algo que le llamara la atención. Cualquier cosa me puede ayudar —preguntó Aimar, tratando de mostrar un tono cercano y amistoso.

—Era un huésped muy huraño, apenas le gustaba entablar conversación, lo justo para saludar y pedir que le cambiara las sábanas, y poco más. Además, casi nunca le veía. Solía venir muy tarde por las noches. Lo sé porque recibí varias quejas de otros huéspedes a los que les molestaba que se abriera la puerta de la pensión a las tantas de la madrugada. El sistema de apertura es automático a través de un código que les doy a todos cuando llegan.

—¿Le dijo alguna vez la razón por la que llegara tan tarde?

—No, ya le digo que era parco en palabras. Me solía pagar un mes por adelantado y muchas veces me daba propinas bastante generosas, así que nunca quise reprochárselo. Aunque yo deduje que era por su profesión. Sé que últimamente estaba trabajando en Vitoria, porque encontré encima de su mesa un bono de autobús de línea que se había sacado para ir hasta allí, pero aparte de eso, no sabía muy bien dónde trabajaba. En las noticias me enteré de que era traductor, o lingüista, e historiador creo que dijeron. ¡Vaya usted a saber! ¡Cómo una persona tan culta puede cometer semejante atrocidades! Tiene que estar ardiendo en el infierno. Y pensar que tuve a ese monstruo cerca de mí durante tanto tiempo...

—Me acaba de decir que usted entraba libremente en su habitación...

—Sí, muchos días era yo quien se la limpiaba. Tenía contratada a una chica que me ayudaba dos veces por semana, pero el resto del tiempo me ocupaba yo.

—¿Nunca vio nada raro entre sus pertenencias? ¿Algo que llamara especialmente su atención por algún motivo?

—Pues no...

—Piénselo bien, Teresa, por favor. Es muy importante —insistió Aimar concentrando su mirada en los ojos atemorizados de ella. La mujer pareció recordar algo.

—Es una tontería...

—¿El qué? Dígamelo. Cualquier cosa puede ayudarnos.

—Verá. Suelo hacer limpieza de cada habitación a fondo una vez al mes. Ya sabe a qué me refiero. Lavo las cortinas, abro el armario, paso el polvo por cada rincón, limpio con esmero todos los muebles... El caso es que un sábado en el que estaba limpiando su habitación... Normalmente lo hago los domingos porque es cuando hay menos llegadas...

—Al grano, Teresa, se lo ruego.

—Bueno, el caso es que ese sábado encontré escondida entre las mantas que hay en la balda superior del armario de su dormitorio una libreta. Una de esas antiguas con el papel blanco y rayas horizontales azules para marcar las líneas donde se escribe. Mi padre, que en paz descansa, solía usarlas. Pensaba que ya no las hacían, pero está visto que sí.

Aimar se le quedó mirando fijamente, decepcionado con la información facilitada. —¿Una libreta?

—Sí.

—¿Y qué tiene de raro eso?

—Bueno, para empezar, que estuviera escondida entre las mantas, con lo cual yo creo que quería evitar que la encontráramos al hacer la limpieza. Y para continuar, me llamó bastante la atención que tuviera apuntados una serie de nombres, fechas... Era muy raro, era como si estuviera registrando las entradas y salidas en algún sitio. Hoy en día es muy poco frecuente que

alguien use papel y bolígrafo para apuntar esas cosas. Lo normal es hacerlo en una *tablet* de esas, o en el móvil mismo...

—¿Se acuerda de alguno de los nombres que Peter había apuntado en esa libreta?

—¿En serio? ¿Cómo pretende que me acuerde después de tanto tiempo?

—Tiene razón, disculpe. Muchas gracias por su ayuda —contestó Aimar, tratando de dar por terminada la entrevista. Era un iluso por haber pensado que podría sonsacar información interesante a aquella mujer. —Le voy a dejar mi tarjeta. Si recuerda algo más, cualquier cosa, llámeme o mándeme un *WhatsApp* a cualquier hora y yo la llamo. ¿Me lo promete?

—Espere un segundo —esta vez fue ella la que lo interrumpió—. Ahora que lo pienso... creo que vamos a tener suerte —añadió sacando su teléfono móvil—. Estoy casi segura de que le saqué una o dos fotos a la libreta. Me gustó tanto el tipo de papel, grueso, de calidad, y me trajo tantos recuerdos de mi padre que se me pasó por la cabeza comprarme una similar aunque la verdad, luego se me olvidó por completo.

La mujer comenzó a buscar las imágenes registradas por la memoria interna de su dispositivo mientras comentaba en voz alta algún detalle íntimo de alguna de las fotografías. Aimar la observaba con paciencia, sin inmutarse.

—¡Aquí está! —exclamó de repente—. Mire, mire, saqué unas cuantas. Si quiere, se las puedo enviar.

El agente aceptó la propuesta y en menos de medio minuto ya las tenía en su teléfono.

—Mire, ésta es la lista de nombres que le comentaba antes.

Aimar los leyó atentamente. Se trataba del nombre de pila de seis personas: Anne, Jon, Lourdes, Borja, Begoña y Juan Mari. El primero y el último estaban resaltados con un círculo. Junto a cada uno aparecía además una serie de fechas y en la mayoría de los casos figuraba hasta la hora de lo que parecía ser las entradas y salidas de un lugar que Peter Magnusson denominaba “Biblioteca”. Junto a los dos últimos se indicaba además una dirección completa de lo que parecía un domicilio particular. Calle Somera. Aquella vía estaba ubicada en el casco viejo de Bilbao. Miró en Internet a qué altura quedaba el número. Lo que no se esperaba en absoluto era que el resultado de las búsquedas en el explorador de esa dirección le ofreciera un enlace a una noticia publicada en el mes de enero en un periódico digital local. “*Robo con fuerza en un piso del portal 4 de la Calle Somera. El propietario J.M.B. aparece muerto con signos de violencia en el interior.*” Según se narraba, todo apuntaba a que una banda de atracadores había asaltado la vivienda y se había llevado por delante la vida de su morador. *J.M.B.* ¿Se corresponderían aquellas iniciales con el nombre de “Juan Mari” que aparecía en la libreta? ¿Estaría implicado el asesino del *blog* en la muerte de aquel hombre?

—¿Qué le ocurre? ¿Se encuentra bien? —preguntó alarmada Teresa Zababuru, al observar las gotas de sudor que resbalaban por el rostro lívido del *ertzaina*.

Pero aparentemente él no la escuchaba. En el interior de la cabeza de Aimar Errekamendi su propio pensamiento se aceleraba a trompicones intentando gestionar la excitación por el hallazgo de aquella pista. Su intuición le decía que allí había algo. En las investigaciones en las que había participado, siempre había tenido un sexto sentido para detectar cualquier tipo de indicio. Imaginó la cara de satisfacción de su madre cuando le contara lo que había encontrado. Estaría tan orgullosa de él... “*Ama. Por fin. Por fin tengo algo*”.

5.

Calíope sonreía a Mechero mientras accedían a la parte alta de la montaña. Anne Wellington se había quedado abajo esperándoles. Aunque se sentía en perfecto estado no pudo aguantar la resistencia del joven y de la guía turística cuando les argumentó que podía subir la colina. Que estuviera embarazada no significaba que no tuviera piernas. Tras casi cinco minutos de discusión, se dio por vencida. Sabía que era capaz de llegar a la cumbre sin problemas, pero lo que no estaba dispuesta era a tener que aguantar los sermones continuos de sus dos acompañantes durante todo el trayecto. Finalmente decidió permanecer junto al cuatro por cuatro en el que Calíope los había traído, revisando sus notas.

Aprovechó para seguir leyendo el libro de relatos y batallas míticas que la abuela Mary Anne había ocultado en su día en El Reino de las Ánimas, la habitación secreta de su dormitorio en Sunny House, y que ahora obraba en su poder. Ni siquiera le había hablado de su existencia a Mechero. No porque no se fiara de él, sino porque tenía el presentimiento de que era mejor actuar sola. La situación en la Fundación Petunia era extremadamente delicada. Jon Arkaute le había dicho antes de desaparecer que no se fiara de nadie, que regresaría y le contaría toda la verdad acerca de su pasado. De momento, prefería ser cauta y no cometer ninguna torpeza. Sus dudas habían llegado hasta el punto de no saber con seguridad qué papel había jugado de verdad la abuela Mary Anne en la historia de la Fundación.

—Aquí es —dijo Calíope señalando las ruinas con un gesto de su cabeza. Su forma de pronunciar el castellano había encandilado al joven desde el primer momento que la había escuchado hablar. Eso había ocurrido hacía menos de dos horas, pero tenía la agradable sensación de que la conociera de toda la vida. Su acento era una extraña mezcla de griego e italiano, pero esa circunstancia no le impedía entablar conversaciones complejas y realizar construcciones gramaticales en castellano nada sencillas. Era una joven de edad muy similar a la de Mechero, quizás algo mayor. De lo que no cabía duda alguna era de que era ligeramente más alta que él y bastante más fornida. Al lado de la silueta enclenque del joven, Calíope parecía sacada de un cuadro del mismísimo Boticelli. De hecho, su voluptuosidad y su larga cabellera del color del trigo maduro no eran nada envidiables a los de la protagonista de *El nacimiento de Venus*, el famoso cuadro del pintor italiano. Con la diferencia de que el tono de piel de la guía turística era bastante más bronceado que el de la diosa.

—Tenías razón —acertó a decir él tratando de recuperar el aliento—. No queda ni un turista.

—El último viaje organizado sale de aquí a las siete de la tarde, y es muy poco usual que los turistas se aventuren montaña arriba cuando falta poco para el ocaso. Pero ven, no te quedes ahí parado como un tonto. Detrás de esas rocas comienza lo bueno.

El joven jardinero la siguió esperanzado por lo que sus ojos iban a contemplar, de lo cual ella le había adelantado parte durante el trayecto hasta el monte Oqui. Cuando hacía dos horas Anne y él la habían visto a llegar a la cafetería que les había indicado la empleada de la pensión, ella se había mostrado amable y dispuesta a ayudarles en lo que hiciera falta para encontrar al hombre que buscaban. Según les había contado, Koldo de Andrés se había interesado hacía dos días por las rutas que la empresa familiar de su padre organizaba por las diferentes ruinas de la isla, en concreto por la del monte Oqui, pero finalmente no había contratado sus servicios. Eubea era una de las islas más grandes de Grecia y tenía varias sorpresas arqueológicas repartidas por varios puntos del territorio. Mechero le había pedido que le dijera todo lo que supiera del segundo hombre que había preguntado poco tiempo después por el profesor en la cafetería, pero ella apenas lo recordaba.

—Bienvenido a una *drakospita*, una de las casas de gigantes más famosas de la isla de Eubea —anunció con solemnidad la joven, mientras colocaba su brazo derecho sobre los hombros de Mechero. Él se sintió levemente desconcertado por aquel gesto de intimidad. —¿Qué te parece?

El jardinero contempló extasiado las ruinas que se alzaban ante sus incrédulos ojos. Se trataba de una espectacular construcción megalítica rectangular, de unos cien metros cuadrados de superficie, que recordaba inevitablemente a una casa. Las cuatro paredes que la delimitaban estaban compuestas por enormes bloques de piedra que parecían encajados los unos en los otros. El techo estaba incompleto, pero aún permanecía intacto en un buen trecho. La puerta de entrada era un gigantesco acceso de forma también rectangular de aproximadamente tres metros y medio de altura y dos de ancho. Mechero no daba crédito a lo que estaba observando. El sol comenzaba a ocultarse tras la línea de montañas que había a su derecha, creando un fantasmagórico baile de sombras sobre las rocas que conformaban aquella edificación ancestral. Por un momento creyó estar inmerso en una ensoñación producida por algún tipo de sustancia alucinógena.

—Pero... ¿cómo es posible? ¿cuánto pesan estas piedras? —preguntó sin salir de su asombro.

—Mucho. La mayoría pesan toneladas. Las paredes tienen un grosor de casi metro y medio —contestó Calíope con orgullo—. Además, no hay ninguna argamasa o mortero que las una. Están todas superpuestas y los minúsculos huecos que hay allí donde se juntan, están a su vez rellenos por otras piedras más pequeñas.

Mechero se situó bajo el arco de entrada y se sintió el ser más diminuto del universo mientras trataba de abarcar con su mirada el dintel superior de la puerta. —¿Quién construyó esta maravilla? ¿Y cómo?

—Esa es la gran pregunta, amigo —le contestó rápidamente ella. A Mechero no le hizo mucha gracia que hubiera empleado aquel término amistoso para referirse a él. —Los investigadores no se ponen de acuerdo. Hay veinte *drakospita* repartidas por toda la isla, y no se sabe cuál es su antigüedad. Unos dicen que fueron levantadas siete mil años antes del nacimiento de Cristo, como precursoras de los famosos templos del inicio de la civilización de la antigua Grecia. Otros consideran sin embargo que son más recientes, del siglo III o IV antes de Cristo. Hay quien cree que fueron construidas por los Driope, un pueblo que colonizó la isla hace tres mil doscientos años, pero las fechas son muy dudosas. Otros muchos dicen que su estructura se asemeja demasiado a la de los dólmenes de la Bretaña francesa, de hace más de siete mil años. Creen que

podieron ser obra de alguna tribu emigrada desde la zona atlántica de Europa. ¿Sabes cuánto pesa el bloque que tienes sobre la cabeza?

—No sé si quiero saberlo...

—Diez toneladas.

—Pero ¿cómo? ¿cómo pudieron transportar esas enormes rocas y levantarlas para construir las casas?

—Esa incógnita se da en muchas otras construcciones megalíticas, como en Stonehenge, en Inglaterra. Pero aquí el enigma es aún mayor si cabe. Estamos a unos mil cuatrocientos metros de altitud. Nadie sabe cómo fueron capaces de arrastrar esos bloques hasta aquí arriba ni qué tecnología emplearon. Todas las *drakospita* de la isla tienen una forma similar, con una apertura en el techo en la parte central, unos dicen que para que entrara la luz del sol o saliera el humo. Hay quien asegura que en realidad eran observatorios astronómicos.

—¿Por qué ese nombre? —preguntó Mechero—. *Drakospita*. Parece que suena a dragón más que a obra de gigantes.

—*Drakospita* significa “casas de los dragones”. Hay cierta confusión en torno a esto. En la mitología de la isla los dragones eran seres gigantescos que podían adoptar forma humana. Aunque hay quien dice que en realidad el origen de la palabra proviene del término “*derca*”, que se refiere a una mirada penetrante, aguda, mágica, que supuestamente poseían los moradores de estas construcciones.

Aquellas palabras empleadas por Calíope retrotrajeron a Mechero al momento en el que Anne le había contado las revelaciones que le había hecho Peter Magnusson, el asesino del *blog*, acerca de aquella antigua raza de gigantes que había poblado el mundo. Poseedores, algunos de ellos, de la capacidad de ver o interpretar el futuro, precisamente ese don se representaba físicamente en los relatos a través del ritual ancestral de la apertura de los ojos con unas barras o varas. Así se narraba en la leyenda del fin de los gentiles de la mitología vasca. El anciano gentil había necesitado de la ayuda de sus congéneres para que le abrieran los ojos con aquellos artilugios y así poder interpretar el significado de la extraña nube que se asomaba por el horizonte. Si Calíope tenía razón, los habitantes de las *drakospita* tenían también una mirada penetrante. “Mágica”. Esa había sido la palabra que había usado. ¿Estaba tan solo viendo lo que quería ver o cabía la posibilidad de que aquellos antiguos griegos fueran los mismos gigantes que se mencionaban en las leyendas vascas y en otras muchas culturas?

—Deberíamos irnos ya —dijo de repente Calíope—. No es buena idea andar por este lugar sagrado cuando se pone el sol. Mi bisabuelo solía decirme que en algunas noches de luna llena los gigantes pueden atravesar la puerta a nuestro mundo a través del agujero de los techos de las *drakospita*. Y es mejor no cruzarse en su camino.

“*La puerta se habrá abierto y todo volverá al principio*”. Esas eran las palabras de la profecía que auguraba el retorno de los gigantes. Mechero tuvo la extraña sensación de estar asistiendo a la reconstrucción de un rompecabezas místico en el que todas las piezas iban encajando poco a poco.

—Creo que ya eres mayorcita para creer en esas supersticiones —bromeó.

—No lo digo solo por eso. Estos montes no son seguros por la noche. Son el escondite de muchos contrabandistas.

—Déjame entrar dentro de la casa. Quiero sacar alguna foto —contestó él mientras se introducía en el interior de la construcción. Si el profesor Koldo de Andrés había viajado hasta la isla de Eubea y se había interesado por aquella estructura megalítica en concreto, era evidente que no podía desperdiciar la oportunidad de retratarla en busca de cualquier pista. Era más que probable que De Andrés hubiera decidido visitar las ruinas personalmente.

Dentro de la casa, la oscuridad del atardecer comenzaba a dificultar la visión y en algunos rincones era prácticamente imposible distinguir apenas el contorno de los bloques pétreos. Tomó varias instantáneas de los restos del techo y observó cómo en la pared del fondo sobresalían una especie de estanterías sobre las que algún turista había ido colocando piedras más pequeñas. En ese momento fue consciente del silencio. Un espeso manto insonoro envolvía la atmósfera del interior de aquel antiguo vestigio de aquella civilización perdida. El silencio era tan abrumador que caía como una losa de varias toneladas de peso cubriendo cada rincón de la estancia. Mechero comenzó a inquietarse. Hacía rato que no escuchaba los movimientos de Calíope en el exterior. Sin embargo, algo le impedía salir de allí. Sin saber muy bien por qué, algo o alguien le obligaba a permanecer entre aquellas cuatro paredes. ¿O era más bien una invitación a quedarse? Decidió encender la linterna de su teléfono e iluminar las zonas sumidas en la penumbra. Faltaban muy pocos minutos para que la noche se cerniera sobre la montaña.

Avanzó unos pasos y se dio la vuelta para observar los bloques que conformaban la puerta. Se dio cuenta de que, muy cerca del techo, a ambos lados del dintel, dos pequeños salientes muy similares a los que acababa de ver en la pared opuesta, estaban adornados con lo que parecía una especie de grabado. Había que fijarse mucho para darse cuenta, pues las líneas aparecían casi completamente borradas. El color, si es que alguna vez lo hubo, había desaparecido por completo. Acercó un viejo tonel de latón que alguien había dejado abandonado allí. ¿Utilizarían los contrabandistas de los que le había hablado Calíope aquellas ruinas para esconderse? Se subió en él y contempló de una manera más pormenorizada los dos dibujos. Estaban muy deteriorados, sobre todo el de la izquierda. Enfocó con la luz la parte posterior del de la derecha. Había algo en las imágenes que le resultaba familiar, pero no sabía concretar qué era. En la zona inferior aparecían trazadas lo que sin duda eran siluetas humanoides y lo curioso era que estaban vestidas con ropajes cincelados con detalle sobre la roca. Daba la impresión de que aquellos seres estuvieran en movimiento, casi bailando. Sobre sus cabezas la imagen se interrumpía, como si el paso del tiempo hubiera hecho que parte de la piedra se desprendiera. Pero aquella antigua representación artística continuaba más arriba. Desgraciadamente, la concreción de las figuras de la parte inferior daba paso en el área superior a una masa sin contorno definido, mucho más abstracta. Mechero volvió a fijarse en los humanoides y de repente lo tuvo claro. Aquello no se trataba de una danza ancestral. Aquellos seres no estaban bailando. Estaban corriendo. Huyendo. Aparecían incluso un par de cuerpos yaciendo sobre el suelo. Notó cómo el pulso se le aceleraba y una leve opresión hacía acto de presencia en el lateral izquierdo de su cuello.

Rápidamente dirigió su mirada de nuevo hacia la parte superior del dibujo. No podía ser. ¡Cómo había sido tan estúpido! Aquella masa uniforme que se dispersaba de una manera indeterminada no era una figura abstracta. En realidad, el contorno aparecía perfectamente determinado, aunque la extensión de la figura era mucho mayor de lo que previamente había supuesto. Por eso le había resultado tan familiar el grabado cuando lo había observado por

primera vez. Una nube. Aquel dibujo enorme era una nube de proporciones descomunales. Dios mío. Tenía que fotografiarlo todo y bajar cuanto antes a enseñárselo a Anne. Decidió grabar también un vídeo. Mientras registraba con la cámara de su móvil los restos de aquella obra de arte perpetuada a través de los milenios, la sensación de opresión en su cuello se acentuó. ¡Cómo no se había dado cuenta antes! La escena que allí se representaba era muy parecida a lo que narraba la leyenda del fin de los gentiles de la mitología vasca. ¿Sería aquella nube la misma que vieron los gigantes aproximarse por el horizonte? ¿Sería aquella la nube de la profecía que anunciaría el inminente retorno de los que estaban antes? Justo cuando estaba a punto de apagar la cámara, todo se volvió negro, como si las tinieblas de la noche hubieran arrasado con todo a su llegada. De repente aquel grabado ancestral, la casa de dragones, el monte Oqui, la isla Eubea y el mundo entero habían desaparecido. En el rápido viaje a la inconsciencia, Mechero sonrió. Sabía que la verdad estaba ahora mucho más cerca.

6.

La calle Somera del casco viejo de Bilbao estaba abarrotada de turistas. No hacía ni un par de semanas que habían abierto en la zona una cafetería perteneciente a una famosa multinacional y el trasiego de gente había aumentado considerablemente. El buen tiempo que había llegado de manera súbita había contribuido del mismo modo a incentivar el ambiente festivo de muchos de los restaurantes de la zona. Los rostros de la mayoría de los viandantes se mostraban relajados y alegres, como si la presencia del sol y la ausencia de nubes les hubieran hecho olvidar sus preocupaciones, al menos momentáneamente. Sin embargo, no todo era relajación y sosiego. Entre la multitud, un hombre alto y de aspecto excesivamente pulcro avanzaba lentamente tratando de pasar inadvertido. De hecho, nadie se dio cuenta de cómo accedía al portal y subía las escaleras buscando su destino. Al final, el testimonio de Teresa Zababuru había sido vital para salir de aquel callejón sin salida en el que se encontraba inmerso desde hacía semanas. Los buzones situados junto a la puerta del cuarto de la limpieza habían confirmado que no se había equivocado de sitio. En uno de ellos figuraban dos nombres que le eran conocidos. “Juan María Lazkao y Begoña Argenta”. En la libreta que Teresa Zababuru había encontrado en el dormitorio de Peter Magnusson aparecían varios nombres, entre ellos los de aquellas dos personas, ambas recientemente fallecidas según había podido comprobar. El hombre había muerto no hacía mucho allí mismo, a manos de una supuesta banda de atracadores que llevaba aterrorizando la villa de Bilbao desde hacía meses. Eso era lo que los medios de comunicación habían publicado al respecto, aunque la instrucción del caso estaba en un punto muerto. ¿Estaría Peter Magnusson implicado también en aquel fallecimiento? Era lo más probable, aunque no acertaba a encontrar la relación entre ese asesinato y el de las tres mujeres de Vitoria. Begoña Argenta, en cambio, supuestamente había fallecido por inhalación de humo mientras se encontraba en el piso de una amiga ubicado no muy lejos de allí que se había incendiado. ¿Por qué tenía Peter Magnusson apuntados ambos nombres en aquella misteriosa libreta?

Al llegar al rellano se detuvo unos segundos en silencio. Le había parecido escuchar un ruido en el interior de la vivienda. Estaba convencido de que allí dentro había alguien. Armado de paciencia y desde una planta más arriba, se dispuso a esperar el tiempo que hiciera falta hasta que la persona o personas que se encontrasen en el interior salieran. Al cabo de veinte minutos estuvo tentado de llamar al timbre para ver si le contestaba alguien, pero justo en ese momento, la puerta se abrió y, desde su posición, vio salir a una mujer de una edad similar a la suya que parecía tener prisa. Con disimulo la siguió hasta la calle guardando una distancia prudencial como para que ella no se percatase de ello. No tuvo que andar mucho. En una de las vías aledañas, la mujer entró en una cercana cafetería-librería de aspecto *vintage*. Decidió esperarla fuera. Salvo que hubiera quedado allí con alguien, no tardaría en salir. Se sentó en una terraza de un restaurante contiguo y pidió un refresco de cola. A *Ama* no le gustaba que tomara tanta cafeína, pero necesitaba mantener todos sus sentidos en alerta y no había nada mejor que aquella sustancia del demonio para lograrlo. Tuvo que pedir una segunda bebida cuando la camarera se acercó varias veces para preguntarle de manera bastante despectiva si deseaba algo más. ¿Por qué caía mal a la gente?

Muchas veces se sentía como si portara un imán bajo la piel que emitiera alguna especie de radiación tóxica que atrajera los malos humos y las malas contestaciones. Ahuyentó aquellos fantasmas de su cabeza. No podía distraerse ni un segundo. La mujer podía salir de la cafetería en cualquier momento.

—Perdone, he quedado aquí con una amiga hace un rato, pero me temo que llego tarde. Es alta, pelo negro, un poco más baja que yo. Morena, suele llevar coleta... Me ha dicho que estaba aquí dentro, pero ahora no la veo y no me contesta en el móvil. ¿No la habrá visto, no? —le preguntó a la camarera. Se había hartado de esperar y había decidido entrar.

—¿Ves toda la gente que hay aquí? —le contestó ella con cara de pocos amigos—. ¿Tú te crees que me puedo acordar de si entra o no entra una tía morena con coleta?

Aimar optó por no responder y se adentró aún más buscando a la mujer entre las estanterías de libros. Recorrió con la mirada todas las mesas y la barra, esperando encontrarla, pero no había rastro de ella. Además, los dos cuartos de baño estaban vacíos. Era imposible. No había levantado la vista de aquel establecimiento en ningún momento. ¿Se habría despistado mientras pagaba las bebidas en la terraza del restaurante de al lado? Decepcionado consigo mismo abandonó la cafetería. *Ama* no iba a entender que se le escapara un posible testigo de aquella manera tan tonta. Oteó la calle girando la cabeza a izquierda y derecha, con la esperanza de que la mujer se hallara aún en las cercanías. Y de repente la vio. O creyó verla. Pero no podía ser ella. Su imaginación le estaba jugando una mala pasada. Sin embargo, aquella forma de andar, aquella melena recogida en una coleta, aquellas ropas anticuadas tan impropias de una mujer joven como lo era ella... Hubiera jurado que era la misma persona. Pero no podía ser. La mujer que tenía a unos cuantos pasos delante de él acababa de salir de un portal ubicado al menos a cincuenta metros de la cafetería-librería donde minutos atrás había entrado. Era imposible que fuera ella. Estaba seguro de que no la había visto salir e internarse en el bloque de viviendas adyacente. Se hubiera dado cuenta. Parecía asustada, atemorizada por algo o alguien. Se dio la vuelta como si temiera que alguien la estuviera siguiendo. Y al fin Aimar pudo confirmar sus sospechas. Desde luego que se trataba de la misma mujer. No cabía duda alguna. Y aquello solo podía significar dos cosas. O por algún motivo que no lograba comprender no la había visto salir del local, o bien el interior de aquella cafetería-librería estaba conectada de alguna manera con aquel portal por el que ella acababa de salir.

7.

La cara de la muchacha la estaba delatando. Su mirada felina trataba de esquivar el dedo acusador de Mechero. Definitivamente sabía algo más que no les había contado la primera vez que habían hablado con ella. Ya entonces le había parecido poco fiable y no estaba dispuesto a que jugara más con ellos. De vuelta de la excursión al monte Oqui, Calíope le había mencionado que Koldo de Andrés estaba hospedado en el hostel Medusa. Él mismo se lo había contado. La limpiadora les había mentido de manera descarada cuando le habían preguntado si el profesor De Andrés se alojaba allí.

—¿Nos quieres decir la puta verdad? —le gritó Mechero a punto de perder los papeles.

Anne se interpuso entre los dos. Mechero no estaba bien. Le conocía perfectamente y sabía que estaba asustado. La agresividad era una de las dos actitudes que adoptaba cuando el miedo se apoderaba de él y le impedía actuar con racionalidad. La otra solía consistir en fumar un par de canutos de hachís, algo que era totalmente imposible en ese momento porque Anne le había prohibido pisar el aeropuerto de Heathrow con droga encima. Mechero se había desmayado dentro de la casa de gigantes del monte Oqui. Según él simplemente se había resbalado del barril al que se había subido para observar de cerca el grabado que había a ambos lados del dintel de la puerta. Pero Calíope le había confesado a Anne a escondidas que le había costado bastante reanimarlo y que cuando abandonaron el recinto de la *drakospita* el joven había vuelto a tener un desvanecimiento. Afortunadamente, todo había quedado en un susto. Aunque estaba claro que en su interior, Mechero estaba preocupado por lo que le había sucedido.

—Vamos a ver, Mechero —le interrumpió mostrando cierto tono autoritario—. Tengamos la fiesta en paz. ¿No ves que la estás asustando?

La muchacha sonrió aliviada mientras Anne la tomaba de la mano. Mechero tenía razón. La joven les había engañado la primera vez pero sabía muy bien cómo hacerle hablar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó tratando de mostrarse amigable.

—Hatria —respondió ella apartándose.

—Mira Hatria —continuó Anne—. Sé que probablemente no ha sido tu intención engañarnos, y que seguramente no pretendías contarnos una mentira, pero es muy importante que nos digas la verdad, por favor. ¿Ha estado aquí hospedado el hombre de la fotografía?

—Puede ser.

—No puedo con ella. Déjame a mí Anne, ya verás cómo yo le hago hablar alto y claro —dijo Mechero. Anne le empujó con suavidad hacia atrás.

—Hatria. Haz memoria, por favor. ¿Estuvo o no ese hombre hospedado en el Medusa?

—No sé, señora. Es que tengo mala memoria.

—Quieres más dinero, ¿verdad? —le preguntó Anne sacando la cartera del bolsillo interior de su chaqueta.

—Pelirroja, por favor. ¿Vas a volver a caer en su trampa? —Mechero no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Toma cien euros —le dijo Anne—. Creo que es más que suficiente.

—Empiezo a recordar, señora —dijo la joven—. Pero ame cuesta. Por aquí pasan muchos señores extranjeros muy parecidos.

—Yo la mato —sentenció Mechero dando un paso adelante. Pero la mirada asesina que le dedicó Anne fue suficiente para que desistiera de lo que quiera que pretendiera hacer.

—Bueno, Hatria. Basta ya. Dime cuánto dinero quieres y veré si merece la pena confiar o no en tu palabra —le dijo Anne.

—Está bien, señora. Con trescientos euros creo que es suficiente.

—Vamos a hacer una cosa. Te doy ciento cincuenta —dijo extendiéndole los billetes—. Y si considero que la información que me das es valiosa te doy a continuación los ciento cincuenta euros restantes.

—Está bien, señora —dijo dando el brazo a torcer—. Me equivoqué de señor cuando usted me preguntó la otra vez. Ese hombre de la foto se ha ido del hotel esta tarde. Hace cosa de una hora.

Anne se le quedó mirando sin saber cómo reaccionar. ¿Sería posible que aquella maldita estafadora les hubiera mentido y que Koldo de Andrés hubiera estado delante de sus morros todo el rato sin que ellos lo supieran?

—La habitación —dijo Anne.

—¿Perdone? ¿Qué quiere decir? —preguntó Hatria.

—¡Que me digas en qué habitación ha estado alojado! —le gritó Anne mientras se abalanzaba sobre ella. Mechero tuvo que retenerla.

La muchacha vigilaba desde la puerta temiendo que la dueña del hostel apareciera en cualquier momento. Había sucumbido a las amenazas de Anne y finalmente había accedido a abrirles la puerta de la habitación donde Koldo de Andrés había estado hospedado. Cada medio minuto se asomaba al interior del cuarto, rogándoles a Anne y Mechero que salieran cuanto antes de allí.

—Por favor, señora. Salgan ya. Ustedes no deberían estar aquí. Yo no debería estar aquí. No quiero perder mi trabajo —les suplicaba.

Mechero había puesto la habitación literalmente patas arriba. Había mirado bajo el colchón, en el armario, en el cuarto de baño, en todos y cada uno de los cajones del mobiliario, pero no había encontrado ninguna pista que les ayudase a averiguar el siguiente destino de Koldo de Andrés.

—¿Estás segura de que esta es la habitación? —le preguntó a la empleada—. Como nos hayas vuelto a mentir...

—Mechero, espera. Parece mentira que se te haya olvidado mirar en el único sitio donde tienes costumbre de rebuscar normalmente —le dijo Anne sosteniendo algo que acababa de

extraer de la papelera. Mechero sonrió. Anne se estaba refiriendo al momento en el que él había descubierto su *test* de embarazo en el hotel de Gales meses atrás.

—¿Qué es ese papel? —preguntó.

—Por favor, señora, salgan ya... —volvió a insistir Hatria.

—¡Que te calles, pesada! —le recriminó Mechero.

—No me lo puedo creer —dijo Anne.

—¿Qué pasa?

—Pues que o nos están tratando de tontos todo el mundo o no me lo explico. Mira este *ticket*. Es la factura pagada por el señor Koldo de Andrés Amaritu —dijo releendo el documento— por el servicio de guía turístico prestado por la empresa del padre de Calíope ayer por la mañana. Tu amiga la “escalamontañas” nos ha mentado. De Andrés sí que hizo la ruta de las *drakospita*.

—Señora, por favor —repitió por enésima vez Hatria—. Deme ya los ciento cincuenta euros que me ha prometido y váyanse ya de la habitación.

—Solo se me ocurre una razón por la que no me dijeras la verdad la primera vez —Anne volvió a emplear un tono intimidatorio con la joven—. ¿Cuánto te pagó el hombre de la foto para que te mantuvieras calladita si alguien preguntaba por él?

Mechero miró a Hatria. La muchacha había bajado inmediatamente la mirada. Era evidente que Anne había dado en el clavo.

—Pues mira guapa. Vamos a hacer una cosa. Veo que este empleo te importa lo suficiente. Así que si no quieres que la señora Dora se entere de los tejemanejes que te traes con los clientes y de tu espíritu emprendedor, por llamarlo de alguna forma, vas a arreglar ahora mismo el desorden que mi hermano acaba de hacer en el cuarto y vas a mantener la boquita cerrada. ¿De acuerdo?

—Pero señora, ¿y los ciento cincuenta euros que faltan?

—Pídeselos al hombre de la fotografía. Está claro que paga mucho mejor que yo.

Mechero miró estupefacto a Anne. Sabía que ella había intentado defenderle de Peter Magnusson cuando el asesino del *blog* le había atacado en el palacio de Montehermoso de Vitoria. Aunque él no recordaba nada por el golpe que se había dado en la cabeza al caer, Anne se lo había contado todo y no dudaba de su palabra. Pero jamás la había visto así, con esa fiera implantada en cada una de sus pupilas. Determinada y aguerrida. Justo las virtudes de las que él carecía en la mayoría de ocasiones. Se sentía afortunado de tener a alguien como ella a su lado, imprimiendo seguridad a aquellos tiempos inciertos que le había tocado vivir. Por supuesto jamás lo reconocería en público.

8.

Anne Wellington había dormido apenas cuatro horas. La escena que había protagonizado con Hatria, la empleada del hostel Medusa, le había provocado un profundo malestar que no desapareció hasta bien entrada la madrugada. Además, el ser que crecía en su vientre había decidido no darle tregua y entre las náuseas, que habían regresado de manera inexplicable, y el horrible punto de dolor que se había instalado en la parte alta de su espalda, casi no había pegado ojo. Mechero le había obligado a desayunar, a pesar de que el apetito le había desaparecido desde la noche anterior. Estaba disgustada y enfadada consigo misma. ¿Tan difícil era que las cosas les salieran bien a la primera? No iba a permitir que nadie le volviera a tomar el pelo de la misma forma que aquella insolente empleada chantajista.

Abordaron a Calíope en cuanto la vieron aparecer calle abajo aproximándose a la cafetería de su padre. Ella intentó retroceder y camuflarse entre las decenas de vehículos y motocicletas que, aun siendo primera hora de la mañana, contaminaban con su reguero de humo y neumáticos chirriantes la concurrida avenida. Estuvo a punto de ser arrollada por un autobús y al final desistió de la idea.

—Buenos días amigos—les saludó tratando de rebajar la tensión que se dibujaba en los rostros de los dos jardineros.

—¿Buenos días? —preguntó Anne—. ¿Tú te crees que puede ser un buen día sabiendo que ayer nos engañaste como si fuéramos idiotas?

—Anne, tampoco hace falta ser maleducados —le cortó Mechero. Anne clavó su mirada desairada en el joven, molesta por sus palabras.

—¿Por qué nos mentiste ayer, Calíope? ¿Por qué no nos dijiste que el profesor De Andrés sí que había reservado la visita a las *drakospita* contigo?

La joven griega se sintió abrumada por la situación y les invitó a pasar dentro del establecimiento. Los primeros turistas ya habían hecho acto de presencia al reclamo de las rutas turísticas por la isla que allí se ofrecían. Les hizo pasar a un área privada del local. La decoración de la sala evocaba a un viejo despacho de principios del siglo XX repleto de estanterías con libros. Un enorme y antiguo póster con algunas de las constelaciones más conocidas presidía la pared más grande. Por todas partes los libros de astronomía se mezclaban con novelas clásicas y alguna revista de arqueología. Mechero no dudó ni un segundo en tumbarse sobre el diván forrado de cuero marrón sintético y colocar sus zapatillas manchadas de polvo de la calle sobre un enorme cojín situado en uno de los extremos. Anne estuvo a punto de recriminar su mala educación, pero estaba tan enfadada que en aquel momento aquel detalle de descortesía le pareció nimio. Calíope se sentó en el sillón situado detrás de la mesa de roble sobre la que reposaban dos ordenadores

portátiles de última generación. Extrajo un *dossier* con documentos de uno de los cajones y le entregó uno de los folios a la jardinera.

—Esta es la denuncia que mi padre presentó ayer por la mañana en la policía.

Anne leyó mentalmente el contenido de la hoja mientras Mechero se incorporaba de su improvisada cama con curiosidad.

—No entiendo nada, está escrito en griego. Lo único que entiendo es el nombre de Koldo de Andrés.

—Siento haberos mentido. Pero tenéis que entenderlo. Mi padre está enfadadísimo conmigo y no me podía permitir fallarle otra vez.

—Explícate —le pidió Anne.

—El hombre que buscáis, Koldo de Andrés, solicitó nuestros servicios para hacer la excursión al monte Oqui. En un principio me extrañó que quisiera hacer la ruta él solo y que estuviera tan empeinado en esa *drakospita* en concreto. Yo le aconsejé visitar otras casas repartidas por la isla, mucho más accesibles para un hombre de su edad. Pero él insistió en que quería ir al monte Oqui. Mi padre me había advertido acerca de los saqueadores de ruinas, pero os juro que en ningún momento pensé que ese hombre era uno de esos delincuentes.

—¿Saqueadores de ruinas? —preguntó Mechero.

—Sí. No es la primera vez que hemos sufrido incidentes con este tipo de personas amigas de lo ajeno, que lo único que buscan es enriquecerse vendiendo los materiales robados al mejor postor, la mayor parte de las veces en el mercado negro. Pero este hombre era tan amable... Además, he de reconocerlo. Me pagó casi el doble de lo que hubiera costado guiar hasta allí a un grupo de diez personas, que es lo usual en este tipo de visitas.

—¿Qué ocurrió exactamente? —Anne estaba sorprendida por la explicación de la griega.

—Estuvimos allí al amanecer. Él me pidió privacidad y yo le dije que si no quería encontrarse con más turistas lo mejor era ir o al anochecer o a primera hora de la mañana. Lo cierto es que le costó bastante subir a pie el último tramo de la montaña, pero era tal su determinación que, aun resoplando, consiguió llegar hasta el objetivo. Allí me pidió que le dejara tranquilo inspeccionar la casa a su aire, así que me alejé un poco buscando rastros de los bandidos que suelen acampar por las noches en la zona huyendo de las autoridades. Estamos hartos de esa lacra. Al cabo de unos tres cuartos de hora, cuando regresé, ese hombre se había esfumado. Lo busqué por todas partes, pero simplemente había desaparecido.

—¿Y no llamaste a la policía? —preguntó Anne.

—No. Supuse que había decidido volver por su propio pie a la ciudad. Aunque no me explico cómo lo hizo, porque a esas horas aún no circulan autobuses turísticos. Quizás debería haber llamado a la policía en aquel momento. El caso es que después de buscarle durante un buen rato por los alrededores decidí que era hora de marcharse. El primer grupo concertado de turistas debía de estar a punto de llegar a la cafetería.

—Pero entonces, ¿qué es lo que robó el profesor? —la interrumpió Anne.

—Antes de bajar del monte Oqui regresé a la *drakospita* y esta vez me di cuenta de algo de lo que no me había percatado la primera vez que entré a buscarle. Junto a la puerta, había trozos pequeños de piedra, como si se hubiera desprendido parte del techo. No me lo podía creer. Pero

la realidad era aún peor de lo que había imaginado. Aquel hombre había arrancado parte del grabado que aparece junto al dintel de la puerta.

—El dibujo de la nube y los gigantes —dijo Mechero.

—Sí, pero es que no es solo eso. Ese hombre había aplicado alguna especie de sustancia sobre las figuras, porque, te puedo asegurar, amigo, que ese dibujo se veía mucho peor antes de que aquel hombre entrara en la casa. Hizo algo para limpiar y resaltar las líneas trazadas. Eso mi padre lo llama atentado arqueológico.

—¿Pero qué fue lo que robó, por el amor de Dios? —levantó la voz Anne.

—Ya sé lo que se llevó, pelirroja. Fueron los trozos que faltaban en el grabado, los que te conté que estaban situados entre las figuras de los gigantes y la nube.

—Eso que tú llamas “nube” es una masa abstracta, Mechero. Yo no diría que es una nube en sí —dijo la inglesa.

—Vamos, Anne, no me fastidies —respondió irritado Mechero—. ¿A estas alturas me vas a decir que eso no es una nube? Casa de gigantes, gigantes corriendo... Venga ya. Eso tiene que ser la famosa nube sí o sí.

—Si tú lo dices...

—El profesor, como vosotros lo llamáis, se llevó la parte central del grabado situado a la derecha del dintel —dijo Calíope.

—¿Y qué pasa con el otro trozo, el que estaba situado a la izquierda? Apenas se distinguían un par de trazos —preguntó ansioso Mechero.

—Se lo llevaron hace tiempo.

—¿Se lo llevaron? ¿A qué te refieres exactamente? —preguntó Anne.

—Quiero decir que... nunca ha estado ahí —titubeó Calíope—. Nadie sabe cuándo se cayó ese trozo.

—¿Cómo? Si acabas de decir que alguien se lo llevó. Eso significa que eres consciente del momento en que dejó de estar allí. ¿Otra vez vuelves a ocultarnos información? —dijo Anne situándose al lado de la griega. Calíope se alejó medio metro de ella arrastrando el sillón con su propio cuerpo.

—¿Déjala en paz, Anne! —exclamó Mechero, acercándose a las dos—. ¿Por qué le tienes que sacar punta a todo? Si te ha dicho que no estaba, es que no estaba. Desde ayer estás insoportable.

—¿Insoportable? Estoy harta —sentenció Anne—. Estoy harta de que nadie en esta isla me diga la puñetera verdad. Estoy harta de que todo el mundo se nos adelante y de que el tiempo se nos acabe.

—Calíope nos está ayudando todo lo que puede. Sabe lo importante que es para nosotros dar cuanto antes con Koldo —respondió Mechero—. Además tiene otra cosa importante que contarte que prefiero que te diga ella. Así que cálmate, ¿vale?

—¿Cómo? —preguntó incrédula Anne—. ¿Qué es esto? ¿Un complot? ¿Cómo que sabe lo importante que es para nosotros encontrar a Koldo? ¿A qué viene esta familiaridad? O sea, que una desconocida te reanima cuando te desmayas ¿y ya es merecedora de tu confianza? ¿Qué pasa aquí? ¿Qué le has contado, Mechero? ¿No habrás...?

—Cállate, Anne. No te enteras de nada —dijo Mechero avergonzado por el tono que había empleado con ella.

—Anne, Mechero. Os pido perdón por haberos ocultado lo de ese hombre, Koldo de Andrés. Como os dije, poco después de que desapareciera, llegó otro hombre a la cafetería preguntando por el grabado de la *drakospita* del monte Oqui. Tuve miedo de que fuera otro saqueador. Lo mismo pensé de vosotros cuando acudisteis a mí preguntando por Koldo de Andrés. No me podía arriesgar a contaros toda la verdad. No podía revelaros lo que ese hombre se había llevado. Mi padre no me lo hubiera perdonado jamás.

—¿Tu padre? —preguntó la jardinera, sin entender nada.

—Mi padre es Dimitri Megalos —respondió ella con cierto temor—. Mechero me dijo ayer que ya habíais oído hablar de él.

Anne la miró de arriba abajo sin saber qué creer. Dimitri Megalos era la persona a la que debían contactar en caso de que tuvieran algún tipo de problema en Grecia. Dimitri Megalos era el hombre al que el profesor James O'Connor les había indicado que debían acudir en caso de que ocurriera cualquier emergencia. Miró a Mechero y deseó con todas sus fuerzas que el joven no le hubiera contado toda la verdad a Calíope. Se volvió de nuevo hacia ella y la observó con detenimiento. La respiración de la muchacha era entrecortada y se frotaba las manos en un evidente signo de nerviosismo. ¿Sabría ella quién era realmente Dimitri Megalos? ¿Sabría Calíope que su padre era Mayor del Jardín del Mar Adriático?

9.

Doscientos cincuenta y siete. Doscientos cincuenta y ocho. Doscientos cincuenta y nueve. ¿Dónde estaba el escalón número doscientos sesenta? ¿Se había equivocado al contar? Estuvo tentado de coger el ascensor, bajar a la primera planta y volver a empezar. Miró el reloj. No tenía tiempo. *Ama* le estaba esperando. *Ama* tenía muchas virtudes pero una de ellas no era precisamente la paciencia. Le gustaba saberlo todo de su hijo, ser la primera en enterarse de todos y cada uno de los pasos que daba en la vida. Cada detalle, cada cosa que hacía, eran motivo suficiente para entablar una conversación eterna con él y lanzarle cientos de preguntas, a cada cual más indiscreta. Ella lo llamaba “preocupación de madre”. Aimar Errekamendi prefería denominarlo “afán por cotillearlo todo”. Pero no le importaba. Amaba a su madre. A veces le violentaba el tono de alguna de sus cuestiones pero siempre terminaba cediendo y le contaba todo. Bueno, casi todo. Había algo importante que aún no le había explicado, pero no había reunido el valor suficiente como para revelárselo. Ya encontraría el momento.

Tenía la costumbre de subir y bajar por lo menos cinco veces las escaleras del bloque de pisos donde él residía en el barrio bilbaíno de Miribilla. No le gustaba ir al gimnasio ni correr, ni nada que implicara tener que relacionarse con personas. Tampoco que la gente le viera sudar. Así que muchas veces optaba por someter a sus piernas al esfuerzo de escalar uno a uno los peldaños de su edificio. En ocasiones incluso portaba una mochila a la espalda cargada con libros, para que la intensidad del ejercicio fuera aún mayor. Le dio rabia haber errado en el conteo de los escalones. La única vez que le había pasado había sido al día siguiente de encontrar al asesino del *blog*, Peter Magnusson, desangrándose sobre el suelo del antiguo atrio central del palacio de Montehermoso de Vitoria. Aquella equivocación había estado totalmente justificada. Aunque se consideraba un tipo con las agallas suficientes como para que no le afectaran demasiado las escenas especialmente grotescas, en el fondo el hallazgo del cuerpo de aquel criminal sí le había afligido.

—¿Y quién es esa mujer si puede saberse? —le preguntó *Ama* en cuanto él sacó el tema. Había cierto matiz inquisitorio en su interpelación. Probablemente le resultaba preocupante que su querido hijo hubiera tardado tanto tiempo en contarle que llevaba varios días siguiéndola.

—No sé cómo se llama, *Ama*. Aún no he podido averiguarlo.

—Ya, ya sé qué no sabes su nombre. Pero, ¿quién es? ¿qué hacía en casa de esa otra mujer, la tal Begoña Argenta?

—No lo sé, pero está claro que la conocía.

—Puede ser simplemente una vecina a la que hubiera dejado un juego de las llaves de su casa antes de morir. O una hija.

—No. La sospechosa vive en Basurto. Estoy investigando una posible relación de parentesco, pero mi intuición me dice que no hay ningún vínculo de sangre entre ambas.

—¿Entonces?

—Verás, he estado analizando lo poco que he podido averiguar de la mujer mayor, Begoña. Es muy extraño, porque hay varios agujeros en su pasado y no he sido capaz de completarlos. De hecho, todo lo que estoy investigando es bastante reciente, de unos diez años para aquí, cuando se trasladó a vivir a Bilbao.

—¿Dónde vivía antes?

—No lo sé con exactitud. Puede que en el extranjero. No figura ningún inmueble a su nombre. Un contacto que tengo en la Diputación me ha confirmado que jamás ha presentado declaración de la renta aquí. O quizás antes de llegar a Bilbao vivió siempre de alquiler. Todo en dinero negro, ya me entiendes.

—¿Qué raro!

—Bueno, hay mucha más gente de la que piensas que vive de alquiler, *Ama*.

—A ti ni se te ocurra nunca hacer semejante tontería. Eso es tirar el dinero.

—Sabía que me lo ibas a decir. En fin, el caso es que hay algo que me ha llamado mucho la atención en la historia reciente de Begoña Argenta. Hay bastantes cosas peculiares, en realidad. En menos de un año han muerto su marido y el hijo adoptivo de ambos, Borja. El primero asesinado en el piso de la calle Somera donde tenían la residencia familiar y el segundo en una explosión de gas en una vivienda de una de las Torres Isozaki.

—Ya me acuerdo de esa explosión. Menuda humareda que echaba. Se veía hasta desde el teatro Arriaga. Pobre familia. Desgracia tras desgracia.

—¿Y qué me dices de ella? —preguntó Aimar levantando las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que si ya son raras las muertes de su marido y de su hijo, no lo es menos la propia muerte de Begoña Argenta—contestó él.

—¿Cómo murió?

—Por inhalación de humo en un incendio de una vivienda en el casco viejo. He intentado localizar la autopsia, pero no he sido capaz.

—¡Madre del amor hermoso! ¿Pero quién le ha echado semejante mal de ojo a esa familia? - exclamó horrorizada *Ama*.

—Aún hay más.

—No me asustes, hijo.

—¿Te acuerdas de que el otro día te conté que seguí a la sospechosa?

—No me gusta que la llames así.

—¿Cómo dices?

—Que tendrá un nombre, digo yo. ¡Qué manía tenéis los policías de despersonalizarlo todo! ¡Así de mal va el mundo!

—¿Y qué quieres, que me invente su nombre?

—A mí siempre me ha gustado Consuelo. Si llegas a nacer niña te hubiéramos bautizado así. Así se llamaba mi abuela materna, mi bisabuela y mi tatarabuela. ¿A dónde seguiste a Consuelo?

—¿En serio *Ama*? —Aimar no entendía muchas veces a su progenitora, pero no quería disgustarla de ninguna manera.

—¿A dónde decías que seguiste a Consuelo? —insistió ella.

—En fin. Como te acordarás, Consuelo estaba en casa de Begoña Argenta y cuando salió del piso, la seguí hasta esa cafetería donde te he dicho más de una vez que he entrado a leer un libro.

—¡Ah sí! ¿Consuelo también entró a leer un libro? Me cae bien Consuelo.

Aimar miró a su madre con ternura. Normalmente razonaba bien, pero desde hacía un tiempo los signos de demencia comenzaban a ser más acusados. La tomó de la mano mientras le sonreía.

—Sí, *Ama*. Consuelo entró en la cafetería a leer un libro. Pero lo que te quería decir era que no salió a la calle por donde había entrado, sino por un portal contigo.

—Me acuerdo perfectamente de que ya me lo habías dicho—sentenció con rotundidad ella. Aimar tuvo la sensación de que su madre acababa de darse cuenta de que él estaba pensando en su enfermedad—. Según tú ese portal y la cafetería están comunicados de alguna manera por dentro.

—Tú me dirás. ¿Se te ocurre otra explicación para lo que vi?

—Pues no sé, chico, no entiendo nada. ¿Qué pasa con esa dichosa cafetería?

—No estoy hablando ahora de la cafetería. Estoy hablando del portal del edificio por el que ella salió a la calle.

—¡Ay hijo, arranca ya, que me tienes en un sinvivir con tanto rodeo!

—Según he averiguado, Begoña Argenta murió en el incendio de una de las viviendas de ese edificio, concretamente el segundo A.

—Pues sí que es raro, sí. Muy casual me parece todo —sentenció *Ama*—. ¿Qué te está rondando por la cabeza?

—No lo sé con exactitud. Pero sé que algo ocurre en ese lugar.

—¿Has mirado a nombre de quién consta ese piso en el Registro de la Propiedad?

Aimar miró fijamente a su madre. En su estado, seguía siendo una mujer perspicaz e inteligente. Siempre lo había sido.

—Sí. Es propiedad de una señora empadronada en otro piso del casco viejo. Una anciana llamada Sofía Arrizabalaga.

—Bueno, tendrá el piso ese del incendio alquilado o algo.

—No. Y lo más curioso no es eso. Lo más curioso es que Sofía Arrizabalaga no es propietaria solo del segundo A de ese portal. Es titular de otros cuatro pisos más de los portales adyacentes, los más próximos a la cafetería.

—Esa anciana, Sofía, es rica, entonces.

—No sé si se le puede llamar rica a alguien que está cobrando una pensión de jubilación de setecientos euros. Algo no cuadra.

—¿Y el otro piso? Ese en el que murió el hijo de Begoña en la explosión de gas.

—¿El de las Torres Isozaki?

—Sí. ¿A nombre de quién está?

—Es propiedad de una empresa radicada aquí. “Traducciones El Helecho Rojo, S.L.”.

—¿Y qué hacía el hijo de Begoña Argenta aquel día allí?

—No lo sé, *Ama*.

—Mmm... ¿Y el piso de Consuelo?

—¿Te refieres al piso de Basurto donde vive la sospechosa?

—Sí. No me digas que se te ha olvidado comprobarlo —le recriminó—. No sé dónde tienes la cabeza últimamente.

—Es una comunidad de bienes de varias personas. Ninguna de ellas aparecía en la libreta que el asesino del *blog* guardaba en su pensión —contestó él mientras abría la ventana de la habitación para que se aireara.

—¿Qué te ocurre, hijo?

Ama sabía detectar cualquier alteración en su estado de ánimo, por muy insignificante que esta fuera.

—Tengo el presentimiento de que el caso del asesino del *blog* no es tan sencillo como nos han hecho creer.

—Pues sigue lo que te dicte tu corazón, hijo. Nunca te ha fallado. Yo sé que tú tienes un objetivo en la vida que Dios te ha reservado. Todos nacemos con un propósito, pero solo muy pocas personas tienen un destino especial. Yo sé que tú eres una de esas personas. Tú viniste al mundo para cumplir los designios que Dios te tiene preparados. Quizá tu misión en la vida sea desentrañar este misterio.

—No empieces, *Ama* —le dijo. Se sentía incómodo cada vez que ella le hablaba de esa forma. Ella lo hacía para animarle pero lo que *Ama* no sabía era que no era necesario que se lo repitiera constantemente. En su interior, él había tenido muchas veces una intuición parecida respecto del sentido de su propia existencia. Ayudar al débil, resolver las injusticias. Pero su madre iba más allá; hablaba de él como si fuera el nuevo Mesías. ¿Y si *Ama* tenía razón y su misión en la vida era algo aún más especial que socorrer al desprotegido? —Creo que ese criminal, Peter Magnusson, está relacionado con las muertes de Begoña Argenta y de su esposo, y quizás también con la del hijo de ambos.

—No siempre es cuestión de creer sino de saber mirar, hijo.

—Sé dónde tengo que mirar, *Ama*. Lo sé perfectamente.

—Querrás decir en quién tienes que mirar —le corrigió ella enfatizando la pronunciación del pronombre “quién”.

—Ella. La clave está en la sospechosa.

—Consuelo —dijo *Ama* bajando el tono de su voz.

—Sí, Consuelo.

—Ten cuidado, hijo. Todo esto me da muy mala espina.

—*Ama*, no empieces.

Se alejó de ella lentamente, no le apetecía aguantar uno de sus sermones. Sabía que sus consejos generalmente eran acertados, pero no estaba dispuesto a que volviera a soltarle el discurso de que la gente era mala por naturaleza y que tarde o temprano todo el mundo acababa traicionándole. El caso era que así había sucedido toda su vida, pero no necesitaba que ella se lo recordase a cada segundo. Además, seguir hablando con *Ama* podía suponer aumentar el riesgo de que terminara metiendo la pata contándole aquello que aún no se había atrevido a revelar. Quizás otro día, cuando se sintiera más preparado. No tenía tiempo que perder. Si no variaba su horario habitual, Consuelo estaría llegando ahora mismo a su piso de Basurto para el almuerzo. Con un poco de suerte llegaría a tiempo para apostarse en el bar que daba a la fachada del bloque de viviendas y vigilaría el portal atento a cualquier salida que ella hiciera. Tenía todo el tiempo del mundo. Pero... un momento. ¿Acababa de pensar en la sospechosa llamándola Consuelo? De nuevo había vuelto a ocurrir. El poder de persuasión que ejercía *Ama* sobre él a veces le asustaba. Lo cierto era que ahora que le había puesto un nombre, la sospechosa había adquirido un cierto matiz misterioso de lo más atractivo. ¿Qué clase de mujer se ocultaba tras aquella indumentaria conservadora que no encajaba demasiado bien con la edad que aparentaba tener? ¿Cómo hablaría Consuelo? ¿Cómo olería Consuelo? Abrió la puerta y salió a la calle con determinación. Consuelo le esperaba.

10.

Calíope Megalos se abrazó al cuello de su progenitor. Dimitri era un hombre orondo, con una tupida barba negra que le llegaba hasta la altura del pecho, y con una presencia rotunda y en cierto modo intimidatoria. Iba ataviado con una especie de camisola de lino blanco excesivamente amplia, que no conseguía disimular el tamaño de su abdomen. Algo parecido sucedía con las bermudas del mismo color que cubrían la parte alta de sus muslos. Tampoco daba la sensación de que a él le importara lo más mínimo la impresión que causaba en los demás. Cada uno de sus gestos, incluso el tono grave de su voz, contribuían a mostrar una apabullante seguridad en sí mismo. Pero toda esa aparente fortaleza había desaparecido en el momento en el que había visto a su hija abalanzarse sobre él. Mechero incluso creía haber advertido como las lágrimas de emoción humedecían ligeramente las pupilas del hombre cuando Calíope le había saludado de aquella manera tan efusiva.

—Papá, te presento a Anne Wellington y a su hermano, Mechero.

—¿Mechero? —preguntó el hombre.

—Es un apodo, señor. Mi nombre verdadero es Jean-Baptiste Florian, pero todo el mundo me conoce como Mechero —contestó el joven. Aún no se había acostumbrado del todo a aquella identidad falsa que recientemente había adoptado.

—Encantado de conocerles. Calíope ya me ha contado que han visitado la *drakospita* del monte Oqui —añadió Dimitri extendiéndoles la mano. Aunque su pronunciación era bastante desastrosa, su inglés era fluido—. ¿Están ustedes interesados en los descubrimientos arqueológicos de la isla de Eubea?

—Verá, señor —dijo Anne después de carraspear—. Lo cierto es que mi hermano y yo somos muy aficionados a la arqueología griega. De hecho, estas vacaciones las habíamos concebido expresamente para explorar la isla y disfrutar de las *drakospita*. Conocimos a un hombre en una de las excursiones con el cual congeniamos y acordamos con él hacer la visita al monte Oqui juntos. El caso es que habíamos quedado en el hotel Medusa, pero parece que se lo haya tragado la tierra.

—Koldo de Andrés. Profesor universitario del País Vasco. Y un saqueador de ruinas —dijo Dimitri—. Ese hombre no solo se ha llevado parte de un grabado de la casa de gigantes del monte Oqui, sino que, por si fuera poco, ha dañado el resto de la composición. ¿Por qué quieren encontrarle después de lo que ha hecho? No lo entiendo.

Calíope miró a su padre preocupada. Ante su insistencia, Mechero había acabado contándole parcialmente la verdad. Le había revelado que Anne y él formaban parte de una organización cultural dedicada al análisis de antiguos textos escritos en las lenguas clásicas y en otros idiomas minoritarios. Durante uno de sus trabajos de investigación, habían dado con un importe hallazgo. Al parecer, muchos de los antiguos pueblos que habitaban Europa en el pasado albergaban, en sus respectivas mitologías y culturas, referencias a una extraña profecía relacionada con el inminente

fin del mundo y con una raza de gigantes que lo habían poblado antes de que lo hiciera el ser humano. Anne y Mechero estaban convencidos además de que el origen del euskera, la lengua propia de los vascos, estaba directamente relacionado con ello. Ellos sabían que el profesor Koldo de Andrés estaba realizando su propia investigación paralela sobre el asunto y todo apuntaba a que ahora mismo era la persona que más sabía sobre el tema. Probablemente ya habría averiguado todos los entresijos de aquel extraño augurio y sabría mejor cómo interpretarlo. Desde un punto de vista antropológico se trataba de un gran descubrimiento, pero lo que lo hacía más interesante aún era que todo apuntaba a que la profecía estaba a punto de cumplirse. Necesitaban encontrar cuanto antes a Koldo de Andrés para que les ayudara a descifrar aquel enigma. Pero el profesor había desaparecido de la faz de la tierra. No habían sido capaces de localizarle en todo este tiempo. La última pista que tenían era que se encontraba en la isla Eubea.

—Verá, señor —dijo Mechero—. Le vamos a contar la verdad. Anne y yo trabajamos para una fundación. Nos dedicamos al análisis de viejos textos escritos en latín, griego y en algunas lenguas minoritarias. No sé si ha oído hablar del euskera, la lengua del País Vasco. Nuestra última investigación versaba sobre un antiguo códice medieval que incluía un mensaje oculto relacionado con el origen de ese idioma. El caso es que sabemos que el profesor Koldo de Andrés ha investigado esta cuestión en profundidad. Es una eminencia en este campo. Por eso necesitamos encontrarle cuanto antes. Estamos en un punto muerto y no sabemos por dónde continuar en nuestro análisis. Supimos que había venido a Grecia, a esta isla...

—¿Una fundación? —le interrumpió Dimitri.

—Sí, una fundación cultural —contestó Mechero. Anne le fulminó con la mirada. No podía creer que el joven le estuviera contando todo aquello. Definitivamente había perdido la cabeza tras desmayarse en el monte Oqui.

—¿Ustedes son de allí, del País Vasco?

—Trabajamos allí, sí. Mi familia procede de allí. Anne es de Inglaterra.

—¡Fuera! —gritó Dimitri inesperadamente.

—Pero papá, ¿qué te pasa? —le preguntó Calíope.

Anne y Mechero se miraron sin saber cómo reaccionar. Calíope conocía perfectamente los ataques repentinos de ira que solía tener su progenitor pero aún así le sorprendió que actuara así delante de dos extraños.

—Señor, por favor, necesitamos saber qué era lo que estaba investigando Koldo de Andrés en la isla... —trató de argumentar Anne.

—¡Fuera ahora mismo los dos de aquí! ¡Fuera! —volvió a gritar el hombre empujándolos de manera violenta hacia la puerta.

—¡James O'Connor! —gritó desesperado Mechero. El hombre se detuvo en seco y retrocedió unos pasos. La cólera desapareció de su mirada.

—¿Qué acaba usted de decir? —balbuceó.

—James O'Connor —repitió el joven—. Nos dijo que acudiéramos a usted en caso de necesitarlo.

11.

El museo de arqueología de Caristo llevaba seis meses cerrado debido a unas obras de remodelación cuya ejecución se estaba retrasando más de lo inicialmente previsto. Una maraña metálica de andamios y contenedores de escombros sepultaban las principales fachadas, afeando aún más la ya de por sí sobria y austera arquitectura del edificio. Dimitri Megalos había conseguido convencer sin dificultad a la directora del museo, una prima segunda suya, de que les dejara entrar a pesar de estar prohibido el acceso al público. Una vez en el interior, se dedicó a pasear por las galerías mostrando con orgullo las diferentes exposiciones. Los yacimientos repartidos por toda la isla de Eubea habían sacado a la luz varios interesantes tesoros arqueológicos procedentes de diferentes culturas que habían poblado la zona. Calíope se había quedado en la cafetería a la espera de que llegara el siguiente grupo de turistas que había contratado la visita al monte Oqui. Anne Wellington y Mechero observaban extasiados las vitrinas, tratando de adivinar la razón exacta por la que Dimitri les había traído hasta allí.

—Si me hubieran dicho antes que eran ustedes amigos de mi viejo colega James, les habría atendido con gusto desde el principio —se disculpó.

—Deberíamos haberle dicho la verdad —dijo Mechero—. El problema es que por lo que he hablado con ella, Calíope no sabe qué es la Fundación Petunia ni que usted es Mayor del Jardín del Mar Adriático. No queríamos arriesgarnos a meter la pata.

—Y así seguirá siendo. No quiero que mi preciosa hija se vea involucrada de ninguna manera en los tejemanejes de la Fundación. Su madre me hizo prometer antes de morir que jamás le contaría nada a Calíope. Y me alegro de no haberlo hecho, la verdad.

—¿De qué se conocen el profesor O'Connor y usted? —preguntó Anne. No estaba segura del todo de que Mechero no le hubiera contado más de la cuenta a Calíope. Tendría que tener una conversación seria con él.

—Nos conocemos desde hace muchos años. Cuando entré a formar parte de la organización, James fue uno de mis mayores apoyos para llegar hasta donde conseguí llegar. Ingresé lleno de ilusión y con miles de proyectos en mente. No me podía creer que un grupo de prestigiosos expertos pusieran en valor los descubrimientos de los yacimientos de esta isla. Por fin alguien se había atrevido a ir más allá y a tratar de discernir el origen de las *drakospita*. Pero, por lo que veo, creo que James aún no ha tenido conocimiento de mi renuncia.

—¿Su renuncia? ¿Ha abandonado usted la Fundación? —preguntó Anne esperanzada con la posibilidad de que hacerlo fuera posible.

—He renunciado a mi cargo como Mayor del Jardín del Adriático. Ustedes deben de saber ya que no es fácil abandonar del todo la Fundación. Si por mí fuera, lo habría hecho hace tiempo. Pero me temo que no me lo iban a permitir. Así que, de momento, he optado por bajar mi perfil. Al menos hasta que encuentre la forma segura de abandonar la organización sin poner en peligro a Calíope. Los Caducos se han hecho más fuertes que nunca tras los acontecimientos ocurridos en el

invernadero y en la biblioteca de Bilbao. Santiago Valls y sus secuaces lideran a los Caducos de la mayoría de los jardines. Dirigen la Fundación con mano férrea. Y lo peor es que su ideología reaccionaria se ha agudizado aún más si cabe. Se ha desatado una oleada de pánico hacia los Revolucionarios. Se da por hecho de que son ellos los responsables de todo lo sucedido. Ha habido una purga en un gran número de jardines y muchos mayores han abandonado sus puestos de manera forzada. Conmigo no tuvieron tiempo. Renuncié yo antes de que me lo pidieran.

—¿Pero por qué? —preguntó Mechero—. ¿Por qué este enfrentamiento? ¿Todo esto es por culpa de las ideas que propagó ese monje de la Edad Media, Hugo el Potevino?

—¡Mechero, cállate! —le gritó Anne. El joven estaba entrando en un terreno muy peligroso. Era increíble que hablara tranquilamente con Dimitri Megalos sobre el personaje más odiado por los Caducos, que lo consideraban un hereje. Poco antes de que el invernadero de las Torres Isozaki de Bilbao volara por los aires, Mechero había descubierto en la biblioteca de la Fundación que alguien había dejado allí una tesis que analizaba la ideología subversiva de aquel monje francés del siglo XII conocido como El Potevino. A Mechero no se le había ocurrido otra cosa que sacar a escondidas aquel documento de la biblioteca y llevárselo al invernadero. Él mismo le había dicho que estaba convencido de que la explosión había sido motivada precisamente por ese hallazgo. Begoña Argenta pensaba lo mismo. Por eso habían fingido la muerte de Mechero, para que quien fuera que hubiera atacado el invernadero pensase que había fallecido.

—Tranquila, Anne —dijo Dimitri—. Aunque el joven Mechero acaba de cometer una imprudencia, no tienen nada que temer conmigo.

—Entonces cuéntenos de una vez cuál es esa vuelta a los orígenes que defendía Hugo el Potevino y por qué los Caducos están empeñados en que no triunfe esa idea —rogó Mechero. Anne suspiró desconcertada. Esperaba que el padre de Calíope fuera de fiar y no los estuviera engañando.

—No les puedo contar todo. Ese es un conocimiento al que solo se accede en el último estadio del proceso iniciático dentro de Petunia. Hice un juramento de honor. Además, no me quiero ni imaginar las consecuencias que tendría revelárselo. La vida de mi hija Calíope me importa más que nada en este mundo. Los Caducos gobiernan con mano dura la Fundación desde hace siglos. Ha habido algún intento de volver a los orígenes, pero sin ningún éxito. Al final han conseguido imponer su doctrina con unos métodos nada amables. A veces me pregunto si yo mismo conozco de manera completa esa verdad o puede que se me haya ocultado parcialmente. Lo único que les puedo decir es que se trata de una vieja guerra. Dos formas de concebir el mundo y la realidad. Dos caras de un espejo en el que los Caducos han cubierto deliberadamente uno de los lados con un tupido velo.

Mechero intentó persuadirle para que accediera a contarles ese misterioso conocimiento. Pero no hubo manera. Anne tuvo que intervenir para hacerle desistir, temerosa de que Dimitri Megalos acabara harto y decidiera dar por terminado aquel encuentro.

—Señor Megalos, ¿por qué nos ha traído a este museo? —preguntó Anne.

El padre de Calíope les hizo pasar a una de las galerías ubicadas junto a los despachos de la directora y los funcionarios. Nada hacía presagiar que aquella estancia contuviera nada especialmente relevante. A simple vista pasaba desapercibida, con tan solo un par de vitrinas dedicadas a objetos con origen desconocido. Dimitri Megalos se detuvo frente a la más pequeña. Una espesa capa de polvo cubría el cristal. Tuvo que utilizar la manga de su camisola para quitar la suciedad y que Anne y Mechero pudieran ver el objeto que se conservaba en su interior.

—Observen este trozo de cerámica —les dijo.

Anne miró el cubículo. Una pequeña pieza, probablemente la parte abombada de alguna vasija, descansaba en su interior. Por fuera, un sobrio cartel anunciaba de qué se trataba. “*Cerámica. Monte Oqui.*”

—En 1959, el profesor Niki Moutsopoulos halló en la *drakospita* del monte Oqui varios trozos de cerámica, cerraduras y algún que otro resto. La mayoría no tienen el menor interés. Sin embargo, hay dos que llamaron poderosamente la atención de los arqueólogos. Una de ellas es la que tienen ustedes delante. Mírenla bien. ¿No ven lo especial que es?

Mechero pegó su nariz al cristal, con el ánimo de adelantarse a Anne y pronunciarse primero.

—Hay algo escrito, ¿verdad? —preguntó Anne desde atrás. Mechero se cruzó de brazos.

—Así es —contestó Dimitri—. Esos signos corresponden a una escritura desconocida. Nadie ha sido capaz de descifrar su significado. Bueno, al menos no del todo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Anne.

—Margarita Toledo. Es de Pamplona, cerca de donde ustedes viven. ¿La conocen?

Anne y Mechero negaron con la cabeza.

—Es una de las arqueólogas que han analizado la pieza desde que se descubrió el siglo pasado. Tiene que ser ya bastante mayor, probablemente no ande lejos de los noventa años. La señora Toledo se obsesionó con el estudio de esta pieza. Estaba convencida de que se trataba de la misma escritura que había hallado durante una expedición en una cueva de Rumanía... No recuerdo ahora el nombre.

—¿En una cueva? —preguntó Mechero.

—Sí. En los años noventa se descubrió en Rumanía una espectacular galería subterránea de cavernas de varias decenas de kilómetros de longitud que hasta ese momento habían pasado inadvertidas para casi todo el mundo. Un niño desapareció misteriosamente mientras paseaba con sus padres por un bosque. Hallaron su chaqueta junto a lo que parecía la abertura de una sima. El equipo de espeleólogos que acompañó a la policía durante el rescate, sacó a la luz aquella maravilla de la naturaleza. Desgraciadamente, también descubrieron que el niño había muerto al caer desde una altura de seis metros. La mayor parte de las cuevas estaban inundadas por agua pero, en una de ellas fueron descubiertos extraños signos grabados sobre la roca. Nadie pudo determinar su antigüedad. Margarita Toledo visitó con su equipo el lugar y reconoció en esos signos alguno de los que ustedes están viendo ahora mismo escritos en esta pieza de cerámica. Aunque no tuvo suerte y la mayoría de sus colegas se le echaron encima. Ella misma me confesó que se encontró con una oposición casi irracional por parte de los académicos. En algunos casos incluso hasta se publicaron artículos repletos de injurias dirigidas hacia su persona tratando de menoscabar su reputación. En el fondo yo creo que no soportaban que una mujer se atreviera a cuestionar lo históricamente admitido por una doctrina impuesta casi mayoritariamente por

hombres. La acusaron de manipular las pruebas y querer a toda costa alcanzar la fama. Al parecer, aunque tenían una ligera semejanza, faltaban ciertos trazos para concluir que los caracteres de las cuevas y los de la cerámica fueran totalmente idénticos. La señora Toledo insistió en que la escritura de esta pieza hallada en la *drakospita* era una evolución de la descubierta en las cavernas de Rumanía, que sin duda era varios milenios más antigua. Siempre recordaré el símil que solía poner en sus intervenciones ante la prensa. Si la lengua encontrada en las cuevas de Rumanía era el latín, la escritura de la cerámica de la casa de dragones era una evolución natural de la misma, como el castellano o el italiano. Nadie la creyó y su carrera poco a poco fue hundiéndose. Creo que ahora vive en una residencia de Navarra. Si no ha muerto ya.

—Pero... ¿consiguió descifrar esos mensajes? —preguntó Mechero.

—No lo sé, joven. Lo último que sé es que durante sus últimos años en activo, trató de divulgar en las revistas más prestigiosas un estudio que afirmaba que aquella extraña lengua pertenecía en su origen a una antigua civilización olvidada que dominó parte del mundo. Al final, ese trabajo fue publicado por una revista sensacionalista dedicada al esoterismo. Ni qué decir tiene que nadie prestó la mínima atención. Y poco a poco, Margarita Toledo fue cayendo en el olvido.

—¿Usted la creyó? —preguntó Anne. Dimitri Megalos permaneció en silencio unos segundos antes de volver a hablar.

—Antes les he comentado que junto a esta pieza se encontró otra de extraordinario valor.

—¿De qué se trataba? —preguntó Mechero.

—Un trozo de un collar. Pero no un collar cualquiera. Aunque desgraciadamente alguien lo consideró de su propiedad y lo robó. No se ha vuelto a saber de él.

—¿Qué tenía de especial esa joya? —se interesó Anne.

—La pieza en sí no mucho. Me refiero a que el material y los dibujos que contenía no llamaron especialmente la atención.

—¿Entonces? —preguntó Mechero.

—El collar estaba incompleto. Solo se conservaba parte de la medalla. Lo curioso era el tamaño de la cadena, que era desproporcionadamente grande. Muchos sostuvieron entonces que debía de tratarse del adorno de algún caballo o de un carruaje. Puede que tuvieran razón, quién lo sabe. El caso es que cualquier persona que se lo pusiera encima acabaría con una lesión cervical debido al peso. Eso si conseguía primero ajustárselo a base de darle un par de vueltas alrededor del cuello.

—Los gigantes de las *drakospita* —añadió el joven—. Era el collar de un gigante.

—Bueno, esa joya era mucho más reciente en el tiempo, joven. Si es verdad que existieron esos seres, no creo que viviese ninguno en la época en la que fue fabricada.

—¿Usted cree en la posibilidad de que existiera una raza de gigantes sobre la faz de la Tierra? —preguntó Anne sintiéndose ridícula.

—Mire. Calíope y yo pertenecemos a una familia arraigada en esta preciosa isla desde hace siglos. Las mujeres de esta familia han ido transmitiendo generación tras generación multitud de leyendas acerca de los gigantes que poblaron una vez el mundo. Aún recuerdo a mi abuela, que en

paz descansen, contarnos esas historias durante las sobremesas de las comidas familiares. Nadie osaba rebatirle ni el más mínimo detalle de su discurso. ¿Saben por qué?

—¿Por qué? —reiteró Anne.

—Porque creía firmemente en ello. Todos nuestros antepasados creían sin ningún tipo de duda en la existencia real de estos seres mitológicos. En la propia cultura griega, hay varios relatos acerca de los titanes y de los propios gigantes, que eran parecidos, pero no iguales. Yo no tengo una fe tan ciega como otros de mis parientes, pero creo que detrás de toda leyenda siempre se oculta una historia real —contestó Dimitri.

—Vamos, que cuando el río suena agua lleva —puntualizó Mechero.

—¿Usted cree que esa lengua, si se le puede llamar así a esos signos esculpidos en este trozo de cerámica, era el idioma que hablaban esos gigantes? —preguntó Anne. Quería ir más allá para saber qué pensaba realmente el padre de Calíope. No podía quitarse de la cabeza el hecho de que pudiera estar en esos momentos ante una de las muestras escritas más antiguas del euskera. La idea era descabellada, pero aun así latía con fuerza en el mar revuelto de sus pensamientos.

—Mi abuela me solía contar de pequeño que la antigua lengua de los gigantes era hermosa, casi poética. Y hasta cierto punto ingenua. Deliciosamente emotiva. Ella solía decir que los gigantes tenían una mirada mágica, pero que en realidad todo su poder residía en la belleza que encerraban sus palabras. Estoy convencido de que Margarita Toledo dio en el clavo en su investigación. Lástima que la historia haya ignorado su descubrimiento.

Anne rodeó la vitrina y observó la pieza desde todos los ángulos. No quería que se le escapara ningún detalle. El código 60 era considerado hasta el momento el testimonio más antiguo de frases completas redactadas en euskera. ¿Y si aquel pequeño trozo de vasija fuera en realidad esa primera prueba escrita de la lengua vasca o incluso de la lengua que evolucionó hasta convertirse en el euskera?

—¿Qué representa el grabado que hay en el dintel de la *drakospita* del monte Oqui? —preguntó.

—Nadie sabe a ciencia cierta lo que representa. Personas corriendo, bailando o quizá saltando de alegría. Tampoco ha podido demostrarse su antigüedad ni si es coetánea a la propia *drakospita* en sí o es posterior.

—En el dibujo aparecía alguno de esos seres tumbado en el suelo —apuntilló Mechero—. Tenían que estar muertos. Y los demás corriendo, huyendo de una nube.

—Creo que usted ve lo que quiere ver, joven —contestó Dimitri.

—Suponiendo que eso que dice Mechero sea una nube, ¿qué aparecía representado originalmente en el trozo que hay entre la nube y esos seres? ¿Tiene usted idea de por qué lo ha robado Koldo de Andrés?

—No lo sé. Supongo que lo querrá analizar por algún motivo, pero les aseguro que lo que él se ha llevado no tiene nada de especial. Ese grabado ha pasado totalmente desapercibido durante siglos, por lo menos para los forasteros. Una revista de arqueología insinuó en su día que había sido añadido mucho después de la fecha en la que las casas de dragones fueron levantadas, que tan solo se trataba de un fraude. Un recurso turístico intencionado. La gente de aquí siempre hemos sabido que estaba ahí, al igual que hay un par de ellos parecidos repartidos por otras *drakospita*.

Ahora que el señor De Andrés le ha aplicado esa sustancia para hacer más visibles los trazos, me temo que ya no va a pasar tan inadvertido.

—Calíope nos dijo que el grabado que falta a la izquierda del dintel, desapareció hace tiempo, que alguien se lo llevó. ¿Sabe usted qué contenía? —preguntó Anne.

—Me temo que no —contestó él—. Como ya les he dicho no es la primera vez que ha habido saqueos de ruinas en la isla de Eubea. Ese trozo que falta fue arrebatado a la *drakospita* del monte Oqui a finales del siglo XIX, durante una incursión de varios amigos de lo ajeno. Pero no se conserva ningún registro de lo que allí había representado.

—Calíope me habló de que en las leyendas locales se cree que los gigantes pueden regresar a través de los agujeros que hay en los tejados de las *drakospita* —añadió Mechero—. ¿Usted cree que hay algo de cierto en eso?

—Sinceramente creo que dentro de nuestra rica mitología hay partes de las leyendas que son mera fantasía, añadiduras que el devenir de los siglos ha ido adicionando a los relatos originales. Quizás tenga algo que ver con esa mención que se hace en la profecía de la que me han hablado ustedes antes. La apertura de la puerta y el regreso de los gigantes. Pero ¿quién sabe a qué puede estar refiriéndose esa parte de la historia!

—Mañana nos vamos de Grecia, señor Megalos —dijo Anne—. Todo apunta a que Koldo de Andrés ha abandonado ya el país. Al menos esa es la información que le ha llegado al profesor O'Connor. Por favor, en caso de que necesitemos volver a hablar con usted, ¿podremos contar con su ayuda?

—No lo duden. Ustedes son amigos de James. Se lo debo. Eso sí, les ruego guarden la máxima discreción en cuanto a lo que les acabo de contar. No quisiera llamar la atención de los Caducos... Y tengan cuidado, por favor. Por lo que me ha contado Calíope, los vestigios hallados en la *drakospita* del monte Oqui están muy solicitados. Si hay alguien más que está buscándolos, puede que ustedes dos sean un estorbo si se encuentran en su camino.

—No se preocupe —dijo Anne—. Tendremos cuidado. Muchas gracias por todo, señor Megalos.

Se despidieron de él a la entrada del museo. Mechero sacó del bolsillo de su chaqueta una papelina y una pequeña bolsa transparente que ocultaba algún tipo de vegetal.

—¿Eso no será ...? —preguntó Anne.

—¿Un porro? No tranquila. Desde que me desmayé en la *drakospita* se me han quitado las ganas de fumar maría. Menudo cuelgue me dio. No pensaba que los efectos me iban a durar desde la noche anterior.

—Me parece bien. A ver si dejas ya esa porquería y te centras un poco —le reprendió. Se preguntó cómo se las apañaba para conseguir la droga para los canutos sin que ella se diera cuenta.

—Venga, pelirroja, no quieras ser mi madre también. Bastante tienes con lo tuyo —le dijo él señalando el vientre de la jardinera—. Por cierto, ¿qué te ha parecido el padre de Calíope?

—Un señor muy agradable. Estoy casi convencida de que esa escritura es el primer testimonio de la lengua que dio origen al euskera que conocemos hoy en día.

—Miente —dijo él de manera tajante.

—¿Cómo?

—Que miente. Dimitri miente. No me digas por qué pero lo sé. No nos ha dicho toda la verdad.

—Pues a mí me ha parecido de lo más considerado. Nos ha dado incluso más explicaciones de las que buscábamos.

—No sé. Mi instinto me dice que algo no encaja del todo. Pero bueno, que pueden ser paranoias mías. Nunca te fíes de un porrero —sonrió él.

—Anda, déjate de bobadas y volvamos al hostel. El vuelo sale a las siete mañana. Tenemos que hacer la maleta y acostarnos pronto.

Mechero asintió mientras terminaba de liarse el cigarro. No le hacía ninguna gracia tener que irse tan pronto de allí. Había algo que le ataba de alguna manera a aquel lugar. A pesar de que su aventura griega no había comenzado con buen pie y de que su identidad impostada había estado a punto de ponerle en un aprieto, al final había disfrutado del viaje. Desde la muerte de Begoña y Juan Mari no había tenido prácticamente ni un momento de distracción que le hiciera olvidar, aunque fuera temporalmente, el vacío que sentía por dentro. Sus padres adoptivos habían muerto por culpa de la Fundación Petunia. Puede que por diferentes motivos, pero la causa última residía en aquella organización. Se sentía culpable por no haber tenido el valor de enfrentarse a todos y vengar su muerte. No podía olvidar que seguía perteneciendo a aquel jardín corrupto. Había hablado de ello con Anne en más de una ocasión. Ella tenía un sentimiento parecido desde que había averiguado que la muerte de su amada abuela Mary Anne Merrick no había sido fortuita, sino motivada por su posición de poder dentro de Petunia y probablemente debido a sus ideas renovadoras. Anne estaba convencida de que tarde o temprano conseguirían descubrir los verdaderos motivos que habían provocado tanto dolor y, con un poco de suerte, cambiar las cosas. Él, sin embargo, cada vez que pensaba en ello volvía a sentir aquella profunda sensación de tristeza y soledad. La isla de Eubea había limado un poco la herida. Tenía que reconocer que, a pesar de no haber conseguido dar con Koldo de Andrés, había disfrutado de aquella experiencia. Su corazón no había logrado recomponerse del todo pero sí que había vuelto a sentir crecer la esperanza en su interior. ¿Existía aún la posibilidad de ser feliz después de tanto sufrimiento? Dio una calada profunda y sonrió. Claro que sí. Por supuesto que existía. Y sabía exactamente quién era la culpable de aquel sentimiento tan agradable.

12.

Calíope miró a Mechero con cara de extrañeza. En esta ocasión dejó a un lado toda su simpatía innata con la intención de no confundir aún más al joven. Que le hubiera llamado “amigo” unas cuantas veces no significaba que quisiera nada con él ni mucho menos que sintiera algo especial. Estaba harta de que los hombres interpretaran su lenguaje corporal y su forma de ser del modo equivocado. ¿Es que acaso tenía que comportarse de manera brusca y ruda para que no hubiera malentendidos? No era la primera vez que le pasaba. Había habido un par de ocasiones en las que incluso había sido víctima de tocamientos por parte de su profesor de inglés y de un amigo de su padre por culpa de lo que ellos habían juzgado como una invitación sexual. En los dos casos Dimitri Megalos se había encargado de que pagaran caro lo que habían hecho. No había sido necesario acudir a la policía. Cuando se lo contó, su padre le dijo que la isla de Eubea era demasiado pequeña como para montar un escándalo. Lo mejor era solucionar las cosas a su manera. Lo cual se tradujo en un par de palizas que hicieron que los dos abusadores acabaran en el hospital. Y ahí se acabó el problema. No volvieron a molestarla.

Estaba harta de que la juzgaran por su físico. Cuando comenzó la pubertad, su madre le había aconsejado disimular su voluptuosidad con ropa ancha y colores poco llamativos. Pero Calíope se resistió y la desobedeció. ¿Por qué tenía ella que cambiar su forma de vestir? Por aquel entonces era mucho más tozuda y valiente que ahora. Habían pasado unos cuantos años y todas las experiencias desagradables que había vivido le habían hecho dudar. Más de una vez había llegado a pensar que quizá su madre tuviera razón. Cuando murió, estuvo a punto de tirar la ropa de su armario a la basura y comprar otra más adecuada a los ojos de su progenitora, pero su abuela paterna, que la sorprendió haciendo trizas una blusa, le quitó la idea de la cabeza. “*No permitas que nadie te diga cómo tienes que ser o cómo te tienes que vestir. Eres preciosa, Calíope, y una joven encantadora. No hay nada de malo en ello. Recuérdalo siempre, mi vida. Eres un ser libre. Vuela de la forma y tan alto como tú quieras volar*”. Las palabras de su abuela le sirvieron para recapacitar sobre lo que ella siempre había sentido. Y a pesar de los dos episodios de abusos que había sufrido y del dolor que le causaron, consiguió sobreponerse y no dejar de ser ella. Seis meses de aprendizaje en una escuela de defensa personal le ayudaron a sentirse más segura y a perder el miedo. O por lo menos a que este no dominara su vida.

—Mechero, me sabe muy mal decírtelo así pero es que no siento lo mismo —le dijo tratando de no herirle. Mechero era un buen chaval, nada que ver con los hombres malvados con los que se había cruzado en su vida. No fue del todo sincera con él. Le caía bien, eso no podía negarlo. Le parecía tremendamente inteligente e incluso guapo. Pero no hasta el punto de sentir algo más profundo por él.

—Creía que tú y que yo...

—No sigas por ese camino, por favor. Mira, si lo que pretendes es echar un polvo antes de marcharte de Grecia, lo llevas claro.

Mechero la miró con el corazón en un puño. No, por supuesto que no quería echar simplemente un polvo. No es que no lo deseara, pero no de esa manera. Las palabras y el tono de Calíope estaban borrando a marchas forzadas el cariz romántico que él había presupuesto que iba a tener aquella conversación.

—No sé si esto es amor, pero me molas —intentó argumentar—. Me molas desde que te vi la primera vez en la cafetería. No sé, y cuando me reanimaste después de que me desmayara en la *drakospita*... En serio, me pareces una tía que vale la pena. Te veo y siento algo por dentro...

—Te he dicho que pares —le interrumpió ella tapándole la boca con su mano derecha—. Hagamos una cosa. No fastidiemos esta última noche juntos. Seamos amigos. Es todo lo que puedo darte. Si hubieras sido otro, me habría marchado hace rato. Pero contigo no puedo. Tienes buen corazón. Celebremos nuestra amistad tomándonos un buen vino. Ven, voy a abrir una botella que mi padre guarda para ocasiones especiales.

Él la siguió hasta el almacén de la cafetería. Hacía casi dos horas que habían cerrado al público. Calíope extrajo el corcho con los dientes y le sirvió un poco en una copa. Mechero la observaba embelesado. Tenía unas ganas horribles de llorar y escapar de allí, pero a la vez, no quería desaprovechar esos últimos momentos con ella.

—Dime, ¿qué os ha contado mi padre en el museo? —le preguntó mientras se sentaba en un taburete.

—Nada... Bueno, quiero decir, nos ha enseñado el museo. Es muy majo tu viejo.

—¿Me puedes explicar por qué reaccionó así cuando le dijisteis que trabajabais en esa fundación? Mi padre no me quiere decir nada al respecto.

—No sé, creo que es porque ha tenido alguna mala experiencia con ellos —contestó. Empezó a ponerse nervioso. Dimitri Megalos les había dicho que Calíope no sabía nada de la Fundación Petunia.

—Pero sí que conocía a ese señor... ¿cómo se llamaba? James no sé qué...

—O'Connor. James O'Connor. Es un profesor, un lingüista, uno de los directores de la investigación de la que te hablé. Resulta que es un viejo amigo de tu padre.

—Me parece mucha casualidad, la verdad.

—Sí, un poco sí... —añadió él después de carraspear—. ¿Me echas más vino?

—¿Es que no piensas decirme la verdad?

—¿Cómo? —Mechero no sabía dónde meterse.

—No soy tonta. Sé que mi padre os ha llevado al museo para enseñaros la cerámica que apareció en la *drakospita* del monte Oqui, la que contiene esa escritura que nadie ha podido descifrar. Es por esa lengua de la que me hablaste, la lengua de los vascos. ¿El idioma vasco es la misma lengua que aparece en esa vasija? ¿Es por eso por lo que estáis aquí?

—Calíope, yo...

—Mi padre se piensa que soy una niña y que no me entero de nada, pero sé que lleva una doble vida. Hace años que lo sé. Al principio pensé que tenía una novia que no quería que yo

conociera. Piensa que aún no he superado la muerte de mamá, lo cual no es cierto. El caso es que le pillé en varias mentiras o medias verdades. Y un día me dio por espiar su ordenador portátil. Se lo había dejado encendido en el despacho y me puse a indagar en su correo electrónico. Encontré correos de todo tipo pero hubo unos que me llamaron la atención. Vi que llevaba hablando meses con una mujer, a la que él llamaba Filippa. Yo estaba convencida de que era su novia secreta. Me pudo la curiosidad, no tengo excusa, lo sé. Lo más raro no era el número tan extenso de *e-mails* que se habían mandado el uno al otro, sino que en todas sus conversaciones parecían hablar en clave. No me enteraba prácticamente de lo que se decían. Usaban términos de jardinería y agricultura, algo muy raro. Hasta que en uno de esos correos vi que ambos hablaban de algo que unas veces llamaban Petunia y otras la Fundación. Aunque jamás conseguí entender a qué se referían. Puede que bajaran la guardia en esa conversación, pero me dio la sensación de que ambos trabajaban para esa empresa, o lo que sea.

—Calíope, creo que me debería ir ya a dormir, el avión sale muy temprano y Anne me va a matar como no me despierte a tiempo...

—¿Sois vosotros, no? La fundación para la que trabajáis es la misma para la que trabajan en secreto mi padre y esa mujer, ¿verdad?

Mechero tragó saliva. Deseó con todas sus fuerzas estar en otro lugar. Anne le mataría si se lo contaba. No solo eso. Si algún jardinero se enteraba de que había violado el deber de confidencialidad, podía verse en un serio aprieto. Miró a Calíope incapaz de reaccionar.

—Dime la verdad, por favor. Estoy preocupada por mi padre. No quisiera que estuviera metido en un lío.

—No puedo, Calíope... —trató de evitar responderle mientras se ponía de pie.

—¿En serio? ¿Te vas sin decirme nada? ¿Me vas a dejar así? Pensaba que éramos amigos...

Mechero volvió a sentarse. Claro que eran amigos. Pero Calíope no entendía que precisamente lo que sentía por ella era lo que le hacía pensar que era mejor que ella no supiera nada. Por su bien. Bebió otro sorbo de la copa. La ingesta de alcohol estaba comenzando a afectarle y el autocontrol cada vez era más difícil. Durante un segundo dudó y no le pareció tan mala idea contarle la verdad. Ella lo merecía. Puede que jamás volviera a verla. No se perdonaría dejarla así, sin que conociera y comprendiera esa faceta de la vida de su padre que tanto le preocupaba. En el momento en el que ella colocó su mano sobre su pierna, la coraza que se había autoimpuesto se desmoronó.

—De acuerdo. Voy a contarte un secreto. Pero prométeme que jamás, jamás saldrá de aquí.

Calíope asintió.

13.

Una fina cortina de agua caía de manera persistente sobre los cipreses que, a pesar de los vaivenes del viento, resistían con solemnidad los envites de la tormenta estival, velando desde hacía siglos aquel territorio sagrado. El cementerio de Bilbao estaba ubicado a diez kilómetros de la ciudad, cerca pero lo suficientemente lejos como para que la mera idea de la muerte, con su indeleble cántico premonitorio, no molestara a los ciudadanos en sus quehaceres diarios. El camposanto respiraba sobriedad y recogimiento, dos cualidades que sin duda contribuían a aliviar el dolor de los amigos y familiares que acudían allí día sí y día también a despedirse de un ser

querido.

Parapetado bajo un paraguas y a una prudencial distancia del objetivo, Aimar Errekamendi no dejaba de pensar en el dolor que los padres de la pequeña Ainhoa Uria tenían que estar experimentando en esos precisos momentos. Otra alma inocente arrancada de la manera más irracional y salvaje de este mundo. El entierro se estaba retrasando por culpa de las autopsias. Una tía de la pequeña era una acaudalada médica de Durango que había encargado un segundo análisis forense tras mostrarse disconforme con las primeras conclusiones de la autopsia oficial. La rabia y la incredulidad ante un hecho tan espantoso habían llevado a aquella familia a exigir cuantos exámenes fueran necesarios para recabar cualquier pista que pudiera ayudar a la *Ertzaintza* a dar con el asesino. De nuevo se había vuelto a repetir el patrón. La niña había desaparecido días atrás cuando volvía a casa con su hermana mayor en Atxondo. Las dos menores habían quedado con otras compañeras en una cercana campa, en la anteiglesia de Arrazola, donde solían jugar después de la escuela.

La hermana mayor se había apartado del camino durante menos de cinco minutos para orinar detrás de unos arbustos y para cuando se había reincorporado la pequeña simplemente se había esfumado. Se habían organizado diferentes batidas por la zona los días

anteriores, pero sin resultado. No era la primera vez que Ainhoa gastaba bromas de aquel tipo a su hermana, pero jamás había desaparecido durante tanto tiempo. Un excursionista que ascendía al monte Anboto había encontrado el cadáver junto a la entrada de una pequeña sima muy cerca de una borda para pastores. Vestida de blanco y aparentemente intacta, el joven había entrado en estado de *shock* tras percatarse de que el

cuerpo inerte pertenecía a una niña. Afortunadamente, la llamada a los servicios de emergencia la había realizado por acto reflejo al atisbar los pies descalzos sobresaliendo de la cavidad. Al igual que en el crimen de Lorea Eguinalde en el Balcón de Bizkaia, se habían descubierto un conjunto de granos de maíz en el interior de la vagina de la pequeña que habían sido colocados con suma delicadeza para no causar ningún tipo de daño a los tejidos. La tía de Ainhoa se negaba a aceptar el hecho de que la *Ertzaintza* no hubiera dado con ninguna pista en el cuerpo de la niña, ni en el lugar donde fue encontrada, que delatase a su asesino. Había rumores de que incluso había contratado los servicios de una agencia de detectives privados para esclarecer lo sucedido. Algunos hilos de foros de Internet habían llegado a acusar al propio excursionista que había descubierto el cadáver, pero de momento todo eran meras conjeturas y la investigación se hallaba bajo secreto de

sumario.

Aimar Errekamendi se ajustó la gabardina mientras una dolorosa quemazón atormentaba su interior.

Los recuerdos de su propia infancia se agolpaban en su mente y no pudo evitar sentir un intenso dolor pensando en el sufrimiento de las pequeñas Lorea Eguinalde y Ainhoa Uria antes de morir. El mundo de los adultos era un lugar oscuro y siniestro que alimentaba a demonios disfrazados de seres humanos con los más sádicos

instintos. Aquellas dos niñas no habían tenido oportunidad de defenderse. El hecho de que no hubieran sido violadas ni torturadas no podía aliviar el arañazo profundo que desgarraría para siempre las vidas de sus familiares. Al igual que Lorea, Ainhoa había fallecido por insuficiencia respiratoria causada por algún tipo de objeto oprimiéndole la nariz y la boca. A pesar de los esfuerzos de las autoridades por mantener la calma y no alarmar a la opinión pública, el pánico se había desatado desde el mismo momento en el que un periódico sensacionalista había publicado en portada las fotografías distorsionadas de las dos menores junto con un titular que

había causado un gran impacto. “*La sorgina secuestra y mata a otra niña en Bizkaia*”. La intencionalidad insidiosa de aquellas palabras rozaba lo delictivo. De nada servía que el único sospechoso de la desaparición de Lorea Eguinalde fuera el hombre con el que algunos testigos aseguraban haberla visto caminar. La culpable de aquellos asesinatos para aquel rotativo era una *sorgina*, una bruja. Aquel personaje mitológico estaba profundamente arraigado en el acervo cultural de la zona y conectaba de manera directa con los miedos infantiles que

inconscientemente muchos de los adultos aún seguían conservando.

Las leyendas de las brujas robando niños para comérselos encajaban con el *modus operandi* de aquel asesino. No porque las pequeñas hubieran sido asesinadas con tales fines, sino por el mero hecho de esfumarse misteriosamente para aparecer días después, intactas a primera vista, vestidas con aquellos ropajes blancos como si hubieran sido sacrificadas en nombre del Maligno. Desde luego el titular había conseguido su objetivo. La tirada de ese día se había agotado a las pocas horas de salir a la calle y habían tenido que poner a la venta una segunda edición para primera hora de la tarde. Al final *Ama* iba a tener razón. El ser humano era despreciable.

Enfrente suyo observó a

Consuelo. Diez días de seguimiento no habían dado aún los frutos que hubiera deseado. La mujer seguía siendo un absoluto misterio. A pesar de ello, había cierta familiaridad en ella que le resultaba de lo más atrayente. Se moría de ganas por hacerse el encontradizo, abordarla por la calle e invitarla a un café. Conocerla. Charlar con ella. Pero sabía que eso era sencillamente imposible. De hacerlo, todo se iría al garete y de nada serviría la investigación que le había llevado hasta ella. No quería ni imaginar la bronca que le echaría *Ama* si caía en la tentación.

Consuelo se dedicaba a salir y entrar a su casa del barrio bilbaíno de Basurto, hacer recados, dar largas caminatas por el paseo del Arenal junto a la ría y pasar un par de horas al día en la biblioteca de Bidebarrieta del casco viejo, donde nunca pedía prestados libros. También solía asistir a misa cada tarde. Le llamaba la atención que una mujer tan joven fuera tan devota. Él hacía años que no pisaba una iglesia. Por supuesto Consuelo no había regresado a la misteriosa

librería-cafetería donde la había visto desaparecer. Si lo había hecho desde luego él no se había enterado.

Sin embargo, esa mañana, al verla salir de su casa y dirigirse a la cercana estación de autobuses supo que había variado su rutina. La siguió de cerca en un taxi hasta que se bajó en una parada situada junto a la entrada del cementerio. Primero se había dirigido al panteón familiar donde descansaban los restos de Begoña Argenta, su esposo Juan Mari y el hijo de ambos, Borja. Sus nombres aparecían grabados en unas peculiares placas metálicas con forma de flor abierta colocadas en la fachada principal, bajo los de otros familiares allí enterrados.

Se trataba de una pequeña capilla neogótica privada de unos veinte metros cuadrados de superficie a la que entró sin problemas haciendo uso de una llave. Dos estatuas de ángeles adultos a tamaño natural y con cara de pocos amigos flanqueaban el enrejado metálico de la puerta que custodiaba el interior del sepulcro. Consuelo estuvo al menos tres cuartos de hora dentro. Al salir llamó a alguien por el teléfono móvil y, a juzgar por sus gestos y expresiones faciales, la conversación que mantuvo con su

interlocutor fue de todo menos amigable. A Aimar le dio la sensación de que había colgado sin despedirse de quienquiera que fuera la persona con la que estuviera hablando. A continuación, se dirigió a la zona norte del camposanto, y se detuvo junto a una tumba mucho más sencilla que las que rodeaban el panteón de la familia de Begoña Argenta. Llevaba allí más de media hora.

Observó cómo Consuelo limpiaba la superficie con un trapo que sacó de su bolso y se hincaba de rodillas en el suelo para rezar algún tipo de oración. Creyó ver lágrimas en sus ojos cuando se incorporó minutos después y depositó un beso lleno de dulzura sobre la cruz que se alzaba en la parte central. Fue en ese momento cuando Aimar Errakamendi detectó a un hombre

acechándola. Al principio no le dio mayor importancia y pensó que se trataba de un visitante más del cementerio. Pero cuando Consuelo abandonó la tumba en la que había estado rezando y vio al hombre seguirla a unos cuantos metros por detrás, confirmó sus sospechas. Aimar decidió seguir a ambos. Había algo en aquel hombre que le causaba mala impresión. No se trataba de su

corpulencia ni de su forma de andar. Era algo más sutil. Como si desprendiera un halo de peligro y violencia en cada uno de sus gestos. Al pasar junto a la tumba donde se había detenido Consuelo, Aimar sacó una fotografía del epitafio lo más rápido que pudo. El difunto se llamaba Tomás Benguría. Ya averiguaría después de quién se trataba. Continuó varios metros por detrás del individuo que seguía a Consuelo. El hombre había acelerado el paso y ahora se encontraba muy cerca de ella. Le pareció ver cómo se introducía la mano en el bolsillo interior de su cazadora. ¿Era un arma lo que trataba de agarrar? Su instinto le decía que así era. Había visto demasiadas veces aquel movimiento, tanto entre sus propios compañeros como en otros sospechosos. Pensó en sacar su propia arma reglamentaria y encañonarle, pero ¿y si estaba equivocado y aquel tipo era inocente? Tenía que pensar otra cosa. Consuelo caminaba despacio, con la inocencia de una presa pastando plácidamente en la montaña ajena al lobo que está a punto de abalanzarse sobre ella.

El hombre estaba a menos de cinco metros de ella. Aimar pensó en gritar pidiendo socorro con el ánimo de atraer su atención para que desistiera de lo que intentaba hacer al ver que había más gente en el cementerio. No hizo falta. En ese momento Consuelo se volvió y se dio de bruces con su acosador. Pero no hubo ni el más mínimo gesto de susto o disgusto. Ni siquiera un poco de preocupación. Al contrario. Su rostro reflejaba alegría. Aimar pudo escuchar perfectamente como Consuelo gritó el nombre y el apellido de aquel individuo, como si no esperase encontrárselo o como si hubiera pasado demasiado tiempo desde la última vez que se hubieran visto.

En cualquier caso, su expresión denotaba felicidad. Se tiró a sus brazos y le plantó un par de besos en cada mejilla. Él, a su vez, la correspondió. Se conocían. Aimar estaba desconcertado. ¿Acaso se lo había imaginado todo y ese hombre era de fiar? ¿Tal vez le había juzgado de manera incorrecta

y se había dejado llevar por una primera impresión errónea? Estaba seguro de que su instinto le había puesto en alerta por alguna razón. Y casi nunca le

fallaba.

Observó a Consuelo hablar con él. Compartían cierta intimidad. No tanto como para ser amantes. Ni siquiera familia. No. Era otra cosa. Aimar tuvo la sensación de que Consuelo y aquel hombre estaban conectados de otra manera, como si la vida les hubiera hecho enfrentarse juntos a algo importante y aquello les hubiera unido emocionalmente. Sí. Era eso. Consuelo y su amigo tenían que haber vivido una experiencia en su pasado que había forjado esa cercanía. Los vio alejarse en dirección a la puerta principal del camposanto. Ya no reían. Hablaban en voz baja compartiendo confidencias, con cara de preocupación. Aimar repetía una y otra vez en su mente el nombre con el que Consuelo se había dirigido a aquel hombre. Era un nombre simple, corto. Nada del otro mundo. Más bien básico. Al igual que su apellido. Nada especial.

Pero aun así la amargura de la desconfianza y de los celos más irracionales emponzoñaba la imagen idílica que se había construido de ella. Tenía la dolorosa sensación de que ella le había sido desleal mostrando tal grado de afecto por ese otro hombre.

“Jon Arkaute”. Un nombre

sencillo. Directo. Un rostro amigable. Un cuerpo varonil,

atractivo. Una sonrisa arrebatadora. De las que engatusan

fácilmente. Un nombre y una apariencia perfectas para pasar desapercibido y crear la falsa ilusión de ser alguien de quien fiarse. La mejor piel de oveja con la que un lobo podía

disfrazarse. *“Nunca te fies del chico más popular de la clase”*. Recordó el consejo que tantas veces *Ama* le había dado durante sus años de instituto, y que volvió a repetir cuando accedió a la universidad. *“Son seres astutos, encantadores.”*

Consiguen que los demás se sientan atraídos por ellos y caigan rendidos a sus pies. Esa es su esencia. Ser las estrellas más brillantes del

firmamento. Pero en realidad sus almas están vacías.

Carecen de luz propia. Necesitan la de las buenas personas para arrebatársela. No dudarán en pisar a quien haga falta con tal de mantener su posición de privilegio. Y a ti, cariño mío, ya te han pisado demasiadas veces. Aléjate de ellos.” Tal vez *Ama* tuviera razón y aquel axioma fuera real, pero por poco que le entusiasmara desobedecer a su madre, en esta ocasión no tenía otra opción. El chico más popular de la clase era amigo de Consuelo. Tal vez lo mejor fuera centrarse y recordar por qué estaba allí.

Consuelo no era Consuelo. Consuelo no tenía nombre. De momento era tan solo la sospechosa. Una posible testigo. El hilo principal del que tirar en aquella maraña relacionada con Peter Magnusson y lo sucedido en el palacio de Montehermoso de Vitoria. Y él estaba allí para resolver el misterio. Lo demás era simplemente accesorio. O

eso quería creer.

14.

Un alarido en mitad de la nada. La encarnación del dolor más insoportable. A lo lejos, el llanto continuo de alguien. Parece un niño. Más y más gritos comienzan a escucharse por todas partes, contagiados por el primero. Todos empiezan a ser conscientes de lo que está sucediendo. Aunque no lo entiendan. Una estampida. Ruido de carreras hacia ninguna parte, huyendo del terror. Lo que hasta hace un momento era un remanso de tranquilidad, un lugar seguro, ahora se ha convertido en la mismísima puerta del infierno. El hogar ha desaparecido. Hay cuerpos sobre el suelo. Los pies de los demás pasan sobre ellos, sin importarles lo más mínimo. Hay que escapar. Como sea. No hay tiempo de despedidas. Es ahora o nunca. Huir. Hacia adelante. Salir de allí. La angustia y la desesperanza ante el fin inevitable empuja a muchos hacia la locura. Los barrancos y los precipicios como vía para saltar y dejar de sufrir. Otros, sin embargo, deciden intentarlo. Y corren. Corren. Corren. Abandonan a sus seres queridos. El instinto de supervivencia puede con todo. Acaba con todo. Y en el firmamento, la tragedia. Rebosante, plena. Llena de furia de muerte que avanza inexorablemente aniquilándolo todo. La nube. La nube del fin del mundo.

Anne Wellington miraba con ansiedad las noticias en su teléfono móvil. Dos niñas habían sido asesinadas en el País Vasco y los periódicos habían decidido bautizar al monstruo que había cometido los crímenes como “la *sorgina*”. De nuevo, aquella palabra volvía a ser utilizada de una manera despectiva y peyorativa, como si las brujas fueran la encarnación de todo el mal que se cernía sobre el mundo. Lo mismo pensaba de ella su padre, Henry Wellington, que más de una vez la había llamado así. Antes de partir de Inglaterra, se había prometido a sí misma honrar la memoria de su abuela, Mary Anne Merrick y del antiguo linaje al que ambas pertenecían. Aquel insulto, que su padre utilizaba a menudo para referirse a ella, Anne lo había asumido como un símbolo de identidad, de pertenencia a aquella estirpe, atribuyéndole un significado totalmente distinto al que por desgracia los demás solían adjudicarle. Por eso le molestaba especialmente que aquellos rotativos hubieran denominado así a quienquiera que hubiera cometido los asesinatos. Se revolvió en su asiento y apagó el móvil. El avión comenzó a despegar del aeropuerto principal de Atenas. A su lado, Mechero cabeceaba. Un hilo de saliva brotaba de su boca abierta cayendo sobre su regazo y empapando la pantalla de su *tablet*. Casi no habían cruzado palabra desde que se habían despertado. Lo había notado raro, como si no quisiera mantener con ella más que meras conversaciones de cortesía. Estaba claro que el regreso a casa no le estaba sentando nada bien. Era la viva imagen de la apatía y el desdén. Ella tampoco estaba bien del todo. Había pasado una noche horrible de pesadillas que apenas le habían dejado pegar ojo. Había tenido un sueño extrañísimo pero curiosamente no era capaz de acordarse de ningún hecho en concreto. Tan solo recordaba un angustioso sentimiento de pánico y tormento. Y un anhelo. Escapar. Huir. La personita que crecía en su vientre tampoco le había dado tregua y no había parado de moverse hasta bien entrada la madrugada. Por si fuera poco el ardor de estómago había regresado para quedarse.

Uno de los azafatos les había anunciado que debido a una pequeña avería el avión iba a tardar en despegar al menos una hora, pero que debían permanecer dentro del aparato. De nada habían servido las quejas de la mayoría de pasajeros. Así que Anne había aprovechado para revisar su correo electrónico. Tenía varios mensajes sin leer de su hermana Elin desde hacía un par de días. En ese momento, como si hubiera presentido desde Inglaterra que Anne estaba leyéndolos, Elin Wellington se conectó a la red. Anne no tuvo tiempo de salir de la aplicación. Un mensaje emergente había ocupado la superficie de la pantalla de su móvil.

—¿Dónde te metes, Zanahoria? —le preguntó Elin. Desde que tenía uso de razón, su hermana pequeña la llamaba así, en alusión al color de su cabello. No era algo que soliera hacer siempre, tan solo recurría a ese apelativo cuando necesitaba pedir un favor a su hermana mayor o cuando estaba preocupada por ella.

—Muy lejos, ¿por qué?

—¿Cuánto de lejos? ¿Estás en las islas?

—Estoy rodeada de islas, pero no las que tú te imaginas.

—O sea, que no estás en Reino Unido. Perfecto. Pues a ver ahora qué hago.

—¿Qué ocurre? Me estás preocupando.

—Mamá, que se ha vuelto loca. No deja de acosarme a todas horas preguntándome dónde estás. Hoy me ha llamado ya tres veces. Ya le he dicho que estás de viaje, que te apetecía estar un tiempo sola y bla, bla, bla. Pero ni con esas. Quiere que le dé tu número de teléfono.

—¿Se lo has dado?

—No, tranquila —contestó Elin. Hacía unas semanas le había prometido a Anne que jamás le daría su nuevo número a Betrys ni a Henry—. Sé que le pasa algo. Hace dos días vino histérica a casa en mitad de la noche para preguntarme si yo tenía un juego de llaves de la casa de la costa. Me dijo que no encontraba las suyas. Despertó a los niños y luego no hubo manera de que Lindsay volviera a dormir.

—Sorgina Cliff.

—¿Cómo dices?

—La casa de la costa de la abuela Mary Anne. Le he puesto nombre. Sorgina Cliff.

—¿Y eso? ¿Qué significa “sor.... Yina”? —preguntó Elin tratando de repetir aquella extraña palabra.

—“*Sorgina*” significa “bruja” en la lengua de los vascos.

—Y lo de *cliff* lo has puesto por los acantilados que hay bajo la casa.

—Así es.

—¿Sabías que mucha gente de Holyhead dice que la abuela Mary Anne era una bruja? ¿Te lo puedes creer?

—No me digas.

—Sí. Según me contó la madre de una amiga, Stephanie, no sé si te acuerdas de ella, el rumor lo extendieron algunos de los sirvientes que habían trabajado en Sunny House. Comentaban que la abuela hablaba lenguas extrañas, vestía con ropas extravagantes de cuya procedencia dudaban,

recibía visitas de personas siniestras y que una vez incluso había invocado al Diablo y ya nunca había podido separarse de él.

—¿Al Diablo?

—“El pequeño Tommy”. Muchos empleados hablaban de la presencia del espíritu maligno de un niño que habitaba en Sunny House. No sé quién empezaría a decir que ese niño, Tommy, era el diablo, pero el caso es que todos los rumores así lo afirmaban. Y no te lo pierdas. Dice Stephanie que hoy en día se sigue contando esa leyenda, sobre todo entre la gente mayor de Holyhead.

—No digas tonterías, Elin. Eso son supersticiones de la gente. Yo creo que se trata de pura envidia. La abuela era una mujer culta, viajada, aventurera, adelantada a su época. Jamás necesitó depender de ningún hombre para hacer lo que quiso y como quiso. Y eso, por triste que parezca, aún sigue pareciéndole mal a mucha gente.

—Tú la conocías más.

—Sí, y por eso me fastidia la visión que pueda tener la gente de Holyhead de ella. Es injusto. Hizo mucho por la ciudad. Acuérdate de cómo solía contribuir todos los años a las arcas municipales haciendo cuantiosas donaciones para el departamento de cultura. Y así se lo agradecen.

—Bueno, ¿y con lo de mamá qué hago?

—¿Has hablado con ella? ¿Te ha dicho por qué quiere contactar conmigo con esa urgencia?

—Se lo he preguntado mil veces, pero rehúsa contestarme de verdad. Solo me dice que a ver si una madre no puede preocuparse por cómo le va a su hija. No sé, no me la creo. Está claro que algo le preocupa. A lo mejor deberías volver y hablar con ella.

—No —contestó Anne de manera tajante. Aún estaba dolida con su madre. Betrys jamás le había contado nada acerca del pasado de la abuela Mary Anne y del linaje al que pertenecían. Eran descendientes de los antiguos galeses que habitaron la isla de Anglesey. La sangre de los gigantes corría por sus venas y su madre jamás había hecho nada por contárselo. Por no mencionar que había silenciado toda la actividad de la abuela al frente de la Fundación Petunia. ¿Cómo podía ignorar de aquella manera tan deliberada sus orígenes? ¿Cómo era capaz de no preocuparse lo más mínimo por la profecía que anunciaba el retorno de aquellos seres y la extinción del ser humano? El profesor O'Connor se lo había dejado bien claro. Betrys conocía perfectamente aquel augurio y el hecho de que muchos de los jardineros consideraran que Anne era la elegida, la que iba a protagonizarlo cuando llegara el momento. Su madre ni siquiera le había advertido de los peligros a los que podía enfrentarse por ello. La había abandonado a su suerte. A su propia hija. Betrys estaba totalmente subyugada por la voluntad misógina de Henry. Anne había dejado hacía mucho tiempo de considerarle como su padre, pero lo de Betrys no podía entenderlo. Tenía que reconocerlo, se avergonzaba de ella y de su actitud sumisa con él. ¿Como era posible que su madre hubiera salido tan diferente a la abuela Mary Anne?

—Zanahoria, ¿y qué pasa si realmente ocurre algo grave que a mí no quiere contarme?

—No te preocupes. Seguro que no es nada. No soporta no saber de mí. Ha pasado de mí todos estos años y ahora le entra la vena maternal. Pues que espere sentada. No tengo nada que hablar con ella.

—Ya sé que nunca te has llevado bien con ella y que ahora mismo la odias por haber vendido Sunny House, pero creo que esto es diferente. ¿Y si mamá está enferma?

—En ese caso te lo habría contado a ti.

—No lo sé, Anne. Entre mamá y yo tampoco ha habido mucha comunicación nunca. Siempre he tenido la sensación de que tú eras su hija predilecta, la que más le importaba, por mucho que tú digas que te ha tenido abandonada toda la vida. Sé que me vas a decir que son celos de hermana pequeña, pero sé que es así. Creo que si tiene algo importante que contarnos tú eres la primera a la que se lo va a contar. Puede que ni siquiera me diga nada a mí.

—Estás tonta. Anda, no te preocupes. Seguro que en unos días deja de molestarte. Volverá a su rutina y se olvidará de todo —dijo Anne. Estuvo tentada de decirle a Elin toda la verdad acerca de la familia. Estaba claro que su hermana pequeña tampoco sabía nada acerca de sus orígenes. Pero no era el momento. Quería estar a su lado cuando se lo contara.

—Si tú lo dices...

—De todas formas, mantenme informada, ¿vale?

—De acuerdo. Oye, por cierto. ¿Tú sabes lo que significa “*Amari*”?

—¿Cómo dices?

—“*Amari*” —repitió Elin con un exagerado acento—. La última vez que estuve en Cobham en casa de papá y mamá ocurrió algo muy raro. Me encontré sobre la mesa de la cocina un cuaderno. No las conté, pero más de la mitad de las hojas tenían esa palabra escrita. Varias veces en cada una. Era la letra de mamá, puedes estar segura. Le pregunté qué era eso y me mandó literalmente a la mierda. No quiso darme más explicaciones. ¿Tú sabes qué puede ser esa palabra?

—No, no sé a qué puede referirse —mintió Anne. Por supuesto que sabía a qué aludía aquella palabra. “*Amari*” era el nombre de la diosa suprema de la mitología vasca. ¿Por qué habría Betrys de escribir ese nombre tantas veces en aquella libreta?

—¿Y si mamá está perdiendo la cabeza, Anne? ¿Y si tiene Alzheimer o algo parecido?

—No le des tantas vueltas a las cosas. Seguro que es una tontería. Te tengo que dejar, Elin. Hablamos en otro momento. Un beso muy grande a los niños.

Había cortado la conversación sin darle tiempo a su hermana para despedirse. No podía dejar de pensar en lo que le acababa de decir. ¿Qué le ocurría a Betrys? ¿Por qué tenía su madre tanta urgencia en encontrarla y hablar con ella? ¿Qué hacía Betrys escribiendo tantas veces el nombre de la diosa principal del panteón mitológico vasco en aquel cuaderno? Por más que trataba de pensar en una explicación coherente, más teorías enrevesadas se le ocurrían. Como si hubiera advertido su preocupación, la criatura que llevaba en su vientre se revolvió y se dio la vuelta de manera brusca. Miró a Mechero, que seguía durmiendo. Trató de hacer lo mismo, pero fue inútil. En el momento en el que cerró los ojos, los ecos de aquel extraño sueño que había tenido la noche anterior volvieron a hacer acto de presencia. Pero esta vez pudo recordarlo mejor. Gritos. Gritos de dolor. Gritos de terror. Gritos de angustia. Alaridos de locura y desesperanza. Ella misma estuvo a punto de gritar. Pero logró contenerse. El avión por fin comenzó a moverse.

AGOSTO.

Dos meses para la vendimia.

15.

Una ligera brisa acarició su cuerpo desnudo, cubriéndolo de un lejano y tosco aroma a caliza. Engarzado en notas olfativas de corteza de tronco de haya mezcladas con un ligero matiz a musgo húmedo y tierra mojada. Al amanecer había llovido copiosamente y la atmósfera que rodeaba la casa había quedado empapada de aquel olor tan característico. Una de las ventanas se había abierto en algún lugar, probablemente en el pasillo. Aún medio dormido, se tapó el torso con la sábana encimera de seda blanca, y al hacerlo captó la fragancia del que había sido su compañero de cama. Poco a poco fue desperezándose mientras los recuerdos felices de la noche anterior se agolpaban en su mente aún embotada, devolviéndole a la realidad con un suave vaivén de imágenes y sensaciones placenteras. No quería que aquel momento acabara nunca, pero sabía muy bien que era imposible que perdurara mucho más. El dueño de aquel perfume se había marchado antes de que saliera el sol. Trató de retener su recuerdo unos segundos más, pero todo se desvaneció de manera fulminante en cuanto abrió los ojos. Se incorporó lentamente mientras reconocía a su alrededor los efectos colaterales de la noche de pasión que había desbordado la calma de aquel pequeño edificio situado en el jardín de la finca, a unos cien metros de la casa principal. Trató de encontrar su ropa interior, pero no tuvo éxito. Fue recogiendo las diferentes prendas y las dos copas de vino que se habían derramado sobre el suelo de madera. Milagrosamente ninguna de las dos se había roto al caer. Guardó la ropa sucia en una bolsa de plástico y la dejó junto a la puerta.

Al entrar al baño el corazón le dio un vuelco al advertir la presencia de una de aquellas malditas cajas. Al principio no les había dado ninguna importancia. Él mismo las había necesitado en alguna ocasión durante las épocas de más estrés en Artechnia. Pero a medida que fue comprobando que no se trataba de un uso puntual, sino que el equipaje de él estaba repleto de envases similares, su preocupación fue incrementándose. Había intentado sacar a relucir el tema más de una vez pero él simplemente se limitaba a argumentarle que había estado tomando ese tipo de pastillas desde que era muy joven, que no había que darle tanta importancia. Sabía que le mentía. Algo grave estaba ocurriendo. No era normal que ingiriera tanto narcótico y en una concentración tan elevada. Estaba seguro de que a medida que transcurrían los días, iba aumentando las dosis.

—En mi familia materna siempre hemos sido de muy poco dormir —le solía decir.

—Y una mierda, David. ¿Tú te crees que soy un crío para tragarme esa chorrada? —la última vez que habían discutido por ese motivo habían dejado de hablarse durante casi dos días seguidos.

—¡Qué pesado, de verdad! —le había respondido él—. No pasa nada, simplemente la familia de mi madre siempre ha tenido problemas de sueño. Tengo episodios de insomnio prácticamente desde que nací. Lo único que en ciertas épocas son más continuados que en otras. No te preocupes.

—¿Desde cuándo el insomnio produce esas alucinaciones que tienes?

—¿De qué estás hablando?

—No soy tonto. Te he visto más de una vez hablando a la nada, como si estuvieras viendo algo o a alguien que yo no veo. Por no decir que te he pillado varias noches andando como sonámbulo. ¿Qué te pasa David? ¿Has ido al médico para que te vea?

—Déjame en paz. No me pasa nada. Tú no lo entiendes. Soy así, ¿vale? Soy sonámbulo, hablo en sueños, duermo poco y mal y a veces tengo sueños estando despierto. Sé que es muy difícil de entender, pero te aseguro que no me pasa nada malo.

—Ya sé que es algo muy personal, pero creo que te vendría bien confiar en mí y contármelo. Por lo menos para desahogarte.

Y ahí se había acabado la conversación. Él se había cerrado en banda y no había habido manera alguna de retomar el tema. Los primeros días había pensado que David tenía un problema grave de ansiedad y que quizás el insomnio solo era uno de los síntomas. Revolvió en su equipaje en más de una ocasión en busca de antidepresivos, pero no halló ninguno. David quería convencerle de que aquella falta de sueño era algo habitual, usual, algo a lo que estaba más que acostumbrado. Y quizá llevase parte de razón. Pero desde luego aquel tipo de insomnio era de todo menos normal.

La ducha había conseguido reconfortarle. Desde que ambos habían decidido romper con todo y emprender un nuevo camino lejos de Bilbao, los momentos de tranquilidad habían escaseado. Pensó durante unos instantes en el cambio profundo que había sufrido su propia vida desde finales del año anterior. Todo había empezado a torcerse cuando había estado a punto de morir en aquel extraño accidente de coche. Inés San Juan y Alicia Rández, sus compañeras de trabajo en Artechnia, sus amigas, no habían tenido tanta suerte como él. Las dos habían muerto. Aunque cada uno de esos fallecimientos había respondido a causas naturales o accidentales según la versión oficial, él sabía que en realidad habían sido asesinadas. No tenía pruebas, pero en su corazón sabía que esa era la verdad. Las dos habían retado de alguna manera a los Bechs, los propietarios de la compañía. Las dos conocían detalles de la vida secreta de aquel linaje de holandeses. Puede que Inés San Juan no hubiera sido del todo consciente del tipo de familia que eran. Quizás no había llegado a averiguar que formaban parte de una estirpe milenaria que seguía perpetuando los ritos paganos de sus ancestros bátavos que habitaron la ribera del río holandés Waal. Tal vez no había concluido que William Dik, el sobrino de la Presidenta del Consejo de Administración, Suzanne Bechs, era en realidad Wilfried Dick, un peligroso criminal que se vio envuelto en el asesinato de una mujer en Holanda en la década de los noventa. O tal vez sí. Tal vez había descubierto algo importante entre los papeles del despacho de Suzanne Bechs, cuando David le había pedido que le ayudara a esclarecer las circunstancias de aquel accidente de coche.

Alicia Rández, en cambio, sí conocía todos esos secretos. Alicia Rández se había enfrentado directamente a los dueños de Artechnia con el objetivo de hundirles y desagraciar así la muerte de Inés, pero sobre todo, para vengar el intento de acabar con su vida en aquel maldito accidente. Sonrió al recordarla. Alicia lo había conseguido. Una pequeña alegría en medio de toda la tragedia. Nada que aliviase el profundo dolor que le causó su muerte pero, al menos, había dado resultado. Alicia había logrado destapar un fraude en la contabilidad de Artechnia y la empresa había sido vapuleada por el mercado bursátil y por la opinión pública. Los efectos en los trabajadores habían sido devastadores. La sed de revancha había cegado a Alicia y no había sido

consciente de lo que iba a suponer para los empleados. La compañía ya había anunciado un expediente de regulación de empleo. La prensa especializada iba más allá y ya se rumoreaba que el cierre de la sucursal de Bilbao era inevitable. Se creía que el traslado a Francia de su sede en el sur de Europa era inminente. David había ideado aquella venganza junto con Alicia, pero al final se había arrepentido y no había participado en su ejecución.

Ander se miró en el espejo situado encima del lavabo de doble seno y extendió la espuma de afeitarse por su rostro. Un nudo constante en el estómago le impedía estar en paz la mayor parte del tiempo. No podía dejar de pensar en Alicia e Inés. Estaba convencido de que habían muerto asesinadas a manos de aquel ser esquelético y de la cabra negra que a él mismo se le habían aparecido en dos ocasiones. El cuerpo inerte de Inés presentaba restos de alguna micción de animal cuando fue descubierto y el de Alicia lo habían encontrado con una extraña mordedura en el pie. Él sabía que había sido la cabra. Se sentía ridículo solo de pensar en la idea, pero estaba plenamente convencido de que era real. Aquel hombre alto, espigado y calvo, que siempre que se le había aparecido lo había hecho acompañado de aquel maldito bicho, era quien había acabado con la vida de ambas. Alicia Rández había descubierto en el libro de actas de las reuniones secretas de los Bechs que los holandeses adoraban a una especie de divinidad vinculada de alguna manera a la figura de la cabra. Estaba seguro de que los Bechs habían encargado a aquella entidad que acabara también con él. En su caso habían fracasado, pero estaba convencido de que Alicia e Inés habían sido sus víctimas. Ahora, cada vez que se quedaba solo, temía encontrarse de nuevo con aquellos dos seres del inframundo. Afortunadamente, desde que estaba con David, no habían vuelto a presentarse.

Por si todo esto no fuera suficiente, vivía con el temor constante de toparse en cualquier momento con el que era aún su marido, reclamándole que volviera con él. Manu Olabe. Agente de la guardia urbana de Vitoria y un maltratador. David tenía razón. Lo que sentía al pensar en la posibilidad de volver a verle era miedo, casi pánico. ¿Desde cuándo había empezado a temer a Manu? Siempre le había parecido celoso y agresivo, pero desde que David había aparecido en sus vidas los episodios violentos se habían incrementado. Los empujones habían dado paso a un lento pero progresivo desgaste psicológico que había sumido a Ander en un continuo estado de tensión. A ello se había unido la amenaza permanente de que Manu volviese a estallar en una de sus frecuentes discusiones y acabara golpeándole de manera más grave. Aún arrastraba una leve cojera fruto de uno de sus encontronazos con él. Afortunadamente, gracias al apoyo incondicional de David, había decidido abandonarle. Desde aquel día en el que David le ofreció dejarlo todo e irse con él, todo había ido a mejor. Su hermana Zuriñe insistía en que volviera con Manu, que estaba desesperado y le echaba de menos. Pobre Zuriñe. Atada como estaba a sus rígidos dogmas morales del catolicismo más conservador, ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarle cuál había sido el verdadero motivo de su huida. Para ella lo importante era que Ander regresase al hogar conyugal y mantuvieran las apariencias.

—¿El señor ha terminado de asearse?

Ander se volvió asustado al escuchar la voz. Aquella insolente mujer había vuelto a acceder al edificio estando él dentro. Desde que habían llegado se había mostrado antipática y huraña, reticente a mantener cualquier tipo de conversación con él que fuera más allá de lo estrictamente necesario. Tenía la sensación de que no quisiera saber nada de él. Lo primero que había pensado era que aquella mujer tenía problemas para aceptar su orientación sexual, pero ahora creía que había algo más. Era como si le considerase un extraño, un enemigo con el que no había que tener la más mínima consideración.

—Te he dicho mil veces que me puedes llamar Ander —contestó él con desgana.

La señora Rosa ni siquiera le miró a la cara. Se limitó a introducir la aspiradora y la fregona, dispuesta a realizar la limpieza diaria. Era una mujer parca en palabras que se había pasado media vida al servicio de Ruud Vanner, el padre de David. Tenía un hijo que vivía en Samaniego, no muy lejos de allí, con un buen puesto de trabajo como funcionario en el Ayuntamiento de Vitoria. Ander no terminaba de entender cómo la señora Rosa aceptaba seguir trabajando para Ruud Vanner. No era que le faltara salud, pero hacía tiempo que había entrado en esa etapa de la vida que muchos llamaban tercera edad. David le había contado que había sido su niñera, cuando trabajaba para su tía Sabina, y que en la actualidad era la dueña de una casa rural en la zona de Laguardia que había heredado de una tía, aunque no solía tenerla abierta al público. ¿Qué necesidad tenía a sus años de seguir trabajando como empleada doméstica para Ruud Vanner? Al parecer, el padre de David le había sugerido más de una vez que le bastaba con que hiciera las veces de guardesa o ama de llaves de la casa. Incluso había contratado a una joven ecuatoriana para realizar las labores de limpieza con la intención de disuadirla de su empeño. Pero la señora Rosa se había encargado de hacerle la vida imposible y, al final, había conseguido que la muchacha se marchara. ¿Por qué continuaba aquella mujer al servicio de Ruud Vanner si aparentemente no tenía necesidades económicas?

16.

Ander salió al jardín. Un espectacular manto de césped cuidadosamente recortado salpicado de decenas de plantas exuberantes y un sin fin de pequeñas flores de tonalidades rojas se extendía ante él. Recorrió el trecho que separaba la residencia principal de Ruud Vanner y el edificio en el que David y él habían sido alojados. El sol brillaba con fuerza pero el fresco a esa hora de la mañana aún resultaba algo molesto. La casa del padre de David se encontraba a las afueras de Lapuebla de Labarca, una pequeña localidad vasca situada justo en la frontera entre Álava y La Rioja. Tiempo atrás, la casita del jardín había sido la vivienda de Nerea Vanner, la hija que Ruud había tenido con su segunda esposa. La hermana de David vivía ahora en Laguardia, con su marido Iñaki Arrieta, con el que había contraído matrimonio en enero. El edificio principal de la finca era una moderna construcción diseñada por un prestigioso arquitecto holandés que Ruud había contratado para la ocasión cuando decidió trasladar su residencia desde Logroño hacía ya muchos años. Cerca de ochocientos metros cuadrados desplegados sobre una única planta en medio de un terreno de casi dos hectáreas que aumentaban aún más, si cabía, la sensación de amplitud de una vivienda de por sí ideada y diseñada con un concepto abierto en el que apenas había paredes. El color casi negro de la fachada contrastaba con el verde del jardín. Ander pensaba que aquella tonalidad no era idónea para un paisaje como aquel, alegre, colorido, repleto de viñedos y donde las casas solían tender a ser más tradicionales. En su día, Ruud Vanner había escandalizado a propios y extraños con semejante elección arquitectónica. Hoy en día, en cambio, el paisaje de la comarca estaba lleno de inmuebles igual de llamativos, sobre todo bodegas y hoteles, donde los diseñadores más vanguardistas habían dejado su huella.

Entró por la puerta acristalada del salón principal.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó en voz alta sin obtener respuesta.

Dejó la estancia atrás y se internó en uno de los dos únicos pasillos que subdividían la vivienda. Dos días antes, durante otra salida de David y Ruud fuera de Lapuebla de Labarca, había hecho lo mismo y había terminado perdiéndose sin saber cómo regresar hacia la puerta por la que había accedido. Tuvo que esperar cuatro horas hasta que la señora Rosa hizo acto de presencia. Al parecer, ella misma había cerrado con llave la puerta del jardín por la que Ander había entrado al verla abierta. Estaba convencido de que lo había hecho adrede, para que le sirviera de escarmiento y no volviera a hurgar donde no debía. Aunque finalmente parecía que la mujer se había arrepentido y había acudido a liberarle de aquella fastuosa prisión antes de que David y su padre volvieran.

Muchas de las habitaciones estaban cerradas con llave e incluso en un par de ellas localizó un sistema de alarma para detectar a los intrusos. En la anterior ocasión le había parecido ver de soslayo una especie de despacho con cientos de libros colocados en estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Quería llegar hasta allí. Aquel pequeño oasis de cultura podía ser su salvavidas en el caso de que las salidas de David con su padre continuaran y él se siguiera quedando solo en la casa. Ruud le estaba enseñando a David el negocio que desarrollaba en

varias empresas de Logroño y en la zona de La Rioja Alavesa, aunque en la actualidad intentaba expandirlo por otros municipios. David estaba entusiasmado con él. Daba gusto verle disfrutar a su lado, aprovechando el tiempo perdido durante tantos años. Sabina Elguea se había encargado de hacer ver a David que Ruud prácticamente le había abandonado cuando María, la madre de David, había muerto siendo él un niño. Pero nada más lejos de la realidad. Ruud le había confesado que jamás había dejado de cuidar de él en la sombra. Se había alejado de él por alguna extraña razón que David aún no le había terminado de explicar del todo, algo que tenía que ver con el accidente en el que María Elguea había perdido la vida al caer despeñada desde la cumbre de una montaña de la cercana Sierra de Cantabria. En cualquier caso, se alegraba de que David pareciera más contento. Al menos parecía feliz mientras estaba junto a su padre.

Localizó el despacho que buscaba después de dar varios rodeos en torno al segundo de los pasillos. Efectivamente, todo apuntaba a que se trataba de una de las salas que en algún momento Ruud Vanner había usado para dirigir sus negocios, pero que ahora era obvio que ya no utilizaba. Las cortinas de la habitación eran excesivamente tupidas y apenas dejaban pasar la luz del exterior. Toda la estancia estaba envuelta en una especie de penumbra silenciosa, en la que hasta el polvo parecía estático mientras flotaba suspendido en el aire. Revisó las cuatro paredes repletas de libros. La mayoría eran ediciones de lujo de novelas clásicas, aunque también detectó varias enciclopedias especializadas en temáticas tan dispares como el arte en las iglesias barrocas y los agujeros negros. De hecho, le sorprendió bastante la cantidad de libros dedicados a diferentes áreas de la física. Materia condensada, biofísica, astrofísica, termodinámica, electromagnetismo... Una serie de palabras, a cada cual más rimbombante, ilustraban las sinopsis de los distintos ejemplares, muchos de ellos escritos en inglés. Una de las columnas de estantes versaba exclusivamente sobre física cuántica y la teoría de la relatividad. No recordaba que David le hubiera dicho que Ruud estuviera versado en esos campos. Lo tenía claro si pensaba que aquel reducto de conocimiento le iba a servir de disfrute intelectual. Salvo las pocas novelas clásicas que había visto al principio, el resto de libros no le atraían absolutamente para nada. El hecho de que además estuvieran alineados unos detrás de otros en cada estantería, no ayudaba mucho a encontrar alguno que le pudiera llamar la atención.

Se subió a una de las dos escaleras móviles que había dispuestas para acceder a las baldas superiores. Descubrió que la última, la más cercana al techo, no seguía el mismo patrón que las demás. Tuvo que ponerse de puntillas sobre el último peldaño para poder llegar a leer los títulos. *“Los agujeros negros y los bucles espacio-temporales como puente hacia el más allá”*, *“Teoría de los viajes astrales”*, *“El poder de la palabra en los rituales sagrados”*... Desde luego aquellos libros eran bien diferentes al resto. Mientras los de las baldas inferiores eran claramente de corte científico, estos parecían sacados de una conferencia de pseudociencia *new age* o ciencias alternativas. Extrajo varios de los ejemplares y los hojeó con cuidado de no desordenarlos. Le pareció curioso que la mayoría de ellos también estuvieran escritos en inglés, aunque la edición original fuera en holandés. Y entonces se dio cuenta. Salvo un par de ellos, el noventa por ciento de los libros de la última balda estaban escritos por el mismo autor. Jacobus Vanner. ¿Sería algún antepasado de David y de su padre? Era curioso porque en ninguno de los libros había referencia alguna al resto de obras del escritor, ni siquiera la más mínima biografía. Al cabo de casi media hora leyendo por encima dos de los ejemplares, se detuvo en una colección

de cinco libros titulada “*Los sueños como espejos del otro lado*”. Leyó con atención el prólogo y los diez capítulos iniciales del primer volumen, que llevaba el mismo título que la serie. El texto era de todo menos objetivo. Jacobus Vanner defendía sin tapujos la idea de que los sueños eran reflejos de experiencias vividas en otros planos de la realidad, incluso en el más allá. Lo cierto era que argumentaba de manera bastante razonable su teoría. Según él, desde la antigüedad se habían dado casos de personas que poseían el don de acceder a otras realidades además de ver el futuro o el pasado. En el fondo, todo se trataba de lo mismo. Esos videntes presentían lo que estaba ocurriendo en diferentes planos de la existencia. Pasado, presente, futuro, dimensiones paralelas... eran tan solo algunas de las capas que componían el universo en el que el ser humano estaba inmerso. Y como una especie de noria perpetua, todas ellas giraban una en torno a la otra, como un engranaje eterno en el que no siempre todo funcionaba a la perfección. De vez en cuando se producía una grieta en la que un plano se mezclaba con otro y las consecuencias podían ser fatales. Generalmente no sucedía nada, pero el autor defendía que la desaparición repentina e inexplicable de pueblos enteros, barcos repletos de pasajeros en alta mar, incluso civilizaciones al completo, se debían a esos fallos de aquella especie de rueda divina. Muchas de las personas que podían percibir esos resquebrajos, a quienes él llamaba “centinelas visionarios”, enloquecían al no saber interpretarlos, e incluso muchas de las visiones que sufrían eran diagnosticadas como síntomas de enfermedades mentales. Los casos más graves podían derivar en un insomnio permanente.

—¿Se le ha perdido algo en esta habitación? —preguntó una voz familiar a su espalda. Ander acababa de devolver los extraños libros de la última balda a su sitio hacía apenas un minuto. Se volvió hacia la voz con el corazón saliéndosele por la boca y la espalda empapada de un desagradable sudor frío.

—Yo... —intentó articular una respuesta convincente, pero solo consiguió balbucear como un niño pequeño. Tenía la garganta completamente reseca. Necesitaba un trago de agua.

—Tranquilo, no te preocupes. Es normal que sienta curiosidad. La única habitación de toda la casa donde los libros roban el protagonismo a los acabados de lujo y la decoración ostentosa. Pero me extraña que Ruud te deje estar aquí. No le suele gustar que nadie entre en sus dominios cuando él no está.

—En realidad, como he visto que la puerta estaba abierta...

—Claro, te entiendo. Has pensado que podías acceder libremente. Pues permítame que te diga que yo me he llevado más de un rapapolvo por hurgar entre los libros de Ruud. Algunos de los ejemplares que ha visto tú tienen un gran valor económico. Encuadernación de lujo y ediciones limitadas, te puedes imaginar. Ruud es muy estricto con quién entra o no en este despacho. Hace unos años desaparecieron algunos ejemplares de la forma más misteriosa y se llevó un gran disgusto. Estuvo tentado de denunciarlo a la policía, pero finalmente desistió. Supongo que con todo el estrés de la empresa en los últimos tiempos no ha tenido cuidado y ha dejado esta habitación abierta.

—En serio, no era mi intención hacer nada malo...

—Ander, esté tranquilo. No has hecho nada malo. La maldad y el pecado son una invención de los curas —bromeó—. Este será nuestro pequeño secreto.

Hubert Vanner le guiñó un ojo como símbolo de complicidad. Un ligero tufo etílico emanaba de su ropa. El hermano pequeño de Ruud Vanner debía de rondar los cuarenta y cinco años. Era un hombre alto y esbelto, aunque bastante más delgado que el padre de David. Aun así, la semejanza de sus rostros morenos y angulosos delataba su vínculo genético de una manera evidente. Con una pequeña diferencia. Mientras que Ruud Vanner poseía una penetrante mirada azul polar, Hubert tenía los ojos de un cálido color pardo. Por lo demás, ambos compartían una tupida cabellera negra y un marcado acento holandés. El tío de David hablaba un castellano más que aceptable, aunque de vez en cuando confundía los tratamientos, y mezclaba el tú y el usted como le venía en gana. La primera vez que habló con él tuvo la desagradable sensación de ver reflejado en muchos de sus gestos a Manu, pero fue tan solo una primera impresión errónea. Hubert Vanner era una persona liberal, abierta y extremadamente empática, actitudes totalmente alejadas de la personalidad celosa, posesiva y llena de inseguridades de su marido.

—¿Quién es Jacobus Vanner? —preguntó Ander—. He visto que hay varios libros escritos por él en este despacho.

—Oh, te refieres al viejo Jacobus. Un respetado miembro de la familia. Venerado por muchos. Pero otros pensamos que estaba un poco chiflado —dijo haciendo una mueca grotesca—. Hay rumores de que le gustaban demasiado el opio y las mujeres.

—Pues para tener una vida tan distendida tuvo una extensa carrera como escritor. He contado al menos veinte libros suyos.

—Se habrá quedado estupefacto —sonrió Hubert—. ¡Quién en su sano juicio puede creerse semejantes tonterías! Pero oiga, dejémonos de tanta charla. ¿Qué le parece si tú y yo nos vamos a comer a Elciego? Me muero por probar la comida de ese cocinero tan prestigioso.

—Hubert, lo siento. Suena tentador, pero mi economía no está como para permitirme esos lujos. Sigo de excedencia en el trabajo y creo que me queda poco allí, ahora que están despidiendo a todo el mundo.

—Ander, no se preocupe, que yo te invito. Nunca acepto un no por respuesta, así que tú decides si quieres pasarte la siguiente hora discutiendo conmigo o accedes y nos vamos cuanto antes para dar un paseo primero por Laguardia. Hay un sitio que quiero enseñarle.

Ander dudó si debía aceptar la invitación, pero Hubert tenía razón. No iba a dar el brazo a torcer hasta que accediera. Más de una vez le había visto mantener discusiones eternas con Ruud y David, y normalmente siempre conseguía imponer su criterio. Además, David y su padre no volverían hasta la noche. Le horrorizaba tener que quedarse solo otra jornada más en aquella mansión, con la única compañía de la señora Rosa. Intentaron salir por el jardín, pero de nuevo ella había vuelto a dejarle encerrado dentro de la residencia principal. Por suerte, Hubert tenía llave de la casa y, en menos de diez minutos, ya estaban montados a bordo del flamante deportivo del tío de David, rumbo a Laguardia.

17.

El camino hasta Dorrao había supuesto una dura prueba a superar para la paciencia de Adrián Zuberoa. Concha Elguea lo observaba desde el asiento de atrás. Viajar como copiloto le parecía un riesgo absurdo que no estaba dispuesta a asumir. Prefería situarse detrás del conductor. Así lo había hecho siempre. La estadística demostraba una y otra vez que el peligro de muerte era menor allí.

Su hijo no estaba de buen ánimo. Echaba de menos los viajes a bordo de su furgoneta con los miembros del grupo de rock gótico del que era líder. Concha se lo notaba, aunque él, como siempre, tratara de no mostrar externamente los remolinos a los que hacía frente en el océano interior que llevaba dentro. Un mar bravo que pocas veces conseguía estar en calma. Dos de los guitarristas acababan de ser padres y la banda había decidido hacer una pausa en su carrera. Concha sabía lo que su hijo pensaba. Aquella pausa se convertiría irremediabilmente en el final del grupo. Había sido un acuerdo adoptado por la mayoría pero con la clara oposición de Adrián. Él, que no había sentido el instinto paternal en su vida, hacía mucho tiempo que había abandonado la idea de establecerse en un sitio y crear una familia. Sí, tenía el piso de Bilbao, pero ella sabía que últimamente prefería no pasar mucho tiempo allí. Desde que David había dejado de dar señales de vida no tenía mucho sentido conservar el ático de la Calle Iparraguirre. Jamás le había convencido la idea de tener una residencia fija. Adrián siempre había vivido en hostales, casas de amigos, albergues y cuchitriles de esos comunales que a Concha le ponían los pelos de punta. Durante un tiempo incluso durmió en su autocaravana. Por eso sabía que él no entendía el afán de los dos guitarristas por ser padres y llevar la vida que todo el mundo esperaba de ellos. Él no era así. Él estaba hecho de otra pasta. Para Adrián, su vida era mucho más interesante que las aburridas existencias de la mayoría de la gente de su entorno. Y no solo porque sintiera que su talento artístico aún no había tocado techo. El legado familiar siempre había ocupado una de las primeras posiciones en su lista de prioridades, mucho más desde que Sabina le había ofrecido cambiar el testamento para dejarle en herencia la finca donde se levantaba el caserío de Lacaverna. A veces, en la soledad de su habitación, Concha se avergonzaba de que su propio hijo fuera más fiel al legado que ella misma. Ella lo había intentado pero ahora que vivía bajo el abrazo redentor de Jesucristo, todo era mucho más fácil.

Cuando su hermana Sabina le había pedido que acudiera a Dorrao a visitar a Amelia Aizaga, una prima segunda de Véspero, jamás se hubiera imaginado lo que le costaría encontrar el caserío en el que residía aquella pariente lejana de los Elguea Leiva. Dorrao era un pequeño pueblecito del Valle de Ergoiena, en el oeste de Navarra. Con menos de doscientos habitantes, les había costado más de una hora encontrar a alguien a quien poder preguntar por dónde se llegaba a la casa. A todo esto se unía el hecho de que habían dado un rodeo considerable hasta llegar allí, por si alguien les seguía. Finalmente, y tras hacerse de rogar durante más de diez minutos, un anciano

al que habían sorprendido cogiendo caracoles en una finca a las afueras de la aldea, había accedido a facilitarles la información. No sin antes santiguarse y recomendarles no internarse por aquel lugar si no conocían el terreno. El hombre debía de tener parte de razón. A pesar de sus detalladas instrucciones, tardaron casi media hora más en encontrarla.

“Alaiz Enea” estaba ubicada en las profundidades de un frondoso bosque de hayas, muy cerca de la Sierra de Andía, en lo alto de una pequeña colina. El camino de acceso era impracticable. Por todas partes las ramas de las zarzas y los arbustos más bajos se entretejían con los troncos de los árboles formando una gruesa coraza vegetal que apenas dejaba ver el suelo. Un olor concentrado a humedad y madera podrida envolvía la atmósfera de aquel ecosistema centenario. El cielo trataba de hacerse un hueco entre las copas más altas que, apiñadas las unas con las otras, luchaban en una contienda silenciosa por alcanzar la luz del sol. Daba la sensación de que por allí no hubiera pasado nadie en años. Les costó bastante localizar el caserío, hasta que se percataron de que habían pasado por delante de él varias veces sin darse cuenta. ¿Cómo era posible? Parecía que las paredes cubiertas de musgo y hiedra silvestre tuvieran la habilidad de camuflarse entre la hojarasca y las enormes rocas que delimitaban la vivienda por la parte de atrás. Llegaron a pensar que el hombre de Dorrao les había engañado, pero no era el caso. Habían dejado el vehículo aparcado en un pequeño claro, al ver que el camino de tierra por el que habían venido se cortaba de manera inesperada, como si se tratara de un callejón sin salida. De hecho, así era. A partir de ese momento, habían intentado orientarse con el GPS del móvil de Adrián internándose en la espesura, convencidos de que el caserío tenía que encontrarse cerca, pero muy a su pesar, había dejado de funcionar. Al final lo vieron a lo lejos. A decir verdad fue Adrián quien lo vio. Concha seguía empeñada en la idea de que les habían dado indicaciones falsas. Caminaron otros cien metros sorteando las púas cortantes de la maleza hasta que se detuvieron en seco. Unos gritos espeluznantes que no supieron determinar de dónde provenían les helaron la sangre. El ruido de los pájaros y animales cesó de repente, como si el bosque al completo hubiera enmudecido. Concha Elguea pensó en el chillido final de los puercos cuando el matarife les rebanaba la garganta con su cuchillo. Aquel sonido era muy similar. Por suerte tan solo duró unos segundos.

—¿Qué narices ha sido eso? —preguntó Adrián.

—Alguna alimaña. Tú espérame aquí y vigila por si aparece alguien —ordenó Concha a su hijo.

—¿En serio? —se quejó Adrián.

—¿Qué parte es la que no entiendes exactamente? —le preguntó ella. Aún se le hacía raro ver a su hijo con el cabello tan corto. La larga melena que otrora le acompañara a todas partes había dado paso a un peinado convencional, como si Adrián se hubiera deshecho de su antiguo pelo para afrontar una nueva etapa vital con aires renovados. Definitivamente la crisis de su banda le había afectado más de lo que había imaginado.

—¿Te traigo hasta este lugar perdido en el fin del mundo y no me vas a dejar ver a la prima de la abuela?

—No.

—¿Pero por qué?

—Esto son cosas nuestras.

—Igual cuando salgas me he ido. A ver cómo vuelves a Lacaverna —dijo Adrián enrabiado por tener la sensación de haber sido utilizado por Sabina para actuar como un mero taxista.

—Como quieras. Ya le comentaré a Sabina a ver qué le parece tu actitud —trató de amenazarle ella.

Y así, sin darle ninguna opción a réplica, Concha Elguea cruzó un arroyo y comenzó el camino de ascenso del pequeño promontorio donde se levantaba el caserío, haciendo verdaderos esfuerzos por apartar la hojarasca sin arañarse la cara y los brazos. Sabía que Adrián se había enfadado. Pero era mejor así. Ya habría tiempo de explicarle las cosas si Sabina consideraba que era lo más oportuno. De momento, cuantas menos personas se enteraran menos riesgo correrían todos. Hizo un último esfuerzo para encarar la parte más empinada de la cuesta que llevaba a la puerta principal. “Alaiz Enea” tenía dos plantas y un gran porche instalado en la fachada delantera, tan profundo que apenas podía distinguirse el contorno de la puerta en la penumbra que se creaba debido a la sombra de los tupidos árboles. Concha avanzó decidida. Aunque llegaba más tarde de la hora acordada, era casi seguro que Amelia Aizaga se encontraba en el interior. Observó la puerta con una mezcla de emociones. Justo encima del llamador manual con forma de cabeza humana que había situado en la mitad superior, una *eguzkilorre* enorme aparecía colgada advirtiendo a los extraños y a quienes no habían sido invitados de que no eran bienvenidos a la casa. A Concha jamás le había gustado del todo la flor del sol, que ese era su significado literal en euskera. No tenía nada que ver con su belleza, que era indiscutible. Se trataba de la flor seca del cardo silvestre que crecía en las montañas de la zona y de muchos lugares de la geografía vasca, y que era habitual encontrar colgada en las puertas de las viviendas. Era una especie protegida, por lo que la mayoría de la gente optaba por utilizar una réplica artificial o la adquiría en algún vivero que contase con los permisos para cultivarla. El alto riesgo de recibir una fuerte sanción económica estaba consiguiendo que poco a poco la flor fuera recuperando terreno. Aquel vegetal ancestral había sido creado por *Amalur*, la Madre Tierra, como símbolo de protección para los seres humanos durante las noches, cuando los genios y los seres maléficos campaban a sus anchas, atemorizando a hombres y mujeres. Según la leyenda, *Amalur* había creado primero a *Ilargi*, la Luna, para alumbrar las noches, y más tarde a *Eguzki*, el Sol, para gobernar con su luz el día. A pesar de aquellos dos regalos, los seres humanos habían vuelto a pedir ayuda a *Amalur*, ya que la luz solar ahuyentaba a aquellos genios maléficos pero la luz de la Luna apenas les afectaba, así que seguían acechando a los seres humanos en cuanto llegaba el ocaso. La *eguzkilorre* se asemejaba en su forma al brillante astro rey, con lo que, si los seres humanos la colocaban en las puertas de sus casas, los genios maléficos la confundían con el sol y no se acercaban.

Aquel relato mítico era precioso, pero a Concha seguía sin convencerle. La razón principal era que aquella leyenda demonizaba a los seres de la noche, principalmente a las *lamiak* y a las *sorginak*. No era casual que ambos genios tuvieran carácter femenino. Las *lamiak* eran una suerte de ninfas con pies de oca o cabra, algunas con cola de pez, que vivían en lagos y ríos, y engañaban y engatusaban a los hombres con su extraordinaria belleza. Las *sorginak* eran las brujas, las

adoradoras del Diablo, poderosas e independientes. Sabina diría que eran simplemente cosas del patriarcado, que se inmiscuía en todas partes, pero a Concha no solo le molestaba eso. Estaba convencida de que detrás de aquellos relatos había algo más. Tenía la sensación de que en su construcción a través de los siglos había habido una intencionalidad que iba más allá, tratando de desprestigiar a aquellos genios femeninos de la mitología vasca hasta acabar convirtiéndolos en la viva imagen del mal. Le enternecía aquella leyenda porque representaba la alianza divina entre *Amalur* y los seres humanos, a los cuales protegía y cuidaba pero, aun así, no podía evitar pensar en la otra parte de la historia.

Hacia ya mucho tiempo que Sabina y ella no hablaban sobre este tema. Antes, cuando Concha aún no había decidido dejar de lado la religión antigua y centrar su vida en torno al catolicismo, solían discutir a menudo al respecto. Cuando salía la conversación, Sabina siempre le argumentaba que los seres nocturnos a los que ahuyentaba la *eguzkillore* no solo eran las *lamiak* y *sorginak*, pero Concha siempre le contestaba que entonces por qué se insistía tanto en aquella imagen negativa de aquellos dos tipos de genios. Y Sabina le replicaba que *Amari*, la diosa principal, la que regía sobre todos aquellos seres, por suerte, era mujer, así que estaba claro quién mandaba. La pelea dialéctica podía alargarse horas, hasta que al final una de las dos daba el brazo a torcer. Tenía que reconocer que a veces echaba de menos la relación que antaño había tenido con su hermana.

Dentro de “Alaiz Enea” reinaba un silencio casi absoluto. Tan solo el crepitar de los troncos quemándose en la chimenea interrumpía la calma intangible de aquella atmósfera sigilosa. Un olor a acelga y coliflor recién cocinadas impregnaba el recibidor y el salón, que conectaban directamente con la cocina, situada al fondo a la izquierda. Una mesa enorme de madera oscura de roble cubierta por un mantel blanco de hilo ocupaba la parte central de la estancia. Encima de ella, dos platos, dos juegos de cubiertos y dos vasos de cristal parecían esperar que alguien se apiadara de ellos y vertiera algo de alimento y agua para hacerles compañía. A su alrededor, cuatro bancos del mismo tipo de material que la mesa la escoltaban. Sobre las paredes, varios tapices de lana con motivos naturistas como lechuzas, ciervos y diversos tipos de plantas, tejidos a mano por la propia Amelia, conferían a la casa de un toque artesanal y rústico que le otorgaba un carácter único. Concha y Sabina se habían criado en una con un ambiente muy similar, pero en pleno centro del casco urbano de Lacaverna.

Concha avanzó despacio con cuidado de no tocar nada. Sabina le había advertido que Amelia era bastante maniática con sus cosas, no le gustaba nada que los demás manosearan lo que no debían, ni siquiera lo toleraba tratándose de familia. Dejó con cuidado su bolso sobre una butaca colocada muy cerca de la puerta de entrada. No había rastro de la mujer por ninguna parte. Pero era evidente que tenía que andar cerca. Se dirigió cautelosa a la escalera que conectaba con la planta superior y dudó de si era buena idea subir arriba. No le dio tiempo a tomar una decisión.

—Llegas tarde —sonó la voz de una mujer desde detrás. Concha se volvió y descubrió a Amelia Aizaga bajo el marco de la puerta del caserío. En la mano llevaba el cadáver desollado de un conejo.

—No es fácil encontrar tu casa, Amelia. Nos hemos perdido varias veces al entrar al bosque. El GPS del coche se ha vuelto loco y nos llevaba por sitios que no eran.

—“*Gepe ese*” ni “*gepe esa*”. Si visitaras a esta vieja más a menudo recordarías perfectamente cómo llegar.

—Bueno, lo importante es que ya estoy aquí.

—Deja que te dé dos *musus* —le pidió.

Concha Elguea se dejó besar por Amelia. La anciana olía a lavanda y espliego.

—¿Cómo has llegado? No te veo conduciendo un coche.

—El hijo se ha quedado fuera, vigilando —contestó Concha—. Le he dicho que teníamos que hablar a solas.

—Pues habla, pero déjame cocinar este bicho, que se va a poner demasiado duro y luego no hay quien lo trocee.

18.

Concha Elguea la siguió hasta la cocina. Al igual que el resto de la casa, aquel espacio parecía haber quedado anclado en las primeras décadas del siglo XX. Amelia Aizaga, a diferencia de muchos de los miembros de la familia, era una mujer baja, no debía de sobrepasar el metro cincuenta de altura. Si sus cálculos no fallaban, acababa de cumplir ochenta y nueve años hacía un mes. Tenía una piel bronceada que contrastaba con el gris plateado de su tupido cabello, cortado de una forma demasiado varonil para el gusto de Concha. Llevaba un flequillo recto cubriéndole la mitad superior de la frente. Dos pendientes plateados con forma de espiral adornaban sus orejas. Su constitución era delgada y esbelta, pero caminaba ligeramente encorvada debido a una hernia estomacal que sobresalía unos quince centímetros hacia fuera, provocando que la bata azulada que cubría su cuerpo se abombara en la zona del abdomen. Daba gusto verla trabajar despedazando el animal con la destreza de una experimentada chef y moviéndose de un lado a otro de la estancia con gran agilidad, controlando cada espacio de aquel pequeño reino de la gastronomía más tradicional. Cada pocos segundos destapaba alguno de los extraños botes de cerámica blanca y vidrio repartidos por la estantería que cubría la pared principal y extraía aromáticas especias con las que coronaba su obra. Se notaba que disfrutaba de la cocina, algo que Concha envidiaba. A ella siempre se le había dado fatal. Cuando terminó, ambas se dirigieron al salón y, tras cuatro preguntas cordiales de cortesía, comenzaron a degustar aquel manjar. Concha elogió la receta y felicitó a la anciana. Amelia la miraba con atención, como si quisiera cerciorarse de que su invitada estaba disfrutando el plato con sinceridad.

—¿Cuándo? —preguntó con resignación.

—Dentro de muy poco. En cuanto lo decida Sabina, tiene que arreglar varias cosas antes. Te avisaremos en cuanto haya llegado el momento.

—¿Tan grave es la cosa?

—Ahora que no tenemos la llave, todo se ha complicado —respondió Concha como si fuera ella la guardiana de aquel objeto sagrado. En realidad ella jamás lo había visto. Nadie veía ni tocaba la llave salvo su guardiana. Tan solo le estaba trasladando las palabras de su hermana. — Sabina está que trina. No entiende cómo David ha podido hacernos algo así. Cree que ha descubierto algo que le ha animado a actuar de esa manera, pero no sabe el qué exactamente.

—¿Crees que lo van a intentar?

—¿Quiénes?

—El clan de los holandeses —contestó Amelia refiriéndose a los Bechs, los descendientes de la tribu de los bátavos.

—Ahora que su imperio empresarial parece que está más que hundido, es casi seguro que intenten recuperar la llave con más ahínco. Están a punto de cerrar en Bilbao. Yo no tengo tan

claro que lo consigan. Ya sabes que no es tan fácil como parece. Pero Sabina está convencida de que sí lo intentarán. Dice que esa mujer, la líder, Suzanne Bechs, no se va a quedar de brazos cruzados. Dice que la conoce bien y que va a hacer lo que sea con tal de hacerse con la llave. Ya entraron en casa de David, en Bilbao, y pusieron todo patas arriba buscándola. Además, hace unos meses, uno de esos malditos holandeses fue atacado salvajemente a cuchilladas a la puerta de su casa. Sabina dice que ella no ha tenido nada que ver en eso, pero justo sucedió después de que ellos asaltaran la casa de David. Así que cree que puede ser la puntilla para que la lucha que nos viene enfrentando desde hace siglos a los dos linajes se recrudezca. Cuando me lo dijo, la noté bastante asustada. Y eso no es algo muy usual en Sabina. Dice que recuperar la llave es lo único a lo que los holandeses pueden agarrarse para lograr que su imperio no se desmorone para siempre y así, de paso, cobrar su venganza con nosotros. Ya sabes que la llave propicia riqueza y poder a quienes la custodian.

—¿Tú crees en esas pamplinas? —Amelia la miró con el ceño fruncido.

—A nuestro linaje nos ha ido francamente bien desde que la tenemos.

—Tonterías. A vuestra familia os ha ido bien gracias a los chanchullos que habéis hecho desde hace siglos. Me gustaría saber de dónde viene en origen todo ese patrimonio que habéis ido acumulando. Hay quien piensa que lo habéis conseguido todo a base de chantajes y negocios oscuros. Francisco, el marido de Véspero, se valió del miedo que causaban sus supuestas virtudes sanadoras para hacer y deshacer lo que quiso. “El brujo de Laguardia”, creo que le llamaban. Brujo no sé, pero adulator y manipulador lo era un rato.

—Basta, Amelia —la interrumpió Concha—. No permito que hables así de mi padre.

—De todas formas, me sorprende que creas en el poder de la llave. No es muy católico por tu parte.

—¿Qué quieres decir? —Concha empezaba a estar bastante irritada por la actitud insolente de la anciana.

—Pues que me parece un pensamiento un poco sacrílego para tu afición al catolicismo. Te gusta ir a misa todos los días. ¡Hasta te confiesas y comulgas! Creo que incluso eres la mano derecha del párroco de Lacaverna. Cualquiera diría que te has convertido en toda una beata. Pero a mí no me engañas, Concha. Sé que, en el fondo, tu corazón pertenece a la religión antigua. Una no puede dejar de creer porque sí en todo lo que ha mamado desde pequeña. Eres una católica de pacotilla.

—¡Tú que sabrás de mi vida! No tienes ni idea de todo por lo que he tenido que pasar. Gracias a mi fe en nuestro Señor Jesucristo he conseguido seguir adelante. ¡Cómo te atreves a juzgarme de esa manera!

—Está bien, está bien. Perdóname —intentó calmarla Amelia tomando sus manos entre las suyas—. Me he pasado. Sé que has sufrido con todo el tema de la hija. Otros la habrían ingresado en un centro psiquiátrico hace tiempo, pero tú has aguantado como una jabata a su lado. En eso, me enorgullezco de ti, ya ves.

—Gracias, pero creo que no tiene ningún mérito. Si no la cuido yo, que soy su madre, ¿quién la va a cuidar?

—No te quites méritos, Concha. Eres una mujer mucho más valiente de lo que tú te piensas. Por cierto, ¿qué tal está ahora Lucía?

—Bien, últimamente parece que está mejor.

—Me alegro, de corazón —le dijo Amelia sonriéndole.

Concha se levantó y llevó su plato a la cocina. Amelia la siguió. Se sentía culpable por todo lo que le acababa de decir a Concha. ¡Qué más le daba a ella lo que hiciese con su vida! Si el catolicismo la había ayudado a llevar su carga de otra manera, no había que buscarle tres pies al gato. Aun así, no soportaba la idea de que aquella religión hubiera subyugado la voluntad de la hija menor de Véspero. Le daba pena que Concha se hubiera apartado de las viejas creencias que los linajes que compartían el legado seguían conservando.

—De todas formas, tenemos más preocupaciones aparte de los holandeses —le dijo Concha mientras secaba con un paño el plato que acababa de fregar.

—¿Ellos también? —Amelia se sentó en uno de los taburetes situados junto a la encimera e invitó a Concha a hacer lo mismo.

—Sí. Sabina pensaba que no se atreverían, que nos dejarían en paz. Pero está visto que no. Todo se repite.

—La Fundación Petunia. Bonito nombre para enmascarar lo que realmente son. Esa panda de lunáticos “metomentodo” no aprenden. Deberían dedicarse a lo que hacen normalmente, a traducir sus viejos legajos y viajar por el mundo viviendo del cuento, y olvidarnos de una vez.

—Creo que los infravaloras, Amelia —la reprendió Concha—. Los hermanos guardianes pueden parecer una orden desfasada e inofensiva, pero nada más lejos de la realidad.

—Lo último que he escuchado de ellos es que están en plena guerra interna. A ver si se matan unos a otros y nos dejan tranquilas.

—¿Guerra interna?

—Sí. Han ocurrido cosas recientemente.

—¿Qué cosas?

—Dicen que ha habido intentos por tumbar a los dirigentes. Les llaman los Caducos. Esa corriente de misóginos está dirigida por Santiago Valls, un sinvergüenza que tiene una cadena de hoteles en Palma de Mallorca. Seguro que has oído hablar de él.

—Me suena algo, sí.

—Dicen que es un machista recalcitrante. Pues al parecer, un nuevo bando dentro de la Fundación se está enfrentando a ellos para provocar el cambio y que vuelvan a ser lo que un día fueron.

—¿Un nuevo bando?

—En realidad no es tan nuevo. Llevan siglos dando guerra. Pero digamos que últimamente están uniendo fuerzas y pasando a la acción. Ha habido varios episodios violentos. Pretenden acabar con el poder establecido y regresar a los orígenes de la orden.

—No caerá esa breva.

—¡Quién sabe! Ahora que el momento de la profecía está más cerca que nunca, puede que los astros se alíen y el cambio llegue. Puede que esté predestinado a suceder.

—Tonterías. Llevan imponiendo su dogma durante siglos. ¿Tú crees que un par de revolucionarios van a conseguir acabar con ellos?

—¡Quién sabe, Concha! Ten fe —le contestó con tono de burla.

—¿Y tú cómo sabes todo esto que está sucediendo con los hermanos guardianes? —preguntó Concha con un cierto matiz de incredulidad.

—Me lo ha dicho un *galtzagorri* —contestó la anciana con una pícaro sonrisa dibujada en sus labios.

Concha no quiso contradecirla. Habían pasado muchos años, pero Amelia Aizaga seguía recurriendo a los mismos trucos cuando no quería explicar quién era el confidente que le había contado un chisme sobre alguien o un secreto que nadie conocía. Cuando Sabina y Concha eran pequeñas, más de una vez contestó lo mismo cuando le preguntaron por la fuente de todas las leyendas y relatos maravillosos que les contaba. Amelia siempre respondía que a ella se lo había revelado un *galtzagorri*, y Sabina y Concha la creían, con el corazón revuelto por la emoción de confirmar en boca de Amelia la existencia de aquellos seres mitológicos diminutos. Los *galtzagorri* eran una suerte de duendecillos muy activos que vivían en la *etxea*, la casa, y que siempre estaban deseando llevar a cabo las órdenes de su amo, o ama en este caso. Iban ataviados con pantalones de color rojo, de ahí su nombre. Amelia solía decirles que guardaba cinco *galtzagorri* en el alfilerero que la acompañaba a todas partes, y Sabina y Concha aceptaban aquel cuento como una verdad irrefutable. Era evidente que la prima de Véspero no iba a decirle quién le había suministrado toda aquella información sobre la orden de los hermanos guardianes, así que decidió dejarlo pasar.

Se levantó y se dirigió a la butaca sobre la que había dejado su bolso nada más entrar. Lo abrió y extrajo con delicadeza el manuscrito. Sostener entre sus manos aquella reliquia de la familia siempre le causaba emoción. Imaginar a los ancestros de los Elguea Leiva leyendo a sus hijos y nietos aquellas palabras era demasiado emotivo. La parte principal había sido escrita por un monje de nombre Munio que había vivido entre los siglos X y XI y que había pertenecido a su linaje. Al igual que Sabina, Véspero, David, Adrián, Lucía... aquel religioso de la Edad Media era un descendiente de los berones que en su día custodiaron la llave en la ciudad santa conocida en la actualidad como La Hoya, en La Rioja Alavesa. Pero lo más importante no era eso, sino el hecho de que, por alguna razón, aquel cenobita había decidido compilar todos los relatos consuetudinarios acerca de la historia de la familia que se habían transmitido de manera oral de generación en generación. En algunos casos había optado por camuflarlos en aparentes narraciones ficticias, como había hecho con la vida del santo sin nombre que añadió a una de las copias del códice *Aemilianensis 60* que elaboró durante su estancia en el monasterio de San Millán de la Cogolla. Ese viejo manuscrito había sido custodiado durante años por Véspero, mientras había vivido en la residencia de Páganos y refería los enfrentamientos entre las ciudades beronas hermanas de La Hoya, así como la invasión de los bátavos cuando intentaron arrebatar la llave del templo sagrado, mucho antes del nacimiento de Cristo. En el códice 60 no se revelaba el nombre del valiente guerrero berón que consiguió escapar del ataque portando la llave y poniéndola a salvo. Pero en el libro que ella tenía ahora en sus manos se indicaba claramente su identidad, al igual que el nombre real de la ciudad santa, Luria. El centinela se llamaba Leuken.

Un héroe para el linaje. Aunque la verdadera heroína de la historia era Kara, la hermana pequeña del guerrero. Una leyenda que todos en la familia daban por cierta. En los siglos posteriores, otros antepasados habían ido añadiendo más relatos relacionados con el linaje al manuscrito original de Munio.

—Me gustaría que lo guardaras tú —dijo Concha tendiéndoselo a Amelia.

—¿Eso es lo que creo que es?

—Sí. Quiero que lo cuides tú hasta que todo se haya calmado. Con Sabina debilitada como está por el don de la vigilia, no está a salvo con nosotras. Además, ahora que no tenemos la llave, es nuestro punto débil.

—Y habéis pensado que conmigo, la pobre vasca paleta, el honorable Libro del Linaje de los Berones estará mejor, claro.

—Tú sabes que sí.

—Ya. Me tenéis abandonada media vida aquí, como si fuera una apestada, y ahora de repente soy vuestra salvación —se quejó.

—No digas esas cosas, Amelia. Tú sabes que Véspero te quería con locura. Te quiere con locura. Y nosotras también. Aun recuerdo cuando, siendo pequeñas Sabina y yo, venías a por nosotras para traernos aquí durante el solsticio de invierno y nos contabas historias del mundo antiguo y los secretos que habían perdurado a través de los milenios gracias al buen hacer de nuestros linajes. Tú le enseñaste a Véspero y a Sabina prácticamente todo lo que saben sobre las hierbas sagradas. Y yo recuerdo perfectamente cómo nos contabas todos aquellos relatos fantásticos junto al fuego de la chimenea. Parece que hubiera sucedido ayer. Aún recuerdo la moraleja que nos solías repetir cada vez que terminabas tus narraciones. *“Toda leyenda oculta una verdad.”*

—No era así la frase. La edad te está haciendo perder la memoria.

—¿No era algo así? —preguntó con curiosidad Concha.

—*“Toda leyenda oculta una tragedia. A veces más liviana, pero siempre dolorosa...”* —comenzó a recitar Amelia.

—*“Y no hay dolor más grande que perder a quienes amas”* —completó Concha.

—Hace mucho de aquello. Al principio bien que veníais a verme. Luego Véspero se pensó que lo único que me interesaba era hacerme con la llave. Y cortó la relación de cuajo.

—Portar la llave no es sencillo, Amelia. Si no pones distancia, puede acabar cegándote su poder.

—No me vengas con cuentos. Lo que cegó a Véspero es su temor a que, si alguien le arrebatara la llave, el linaje de los berones perdería su influencia sobre el resto de las familias. No hay ninguna cualidad mágica en ese objeto. Se llama ambición, estatus. Llámalo como quieras. Y mucho me temo que a Sabina puede que le esté ocurriendo lo mismo. ¿Sabe ella que me has traído el libro?

—No.

—No quiero estar delante cuando se entere.

—Ya se lo diré, cuando llegue el momento. A Sabina le queda poco tiempo en este mundo. Alguien tiene que tomar las riendas de la familia.

—Si tú lo dices... ¿Sabe tu hijo qué has venido a hacer a aquí?

—Adrián sabe que la hora se acerca, pero no quiero preocuparle antes de tiempo. No he querido que entrara a “Alaiz Enea” precisamente por eso. Últimamente anda algo desanimado. El grupo de música en el que tocaba se ha disuelto. Bastante tiene él con sus cosas. Prométeme que vas a cuidar del libro como si fuera tu mayor tesoro.

—Mi mayor tesoro ya sabes cuál es, Concha. Por encima de ella no hay nada.

—Tienes razón, disculpa. ¿Qué tal está la Niña?

—¿La Niña? ¿Aún seguís llamándola así? Creo que tiene edad suficiente como para que dejéis de referiros a ella de esa manera. Además, a ella no le gusta. Justo antes de que llegaras tú han venido para llevársela a Arantzazu. Últimamente se la llevan tres o cuatro días a la semana y me la devuelven al anochecer. Desde que murió Hipólito, se me hace cada vez más cuesta arriba encargarme de ella. Llevo demasiados años sola y ya estoy mayor, y además le viene bien cambiar de aires. No va a pasarse toda la vida aquí encerrada. Probablemente te la hayas cruzado por el camino. ¿No has visto la furgoneta?

Concha pensó en los gritos que Adrián y ella habían escuchado al llegar al bosque en el que se levantaba “Alaiz Enea”. ¿Serían de la Niña? Se le pusieron los pelos de punta solo de pensarlo.

—¿Hasta Arantzazu? ¿Estás loca? Es un camino larguísimo para ella. Es peligroso.

Amelia les había contado en una ocasión que un grupo de familiares de aquel barrio de Oñati le echaban una mano con La Niña de vez en cuando, pero jamás se les había pasado por la cabeza que fuera La Niña la que saliera de “Alaiz Enea” para acudir hasta allí. Era un riesgo innecesario.

—La llevan en una furgoneta hasta Zegama y luego desde allí cruzan por no sé qué caminos forestales que casi nadie conoce. No hay ningún riesgo. Lo han hecho cientos de veces y nunca ha ocurrido nada. Allí la cuidan bien y la educan. Y a mí me deja descansar la cabeza de vez en cuando, todo sea dicho.

—No me parece buena idea, pero bueno, no soy quién para juzgar tus decisiones.

—Pues se acabó la discusión entonces.

Y así, malhumorada por la reprimenda de Concha, Amelia Aizaga se despidió de la hija de Véspero, dándole un par de sonoros besos en las mejillas y prometiendo cuidar del Libro del Linaje con su vida si hiciera falta. Concha sabía que lo haría. Si bien el manuscrito se centraba sobre todo en la historia del linaje de los berones, también revelaba muchas otras cosas referentes a las otras familias y al legado. Amelia, a diferencia de ella, era una defensora a ultranza de la religión antigua y de los secretos que todos compartían. Aquel libro era como una especie de antiguo testamento para ella.

Al llegar hasta donde esperaba Adrián, se lo encontró lanzando una de las dagas ancestrales que habían pertenecido a la familia contra el tronco de un árbol.

—¿Estás loco? Guarda eso ahora mismo. ¿Y si te ve alguien?

—¿Quién me va a ver? Llevo aquí más de dos horas y no ha pasado ni dios. Además, no me funciona el móvil. ¿Qué quieres que haga para no aburrirme? ¿Recoger flores?

—Está bien. Se me ha ido un poco la hora, perdona. Pero guarda eso, por favor —le pidió Concha. El joven le hizo caso y se subió al vehículo.

—¿Has visto tú una furgoneta al poco de que llegáramos? —le preguntó Concha, desde el asiento de atrás.

—¿Una furgoneta? Tú estás tarada. Por aquí no ha pasado nadie. Me hubiera dado cuenta, ¿no te parece?

—Pues sí, la verdad.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada, por nada. Arranca, anda, que se nos va a hacer tarde.

19.

Esperaron pacientemente a que hubiera salido el grupo de turistas que había contratado la visita y entonces entraron ellos. Nada más acceder al recinto, Ander se quedó extasiado contemplando la armoniosa belleza de los muros de mampostería, de entre uno y tres metros de altura, que componían aquel antiguo depósito de aguas celtibérico. El color claro de la piedra contrastaba con la oscura techumbre que cubría el lugar. El estanque de La Barbacana había sido descubierto a finales del siglo XX en el casco urbano de Laguardia y llevaba siendo desde hacía años una de las principales atracciones turísticas de la villa. Hubert Vanner le había explicado que fue construido hacía unos dos mil cien años para encauzar y aprovechar las aguas que manaban de manera natural en lo alto del cerro donde se asentaba la población. De unos doscientos veinte metros de superficie, aquel lugar había hecho las veces de embalse para abastecer del preciado líquido a los primitivos moradores de la colina, pero también había albergado la celebración de ritos sagrados. Muy cerca de allí se había encontrado un ara votiva dedicada a las Matres, antiguas divinidades de la fertilidad asociadas a las fuentes y manantiales, y de clara influencia celta. Según Hubert, aquel estanque tenía la consideración de recinto sagrado para la familia de David.

—Yo no creo en todas esas chorradas en las que cree Ruud. Pero aun así, no me digas que no es bonito este sitio —le dijo Hubert mientras leían los carteles explicativos que había dispuestos en un lateral.

—¿Tú sabes si David cree de verdad en todo esto de los linajes de vuestras familias y demás? —le preguntó Ander. Desde que se habían instalado en el edificio del jardín de la casa de Ruud Vanner, David había evitado a toda costa hablarle sobre aquellos ritos paganos que los Elguea y la familia de Ruud seguían conservando y practicando hoy en día. Era un tema que le incomodaba. Ander tenía la sensación de que David trataba de no introducirle en aquellas viejas creencias y costumbres familiares. “Por tu bien”, solía decirle cada vez que Ander sacaba el asunto a colación.

—¿David? Lo dudo. David y yo somos almas libres. Hemos visto mundo. Nos pueden parecer bien algunas cosas, pero en general, y yo creo que David opina como yo, creemos que son meras supersticiones.

—David me dijo que vuestra familia y la familia de su tía Sabina han estado enfrentadas desde siempre.

—Sí, eso sí es verdad. ¿Tú cree que es razonable que después de dos mil trescientos años siga esa hostilidad? —le preguntó, volviendo a mezclar el trato de tú y de usted—. Es de locos. Nadie tiene la culpa de lo que sucedió entonces. ¡Por Dios! Invasiones, genocidios, ataques y contraataques. Era algo muy común en aquel entonces. Incluso hoy en día lo sigue siendo, por

desgracia. Si todo el mundo fuera igual de rencoroso, la vida en este planeta no avanzaría. Nos hubiéramos destruido unos a otros hace tiempo.

—¿Tú sabes si David tiene algún problema crónico de insomnio? —le preguntó, aprovechando el grado de sinceridad con el que Hubert le estaba hablando.

—Eso es algo que creo que deberías hablar en privado con David. Es demasiado personal.

Estaba claro que por ahí no iba a conseguir sacarle nada. Trató de pensar rápido otra pregunta, pero en ese momento, se les acercó una mujer.

—Hola Hubert, ¿qué tal? —le saludó mientras le sonreía.

—Hola. Yo bien, y tú, ¿qué tal está?

—Bueno, tirando. No me puedo quejar. Este trabajo me ayuda a no pensar en otras cosas. Disculpád que haya entrado tan tarde. Tenía que hablar un par de cosas con el encargado. Por cierto, ¿no me vas a presentar a tu amigo?

—Sí, perdona. Ander, esta es Lucía, una buena amiga. Es una de las personas que guían a los turistas que visitan este maravilloso lugar.

—Encantada —dijo ella dando la mano también a Ander.

—Lo mismo —respondió él.

—En realidad solo es un trabajo temporal. Ayudo cuando hay un pico grande de visitas de grupos. Aunque ahora estoy sustituyendo a una compañera que está de baja. El estanque de La Barbacana es la estrella de los tours que paran aquí, junto con la Torre Abacial y el pórtico de la iglesia de Santa María de los Reyes.

—Pero tú tiene predilección por el estanque, ¿no es así? —le preguntó Hubert guiñándole un ojo.

—¡Cómo lo sabes! —sonrió ella—. Sí, le tengo un cariño especial. ¿Sabías Ander que se cree que este estanque fue construido por los berones que abandonaron el poblado de La Hoya tras el devastador incendio que lo arrasó durante sus últimos años de vida?

—Tengo entendido que el poblado sufrió un ataque de una tribu extranjera —contestó Ander mirando de reojo a Hubert.

—Sufrió un ataque, eso es seguro. Aunque los expertos discuten acerca de la identidad de los invasores —apuntó—. Pues que sepas que estás visitando uno de los lugares santos de aquellos antiguos moradores de La Rioja Alavesa. En estas aguas llevaron a cabo diversos ritos ceremoniales. Gracias a un hallazgo arqueológico, se cree que en este lugar los berones rindieron culto a las diosas celtas de la fertilidad, como ocurría en otros muchos lugares asociados al agua. Estas divinidades no solo eran veneradas por los celtas, entre los que podríamos incluir a los berones, sino también por muchos pueblos germánicos. Hay quien dice que antes de levantar este estanque, ya practicaban ese tipo de ceremonias en las lagunas próximas a Laguardia. ¿No te parece bonito?

—Sí, claro —respondió Ander.

Observó a Lucía. Aquella chica le caía bien. A pesar de la tristeza que destilaba su mirada, algo le decía que su alma era transparente. Tal vez fuera la dulzura con la que las palabras brotaban de sus labios menudos. Quizás fuera su lenguaje corporal, que mostraba una cadencia tranquila, sosegada, como si cada uno de sus gestos se dejara mecer por el vaivén suave del aire.

Presentía que era una mujer sensible y con el corazón enorme. Incluso su aspecto e indumentarias ligeramente grotescos, con ropa más propia de una persona aficionada al montañismo, y un peinado que Ander ya había visto en otras mujeres de la zona, cobraban en ella otra dimensión, transformando su ruda fachada en una fina carcasa de porcelana que se rompía en mil pedazos en cuanto comenzaba a hablar. Estuvieron hablando con ella veinte minutos más hasta que les anunció que se tenía que ir a Lacaverna. Al escuchar aquel nombre, Ander se quedó paralizado y apenas fue capaz de articular dos palabras para despedirse de ella. Miró a Hubert, que parecía divertido con la situación.

—Lucía es la prima de David. Seguramente hayas oído hablar más de su hermano, Adrián.

—Pero... ¿ella sabe que tú...?

—Sí, claro. Claro que sabe que soy el tío de David. Como te decía, no todos los miembros de estas familias nos dejamos arrastrar por el odio milenario que se supone hemos de tenernos los unos a los otros.

—¿No le habrás dicho a Lucía que David está ahora viviendo en casa de Ruud, verdad?

—No, tranquilo. Se lo prometí a David. Tampoco le he dicho que tú es su pareja. Aunque te aseguro que no me creería. Pensaría que le estoy tomando el pelo.

—Lo dices porque antes David estaba con una chica, Anne...

—Anne Wellington, sí. Yo no llegué a conocerla, pero creo que estuvieron varios años juntos antes de que David regresara de Inglaterra. Lucía me dijo una vez que David y Anne habían visitado a su tía Sabina en Lacaverna, y que Sabina la había puesto a parir cuando le contó aquel encuentro a Concha, la madre de Lucía. Que si Anne era una interesada, que si era una buscona, que si solo le interesaba sacar provecho del patrimonio de los Elguea, que si David era un ingenuo, que si era un mujeriego que no daba pie con bola... Creo que no se imaginan ninguna de ellas que David también... ya me entiendes...

—Sí, te entiendo —contestó Ander, algo molesto por el tono jocoso de Hubert.

—Y ahora dejémonos de secretos familiares y vayamos a ese restaurante, que me muero de hambre.

20.

“Jon Arkaute es un fantasma”.

Un tirón. La mujer sonriendo tratando de aligerar la carga emocional que su cliente más especial ha traído a la sesión de esa tarde.

“Jon Arkaute es un fantasma”.

Otro tirón. Un ligero acobardamiento, como si temiera haberle hecho más daño del habitual. Él se revuelve sobre la camilla y arruga la sábana de papel desechable que ella ha colocado minutos antes de que él entrara en la sala. ¿Debería hablarle? ¿Debería preguntarle qué le pasa? Algo le ocurre. Hoy está más raro que otras veces. Hay algo oscuro que pesa demasiado en su alma, como si una idea obcecada le estuviera reconcomiendo por dentro. Como si una serpiente invisible le hubiera mordido sin darse cuenta y ahora ya fuera demasiado tarde para aplicar el antídoto. Un nuevo tirón.

“Jon Arkaute es un fantasma”.

Ella le unta más cera, esta vez en el área de su piel más cercana a sus genitales, sobre la parte interna del muslo de su pierna izquierda. Le da unos pequeños golpes con la punta de los dedos para acelerar el proceso de solidificación. Pero de repente él gira la cabeza y la mira. Ella se queda quieta. La energía negativa que han desprendido sus ojos le ha helado la sangre. ¿Qué debería hacer?

—Más caliente —le pide él.

—Pero señor, son las normas. Por seguridad no puedo subir más la temperatura a la cera.

—He dicho que más caliente. ¿Qué parte de esa frase no entiendes?

—Quizá debería hablar con la encargada. Yo me puedo meter en un lío si le provoco alguna quemadura.

—¿Qué te parecen cincuenta euros de sobresueldo por esta hora de trabajo? Creo que son más que suficientes como para convencerte.

Ella le mira tentada por la oferta. Se arriesga a que la despidan si algo sale mal, pero su niño necesita unas zapatillas nuevas. La decisión está tomada. Con cuidado le retira la cera ya fría y sube la temperatura del dosificador. Espera no pasarse demasiado y tener que llamar a una ambulancia. Tras unos segundos, la extiende con cuidado sobre el muslo. Él realiza un aspaviento y, por un instante, está a punto de pedirle que pare. Pero no lo hace. Necesita sentirlo. Necesita sentir ese dolor. Necesita sentir la sensación liberadora que lo acompaña. Necesita encontrar la paz una vez todo haya pasado. La mujer parece dudar pero, finalmente, arranca con cierta agresividad el ungüento y el sufrimiento sobreviene. Es insoportable. Pero él lo necesita. Ha encontrado esta manera de volver a encauzar los desbordamientos anímicos a los que le tiene acostumbrado su alma desde aquel campamento de verano al que acudió cuando tenía once años. En un momento todo ha terminado. La mujer remata el resto de la depilación con prisa. Está

deseando acabar y marcharse a casa. Y decirle a su hijo que el sábado comprarán zapatillas nuevas. Él se queda solo en la habitación. Desnudo. Únicamente cubierto por el *boxer* blanco que cubre sus partes íntimas. Siempre usa el mismo tipo de ropa interior y el mismo color. Así es más fácil todo.

Se incorpora y comienza a vestirse. Respira aliviado. Ahora se siente mucho mejor. *Ama* no tiene ni idea de sus aventuras depilatorias y es mejor así. No lo entendería. Termina de anudarse los cordones de los zapatos, paga la cuenta, no sin antes entregarle el billete extra de cincuenta euros que le había prometido, y sale a la calle. Comienza a andar tranquilo, se siente ligero y de buen ánimo. Pero su paz interior enseguida se turba de nuevo. Aquel pensamiento que ha estado ocupando su mente durante los últimos días vuelve a enturbiar su paz interior. Maldice en voz baja a aquel hombre que ha aparecido de la nada y que, sin saber muy bien por qué, ha alejado a Consuelo de él, por muy raro que parezca porque, en realidad, jamás ha llegado a tener contacto directo con ella.

“Jon Arkaute es un fantasma.”

Habían pasado varios días desde que había descubierto a aquel hombre siguiendo a Consuelo en el cementerio. Más que siguiéndola, persiguiéndola. Eran palabras muy similares, pero la segunda ostentaba un cariz intimidatorio, en cierta forma agresivo, de la que carecía la primera. Jon Arkaute perseguía a Consuelo con mala intención. No tenía pruebas. Tan solo un ademán, el aparente gesto de él tratando de desenfundar un arma cuando estaba a punto de alcanzarla. Pero aun así estaba convencido de su intuición. Además, por si no fuera suficiente, no había conseguido descubrir apenas nada de él. Jon Arkaute era un fantasma. No había logrado averiguar nada en los archivos policiales ni en las bases de datos de las administraciones públicas a las que había podido acceder. Por desgracia, había demasiadas personas con ese nombre y apellido, pero ninguna de las que había investigado coincidía con lo poco que sabía de él, que era más bien poco. Tan solo sabía que vivía en un apartamento en Getxo y que tenía una moto y un coche. La casa no constaba a su nombre, sino que era titularidad de Sofía Arrizabalaga, la misma anciana que poseía varios pisos colindantes con la misteriosa librería-cafetería del casco viejo donde había visto entrar a Consuelo el día que la conoció. Además, ese hombre tenía la irritante habilidad de escabullirse y desaparecer cuando le venía en gana. A diferencia de Consuelo, le había sido extremadamente difícil seguir sus pasos. Tenía la sensación de que había sido entrenado para escapar del control de posibles observadores no deseados. Desde luego, no había vuelto a verle reunirse con Consuelo, lo cual, en sí, era una buena noticia. La mujer seguía con su rutina diaria de visitas eucarísticas y tardes de lectura en la biblioteca, aunque en los últimos días había acudido al cementerio de Bilbao varias veces, más de lo que cualquiera podría considerar como normal. La primera vez que la había seguido hasta allí Consuelo había visitado la tumba de un tipo llamado Tomás Benguría que, aparentemente, no tenía conexión profesional ni familiar con ella. Lo cual implicaba casi con toda seguridad que aquello que los relacionaba era de tipo personal. Según había averiguado, Tomás Benguría se había suicidado el año anterior, tras precipitarse desde una de las plantas superiores del edificio que ocupaba una empresa holandesa en el centro de Bilbao, llamada Artechnia. Era el jefe de prensa. Su exmujer y su madre habían sido asesinadas al poco tiempo. La policía había detenido al sospechoso de estos dos crímenes, un tal Ismael García, un antiguo traficante de drogas que hasta el momento de su arresto era uno de

los jefes de seguridad de la compañía. Un turbio asunto relacionado con el trapicheo de cocaína. Esa era la conclusión a la que había llegado la instrucción judicial aunque, desafortunadamente, el detenido había fallecido al poco tiempo y el caso había entrado en vía muerta. ¿Qué tenía que ver Consuelo con aquel empleado de Artechnia? ¿Cómo una mujer beata y conservadora como ella conocía a un hombre metido hasta el fondo en un asunto de drogas? Estaba claro que Consuelo ocultaba algo. Había demasiadas aristas en la vida aparentemente aburrida de aquella mujer que le hacían desear aún más conocerla.

Algo aturdido aún por el dolorido recuerdo de su sesión de depilación del día anterior, Aimar Errakamendi comenzó una nueva jornada de seguimiento a la enigmática Consuelo. Tras desayunar en una cafetería ubicada en el barrio de Basurto, ella se dirigió hacia la estación de autobuses pasadas las nueve y media de la mañana. El *ertzaina* decidió arriesgar y se montó en el mismo vehículo que ella. Por seguridad, dejó entre ambos varias filas de asientos. Una cosa era ser osado y otra un cabeza loca. Consuelo se situó justo detrás del conductor y colocó sobre su regazo la bolsa de tela que llevaba colgada al hombro. Se trataba de una artesanía mexicana que ya le había visto en otras ocasiones. Aunque tal vez fuera una imitación. Debía de pesar bastante lo que quiera que hubiera dentro, porque la sujetaba con ambas manos como temiendo que cayera al suelo. Él optó por un asiento ubicado de espaldas al chófer, en la parte posterior del autobús, junto a la puerta trasera. Iba disfrazado con un chándal gris, una gorra con visera y unas enormes gafas de sol. Si *Ama* lo hubiera visto en ese momento probablemente no lo hubiera reconocido. Al llegar al camposanto miró hacia atrás para confirmar que Consuelo se bajaba por la puerta central y solo entonces él hizo lo mismo por la situada en la cola. Al pisar suelo, sacó el móvil del bolsillo y fingió que llamaba a alguien mientras esperaba a que ella se alejara. Junto a ellos, seis pasajeros más, la mayoría mujeres y hombres de avanzada edad, descendieron y se dirigieron hacia el cementerio. Siguió a Consuelo varios metros por detrás, parándose de vez en cuando junto a alguna de las tumbas mientras leía los epitafios. Era esencial que ella no intuyera siquiera que estaba siendo observada. En esta ocasión Consuelo pasó de largo junto a la tumba de Tomás Benguría y avanzó en dirección a la capilla donde descansaban los restos mortales de Begoña Argenta, su marido y su hijo. Introdujo la misma llave que la vez anterior y accedió cerrando la puerta tras de sí.

Aimar observó detenidamente las estatuas de los ángeles que custodiaban la entrada. La primera vez que los había visto le habían causado cierta incomodidad, como si en realidad aquellas esculturas hubieran sido dispuestas para vigilar a cualquier intruso no deseado. Era asombrosa la destreza del artista que las había moldeado. Aquellos dos seres sobrenaturales parecían estar dispuestos a abalanzarse sobre quien hiciera falta en caso de que fuera necesario. Aunque, a fuerza de haberlos visto varios días, ya no le causaban la misma impresión, se fijó en algo en lo que no había reparado hasta ese momento. Los cabellos de ambos aparecían recogidos en la parte de atrás de cada cabeza anudados con una maravillosa rosa esculpida con sumo detalle. No recordaba haber visto nunca un ángel con un adorno capilar similar. Dio un rodeo a la capilla, dejando un margen de seguridad de dos metros de diámetro, por si Consuelo salía al exterior para que le diera tiempo a ocultarse detrás de una de las tumbas. Cuando tuvo a los ángeles más cerca contempló la grandiosidad de las dos rosas. Pero lo que más le llamó la atención era que en la parte superior de la espalda, justo en la zona donde los cabellos de los dos

seres mitológicos dejaban entrever los ropajes desde donde brotaban las alas, dos extrañas figuras de lo que parecían ser dos candelabros judíos aparecían talladas como si formaran parte de las túnicas. El querubín situado a la izquierda tenía esculpida su respectiva *menorá* girada en dirección a la de su compañero, y la del ángel de la derecha estaba orientada asimismo hacia el otro candelabro. De este modo, los extremos de los seis brazos curvilíneos y el recto situado en el centro de cada lámpara parecían querer alcanzar las puntas de la de la otra. Era muy extraño que aquel símbolo de la religión judía apareciera tallado en un cementerio cristiano. Había que agudizar la vista bastante para percibir aquellos dibujos desde la distancia. La belleza de la obra volvió a deslumbrarle. Durante unos segundos logró hacerle olvidar su objetivo y no se dio cuenta de que Consuelo acababa de salir del panteón. Sin darle tiempo a reaccionar, las miradas de ambos se cruzaron durante un instante. El corazón comenzó a latirle con fuerza. “*Mierda. Me ha visto. La has fastidiado, Aimar.*”

Trató de no perder los nervios y no mostrar ningún signo de sorpresa. Ella continuó su camino como si nada. Respiró aliviado. Tan solo habían sido un par de segundos. Probablemente ella ya había olvidado su rostro. Se felicitó a sí mismo por haberse disfrazado de aquella manera esa mañana. De lo contrario toda la misión podía haberse ido al traste. No podía permitirse el lujo de que ella se diera cuenta de que la seguía. La vio alejarse hacia la puerta del recinto. Aimar estaba incómodo. No solo por el hecho del error que acababa de cometer, sino porque tenía la sensación de que había ocurrido algo en aquel lapso de tiempo. Algo había cambiado en la mujer que había visto entrar a la capilla y la que había salido minutos después. Se sentó en un banco incapaz de concentrarse. Su instinto le aseguraba que no se equivocaba en su intuición, pero no sabía de qué se trataba exactamente. Finalmente decidió irse. Era absurdo perder el tiempo de aquella manera.

Poco antes de cruzar la valla que delimitaba el camposanto, supo de qué se trataba. Estuvo a punto de pegar un grito por la emoción pero finalmente pudo retener el impulso, aunque unas gotas de orina humedecieron levemente su ropa interior. Casi corriendo, volvió a adentrarse entre las lápidas. Llegó a la cripta y, fuera de sí, sacudió violentamente la puerta. Un hombre se le acercó.

—Perdone, caballero. ¿Tiene usted algún problema con ese panteón?

Aimar se dio la vuelta y se encontró a uno de los vigilantes de seguridad que, con cara de pocos amigos, trataba de averiguar a qué se debía aquel escándalo auditivo.

—No, perdone. Ya me iba. Solo ha sido un arrebato —trató de justificarse.

—Me parece bien que se vaya usted ahora mismo —le dijo el hombre—. Esto es un lugar de paz y remanso. No queremos poligoneros ni gente rara. Ni mucho menos mangantes. No será la primera vez que alguien intenta asaltar una de estas criptas.

—Oiga, ¿usted se piensa que yo...?

—Váyase o llamo ahora mismo a la policía —le ordenó.

—Está bien, está bien, me voy.

“*Maldito gilipollas. Se ha pensado que era un simple ladrón. Habráse visto. Con esa cara de lameculos que parece que solo tiene neurona y media en el cerebro.*” Mientras se dirigía

rápidamente hacia el exterior Aimar Errekamendi volvió a quejarse de lo injusto que era el ser humano para con sus semejantes. De nuevo, había tenido un encontronazo por culpa de una primera impresión equivocada. Aunque, a decir verdad, quizá hubiera ocurrido lo mismo si no hubiera llevado puesto aquel disfraz absurdo. La gente tendía a juzgarle de manera negativa, como si no fuera capaz de crear la más mínima empatía en los demás. Toda su vida desde aquel fatídico campamento de verano había transcurrido de esta manera así que estaba más que acostumbrado.

Se montó en un taxi y se quitó la gorra y las gafas de sol. Sacó su móvil y buscó en Internet los horarios de apertura del cementerio. ¡Cómo no se había dado cuenta antes! La bolsa. La clave estaba en la bolsa de tela con motivos mexicanos que llevaba Consuelo durante el trayecto en autobús. Había salido de la capilla sin ella. Quizás la llevaba arrugada metida en algún bolsillo de su chaqueta pero el caso era que lo que quiera que transportara en ella se había quedado en el interior del panteón. Revisó las instantáneas que le había sacado días atrás, durante las otras visitas al camposanto y confirmó sus sospechas. En varias de ellas Consuelo llevaba la misma bolsa que, misteriosamente, desaparecía en las fotos tomadas después de haber abandonado el sepulcro. Ahora entendía sus visitas asiduas al cementerio. Consuelo estaba escondiendo algo en el pequeño mausoleo de Begoña Argenta. Volvería una noche, cuando no quedaran dentro más almas que las de los que allí había sepultados, y accedería al interior. Solo esperaba no volver a encontrarse con aquel miserable vigilante de seguridad. Aunque, a decir verdad, lo que realmente temía era perturbar aquella especie de guardia sobrenatural a la que estaba sometida la capilla por parte de aquellos enormes ángeles. Y más a esas horas.

21.

David Vanner regresó junto a su padre un poco después de las diez de la noche. Eran ya varias las jornadas que durante los últimos meses habían pasado visitando los diferentes negocios que Ruud Vanner tenía en La Rioja, Navarra, Madrid y Asturias. David parecía emocionado por estar recuperando el tiempo perdido con el hombre que le había dado la vida y Ander estaba feliz por ello. No obstante, había algo que no acababa de comprender del todo. Sí, era cierto que Ruud le había ofrecido a David formar parte de su imperio empresarial y que esa era una oportunidad que David no podía permitirse el lujo de rechazar, ahora que su futuro en Artechnia era más incierto que nunca. Pero le resultaba extraño que David hubiera pasado página tan rápido, como si todo el sufrimiento que le provocó la ausencia voluntaria de Ruud durante toda su infancia se hubiera esfumado en un segundo. Mientras David le hablaba de una de las compañías en la que su padre estaba barajando colocarle, Ander quiso averiguar hasta qué punto David se había integrado dentro del pequeño cosmos familiar que Ruud y Hubert Vanner habían creado en aquel chalet.

—¿Quién es Jacobus Vanner? —le preguntó. David hizo como que no le había oído y continuó colocando la ropa de la maleta en el armario de la habitación. Al cabo de un rato, tras haber formulado hasta dos veces más la pregunta, Ander obtuvo a su vez otra interrogante como respuesta.

—¿Por qué quieres saberlo?

—No sé, creo que es alguien importante para tu padre. Tiene varios libros escritos por él en uno de los despachos de la casa. Pero no uno ni dos. Yo creo que conté más de veinte. Me dio la sensación de que estaban colocados a propósito a desmano en la parte superior de las estanterías. Para que no fuera fácil acceder a ellos.

—Ruud tiene cientos, quizás miles de libros repartidos por la casa y por todas sus propiedades. No sé a qué viene ese interés tuyo por Jacobus Vanner—. A David le costaba todavía referirse a Ruud como su padre.

—Tú me dirás. Agujeros negros, física cuántica, universos paralelos, viajes en el tiempo... Creo que a tu padre le gustan un poquito estos temas. ¿No te parece?

—Ruud es un hombre muy culto. Además de neerlandés y castellano, habla flamenco, inglés y alemán. Y por lo que me ha comentado no es el único de los Bechs al que le gusta cultivarse.

—Espero que no incluyas a William Dik en el mismo saco.

—No. Me parece a mí que ese indeseable no entiende de cultura. Bueno, no entiende de nada. Como mucho de matar a tías inocentes.

—¿Tu padre le conoce?

—Dice que le ha visto en alguna reunión familiar, pero no ha coincidido mucho con él. De todas formas, debe de ser considerado como una oveja negra dentro del linaje. Muchos no le siguen perdonando que por culpa de aquel asesinato en los años noventa, estuvieran a punto de salir a la luz las creencias ancestrales de la familia.

—¿Qué ha sido de él?

—Sigue en Holanda. Cuando consiguió superar la fase crítica en el hospital, Suzanne Bechs movió los hilos para trasladarlo a una clínica holandesa dirigida por un primo lejano. Debe de seguir vivito y coleando, y, según parece, mucho mejor de lo que podría esperarse.

—Me parece increíble que haya conseguido salvar la vida después de lo que le pasó. ¿Cuántas puñaladas le dieron? ¿Diez?

—Fueron menos, pero aun así, sí que hay que reconocer que ha tenido suerte el cabrón. Al parecer, se han debido de gastar una millonada en el tratamiento para conseguir que vuelva a llevar una vida más o menos normal. Con la situación actual de Artechnia, te puedes imaginar el cariño que le puede tener ahora mismo Suzanne Bechs a su sobrino.

—Seguro que mucho menos que el cariño que tu tía Sabina te tiene a ti.

—¿Cariño?

—Tu tía será una manipuladora, pero es evidente que te quiere, David. Si no, no habría hecho todo lo que ha hecho por ti. A su manera, pero te quiere.

—¿A ti te parece normal que me haya ocultado en qué circunstancias murió en realidad mi madre? ¿O que jamás me haya dicho que siendo yo un crío Ruud siguió viéndome a escondidas, gracias a la ayuda de mi tía Concha?

—No la juzgues a la ligera. ¿Has hablado de esto con ella?

—¿Que no la juzgue? —David elevó el tono de su voz. Le habían molestado las palabras de Ander—. Lo único que ha querido siempre es tenerme el cerebro completamente lavado con tanta gilipollez de dioses antiguos y supersticiones más propias de una demente. Ruud se alejó de mí, eso es cierto, pero, aunque no comparto su decisión, ahora entiendo un poco mejor por qué me abandonó cuando murió mi madre. Me echó la culpa de su muerte. Según él fui yo el que atrajo a esa mujer cuando nació. Fue esa anciana la que trató de matarle a él tirándole desde la peña del León Dormido.

David le había explicado el episodio de la muerte de su madre, cuando una misteriosa anciana había tratado de tirar montaña abajo a Ruud y María Elguea se había interpuesto entre ellos para salvar al padre de su hijo, acabando despeñada.

—Ya. ¿Y esas razones te parecen aceptables? Entiendo que amara a tu madre con locura, pero ¡tú eras su hijo! Su amor por ti debería haber estado por encima de cualquier otra cosa. Además, ¿quién es esa mujer que intentó asesinarle? ¿por qué dice que tú la atrajiste al nacer?

—Supongo que sería alguna pariente lejana de mi tía. O quizá de mi abuela Véspero. He intentado que Ruud me diga de una vez quién narices era esa mujer, pero no ha habido manera. Es como si le tuviera miedo al simple hecho de mencionarla.

—Creo que deberías hablar con Sabina. Si al menos tienes los dos puntos de vista, podrás juzgar mejor quién lleva la razón en todo esto. Además, de paso, le podrías pedir consejo sobre ese insomnio tuyo.

—¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver ahora mi insomnio con lo que estábamos hablando? —preguntó airado David.

—Lo siento, pero me preocupo por ti.

—Pues gracias, pero no hace falta que te preocupes. Para eso están los somníferos.

—Pero ¿por qué no quieres hablar del tema? Es que no lo entiendo —Ander se acercó y se colocó a medio palmo de su cara—. Cada día te tomas más pastillas y lo peor es que sé que apenas pegas ojo.

—Ya te he dicho mil veces que es algo muy común en mi familia. Estoy más que acostumbrado. Déjame en paz, por favor —intentó zanjar David alejándose hacia la puerta del cuarto de baño. Ander le siguió hasta allí.

—¿Me vas a decir que es casualidad que parte de tu familia materna tenga esta extraña variante de insomnio y que tu padre tenga en su biblioteca varios libros dedicados al tema? Entre ellos uno de Jacobus Vanner, por cierto.

David miró su propio reflejo en el espejo del tocador. Parecía aturdido ante las palabras de Ander, como si estuviera esperando a que este dejara de hablar y se olvidara del tema.

—En ese libro, Jacobus Vanner afirma que el ser humano, todos nosotros, vivimos inmersos en un plano de la realidad en el que se cruzan otras capas. Llámalo el espacio-tiempo, universos paralelos, o lo que sea. Pues bien, sostiene que desde siempre ha habido personas que eran capaces de percibir los agujeros que se producían regularmente en esos planos de la existencia y, debido a ello, experimentar visiones sobre el futuro, el pasado, u otros mundos. Normalmente esas personas clarividentes son capaces de controlar esas vivencias, pero a veces se dan casos en los que el sujeto termina padeciendo un insomnio permanente con espantosas alucinaciones.

—¡Cállate! —gritó repentinamente David dando un golpe con su puño sobre el cristal. Una pequeña grieta asomó por la esquina superior derecha del vidrio y comenzó a abrirse paso cruzando en diagonal hacia el centro de la superficie. Por suerte el espejo no se resquebrajó. Ander, lejos de asustarse, volvió a situarse a escasos centímetros de él. Sabía que el asunto del insomnio le estaba haciendo sufrir. Desde detrás, lo abrazó con fuerza, intentando transmitirle calma y tranquilidad. David se dejó hacer y pareció relajarse. Ander aprovechó para apoyar su cabeza sobre la parte superior de la espalda de David. Con un susurro apenas perceptible, le dijo lo que llevaba tanto tiempo tratando de comunicarle.

—Te quiero —dijo mientras tragaba saliva. Tenía la garganta reseca. Era la primera vez que se mostraba tan sincero con David. No podía creer que acabara de pronunciar esas dos palabras —. Quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea, tanto para lo bueno como para lo malo. Si no quieres contármelo, no pasa nada, no te voy a agobiar. Pero no quiero que te lo guardes para ti solo por el hecho de que no quieras preocuparme. Con todo el tema de Manu yo me abrí a ti y te confesé todo porque sentí esa conexión contigo. Me gustaría que tú sintieras la misma confianza conmigo. En cualquier caso, tenía ya ganas de decírtelo. Igual no es el momento más adecuado, pero bueno, estas cosas no se planean.

David le apartó suavemente liberándose de su abrazo. Se volvió hacia él y sujetándole por la nuca, lo besó. Ander le correspondió, y durante unos segundos, se sintió el hombre más feliz del planeta.

—Yo también te quiero —le dijo al fin. David sintió una energía arrolladora desbordándose por los poros de su piel, como si aquella confesión le hubiera llevado a alcanzar un estado superior de conciencia. Aunque se había resistido durante un segundo a pronunciar aquella frase, enseguida había llegado a la conclusión de que no había tiempo que perder. Era lo que sentía. Y no tenía miedo de decirlo. Al contrario. —No soy muy dado a decir estas cosas así que espero que no me pidas que te lo repita muy a menudo —sonrió—. Ven, siéntate en la cama.

Ander le siguió hasta el lecho con la incertidumbre de no saber si había hecho bien en insistir para que se lo contara. Dependiendo de lo que le fuera a contar, las cosas podían no volver a ser como hasta ese momento.

—Se llama “Síndrome del Insomnio Familiar Fatal”. Suena bastante mal, ¿no te parece? — trató de bromear—. Lo cierto es que a mí ya no me impresiona tanto el nombre.

—Pero... ¿qué significa lo de “fatal”? ¿Tan grave es?

—Bueno, sí. Para qué te voy a mentir. Es una enfermedad hereditaria. Aunque su origen es bastante misterioso y hay bastantes dudas acerca de las causas, parece que el problema reside en una mutación que portamos todos los que la padecemos. Se está haciendo algún ensayo clínico para preparar un fármaco que sea lo suficientemente potente, pero no es fácil la cosa.

—¿Por qué?

—Porque muchos de los miembros de las familias que históricamente han portado la mutación no quieren hacerse las pruebas, prefieren no saber nada hasta que llegue el momento. Además, te puedes imaginar el coste de la investigación. Somos muy pocas familias las que padecemos esta enfermedad.

—El problema entonces es que es una enfermedad rara —dijo Ander sintiéndose estúpido por no ocurrírsele nada mejor que decir.

—Y tan rara. Menos de cincuenta familias en todo el mundo. En el sur de Europa el protagonismo nos lo llevamos cinco familias italianas y unas doce o trece de Navarra y el País Vasco. Al parecer mi familia es una de ellas.

—¿Y no se puede hacer nada para detener el curso de la enfermedad?

—Nada. Tarde o temprano las alucinaciones serán tan continuas y el cansancio mental será tan grande que probablemente entraré en coma y moriré. No suele durar más de unos meses. Unos pocos años en los mejores casos. A mi tía Sabina le pasa lo mismo.

Ander no sabía cómo continuar la conversación. Él había insistido en que se lo contara y ahora se preguntaba si había hecho bien. Sentía unas ganas terribles de llorar, como si el corazón le fuera a estallar de dolor en cualquier momento. Pero no quería mostrarse así ante David.

—Seguro que hay algo que se pueda hacer. Una pequeña esperanza. ¿No hay nadie que haya superado la enfermedad aun teniendo los síntomas?

—Mi abuela Véspero sin ir más lejos. Empezó a sufrirlos hace años y aún vive. Pero mira en qué condiciones. Está pero no está. Vive en una especie de trance continuo.

—Quizás deberían estudiarla. Es una muestra clara de que de alguna forma se puede detener el avance de la enfermedad. ¿Nunca la habéis llevado a especialistas?

—Mis tías se dejaron un dineral llevándole a varios de los médicos más reputados, pero sin ningún resultado. Al final, lo dejaron por imposible.

—¿Tu tía Sabina sabe que a ti también te está pasando?

—No. Pero te puedo asegurar que si se lo dijera no me serviría de mucha ayuda.

—¿Por qué no? Quizás podría ser una manera de acercarte a ella. ¿Es que no la vas a volver a hablar nunca? Te recuerdo que fue ella quien te crio. ¿Qué mal puede hacerte hablar con ella?

—Sabina cree que esto no es una enfermedad sino un regalo divino.

—No entiendo.

—“El don de la vigilia”. Así lo llama. Así lo han llamado mis antepasados desde hace siglos. En nuestra tradición familiar, se considera que quienes sufrimos este mal somos una especie de bendecidos por los dioses antiguos, y estamos predestinados a ocupar un lugar especial como servidores de las Madres. Suena todo bastante a secta, ¿verdad?

—¿Las Madres? ¿A qué te refieres?

—Los portadores del don de la vigilia eran elegidos en la época de los berones como miembros del cuerpo de seguridad de un grupo de sacerdotisas que guiaban al pueblo en el ámbito espiritual. Las Madres. Mi tía Sabina piensa hoy en día, en pleno siglo XXI, que yo soy uno de esos centinelas y estoy llamado a perpetuar ese legado ancestral. Es de locos.

—Pues a mí me parece muy bonito —dijo Ander—. ¿Es que no te das cuenta? Da igual si son cuentos y leyendas. Lo importante no es eso. Lo importante es que tu tía te quiere, quiere que sigas formando parte de su familia y continúes con vuestras tradiciones. Ojalá mis padres tuvieran la décima parte de la consideración que tu tía Sabina tiene contigo. A mí, al contrario. Me repudiaron como a un perro cuando descubrieron que era gay.

—Me da mucha pena que te hicieran eso, Ander. Al menos tienes a tu hermana de tu lado. Pero es que tú no puedes entenderlo porque no sabes lo que es estar sometido durante años al influjo de Sabina. Esa mujer es capaz de absorberle el cerebro a cualquiera. Le encanta tenernos a todos a su servicio, bajo control, haciendo exactamente lo que ella quiere. Ya conseguí escapar una vez de ella, pero siempre termina arreglándoselas para volver a tenerme de su lado. Y lo que es más, contándome mentiras o medias verdades según le conviene. No le voy a perdonar jamás que no me contara la verdad sobre la muerte de mi madre ni las visitas a escondidas de mi padre cuando yo era pequeño, a pesar de la oposición de ella.

—Pues creo que lo de tu abuela Véspero no deberías dejarlo de lado. Tal vez en ella reside el secreto a la solución a este insomnio que padecéis. Y quizás en esos libros de Jacobus Vanner haya alguna idea, algo que nos lleve a dar con una solución. ¿Has hablado con Ruud de esto? Si él tiene esos libros, es porque quizá haya investigado sobre el tema.

—Déjalo, Ander. En serio. No hay solución a esta condena. No la ha habido nunca, desde hace siglos. No le digas nada ni a Ruud ni a Hubert, no saben que la enfermedad se ha activado en mí. Lo que me queda de vida quiero pasarla con mi padre. Estoy recuperando el tiempo perdido. Me está enseñando un montón de cosas y no quiero preocuparle. Me da rabia porque ahora voy a ser yo el que le abandone para siempre, pero es lo que hay.

—¿Nadie más lo sabe? Tu ex, Anne, ¿sabía lo que te pasaba? —preguntó Ander. Se estaba arriesgando al plantear ese interrogante, sabía que a David le costaba hablar de su pareja anterior, Anne Wellington. El sentimiento de culpa asomaba cada vez que ella surgía en una conversación. David le había confesado que había sido injusto y no se había portado bien con ella, que se arrepentía de no haberle contado más acerca de su vida.

—No, a Anne tampoco se lo dije nunca. Me insistió varias veces con el tema de ser padres, pero yo siempre trataba de esquivar el tema. ¿Cómo voy a ser padre yo? No condenaría a mi hijo jamás a pasar por lo que yo estoy pasando. Mira Ander, no sé si serán dos meses o cinco años, pero quiero vivir lo que me queda sin causar más preocupación a nadie. Siento de verdad habértelo contado. No tengo derecho a amargarle la vida a nadie.

—No seas tonto. No me amargas. Al contrario. Muchas gracias por contarme algo tan personal y por confiar en mí —dijo Ander tratando de disimular el desconsuelo que le corroía las entrañas en ese momento—. Eres la ostia, David Vanner. Quién te ha visto y quién te ve.

Ander intentó convencer durante veinte minutos más a David para que explorara otras vías de investigación en busca de una posible alternativa a ese desenlace mortal que le aguardaba. Pero no lo consiguió. Él se cerró en banda. “*Olvidemos el tema*”, le insistió. Ander le prometió que así lo haría, pero en su fuero interno sabía que ese juramento iba a caer en saco roto más pronto que tarde. Aunque no consiguiera nada, tenía que intentarlo. No podía permanecer impasible ante esa maldita enfermedad. Amaba a David. Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar que muriera de esa manera.

22.

La residencia de personas mayores “El buen amigo” estaba situada a las afueras de Pamplona, muy cerca de la Universidad Pública de Navarra y rodeada de bloques de viviendas de reciente construcción. Se trataba de un viejo caserón que en el pasado había recibido otros usos, muchos de ellos también relacionados con la hospitalidad. Erigida como casa de verano por una familia aristócrata del siglo XIX, fue abandonada a principios de la década de 1920, cuando pasó a engrosar el patrimonio de una familia de prestamistas, que pudieron cobrarse con el inmueble una deuda. En los años cuarenta albergó un hospicio que acogió a muchos niños y niñas que habían quedado huérfanos en la guerra civil. Más tarde, ya entrada la década de los sesenta, y tras una espectacular reforma, se convirtió en uno de los balnearios más lujosos de la ciudad, hasta que la empresa propietaria quebró y el edificio fue de nuevo abandonado. En los noventa, un banco suizo se hizo con él y, tras varios intentos de instalar un hotel de cinco estrellas, finalmente el proyecto fue desechado y fue vendido a un grupo inversor que lo transformó en una bonita residencia para la tercera edad. Desde entonces, numerosas personas de familias acomodadas habían residido y fallecido allí, entre sus paredes decoradas con oscura madera de roble.

Mechero había encontrado la dirección en un artículo de una revista especializada en arqueología publicada en 2010. Una periodista se había interesado por una de las residentes más célebres de aquel lugar, Margarita Toledo, que había caído en el olvido tras haber sacado a la luz una serie de artículos que en su día la doctrina calificó como ridículos y sin rigor científico alguno. Exactamente tal y como les había explicado el padre de Calíope cuando visitaron la isla de Eubea. Itziar Azurmendi, la reportera, creía que, en realidad, una mano negra había diseñado y puesto en práctica una meticulosa campaña de desprestigio que había arruinado la carrera de la arqueóloga, a la que acusaban de no estar plenamente en sus cabales. Tras haber conseguido dar con ella, comprobó que Margarita Toledo había ido a parar al asilo en 2005.

Mientras llegaban al lugar, Anne Wellington releyó la entrevista una vez más.

—Señora Toledo, me alegro de haberla encontrado. Yo también estudié arqueología antes de empezar a ejercer como periodista y descubrí sus publicaciones casi por casualidad. Déjeme decirle que es totalmente injusto que una eminencia como usted acabara denostada de esa forma. La admiro profundamente.

—Muchas gracias, hija. Me alegro de que las nuevas generaciones sepan apreciar el trabajo de las que las precedimos.

—No hace falta dar las gracias, señora. Cualquiera con dos dedos de frente sabe valorar lo que usted descubrió. Me resulta increíble que esto no supusiera una revolución a nivel mundial.

—Cuando te enfrentas a los poderosos siempre corres el riesgo de que tu trabajo les haga perder posiciones. Y más con un asunto tan delicado. Y si eres mujer ya ni te cuento. No es de mi agrado tener que reconocerlo, pero el hecho es que fue así. La mayoría de mis colegas se referían a mí con un aire de condescendencia que para qué contarte. Yo siempre digo que cuando un profesional se refiere a ti llamándote por tu nombre de pila y no por tu apellido es que, en el

fondo, no considera que estés a su altura. ¿Te parece normal que en los artículos que publicaron para contrarrestar mi descubrimiento me llamaran Margarita, a secas? Margarita ha perdido la cabeza, Margarita no entiende lo más mínimo del procedimiento científico, Margarita esto, Margarita aquello... Con un hombre jamás se hubieran referido a él de esa manera, sino que hubieran empleado su nombre y apellido, o solo su apellido. En fin, el caso es que lograron lo que pretendían. Que mi carrera acabara de manera fulminante.

—No sabe cuánto lo siento, señora Toledo. Me parece totalmente injusto. ¿No ha pensado en relanzar sus investigaciones ahora que ha pasado un tiempo?

—No hija, ya estoy muy vieja y no tengo fuerzas para eso. Prefiero dedicarme a leer y seguir viajando por el mundo, aunque sea de manera imaginaria con mis libros.

—Señora Toledo, si no le hago la pregunta, no me puedo ir tranquila.

—Adelante, joven.

—¿Cree usted que es posible? ¿Cree usted en la existencia de una especie que se nos ha pasado por alto?

—No me cabe la menor duda.”

Mechero ayudó a bajar del coche a Anne. A regañadientes, ella aceptó su ofrecimiento. Lo cierto era que se sentía tremendamente cansada esa mañana. Llevaba un par de noches en las que no lograba encontrar la postura para dormir sin que su abdomen abultado no le molestara. A veces, tenía la sensación de que le faltaba la respiración y el mero hecho de quedarse dormida le daba pánico. La ginecóloga le había dicho que no se preocupara, que era algo normal, así que no tenía más remedio que resignarse y aguantar hasta que llegara el momento de dar a luz. Aún faltaba bastante. Mejor no pensar en ello.

Encontraron a Margarita Toledo en el jardín, que en realidad era un armónico conjunto de figuras vegetales con formas animales y geométricas, salpicadas aquí y allí por diversas fuentes ornamentales y pequeños riachuelos, y que albergaba hasta incluso un pequeño laberinto, al más puro estilo Versalles. Era una mujer muy mayor, con el cabello largo y liso completamente blanco. Tenía la piel del rostro repleta de arrugas y su cuello aparecía cubierto por un fular de seda. Margarita Toledo estaba sentada en una silla de ruedas. Anne esperaba encontrársela leyendo alguna revista científica, por lo que le sorprendió que la lectura que ocupaba su mente en esos momentos fuera una novela policíaca a la que ella ya le había echado un ojo meses atrás. Miró en derredor para asegurarse de que ninguna de las cuidadoras reparaba en ellos. Era la hora de las visitas y varias personas charlaban con sus familiares en un alegre murmullo que rompía la geometría casi perfecta de aquel pequeño ecosistema de clorofila y agua.

—Señora Toledo. Mi nombre es Anne Wellington y soy una admiradora suya. Este es mi amigo Borja —dijo señalando a Mechero. El joven la fulminó con la mirada. Hubiera preferido que le hubiera llamado Jean-Baptiste Florian antes que usar su verdadero nombre.

—Encantada —le respondió la anciana con una simpática sonrisa dibujada en sus labios.

—Señora Toledo, estoy haciendo un grado en arqueología y mi proyecto de fin de carrera versa sobre las lenguas desconocidas halladas en yacimientos a lo largo del mundo.

Mechero miró a Anne desconcertado. ¿Había ideado aquella maravillosa mentira para tratar de engatusar y caer bien a Margarita Toledo? ¿Acaso no se daba cuenta de que estaba hablando con una eminencia que en cualquier momento podía darse cuenta de todo? A veces la ingenuidad de Anne le sacaba de quicio. La mujer sonrió de nuevo cerrando la novela que sostenía entre sus manos.

—Encantada de conocerte, joven —le dijo.

—Señora Toledo, tengo entendido que hace unos años usted realizó un gran descubrimiento sobre los restos de lo que parecía una lengua desconocida hasta ese momento en unas cuevas de Rumanía. He leído los artículos que usted publicó al respecto y estoy especialmente interesada en su tesis de que los signos que aparecieron grabados en esas grutas se corresponden con la misma lengua que se descubrió en una cerámica hallada en las casas de dragones de Grecia. Me gustaría saber cuál es su opinión al respecto. ¿Estamos hablando de la primera evidencia encontrada de la lengua más antigua del mundo?

—Itziar, ¿eres tú?

Anne y Mechero se miraron. Algo no iba bien del todo.

—No, me llamo Anne, Anne Wellington, señora.

—Itziar, no dejes que acaben contigo también, pequeña. No juegues con fuego. Mira cómo he acabado yo. Ándate con cuidado y, sobre todo, no publiques nada de lo que te he dicho en tu periódico. Te aniquilarán.

—Señora Toledo, no soy Itziar. Soy Anne, creo que se está confundiendo.

Ella la miró con los ojos húmedos de la emoción, como si acabara de ver a alguien al que no veía desde hacía mucho tiempo. Durante un segundo Anne llegó a percibir amor en esa mirada.

—Encantada de conocerte, joven —le repitió la mujer, mientras volvía a abrir la novela y se concentraba en su lectura.

Mechero hizo un gesto con la mano sobre su sien derecha, dando a entender a Anne que Margarita Toledo no estaba en sus cabales. Anne le apartó enfadada la mano, exigiéndole un poco de respeto hacia la anciana. Observó que una de las cuidadoras estaba atendiendo a otro de los residentes a apenas unos metros de distancia y se dirigió hacia ella.

—Disculpe. Soy una antigua ayudante de Margarita Toledo, aquella señora de allí —dijo apuntando con el dedo hacia la arqueóloga—. Me habían dicho que llevaba viviendo aquí unos años, y aprovechando que estaba cerca me he pasado a verla. Pero lo que nadie me había dicho era que se encontraba en el estado en el que está.

—Doña Margarita es de las mujeres más inteligentes que viven aquí. Lee a todas horas y nos cuenta de vez en cuando sus aventuras de cuando era joven. Pero lamentablemente sufre una enfermedad mental degenerativa. Desde hace unos años la pobrecita no está bien del todo, así que no le tenga en cuenta si se ha puesto algo agresiva con usted. Lo hace prácticamente con todo el mundo.

—No, si conmigo ha sido muy amable—contestó Anne.

—Pues dese por afortunada. Porque, que yo recuerde, tan solo una joven que solía visitarle hace unos años le caía bien. No me acuerdo ahora cómo se llamaba... El caso es que mirándola a usted ahora, la verdad es que tiene cierto aire a ella...

—¿Itziar Azurmendi? —preguntó Anne.

—¡Eso! ¡Itziar! —exclamó—. Una chica muy simpática. Periodista de La Luz de Navarra. Muy maja. Creo que lleva unos años de jefa de redacción. Tenía talento, la verdad. Y admiraba muchísimo a Margarita.

En menos de cuatro horas Anne y Mechero consiguieron una reunión con Itziar Azurmendi. A pesar de que la joven administrativa que les atendió por teléfono se mostró bastante reticente a ni siquiera comunicar a su superiora la petición de los dos jardineros, finalmente, ante la insistencia de Mechero, se dio por vencida. Anne le había rogado a la muchacha que le dijera a Itziar Azurmendi que querían hablar con ella de Margarita Toledo. Y había funcionado. La redactora jefa de La Luz de Navarra les recibió en su despacho rodeada de varias tazas de café usadas y dispuesta a escuchar lo que tuvieran que decirle. Mechero no dejaba de observarla como un adolescente prendado de su profesora. Itziar Azurmendi era una mujer que rozaba los cuarenta años e iba ataviada con una sencilla camiseta blanca y unos pantalones vaqueros desgastados en las rodillas. Su cabello era rubio y corto y, aunque aparentaba estar despeinado, Anne se dio cuenta de que la periodista no hacía mucho que había pasado por la peluquería. Tenía una mirada serena, propia de las personas que han vivido experiencias duras y han aprendido a superarlas. Su lenguaje corporal y su forma tan elocuente de hablar invitaba a escucharla atentamente.

—¿De qué conocéis a Margarita? —les preguntó tras haberse presentado. Había cierto matiz rudo en el tono de su voz que contrastaba con su imagen de mujer afable.

—Soy filóloga y estoy haciendo un trabajo de investigación sobre la extraña lengua que aparece grabada sobre una cerámica en el museo de Caristo, en Grecia.

—Hogar de las famosas casas de dragones —apuntilló ella.

—Así es. No hace mucho que volvimos de allí. Un contacto local nos explicó que Margarita Toledo había realizado una exhaustiva investigación hacía unos años sobre este supuesto idioma. Al parecer, descubrió unos signos muy parecidos en una cueva de Rumanía.

—Las cuevas de Oraşul apă. Se inundaron al poco tiempo. Mala suerte.

—¿Usted cree? Nuestro contacto nos insinuó que Margarita Toledo había sido objeto de una trama de desprestigio motivada por intereses ocultos.

—¿Vosotros dos no estaréis del lado de ellos, no? —preguntó señalando a Mechero con el dedo índice de la mano derecha.

—¿Cómo? —balbuceó el joven, consternado porque su primera conversación con aquella atractiva mujer fuera de aquella manera.

—Sí, hubo grupos de presión que se encargaron de aniquilar todo el trabajo realizado por la señora Toledo. Espero que no seáis parte de esa gentuza, porque me cuesta un segundo averiguar si me estáis mintiendo o no.

—No, le aseguro que no. Al contrario, estamos interesados en defender los descubrimientos de la señora Toledo —dijo Anne.

—Trátame de tú, guapa, que no soy tu abuela —le sonrió—. Está bien. ¿Qué quieres saber?

—¿Sabes si la señora Toledo llegó a descifrar parte de esa lengua o si tenía alguna idea de a qué pueblo perteneció? —preguntó Anne. Aún le costaba tratar de tú a una desconocida.

—Margarita estaba convencida de que esa lengua era el idioma de una especie perdida en el origen de los tiempos.

—¿Una especie? —preguntó Mechero.

—Sí —contestó la periodista—. ¿Has oído hablar del *homo sapiens*? ¿Y del *homo neanderthalensis*?

—Hombre, hasta ahí llego —respondió él enojado.

—Ya sabéis que el hombre de Neanderthal era la especie humana que reinaba en gran parte de Europa, Oriente Próximo y Medio y Asia Central durante el Pleistoceno medio y superior, hasta que desapareció del todo hace unos veintiocho mil años.

—Aniquilado por el *homo sapiens* —le interrumpió Mechero. Itziar Azurmendi le miró con desdén.

—Bueno, eso es lo que suele admitirse con carácter general, sí.

—A ver que no lo digo con ningún tipo de maldad —continuó Mechero—. Pero es que no me extraña que sucediera así. Nosotros, los *homo sapiens*, éramos más inteligentes y nos adaptábamos mejor al medio. Es normal que sucediera. Dos especies compitiendo por el mismo espacio. Selección natural.

—El caso es que hasta hace pocos años se pensaba que eran las únicas especies de homínidos modernos que habían habitado el mundo. Sin embargo, en el año 2004 se descubrió en una cueva de una isla de Indonesia los restos de una especie hasta ese momento absolutamente desconocida.

—El hombre de Flores —apuntó Mechero—. En su día los medios de comunicación los apodaron como “los hobbits”, por su baja estatura.

—Así es. Medían una media de un metro de altura, tenían el cerebro muy pequeño y los brazos largos, probablemente preparados para trepar a la seguridad de la copa de los árboles cuando avistaban el peligro. Aunque permanecieron sobre el planeta hasta hace doce mil años, mucho más que los neandertales, por cierto, se cree que su extinción fue debida también a la expansión del *homo sapiens* por su hábitat.

—Hombre, tú me dirás. Si con los neandertales ya éramos superiores, con estos pequeñajos no me quiero ni imaginar la ventaja que les llevábamos —dijo el joven jardinero.

—Mechero, un poco de respeto, estás hablando de seres humanos, no de dibujos animados —le cortó Anne, algo irritada por el tono con el que el jardinero se estaba refiriendo a todos aquellos seres.

—Pero eso no es todo —les dijo la periodista—. En 2010 se anunció el descubrimiento de los restos de una nueva especie de homínido en las cuevas siberianas de Denisova. Aunque al principio se pensó que se trataba de una subespecie del *homo sapiens* en la actualidad se cree que fue una especie totalmente diferenciada, aunque aún falta que se realicen estudios mucho más exhaustivos para determinarlo. Eso sí, los expertos afirman que convivió con el *sapiens* y con el neandertal. Además, el análisis del ADN mitocondrial concluyó que *sapiens*, neandertales y denisovanos tuvieron un ancestro común. El rastro del hombre de Denisova se pierde hace unos cuarenta mil años.

—Todos pringados —volvió a mofarse Mechero, ante la cara de incredulidad de Anne—. Primos medio bobos nuestros. A ver, no me miréis así. Las dos estáis pensando lo mismo, pero no os atrevéis a decirlo. Pues a mí me la suda lo de ser políticamente correcto. Que no tengo nada en contra de esos seres, pero vamos, es un ejemplo más de la evolución y la selección natural. No sé qué tiene de malo lo que digo.

—Eres un absoluto ignorante —le reprendió Itziar Azurmendi.

—Mechero estudió grado de Historia, pero me parece que la parte de prehistoria se la pasó un poco por alto —intentó rebajar la tensión Anne.

—Peor me lo pones —continuó la jefa de redacción de La Luz de Navarra—. Si tuvieras un mínimo de sensibilidad no dirías las estupideces que dices. Los denisovanos, el hombre de Flores, los neandertales, nunca llegaron a desaparecer del todo. Siguen entre nosotros.

—¡Venga ya! —se rio el joven.

—Puntualizo —Itziar Azurmendi estaba realmente enfadada por la actitud de Mechero—. No es que sigan entre nosotros, es que forman parte de nosotros.

—Creo que lo que intenta decir Itziar es que su ADN permanece mezclado con el nuestro, Mechero —dijo Anne.

—Así es. Se piensa que los actuales humanos de la etnia papúa de Nueva Guinea, los aborígenes australianos, los isleños del estrecho de Torres y los melanesios tienen entre un cuatro y un seis por ciento del material genético de los denisovanos. Nosotros mismos, los europeos actuales, tenemos aproximadamente un dos y medio por ciento del genoma heredado de los neandertales. Y es de suponer que con el hombre de Flores sucediera lo mismo, aunque su área de influencia fuera mucho menor.

—Lo cual significa que hubo hibridación entre las especies —señaló Anne pensativa. Mechero permanecía en silencio, avergonzado por su desconocimiento sobre el tema.

—Sí. Esta afirmación fue todo un escándalo cuando se formuló, aunque en el caso de los hombres de Flores es más dudoso, hoy en día se da por hecho que denisovanos, neandertales y *sapiens* se mezclaron y tuvieron descendencia. Los seres humanos que vivimos hoy en día somos sus hijos mestizos. No hablamos solo de dos o tres razas de una misma especie mezcladas, sino de hibridación entre especies distintas. Lo cual deja por los suelos cualquier teoría racista de los retrógrados supremacistas que siguen hablando de la raza pura. ¿No os parece emocionante?

—Es alentador, sí —respondió Anne—. Pero entonces, ¿qué tiene que ver todo esto con lo que descubrió Margarita Toledo?

—Margarita estaba convencida de que ese lenguaje hallado en la cerámica de la *drakospita* griega y en las cuevas de Rumanía pertenecía a otra especie de homínidos distinta a todas las demás, que coexistió con todas ellas, y que alguien se estaba encargando de ocultar a toda costa.

—Pero ¿por qué esa mano negra? ¿Por qué se encontró con tanta oposición y rechazo por parte de sus colegas y de la mayoría de la comunidad científica? —preguntó Anne.

—Creo que está claro, pelirroja —dijo de repente Mechero—. Margarita defendía que esa especie homínida desconocida era la autora de aquellos signos, de aquella escritura. Pero hay un detalle muy importante que se te está pasando por alto. Los denisovanos se extinguieron hace

cuarenta mil años, los últimos neandertales desaparecieron hace veintiocho mil años, y los humanos de Flores hace doce mil años.

—¿Y? —dijo ella mientras se tocaba instintivamente el vientre. El bebé acababa de pegarle una patada.

—Pues que los orígenes de la escritura son de hace seis mil años —contestó orgulloso Mechero.

—Bueno, me alegro de que no seas tan cateto como había imaginado —dijo Itziar Azurmendi suspirando—. Tu amigo tiene razón. La que se considera la primera escritura en sí, la mesopotámica, es de hace cinco mil quinientos años.

—La escritura cuneiforme de la civilización sumeria —añadió Mechero—. Aunque hay quienes consideran que los jeroglíficos del Antiguo Egipto constituyen el verdadero origen de la escritura.

—Los signos encontrados sobre la cerámica del museo de Caristo y los que descubrió Margarita en las cuevas de Rumanía, tienen cosas muy parecidas a la escritura cuneiforme. Al igual que esta, son unos pictogramas o iconos que parecen representar palabras y objetos. Los sumerios los plasmaban mediante incisiones con forma de cuña sobre la arcilla.

—Pero esto no tiene ningún sentido —dijo Anne—. Si esa supuesta especie desconocida escribió esos símbolos, entonces el origen de la escritura es mucho más antiguo de lo que se pensaba. Es absurdo.

—Sí, de ser cierto lo que sostenía Margarita, lo que ahora llamamos prehistoria en realidad ya era historia, porque ya existiría por aquel entonces un tipo de escritura, la que utilizaba esa especie desconocida de homínidos.

—No me extraña que se cargara su carrera la señora Toledo —dijo Mechero—. No es posible, sencillamente es imposible. ¿Unos homínidos cavernícolas escribiendo? Estaba flipada esa mujer.

—Mira, niñato —lo interrumpió Itziar Azurmendi—. En primer lugar, me tratas con respeto a Margarita. Nos da a ti y a todos mil vueltas en cuanto a preparación e inteligencia. Margarita fue una mujer valiente, que no temió las consecuencias de sus divulgaciones. Se enfrentó a la mayoría de sus colegas defendiendo lo que ella creía como cierto. Ya quisieras tener tú la décima parte de su valentía. Te exijo que no hables de ella en ese tono.

—Lo siento —contestó él—. No quería molestarte. Mi admiración la tiene, en eso te doy toda la razón. No es fácil hacer lo que ella hizo. Pero entenderás que estoy en mi derecho de dudar mucho de sus conclusiones. Si lo que dijo fuera cierto, ¿qué sentido tiene que se encontraran esos signos en una cerámica moldeada tantos siglos después? Las *drakospita* griegas son de hace un suspiro.

—Puede que simplemente ese conocimiento, esa lengua perdida, haya sido mantenida en secreto por algún tipo de etnia en el tiempo, Mechero —le contestó Anne—. Itziar, antes no me has contestado.

—¿Qué quieres saber?

—Te he preguntado si Margarita Toledo llegó a descifrar esos signos.

Itziar Azurmendi se dio la vuelta y se alejó hacia la ventana de su despacho. La abrió y dejó que el viento se colara dentro. Sacó un cigarrillo y se lo encendió. Mechero no daba crédito. Era evidente el estado de buena esperanza de Anne. ¿Cómo se atrevía a fumar delante de ella? La periodista permaneció alejada de ellos, mientras exhalaba el humo hacia el exterior y mordía con nerviosismo la uña del dedo anular de su mano derecha.

—Ya sé que estás embarazada, perdona —dijo tras apagar el cigarrillo contra el cristal—. Pero si no pego una calada la ansiedad que tengo con todo este tema de Margarita me acabaría matando.

—Tranquila —contestó Anne—. ¿Qué ocurre?

—Poco antes de que la enfermedad de Margarita le nublara la mente para siempre, durante una de mis visitas, me dijo que iba a revelarme un gran secreto que tenía que ver con aquella escritura. Margarita sabía que estaba enferma y que más pronto que tarde dejaría de ser ella. Me dijo que solo confiaba en mí y quería que yo hiciera lo que quisiera con aquella información. Ni siquiera se fiaba de su hija Mariona.

—¿De qué se trataba? —preguntó ansioso Mechero.

—Me dijo que todas las pruebas las tenía escondidas en su casa de toda la vida en Amezketeta. Durante un tiempo su hija Mariona la llevó varios fines de semana al año hasta allí desde la residencia. Hasta que, de buenas a primeras, dejó de hacerlo. Por más que Margarita le insistió en que volviera a llevarla, ella se negó. Para entonces las piernas de Margarita comenzaban a fallarle y no se podía valer por sí misma. Poco después descubrirían lo de su enfermedad degenerativa. Margarita creía haber conseguido descifrar parte de aquel idioma. Estaba como enloquecida, y no me refiero a su estado mental. Estaba acelerada, no sé si me entendéis. Cada vez que venía a verla me insistía en que debía ir a la casa de Amezketeta y recuperar lo que había escondido allí.

—¿Y no fuiste? —preguntó Anne. Notaba al ser que llevaba en su interior más alterado de lo normal.

—No pude. Su hija Mariona consiguió que Margarita firmara un poder general ante notario para representarle en todo y literalmente se apropió de la casa de Amezketeta y de todas las propiedades de su madre. Por supuesto me prohibió expresamente acercarme a ella o a su familia. Ahora vive allí con sus hijos.

—Pero ¿por qué? ¿por qué ese rechazo? —quiso saber Mechero. Le estaban dando ganas de pedirle un cigarrillo pero sabía que si lo hacía la reacción de Anne podía ser de todo menos amable.

—Mariona es una mujer chapada a la antigua, muy conservadora. Margarita la tuvo de soltera y jamás la ha perdonado por ello. Para Mariona su madre ha sido poco menos que una *hippie* que ha hecho lo que ha querido con su vida salvo lo que tenía que hacer, que era sentar la cabeza y criar a su hija como Dios manda. Por eso, ha aprovechado la falta de lucidez de Margarita para hacerse con el control y poder manejarla a su antojo, que es lo que ha querido siempre.

—¿Sabía Mariona lo que su madre había descubierto?

—Conocía las ideas de Margarita respecto de esa supuesta especie desconocida de homínido, pero no llegó a saber que su madre había conseguido descifrar parcialmente aquellos signos. Veo tu mirada y sé que vas a intentar recuperar lo que quiera que Margarita ocultase en la casa de Amezketeta, pero si quieres saber mi opinión, no te recomiendo que vayas. Mariona hace y deshace

como quiere, y tiene a medio pueblo dominado. Si considera que sois un peligro, de cualquier tipo, no dudes que os lo hará saber y no de la manera más agradable, no sé si me explico.

—No te preocupes, Itziar, no somos tan lunáticos. No nos vamos a meter en un lío legal solo por lo que probablemente fuera una fantasía de una anciana en el comienzo de una enfermedad degenerativa —contestó rápidamente Anne.

Mechero la miró extrañado. No se esperaba aquella contestación. No ahora que estaban tan cerca de saber si la lengua de la isla de Eubea y de la cueva de Rumanía era el vestigio más antiguo que se conservaba del euskera, por muy estrambótica que pudiera parecer aquella idea. A su lado, el testimonio de la lengua vasca que contenía el código 60 se convertía en un mero apunte de pacotilla. El dibujo que había grabado sobre la puerta de la *drakospita* representaba el advenimiento de la nube que anunció la extinción de los gigantes. Quizá se tratara de una nube que no se limitó a anunciar, sino que los aniquiló. ¿Y si los signos representados en la cerámica que se conservaba en el museo de Caristo suponían una pista para interpretar cuándo llegaría la dichosa nube de nuevo? Calíope le había explicado que una de las teorías que defendían los expertos era que esa vasija había sido utilizada en algún tipo de celebración religiosa, puesto que fue hallada junto a otros elementos ceremoniales que así lo daban a entender. ¿Y si aquella casa de dragones del monte Oqui era una especie de templo levantado en honor a los gigantes y aquel dibujo de la puerta y los signos de la cerámica eran la única pista que podía llevarles a descifrar cuándo tendría lugar la llegada de la maldita nube de la profecía? Tenían que localizar al profesor Koldo de Andrés como fuera, sí. Probablemente él ya habría averiguado algo más acerca de aquella escena tallada en la casa de dragones, pero tampoco podían dejar de lado lo que les acababa de decir Itziar Azurmendi. Margarita Toledo podría haber descubierto el origen del euskera, la lengua venida de los cielos. Y no solo eso, podía haber descifrado el significado de la inscripción de la cerámica de la isla de Eubea.

Al salir del edificio donde La Luz de Navarra alumbraba a los locales la actualidad de la ciudad, Mechero detuvo a Anne en seco, agarrándola de la blusa. Ella le miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Anne.

—No has dicho en serio lo de que no vamos a ir a Amezketa a buscar lo que Margarita Toledo haya podido esconder allí, ¿verdad? —le preguntó él a su vez.

—Por supuesto que no. Mira en el móvil dónde queda ese pueblo. Si no está muy lejos hoy mismo nos plantamos allí.

Mechero la miró con admiración. Por un momento había temido que Anne se hubiera acobardado, que hubiera tirado la toalla apabullada por las circunstancias. Pero no. Aquella pelirroja inglesa no se iba a dar por vencida así como así. Anne Wellington no estaba dispuesta a esperar que llegara el momento de la profecía sin saber a qué había de enfrentarse. Si el profesor O'Connor tenía razón, ella era la elegida para protagonizarla. Cualquier cosa que averiguaran previamente les serviría de ayuda. O eso quería pensar.

23.

Ander Goikoetxea no había pegado ojo en toda la noche. Era curioso que aquella pequeña incomodidad pasajera, que seguramente al día siguiente habría desaparecido, en David fuera precisamente lo que le estaba matando. No se podía quitar de la cabeza la confesión de la persona que le robaba el sueño en este momento de su vida. No había planeado que sucediera, pero el caso era que no había marcha atrás. Sentía que cada día que pasaba estaba más enamorado de él. Se conocía perfectamente. No se trataba de un capricho temporal. Algo muy parecido le ocurrió cuando el que seguía siendo su marido entró en su vida. Manu Olabe llegó como un vendaval impetuoso que consiguió arrastrarle fuera del fango donde había estado sumergido durante tanto tiempo. Quién hubiera imaginado que años después Manu acabaría convirtiéndose en la viva representación del lodo más pestilente, capaz de corroer cuanto se cruzaba en su camino. Con David estaba teniendo la misma sensación pero, a diferencia de su relación con Manu, ahora era dueño de aquel camino que estaba eligiendo, ahora estaba decidiendo libremente. Con su marido, en cambio, adoptó desde el principio una actitud sumisa. Las circunstancias entonces fueron totalmente diferentes y una cosa llevó a la otra. El amor de David era también vehemente e impulsivo pero, de momento, solo le causaba felicidad. El único dolor que aquel sentimiento llevaba aparejado era el hecho de saber que iba a acabar pronto. No podía hacerse a la idea de perder a David. David muerto. No podía concebir aquellas dos palabras juntas.

—Estoy dispuesto a pagar lo que haga falta —le dijo rotundamente a la mujer que tenía enfrente. Llevaba más de veinte minutos hablando con ella y no había manera de convencerla para que le facilitara la información.

—Ya te he dicho que no puedo hacerlo, por el tema de protección de datos. Pero aunque quisiera es que es imposible que te lo pudiera decir. En aquella época no llevábamos registro informático de los trueques con los clientes.

—Se lo ruego señora —el tono de súplica de Ander no parecía ablandar a la dueña de aquella vieja tienda de empeños—. No sabe lo importante que es para mí encontrar ese libro. Si es necesario, yo puedo ayudarla a revisar todo el papeleo de 2005. Por favor...

—¡Qué te he dicho que no, pesado! —exclamó ella—. Y ahora te pido que me dejes tranquila, tengo que hacer el inventario. Mi hija me va a matar por no llevar al día las cuentas.

—¿Qué pasa aquí, madre? ¿A qué vienen esos gritos? —preguntó de manera repentina una voz que surgió del oscuro pasillo que llevaba a la trastienda.

A los pocos segundos, Ander pudo conocer a la persona que había pronunciado aquellas palabras. Una mujer más joven que la primera y ataviada con una bata blanca, más propia de una farmacéutica que de una prestamista, apareció tras el mostrador. Lo primero que hizo al llegar hasta Ander fue mirarle de arriba a abajo, sin ningún tipo de disimulo. Incluso se relamió. Él se

sintió algo intimidado por aquel atrevimiento, pero no estaba dispuesto a perder aquella oportunidad.

—¿Quién eres tú si puede saberse? —le preguntó.

—Me llamo Ander. Estoy haciendo un trabajo de fin de máster sobre mitología y culturas clásicas y necesito encontrar un libro que está ya descatalogado y no aparece por ningún lado. He leído el trabajo de un universitario holandés que hizo un estudio de esta especie de manual, y me interesa mucho leer la fuente original. Básicamente, necesito encontrar ese libro como sea para poder argumentar una de las teorías que voy a plantear en mi trabajo. Creo que ese autor y yo compartimos la misma visión.

—¿Y cómo se supone que has deducido que nosotras podemos ayudarte?

Ander la miró tratando de encontrar las palabras adecuadas para convencerla y que accediera a ayudarle. Había buscado en Internet cualquier información que pudiera ser relevante acerca de Jacobus Vanner, el pariente de David que había escrito todos aquellos extraños libros que había hojeado en el despacho de Ruud. No podía ser casual que aquel prolífico miembro del linaje de los Bechs hubiera escrito sobre el significado de los sueños. “*Los sueños como espejos del otro lado*”. Aquella obra, que defendía la teoría de que los sueños y visiones de determinadas personas eran reflejos de diferentes planos de la realidad, se había clavado a fuego en su memoria. Una de las consecuencias de ese poder era el insomnio perpetuo, la demencia y finalmente la muerte. Se parecía mucho a la enfermedad que David y su familia llevaban padeciendo desde hacía siglos. Había intentado volver a acceder al despacho para leerlo con más atención pero alguien había decidido cerrar con llave la habitación. En una de sus salidas a los restaurantes más afamados de La Rioja Alavesa, Ander le había sacado el tema a Hubert Vanner sin hablar directamente del insomnio de David, pero este había declinado ofrecerle su opinión al respecto. Hubert era un tipo pragmático, muy aferrado a la realidad, y todos aquellos libros escritos por Jacobus Vanner le parecían simplemente una tontería, una divagación sin sentido. Muy propios del gusto literario de Ruud, pero que él consideraba meras invenciones. A Ander le pareció percibir cierto matiz de desprecio por parte de Hubert hacia la figura de Jacobus Vanner, como si se avergonzara de él.

Lo único que encontró respecto de Jacobus fue un árbol genealógico que alguien había creado en un *blog* especializado en linajes de apellidos. En la misma página, se ofrecía una breve reseña que enlazaba a la *web* de una revista de ciencias que aún existía, aunque había dejado de publicarse en papel hacía tiempo. Jacobus había vivido en el siglo XX en Holanda e Inglaterra, y había tenido varios hijos con sus tres mujeres. Por supuesto, no le extrañó comprobar que dos de las tres esposas compartían ascendentes con él. La endogamia era algo bastante común en la familia Bechs, tal y como Alicia Rández y él mismo habían averiguado hacía unos meses. Jacobus fue doctor en física en una universidad de los Países Bajos y ejerció algunos años como profesor. Curiosamente nada se decía de su abundante obra. Desesperado, Ander intentó nuevas búsquedas durante dos días, sin conseguir ningún resultado. Hasta que encontró una breve referencia bibliográfica a otra obra de Jacobus Vanner en un artículo de un foro inglés dedicado a las teorías conspirativas. “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*”. Aquel título resumía en pocas palabras lo que le estaba ocurriendo a David. Incluso empleaba la palabra “centinela”, que

era precisamente lo que era David a los ojos de las viejas creencias de su tía. Definitivamente, los Bechs tenían que saber bastante acerca de aquel mal que padecían los descendientes de los berones. Este segundo libro era una suerte de continuación del primero, según se indicaba en la anotación de la *web*. Había sido publicado por Jacobus Vanner en 1990. No recordaba haberlo visto en la biblioteca del padre de David, aunque se había dejado muchos libros sin hojear. Tenía que hacerse con un ejemplar como fuera. Intentó ponerse en contacto con el administrador de la página que, curiosamente, era quien había iniciado el hilo, pero no respondió a ninguno de sus mensajes. Finalmente, tras insistir con más de cinco correos electrónicos, el susodicho le contestó.

“El libro que estás buscando no es que esté descatalogado, es que en su día solo se realizó una edición de cincuenta ejemplares. Y no se ha vuelto a reeditar. La mayoría de los libros del profesor Jacobus Vanner han tenido una tirada ridícula, muy minoritaria. Da la sensación de que el señor Vanner publicaba por el mero placer de hacerlo, sin ningún tipo de interés comercial. He estado rastreando la edición que en su día se realizó. Te puedes imaginar lo costoso que es, teniendo en cuenta que estamos hablando de una época en la que no había Internet tal cual la conocemos hoy. Lo único que te puedo decir es que ese libro, como la mayoría de su obra, solo se distribuyó en Holanda, concretamente en una pequeña librería de la ciudad de Nimega. Esa librería ya no existe, pero he conseguido averiguar la identidad de su último propietario. Octavius Vanner. Parece que todo queda en familia.”

Ander se quedó paralizado al leer aquel nombre. Octavius Vanner era el padre de Ruud y Hubert. David le había contado que la esposa de Octavius era Alexandra Bechs, prima carnal de Suzanne Bechs, la presidenta del consejo de administración de Artechnia. ¿Habría servido aquella librería como elemento propagandístico para los miembros de aquella secta? Nimega era la ciudad del área de influencia económica de los Bechs donde establecieron la mayoría de sus primeros negocios. Agradecido por la información suministrada por aquel esquivo internauta, terminó de leer el *e-mail*. Sin embargo, todas sus esperanzas de que aquella persona anónima le pudiera seguir ayudando en sus pesquisas de manera altruista se esfumaron de un plumazo al leer la parte final del correo electrónico.

“Hay algo más. He visto por la IP desde la que te has dirigido a mí que estás muy cerca de la ciudad de Bilbao. Pues bien, he conseguido encontrar algo que quizá te pueda venir bien. Se trata de un rastro que alguien dejó en la burda Internet de 2005 en una página de compraventa de objetos de segunda mano. Alguien de esa zona se anunció tratando de vender tres libros de Jacobus Vanner. Quizá esa persona aún los conserva o puede ayudarte a encontrar los que tú estás buscando. Como comprenderás, aunque he de reconocer que a mí me divierte muchísimo, esto me lleva la vida averiguarlo. Así que espero que seas generoso, y me hagas una pequeña donación a este número de cuenta y estaré encantado de contártelo”.

Trescientas libras esterlinas. O lo que era lo mismo, unos trescientos veinticinco euros. Ander estuvo a punto de mandarle a la mierda. No iba a consentir que ningún *hacker* de tres al cuarto le estafase. Una pequeña donación. Lo cierto era que no era muy alta, pero se arriesgaba a que todo fuera mentira y la inversión no sirviera para nada. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Desde luego él no era un experto informático para dar con aquella información por sí solo. Al final decidió aceptar a regañadientes. Le ingresó el dinero y, afortunadamente, al cabo de dos días el misterioso remitente le envió la información.

“El anuncio lo puso una casa de empeños de la ciudad de Logroño, muy cerca de donde tú estás. Según parece, alguien había depositado los tres libros como garantía a cambio de un préstamo de dinero.”

El *hacker* le indicaba en su mensaje el nombre del establecimiento así como la dirección. La suerte estaba de su lado, seguía abierto. Aunque ni *“Los sueños como espejos del otro lado”* ni *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”* formaban parte de ese listado de tres libros, de momento era la única pista a la que se podía agarrar para tratar de averiguar algo más acerca de Jacobus Vanner y de su obra. Así que allí se había plantado, con la intención de conseguir que le dijeran qué había sucedido con aquellos ejemplares. Era una misión abocada al fracaso. Habían pasado muchos años de aquello.

La hija de la dueña de la casa de empeños le creyó cuando le dijo que él mismo había encontrado en Internet esa referencia al anuncio que en su día publicaron tratando de vender los tres ejemplares. La mujer le dijo que probablemente lo había colgado ella misma. De hecho, era lo que solía hacer antes de 2010 con la mayoría de los objetos que finalmente no eran devueltos a los prestatarios porque no devolvían la cantidad que les habían prestado. Quedaron esa misma tarde a la hora del cierre. Ander tenía la sospecha de que detrás de aquella amabilidad la mujer ocultaba otra intención, pero no le quedaba más remedio que aceptar sus condiciones. Al llegar, enseguida se dio cuenta de que la mujer mayor, la que le había atendido en primer lugar, no estaba. La hija le recibió con una amplia sonrisa y, dejando tras de sí una estela de perfume caro, le dirigió hasta el almacén situado en la parte de atrás del establecimiento. Tras unas breves palabras de cortesía comenzaron a revisar decenas de carpetas del año 2005, donde guardaban la información relativa a los objetos empeñados.

—¿De dónde eres? —le preguntó ella.

—De Bilbao —respondió.

—Tienes que tener a todas las chicas de Bilbao loquitas por ti —dijo guiñándole un ojo—. Con ese cuerpo que tienes, hijo mío...

—Sí, bueno, supongo —balbuceó él mientras hurgaba en uno de los archivadores.

—Oye, si no tienes nada que hacer luego, si te apetece, podíamos ir a tomar un vinito y unas patatas bravas a la calle Laurel. ¿Has estado alguna vez?

—Pues la verdad es que no tengo mucho tiempo. Me tengo que ir en cuanto terminemos o se me va a hacer tarde.

—¿Tan fea soy o qué? —le preguntó ella echándose para atrás.

—No, no es eso —Ander la miró con detenimiento. La mujer era bastante atractiva—. Pero es que tengo pareja.

—Bueno, solo es tomar unos vinos. No hay nada de malo en ello.

—¿Esta se supone que es la última caja correspondiente al año 2005? —le interrumpió él, tratando de desviar el tema.

—Sí, espera que te ayudo.

Al cabo de unos minutos ella dio con lo que estaban buscando.

—¡Aquí está! Creo que es esto. ¿Cómo decías que se llamaba el escritor ese? Es este, ¿no? — dijo mostrándole un conjunto de documentos unidos con una grapa. Los títulos de los tres libros aparecían relacionados junto con una fecha, veintitrés de julio de 2005.

—A ver, déjame leer —continuó ella—. Sí, estos libros nos los trajo una señora en marzo de 2005 a cambio de cinco mil euros más los intereses remuneratorios. Mira las fotos de los libros. Tenían una encuadernación exquisita y lujosa, y pensamos que cualquier coleccionista estaría deseando hacerse con ellos. Así que debimos de probar poniendo el anuncio en Internet. Lo que me extraña es que o no comprobamos la legítima propiedad de los libros o simplemente nos fiamos de aquella mujer, porque aquí no veo nada que acredite que ella era la dueña. Seguramente mi madre la conociese, no sé. ¡Ah, mira! No solamente dejó los libros como garantía, ya me extrañaba a mí. También un abrigo de visón, al que por cierto, sacamos bastante beneficio, según pone aquí.

—Pero ¿qué pasó con los libros? —Ander comenzaba a desesperarse.

—Pues a ver... déjame leer tranquila. Me estás poniendo nerviosa —contestó ella—. Vinieron a por ellos.

—¿Cómo dices?

—Pues eso. Que la señora que los trajo volvió a por ellos y le condonamos una pequeña parte de los intereses. Sí, se los llevó. No los llegamos a vender.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—La señora que pidió el préstamo y luego vino a recuperar los libros. ¡Quién va a ser! — exclamó Ander malhumorado.

—No debería decírtelo. Ley de protección de datos. ¿Te suena de algo? Últimamente nos van haciendo varias inspecciones...

—Si me lo dices me tomo ese vino contigo —la interrumpió él.

—Así me gusta, chico bueno —dijo la mujer con una sonrisa pícaro dibujada en sus labios—. A ver, veamos cómo se llamaba la susodicha. Sí, mira. Aquí está la fotocopia de su D.N.I. Rosa Iturritxu Asteguieta. Es de muy cerca de aquí, de Lacaverna. Es un pueblecito de La Rioja Alavesa. ¿Conoces la zona? Ahora, no me pidas que te dé su dirección, ¿vale? Eso sí que no puedo decírtelo. Además, seguramente ya no viva allí. Me podría meter en un lío si te lo dijera.

Ander le pidió que le enseñara la fotografía que aparecía en el documento de identidad. No hacía falta que le dijera su dirección. Ander conocía perfectamente su paradero. Así que había sido ella, la señora Rosa, la maleducada empleada de hogar de Ruud Vanner que aprovechaba la mínima ocasión para molestarle. Por fin le ponía apellidos. Se regocijó al pensar que ahora iba a tener él la sartén por el mango en aquella tormentosa relación. La señora Rosa había empeñado aquellos tres libros junto con un abrigo de visón a cambio de un préstamo de dinero. No se imaginaba al padre de David consintiendo aquella transacción. Tratándose de los libros de Jacobus Vanner era muy poco probable que Ruud Vanner hubiera dado permiso a la señora Rosa para empeñarlos. Seguramente ella los había robado. La señora Rosa no era tan servil, honesta y

obediente como ella pretendía hacer ver a los demás. La señora Rosa había cometido un pequeño pecado de deslealtad. Pero ¿por qué se habría arriesgado de esa manera? Tenía que hablar con ella. La probabilidad de que aún conservara los libros no era muy alta, pero ahora que conocía su pequeño secreto, seguro que no oponía tanta resistencia a ser más amable con él y confesarle cuál había sido el destino de los tres ejemplares.

24.

David y su padre habían vuelto a emprender uno de sus viajes empresariales, esta vez con destino a Madrid. Dos días podían parecer un plazo de tiempo lo suficientemente breve como para no sentir las puntas afiladas de la nostalgia, pero en el caso de Ander Goikoetxea cada vez que veía a David salir por la puerta, las agujas de la melancolía se clavaban en su piel e iban atravesando su carne poco a poco hasta que lo veía aparecer de nuevo. ¿Qué sentido tenía conocer los entresijos de aquel imperio levantado por Ruud Vanner cuando era posible que a David no le quedaran más que semanas, meses de vida? Ander seguía albergando en su interior la esperanza de que el don de la vigilia se comportara en David como lo llevaba haciendo desde hacía años en su abuela Véspero, pero tampoco le consolaba la idea. Tener a David a su lado de aquella manera no era lo que él esperaba de aquella relación.

El que no tenía complicaciones en su vida era Hubert. Desde que fueron presentados, el tío de David había tenido seis relaciones esporádicas con diferentes mujeres de la zona. A veces más de una durante el mismo período de tiempo. El tío de David aplicaba la máxima de “la vida son dos días” a rajatabla y no parecía sentir ningún remordimiento por ello. Al contrario, solía vanagloriarse de su éxito con el sexo opuesto. Con ánimo de echar por tierra su triunfalismo, Ander le había dicho en más de una ocasión que quizá él no fuera el conquistador, sino que a lo mejor todas aquellas mujeres, concedoras del buen partido que era Hubert, habían hecho todo lo posible por atraerle hacia ellas. No porque lo pensara realmente, sino porque disfrutaba ver cómo durante una milésima de segundo, la apabullante seguridad en sí mismo de Hubert se desvanecía al pensar en tal posibilidad. Aunque enseguida recurría a la sorna para reírse de Ander por haber dicho aquella tontería.

Rosa Iturritxu Asteguieta llevaba tres días sin aparecer por casa de los Vanner. Algo relativo a unas alergias, según escuchó al jardinero. Resultaba curioso que aquella repentina enfermedad hubiera hecho acto de presencia justo cuando más quería hablar con ella. Así que, ni corto ni perezoso, decidió plantarse en Lacaverna. El taxi que le llevó hasta allí le dio un rodeo por Laguardía y Cripán. Ander estuvo a punto de echarle en cara al conductor aquella estratagema para cobrarle más, pero no se sintió con ánimo. La excitación por hablar con la señora Rosa pudo más en ese momento que las ganas de enzarzarse en una discusión con aquel estafador. Eran las nueve de la mañana y el silencio más absoluto gobernaba cada uno de los rincones de la villa, situada, al igual que Laguardía y muchos otros pueblos de la zona, sobre una colina. De vez en cuando, ráfagas violentas de viento se colaban entre las callejas medievales, rugiendo con fuerza mientras ascendían hacia la parte alta de la muralla para volver a bajar de manera casi instantánea. No se veía ni un alma por la calle. Antes de dirigirse a Lacaverna, había estado tentado de pasar primero por la casa rural que la señora Rosa regentó muy cerca de Laguardía. Se preguntó por qué aquella mujer seguía trabajando en casa de Ruud cuando tenía otras

oportunidades económicas a su alcance. David había estado allí en alguna ocasión. Pero Jacinto, el jardinero de los Vanner, le había confirmado que hacía mucho tiempo que estaba cerrada. Según él Rosa Iturritxu jamás había servido para atender al público y no había podido competir con el resto de las hospederías de la zona. Si quería visitar a la señora Rosa lo mejor que podía hacer era acudir a su casa en Lacaverna. No le costó encontrarla. La casa de Rosa Iturritxu y de su marido era la única de toda la muralla que aparecía cubierta por una impresionante glicinia de color malva. La flor de aquella planta trepadora desprendía un aroma que en cierta medida le recordó al del vino. De hecho, hasta su forma recordaba a la de un precioso racimo repleto de uvas. Era tal la densidad del follaje que apenas podían distinguirse las ventanas. Llamó a la puerta, situada en la parte interna del cercado, junto a uno de los pequeños túneles que conectaban el interior de la villa con el exterior. Una *eguzkilorre* de hierro colgaba de un gancho junto al número identificativo de la vivienda.

—¿Quién es usted? —le preguntó de una forma bastante arisca el hombre que salió a recibirle.

—Hola, buenos días. Me llamo Ander. Soy conocido de la señora Rosa. Estoy pasando una temporada en casa de Ruud Vanner.

—¿Y? —el hombre no daba pie a ningún tipo de conversación amigable.

—Verá, vengo a traerle un detalle a la señora Rosa a ver si se recupera pronto. Es una mezcla de manzanilla y hierbaluisa que el señor Vanner en persona ha encargado preparar a Jacinto. No sé si lo conoce usted, es el jardinero...

—Lo conozco, sí. Espera aquí —le interrumpió cerrando la puerta de golpe. Ander escuchó cómo subía por las escaleras a la planta superior de la vivienda. Al cabo de cinco minutos, volvió a percibir las pisadas ágiles descendiendo hasta la planta baja.

—Mi mujer dice que gracias —le dijo arrancándole la bolsa que llevaba en las manos—. Y ahora, si no te importa, ya te puedes ir. Tengo que ir a Oion al médico.

—Perdone, que le moleste. Pero me gustaría ver a la señora Rosa. El señor Vanner me ha encargado que le comente una cosa.

—Mira, guapito. Mi mujer está hecha un trapo. ¿No puedes esperar a que vuelva al trabajo?

—Me temo que no. No quiero molestar, pero el señor Vanner me ha insistido. Es importante.

—Bueno, yo me voy que voy a llegar tarde. Sube despacio por la escalera. Yo sé dónde hay que poner los pies, pero no serás el primero que resbala y tiene un disgusto. Y cuando salgas, por favor, asegúrate de que la puerta queda bien cerrada. Y no entretengas mucho a mi mujer, le duele la cabeza.

—No se preocupe, solo será un momento —contestó Ander mientras el hombre se alejaba calle abajo.

Rosa Iturritxu asistió atónita a la entrada de Ander en su habitación. Hasta que lo vio aparecer bajo el umbral de la puerta, estaba convencida de que quien había vuelto a subir escaleras arriba

era Evaristo, su marido. Le había extrañado que él subiera tan despacio los peldaños, acostumbrado como estaba a moverse esquivando los salientes más resbaladizos. Pero quien tenía frente a ella no era otro que Ander Goikoetxea, aquel jovencuelo que ella sabía que estaba liado con el señorito David, por mucho que todos se esforzaran por disimular delante de ella. Por suerte, se había levantado al baño hacía apenas un minuto y llevaba su bata azul encima. Se hubiera desmayado si aquel muchacho la hubiera sorprendido con el camisón. Esas intimidades estaban exclusivamente reservadas para Evaristo.

—Hola Rosa —dijo Ander esperando que ella le diera permiso para entrar—. Tu marido me ha dejado subir a hacerte una visita.

—Voy a matar a ese hombre cuando vuelva a casa. Se va a enterar de lo que vale un peine. ¿Y si me llega usted a ver desnuda? —se sintió estúpida por reaccionar de aquella forma tan infantil.

—Bueno, tú a mí ya me has visto más de la cuenta —intentó rebajar la tensión él.

—Eso es diferente —sentenció ella—. ¿A qué ha venido usted?

—¿Por qué no me tratas de tú, Rosa? Me siento muy incómodo con tanta formalidad. Al fin y al cabo no somos unos desconocidos, aunque tú insistas en tratarme como tal cada vez que tienes oportunidad.

—Llevo dirigiéndome de usted al señorito David toda la vida. No me haga usted ahora cambiar de costumbres. ¿A qué ha venido? —volvió a preguntar mientras se recostaba entre los almohadones.

—Vengo a tener una charla contigo.

—¿Una charla? ¿De qué tendría que hablar yo con usted?

—No sé de qué te extrañas tanto. Tenemos bastantes cosas en común.

—Lo dudo mucho.

—A los dos nos gusta el mismo tipo de lectura, ¿verdad? Había pensado que tal vez me pudieras prestar uno de esos libros que tanto te gusta coleccionar.

La señora Rosa le miró sin pestañear. Ander pudo ver cómo tragaba saliva en un intento de mantener la calma y no aparentar nerviosismo.

—No sé de qué me está hablando. Y ahora, por favor, déjeme descansar. Este dolor de cabeza me está matando.

—Enseguida me voy. Hace unos días, estuve en el despacho del padre de David. Tiene una biblioteca inmensa, con decenas de títulos a cada cual más interesante. Seguro que tú también has estado allí más de una vez. Me estuve entreteniendo durante un buen rato hojeándolos. Igual hasta me viste. Fue uno de esos días que me dejaste encerrado dentro del edificio principal.

—Ya le dije al señor Ruud que no lo hice adrede. Una tiene ya una edad, y a veces, olvido las cosas.

—No te preocupes, Rosa, si no te guardo rencor. El caso es que me interesó especialmente una serie de libros escritos por un familiar ya fallecido de David. Jacobus Vanner. ¿Te suena el nombre?

—Pues no lo sé, la verdad...

—Sí, hombre, sí. Seguro que lo recuerdas en cuanto te haga refrescar la memoria. Dejaste empeñados tres libros suyos en Logroño en el año 2005. Junto con un precioso abrigo de visón.

La señora Rosa se revolvió en su lecho y se desabrochó los tres botones superiores de la bata. Un sudor frío recorría su frente.

—¿Cómo sabe usted eso? —le espetó.

—No quiero entrar en detalles. Lo importante es que lo sé. Me pregunto si Ruud sabe que le cogiste prestados esos tres libros.

—Hice mal —trató de argumentar ella—. No tengo por qué contarle mi vida. Necesitaba dinero y aquellos libros tan lujosamente encuadernados me tentaron demasiado. Pensé que el señor Vanner no se daría cuenta. También empeñé el abrigo de visón de mi difunta madre, que Dios la tenga en su gloria. La arpía de la casa de empeños se rio en mi cara cuando le llevé solamente los libros en un principio. Así que no tuve más remedio que deshacerme también de él. ¿Qué pretende, hacerme chantaje?

—No empleemos una palabra tan fea, Rosa —dijo Ander con una sonrisa—. Creo que deberíamos empezar a llevarnos mejor. Digamos que necesito que me hagas un favor. A ti no te va a costar mucho, tranquila. A cambio, te prometo que guardaré tu secreto y no le diré a nadie que robaste esos tres libros.

—¿Qué es lo que quiere?

—Necesito un libro en concreto. Bueno, en realidad son dos. “*Los sueños como espejos del otro lado*” y “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*”.

—¿Para qué quiere usted esos libros? —el tono de voz de Rosa Iturritxu se había tornado especialmente agresivo al formular aquella pregunta.

—Eso es asunto mío. No te preocupes, en cuanto los haya leído te los devolveré para que los vuelvas a dejar en la biblioteca de Ruud.

—No me suenan de nada. No tiene por qué tenerlos el señor Ruud. No creo que tenga todos los libros que escribió Jacobus Vanner. Usted está loco.

—Déjame decirte que aquel día en que se te olvidó que me habías encerrado en la casa, por casualidad accedí al despacho donde tiene la colección de Jacobus Vanner. Me pasé un buen rato hojeando aquí y allá. Muy interesante su obra. “*Los sueños como espejos del otro lado*” fue uno de los que me dio tiempo a leer por encima, pero quisiera profundizar más en él.

—Si se entera el señor Ruud de que usted estuvo ahí sin que él lo supiera, le mata.

—Sí, ya sé que es muy receloso cuando se trata de su colección de libros.

—No me refiero a eso. Hágame caso, no juegue con fuego.

—Mira Rosa, si pretendes amedrentarme metiéndome miedo lo llevas claro. Necesito que te hagas con ese libro y averigües si también tiene allí guardado “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*”. Por supuesto, cualquier otra obra que esté relacionada con los sueños o el insomnio será bienvenida.

—No sabe usted dónde se está metiendo, joven —le dijo ella. Esta vez le pareció percibir cierto matiz de empatía en su mirada, como si quisiera advertirle con la mejor de las intenciones.

—Eso es problema mío, no tuyo. Por cierto, ¿qué fue de los tres libros que te llevaste?

—Los devolví al cabo de unos meses. El señor Ruud se volvió loco de alegría cuando los encontró —suspiró—. Mire, creo que voy a declinar su ofrecimiento. No tiene pruebas de lo que hice. No sé quién se lo habrá contado. El malnacido de Jacinto, seguro. No sé cómo se habrá enterado. Me tiene una envidia que no puede con ella. No soporta que en esa casa gane más dinero yo que él.

—No, no ha sido Jacinto. Y creo que sí vas a aceptar mi oferta, Rosa.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque no solamente tengo pruebas físicas que demuestran que tú fuiste quien llevó esos libros a la casa de empeños y que, la verdad, no me gustaría tener que enseñar. Sino que además sé la razón por la que pediste aquel préstamo y te arriesgarte a perder tu trabajo.

—No le creo. Está yendo de farol...

—Logroño es una ciudad pequeña. No digamos ya Lapuebla de Labarca y Laguardia, donde todo el mundo se conoce. No he probado en Lacaverna, pero seguro que por aquí corre el mismo rumor. Me pregunto si tu marido conoce tu pequeña afición al bingo.

—No sé qué patrañas le habrán contado, pero le aseguro que es todo mentira. La gente se aburre cotilleando sobre la vida de los demás, pero no tienen idea de lo que pasa de puertas adentro de una casa.

—¿Tú crees?

—¿Me está amenazando?

Ander la observó pensando muy bien las palabras que iba a pronunciar a continuación. La conversación era insostenible. Si no conseguía amedrentarla era probable que ella se negara a seguir hablando o, aún peor, que se pusiera a gritar pidiendo auxilio.

—Sé por qué te fuiste de casa de Sabina Elguea cuando David era pequeño. Bueno, más bien, sé por qué la tía de David te echó de su casa —Ander se estaba poniendo nervioso con aquella situación. Le incomodaba adoptar el papel de chantajista, pero era necesario que ella accediera a llevar a cabo lo que le había pedido.

—Tú no sabes nada —le dijo ella, abandonando repentinamente el trato de usted.

—Vamos, Rosa, no me hagas decirlo en voz alta.

—Vete de esta casa, descarado, pero ¿tú quién te crees que eres? Menuda pieza se ha llevado David. Primero fue aquella inglesa desvergonzada, que se le veían a la legua sus intenciones con el patrimonio del señorito. Y ahora llegas tú, un don nadie con aires de mafioso. ¿Qué le has hecho para que haya caído en tus redes? Que yo sepa jamás le han gustado los hombres. David no es así. Le has hechizado...

—¿Rosa, por favor! —le interrumpió Ander a punto de perder los papeles. Le repugnaba tener que estar hablando con aquella mujer—. No me hagas responderte a esa pregunta. Eso es algo entre David y yo.

—Yo sé que lo has hechizado...

—¿Me vas a ayudar o prefieres que Evaristo, Lacaverna y todo el planeta si hace falta se enteren de lo que hiciste? —volvió a cortarla.

Rosa Iturritxu se quedó mirando absorta a través de la ventana encajada en la muralla medieval que rodeaba la villa. Muchas de las viviendas de Lacaverna agujereaban aquel viejo cercado formando parte de él, como si hubieran estado toda la vida allí. Sus ojos se dirigían hacia una finca situada a las afueras de la localidad. David se situó detrás de ella. Reconoció a lo lejos el caserío de Sabina Elguea en medio de los viñedos. David le había mostrado fotografías de cuando era pequeño y vivía aún allí. En la distancia, aquella casona no parecía gran cosa. Sin embargo, ella la contemplaba con cierto respeto, como si no se atreviera a fijar sus ojos en ella durante mucho tiempo. Incluso le pareció percibir un leve temblor en sus labios. La señora Rosa estaba asustada. Pero a Ander le pareció que no solo temía lo que pudiera ocurrir si salían a la luz sus secretos. Había algo más. Su mirada mostraba un miedo aún mayor. Sus pupilas dilatadas estallaban en destellos de pánico. Aunque ella tratara de disimularlo a toda costa.

25.

El fantasma no lo era tanto. A pesar de su aparente sustancia etérea que no parecía amarrarle a nada en este universo y que se afanaba por escapar airosa de cada uno de los intentos de seguir su rastro, al final el más terrenal de los lazos le ataba al mundo de lo tangible. Jon Arkaute tenía una hija.

Elia Arkaute. Una aprendiz de enóloga que trabajaba en una conocida bodega de La Rioja Alavesa, muy cerca de Logroño. Al principio no reparó en ella cuando la vio varias veces acceder al edificio de apartamentos donde Jon Arkaute vivía en Getxo. Pero una circunstancia casual, probablemente no controlada por su padre, había delatado que entre ambos existía algún tipo de nexo. En una de sus salidas del bloque de pisos, Aimar Errekamendi se dio cuenta de que la joven llevaba en su mano el mismo casco de moto que había visto usar a su padre en tres ocasiones. Así que se había decidido a seguirla. En ese momento, el hombre no estaba en el edificio o al menos eso creía. Le dio la sensación de que Elia había decidido utilizar la moto sin su permiso. Elia Arkaute se dirigió al palacio de congresos Euskalduna de Bilbao. Un cartel enorme anunciaba en una de las fachadas la celebración de un congreso de enología en el que participaban varias empresas del sur de Europa. No le costó localizarla en una de las salas principales, conversando amigablemente con lo que suponía se trataba de otros colegas de profesión. La mayoría de ellos estaban acreditados y lucían una tarjeta identificativa colgada del cuello con su nombre y su lugar de trabajo. Cuando la tuvo delante confirmó sus sospechas. Elia Arkaute Zarate. Aquel nombre y el primer apellido no podían significar otra cosa que un vínculo familiar entre Jon Arkaute y ella. Lo más probable era que fuera su hija, tal vez una hermana pequeña. No le costó mucho averiguarlo. La joven era la hija que Jon Arkaute había tenido con Maialen Zarate, una arqueóloga ya fallecida. Gracias a este nexo de sangre, el fantasma de Jon Arkaute comenzaba a ser cada vez más nítido.

—Un hombre que le deja conducir ese aparato del diablo a su hija no es de fiar —le dijo *Ama* cuando se lo contó—. No me gustan las amistades que te estás echando últimamente.

—No son amistades, *Ama*, son las personas a las que estoy siguiendo por mi trabajo.

—No me vengas con pamplinas, ¿te crees que soy tonta? Ten cuidado, hijo mío. Tarde o temprano te llevarás un disgusto con ellas. ¿En qué trabaja ese hombre?

—No he sido capaz de averiguarlo. Estudió historia y filología vasca y francesa, pero salvo cuatro trabajos esporádicos que tuvo cuando terminó las carreras, no he conseguido saber a qué ha dedicado su vida durante los últimos quince años. Es como si jamás hubiera trabajado desde entonces. Lo cual no tiene sentido.

—Pues hijo, tu me dirás. Si vive en Getxo y tiene una moto y un coche, de algún sitio tiene que sacar el dinero.

—Ya te dije que el apartamento no estaba a su nombre sino al de esa misteriosa anciana, Sofia Arrizabalaga.

—Me da igual. Un hombre hecho y derecho como él no puede vivir del aire. Además, esa hija que tiene no ha cursado precisamente unos estudios baratos. ¿Quién se los pagó?

—Si ya sé que tienes razón. No me cuadra nada. Pero ahora por lo menos tengo dos hilos más de los que seguir tirando. Elia Arkaute y Sofia Arrizabalaga. Por cierto, esta noche no me esperes despierta.

—Ya sabes que yo no duermo, hijo.

—Lo que tú digas, *Ama*.

—¿Has quedado con alguna mujer?

—Pero ¿por qué piensas eso? Siempre estás igual.

—No lo sé, últimamente estás de lo más misterioso. Sé que no me cuentas cosas. Con lo que éramos tú y yo antes, hijo. Uña y carne.

—Es por trabajo, *Ama*. Tengo que hacer una incursión.

—¿Qué es eso?

—Nada, no puedo contártelo. Confía en mí. Tengo la sensación de que he encontrado una pista importante relacionada con Consuelo y esta noche voy a averiguarlo.

—Ay, hijo, pero ¿por qué me das estas preocupaciones? ¿Cómo me voy a quedar tranquila si sé que andas vagabundeando por ahí en mitad de la noche?

—*Ama*, por favor, que no soy un crío. Lo he hecho mil veces.

—La noche es para las brujas, cariño mío. Ten mucho cuidado. ¿Es que no tuviste suficiente con lo que te pasó de pequeño? Pobre niña mía. ¡Cómo ha podido hacerle alguien algo así! He visto esta mañana a la madre en las noticias, y estaba la pobre hecha polvo. No sé cómo se sale de una cosa así. Perder un hijo es lo más doloroso del mundo.

—Pero ¿de quién estás hablando, *Ama*?

—¿No te has enterado? Pues vaya *ertzaina* que estás tú hecho.

—¿Me lo vas a contar ahora o dentro de cuatro días? —la paciencia de Aimar a veces se agotaba cuando conversaba con su madre.

—“La *sorgina*”, el asesino ese de las niñas, ha vuelto a matar, cariño. En un pueblo de Álava, no me digas el nombre porque ya sabes que yo para eso no tengo cabeza. Dios la tenga en su gloria.

—He estado tan ensimismado con el seguimiento a la hija de Jon Arkaute que no he tenido tiempo de enterarme. Pero ¿seguro que estamos hablando del mismo *modus operandi*, o has oído campanas y no sabes dónde?

—Que sí cariño, otra vez con el camisón blanco la pobrecica. ¡Ay, Virgen Santa! ¡Cuánto monstruo hay suelto en el mundo!

Aimar Errekamendi accedió inmediatamente a Internet a través de su móvil. Todos los periódicos vascos digitales tenían la noticia en portada. La mayoría de ellos hablaban sin ningún tipo de pudor del carácter ritual de los asesinatos. “*Muere otra niña a manos de la bruja*”, “*La sorgina mata de nuevo*”, “*¿Por qué mata la sorgina?*”, eran algunos de los titulares con los que los digitales encabezaban sus informaciones. Aimar Errekamendi suspiró. Los recuerdos del pasado volvieron a acudir a su cabeza, pero esta vez no quiso que despertaran del todo. Estaba anocheciendo y llevaba demasiado tiempo trazando el plan para acceder al panteón de Begoña Argenta. Tenía que ser esa noche. Si todo salía según lo previsto, en pocas horas conseguiría descubrir qué era lo que Consuelo había ocultado allí.

26.

Un milano negro cruzó el firmamento batiendo brevemente sus alas y manteniéndolas extendidas la mayor parte de su recorrido mientras oteaba las vegas en busca de una presa. Su envergadura era bastante más grande de lo usual, probablemente alcanzaba los dos metros y medio. A pesar de su enorme tamaño y de su evidente intención depredadora, si uno no observaba directamente las alturas era prácticamente imposible percibir su presencia. El silencio de su vuelo era el preludio de la muerte que estaba a punto de ocurrir. Un roedor, probablemente una rata silvestre, se convirtió en su merienda a los pocos segundos de quedar al descubierto cuando trató de cruzar el camino que dividía la finca. En un instante su vida cesó de manera fulminante. La presión de las garras de la rapaz se encargó de cercenar su cuello y arrebató su alma animal. El ecosistema de aquel huerto repleto de viñedos continuó su ir y venir como si nada hubiera ocurrido. Era ley de vida. No como lo del asesino que estaba acabando con aquellas pequeñas en Bizkaia y Álava. Quienquiera que fuera había decidido salir de caza y había acabado ya con la vida de tres almas inocentes. Lorea Eguinalde, Ainhoa Uria y la última, Uxue García de Vicuña. Tres niñas que no percibieron el peligro o que simplemente fueron sorprendidas por aquella mente criminal cuando menos lo esperaban. La prensa aseguraba que la policía apenas tenía pistas con las que seguir sus pesquisas.

Sabina Elguea dio por terminado su paseo vespertino por los lindes de la finca donde se levantaba su caserío. Jamás hubiera imaginado que, a estas alturas del proceso del don de la vigilia, fuera a ser capaz de seguir caminando con buen paso. Su hermana Concha le insistía en la idea de que era posible que ella hubiera heredado los genes de Véspero, la madre de ambas, y por eso el don se ralentizaba en ella. Sabina sabía que no era así, pero no quería darle explicaciones a Concha.

Hacía unos meses había conseguido realizar el ritual de los que estaban antes para que los sueños premonitorios sobrevinieran. Se había arriesgado demasiado. No era recomendable realizarlo sin ayuda de uno o más familiares, pues a veces no resultaba sencillo escapar del trance. En otros tiempos, varias antepasadas habían fallecido por este motivo. Pero estaba tan desesperada ante el inminente fin de su vida, que no había tenido más remedio. Necesitaba concretar cómo se iba a abrir la puerta por la que los antiguos regresarían. El rito exigía llevar a cabo el levantamiento de párpados con las barras ancestrales que el linaje conservaba desde tiempos inmemoriales, y que no eran otra cosa que las agujas de hierro que las Madres heredaron a su vez de sus ancestros. Así se llevaba haciendo desde siempre. Las leyendas que habían trascendido al gran público y que mencionaban este rito hablaban sin tapujos del alzamiento de los párpados con esas barras, pero obviaban a menudo identificar esos instrumentos y jamás se referían a la poción en la que había que sumergir las agujas para alcanzar ese estado alterado de

conciencia. Era un secreto que no debía salir a la luz. Su magia residía precisamente en que solo los más preparados lo conocieran.

Le había costado recuperarse tras haberle sido revelado lo que había de venir. No podía creer que todo fuera a suceder de esa manera. En su vida hubiera imaginado que lo que tantos augurios habían vaticinado se traduciría al final en lo que había soñado. Pero no había duda, las imágenes se le habían mostrado nítidas. Todo sucedería a partir del tiempo de la vendimia, hacia finales de septiembre o principios de octubre. Los hermanos guardianes serían testigos de excepción de ello. No le hacía ninguna gracia que la vieja orden estuviera implicada en la apertura, pero había sido una ingenua al pensar que se mantendrían al margen. Llevaba mucho tiempo sin saber de ellos pero eso no significaba que no siguieran en activo, por mucho que intentaran camuflarse tras aquella fachada de organización cultural con nombre de flor. La Fundación Petunia. Menudo eufemismo. Quizás los linajes se habían relajado demasiado y no les habían vigilado como hubiera sido lo apropiado. Concha le había dicho que estaban inmersos en una guerra interna por el control de la orden y se alegraba por ello. No merecían nada bueno después de todo el dolor que habían causado. La prima Amelia le había dicho que incluso había habido muertes de por medio. Una tenue llama de esperanza había surgido en el horizonte, pero aún no era lo suficientemente fuerte como para permanecer prendida y propagarse. La Fundación llevaba siglos sumida en la oscuridad y, aunque había habido épocas de luz, al final nadie había sido capaz de derrocar a quienes la controlaban. Llevaban tiempo sin saber de ellos, sí, pero no debían menospreciar su poder.

—No te creo. Eso es imposible —le había dicho Concha poco antes de partir hacia Dorrao a ver a la prima Amelia.

—Te digo que era ella —le insistió. Sabina había mantenido aquella información en secreto hasta ese momento.

—Estás loca. ¡Cómo has sido capaz de realizar tu sola ese ritual del diablo! Dios no te va a perdonar en la vida. Podías haber muerto. O enloquecido.

—Si te hubiera pedido ayuda ¿me la habrías prestado?

—Jamás. Jesucristo nuestro Señor ilumina mi camino desde hace tiempo. Haberte ayudado hubiera sido traicionar mi fe.

—Tu fe, tu fe... ¡Tonterías! —le había gritado Sabina—. Te refugias en esos ritos cristianos porque necesitas aferrarte a algo que dé sentido a tu vida. Algo que alivie el dolor que te ha carcomido desde hace años. Algo que te dé esperanza, que te haga creer que te espera un lugar mejor más allá de tanta desgracia. Esa religión tuya no ha hecho más que apartarte de tu verdadera esencia, de lo que tú eres de verdad, por más que reniegues de ello. De tu linaje, que es mucho más antiguo que esa patraña en la que crees ahora, de tu familia, de todos nosotros. De mí. Pero ¿sabes qué es lo peor? Que en el fondo no has dejado de sentir y creer en todo lo que nos enseñaron Véspero y Amelia cuando éramos unas crías, porque sabes que es cierto. Lo sientes dentro de ti y por mucho que intentes alejarte de ello, jamás podrás.

—Tú qué sabrás...

—¿Pero es que no te das cuenta de la paradoja? ¿Es que no ves que si de verdad no creyeras en el poder del legado no habrías reaccionado como lo hiciste cuando me encontraste aquí aquella noche?

—Vine porque desde Lacaverna escuchamos cómo estallaban los cristales de tu casa. ¡Pensaba que había habido una explosión de gas!

—¡Qué gas ni qué ocho cuartos! Viniste echando leches porque percibiste que algo había ocurrido. Ni siquiera llamaste a la *Ertzaintza*. Además, tú solita te hiciste cargo de tranquilizar a medio pueblo cuando aporrearon la puerta preguntando si estábamos bien. Si no creyeras, no hubieras actuado así.

—Lo que tú digas...

—Te vi.

—¿Qué quieres decir?

—Que te vi cómo te postrabas ante ella y la saludabas —había contestado Sabina—. Pensaste que estaba demasiado aturdida como para darme cuenta, pero te vi. Te inclinaste ante la estatua de *Amari* y la honraste como hacías antes de tu falsa conversión al catolicismo. Acéptalo. Jamás has dejado de creer en el legado.

Concha Elguea ni siquiera había intentado desmentir lo que Sabina le acababa de decir.

—¿Estás segura de que era ella a quien viste en tu visión? —le había preguntado—. ¿Estamos hablando de la misma Anne Wellington, la novia de David?

—¿Cuántas veces quieres que te lo repita? Sí. Era ella —había respondido Sabina—. Me acuerdo perfectamente de su cara y de esa cabellera roja. La tuve comiendo enfrente mío. Solo que David ya no está con ella. Al menos eso es lo que me dijo Adrián.

—¿Entonces?

—No te enteras de nada —le había respondido Sabina enfadada—. Ellos. Los hermanos guardianes. La han tutelado en la sombra desde que era una niña. La escena que vi así me lo confirma. Si la orden cree que ella es la elegida, te puedo asegurar que hay muy poca probabilidad de que no sea así.

—Tengo mucho miedo, Sabina. No quiero que a David le ocurra nada malo. Ni a ningún miembro de la familia. No quiero que todo aquello por lo que nuestro linaje ha luchado todos estos siglos se derrumbe en un segundo. No quiero que nos arrebaten todo lo que nos pertenece.

—Pues espabila de una vez, porque lo tenemos bastante difícil. David se llevó la llave. Además, la hermandad puede ser un problema, pero te aseguro que no será el único. Otras sombras acechaban en el sueño que tuve. Si no lo evitamos, se derramará mucha sangre.

Hacía ya unos días de aquella conversación. Había querido mostrarse segura ante Concha, necesitaba a su hermana de su lado. Pero, en el fondo, tenía tanto miedo o más que ella. Al menos, el manuscrito que narraba la epopeya de Kara y Leuken, los héroes más célebres de entre sus ancestros, estaba a salvo con Amelia. Concha le había confesado que le había llevado el Libro del Linaje para que lo custodiara lejos de Lacaverna. Al principio se había enfurecido por haber tomado esa decisión sin contar con ella, pero después lo había pensado mejor y había terminado

alabando a Concha por habérselo dejado a Amelia. Ahora que se encontraba tan indefensa con el proceso del don de la vigilia en pleno desarrollo, no podía arriesgarse a que alguno de los enemigos de la familia hiciera una incursión en su casa y se lo arrebatara. Habían perdido la llave. No podían de ninguna manera perder el manuscrito.

Encendió el televisor del salón. No solía ver la televisión casi nunca. Prefería sumergirse en la lectura de alguno de los libros desperdigados por la planta superior de la casa. A veces, incluso bajaba a Logroño para buscar en alguna librería algún ejemplar que le llamara la atención. Pero esta vez tenía un propósito. Miró el reloj de la pared. El noticiero estaba a punto de comenzar. En la pantalla, la imagen de la verja junto a la que se había hallado el cadáver de la última víctima aparecía repleta de periodistas haciendo fotografías y realizando conexiones en directo.

—“*La sorgina*” ha acabado con la vida de la pequeña Uxue García de Vicuña, de siete años de edad, vecina del pueblo alavés de Murua, situado a escasos veinte minutos en coche de las cuevas de Mairuelegorreta, en pleno parque natural del Gorbeia. Tal y como ha informado la *Ertzaintza*, una pareja de senderistas ha encontrado el cuerpo de la menor esta mañana a las ocho. Según hemos podido averiguar, los padres de la pequeña pensaban que Uxue estaba pasando la noche en casa de una prima, también de Murua. Sin embargo, los padres de la otra niña aseguran que Uxue se encontraba indispuesta y decidió volver a su casa por su propio pie a eso de las ocho de la tarde. Jamás llegó a cruzar el umbral de la puerta. Apenas trescientos metros separan las dos casas, ubicadas en las afueras de la localidad. La prima de la menor ha tenido que ser hospitalizada presa de un ataque de ansiedad.

Sabina observaba las imágenes con atención, mientras el amargo regusto de la ira iba calando poco a poco en sus entrañas. No era la primera vez que veía aquella casa.

—Según los testigos el cadáver de la niña estaba colocado junto a la verja que cierra la entrada a la cueva, en su parte exterior, y aparentemente se encontraba intacto. La menor iba ataviada con una especie de camión blanco, al igual que las otras niñas. El juez ha decretado el secreto de sumario. Los vecinos de la zona están consternados y esperan que las autoridades den pronto con quien esté llevando a cabo estos atroces crímenes. El ayuntamiento de Zigoitia, al que pertenece el concejo de Murua, ha decretado tres días de luto oficial.

Sabina apagó el televisor. La ira había ido ascendiendo desde su estómago hasta la boca en forma de reflujo. Sintió el ácido en el paladar arañando la lengua. Se dirigió a la cocina y bebió un vaso de leche. Enseguida logró que la sensación se atenuara. Cuando se hubo recuperado del todo, llamó a Concha, pero nadie descolgó al otro lado. Lo intentó también con el teléfono fijo, pero con el mismo resultado. Tenía que hablar con ella inmediatamente. No había tiempo que perder. Tan nerviosa se puso tratando de comunicarse con su hermana que olvidó ponerse los zapatos cuando salió del caserío. Seguramente Concha se encontraba en la iglesia de Lacaverna, preparando alguna de sus actividades parroquiales. Si era necesario entraría en el templo, por mucho que le desagradara hacerlo. La última vez que lo hizo don Emiliano la expulsó a gritos como si acabara de ver al mismísimo diablo. Le daba igual. Si tenía que enfrentarse al sacerdote lo haría sin miramientos. Mientras tomaba el camino que llevaba a la colina sobre la que se

situaba el pueblo, maldijo el nombre con el que los periodistas habían bautizado al asesino de aquellas pequeñas. Y no solo porque tergiversaran el significado de aquella antigua palabra. Era imposible que una *sorgina* estuviera cometiendo esos crímenes. Una bruja jamás actuaría así. Y menos aún con alguien de su misma sangre.

27.

Mariona Maeztu les había recibido con los brazos abiertos en Amezketa. Se trataba de un pueblecito de Gipuzkoa situado a una hora en coche de Pamplona, en la parte septentrional del parque natural de Aralar. En cuanto Mechero consiguió su número de teléfono y pudieron contactar con ella, enseguida se mostró disponible para lo que hiciera falta. Según les contó, a pesar de que su relación con su madre siempre había sido distante, admiraba profundamente a la mujer que le había otorgado la vida. Por eso, en cuanto Anne le había dicho que estaban realizando una investigación acerca de algunos de los asuntos sobre los que en su día Margarita Toledo había indagado, les ofreció cuanto estuviera en sus manos para ayudarles. Aquella imagen afable y hospitalaria de Mariona Maeztu contrastaba bastante con lo que les había dicho Itziar Azurmendi de ella.

La hija de Margarita Toledo era una mujer de unos sesenta años, corpulenta y rubia, como lo había sido su madre cuando era joven. Tenía un marcado acento y pronunciaba la letra erre de una forma casi gutural. Les había recibido en la casa de Margarita, donde vivía con sus dos hijos varones, los dos solteros y que ya rondaban la treintena. Mariona había enviudado años atrás, según les contó.

—Espero que no os moleste tener invitados en casa —les dijo cuando Mechero y Anne llegaron—. Es el cumpleaños de Antxon y va a venir gente del pueblo. Espero que brindéis con nosotros. He hecho *goxua* por lo menos para treinta personas. Mis hijos dicen que soy una exagerada, pero más vale prevenir.

Dicho y hecho. A la media hora de llegar, comenzaron a aparecer por la casa alrededor de veinte personas de todas las edades. La mayoría de ellas hablaba en euskera, pero Anne no era capaz de enterarse ni de la mitad de las conversaciones. Su dialecto era para ella casi incomprensible. Ante la insistencia de Mariona, degustaron varias porciones de *goxua*, un postre típico elaborado con capas superpuestas de nata, bizcocho, crema pastelera y caramelo líquido. Anne tuvo que recurrir a su embarazo para tener una excusa y no ingerir más. En realidad, estaba empezando a sufrir una indigestión.

—*Amama* Maritxu, ponte en el medio que vamos a sacar una foto —dijo Mariona dirigiéndose a una de las ancianas de más edad. Como si todos se hubieran puesto de acuerdo sin mediar palabra, los niños se colocaron en la parte delantera sentados sobre la alfombra, los adultos detrás, arrodillados, y, a continuación, las tres mujeres más mayores, en el sofá. —Anne, *jatorra*, ¿te importa sacarnos una foto con mi móvil?

Anne obtuvo varias instantáneas con el teléfono de Mariona y con el suyo propio, y luego se las envió por *WhatsApp*. Una vez hubieron degustado el pastel y los cafés, algunos de los presentes se animaron con el pacharán. La anciana que respondía al nombre de Maritxu y que, según les explicó Mariona, era una de las mujeres más respetadas y queridas de Amezketa pues sus padres, sus abuelos, bisabuelos y tatarabuelos siempre habían residido allí, dio buena cuenta de la botella de licor. A continuación, Antxon y su hermano Joxe invitaron a todos a salir al porche. Junto a un inmenso árbol que presidía la entrada del caserío habían dispuesto dos enormes cestos cubiertos de hojas de maíz, y sobre estas, tres tablas de madera colocadas de manera paralela las unas respecto de las otras. Cada hermano se hizo con dos palos y ambos se situaron tras los maderos. Un impactante silencio se adueñó de todos los asistentes. Mechero observaba divertido la reacción de Anne, que contemplaba anonadada lo que allí estaba sucediendo. Antxon y Joxe comenzaron a golpear rítmicamente los palos sobre las tablas en una danza de envites y respuestas que iban alternando con diferentes ritmos y melodías. El sonido de aquel instrumento tradicional era hipnótico. Veinte minutos después acabaron su concierto y todos irrumpieron en un cálido aplauso. La anciana Maritxu lanzó al aire, como colofón a la fiesta, varios *irrintzi*, unos gritos agudos y largos que emocionaron a Anne hasta el punto de humedecer sus ojos. Al terminar, Mariona les hizo pasar adentro, a una salita situada al fondo de la planta baja.

—Me parece que es la primera vez que escuchas la *txalaparta*, ¿verdad? —le preguntó a Anne tras invitarles a sentarse en unos sillones—. Es un instrumento típico de aquí. Antiguamente se usaba en algunas zonas durante la fabricación de la sidra. Al terminar de triturar las manzanas solía organizarse una cena. Era una forma de invitar a todos los caseríos de alrededor a unirse a la fiesta.

—No sé qué me ha impactado más, si eso o los gritos de la *amama* Maritxu —contestó Anne.

—¿Nunca habías escuchado un *irrintzi*? —le preguntó Mechero—. Pues aquí es muy típico terminar una celebración así. Aunque hay que saber hacerlos, no te pienses que cualquiera puede.

—Mi madre los hacía de maravilla. No había boda en Amezketa en la que no le pidieran que los hiciera al salir de misa —apuntó Mariona.

—Mariona, le agradecemos que nos haya recibido de esta forma tan acogedora —dijo Anne.

—Trátame de tú, por favor.

—De acuerdo. Nos has dicho antes que admiras mucho a Margarita.

—Sí, se me parte el alma cada vez que la veo en esa silla de ruedas con la mente nublada. Si la hubierais conocido cuando estaba bien...

—Margarita fue una eminencia en su época —dijo Anne—. Es una lástima que acabara prácticamente olvidada para la historia.

—Mi madre formuló una teoría muy arriesgada. Una especie desconocida de homínidos que convivió con el *homo sapiens* y el hombre de Neanderthal, con un lenguaje propio que ya plasmaba por escrito cuando aún faltaban milenios para que se inventara la escritura. Ella sabía que se la jugaba al hacerlo, pero fue valiente y no quiso traicionarse a sí misma. Lo que hicieron con ella es imperdonable. Tuvo muchos detractores y también muchas traiciones, de gente que no se esperaba.

—¿A qué te refieres? —preguntó Mechero.

—Lo que más le dolió fue lo que le pasó en Gasteiz.

—¿En Vitoria? —preguntó Anne. El recuerdo de Peter Magnusson a punto de abalanzarse sobre ella con aquella espada en el palacio de Montehermoso la dejó fuera de juego durante un instante.

—Sí. Sucedió un año después de que mi madre publicara su primer artículo sobre los hallazgos de las cavernas de Rumanía. Los promotores de un edificio de pisos de lujo en pleno casco viejo la contrataron. Mi madre tenía que analizar unos restos que habían aparecido en el subsuelo del solar donde pretendían levantarlo. Anteriormente, esa parcela estaba ocupada por un ruinoso bloque de viviendas. Al parecer querían instalar unos cimientos especiales que soportaran la estructura del edificio que iban a construir y al excavar se encontraron con algo muy raro. Huesos.

—¿Huesos? ¿Y no llamaron a las autoridades? —preguntó Mechero.

—No. Les pareció tan extraordinario lo que habían descubierto que pensaron que podían sacar tajada en el mercado negro. Además, las excavaciones se habían realizado junto a la muralla medieval, con lo que era casi seguro que si el hallazgo salía a la luz no les habrían dejado llevar a cabo el proyecto. Pero antes que nada, lo primero que necesitaban eran arqueólogos especializados que les confirmaran qué era exactamente lo que acababan de encontrar.

—¿Y por qué llamaron a Margarita? —quiso saber Anne.

—Ellos directamente no lo hicieron. Fue un experto al que Margarita había conocido en el pasado y que los promotores del inmueble habían contratado para liderar la investigación. Koldo de Andrés.

Anne y Mechero giraron su cabeza casi a la vez para mirarse. Así que el profesor De Andrés, el célebre jardinero de la Fundación Petunia al que llevaban meses persiguiendo, era la persona que había solicitado el consejo profesional de Margarita Toledo. Demasiada casualidad.

—¿Qué tenían de raro esos huesos? —preguntó Anne temiendo la respuesta.

—La mayoría eran restos humanos de diferentes épocas, los más antiguos del siglo IX. Pero entre todos los huesos, encontraron partes de varios esqueletos que no encajaban con nada que hubieran visto antes. Varias de las tibias y húmeros que descubrieron no podían pertenecer a humanos, a pesar de su apariencia.

—¿Pero por qué?

—Porque si hubieran pertenecido a una persona, los individuos en cuestión hubieran medido en vida casi dos metros y medio de altura. En uno de los casos incluso hubiera superado ese límite. Además, eso no es todo. Junto a los restos óseos, encontraron unas extrañas inscripciones grabadas en una enorme piedra que, sencillamente, no podía estar allí.

—¿Una piedra? —Mechero estaba a punto de perder la paciencia. No soportaba la lenta cadencia con la que Mariona Maeztu les estaba dosificando la información.

—Koldo de Andrés estaba convencido de que esa piedra era un ortostato. Uno de esos bloques verticales que sustentan las losas coberteras de los dólmenes. Las inscripciones que aparecían en esa piedra contenían algunos de los extraños símbolos que mi madre había encontrado en las cuevas de Rumanía.

—Ahora entiendo la conexión —dijo Anne—. ¿Y por qué has dicho que lo que más le dolió a Margarita fue lo que le pasó en Vitoria?

—Mi madre me contó que aquella experiencia profesional fue, después de lo de las cuevas rumanas, una de las épocas más apasionantes de su carrera como arqueóloga de campo. Los promotores, previendo el dinero que podían ganar con el descubrimiento, compraron tres inmuebles más situados también junto a la muralla y que estaban ruinosos. Los echaron abajo y excavaron el subsuelo. En los tres solares volvieron a encontrar restos óseos humanos de diferentes siglos, y en dos de ellos hallaron de nuevo huesos de seres que tenían que haber pertenecido a dos mujeres muy altas, muy por encima de la estatura media de los esqueletos de épocas posteriores. Koldo de Andrés lo llamó “cementerio de gigantes”, en parte debido al hallazgo de la enorme piedra del dolmen, un monumento funerario. Estaba convencido de que la muralla de Gasteiz había sido levantada, consciente o inconscientemente, sobre una necrópolis de esos seres.

—Pero ¿qué ocurrió con Margarita? —preguntó Anne.

—Koldo de Andrés la traicionó, aunque no ha sido la única traición que ha sufrido. Bueno, eso lo pienso yo, aunque ella jamás quiso admitirlo de esa manera. Mi madre les presentó un primer borrador del análisis que había realizado en la piedra del dolmen y de la noche a la mañana las excavaciones fueron clausuradas, los restos óseos desaparecieron y con ellos Koldo de Andrés. Nunca volvió a saber de él.

—Me da mucha rabia lo que han hecho con Margarita —dijo Anne—. Y lo peor es que ella jamás verá reparada su reputación. Por lo que has dicho, veo que consiguió interpretar esos signos ancestrales.

—Mi madre tenía aquí su despacho. Antes de que comenzara su enfermedad se pasaba horas encerrada inmersa en el análisis de diferentes lenguas, tratando de encontrar la llave que le permitiese descifrar aquel idioma. Mi madre no era lingüista, así que tuvo que recurrir a viejos amigos y contactos para su propósito. Estaba obsesionada con el hecho de que esa especie desconocida de homínidos hablaba y escribía esa extraña lengua. Cuando ya estaba viviendo en la residencia de Pamplona, yo la traía hasta aquí la mayoría de los fines de semana y en cuanto cruzaba el umbral de la puerta subía a su despacho y allí permanecía casi todo el rato. Un domingo por la mañana, muy temprano, serían las seis de la mañana, entró en mi habitación mientras yo aún dormía. Me pegó un susto de muerte cuando abrí los ojos y la vi plantada junto a la ventana, mirándome en silencio. Lo que me dijo en ese momento no se me olvidará en la vida. Nunca llegaré a saber si estaba lúcida o no, porque desde ese momento su estado empeoró de manera considerable y ya no fue capaz de mantener una conversación coherente.

Mariona Maeztu sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se secó las lágrimas que habían asomado a sus ojos. Anne Wellington la observaba a su vez emocionada.

—¿Qué te dijo Margarita? —le preguntó.

—Ni siquiera me dio los buenos días ni me dijo hola ni nada. Simplemente abrió la boca y con una sonrisa me dijo: “*Son ellos. Nuestros ancestros*”, a lo cual yo le repliqué que se explicara, que no la entendía. Se acercó hasta el borde de la cama y me susurró: “*El euskera, hija. He descubierto el origen del euskera*”.

Mechero se levantó del sillón y se puso a pasear alrededor de la mujer. Necesitaba un cigarro imperiosamente.

—Pero entonces, Margarita ¿consiguió descifrar esos signos?

—Sí. La clave estaba en el ortostato que se encontró en las excavaciones junto a la muralla de Gasteiz —continuó Mariona—. Según mi madre, gracias a esas inscripciones consiguió descifrar parte de aquel lenguaje y lo identificó con el euskera. Todo lo que había descubierto lo plasmó en su cuaderno de bambú. Lo llevaba con ella a todas partes.

Anne Wellington posó sus manos sobre su vientre. Notaba una presión desagradable en la parte inferior. Itziar Azurmendi, la periodista de La Luz de Navarra, les había dicho que Mariona nunca llegó a saber que su madre había descifrado la lengua de aquellos homínidos.

—Pero entonces esa piedra del dolmen de Vitoria sería una especie de piedra de Rosetta del euskera —añadió Mechero mientras hacía chasquidos con su encendedor—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo consiguió saber que esos signos pertenecían al euskera?

—No lo sé y me temo que nunca lo sabremos —dijo Mariona—. Esa misma tarde mi madre tuvo una crisis y la tuvimos que llevar al hospital. Estuvo varios días ingresada y cuando salió nos recomendaron no moverla de la residencia de Pamplona.

—¿Y ese cuaderno dónde está? —preguntó Anne.

—Desapareció —contestó—. Mejor dicho, alguien se encargó de hacerlo desaparecer.

—¿Lo robaron?

—Poco antes de que mi madre perdiera definitivamente la cabeza, se hizo amiga de una periodista de Pamplona que a mí me dio mala espina desde el primer momento. Me parecía muy raro y muy insistente su interés por el trabajo de mi madre. Discutí más de una vez con ella, avisándole de que tuviera cuidado. Una vez sorprendí a esa mujer hurgando en el armario de la habitación de mi madre en la residencia. Ella pensaba que yo ya me había ido, pero regresé al cuarto a por el bolso, que me lo había dejado olvidado, y la pillé *in fraganti*. Me enfrenté a ella y amenacé con denunciarla a la policía, pero finalmente no quise hacerle pasar por ese mal trago a mi madre. Le dije que se desentendiera de ella, que no era de fiar, pero no me hizo caso. Otro día, mi hijo Antxon se la encontró merodeando alrededor de esta casa, en plena noche. A saber lo que pretendía. No sé cómo lo hizo, pero sé que fue ella. Sé que ella robó ese cuaderno.

—¿Cómo se llamaba esa periodista? —preguntó Mechero haciéndose el tonto. Era evidente que había llegado a la misma conclusión que Anne.

—Itziar Azurmendi. Si pretendéis acudir a ella para que os ayude con vuestro trabajo, olvidaros. Os hará creer que es una mujer amable y dispuesta a ayudar, pero se aprovechará de vosotros. Es una arpía que solo busca su propio éxito a costa de los demás, a saber con qué intenciones.

Anne apagó la radio en cuanto el programa de noticias comenzó otra vez a hablar de la tragedia de las niñas asesinadas por “la *sorgina*”. Algo nuevo había ocurrido, pero no estaba de humor para aguantar el tono despectivo y machista de dos de los comentaristas cuando se refirieron a la bruja que estaba cometiendo los crímenes. Mientras circulaban a toda velocidad de regreso a Pamplona con la intención de presentarse en la redacción de La Luz de Navarra, Mechero hurgaba en el teléfono móvil de Anne, mirando las fotografías que ella había tomado en casa de Mariona Maeztu. Anne iba al volante, a pesar de lo incómoda que estaba por culpa del tamaño de su vientre. Pero no había tenido más remedio. Antes de ni siquiera darse cuenta,

Mechero había encendido un porro en cuanto se despidieron de la hija de Margarita Toledo. No estaba en condiciones de conducir.

—Itziar nos la ha colado. Hemos caído en la trampa como unos idiotas —iba murmurando mientras posaba el dedo anular de su mano derecha sobre la pantalla e iba visualizando las distintas imágenes.

—Creo que Mariona no se equivoca. Itziar Azurmendi nos ha mentado y posiblemente lo ha hecho porque tiene el cuaderno de Margarita Toledo y no se fiaba de nosotros. Supongo que ha pensado que tanto interés por nuestra parte en Margarita era demasiado sospechoso.

—Eres una pringada, pelirroja —le dijo él mientras levantaba la vista y observaba el horizonte a través de la luna delantera del coche—. Esa tía ha visto que le estorbábamos. Está claro que o bien Margarita le entregó el cuaderno o se lo robó ella, y no quiere que nadie se interponga en su camino. Ya has oído a Mariona hablar del valor que tienen este tipo de hallazgos en el mercado negro. Imagina lo que puede valer ese cuaderno si de verdad demuestra el origen del euskera y su relación con esa especie desconocida de homínidos. Será cabrona, la muy...

—¡Mechero, controla esa lengua! A ver si te crees que porque estés colocado tengo que aguantar tanta burrada —le respondió Anne de manera cortante. Aunque el joven le sacaba de quicio muchas veces, tenía que reconocer que en esta ocasión probablemente tuviera razón.

—Yo flipo, tía. Un cementerio de gigantes. Es que solo de imaginármelo me pongo cachondo. Así que tenemos bajo la muralla de Vitoria una necrópolis de esos bichos.

—No puede ser casualidad que trasladaran a Véspero Aizaga, la abuela de David, a la residencia del casco viejo de Vitoria. El edificio en el que vive está pegado a la muralla. Tiene que haber una razón para que la familia de David así lo decidiera.

—¡Joder! ¿Te parece poco motivo el hecho de que esa vieja quiera estar junto a los restos de sus ancestros? Si lo que descubrieron en las excavaciones junto a la muralla es cierto, la colina donde se levantó primero la antigua aldea de Gasteiz y más tarde la muralla de Vitoria es poco menos que el Stonehenge del País Vasco. Un lugar aún más sagrado que el poblado berón de La Hoya.

—Además, tiene sentido con lo que se narraba en la leyenda del fin de los gentiles que Peter Magnusson me reveló —dijo Anne.

—Me he perdido —dijo Mechero.

—Acuérdate lo que ocurrió después de que el viejo gigante tuviera ese sueño premonitorio. Cuando le levantaron los párpados con unas barras para que interpretara el significado de la extraña nube que los gentiles estaban viendo en el horizonte. El anciano les anunció que era el fin de su raza, aunque su lengua perduraría en el tiempo. Y a continuación les pidió que le empujaran montaña abajo para acabar con su vida.

—Y después, sus hermanos gigantes escondieron su cuerpo bajo las piedras sagradas. Y corrieron. Y nunca más se supo de ellos. Me he aprendido la leyenda esa casi al pie de la letra —dijo orgulloso el joven jardinero.

—Me sorprende que puedas acordarte de algo en el estado en el que estás ahora mismo —dijo Anne con un tono algo sarcástico—. Pero sí. Fíjate bien en lo que acabas de decir. Los gigantes escondieron el cuerpo del anciano clarividente bajo las piedras sagradas. Más claro no puede ser.

—Las piedras sagradas son los dólmenes. Esa parte de la leyenda se repite de una u otra manera en la mayoría de las versiones del mito.

—¿Y qué es lo que encontraron los arqueólogos en las excavaciones junto a la muralla aparte de restos óseos?

—La piedra esa del dolmen que contenía las inscripciones con las que supuestamente Margarita logró descifrar los signos de la lengua de los gigantes.

—Todo encaja. La leyenda del fin de los gentiles que me contó Peter Magnusson hablaba claramente del monte Gorbea, que está a pocos kilómetros de Vitoria. Hablaba de la ciudad de la alianza situada sobre una colina en mitad de una llanura presidida por ese monte. Es evidente que se está refiriendo al cerro donde se levantó la primitiva Vitoria, la aldea de Gasteiz. La llanura del relato es la Llanada Alavesa, está claro. Y además hablaba de las piedras sagradas donde enterraron el cuerpo del anciano vidente.

—¿Desde cuándo las cigüeñas vuelan en bandadas de cientos? —dijo de repente el joven, señalando la luna delantera del coche.

Anne pensó que estaba bromeando. O que estaba alucinando. Seguramente le estaba sentando mal el porro. Pero cuando dirigió su mirada hacia donde señalaba Mechero, vio exactamente lo que él le había dicho. Decenas, probablemente cientos, de cigüeñas negras y blancas, sobrevolaban por delante de ellos la carretera que los llevaba de vuelta a Pamplona, en un extraño desfile que formaba una figura armónica en el firmamento y en el que todas las aves parecían guardar exactamente la misma distancia las unas con las otras. La escena le recordó al acompañamiento que solían hacer los delfines a los barcos cuando se topaban con ellos en altamar.

—Flipo con los pájaros estos. Son súper listos —dijo al cabo de un rato mientras volvía a inspeccionar el móvil de Anne revisando la galería de fotos. La inglesa trataba de concentrarse en la conducción, a pesar de lo turbadora que era la presencia de todas aquellas aves volando juntas. —Me ha encantado la abuela esa, Maritxu. Pedazo de *irrintzi* que ha soltado al final. Para ponerle un monumento. Mírala aquí, qué maja, como sonreía con esa boca sin dientes.

—Mechero, céntrate, por favor —le dijo Anne—. Cambias de tema cada dos segundos. ¿No ves que estoy tratando de no distraerme con todas esas cigüeñas delante nuestro?

—Oye, ¿y esta otra abuela quién es? —preguntó él mostrándole una de las instantáneas que había sacado Anne cuando habían posado todos los invitados juntos en el sofá—. Tengo que estar muy colocado, sí, porque no me acuerdo para nada de ella. Mira.

Anne hizo un gesto de desagrado con la cabeza y observó la fotografía. Enseguida volvió a fijar los ojos en la carretera.

—¿A ti te suena esa mujer? No estaba, ¿no? O igual es que Mariona nos ha metido *monguis* en el *goxua* y estoy alucinando de verdad. Nunca me han gustado las setas alucinógenas, pero oye, si colocan así igual me cambio...

—¿Te quieres callar de una vez? —le gritó Anne.

—¡Vale, vale, chica, cómo te pones! Joder con la inglesita, encima que la entretengo para que no se aburra en el viaje...

—Enséñame la foto otra vez —le dijo ella. Le sudaban las manos y trató de secárselas rápidamente con el pantalón para poder seguir conduciendo. Mechero volvió a mostrársela.

—Pelirroja, ¿te encuentras bien? Te noto un poco pálida. Si quieres podemos parar en esa área de servicio...

No le dio tiempo a terminar la frase. Anne se salió de la autopista sin reducir la velocidad y tuvo que frenar en seco en medio de la curva que llevaba a la zona indicada por Mechero. El joven se golpeó la cabeza con el cristal de la puerta del copiloto pero, afortunadamente, el frenazo no tuvo mayores consecuencias. Mientras trataba de recomponerse observó a la jardinera, que parecía aterrorizada.

—¿Qué te pasa Anne? ¿Estás bien? Ni que hubieras visto un fantasma.

Anne le miró con los ojos desbordados por un turbio torrente de rabia y pánico a partes iguales. Claro que había visto un fantasma. La misteriosa anciana de la que le hablaba Mechero y que aparecía posando en la fotografía junto a la *amama* Maritxu era La Vieja. Aquel demonio que no dejaba de acosarla. Miraba fijamente a la cámara, con sus ojos perdidos y ausentes, como si estuvieran atrapados en otro lugar a muchos kilómetros de allí. Ahora entendía lo extraño de aquella multitudinaria bandada de cigüeñas. Las aves acompañaban casi siempre a La Vieja. Había pasado mucho tiempo, pero aún recordaba el primer encuentro que tuvo con ella en el museo Guggenheim de Bilbao meses atrás. Por lo visto aquella mujer tampoco se había olvidado de ella. Cogió de nuevo el móvil y volvió a observar la imagen. Una ligera sonrisa se dibujaba en los labios de aquel espectro, como si esperara que Anne la descubriera al revisar las instantáneas que había tomado. Un escalofrío la recorrió de arriba a abajo. Y en vez de alegrarse por no haber sido objeto de una nueva agresión, una pregunta sin respuesta la atormentó durante el resto del viaje. Por qué. Por qué La Vieja no la había atacado como las anteriores veces.

28.

Mechero no dejaba de atosigarla preguntándole cada cinco minutos qué era lo que le había ocurrido. No acertaba a comprender por qué Anne había reaccionado de esa manera. Habían tenido mucha suerte de que ningún otro vehículo se topara con ellos en mitad de aquella curva. Los efectos de la droga teñían aún su visión de la realidad, por lo que no estaba siendo consciente del todo del tono agresivo con el que interrogaba a la jardinera. Nada más llegar a Pamplona habían decidido dejar el coche en un *parking* disuasorio para continuar caminando hasta la redacción de La Luz de Navarra, que no quedaba demasiado lejos. Él necesitaba dar tiempo a que los efectos narcóticos se atenuaran en su organismo y ella necesitaba pasear y aclarar las ideas. La luz crepuscular del atardecer alumbraba sus pasos, aunque Anne no fuera capaz en ese momento de dispersar las nubes cargadas de incertidumbre que no le dejaban ver su futuro más inmediato.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —le preguntó Mechero. Anne no aguantaba más. Por un lado, necesitaba desahogarse con alguien, contarle aquel secreto que la atormentaba desde que había llegado a Bilbao, cuando aquella misteriosa mujer se le había aparecido por primera vez. Y, por otra parte, deseaba con todas sus fuerzas que Mechero se callara de una vez y la dejara tranquila, necesitaba pensar. Demasiadas emociones para el mismo día. Así que, en un momento de debilidad, le había contado todo al joven.

—Te acabo de decir la verdad. Puedes creerla o no. Ese es tu problema, no el mío —le respondió ella harta de la situación.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—No sé si tiene nombre. Begoña me dijo poco antes de la explosión del invernadero que muchos la conocían como La Vieja. Otros la llamaban La Enlutada. No soy la única que la ha visto por lo que parece.

—Yo flipo. O sea que al parecer se te está apareciendo esta vieja desde que llegaste a Bilbao y no me habías dicho nada. Me pregunto qué sabía Begoña de todo esto. Jamás me contó nada parecido. ¿Y dices que casi siempre aparece con algún pájaro?

—Sí.

—Pero ¿cómo? No entiendo nada.

—Digamos que nuestros encuentros no han sido muy agradables. La primera vez, en el Guggenheim, mató a un pájaro delante mío. Cuando estuve con David en La Rioja Alavesa, me lanzó otro al parabrisas del coche. En Vitoria, mientras recorría el casco viejo, decenas de palomas me rodearon, como si estuvieran rabiosas, antes de que ella apareciese. De una u otra forma está vinculada a las aves. No me preguntes por qué.

—Ahora me explico lo de las jodidas cigüeñas de antes —dijo él—. Así que tenemos a una vieja, un fantasma que se te aparece, normalmente acompañada de uno o varios pájaros, y hasta ahora siempre te había atacado.

—Bueno, en el casco viejo de Vitoria se echó para atrás. Estoy convencida de que iba a atacarme, pero en el último momento cambió de opinión.

—Desde luego hoy no te ha atacado. Al contrario. Parecía como si todas esas cigüeñas nos estuvieran guiando hacia Pamplona.

—¿Tú has visto bien la foto en la que aparece junto a la *amama* Maritxu en casa de Mariona? Está posando. Está sonriéndome. Sé que estaba posando para cuando yo viera después la imagen.

—A ver, pelirroja, sé que estás estresada con todo este tema de la vieja esta, pero creo que exageras un poquito, ¿no?

—Tú no lo entiendes. Va a por mí. Es su forma de decirme “No me he olvidado de ti”.

—¿Y crees que está relacionada de alguna manera con la profecía?

—¿En serio me lo preguntas? Es evidente. La primera vez sucedió el mismo día que me entrevistó Begoña Argenta para entrar en la Fundación. Es como si hubiera querido desde el primer momento hacerme desistir y no investigar el código 60.

—Pero lo que me extraña es que yo también la veo en la fotografía. ¿Cómo es posible?

—No lo sé. Como te he dicho, Begoña me dijo que yo no era la única que la había visto. Quizá ha querido que tú también la veas.

—Enséñamela otra vez. Quiero quedarme bien con su cara, por si vuelve a aparecer.

Anne sacó el móvil de su bolso y lo desbloqueó. Se lo entregó a Mechero. Se sentía libre después de haberle contado todo aquello. Mechero podía ser muchas cosas, pero una de sus virtudes era restar importancia a lo que *a priori* parecía más grave o preocupante. Era la forma que tenía de decirle que estaba con ella y la apoyaba.

—No está —dijo él tras rebuscar en la galería de fotografías del teléfono

—A ver, déjame a mí —le dijo ella arrebatándoselo. Al cabo de varios intentos infructuosos, lo volvió a guardar en el bolso. —Perfecto. Nos hemos cargado la única prueba que teníamos de su existencia.

—¿Tú crees que la hemos borrado sin querer? Para nada. Yo creo que lo ha hecho ella. Es como si hubiera permitido que yo conozca su existencia pero me estuviera advirtiendo a la vez de que no me pase de listo largándolo por ahí.

El edificio que albergaba La Luz de Navarra estaba a pleno rendimiento, a pesar de ser ya casi de noche. Varios redactores discutían en una de las salas sobre algo que acababa de ocurrir, mientras se afanaban en descolgar teléfonos. Dos de ellos miraban tres pantallas de televisión que había colgadas del techo. En todas ellas, varios canales emitían lo que parecía la misma noticia. Anne y Mechero trataban de que la mujer que atendía la recepción les hiciera caso, pero ella parecía más interesada en responder a la persona con la que hablaba por teléfono. De vez en cuando levantaba la mirada hacia las pantallas de televisión.

—Perdona, ¿nos vas a atender hoy o volvemos mañana? —preguntó Mechero perdiendo la paciencia. Anne le pisó el pie derecho, como señal para que se mantuviera callado.

—Disculpe a mi compañero. Está un poco nervioso. Nos gustaría hablar con Itziar Azurmendi, por favor. Somos conocidos suyos.

La mujer colgó por fin el teléfono. Tenía la cara desencajada.

—Madre mía, madre mía —dijo mientras echaba un ojo de nuevo a las pantallas de los televisores y mordisqueaba las uñas de su mano izquierda—. Es que no hay derecho. Es que es una vergüenza, de verdad. Pobrecitas mías. Pobrecitas mías. ¡Qué malnacido!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Anne. Estaba claro que la recepcionista quería hablar de algo.

—¿No os habéis enterado? Que está claro que es un asesino en serie. “La *sorgina*”. Que resulta que ha matado a otra chiquilla.

—Sí, lo hemos escuchado antes en el coche. Pero ya se sabía, ¿no? Una niña en no sé qué pueblo de Álava.

—Que no, que no. Esa que dices tú es la niña de Murua, sí, la que ha aparecido a la entrada de las cuevas de Mairuelegorreta, en el monte Gorbea. Uxue se llamaba. No me acuerdo ahora del apellido.

—¿Pero han matado a otra o cómo? —preguntó Mechero mientras Anne buscaba información en su teléfono móvil.

—Sí, pero no ahora —contestó la mujer—. Hasta ahora habían salido a la luz los asesinatos de las niñas del Balcón de Bizkaia, la de Atxondo y Uxue, la de Murua. Pero resulta que la policía ya sabía que “la *sorgina*” había matado antes.

—No entiendo nada —dijo Mechero.

—Al parecer Informe Criminal ha descubierto que la investigación policial contempla la muerte de otra niña a manos del mismo asesino—dijo Anne mientras leía la información en su teléfono.

—¿Qué coño es eso de Informe Criminal? —preguntó él.

—Un programa de televisión de sucesos. Esta tarde han emitido un avance de un especial que van a echar esta noche y se está armando buena. Creo que la *Ertzaintza* ha solicitado al juzgado que tome medidas cautelares para que no se emita el programa —les explicó la recepcionista.

—Aquí lo tengo. Paula Lombardo. Una niña de Orduña, hija de un empresario italiano y de una vecina del pueblo dueña de una granja ecológica bastante conocida por lo que parece. Al parecer, alguien está filtrando la información antes de que se emita el programa completo esta noche —anunció Anne.

—No me extraña. Quieren impedir su retransmisión para no alarmar más a la opinión pública, así que supongo que los de la cadena han tomado medidas para que se sepa todo antes de que el juzgado emita el auto paralizando la emisión —dijo la mujer—. Una exclusiva es una exclusiva.

—Pero ¿cuándo murió? —preguntó interesado Mechero.

—Según lo que pone aquí, hace unas semanas la niña desapareció durante una excursión a la Sierra Sálvada. Es una cordillera montañosa situada entre los límites de Bizkaia, Burgos y Álava. La policía estaba investigándolo como una desaparición hasta que encontraron su cadáver hace tres días en el interior de una sima no muy profunda, a los pies del monte Eskutxi. Parece que la pequeña se despistó del grupo con el que realizaba la actividad y acabó cayendo dentro.

—Pero entonces no sigue el mismo patrón que con las otras niñas, ¿no? ¿No se supone que las otras han aparecido con un camisón blanco y no sé qué cosas más? —preguntó Mechero.

—Ahí está el quid de la cuestión —le interrumpió la recepcionista—. Los de Informe Criminal llevan anunciando toda la tarde que esta noche van a dar más datos para explicar la conexión entre todos los crímenes. Han tenido acceso a la autopsia que le hicieron a Uxue y resulta que la forense dictaminó que la niña había muerto por asfixia, igual que las otras.

—Lo cual no encaja para nada con la hipótesis de un supuesto accidente en la montaña —dijo Mechero.

—El mundo está lleno de hijos de puta. Pobrecicas mías. A ver si atrapan de una vez a quien quiera que esté haciendo esto, por Dios. Es que una ya no va a poder salir con los hijos de casa —añadió la mujer—. En fin, perdonad que me ponga así. Es que pienso en mi Haizea y mi Rebe y me pongo mala solo de pensar que les pueda pasar algo parecido. ¿Qué queríais?

—Somos conocidos de Itziar Azurmendi. Queríamos hablar con ella —dijo Anne mientras acariciaba su vientre. Comprendía a la mujer. Si alguien hiciera algo a la criatura que llevaba dentro no quería pensar cómo reaccionaría.

—Itziar no está.

—¿Cuándo vuelve? —preguntó Anne.

—Pues no lo sé, porque aquí como todo el mundo hace lo que le da la gana...

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó Anne.

—Ha venido esta tarde a primera hora a buscarle ese novio suyo que se ha echado y le ha dejado todo el marrón a Maribel, la subdirectora. Se ha cogido unos días libres que le quedaban.

—Pero ¿cuándo vuelve? —insistió Anne.

—No lo sé, maja. Ya lo siento. Donde manda la patrona... ya sabes. Maribel está que trina. Creo que ha comentado por ahí que una semana, pero no lo sé seguro. Si queréis la llamo al móvil a ver si me coge, o si preferís llamarla vosotros...

—No, tranquila. Ya volveremos en otro momento. No es urgente —dijo Anne.

Mechero la miró sin comprender muy bien qué había querido decir con lo de que no era urgente. Claro que era urgente. Tenían que recomponer todo aquel maldito rompecabezas cuanto antes. Al salir por la puerta de la redacción, el joven sacó su teléfono móvil y, volviendo sobre sus pasos, le mostró a la recepcionista una fotografía.

—Perdona que te moleste otra vez. Esto ya es cotilleo puro y duro. Si no quieres no me contestes, pero cuando has dicho lo de que había venido su novio a buscarla... ¿te refieres a Koldo? ¿ha vuelto con él? No sabía que hubieran vuelto —sonrió mientras le mostraba una instantánea de Koldo de Andrés. Anne entendió al momento qué pretendía averiguar con aquella estratagema. Mechero estaba pensando que tal vez ese hombre que había venido a buscarla no fuera su novio sino el profesor De Andrés. Puede que incluso estuviera compinchado con ella para sustraer el cuaderno de Margarita Toledo.

—No, jajaja —contestó la mujer riéndose—. Itziar tiene bastante mejor gusto con los hombres. No sé quién es ese vejstorio, pero desde luego no es Jon.

Mechero miró a Anne, que se había quedado paralizada al escuchar aquel nombre.

—¿Está con Jon? No me lo puedo creer —continuó jugando el joven—. ¿Estamos hablando del mismo Jon?

Sabía que estaba tensando demasiado la cuerda. En cualquier momento la mujer podía considerar que se habían extralimitado y no querer seguir hablando. La recepcionista observó la segunda fotografía que le acababa de enseñar Mechero. Un sonriente Jon Arkaute posaba en la orla de la universidad. Mechero había usado aquella imagen para meterse con él más de una vez. La mujer se acercó para analizarla.

—Madre mía, vaya pintas. ¿De cuándo es esa foto? —rió—. Sí, creo que es Jon, aunque ahí tiene como veinte años menos. Yo diría que sí que es él.

—Igual esta otra foto te ayuda más —le dijo él mostrándole una imagen de Jon dentro de la biblioteca de la Fundación Petunia. Anne le miró horrorizada. ¿Cómo se atrevía a enseñar a una extraña una instantánea de la biblioteca?

Salieron al exterior tras darle las gracias por haber sido tan amable con ellos. La recepcionista les había confirmado que efectivamente el hombre que aparecía en la fotografía era Jon, el novio de Itziar Azurmendi.

—¿Sabe Jon que le has sacado esa foto sin su permiso en la biblioteca? —le preguntó airada—. ¿Te dedicas a sacarnos fotografías sin nuestro consentimiento? Y encima le enseñas la biblioteca a esa mujer. ¿Te has vuelto loco o el porro de antes te ha vuelto idiota?

—Oye, tranquila, pelirroja. Que lo he hecho todo con la mejor de las intenciones. Y ha funcionado. A ti lo que te pasa es que estás picada porque parece que Jon se ha liado con la mentirosa esa.

—Hace meses que no sé nada de él, así que tú me dirás si tiene sentido que yo esté picada. Repito. ¿Cómo se te ocurre enseñarle esa foto a una desconocida? ¿Es que no has visto cómo actúa la Fundación cuando se viola el secreto de confidencialidad?

—Estás picada porque no soportas que el padre de tu hijo te haya abandonado por otra.

El tortazo se escuchó en toda la calle. Anne no había podido contenerse. La insolencia de Mechero le había llevado hasta el límite. Enseguida se arrepintió.

—Perdóname, por favor. No sé qué me ha pasado. Estoy al borde de perder los nervios con todo esto. Perdóname, por favor.

Mechero la observaba como quien analiza una muestra de tejido orgánico desconocido bajo la lupa de un telescopio. Le había pillado totalmente por sorpresa la reacción de Anne. Pero no estaba enfadado con ella. Se había pasado. No tenía derecho a decirle aquello. Se había portado como un niño.

—Pues menos mal que aún me dura algo el efecto del porro, porque casi que me has hecho cosquillas —le contestó tratando de romper el hielo—. ¿En serio vas a enfrentarte tú al fin del mundo con esa fuerza de pringada?

Anne le abrazó. No le gustaba lo que acababa de hacer. Mechero siempre había estado a su lado. Le había apoyado casi desde el primer momento en el que le había conocido. Era una de las pocas personas en las que confiaba plenamente. Sí, Mechero era soez, un inmaduro y un

maleducado. Pero no estaba dispuesta a perderlo. Lo necesitaba a su lado. Tras la muerte de Begoña Argenta y Juan Mari le había prometido que estaría siempre con él, que le cuidaría. Y no pensaba por nada del mundo faltar a su palabra.

—Perdóname tú también a mí, pelirroja. Soy un bocazas, ya me conoces —le dijo él—. Esa fotografía que le tomé a Jon sin que se diera cuenta fue casi sin querer. Estaba jugando con mi nuevo móvil y... ¡yo qué sé! Ni pensé en que estaba dentro de la biblioteca. Además, casi ni se ve. Nadie podría identificar eso como la biblioteca. Es imposible.

—Tienes razón. Solo que no quiero que te pasa nada. Ya sabes cómo las hace pagar la Fundación.

—¿Tú te crees esta historia de que Jon sea el novio de Itziar Azurmendi?

—No sé qué pensar ya. Hace mucho que me di cuenta de que no conocía de verdad a Jon. No sé prácticamente nada de él. No quiero creerme todas esas acusaciones que hacéis todos de que es el autor de la explosión del invernadero y del incendio de la biblioteca. No quiero creerlo, pero en el fondo, tengo mis dudas. Él robó todos aquellos documentos de la investigación de Koldo de Andrés en la biblioteca. Lourdes dijo que la propia abuela Sofía le había acusado de ser el asesino de Juan Mari delante de los Mayores la noche del incendio. ¿Y si es verdad que la mujer de Jon, Maialen, murió en una misión de Petunia en la que participaba también Begoña? ¿Y si se le ha ido la cabeza? ¿Y si pretende vengarse de la Fundación empleando para ello los métodos que hagan falta? No quiero ni pensar que fue él quien mató a Begoña durante el incendio de la biblioteca.

Mechero no quiso opinar al respecto. Se mantuvo en silencio hasta que llegaron al coche. Si Jon Arkaute era quien había matado a su madre adoptiva no habría nadie en el mundo que le detuviera hasta acabar con él. Le daba igual que fuera el padre del hijo de Anne. Begoña Argenta había sido su segunda madre y no iba a perdonar jamás que se la hubieran arrebatado tan pronto.

29.

Las nubes de la tarde habían desaparecido para dejar paso a los astros nocturnos. Millones de pequeñas estrellas, planetas y otros cuerpos estelares cosían la bóveda celeste conformando una de las imágenes de la naturaleza más espectaculares que Ander Goikoetxea había visto en toda su vida. En Bilbao era imposible ver un cielo como aquel. El alumbrado de las farolas, la polución y la bruma del cercano mar impedían a menudo contemplar el firmamento de aquella forma. La noche se mostraba sobre aquellas antiguas tierras de La Rioja Alavesa de un modo salvaje, puro, virgen, como si aquel paisaje aún no hubiera sido contaminado por la acción del ser humano.

Eran casi las tres de la

madrugada. El silencio que envolvía la parcela donde se levantaba la casa de Ruud Vanner era casi absoluto, salvo por el ruido de los sistemas de regadío que, a pesar de no estar encendidos, emitían una sutil señal acústica cada cierto tiempo, avisando de su presencia. En el jardín, solo cuatro lámparas dispuestas en diferentes puntos estratégicos iluminaban lo justo para que nadie se saliera del camino que llevaba desde la casita de invitados hasta la residencia principal. David y su padre seguían de viaje y Hubert Vanner llevaba varias horas acostado en uno de los dormitorios del edificio grande. Esa tarde, antes de regresar a su casa de Lacaverna, la señora Rosa le había entregado la llave del despacho donde el padre de David almacenaba todos aquellos libros.

Aquel cuarto casi siempre permanecía cerrado. De hecho, ella solo lo arreglaba una vez al mes y siempre en presencia del holandés.

Básicamente se dedicaba a quitar el polvo, aunque cada cierto tiempo limpiaba los cristales. Se había resistido, pero, ante su insistencia, y tras recordarle de nuevo el trato que habían hecho, aceptó dejársela. La idea era entrar al despacho a la mañana siguiente, en cuanto Hubert se fuera de la casa, pero finalmente había decidido hacerlo esa misma noche. No iba a poder dormir sabiendo que la respuesta que buscaba podía estar tan cerca.

Entró por una de las puertas del jardín, la que estaba reservada al servicio. En el interior del inmueble, la oscuridad era aún más opaca que en el exterior. Hubert dormía en el ala sur por lo que, en principio, no había riesgo de que escuchara sus pisadas por el pasillo. Avanzó lentamente guiándose por la luz de la linterna de su teléfono móvil, que procuraba no levantar demasiado. Cuando creyó haber llegado al despacho, se dio cuenta de que se había desorientado, así que trató de volver sobre sus pasos. Decidió tomar un corredor alternativo esperando que fuera el correcto. Al girar en una esquina le pareció escuchar un ruido a lo lejos. Permaneció en silencio unos segundos esperando una posible réplica de aquel sonido, pero no se produjo.

Continuó caminando hasta que de nuevo volvió a escucharlo. Seco, cortante, como si alguien estuviera arrugando una hoja de papel. Se volvió y alumbró con su móvil el fondo del pasillo, pero el haz de luz no llegaba hasta el final. Apagó la linterna y miró hacia la negrura. Solo silencio.

Dentro del despacho de Ruud Vanner la atmósfera estaba aún más cargada que la vez anterior que lo había visitado. El polvo suspendido en el aire era todavía más denso y se pegaba a las fosas nasales y la boca dificultando la respiración. Ander optó por dejar la puerta entreabierta, con el ánimo de que así pudiera colarse el aire más limpio del corredor.

Se dirigió directamente a las baldas situadas en la parte superior de la estantería que había registrado la última vez. Subido encima de la pequeña escalera, con cuidado de no pisar en falso debido a la oscuridad, le costó casi veinte minutos localizar *“Los sueños como espejos del otro lado”*. Le dio la sensación de que el libro no estaba colocado en el mismo lugar que la ocasión anterior.

Lo dejó con cuidado sobre la mesa del escritorio y se pasó el siguiente cuarto de hora sacando fotografías del texto. El libro era bastante grueso, así que optó por dejar de lado las imágenes y se centró en la parte escrita y, aun con todo, tuvo que realizar un filtrado de lo que fotografiaba en función de lo que le parecía más interesante. No podía arriesgarse a permanecer mucho tiempo allí dentro.

Al llegar a la última hoja, se percató de que en la parte interior de la contraportada había adherido un documento, escrito en holandés, en el que se habían ido anotando desde el año 1999 una serie de nombres y apellidos, cada uno acompañado de un juego de dos fechas. Observó el tiempo que había transcurrido entre ambas. En la mayoría de los casos se trataba de quince días, en algunos casos, un mes o cuarenta y cinco días. Más del noventa y cinco por ciento de los nombres pertenecían a los Bechs o a la familia Vanner. Ander recordó el viejo sistema para apuntar los préstamos en las bibliotecas, cuando aún no estaban informatizadas, aunque lo usual era señalar solo la fecha de devolución. De hecho, hoy en día la mayoría de las bibliotecas que conocía seguían recurriendo a indicar en los propios libros las fechas en las que se suponía que los lectores debían restituirlos.

¿Serían aquellas anotaciones que tenía delante lo mismo? Lo cierto era que los períodos marcados avanzaban de quince en quince días, con lo cual era probable que obedecieran al período en el que el ejemplar había sido prestado. Cogió algunos de los otros libros escritos por Jacobus Vanner. En la mitad de ellos figuraba un documento similar en el reverso de la contraportada. Todo apuntaba a que aquella colección de obras había circulado como una especie de folleto educativo entre los miembros de la familia. Ahora entendía por qué el *hacker* que le había suministrado la información sobre la bibliografía de Jacobus Vanner le había dicho que la mayoría de sus publicaciones habían sido muy minoritarias.

Los Bechs no trataban de hacer negocio con aquella pequeña librería de Nimega donde los vendían. Más bien parecía que los miembros del linaje acudían allí y tomaban prestados los ejemplares, como si se tratara de una especie de rudimentaria red de

intercomunicación.

Buscó por todas partes *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”* pero no lo encontró. De hecho, no localizó ninguna otra obra que mencionara en su título el tema de los sueños. Miró el reloj. Era muy tarde. No podía quedarse mucho tiempo más. Comenzó a colocar de nuevo todos los libros que había dejado sobre la mesa. Con las prisas, introdujo uno de ellos demasiado rápido haciéndolo chocar con la pared del fondo de la estantería, que estaba revestida de la misma madera que el resto del mueble. Al hacerlo, escuchó cómo se resquebrajaba algo en la habitación, como si se hubiera agrietado el techo. Alumbró a todos los lados con su móvil buscando el origen del ruido, hasta que se dio cuenta de que había ocurrido en la propia estantería. En la parte donde había golpeado el volumen que acababa de colocar, se había abierto un doble fondo que hasta ese momento había permanecido oculto a la vista. Dirigió el haz de luz hacia el interior empujando con cuidado el trozo de madera desplazado. Comprobó que se trataba

de una pequeña puerta que se doblaba hacia dentro gracias a unas bisagras. Aquel compartimento secreto tenía exactamente la misma largura que la estantería al completo, aunque su altura se limitaba al espacio comprendido entre la última balda y el techo. Acercó todo lo que pudo la escalera para observar más de cerca aquel extraño hueco. De vez en cuando giraba la cabeza hacia la puerta de la habitación, temeroso de que Hubert hubiera escuchado el ruido de aquel mecanismo al abrirse y lo sorprendiera con las manos en la masa.

Encontró diferentes documentos legales y escrituras, que prefirió no tocar. Tomó entre sus manos una carpeta clasificadora antiquísima que se caía a pedazos. Era una especie de archivador con diferentes secciones manuscritas en neerlandés que contenía una relación inmensa de libros. Cada libro tenía asociado un número. Reconoció algunos de los títulos que había en el despacho de Ruud, aunque la mayoría no le sonaban de nada. En cada sección, junto al número que correspondía a cada ejemplar, se indicaba la fecha de edición así como la relación de personas que lo habían tomado prestado a lo largo de los años y en qué período de tiempo. Dedujo que todos eran miembros de la familia. También encontró varios fajos de billetes de quinientos euros. Al parecer, Ruud utilizaba aquel escondrijo como una caja fuerte. Le pareció ver un bulto en el fondo, pegado a la pared, pero no acertaba a ver de qué se trataba. Se encaramó a la estantería esperando alargar el brazo lo suficiente como para poder extraerlo. Rezó para que el mueble no se viniera abajo y lo aplastara. No le costó mucho alcanzarlo. En realidad hubiera podido hacerlo sin abandonar la escalera. Lo bajó y lo colocó sobre la mesa. Era un objeto pesado que estaba guardado en un saco de terciopelo rojo atado con unas cuerdas de cuero negro. Se acercó a la puerta del despacho, miró hacia el pasillo para asegurarse de que Hubert no anduviera cerca y la cerró. Extrajo el objeto y confirmó, como sospechaba, que se trataba de otro libro. Su esperanza de que fuera *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”* se desvaneció en un instante. Su autor era Jacobus Vanner pero la edición era mucho más lujosa. No estaba seguro del todo, pero daba la impresión de que las incrustaciones que aparecían sobre la cubierta y en el borde exterior de las hojas eran de oro. O un material que lo imitaba muy bien. Solo se le ocurrían dos razones para que aquel libro estuviera oculto en aquel escondite. O que el valor del material con el que estaba hecho fuera incalculable o que el contenido fuera de máxima

importancia.

Leyó el título con atención.

Estaba escrito en latín. Un sudor frío, hiriente, casi doloroso, comenzó a recorrerle la espalda a medida que notaba cómo su respiración iba entrecortándose. No tenía ni idea de aquella lengua muerta, pero no había que esforzarse mucho para entender el significado de aquellas tres palabras. Aun así fue capaz de aguantar la tensión y las tradujo con un programa de su móvil. No podía creerlo. Volteó la portada y se quedó

petrificado observando un espectacular dibujo que parecía hecho de manera artesanal sobre la primera hoja. Su belleza era sobrecogedora. Recordó sus conversaciones con Alicia Rández antes de que esta muriera. Ella ya se lo había advertido entonces al analizar el libro de actas de reuniones de los Bechs. Aquella familia adoraba a una oscura deidad que asociaban a la figura de la cabra. Tragó saliva mientras las imágenes de aquellos dos seres del averno revivían en su memoria.

El hombre esquelético y la maldita cabra. Su mente reprodujo fotograma a fotograma la película de los dos encuentros que había experimentado con aquellos dos seres y que habían estado a punto de costarle la vida. Notó como el aire no llegaba a sus pulmones y el pánico se adueñaba de él. Contempló de nuevo el dibujo. Un ser antropomorfo con el torso desnudo y con cabeza de cabra aparecía sentado con las piernas cruzadas. De su espalda brotaban dos alas emplumadas de color oscuro. Levantaba en alto su brazo derecho mientras que el izquierdo permanecía estirado con la palma de la mano girada hacia el espectador. Releyó el título sobre la pantalla de su teléfono. *“De Deo cornutum”*. Simple y conciso. Era la primera vez que encontraba una referencia explícita a aquel numen adorado por los Bechs. Hojeó las páginas con el miedo de quien se adentra en la cueva del lobo y, aun sabiendo lo que le puede esperar si sigue avanzando, no puede evitar hacerlo. Aquel libro de Jacobus Vanner era una especie de tratado sobre aquella entidad adorada por los antiguos bátavos. Vio de reojo la traducción del título que su móvil había realizado. *“El Dios astado”* lo acogió entre sus brazos desnudos, dispuesto a revelarles todos sus secretos.

30.

“*Anne, despierta*”. El reino de los sueños donde la jardinera había enterrado su consciencia desde hacía cuatro horas dio paso a aquella orden con recelo. Anne se resistió a abandonar aquel plácido limbo en el que su mente vagaba, sumergida en un relajante mar de infusión de tila y grajeas de valeriana. La supuesta relación entre Jon Arkaute e Itziar Azurmendi la había conmocionado, aunque le doliera reconocerlo. Después de desaparecer tras el incendio de la biblioteca, Jon le había mandado un *e-mail* diciéndole que le esperara, que regresaría y le despejaría todas las dudas que tenía acerca de él. Ese retorno no solo no se había producido sino que, además, si las cosas no cambiaban, parecía que jamás llegaría a producirse.

Jon había desistido de intentar que lo que había entre ellos funcionara, se había rendido. No podía dejar de pensar en la recepcionista de La Luz de Navarra refiriéndose a Jon como “el novio” de Itziar Azurmendi. El novio. ¿Había llegado alguna vez a ser Jon novio de ella? No tenía claro cómo debía responder a aquella pregunta. Unos cuantos encuentros sexuales no tenían por qué significar nada más. Sin embargo, si lo que les había dicho aquella mujer del periódico le molestaba tanto solo podía significar que Jon le importaba. Y mucho. ¡Pero si hasta había abofeteado a Mechero cuando le había descrito exactamente cómo se estaba sintiendo ella por culpa de aquella revelación! Era el primer paso para aceptar que quizá le hubiera gustado compartir algo más profundo con él. Ahora puede que fuera demasiado tarde. Se había tomado aquel brebaje de hierbas con la esperanza de que le ayudara a aliviar el dolor, pero, incluso en sueños, había vuelto a sentir aquel desgarró interior.

“*Anne, despierta*”. Sabía que era Mechero quien trataba de hacerla regresar al mundo de los vivos, pero no quería que aquel sopor inducido acabara tan pronto. ¿Qué querría a esas horas? ¿Es que no podía esperar al desayuno para contarle lo que tuviera que contarle? Un pellizco no solía funcionar para despertar a alguien de un sueño profundo. Pero cinco pellizcos seguidos, a cada cual más hiriente, fueron suficientes para que por fin abriera los ojos. Nada más hacerlo, vio cómo el joven le tapaba la boca con su mano y le hacía una señal para que guardara silencio. Cuando Anne estuvo lo suficientemente despierta como para comprender qué era lo que estaba sucediendo, Mechero le explicó lo que ocurría.

—Ha entrado alguien en la casa. Vámonos —le dijo él con un susurro. Habían alquilado una habitación en una casa rural del pueblo alavés de Araia para pasar la noche, de camino de vuelta a Bilbao. No había más huéspedes alojados.

—¿Cómo? —le preguntó ella desperezándose.

—Ponte los zapatos y vámonos. Te he metido todas tus cosas en el bolso. Ya te vestirás en el coche más tarde.

—Pero... ¿por qué piensas que ...

—Confía en mí. Luego te explico.

Anne agudizó el oído. En la planta inferior, alguien se movía sigilosamente. Era inevitable que se escucharan sus pisadas sobre aquella vieja madera. El resplandor de la luz de una linterna se colaba a través del hueco de la escalera hasta la planta donde estaban los dormitorios. Salieron por la salida de emergencia situada en la parte trasera y se dirigieron casi corriendo hasta donde habían dejado el coche. Anne estuvo a punto de desvanecerse en el último tramo. Ya dentro del vehículo, sentado en el asiento del piloto, Mechero se dio cuenta de que se había dejado las llaves en su cuarto. Anne entendió enseguida lo que ocurría.

—No te preocupes, pelirroja. Esto para mí es pan comido —dijo mientras trataba de hacer un puente sirviéndose de una navaja multiusos que acababa de sacar del bolsillo de su sudadera.

Anne, que no dejaba de observar la puerta trasera del edificio, se dio cuenta de que el haz de luz de la linterna del intruso se había apagado. Con el corazón encogido, comenzó a señalar de manera compulsiva hacia la casa para dar a entender a Mechero que había perdido el contacto visual con el asaltante. De repente una sombra hizo acto de presencia en el porche posterior. Su perfil apenas se distinguía, a pesar de estar ligeramente iluminado por una farola lejana. Camuflado en la oscuridad, el intruso comenzó a avanzar hacia el vehículo. En ese instante, Mechero logró hacerlo arrancar y, pisando el acelerador hasta el fondo, escaparon carretera abajo. No dejaba de mirar por el retrovisor esperando que el asaltante comenzara a perseguirles. Apagó las luces y se internó en un camino forestal hasta que pudo ocultar el coche detrás de un viejo almacén abandonado. Los dos aguardaron en silencio. Al cabo de cinco minutos un vehículo pasó a toda velocidad por la carretera.

—Es él —dijo Mechero—. Jódete, *pringao*. A ver si nos encuentras ahora.

—¿Me puedes explicar qué está pasando? —le rogó Anne mientras abría su bolso para ponerse el pantalón y el jersey del día anterior.

—Al poco de meternos a la cama, he recibido un mensaje del profesor O'Connor. Mira —le dijo mostrándole el teléfono.

Anne lo leyó mientras trataba de entrar en calor frotándose las manos.

“Ha ocurrido algo muy grave. Volved inmediatamente a Gales. Por favor, extremar las precauciones al máximo. El jardín ha perdido una de sus flores de un modo trágico. Podéis estar también en peligro”.

—¿Cómo no me has dicho nada antes?

—Me ha dado pena no dejarte descansar. No estoy ciego, ¿sabes? Me he dado cuenta de que estás hecha polvo. Sé que el bebé te está dando la lata, llevas unos días con una cara... He pensado que lo mejor era dejarte descansar y comentarlo por la mañana. Además, me lie un porro en la habitación a ver si me dormía rápido, una cosa llevó a la otra y ... Oye, ¿y tú qué? ¿no te mandó también a ti el mensaje?

Anne buscó su móvil. Lo tenía sin batería desde que habían salido de Pamplona. Se la había olvidado por completo ponerlo a cargar.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó la jardinera terminándose de vestir en el exterior del coche.

—No lo sé. Tengo dos llamadas perdidas del profesor, le he llamado pero no me coge. El primer avión hacia Londres sale de Bilbao dentro de tres horas. Es carísimo, pero seguro que el viejo corre con los gastos. Si no perdemos el tiempo, llegaremos de sobra al aeropuerto.

Mientras circulaban sobrepasando levemente el límite máximo de velocidad, Anne no pudo evitar sucumbir al sueño. El efecto narcótico de la valeriana y la tila terminaron de cumplir su cometido y la telaraña de las visiones oníricas fue tejiéndose sobre su ser a medida que se acercaban a Bilbao, en un bamboleo de imágenes abstractas que fueron dando paso a otras mucho más nítidas. Los gritos de pánico volvieron a teñir los ecos de su cerebro dormido. Gente corriendo, pisándose. Huyendo. El llanto de un bebé dejándose escuchar en medio de la muchedumbre aterrorizada. Ruido seco de pies sobre el suelo. Tratando de escapar de la certera muerte, buscando refugio donde ponerse a salvo.

“*Anne, despierta*”. Una voz familiar vuelve a interrumpir sus ensoñaciones. Otra vez, no. Déjame en paz, necesito dormir. “*Anne, despierta*”. La voz es insistente, como una alarma que se dispara al percibir el peligro. No quiero escucharte, déjame descansar un poco más. “*Anne, despierta*”. Y entonces se da cuenta. Aquella voz no es de Mehero. Aquella voz desprende ternura en cada uno de sus fonemas. Aquella voz calienta el alma en los momentos de angustia y desesperación. Normalmente es una voz apaciguadora, que tranquiliza y barre a un lado los temores. Pero esta vez no. En esta ocasión la voz no busca eso. La voz quiere alertarla. La voz quiere decirle algo. La voz insiste para que permanezca atenta. “*Anne, despierta*”. Se abraza a ella, la echa en falta. No te vayas todavía, abuela. No comprendo tu anhelo. La voz de Mary Anne Merrick se aleja, poco a poco, mientras la melancolía la envuelve. Hasta la próxima vez. Un suspiro y la voz ya no está. Pero no le importa. Sabe que, tarde o temprano, ella le volverá a hablar.

31.

La soledad de la casa de

invitados del jardín de Ruud Vanner se hacía más acusada a aquellas horas de la madrugada. Procesar toda la información que contenía aquel libro que había extraído del compartimento secreto del despacho de Ruud Vanner le iba a llevar más tiempo de lo que había supuesto. Afortunadamente, a pesar de que el título estaba escrito en latín, “*De Deo cornutum*” había sido redactado en inglés.

Ander Goikoetxea permanecía absorto leyendo los datos que aparecían en la pantalla de su móvil, comparándolos con lo que estaba leyendo en aquel enigmático libro. El dios astado que aparecía en el dibujo del ejemplar era Baphomet, la entidad adorada por los caballeros templarios. No tenía la menor duda. La representación era casi idéntica a una de las imágenes más conocidas del dios, la utilizada por el mago y escritor francés Eliphas Lévi en su obra “Dogma y ritual de la alta magia”, publicada en 1854. La figura de Baphomet había sido utilizada por los templarios, por varias corrientes masónicas y por distintos dogmas ocultistas hasta la actualidad. Se discutía acerca del origen etimológico del nombre. Había quienes defendían que era el nombre del profeta Mahoma, ya que una de las teorías acerca del conocimiento secreto adquirido por los templarios durante sus viajes a Oriente, sostenía que lo habían obtenido por contacto con las enseñanzas de la mística árabe. De hecho, se solía admitir que los templarios habían creado los fundamentos del ocultismo occidental a partir de ella, del gnosticismo, la alquimia, la cábala y el hermetismo, conocimientos todos ellos de origen oriental. Por su afinidad con estas corrientes, la Iglesia les había acusado de rendir culto a Baphomet. Otros autores discutían esa supuesta conexión islámica con el nombre de la entidad sobrenatural.

Fuera cual fuese su significado verdadero, lo que estaba claro era que el origen de la figura de Baphomet estaba directamente relacionado con diversas divinidades de mitologías muy diferentes, todas representadas por un dios con astas. El antiguo dios celta Cernunnos era tradicionalmente concebido con cuernos y sentado en “posición de loto”, similar a la representación que hacía Eliphaz Lévi de Baphomet, y estaba relacionado con la fertilidad, la regeneración y la abundancia. El panteón mitológico griego tenía entre sus divinidades a Pan, dios de la naturaleza que solía ser frecuentemente representado también con cuernos en la cabeza y la mitad inferior del cuerpo con forma de cabra y, al igual que Cernunnos, simbolizaba la fertilidad y la sexualidad masculina, seduciendo y acosando a ninfas y mujeres. En la mitología romana, Pan tenía su equivalente en Fauno, dios de los campos y los pastores, que hacía fértil al ganado, y que además era una divinidad oracular y profética, revelando el futuro al ser humano a través de los sueños y mediante voces de origen

desconocido. En el cristianismo, la figura del diablo tenía características similares a las de todos esos dioses paganos y era representado habitualmente como un ser antropomorfo astado con patas de cabra. La Iglesia había utilizado esos atributos para personificar el mal.

Jacobus Vanner había dedicado tres capítulos de su tratado sobre el dios astado a la invocación de la entidad por las brujas y brujos durante sus reuniones secretas. En los famosos aquelarres las brujas hacían presente al dios astado, llamándole para que se mostrara ante ellas. La Iglesia Católica y, especialmente la Inquisición, habían demonizado estas congregaciones acusándolas de rendir culto al diablo, al mal, en contra de la virtud representada por Jesucristo. Jacobus Vanner se mostraba bastante crítico con esa utilización perpetrada

deliberadamente por la Iglesia para tratar de aplacar esas reuniones que, según la institución, lo único que pretendían era subvertir el orden establecido. Ander Goikoetxea leía ensimismado las palabras de aquel legendario miembro de la familia Bechs.

“El poder institucionalizado de la Iglesia ha tratado durante siglos de anular el sentimiento y el gozo de experimentación del llamamiento al dios astado en las reuniones de los hermanos y hermanas de las antiguas religiones. Ha sido tal su ímpetu en aniquilar lo que los ancestros llevaban realizando durante siglos, que no tuvo más remedio que recurrir a procesos atroces y de muy difícil justificación ética, como lo fueron los de la Inquisición. Cientos de hermanas y hermanos perecieron por causa de las condenas impuestas y, lo que es peor, muchas más personas ajenas a las antiguas creencias murieron acusadas de manera injusta. El poder solo busca poder e imponer su dogma. Es por ello que la Iglesia ha intentado por todos los medios arrasar con cualquier reminiscencia ancestral de nuestras queridas religiones antiguas las cuales, siempre desde su punto de vista, podían poner en peligro su situación de privilegio.

Para la Iglesia, los paganos, los brujos y brujas, siempre han sido la viva imagen de la perversión, la desviación carnal y la maldad. Para nosotros, ese concepto nada tiene que ver con la división dual y artificial de la moral. Maldad y bondad son lo mismo, la una no podría existir sin la otra. Muchos de nuestras hermanas y hermanos descendientes de los antiguos linajes han asumido la palabra “bruja” o “pagano” como símbolo de identidad del que mostrarse orgullosos.”

Ander se quedó perplejo al leer cómo Jacobus Vanner dedicaba un capítulo especial a analizar los aquelarres de las brujas en diversas zonas de la costa cantábrica y atlántica de Europa, poniendo especial énfasis en los del País Vasco.

“Las hermanas y hermanos vascos lo llaman Aker, o Akerbeltz, que significa chivo negro en la lengua sagrada. El Dios astado adquiere la forma de macho cabrío y preside sus reuniones, haciéndoles partícipes de su poder. Los reunidos le rinden pleitesía y gozan del placer que el Dios astado les brinda. Todos juntos, se unen en gloria y disfrute para compartir el conocimiento sagrado.”

Ander buscó en Internet más información acerca de *Aker*. No le encajaba del todo la imagen diabólica o negativa de aquel genio de la mitología vasca.

Recordaba haber leído varios cuentos sobre él cuando era pequeño.

Aunque tal vez la figura de aquel genio podía haber sido edulcorada en aquellos relatos infantiles. La propia palabra aquelarre era una castellanización del vocablo vasco *akelarre*, que literalmente significaba “prado del macho cabrío” y hacía referencia a una campa situada junto a las cuevas de Zugarramurdi, en Navarra, donde solían reunirse las famosas brujas que fueron procesadas por la Inquisición en el auto de fe de Logroño de 1610.

Sin embargo, la imagen de *Aker* que Ander tenía almacenada en su subconsciente no se correspondía con la representación terrorífica del diablo invocado por las brujas. Algo le decía que había algo más. Tras consultar varios *blogs* confirmó su intuición. Al parecer *Aker* era un genio más complejo de lo que aparentaba ser a simple vista y parecía tener una naturaleza dual. Por un lado, mostraba su lado más oscuro en aquellos antiguos aquelarres pero, por otra parte, muchas veces se le atribuían cualidades más positivas o virtuosas que correspondían de hecho a las de la diosa *Amari*, la divinidad principal del panteón vasco. Tal vez a eso se

refería Jacobus Vanner cuando hablaba de que para los linajes a los que la familia de David y los Bechs pertenecían, no existía una división entre el bien y el mal, sino que, por su propia definición, eran las dos caras de una misma moneda, el uno no podría existir sin el otro.

32.

Ander pasó las páginas buscando algo que le llamara especialmente la atención. “*De Deo cornutum*” era un tratado bastante denso. Había ocasiones en las que le costaba comprender del todo las expresiones escritas en inglés. Pensaba leérselo todo, aunque tuviera que regresar a buscar el libro las veces que hiciera falta al despacho de Ruud. Pero tampoco quería tentar a la suerte y que el padre de David lo echara en falta. Lo devolvería antes de que regresara de su viaje. Ya habría tiempo de estudiarlo a fondo.

De repente, como si el destino hubiera querido concederle un pequeño agasajo, llegó a un capítulo cuyo título le llamó poderosamente la atención. Volvió a percibir el olor putrefacto de la cabra que le había atormentado en todas sus apariciones, como una reminiscencia somatizada del terror y repugnancia que había sentido en su presencia.

“*De cómo invocar al Dios astado y protegerse ante su ira*”. El título era absolutamente descriptivo, esperaba que no le defraudara su contenido. Decidió llevarse el libro a la cama y allí, tumbado sobre la colcha, y con la única ayuda de la luz de la mesilla, leyó con avidez el texto. A medida que lo hacía, sentía cómo los latidos de su corazón aceleraban su pulso, advirtiéndole de que tenía que tranquilizarse y asumir toda aquella información con sosiego.

“*Hay muchas formas de invocar al Dios astado. La más común tiene lugar durante las celebraciones sagradas en las que se le rinde culto. Los partícipes más viejos, los más poderosos y los más experimentados conocen las oraciones secretas que lo tientan y generalmente logran traerle a su presencia.*”

El Dios astado agradece que se le experimente a través de los sentidos, por lo que, suele ser recomendable ingerir licores de alta graduación así como las tisanas elaboradas con las plantas sagradas. En algunos grupos, se suele untar la piel y los genitales con las propias plantas, o con ungüentos realizados siempre de manera artesanal a partir de las mismas. Una vez que el estado de conciencia comienza a alterarse, la música empieza a resonar, preferiblemente la flauta, el tambor o instrumentos similares, al principio en un baile frenético de notas, para luego retumbar en una melodía acompasada de golpes secos y continuos, respetando la armonía, de manera que la concentración de los partícipes aumente la conexión con lo que está oculto a los ojos. En muchas de las ceremonias, los participantes unen sus manos o sus brazos y los estiran, formando un gran círculo, o incluso más círculos concéntricos.”

Ander sintió el sudor empapando sus axilas. Lo que acababa de leer era una breve descripción de un aquelarre de brujas en toda regla. Continuó la lectura deseoso de llegar a la parte que más le interesaba, la de cómo lograr protegerse de la ira de aquel ser.

“El Dios astado puede ser invocado directamente por la superiora o superior del grupo, sin necesidad de concurrencia del resto de los miembros. Este llamamiento solo es recomendable en casos extremos, si las circunstancias así lo requieren, pues es alto el riesgo de padecer un encuentro nefasto, padecer la ira imbatible del Dios o incluso la muerte. La experiencia demuestra que solamente los centinelas visionarios tienen la capacidad de soportar y provocar la invocación solitaria de manera generalmente inocua y de controlar los actos del ser hasta que éste regresa al lugar que está oculto a los ojos. Si por cualquier razón ese nexo que lo ata a nuestra realidad se rompe, las consecuencias son imprevisibles. Téngase en cuenta asimismo que el Dios astado no necesita de llamamiento para hacerse visible, aunque sea lo usual. En ocasiones, si se siente amenazado o si es su simple voluntad, se manifestará y obrará en consecuencia según su propio deseo, en cuyo caso será difícil detenerlo.”

Ander se preguntó si las dos veces que había visto a aquel ser, este habría actuado de manera independiente o habría sido invocado por algún miembro de los Bechs. Estaba convencido de que al menos en el primer encuentro, cuando sufrió aquel accidente automovilístico que estuvo a punto de costarle la vida, su intención había sido eliminarle. La imagen de la presidenta de Artechnia invocando a aquella entidad se le antojaba mucho más real que nunca. Probablemente había sido Suzanne Bechs quien lo había llamado. No costaba imaginarla como superiora de un grupo concreto de los descendientes de los bátavos, quién sabe si en realidad lo era de todo el linaje.

Jacobus Vanner afirmaba que los centinelas visionarios eran más idóneos para realizar el llamamiento y controlar al ser. Una vez más quedaba demostrado su interés por escribir acerca de los sueños proféticos y de las personas que los padecían, a los que él denominaba “centinelas visionarios”. Ander estaba casi seguro de que era la forma en la que Jacobus se refería a los miembros del linaje de David que padecían aquella terrible enfermedad, el don de la vigilia. Incluso David había citado una expresión semejante cuando le había hablado del don. Según su tradición familiar, los portadores de aquella afección eran considerados centinelas de las Madres, el grupo de sacerdotisas que guiaba el mundo espiritual de los antiguos berones. No podía ser una mera coincidencia. Jacobus Vanner tenía pleno conocimiento de la existencia de los insomnes y de aquel don.

Necesitaba como fuera hacerse con un ejemplar de *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”*.

Siguió leyendo. Quería llegar a la parte en la que Jacobus Vanner hablaba sobre la forma de protegerse ante la ira del dios astado. Si volvía a encontrarse con aquella entidad, quería tener al menos una probabilidad de poder salir indemne. Le parecía una locura estar admitiendo que algo así pudiera existir en realidad. Pero tenía que reconocer que creía plenamente en ello. No le había quedado más remedio. A medida que se habían ido desarrollando los acontecimientos desde que conocía a David, había aprendido a no juzgar como algo frívolo todas aquellas antiguas creencias. A diferencia de David, que parecía no querer aceptarlas, los encuentros que Ander había tenido

con el dios astado le habían confirmado que quizá todo aquello que David calificaba como supersticiones y cuentos no lo fueran tanto. Por fin, llegó a los párrafos que hablaban del modo de protegerse de la entidad. Pero todas sus expectativas de dar con una posible solución se desvanecieron en un instante. No iba a ser tan fácil poder escapar de aquel ser.

“Muy escasas son las formas conocidas de hacer frente a la ira implacable del Dios astado. En consecuencia, se recomienda gozar de su presencia y servirle con humildad, sin oponer resistencia. Como ya se ha indicado con anterioridad, muchos de los superiores de los grupos de hermanas y hermanos tienen la capacidad de controlar sus actos, pero aun así el riesgo de hacerlo es muy alto y no siempre los resultados son óptimos. Es desde antiguo conocido que solo los miembros más puros de los linajes podrían detener un ataque imprevisto del Dios astado o hacer que cambie su actitud positiva o negativa respecto de un acto o una persona en concreto. Ahí radica precisamente la dificultad de hacerlo, pues es prácticamente imposible discernir quién ostenta la mayor pureza. Hay quienes afirman que únicamente los elegidos, el hombre y la mujer a los que se refiere la profecía sagrada, podrían lograrlo.

Todo apunta a que la profecía ha de cumplirse en este final de siglo o al comienzo del siguiente, aunque no son pocas las voces entre nuestros hermanos que han afirmado que la profecía en sí no está anunciando la apertura de la puerta, sino que es una fábula, una epopeya inspiradora para todos nosotros. Por desgracia, solo ha traído enfrentamientos entre nuestros linajes. Especialmente cruento ha sido nuestra guerra contra el clan de los vascos. ¿Qué dirían sus ancestros, los recios berones, y los nuestros, los honorables bátavos del río Waal, si supieran que dos milenios después seguimos luchando en vez de preservar conjuntamente nuestro legado ancestral común? En mi opinión la profecía es una mera superstición creada por nuestros antepasados para promover la unión entre nosotros y la protección conjunta de la llave, testimonio del pasado común que compartimos.

Sé que mis palabras levantarán ampollas entre nuestros hermanos. En cualquier caso, la sabiduría transmitida de generación en generación en nuestro linaje, y en el de muchos de los otros, es clara: solo los miembros más puros, solo aquellos hermanos y hermanas por los que la sangre de los antiguos dioses corre de manera más pura por sus venas, pueden controlar y manejar sin riesgo al Dios astado”.

Ander asistía estupefacto a todas las revelaciones que Jacobus Vanner hacía en aquel tratado.

Al final, todo se resumía en que casi nadie sobre la faz de la tierra era capaz de enfrentarse al poder del dios astado. Tan solo los líderes de los diferentes linajes o aquellarres podían hacerlo con seguridad. Ellos y el hombre y la mujer señalados por la profecía. No entendía nada. ¿A qué se

estaba refiriendo Jacobus con aquella mención a la profecía sagrada? Por como la había descrito, parecía que esa información no fuera extraña para los destinatarios a quienes se dirigía. No les estaba revelando una novedad, de lo contrario la forma en que lo hubiera dicho habría tenido un carácter diferente. No. Aquellas palabras sobre la profecía denotaban que los potenciales lectores la conocían de antemano o, al menos, sabían de su existencia. Releyó otra vez los últimos párrafos del capítulo. Jacobus Vanner hablaba sin tapujos de una guerra que llevaba enfrentando a los descendientes de los bátavos y a los de los berones desde hacía más de dos mil años. Ander recordó lo que le había contado David acerca de esa guerra desatada entre los Bechs y los Elguea desde hacía siglos. David simplemente le había dicho que esa lucha tenía su origen en aquellas viejas creencias, pero no le había especificado nada. Estaba claro que Jacobus Vanner hablaba de lo mismo.

¿Qué sería la llave que aparecía mencionada en el texto? David le había dicho que su tía Sabina había ideado una estratagema para hacerle regresar de Inglaterra y tenerlo bajo control. Su propósito, además de vengarse de los Bechs, era, según David, que él asumiera su papel esencial en el linaje de los berones como centinela de las Madres. ¿Por qué había diseñado Sabina Elguea todo aquello sabiendo el peligro al que exponía a David? ¿Por qué David no le había contado nada acerca de esa supuesta profecía que parecía estar en el origen del conflicto entre su linaje y el de los Bechs?

No podía hablar con él directamente de todo aquello. De lo contrario se delataría y David comenzaría a interrogarle para averiguar de dónde había obtenido aquella información. Lo más importante era encontrar el libro *“El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios”*. Quizás ahí estuviera la respuesta que buscaba. Quizás sus páginas revelaran un posible remedio a la condena mortal que pendía sobre David. Temió estar aferrándose a una imagen idealizada de aquel libro, como si fuera una especie de revelación divina que fuera a brindarle la ayuda que necesitaba. Tal vez no había solución. Tal vez el don de la vigilia era algo inherente al linaje de los berones que jamás podría curarse. Tal vez era inevitable que David muriera. Si al menos accediera a hablar con su tía Sabina, si aceptara investigar la posibilidad de que la solución pudiera hallarse en su abuela Véspero...

Ander miró el reloj de su muñeca. Cerró *“De Deo cornutum”* y regresó sigilosamente a la residencia principal para devolverlo al despacho de Ruud Vanner.

Aparentemente, Hubert seguía durmiendo en su habitación. Colocó el libro en el hueco oculto tras la estantería pero, al hacerlo, volvió a reparar en el archivador que contenía la relación de libros escritos por Jacobus Vanner que habían sido objeto de préstamo. Aunque la lista era interminable y no estaba ordenada alfabéticamente, se decidió a probar suerte. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Tras un buen rato analizándola, comenzó a perder la paciencia. “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*” no aparecía mencionado en ningún lado. Tal vez ese libro en concreto jamás había llegado a formar parte de la colección de Ruud.

De repente, le pareció escuchar un ruido al fondo del pasillo. Aguardó unos segundos hasta asegurarse de que no volvía a repetirse. Desesperado, realizó un último intento avanzando hasta la parte final del archivador. No tenía mucho más tiempo. Hubert se levantaría de la cama en cualquier momento. Solía salir a correr con los primeros rayos de luz. De repente lo vio. Ante sus ojos surgió el título. Ahora comprendía por qué le había costado tanto encontrarlo. “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*” era en realidad el subtítulo de otro libro denominado “*Estudios y doctrina sobre la herencia de los dioses antiguos*”. Además, a diferencia de la mayoría de los ejemplares, “*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*” aparecía recogido en una sección especial dedicada a los libros que Ruud no había recuperado o se habían extraviado. Analizó minuciosamente el conjunto de personas por las que había pasado a lo largo de los años. No le sonaba ninguno de aquellos nombres. Excepto uno. No podía creerlo. De nuevo aquella mujer se volvía a cruzar en su camino. Suzanne Bechs había tomado prestado el libro varias veces entre los años 1997 y 2000. El rastro de fechas se interrumpía abruptamente en el año 2005. Una nota aclaratoria manuscrita, probablemente del propio Ruud, aclaraba lo sucedido con el libro.

Había sido extraviado a principios del año 2005 junto con otros dos títulos, “*El punto de no retorno de los viajes astrales*” y “*Fenómenos de la atmósfera*”. Ninguno de los tres libros había vuelto a aparecer, según rezaba el apunte. Ander sintió la ira desbordándose por cada poro de la piel de su rostro. Buscó en su teléfono móvil y confirmó lo que se temía. Los tres libros que Rosa Iturrutu Asteguieta había robado del despacho de Ruud Vanner y había entregado a la casa de empeños de Logroño en 2005 eran precisamente “*El punto de no retorno de los viajes astrales*”, “*Fenómenos de la atmósfera*” y “*Estudios y doctrina sobre la herencia de los dioses antiguos*”. La señora Rosa le había mentado. No había devuelto ninguno de los tres ejemplares.

33.

Un arañazo que parecía provenir de lo más profundo de su ser atravesó la barrera de carne y hueso hasta el exterior, en un estallido de dolor que le provocó ganas de llorar. Pero en vez de eso gritó. Dejó escapar un alarido estremecedor que asustó a las mujeres que en ese momento utilizaban uno de los baños del aeropuerto de Bilbao. Mechero, que estaba fuera esperándola, no se lo pensó dos veces y entró asustado al escucharla. Se llevó la reprimenda de una anciana, pero en cuanto la mujer vio su cara, no se atrevió a ir más lejos en sus acusaciones. El joven jardinero abrió de una patada la puerta del aseo individual y se encontró a Anne inmóvil, sentada en el retrete, con los pantalones bajados y mirando espantada el suelo. Un reguero de sangre cubría parcialmente sus piernas.

—¡Dios mío, Anne! —exclamó él aterrorizado—. ¿Estás bien? ¿qué ha pasado?

Ella permanecía impasible, incapaz de asumir lo que le estaba sucediendo. Un torbellino de pensamientos a cada cual más contradictorio sacudía violentamente su mente.

—Voy a salir a pedir ayuda, joder. ¿Qué ostias está pasando? Anne, dime algo, por favor.

Ella le miró y le agarró del brazo con fuerza.

—¡No! —le gritó—. Estoy bien, ya se me ha pasado. Ahora me limpio y nos vamos para Inglaterra.

—¡Joder, Anne, tú estás loca! Tienes las piernas llenas de sangre. ¿Cómo nos vamos a meter a un avión así? Puede que tengas una hemorragia gorda. Voy a llamar a una ambulancia, tenemos que ir al hospital.

—Te he dicho que no —le interrumpió ella levantándose. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para fingir que no sentía dolor. Tenía que llegar a Gales como fuera.

—¿Y si le ha pasado algo al bebé? Déjame llamar a una ambulancia, por favor. No me hagas esto.

—Ya me ha pasado otra vez, tranquilo. Mi ginecóloga está al tanto. Estoy tomando medicación. Me dijo que me podía ocurrir más veces.

Mechero se quedó momentáneamente sin palabras. No podía creer lo que Anne le estaba contando. Pero sobre todo no alcanzaba a comprender la serenidad con la que ella se lo estaba tomando.

—¿Cómo que ya te ha pasado? No me habías dicho nada.

—Mi hermana Elin tuvo dos abortos antes de tener a los niños por un tema similar. Tuvo también complicaciones en el parto con el segundo. Y mi abuela Mary Anne también lo pasó mal cuando estaba dando a luz a mi madre. Es algo a lo que las mujeres de mi familia por desgracia estamos acostumbradas. Mientras solo sea un ligero reguero de sangre no hay por qué preocuparse. De verdad, créeme, está todo controlado. De todas formas, te prometo que en cuanto

volvamos a Bilbao lo primero que haré es hacerme otra revisión con la ginecóloga, aunque aún no me toca.

—Creo que no deberías jugártela, pelirroja. Y no lo digo solo por tu bebé. No quiero que te pasa nada, hostia.

—Abre mi bolso y saca por favor las gasas y las toallitas. Ayúdame a limpiarme.

Mechero obedeció y la agarró mientras ella se aseaba. La situación le estaba incomodando. Tenía que reconocer que no estaba preparado para ver a Anne en aquella situación tan íntima. Salieron juntos del baño y se dirigieron a la puerta de embarque. El avión despegaba en un cuarto de hora. Mientras esperaban, Anne dio gracias mentalmente a su abuela Mery Anne. Instintivamente se llevó la mano derecha al cuello para confirmar que llevaba puesto el colgante de oro con el tisquel celta que había encontrado en El Reino de las Ánimas, la habitación secreta que Mary Anne Merrick ocultaba en su dormitorio de Sunny House. Había mentido a Mechero. Su ginecóloga le había dicho que si volvía a tener una hemorragia, por pequeña que fuera, debía ir inmediatamente al servicio de urgencias del hospital más cercano. Pero no podía arriesgarse a que la ingresaran. La sangre de los que estaban antes bullía con fuerza en la criatura que llevaba dentro y por nada del mundo deseaba que algún facultativo se empeñara en realizarle alguna analítica que pudiera revelar algo fuera de lo común. En otras circunstancias ella misma habría condenado su propia actitud, pero ahora lo veía todo de manera diferente. Quería llegar cuanto antes a Gales. El profesor O'Connor tenía que explicarles lo que había ocurrido. Pero sobre todo, se moría de ganas por hablar en persona con su hermana Elin y abrazarla. Ahora más que nunca necesitaba su apoyo y sus consejos. Aunque el hacerlo implicara la posibilidad de tener que enfrentarse a su madre.

34.

Amelia Aizaga se levantó del suelo con cuidado de no hacer presión en la hernia estomacal que la atormentaba desde hacía años. Le gustaba salir a pasear por los alrededores de “Alaiz Enea” una hora antes de que saliera el sol. Era el mejor momento para recolectar algunas de las hierbas que utilizaba en sus recetas de cocina. A veces incluso se adentraba en el bosque en mitad de la noche, cuando las bestias nocturnas acechaban agazapadas entre los matorrales, e iba en busca de las plantas sagradas que utilizaba en sus brebajes y tinturas para los rituales heredados de los que estaban antes. Nunca le habían dado miedo las alimañas que salían a la oscuridad para cazar. Salvo con el jabalí, con el que había que tener especial cuidado en cualquier ocasión que se le avistara, en general el resto de los animales no solían atacar al ser humano si no era para defenderse. Antaño, cuando era más joven y participaba en las reuniones nocturnas que se celebraban en las praderas más próximas a las montañas de la Sierra de Andía, solía pasarlo mal durante el trayecto desde “Alaiz Enea” hasta que salía del bosque que rodeaba el caserío. Pero a medida que se fue haciendo mayor, comprendió que ella formaba parte también de aquel ecosistema ancestral, con lo que, si tomaba las precauciones necesarias, nada había de temer.

Así se lo enseñó también a Izaskun, la hija que había tenido con Hipólito. Ninguno de los dos se encontraba ya en este mundo. A pesar de los años transcurridos, el dolor la desgarraba por dentro, sobre todo las noches de luna llena durante el invierno, cuando se sentía más sola. La trágica pérdida de su única hija y la muerte del hombre que junto a ella había sabido sobrellevar la carga del legado durante tanto tiempo, eran las dos heridas profundas que aún hoy en día agrietaban su alma. Nunca había estado enamorada de Hipólito, pero no le había importado. Había sido el hombre más bueno y generoso que jamás había conocido y había sido un padre excepcional para Izaskun. Él le confesó su amor hacia ella decenas de veces y le pidió la mano hasta en cinco ocasiones. Ella le rechazó en todos los casos. Amelia no creía en la institución del matrimonio y le hubiera horrorizado haber tenido que jurar sus deberes conyugales ante un cura. A veces se arrepentía de no haber accedido. Habría hecho feliz a Hipólito. Pero qué se le iba a hacer. Nunca había sido capaz de traicionarse a sí misma. Además, había sido una ilusa al pensar en que tarde o temprano aparecería el hombre que la volvería loca, el que haría vibrar su corazón. Ese hombre idealizado jamás había llegado. Hipólito había sido el hombre de su vida y no había sido capaz de verlo hasta que ya no lo tuvo a su lado. Amelia estaba convencida de que la hernia que le había salido era una somatización de todo aquel sufrimiento no superado del todo. Por eso se había negado a operarse. Si su cuerpo había producido aquel bulto enorme que sobresalía de su estómago, ella no era quién para llevarle la contraria. Aquella carga física le ayudaba a valorar los buenos años que había pasado junto a ellos cuando vivían y a dar menos importancia a los problemas irrelevantes.

A su hija Izaskun le encantaba acompañarla a recolectar las distintas flores y vegetales. Más de una vez habían subido hasta el cercano monte Beriain, donde antes brotaba un pequeño hierbajo

que todo el mundo pasaba por alto pero que resultaba ser de lo más eficaz contra los rigores de la menstruación. El último encuentro al que Izaskun acudió antes de morir había tenido lugar precisamente en la cima de aquella montaña, junto a la ermita de San Donato y San Cayetano. Fue con las hermanas del linaje vecino de los antiguos várdulos. En aquella ocasión fueron también invitadas tres hermanas del lejano linaje de los ártabros, que habían venido expresamente desde Galicia para la ocasión. Aunque no era frecuente, no era raro que de vez en cuando alguna hermana de los clanes situados a lo largo de la costa cantábrica, incluso en tierras portuguesas y aragonesas, acudiera a alguna de las reuniones. La propia Amelia había participado en cuatro o cinco celebraciones que habían tenido lugar en Asturias y Cantabria. Su viaje más largo fue al otro lado de los Pirineos, a la zona de la Bretaña francesa, pero aquella ocasión fue extremadamente inusual. Tenía que reconocer que echaba mucho de menos aquellas reuniones nocturnas. Conocer a otras hermanas de lejanos lugares compartiendo el legado de los que estaban antes había sido una de las experiencias que más le habían satisfecho en la vida.

Se sacudió del trasero los restos de briznas de la fría hierba que cubría aquel claro del bosque. Acababa de terminar la bendición de la planta que había salido a recoger y ahora tocaba volver a casa. Había tardado más de lo previsto en encontrar ejemplares suficientes. Aquel vegetal era una especie en peligro de extinción. Por fortuna no era conocida para el gran público, pero aun así, cada vez costaba más encontrarla. Solía crecer al resguardo de algunos matorrales, aunque también las había en las laderas de algunas montañas de la zona. Fuera de allí solo las había visto brotar una vez en la cumbre del monte Toloño, cerca de Lacaverna. Su tamaño minúsculo era su mejor arma para pasar desapercibida. Eso y que su ciclo de floración era de lo más extraño, pues la flor brotaba cuando quería, sin seguir ningún tipo de patrón estacional, y el capullo solo se abría momentáneamente justo al comenzar el alba. Para cuando terminaba de salir el sol, ya se había vuelto a cerrar. Los siete pétalos eran de un precioso color blanco, con unas pequeñas motas rojas en la raíz. La madre de Amelia se la había descubierto cuando era una niña y, desde entonces, había guardado el secreto de los lugares del valle en los que crecía. Según le había contado, *Amalur*, la Madre Tierra, creó en un amanecer a la diosa *Amari* en medio de una terrible tormenta. Y se sirvió para ello de siete de esas flores. Por eso llamaba a ese momento mágico de la aurora la hora de la Diosa, aunque Amelia jamás volvió a escuchar de boca de nadie una leyenda similar. “La flor del alba”, o “*egunsentiko lorea*”, como así la llamaba su madre, se abría con el despuntar del día para saludar a *Amalur* y a *Amari* y recordar el vínculo sagrado que las unía. Aquel vegetal tenía el poder de menguar el dolor de manera instantánea, por muy extremo que este fuera, pero si se administraba la dosis equivocada, su efecto narcótico era capaz de adormecer a quien la consumiera y acabar con su vida en cuestión de minutos. El único antídoto capaz de anular y revertir los efectos letales de la planta se elaboraba a base de polvo de hoja de vid y uva fermentada, tal y como le había revelado una vez Véspero, que también conocía la existencia de la flor. Con los años aprendería de la forma más dolorosa el significado oculto de aquel bello relato que su madre trataba de transmitirle.

Guardó las flores con delicadeza en la cocina, en el tarro donde siempre las depositaba. Era muy importante cortar el tallo justo en el preciso momento en que la flor se había abierto del todo, antes de que comenzara a cerrarse. El siguiente paso era encerrarla en un bote de cristal para que no perdiera su esencia y, en la siguiente hora, preparar el ungüento o la tintura.

Caminó despacio en busca del cobijo de las hayas más altas ubicadas junto a “Alaiz Enea”, pero antes de llegar, se detuvo un momento junto al arroyo que circundaba el caserío. En uno de los meandros se formaba un pequeño estanque donde las aguas parecían quedar atrapadas en su apacible discurrir. Solía acudir allí junto a Izaskun las noches de luna llena para verse reflejadas sobre aquel espejo natural. Si se quedaban muy quietas era probable que alguna lamia se dejara ver peinando sus cabellos de oro o acariciando sus pies de pato. Jamás vieron ninguna, aunque Amelia estaba convencida de que en más de una ocasión las observaron a ella y a Izaskun desde el fondo del estanque. A la Niña también la había llevado allí en un par de ocasiones, pero siempre terminaba cansándose y desquiciándola. Muchas veces se levantaba por las mañanas deseando que la Niña no existiese. Los años que llevaba a su cargo la tenían extenuada. Pero una vez que había desayunado y el azúcar del café había bañado con su dulzor su cuerpo exhausto, recuperaba el buen humor. Al igual que su hernia estomacal, la Niña podía resultar una carga. Pero, a diferencia de la primera, la Niña era también un regalo y ella era una privilegiada por ello.

Al aproximarse a “Alaiz Enea” contempló el efecto óptico que la silueta de la montaña ubicada detrás creaba sobre el caserío y los árboles con la luz del sol. Y eso que aún no había terminado de amanecer. Daba la sensación de que la casa se camuflara en el paisaje. No había ninguna magia en aquello, pero le hacía sentirse aún más orgullosa de la *etxea* que había constituido la residencia de su familia desde hacía tantas generaciones. Mientras llegaba hasta la puerta, recordó la conversación que había mantenido recientemente con Sabina Elguea. La voz de la hermana de Concha al otro lado del teléfono había sonado aún más intimidatoria que en persona.

—Están matando a nuestras hijas —había dicho Sabina nada más iniciarse la comunicación.

—*Amari zurekin* —le había respondido Amelia Aizaga desde Dorrao. Hacía mucho tiempo que no hablaban. Aquellas dos palabras en euskera constituían la forma habitual de saludarse entre las hermanas vascas de los diferentes linajes que compartían el legado. Su significado era simple y conciso, pero resumía el sentir espiritual de todas ellas. “*Amari contigo*”.

—Déjate de pijotadas, Amelia. ¿Has oído lo que te he dicho?

—Cálmate, Sabina. Veo que con los años lo poco que te quedaba de educación ha desaparecido por completo.

—Dejemos para otro momento los reproches, que yo también tengo los míos. Esto es más importante.

—Pues entonces cálmate y cuéntamelo despacio, que ya estoy vieja para estos sofocos.

—¿Es que no ves las noticias? El asesino ese que se ha cargado a cuatro crías. Le llaman “la *sorgina*”. Ahora me dirás que no ves la tele.

—No, no la veo, pero tengo radio. ¿Cuatro? ¿No eran tres?

—No, resulta que ya había asesinado a otra antes, en el monte Eskutxi. Paula Lombardo. Lo ha sacado un programa de televisión.

—De esa no había oído aún.

—Era la nieta de Isabel Apellániz.

—¿Isabel de Orduña?

—La misma. Su hija lleva ahora la granja ecológica que le traspasó Isabel antes de jubilarse. Se casó con un italiano. Empecé a sospechar con la niña de Murua, Uxue, la que apareció muerta junto a la cueva del Gorbea. Al ver la casa familiar en la televisión comencé a atar cabos. Cuando David era pequeño, estuvimos un fin de semana visitando a Estíbaliz Elorza y nos alojamos allí. Estíbaliz es la abuela de Uxue.

—No me acuerdo de Estíbaliz. ¿Ha venido a alguna reunión del Beriain?

—Creo que sí, no estoy segura. La ha llamado Concha por teléfono y está tomando antidepresivos desde que la niña apareció muerta.

—Pobres criaturas...

—Entre Concha y Estíbaliz han conseguido contactar con las familias de las otras niñas asesinadas. Y lo que temíamos se ha confirmado. Ainhoa, la cría que encontraron en el Anboto, es sobrina de Koro Uria. Seguro que te acuerdas de ella. Koro es gerente de esas tres clínicas privadas de Bilbao y Durango tan famosas.

—Sí, como para no acordarme de ella. Siempre metiendo el hocico donde no la llaman.

—Y la otra niña, Lorea Eguinalde, la que encontraron en el Balcón de Bizkaia, es prima segunda de Oihana Gutiérrez, de Bolibar. Todas ellas llevan en mayor o menor grado la sangre de los que estaban antes.

—¿Y por qué ha matado a esas pobres crías? ¿Por qué les pone ese vestido blanco y las asfixia? Dicen que no ha abusado de ellas.

—Creo que la policía está ocultando información acerca de los asesinatos, para no causar aún más alarma. Lo que está claro que todas ellas pertenecen a los linajes que custodiamos el legado. Eso no me lo puedes negar.

—Pero ¿quién? ¿Quién las ha matado? —había preguntado Amelia consternada por lo que estaba escuchando. Creía que lo había visto todo en sus largos años de vida, pero estaba claro que aún le quedaba mucho dolor que experimentar.

—Estoy convencida de que ha sido el clan de los holandeses. Esos bátavos malnacidos nos la tienen jurada desde hace más de dos mil años. Querrán amedrentarnos para pedirnos la llave a cambio de cesar esta sangría.

—No tiene sentido. Los holandeses son enemigos de vuestro linaje, pero ¿qué tienen que ver las niñas que han muerto con los berones? Cada una de esas crías es de un padre y una madre, pertenecen a distintos linajes. ¿Por qué habrían los holandeses de enfrentarse a tantas familias distintas?

—Tú no conoces a Suzanne Bechs. Parece una mosquita muerta con sus aires impolutos y esa guapura que parece que nunca ha roto un plato, pero es bastante poderosa. Ahora que Artechnia está dando sus últimos coletazos, puede estar desesperada por hacerse con la llave para conseguir superar el bache.

—¿Esa es la empresa donde comenzó a trabajar David en Bilbao, no?

—Sí. Están a punto de cerrar definitivamente por aquel escándalo contable que salió en los periódicos. Si no han cerrado ya.

—¿Y qué vas a hacer para encontrar a David y que te devuelva la llave?

—Déjalo de mi cuenta.

—¿Qué tienes tú contra esa mujer, Sabina? Dime la verdad. Creo que no se trata solo de esa guerra que los bátavos y los berones lleváis manteniendo desde hace más de veinte siglos. Hay algo más, ¿verdad?

Sabina se había quedado callada. Estaba claro que por alguna razón no quería responderle.

—Hay que avisar a todos los linajes. Tenemos que estar en alerta. No pueden morir más crías. Entre todas yo creo que podemos conseguir todos los teléfonos, no tiene que ser tan difícil —había dicho Sabina.

—El problema es que va a ser imposible controlar a todas las crías. Por lo que se ve, el asesino no está buscando precisamente la pureza de la sangre de los antiguos. La niña esa que encontraron en el Balcón de Bizkaia, Lorea, debía de tener muy poca si era prima segunda de Oihana Gutiérrez. Probablemente, esa pequeña y sus padres ni tengan conciencia de pertenecer a los linajes. ¿Cómo vamos a avisar a todos los familiares sin decirles el motivo? Es una locura.

—¿Y qué quieres que hagamos, que nos crucemos de brazos y dejemos hacer a ese carnicero?

—Corremos el riesgo de que el secreto del legado salga a la luz, o lo que es peor, que nos encierren a todas en un manicomio. Tal vez vaya siendo hora de convocar una reunión y ver lo que opinan los demás linajes. Entre todas algo se nos ocurrirá.

—Opinarán lo que yo quiera que opinen —había dicho Sabina de forma tajante—. Mi madre, mi hermana Concha y yo somos las descendientes de las Madres. Nuestros ancestros fueron los berones de la ciudad santa que fue La Hoya. Somos las titulares de la llave. Mi hermana María dio a luz al elegido por las profecías. Se hará lo que yo decida.

—Creo que el linaje de la otra persona que se menciona en las profecías tendrá algo que decir también, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Anne Wellington. La novia de David.

—No es su novia. Rompieron.

—Me da igual. Concha me llamó para contarme tu sueño. Esa muchacha según tú es la elegida para cumplir la profecía. Supongo que sabrás lo que eso significa.

—Puede que me haya equivocado —había dicho Sabina intentando desviar el tema.

—Veo que si yo no te saco el tema tú no ibas a contármelo. ¿Crees que puedes llevar esta carga tú sola? Estás loca si se te ha pasado eso por la cabeza. Si esa chica inglesa es la elegida por la profecía solo puede significar que ella también pertenece a uno de los linajes. Asímelo de una vez. No hay otra opción. Quisiste deshacerte de ella cuando supiste que estaba con David. Concha me ha contado las lindezas que has soltado de ella por tu boca. Creo que “lagarta” es lo más suave que la has llamado. Y ahora resulta que la necesitas. Tus dotes clarividentes no te han funcionado muy bien, me temo.

—Ya te he dicho que puede que me haya equivocado en mi visión —se había excusado Sabina. Iba a matar a Concha por haberle contado a Amelia el sueño premonitorio que había tenido utilizando el ritual del levantamiento de párpados.

—Anne Wellington es la nieta de Mary Anne Merrick —había añadido Amelia.

—¿Cómo? —había exclamado Sabina, mientras la sangre abandonaba su rostro y la sumía en una palidez casi extrema.

—Lo que has oído. Es la nieta de Mary Anne Merrick, del linaje de los antiguos galeses. Entre sus ancestros y los tuyos no sé yo cuál es el linaje más puro. La madre de Anne es Betrys Wellington. Es la única hija que le quedaba viva a Mary Anne antes de morir.

—Estás loca. Eso es imposible.

—Es ella. Lo he comprobado. Acéptalo y demos juntas el siguiente paso.

—Pero entonces...

—Sí. La hermandad de los guardianes seguro que no se va a mantener al margen. Mary Anne Merrick fue la máxima representante de la Fundación Petunia. Estuvo a punto de revolucionar la organización cuando asumió el cargo, pero ni siquiera la persona con el puesto más alto en la jerarquía de esos desgraciados consiguió que las cosas cambiaran. Todos mis respetos por ella porque te puedo asegurar que puso empeño en conseguirlo. Fue nuestra mejor embajadora y les demostró que si queríamos, no había por qué estar enfrentados.

—¿Cómo has averiguado que la inglesa es nieta de Mary Anne Merrick?

—Me lo ha dicho un *galtzagorri* —había contestado Amelia sonriendo.

Amelia Aizaga recorrió el pasillo de la planta baja de “Alaiz Enea” tras dejar el tarro de cristal con la flor del alba sobre la encimera de la cocina. Tenía menos de cuarenta minutos para preparar la pomada y la tintura pero, antes, se dirigió a la parte de atrás del caserío, donde estaba situada la pequeña habitación para invitados. Al pasar junto a la puerta trasera, escuchó un ruido y no pudo evitar abrirla para controlar la entrada a la cueva que albergaba la montaña. Apenas unos metros separaban “Alaiz Enea” de la gruta. Intentó atisbar entre el follaje que cubría el acceso pero no detectó nada raro. Regresó dentro y se dirigió al dormitorio. Abrió lentamente la puerta, como si temiera despertar a quien allí yacía. Enseguida se percató de lo absurdo de sus actos. La persona que ocupaba el cuarto llevaba mucho tiempo sin dormir, mucho más que Sabina y David. Se acercó con respeto y levantó la persiana de la ventana. La claridad del incipiente día se coló perezosa en la estancia, lo suficiente como para comprobar que su invitada no se había movido un centímetro desde que la había acostado hacía diez horas, poco después de que Adrián, el hijo de Concha, la trajera hasta allí. Una nueva carga que soportar. Un nuevo quebradero de cabeza. Su hernia, cuidar de la Niña, custodiar el manuscrito que le había traído Concha y ahora esto. Esperaba que *Amari* le echara una mano con todo.

—“Ahora que no tiene la muñeca está mucho más sumisa. No te preocupes. No te hará nada. Es como si hubiera decidido darlo todo por perdido y su mente hubiera abandonado para siempre este mundo. Ni siquiera presta atención a la muralla. Con toda la guerra que nos dio con que quería pasar el resto de sus días junto a ella cuando aún estaba bien. Las monjas de la residencia

de Vitoria están encantadas con ella, mucho más tranquilas. Aunque en el fondo agradecerán que la saquemos de allí”.

Aquellas palabras de Sabina habían conseguido convencerla, aunque no del todo. Amelia intuía el poder que latía aún en su invitada. Además de primas, habían sido grandes amigas antes de que ella se quedara en estado vegetativo. Véspero le había enseñado a ser paciente y a cuidar de la Niña como requería. Entre las dos habían formulado nuevas pociones con las plantas sagradas y habían educado en la religión antigua a Sabina y Concha, a las que Amelia había querido como si fueran sus propias hijas. Le debía mucho. Véspero había sido un gran apoyo en lo referido a la Niña. Quería pensar que ella hubiera hecho lo mismo en su situación. Así que no había tenido más remedio que aceptar. Aun así, un escalofrío recorrió su menudo cuerpo cuando contempló su cabeza sin apenas pelo. Tenía los ojos completamente abiertos, con la mirada fija. Durante un segundo le pareció que movía las pupilas, como si la hubiera reconocido. Pero tenía que haber sido un espejismo. Véspero Aizaga hacía mucho que había dejado de ser la mujer que una vez había sido. Era imposible que su cerebro dormido pudiera conservar recuerdos.

35.

Mikel Ballesteros era un hombre recio, consecuente con sus obligaciones familiares y un ejemplar padre de familia con cuatro niños pequeños que alimentar. Su empleo como vigilante nocturno del cementerio de Bilbao no era suficiente para sufragar todos los gastos que su familia numerosa le demandaba, así que, durante el día, realizaba trabajos esporádicos como chapuzas a domicilio arreglando todo tipo de desaguisados. Sus ocupaciones anteriores como albañil y electricista le permitían rendir con excelentes resultados en esta segunda faceta profesional diurna. El turno de noche del camposanto bilbaíno comenzaba a las diez y terminaba a las seis de la mañana. Generalmente, Mikel Ballesteros cumplía a rajatabla su horario, salvo cuando ella le llamaba. Y es que Mikel Ballesteros, amante esposo y trabajador nato, tenía un pequeño secreto. Mantenía una relación

extramatrimonial con una mujer de Portugalete. Aimar presentía que la había conocido durante una de sus visitas a domicilio. Así que, a veces, a eso de las cinco y veinte de la madrugada, abandonaba su puesto de trabajo para acudir raudo donde ella y así llegar a tiempo a casa para despedirse de los pequeños antes de que marcharan a la escuela. En las últimas dos semanas lo había hecho cada lunes, miércoles y jueves, siempre puntual, con la diligencia de quien sabe que no puede perder un minuto si no quiere que todo el plan se vaya al traste.

Aimar Errekamendi esperó a que Mikel Ballesteros abandonara el recinto. Lo observó mientras se montaba en su coche y se alejaba a toda velocidad. Sabía que su destino era Portugalete. Tenía menos de tres cuartos de hora para intentar acceder al panteón donde descansaban los restos mortales de Begoña Argenta y su marido. Esquivó las dos únicas cámaras de seguridad ubicadas en la puerta principal y saltó la valla. Por si acaso, había cubierto cada rincón de su cuerpo con ropa oscura, incluido un pasamontañas que tan solo dejaba al descubierto sus ojos y su boca. Varias farolas iluminaban el cementerio en diversos puntos, pero la luz que emanaban era tan tenue que en el tramo comprendido entre una y otra la oscuridad era casi absoluta. Tuvo cuidado de no tropezar con ninguna lápida. Tras deambular durante cinco minutos en el área donde se suponía que estaba la capilla, al fin la encontró. Apenas podía adivinarse el contorno de los dos ángeles guardianes que la vez anterior tanto le habían

impresionado. Sus rostros eran imperceptibles debido a la falta de luz, lo

cual les confería un halo aún más sobrenatural si cabía. Se percató de un detalle que no había captado la vez anterior. Uno de los dos portaba una espada de gran tamaño colgada de su cintura.

Estuvo tentado de iluminarles la cara con su linterna, pero en el último momento no tuvo el valor suficiente, como si temiera encontrarse con unos ojos amenazantes advirtiéndole de que no hiciera lo que se disponía a hacer.

Miró a su alrededor. Era

paradójico, pero no se veía ni un alma. Sacó la ganzúa de la pequeña mochila que llevaba a la espalda. No le hizo falta forzar la cadena del candado que había sobre la cerradura. Alguien la había dejado mal colocada. Al entrar, le pareció escuchar un pitido. Quizá era imaginación suya, pero estaba casi convencido de que algo había sonado. Una atmósfera cargada de humedad y olor a podredumbre le abofeteó como un vendaval repentino de aire caliente. Sintió arcadas, pero pudo contener las ganas de vomitar.

En peores circunstancias se había visto durante sus años de servicio. Alumbró con su linterna el mausoleo. A pesar de que por fuera no parecía muy amplio, lo cierto era que desde dentro la perspectiva cambiaba bastante. Las dos paredes laterales y la del fondo contenían en total seis tumbas apiladas unas sobre otras, una de ellas aún vacía. Begoña Argenta ocupaba el sepulcro situado justo encima del de su esposo, en el muro de la izquierda. Las sepulturas de la pared situada enfrente de la puerta aparecían ocupadas por lo que dedujo que eran los padres de ella y quizá una de sus abuelas. A la derecha reposaban los restos de Borja, el hijo de Begoña y Juan Mari. Sin saber muy bien por qué pensó en el cuerpo despedazado del muchacho, tras haber muerto en aquella explosión de las Torres Isozaki, y sintió una profunda lástima.

Ama siempre se había opuesto a que Aimar donara sus órganos cuando muriese porque, según ella, los muertos tenían que pasar enteros al cielo.

Era una de las pocas veces en las que Aimar se había enfrentado a ella. Sobre la tumba del joven, se encontraba la que aún no había sido rotulada, con lo que era de suponer que se encontrara vacía. Un pequeño altar junto con una silla y un reposapiés forrado de tela de color granate constituían el único mobiliario de la estancia. En cada una de las paredes dos portavelas vacíos colgaban repletos de cardenillo. En el suelo, una trampilla metálica del sistema de alcantarillado afeaba el espacio que, por lo demás, era excesivamente sobrio. Le llamó la atención no encontrar crucifijos o cualquier otro símbolo religioso por ningún lado. De hecho, ahora que lo pensaba, salvo los dos ángeles del exterior, nada en aquel panteón evocaba la religión cristiana.

El único dibujo que detectó fue en el techo. Justo en el centro, había una escultura de una rosa enorme de color blanco tallada con un hermoso relieve en tono granate que tenía algo escrito. Acercó todo lo que pudo el haz de luz y la leyó. Era una frase en euskera.

“Arrosa iraunkor ederra gara”. “Somos la hermosa rosa perenne”. ¿Sería un versículo del antiguo testamento?

Miró el reloj de su móvil. Le quedaban diez minutos, quizá doce, para que el vigilante del turno de mañana entrara en el camposanto a realizar la primera ronda. No podía permanecer mucho tiempo más allí. *“¿Dónde lo has escondido, Consuelo?”*, se preguntaba una y otra vez tratando de adivinar un posible lugar donde la sospechosa pudiera haber ocultado lo que había introducido en el panteón. Revisó

concienzudamente cada objeto hasta que volvió a reparar en la tapa metálica de la alcantarilla del suelo. En la parte central había grabados dos candelabros judíos, semejantes a los que aparecían tallados en las espaldas de los dos ángeles de fuera, y exactamente en la misma posición. Los dos estaban girados de tal forma que las puntas de los candelabros de uno y otro parecían querer alcanzarse.

No se lo pensó y forzó la cubierta hasta que consiguió abrirla.

Todas sus esperanzas se desvanecieron en el mismo instante que comprobó que en aquel agujero solamente había una tubería de agua.

Absolutamente nada más. Volvió a mirar en derredor. “¿Dónde lo has escondido, Consuelo?”, volvió a repetirse. Tuvo una corazonada y se dirigió hacia la tumba que estaba vacía. Le costó más de lo que pensaba extraer la pesada lápida. Estaba

completamente vacía. Volvió a mirar el reloj. El vigilante debía de haber comenzado ya su primer paseo matutino. Tenía que salir de allí. Al volver a colocar la tapa de la tumba vacía, se dio cuenta de que la del sepulcro del hijo de Begoña, situada justo debajo, estaba ligeramente movida hacia fuera. Sin perder tiempo, decidió sacarla del todo. Rezó para que el muchacho estuviera descansando dentro de un ataúd y no encontrarse con ninguna sorpresa desagradable. Dejó la losa en el suelo con cuidado de no romperla.

Enfocó dentro de la tumba. Un recipiente metálico ocupaba el lugar donde debía estar el féretro. Aturdido por la impresión, dudó de si debía continuar. ¿Por qué aquel sarcófago estaba vacío? ¿Dónde descansaban entonces los restos mortales del hijo de Begoña Argenta?

La caja no tenía ningún

mecanismo de cierre así que simplemente retiró la parte posterior para abrirla. Palpó el interior y fue extrayendo uno a uno los diferentes expedientes y carpetas que había allí almacenados.

Consuelo debía de haber ido introduciéndolos poco a poco allí. El más grueso de todos parecía un compendio de diferentes artículos y se asemejaba en apariencia a una tesis doctoral. Llevaba por título “*El dogma verdadero del maestro Hugo el Potevino*”. No tenía ni idea de quién era ese hombre. Fue metiendo el resto de los documentos uno a uno en su mochila, pero se dio cuenta de que iba a ser imposible que cupieran todos, así que se limitó a llevarse los dos que parecían más voluminosos. Dejó los demás en el sepulcro, puso de nuevo la losa y se dirigió a la

salida. Cuando iba a cruzar la puerta se percató de que unas fotografías habían caído sobre el pavimento. Se trataba de diferentes instantáneas de una mujer pelirroja. Algunas parecían actuales pero otras eran de cuando era más joven. Tenía pinta de ser extranjera. Las guardó en su chaqueta y por fin salió al exterior. En el último momento se acordó de manipular la cerradura para dejarla tal cual la había encontrado.

Si tenía un poco de suerte tardarían en descubrir el robo.

Con la claridad del alba, observó a lo lejos la sombra del vigilante que, cigarro en mano, recorría un sector del cementerio próximo a donde él se encontraba.

Corrió hacia la entrada del recinto y aún tuvo que correr trescientos metros más hasta que llegó al lugar donde había ocultado la ropa para cambiarse. En menos de quince minutos se encontraba dentro de un taxi de camino a casa. La dulce

satisfacción de estar más cerca de saber quién era de verdad Consuelo le provocó una erección imprevista. *Ama* iba a estar muy orgullosa de él.

36.

El salón principal de Sunny House olía a una intensa mezcla de lavanda y cítricos, un aroma que Anne Wellington jamás había experimentado antes en aquel lugar. El profesor James O'Connor había seguido cambiando la decoración de la mansión poco a poco y había ido añadiendo su propio estilo clásico a la mayoría de las estancias. Sentada en uno de los sillones, Anne miraba en derredor detectando los cambios que se habían producido desde la última vez que había estado en la casa. Cuando comenzó a vivir allí el profesor había respetado el gusto de Mary Anne Merrick, pero ahora tenía la desagradable sensación de que aquel lugar había dejado hacía mucho de ser el hogar de su abuela. La extravagancia y exotismo de los muebles y adornos que tanto le gustaban a su abuela, y que había ido heredando de sus múltiples viajes alrededor del mundo, habían desaparecido casi por completo. Al profesor O'Connor le gustaban más las atmósferas tradicionales y en cierto modo pasadas de moda. Lo cual encajaba a la perfección con su indumentaria. Mientras hablaba con ellos, lucía un traje de *tweed beige*, su prenda favorita. Había adelgazado bastante.

—Han encontrado muerto a Dimitri Megalos en la isla de Eubea —les anunció con la misma naturalidad que hubiera empleado si les hubiera dado los buenos días.

Mechero dejó caer al suelo la taza en la que hasta ese momento degustaba el té rojo que les había servido Ms. White, el ama de llaves. La mujer apareció en el salón nada más escuchar el ruido para recoger los pedazos, pero el profesor le hizo un gesto para que se fuera.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Anne soltando un pequeño gemido. Aún le dolía el vientre por lo que le había ocurrido en el cuarto de baño del aeropuerto de Bilbao.

—Calíope, su hija, lo encontró muerto en su dormitorio al ir a despertarle y los servicios médicos no pudieron hacer nada por salvarle la vida. Alguien lo maniató y lo amordazó antes de golpearle en la cabeza hasta matarlo. Calíope vive en la misma casa, aunque en la planta baja. Afirma que no escuchó nada durante toda la noche. Debieron de sorprenderle desprevenido o dormido. No es fácil reducir a un hombre del tamaño de Dimitri de esa manera.

—¿Un robo? —preguntó Anne.

—Eso es lo que sostiene la policía griega. El dormitorio y un pequeño despacho contiguo estaban destrozados. Habían desaparecido varias joyas que Dimitri había heredado de su familia.

—¡Y una mierda un robo! —estalló de repente Mechero poniéndose en pie—. ¡Ha sido la Fundación! ¿Dónde está ahora Calíope?

El joven tomó su teléfono móvil e intentó llamarla, pero ella no respondió. Frustrado, comenzó a dar patadas al sillón del que se acababa de levantar. Anne se incorporó y se interpuso entre él y el mueble.

—¡Mechero, por favor! ¡Cálmate! —le gritó.

—¡Se la van a cargar a ella también, joder! Tú no lo entiendes.

—Borja, te ruego que te sientes y te tranquilices —le pidió James O'Connor. Esta vez se dirigió a él de tú en un intento de mostrar cercanía.

Anne le acompañó de nuevo hasta la butaca y le hizo sentarse mientras con su mano masajeaba su espalda con la intención de sosegarle.

—Joven, creo que tu compañera Anne necesita que le expliques algo —le dijo el profesor.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Anne—. ¿Alguien me puede explicar qué está pasando?

—Calíope se ha puesto en contacto conmigo —dijo el anciano—. Al parecer, tu amigo Mechero le habló de mí con todo lujo de detalles. De mí, de ti y de la Fundación. Dimitri tenía mi número en la agenda de su teléfono móvil.

—Sí, cuando estuvimos en Grecia nos dijo que usted y él eran viejos amigos —dijo Anne.

—Así es. Calíope Megalos ha acudido a mí pidiéndome ayuda. Ella sabe lo que querían robar en el dormitorio de su padre. Estaba destrozada. Podía sentir su dolor a través del hilo del teléfono. Según me ha contado, Dimitri le había dicho en más de una ocasión que si le ocurría algo malo acudiera a mí, que yo era la única persona que podría ayudarla. Desgraciadamente no puedo hacer nada para encontrar a la persona que ha matado a su padre. Ya le he dicho que eso es trabajo de la policía.

—Ha sido la Fundación. Calíope no tenía ni idea de que su padre había pertenecido a Petunia. La última noche que pasamos en la isla de Eubea me sinceré con ella, quizás demasiado. Y le conté todo. Bueno, casi todo.

—¿Crees que lo ha hecho la Fundación como castigo por haber incumplido tu deber de confidencialidad? —le preguntó Anne.

—¿Recuerdas lo que hicieron con tu perro Júpiter cuando te llevaste fuera de la biblioteca las fotografías y la información del Códice 6o? —le preguntó él a su vez.

—Pero estamos hablando de un ser humano. No me puedo creer que Petunia haya matado al padre de Calíope por venganza. Hubiera sido mucho más sencillo eliminarla a ella, ¿no te parece?

—Lo que tú digas.

—Opino igual que Anne —se pronunció el profesor—. Calíope me ha dicho que sabía que su padre ocultaba una reliquia arqueológica relacionada con las casas de gigantes de la isla de Eubea. Cuando los turistas comenzaron a visitar en masa las famosas *drakospita*, la familia de Dimitri escondió esa pieza para protegerla de los saqueadores. Según ella, se había desprendido de la casa del monte Oqui.

—Ya sé qué es esa reliquia. Es la parte izquierda del grabado que había sobre el dintel de la *drakospita*. El que representa la huida de los gigantes. Koldo de Andrés se llevó el trozo que faltaba en la parte de la derecha, entre el dibujo de los gigantes y la nube, pero Calíope nos dijo que la parte de la izquierda hacía mucho tiempo que había desaparecido. Lo que no nos dijo es que esa pieza la guardaba su familia.

—Ya te dije que esa chica no era de fiar —dijo Anne—. A mí ya me pareció que nos mentía cuando nos lo dijo.

—Calíope Megalos está dispuesta a encontrarla y aclarar todo este entuerto. He intentado hacerle cambiar de opinión pero ha sido inútil. Creo que no es consciente del peligro real que

supone todo este asunto. Me ha dicho que Dimitri se deshizo hace tiempo de la pieza presintiendo el peligro que podían correr si se la quedaban. Desde hace años esa reliquia no está en Grecia.

—¿Dónde está? —preguntó Anne.

—En Cerdeña. Según Calíope, Dimitri se la hizo llegar a Filippa Costa. Vive en la isla —contestó James.

—¿Quién es esa mujer? —quiso saber Mechero.

—Es una vieja historia. Los tres somos, éramos, amigos desde hace muchos años.

—¿Es jardinera? —preguntó Anne.

—Sí, al igual que Dimitri. Filippa llegó a ser Mayor del Jardín del Mar Balear. Al parecer, renunció a su cargo al mismo tiempo que Dimitri hizo lo propio en el Jardín del Mar Adriático.

—¿El Mar Balear? ¿Eso existe? —dijo Mechero empleando un tono de mofa.

—Es el área del Mediterráneo comprendida entre la costa este de la península Ibérica y la isla de Cerdeña.

—Gracias por la lección de geografía —respondió el joven—. ¿Dónde está Calíope?

—Llegará a Cerdeña mañana.

—Está loca. La van a matar —dijo Mechero—. ¿Y si el cabrón que mató a Dimitri consiguió que le confesara el paradero de la reliquia? Tenemos que ayudarla. ¿Cuándo salimos para Cerdeña?

—Espera, Mechero. ¿Me puedes explicar por qué tenemos que ayudarla? —le preguntó Anne—. Está claro que nos mintió. ¿Cómo has sido capaz de contarle todo a esa chica? Nos has puesto en peligro a todos. Puede que incluso hasta al propio Dimitri. Hay veces que creo que tienes diez años.

—Lo siento, ¿vale? —dijo él—. Pero no voy a dejar a Calíope sola en medio de este mar de tiburones. Calíope los tiene muy bien puestos y podría defenderse ella solita en la mayoría de las ocasiones, pero no en esta. No tiene ni idea de a quién se está enfrentando.

—Creo que es buena idea que acompañes a Mechero, Anne —dijo James O'Connor—. He intentado localizar a Filippa, pero hace años que no hablamos. Supongo que habrá cambiado de número de teléfono. Y ahora mismo no se me ocurre otro jardinero de confianza que me pueda ayudar a encontrarla en Cerdeña. Lo único que he podido averiguar es que, además de ser jardinera, regenta una casa de huéspedes en la parte sur de la isla, cerca del monte Tíscali. He llamado pero parece ser que nadie sabe decirme nada en concreto. Sospecho que ha dejado instrucciones para que nadie revele su paradero. Dimitri y yo fuimos en su día amigos íntimos y si él quería que yo ayudara a su hija, no se me ocurre mejor manera que vosotros seáis mis manos para poder hacerlo. Yo estoy ocupado en otros menesteres. Por favor, Anne, te necesito.

—Me da igual si no vienes, pelirroja —dijo Mechero—. Yo voy a ayudar a Calíope. No voy a dejarla tirada. Además, tenemos que encontrar esa pieza de la *drakospita* que guarda Filippa Costa. Puede que esa mujer tenga la respuesta que buscamos. Puede que averigüemos de una vez qué es la dichosa nube de la profecía. A lo mejor incluso podemos arrojar algo más de luz sobre esa otra especie de homínidos de la que hablan los trabajos de Margarita Toledo. ¿Vas a renunciar ahora a aclarar de una vez todo este tinglado? No me vaciles, anda.

—Hay algo más —dijo el anciano—. Me han llegado informaciones de que Koldo de Andrés ha sido visto en el sur de Italia, en Nápoles. Cuando abandonó Grecia debió de viajar hasta allí. No sabemos si el profesor De Andrés está implicado en el asesinato de Dimitri, pero no podemos descartar nada. Puede que regresara a la isla de Eubea para tratar de robar la pieza que custodiaba Dimitri y se le fuera la situación de las manos. De todas formas hay algo que se me escapa. Si Koldo de Andrés robó la parte del grabado que faltaba en el dintel de la *drakospita* del monte Oqui, ¿por qué habría de regresar a por la otra parte que guardaba Dimitri? Según Calíope ambas piezas son idénticas, o al menos eso es lo que siempre le había contado Dimitri. Calíope nunca llegó a ver la que custodiaba su padre. Nápoles no está tan lejos de Cerdeña. Debéis extremar las precauciones y advertir también a Filippa si dais con ella. No sé qué ha ido a hacer Koldo de Andrés a Nápoles, pero todo esto no me gusta nada.

—Está bien —dijo Anne sintiéndose abrumada—. Profesor O'Connor, ¿hay algo más que debemos saber de Filippa Costa? ¿Por qué Dimitri le envió precisamente a ella la pieza? No quiero más sorpresas.

—Anne, me estás pidiendo demasiado para mi rancia moral británica —bromeó el anciano—. Si Filippa quiere contaros esa parte de la historia por mí no hay problema, pero yo no voy a ser quien revele intimidades que no os conciernen. Respeto mucho a Filippa y ante todo la memoria de Dimitri.

—Yo flipo —dijo Mechero mientras leía la pantalla de su teléfono móvil—. Profesor, ¿seguro que no nos tiene que contar nada más?

Anne se acercó al joven y le arrebató el teléfono.

—¿Tumbas de gigantes? —preguntó mientras leía la información que Mechero había buscado en Internet.

—Ha sido buscar “Cerdeña” y “gigantes” y han aparecido más de cien mil resultados —apuntó Mechero—. ¿Es que no nos lo iba a contar, profesor?

—Veo que vais mucho más rápido que mis reflejos de anciano endeble —trató de excusarse James-. Sí, yo también creo que no es casualidad que la familia de Dimitri custodiara esa pieza desaparecida de la *drakospita* y que se la haya enviado precisamente a Filippa. Lo que os puedo asegurar es que yo no tenía ni idea de que Dimitri guardara una reliquia relacionada con nuestra misión ni que su familia estuviera implicada en todo esto. Por eso os pido discreción. Por Dimitri y por Calíope. Y por Filippa. Dimitri y Filippa dimitieron de sus respectivos cargos de Mayores por no estar de acuerdo con las medidas opresivas que los Caducos están imponiendo a marchas forzadas en la Fundación desde la explosión del invernadero de Bilbao. Filippa está en una situación muy delicada ahora mismo.

—¿Qué pasa en Cerdeña? ¿Qué son las *nugaras*? —quiso saber Anne—. Empiezo a estar harta de que nos suministre la información a cuentagotas. Y ahora no vaya a decirnos que también es casualidad que la Fundación tenga muchos de sus jardines alrededor de todos estos supuestos vestigios de los gigantes.

—Tenéis razón, disculpad —dijo el profesor con un hilo de voz—. Me da pánico daros más información de la necesaria y luego sentirme culpable cuando hallen vuestros cadáveres en un descampado. No me lo perdonaría en la vida. Eres la nieta de Mary Anne Merrick, se supone que mi misión es cuidarte y vigilarte. Ella así lo quiso. Si te ocurriera algo, estaría traicionando a

Mary Anne, pero también me traicionaría a mí mismo. Aunque tú no lo creas, te quiero como si fueras la nieta o la hija que nunca tuve.

—James, creo que Mechero y yo hemos demostrado que nos sabemos defender solos perfectamente —dijo Anne enfadada por la actitud del profesor—. Entiendo su respeto por la memoria de mi abuela pero si no nos cuenta todo lo que sabe al final será peor. La información es poder. Piense que es la mejor forma de protegernos.

—No comparto tu punto de vista, Anne —le dijo él—. En el caso de Petunia, cuanto menos sepas de todo, mejor. Créeme. Además, aunque te cueste aceptarlo, yo no tengo todas las respuestas que buscas. El conocimiento total respecto de la Fundación solo es privilegio de unos pocos, y yo no pertenezco a ellos.

—¿Nos va a contar lo de los gigantes y Cerdeña de una vez? —preguntó irritado Mechero.

—La isla de Cerdeña es sede del Jardín del Mar Balear, sí, pero no todos los jardines de la Fundación se circunscriben alrededor de estos restos de la civilización de los gigantes. Las *nugaras* son los edificios más representativos de la cultura nurágica. Están a la vista de todo el mundo, no son ningún secreto.

—Pues no había oído hablar de ellos en mi vida —dijo Mechero.

—Son unos edificios megalíticos de gran tamaño con base circular y forma de cono partido por la mitad. Hay más de ocho mil repartidos por toda la isla. Pero hubo muchos más.

—Aquí dice que muchos de ellos tienen más de veinte metros de altura —añadió Anne—. Ahora entiendo por qué son conocidas con el sobrenombre de “tumbas de gigantes”.

—Y están contruidos sin cimientos, con decenas de bloques de piedra de forma rectangular apiñados los unos sobre los otros, sin ningún tipo de cemento que asegure la estructura —continuó el profesor.

—Igual que las *drakospita* de la isla de Eubea —puntualizó Mechero—. ¿Fueron contruidos por la misma civilización?

—Nadie lo sabe con certeza. Las *drakospita* de la isla de Eubea tienen probablemente una antigüedad de nueve mil años, aunque hay quienes dicen que son más recientes, de hace cinco mil quinientos años. En cuanto a la cultura nurágica de Cerdeña la discusión es aún mayor si cabe. Hay quienes sitúan su surgimiento al comienzo de la Edad de Bronce, es decir, en el tercer milenio antes de Cristo. Pero otros muchos autores la datan en la Edad del Bronce Medio, entorno al año 1800 antes de Cristo. El final de la civilización nurágica está más consensuado y se suele admitir que se sitúa en los últimos momentos de la Edad del Hierro, hacia el siglo tercero o segundo antes de Cristo, poco antes de que irrumpieran los romanos.

—Los gigantes de la cultura nurágica pueden ser exiliados o descendientes de los de las *drakospita* griegas —dijo Mechero.

—Eso es mucho suponer, joven —le cortó el profesor—. Nadie sabe nada con certeza. Puede que todas estas culturas estuvieran emparentadas entre sí pero, como veis, las fechas bailan.

—¿Y si todos estos supuestos pueblos de gigantes provienen del mismo tronco? —preguntó Anne.

—¿A qué te refieres, querida? —quiso saber el anciano.

—Margarita Toledo defendía la existencia de una especie desconocida de homínidos que convivió con los *sapiens*, los neandertales, los denisovanos y los hombres de Flores. Esa supuesta especie de gigantes cavernícolas se expresaban a través de símbolos y signos que la señora Toledo asoció a la escritura descubierta en la cerámica de la *drakospita* del monte Oqui.

—El euskera —dijo Mechero—. O, al menos, una versión muy antigua del euskera.

—Sabemos que es una locura, un disparate, ya que aún faltaban milenios para que apareciera la que se considera la primera escritura, la sumeria —explicó Anne.

—O la egipcia —la interrumpió James—. Se cree que la escritura jeroglífica se comenzó a utilizar hacia el año 3300 antes de Cristo, en la misma época en la que surgió la escritura cuneiforme de los sumerios.

—Pero, olvidándonos de esa parte de la teoría de Margarita Toledo respecto del euskera, puede que todos estos supuestos vestigios o descendientes de diferentes razas de gigantes, los de la isla de Eubea, Cerdeña, los antiguos galeses, los *mouros* de Asturias y Galicia, los *homes granizos* de Aragón, los gentiles vascos, etc., provengan de esa especie desconocida de homínidos.

—Es probable que tengas razón, Anne. Tal vez el linaje de David y el de tu abuela Mary Anne tenga su origen en esa especie de la que hablaba Margarita Toledo. Si localizáramos al profesor De Andrés quizá podría corroborar tu hipótesis. Pero parece que está empeñado en no querer ser descubierto. Comienzo a pensar que jamás accederá a contarnos lo que sabe. Por eso es imprescindible que encontréis a Filippa en Cerdeña y os enseñe la pieza del grabado de la *drakospita* que le entregó Dimitri. Debemos estar preparados para cuando llegue el momento de la profecía. El tiempo se nos echa encima y no tenemos ni idea de qué es la nube y qué hemos de hacer para detener la apertura de la puerta por la que regresarán los gigantes. Y sobre todo, lo que más me preocupa es no saber cuál es tu papel y el de David en toda esta historia. La profecía afirma que la sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes. No puedo dejar de pensar en lo de la sangre. Me parte el corazón pensar que debas morir para impedir la apertura, Anne. Si eso es así, debemos impedirlo a toda costa. En tu estado de buena esperanza, y aunque pueda sonar algo sexista decirlo así, cada día que pasa eres más vulnerable. Si el hombre que irrumpió en la casa en la que os hospedabais Mechero y tú te llega a hacer daño...

Anne se quedó en silencio durante unos instantes mirando al anciano y se alejó lentamente hacia la ventana más grande del salón. Mientras observaba a través del cristal las rosas rojas del jardín de Sunny House y aprovechando que el profesor y Mechero conversaban entre ellos, pensó en lo que el anciano le acababa de decir. James O'Connor parecía verdaderamente preocupado por ella. Quizá era cierto que la consideraba como su hija o su nieta. Ni James ni Mechero sabían lo que ella pensaba respecto del cumplimiento de la profecía. Estaba convencida de que la criatura que albergaba en su interior era de David. Estaba segura de que su bebé era la sangre que heredaría el camino al reino de los que estaban antes, como apuntaba la profecía. Ni el profesor ni Mechero sabían que se había acostado varias veces con David hasta finales de año, poco antes de partir para Inglaterra. No le apetecía tener que dar explicaciones al respecto, al fin y al cabo David y ella ya habían terminado con anterioridad. Eso formaba parte de su intimidad y a nadie le

importaba. Además, facilitarles aquella información podía poner en peligro a su bebé. No podía dejar de pensar en la advertencia que le había hecho Jon Arkaute antes de desaparecer. No debía fiarse ni dejar que la Fundación le lavara el cerebro haciéndole creer lo que no era. No sabía hasta qué punto podía confiar en el profesor O'Connor. Incluso en Mechero. Los dos le habían dicho en varias ocasiones que Jon era el culpable de la explosión del invernadero y del incendio de la biblioteca de Bilbao. La mera idea de pensar en que Mechero pudiera estar haciendo un doble juego con ella le ponía enferma. No podía creerlo, pero el hecho era que tanto él como James habían insistido en acusar a Jon más de una vez. Aunque, por otra parte, ¿debía confiar en Jon? Hacía demasiado tiempo que no sabía de él. La última vez que se había comunicado con ella le había dicho que le esperara, que la Fundación iba tras de él y que tenía que idear un plan para resolverlo todo. Si era cierto que Jon e Itziar Azurmendi, la periodista de La Luz de Navarra, estaban juntos, ¿qué sentido tenía seguir esperando a que apareciera?

Una nube cubrió los rosales sumiéndolos en una tétrica penumbra. Anne sintió una ligera presión en el vientre. ¿Y si estaba equivocada? ¿Y si el hijo que esperaba no era de David? A lo mejor toda la historia de la profecía la estaba cegando. Si su bebé finalmente era de Jon, el profesor O'Connor podía estar en lo cierto. Si la criatura que llevaba en su vientre no era la sangre a la que se refería el augurio de la llegada de los gigantes, era probable que fuera la sangre de ella y la de David la que, de alguna manera, cumpliría el vaticinio. Ambos podían estar a punto de morir. ¿De qué le servía su facultad para ver seres invisibles si luego no era capaz de discernir algo tan importante como aquello? Deseó con todas sus fuerzas haber heredado la capacidad de ver el futuro de su abuela Mary Anne. Si tuviera también su poder clarividente, todo resultaría mucho más sencillo.

37.

Sorgina Cliff olía a tarta de manzana recién hecha. La casa de la costa de la abuela Mary Anne estaba pulcra y ordenada, libre de telarañas, a diferencia de la última vez que había estado allí. Incluso los acantilados sobre los que se asentaba el edificio parecían mucho más limpios, como si el océano se hubiera encargado personalmente de prepararlos y asearlos para aquella visita. Sobre el dintel de la puerta principal colgaba un maravilloso cartel de madera realizado por un artesano de Holyhead que anunciaba el nombre de la casa. La tipografía de las letras era tal vez excesivamente gótica, pero le daba un toque antiguo y misterioso que le pareció muy acertado. Su hermana había tenido un precioso detalle al haberlo encargado. En la cocina, Elin Wellington se afanaba por lavar a mano todos los utensilios que había empleado en la elaboración del pastel. Parecía que hubiera estado cocinando para cien personas.

—Cómete esa tarta ahora mismo. He utilizado *estevia*, para que sea más sana. No me puedo creer que me ocultaras lo del bebé.

Anne observó a su hermana pequeña con cierto sentimiento de culpabilidad. A pesar de haber sido madre, Elin tenía la extraordinaria habilidad de seguir pareciendo una quinceañera, como si el paso del tiempo no tuviera nada que ver con ella. Se había de negro teñido su precioso cabello dorado. No le quedaba mal pero le confería una imagen algo más agresiva que no casaba muy bien con su personalidad.

—Perdóname, Elin —intentó excusarse Anne—. Han sido unos meses algo confusos para mí. Necesitaba aclararme.

—Tu trabajo te debe de gustar muchísimo para largarte de aquí de esa manera. Eso lo puedo llegar a entender, pero no te voy a perdonar que no me hayas contado lo del embarazo. ¿Quién es el padre?

—Creo que es de David.

—¿De David? —exclamó Elin—. ¿Pero no le habías dejado?

—Es muy largo de explicar.

—Has dicho que crees que es de David. ¿No lo tienes claro?

—No me agobies, anda.

—¿Cuánto te falta exactamente?

—Nacerá a finales de septiembre si todo va bien.

—Me vas a decir que soy una “*metomentodo*”, pero supongo que te estará controlando un ginecólogo, ¿no?

—De eso quería hablar contigo.

Elin terminó de secar el último de los platos con un trapo de tela y se sentó junto a ella. Su rostro reflejaba preocupación.

—No me digas que a ti también te está pasando, Zanahoria.

—Es un embarazo de riesgo. Empezó muy bien, pero la cosa cambió. La ginecóloga me lo ha advertido. Estoy siguiendo sus pautas al pie de la letra pero ya he tenido un pequeño susto. El otro día en el cuarto de baño del aeropuerto tuve una pequeña hemorragia. Pero ya estoy bien.

—Bueno, estate tranquila. Yo también tuve dos o tres pequeñas hemorragias en mis embarazos, y al final salieron bien.

—Sé que tratas de tranquilizarme, pero no olvidemos que tuviste dos abortos, Elin.

—Sí, pero eso ocurre constantemente y no solo a las mujeres de nuestra familia. Aunque parezca que nadie quiera hablar de ello. Estoy harta de tanto tabú. ¿Qué te ha dicho la médica?

—Me está haciendo controles. No lo tiene claro. Dice que cree que puede ser preeclampsia, pero por otra parte la última vez me dejó caer que el bebé es macrosómico.

—No entiendo nada de lo que acabas de decir.

—El feto es algo más grande de lo que le correspondería en estos momentos, aunque me ha dicho que tampoco es determinante. Lo de la preeclampsia me preocupa más. Tengo la presión arterial algo elevada. La médica me ha dicho que no me asuste, que probablemente volverá a sus niveles normales. Pero la cosa puede complicarse. Creo que a la abuela Mary Anne le pasó lo mismo durante el embarazo de mamá.

—¿Y es peligroso?

—Si se confirma puede ser peligroso, sí, tanto para mí como para el bebé.

—Bueno, ya verás cómo todo sale bien. Aunque hemos tenido embarazos complicados, al final tanto la abuela, como mamá y yo dimos a luz perfectamente. Tranquila.

Anne entrelazó las manos de su hermana con las suyas. Elin tenía razón. Quizá estaba siendo demasiado alarmista, pero no podía quitarse de la cabeza las palabras de la profecía. La sangre a la que hacía referencia el viejo augurio podía referirse perfectamente a la de su bebé. No podía soportar la idea de que la muerte de su hijo fuera el sacrificio necesario para cumplir lo que tantas personas habían soñado a lo largo de los siglos. Si ese era el caso, haría todo lo posible por evitarlo. Su hijo nacería y crecería. Nada ni nadie podría impedirlo.

—¿Es niño o niña?

—No lo sé. No he querido saberlo —contestó.

—¿Qué vas a hacer cuando nazca? ¿Por qué no te instalas cerca para que pueda cuidarte?

—No sé lo que voy a hacer con mi vida, Elin.

—¿Vas a ir a Cobham a ver a mamá?

—No. Mañana por la mañana me voy a Cerdeña. Tema de trabajo.

—Deberías tomártelo con más calma, Zanahoria. No creo que sea bueno tanto viaje si tu embarazo es de riesgo.

—Tomo mis precauciones, tranquila. ¿Mamá ha vuelto a preguntar por mí?

—Lleva unos días bastante tranquila. Bueno, más que tranquila, desaparecida en combate. No sé si habrá vuelto ya a casa. Me imagino que sí. Lo último que sé es que se fue a pasar unos días a casa de la prima Mildred.

—¿Ha ido hasta Amesbury? No parece propio de ella viajar tan lejos de casa y dejar solo a Henry.

—Sí, al parecer la prima Mildred tenía algo urgente que decirle. Tenía que ser importante para que mamá decidiera ir a verla.

—No sé qué hace mamá allí. Mildred está mal de la cabeza. Lleva chocheando desde que la conozco.

—No digas esas cosas tan feas de ella, Anne. Te recuerdo que cuando la abuela Mary Anne estaba en alguno de sus viajes pasaste más de unas vacaciones en su casa.

—Por eso sé de lo que hablo. No es que me tratara mal, pero se le iba la cabeza. No sé cuántas veces me llevó a visitar Stonehenge, pero te puedo asegurar que fueron unas cuantas. Estaba obsesionada con ese monumento. Por no hablar de que muchas veces se olvidaba de darme la cena. No creo que estuviera capacitada para cuidar de una niña de mi edad por aquel entonces. No sé cómo mamá tuvo la brillante idea de enviarme con ella cuando no estaba la abuela. Entre eso y los veranos en Burgos, se encargó de mantenerme bien alejada. Una preocupación menos.

—Eres muy injusta con ella. Mamá se siente muy culpable por haberse separado de ti tantas veces, pero ¿qué querías que hiciera? Intentaron secuestrarte, Anne.

—¿Tú también te crees esas tonterías que cuenta mamá? Lo que pasa es que Henry no me soportaba y ella actuó en consecuencia. Priorizó su relación con él sobre mí, sobre su propia hija.

—¿Por qué te crees que a mí me mandaron al internado en cuanto tuve edad? No hace mucho que me sacó ella misma el tema cuando le conté lo que la madre de Stephanie me había dicho sobre el pequeño Tommy, el niño que se aparece en Sunny House. Creo que mamá me ha dicho la verdad, Zanahoria. En Holyhead aún hay quien cuenta la historia de vez en cuando. Intentaron raptarte en una de tus visitas a la abuela. Es un hecho, Anne, lo quieras creer o no. Tú tenías siete años. A partir de ese momento mamá se volvió una paranoica. Por eso pasaste tanto tiempo fuera de casa. Estaba convencida de que estar junto a ella podía facilitar las cosas en caso de que trataran de secuestrarte otra vez.

Anne sintió las palabras de Elin como una puñalada que desgarraba el tenue velo de sus recuerdos. ¿Tendría su hermana razón? Siempre había pensado que su madre se había dejado llevar por el control que su marido ejercía sobre ella y por eso había estado tan distante.

—Mamá jamás me ha contado cómo sucedió todo —dijo—. Y no me acuerdo de nada. Por eso te digo que es un cuento, una excusa que se ha inventado para justificar sus actos.

—Anne, por favor. No te acuerdas de nada probablemente por el estrés postraumático. Yo tampoco recuerdo nada, pero yo tenía tres años. Según mamá estuviste varias horas desaparecida. Por fortuna el cabrón que te secuestró no te hizo nada deshonesto. Fueron la abuela y mamá las que dieron contigo, aunque mamá no quiso darme muchos detalles. Después de aquello debiste de estar sin pronunciar palabra casi dos meses. Le pregunté a la madre de Stephanie y dice que apareciste ilesa. Aunque tu raptor te había vestido con una camisola blanca. La gente de Holyhead murmura que solo el diablo pudo ayudarlas a encontrarte. Ya sabes lo que opinan sobre las dotes de bruja de la abuela.

—Un momento —la interrumpió Anne—. ¿Qué acabas de decir?

—Pues eso. Ya te dije que la abuela tenía fama de bruja entre los paletos de Holyhead.

—No. No me refiero a eso. ¿Cómo has dicho que me había vestido el secuestrador?

—De blanco. No sé si era un vestido, un camisón o algo parecido. Si tanto te interesa, deberías hablar con mamá.

Anne no podía creer lo que le acababa de revelar su hermana. Salió al exterior de Sorgina Cliff mientras Elin terminaba de adecentar la cocina. Buscó en su teléfono móvil varias páginas *web* de periódicos locales del País Vasco. Las cuatro niñas que habían sido asesinadas por el monstruo que la prensa había apodado como “la *sorgina*” también llevaban un camisón o un vestido blanco. Ainhoa Uria, la niña que había aparecido muerta junto al monte Anboto, tenía siete años cuando desapareció. Trató de confirmar si el resto de pequeñas tenían la misma edad, pero ningún diario de los que consultó mencionaba aquel detalle. Revisó cada una de las noticias contrastando la información publicada en varios medios. Todas las víctimas eran niñas pequeñas cuyos cadáveres habían aparecido cubiertos por un camisón blanco. De repente se dio cuenta de otro elemento que conectaba todos los asesinatos. Era algo obvio, pero ninguno de los digitales aludía a esa conexión. Las cuatro niñas habían sido asesinadas junto a diferentes cumbres. Ainhoa Uria en el monte Anboto, Paula Lombardo en el Eskutxi, Lorea Eguinalde en el Balcón de Bizkaia, un mirador situado en las laderas del monte Oiz, y Uxue García de Vicuña en la entrada a las cuevas de Mairuelegorreta, en pleno parque natural del Gorbea. No estaba claro que hubieran muerto allí pero, al menos, sus cuerpos habían aparecido en esos lugares. En los alrededores de Holyhead solo había un pequeño monte, de apenas trescientos metros de altura, Holyhead Mountain. Intentó buscar alguna otra conexión entre los cuatro montes donde habían encontrado los cuerpos de las niñas. Lo único relevante que encontró en Internet era que el monte Anboto era considerado por la mitología vasca una de las residencias de la diosa *Amari*, quizás la más conocida. Algo que ella recordaba haber leído en los libros sobre mitología vasca que el profesor O’Connor le había regalado años atrás. De nuevo aquella divinidad hacía acto de presencia en su vida. Se acordó de que la última vez que había hablado con su hermana antes de volver a Reino Unido, Elin le contó que había encontrado un cuaderno en la cocina de la casa de sus padres, en el que su madre había escrito varias veces el nombre de *Amari*. ¿Qué estaba ocurriendo? Decidió llamar al profesor O’Connor.

—La diosa *Amari* tiene varias residencias repartidas por toda la geografía vasca y navarra —le explicó James—. Al ser una divinidad subterránea, *Amari* vive en el interior de cuevas y simas, aunque sus residencias más conocidas estén ubicadas en el interior de las montañas. Las más famosas son los montes Anboto, Oiz, Aralar y Aizkorri, pero hay varias más. Prácticamente hay una residencia de *Mari* o *Amari* en cada uno de los sistemas montañosos. Por cierto, *Amari* también forma parte del panteón mitológico aragonés, aunque allí la llaman *Mariuena*. En la tradición del Alto Aragón la diosa tiene carácter bondadoso, de ahí su nombre, *Mari-buena*, a diferencia de la mitología vasca, donde *Amari* aúna tanto la bondad como la severidad y está asociada normalmente a las brujas y también a la figura del diablo en ciertas leyendas. Ten en

cuenta además que las montañas se consideran en muchas culturas y religiones un punto de encuentro con lo divino. Si tu teoría es cierta, puede que el loco que está matando a esas niñas esté siguiendo alguna especie de ritual relacionado con *Amari*. Probablemente, lo del camisón blanco tenga que ver con la pureza o la virginidad de las víctimas.

—Gracias, profesor. Estaba comentando con mi hermana el tema de los asesinatos y de repente me ha venido la idea a la cabeza.

—No hay de qué —le contestó él—. Anne, esta noche, antes de la cena en Sunny House, quisiera hablarte en privado. Sin Mechero. Es importante. Te iba a llamar yo para pedírtelo.

—De acuerdo, no se preocupe. ¿A las seis y media en la habitación de la abuela?

—Perfecto.

Anne entró corriendo en el interior de Sorgina Cliff. Encontró a su hermana guardando lo que había sobrado de la tarta en un recipiente de plástico.

—Elin, ¿te dijo mamá dónde me encontraron ella y la abuela cuando me secuestraron? —le preguntó.

—Junto a las piedras de Penrhos Feilw. ¿Por qué? —le contestó Elin.

—¿Qué es eso? No lo he oído en mi vida —preguntó Anne decepcionada.

—Son dos menhires gemelos de unos diez pies de altura cada uno separados entre sí por otros diez pies. Están muy cerca de Holyhead Mountain, a poco más de una milla.

—¿Cómo me encontraron, Elin? Me resulta muy extraño no acordarme de nada, por mucho que el estrés postraumático me hiciera olvidarlo.

—¿Por qué quieres saberlo, Zanahoria? ¡Qué más da! Lo importante es que la abuela y mamá te encontraron.

—Dímelo —le pidió de forma tajante Anne—. Sé que siempre intentas quitar hierro a todo, pero esto es importante. ¿Te dijo mamá cómo me encontraron?

—Mamá no soltó prenda. Me lo contó la madre de Stephanie. Se supone que estabas inconsciente.

—¿Cómo que inconsciente?

—Déjalo Anne, por favor. ¿Para qué quieres saberlo? No quiero que hablemos de estas cosas. El pasado pasado está.

—Dímelo —le volvió a rogar Anne tomándola de la mano.

—Pues... a ver, que igual no fue así, ya sabes que la gente exagera las cosas cuando las va contando por ahí...

—Elin...

—Está bien, pesada. Si lo que dice la madre de Stephanie es verdad, la persona que te secuestró había intentado asfixiarte. ¿Ya estás contenta?

Anne cerró los ojos. Sintió una corriente eléctrica atravesándola desde la base del cráneo hasta los pies. Aquello no podía estar sucediendo. Había construido su relación con su madre sobre unos cimientos falsos y ahora todo se tambaleaba. Los asesinatos perpetrados por “la *sorgina*” en el País Vasco estaban relacionados de alguna forma con lo que a ella le había ocurrido de pequeña. Nunca había creído a su madre cuando le había mencionado el intento de secuestro y ahora parecía todo tan real... Necesitaba hablar con ella en persona cuanto antes. No podía ser casualidad su viaje a Amesbury a ver a la prima Mildred ni que poco después de que los asesinatos de “la *sorgina*” saltaran a los medios de comunicación, Elin se encontrara aquel cuaderno con la palabra *Amari* escrita cientos de veces por su madre. ¿Cómo se las iba a apañar para verla si a primera hora de la mañana Mechero y ella salían para Cerdeña? Ahora entendía por qué su madre quería encontrarla con tanta urgencia. Era evidente que quería contarle algo importante.

38.

El dormitorio de Mary Anne Merrick en Sunny House estaba intacto. James O'Connor no se había atrevido a cambiar la decoración, ni siquiera a renovar la vieja colcha de la cama. Al entrar al cuarto, el profesor se había parado en seco tras avanzar un metro, como si aquel lugar le trajera recuerdos dolorosos. Traía consigo uno de sus ordenadores portátiles. Había permanecido con los ojos cerrados alrededor de un minuto, ante la atónita mirada de Anne. Tal vez se trataba simplemente de respeto. Aquellas cuatro paredes conservaban de alguna manera la esencia de su antigua moradora, la mujer a la que había admirado y estimado, tal vez incluso amado, si lo que le había contado Betrys en su día era verdad.

—Gracias por venir, Anne —le dijo mientras le hacía un gesto para invitarla a sentarse en una de las dos sillas colocadas cerca del único armario.

—¿Qué era eso tan importante que quería decirme? ¿Era realmente necesario que Mechero no supiera nada de esta conversación? No me gusta mentirle.

—No tienes por qué mentirle. Simplemente no le digas nada de lo que te voy a contar, por favor.

—No hay mucha diferencia entre mentir y ocultar la verdad —le recriminó ella.

—La hay, créeme —le dijo él—. Enseguida comprenderás la razón. Mira.

El profesor abrió su ordenador y le mostró a Anne una grabación de una cámara de seguridad. Las imágenes eran en blanco y negro, pero Anne enseguida reconoció dónde habían sido tomadas. Era uno de los portales adyacentes al edificio donde se ocultaba la biblioteca de la Fundación en el casco viejo de Bilbao.

—¿Qué son esas imágenes? Parecen grabadas desde la calle.

—Así es. Pertenecen a un cajero automático situado enfrente. Nos ha costado muchísimo hacernos con ellas. El servidor donde el banco almacena las imágenes que graban las cámaras de seguridad va borrándolas cada diez días a no ser que un juez o la policía las solicite. Hemos tenido que hacer verdaderos esfuerzos para localizarlas y poder recuperarlas. El vídeo es de la tarde del día en el que tuvo lugar el incendio de la biblioteca. No pierdas detalle.

El profesor reanudó la reproducción. Anne miró con atención la pantalla. Una mujer saliendo del portal con bolsas de la compra en la mano. Una adolescente cargada con folletos publicitarios llamando al portero. Pocos segundos después vio acercarse a un hombre. La forma de caminar le resultaba familiar. Iba escondido bajo una enorme gorra que apenas dejaba ver su rostro. A la espalda llevaba una mochila que parecía bastante pesada.

—Es Jon Arkaute —sentenció el profesor. Anne no se atrevió a desmentirle. Esa forma de andar tan característica, tan varonil, podía ser la de Jon o la de alguien que estuviera tratando de imitarle.

—Mira ahora estas imágenes. Fueron tomadas por la misma cámara veinte minutos después de que se desatara el incendio en la biblioteca.

Anne volvió la vista hacia la pantalla. Una sombra salía del portal. Parecía el mismo hombre que le acababa de mostrar James, pero esta vez no llevaba la gorra puesta.

—No me diga que la Fundación piensa que ese hombre es Jon. No se le ve la cara. Es prácticamente una sombra.

—Espera, no te adelantes —dijo el anciano mientras ampliaba la imagen—. Nuestros expertos han conseguido filtrar algo del rostro del hombre. Mira.

—No puedo creerlo —dijo Anne. Los rasgos faciales del individuo, el corte de pelo, se correspondían con los de Jon, Aun así, la cara estaba algo distorsionada. Era imposible asegurar de manera irrefutable que fuera él.

—Es él, Anne. Sabemos que Jon estuvo varias veces en la biblioteca sin registrarse y sin dar aviso días antes del incendio. Las cámaras de seguridad que cubren los diferentes accesos a la biblioteca así lo certifican. Tenemos motivos para pensar que incluso la explosión del invernadero de las Torres Isozaki fue obra suya. Ese día entró de madrugada en la biblioteca de una manera totalmente irregular y tenemos constancia de que desaparecieron varios documentos. Curiosamente, el día del incendio de la biblioteca, nuestros sistemas de vigilancia habían sido inutilizados, al igual que las cámaras de seguridad de ese portal.

—No sabía que la Fundación grabara a los jardineros que entran a la biblioteca. ¿De qué sirve todo nuestro deber de confidencialidad si luego Petunia nos graba? Esas cintas podrían caer en manos no muy apropiadas.

—Yo tampoco estoy de acuerdo con esa medida. De hecho, muy pocos sabían de su existencia. Ha causado mucha polémica entre los jardineros que frecuentan la biblioteca de Bilbao.

—Aun suponiendo que ese hombre de las imágenes sea Jon, que lo dudo, eso no demuestra que sea el autor del incendio ni de la explosión. Jon cometió una infracción entrando de manera irregular en la biblioteca, pero eso no quiere decir que sea un asesino.

—Anne, ten mucho cuidado. No sabemos cuáles son las intenciones de Jon Arkaute, pero hasta que no demos con él tenemos que tomar las máximas precauciones. En el incendio murieron tres personas, Anne, incluida Begoña Argenta. No estamos hablando de una broma infantil que se le haya ido de las manos.

—Mire, yo conozco a Jon. Sé que no es un asesino, ¿de acuerdo? No sé qué pretende la Fundación incriminándole, pero le puedo asegurar que él no fue.

—Todo apunta a lo contrario, Anne. Por favor, no le cuentes nada a Mechero acerca de estas imágenes. No quiero causarle más dolor. Bastante ha sufrido ya por la muerte de Begoña. Estamos tras la pista de Jon. Tarde o temprano le encontraremos. Pero hasta entonces, no es necesario que Mechero vuelva a pasar por todo esto.

—Por supuesto, no se preocupe.

—Y cuida de él, por favor. Cuidaos los dos —le rogó el profesor—. No sabemos quién es el hombre que os siguió hasta la casa rural ni qué intenciones tenía. Hay motivos para sospechar que fue el propio Jon Arkaute.

—Está equivocado, profesor —le espetó Anne enojada, aunque, en realidad, no podía asegurar que no fuera él el intruso.

—Aún hay más. He estado investigando a Itziar Azurmendi, la periodista de la Luz de Navarra. No he conseguido averiguar mucho aún, pero me ha llamado la atención una cosa.

—¿De qué se trata?

—Me dijiste que Itziar Azurmendi había estudiado arqueología antes de comenzar a trabajar como periodista.

—Sí, en la entrevista que le hizo a Margarita Toledo antes de que enfermara, así lo afirmaba. De hecho, cuando Mechero y yo nos reunimos con ella, nos dio toda una lección de arqueología en relación con los restos descubiertos de las distintas especies de homínidos que han existido.

—Itziar Azurmendi no ha cursado ninguna licenciatura o grado universitario en arqueología.

—Eso es imposible. Usted no la oyó cómo se explicaba. Era toda una experta.

—Aún es pronto para confirmarlo del todo, pero de momento no nos consta que haya cursado ningún estudio universitario oficial al respecto.

—Tiene que haber una explicación coherente.

—Ya os engañó una vez. Quién sabe si no os ha podido mentir en más cosas. Esto es muy raro, Anne. No sé qué relación tiene Jon Arkaute con esa mujer. Por eso te pido que tengáis cuidado.

—No se preocupe.

Mechero no acudió a la cena. Al parecer, se había entretenido en una taberna de Holyhead degustando las cervezas locales. Anne rezó para que no llamara mucho la atención. Con una bebida o un porro en la mano, Mechero podía ser una bomba de relojería. Estuvo tentada de ir a buscarle y traerle a rastras hasta Sunny House. Al día siguiente tenían que madrugar para ir al aeropuerto. Filippa Costa y Calíope Megalos les aguardaban en Cerdeña. Pero luego recapacitó. Mechero tenía veinte años. Había sufrido mucho en los últimos meses. Si había decidido divertirse en un *pub* era señal de que ya se encontraba mucho mejor de ánimo. Y ella no era quién para amargarle el momento. Además, si al día siguiente amanecía con resaca, con un poco de suerte se pasaría el viaje durmiendo y no le daría la lata.

39.

Aimar Errekamendi apenas había dormido por la excitación. Llevaba varios días sin pegar ojo desde que había descubierto aquella especie de tesis doctoral en el cementerio de Bilbao. “*El dogma verdadero del maestro Hugo el Potevino*” se le aparecía constantemente en sueños, como si se tratara de una revelación divina, iluminado por un halo brillante de luz blanca. A veces, incluso se veía a sí mismo atrapado en el panteón de Begoña Argenta, asediado por los ángeles guardianes que lo custodiaban y tratando de escapar a su ira.

Hugo el Potevino había resultado todo un misterio en sí. Hugo de Poitiers, o también llamado Hugo Pictavinus, fue un monje francés que vivió en el siglo XII y perteneció a la abadía de Vézelay, un monasterio benedictino y cluniacense ubicado en Borgoña. Trabajó como escribano y su obra más famosa fue “*Historia Vizeliacensis monasterii*”. Popularmente conocida como “La crónica de Vézelay”, constituía un registro de incalculable valor de todos los cambios sociopolíticos, económicos y religiosos en la Francia de la época. La crónica, que le había sido encomendada por el abad Pons, era una narración detallada de los enfrentamientos y la lucha encarnizada que caracterizaron el establecimiento de las instituciones urbanas en Vézelay. Lo que más le había llamado la atención a Aimar era que la propia abadía, construida en 1037, estaba consagrada a María Magdalena. En la actualidad seguía funcionando como basílica y mantenía el culto a la discípula de Jesucristo. Se consideraba también que Hugo el Potevino había sido el autor de la guía del peregrino contenida en el famoso Códice Calixtino. En ella había descrito con gran detalle la catedral de Santiago de Compostela y la ciudad en sí, así como otros lugares que conformaban el popular Camino de Santiago, incluido su viaje por tierras vascas.

—Ese libro es de una secta —le dijo *Ama*-. ¿Es que no te das cuenta?

—No digas tonterías, *Ama*.

—Tira esa porquería a la basura. Al final va a resultar que Consuelo no es tan beata como me habías dicho. ¿Cómo puede esconder esa aberración en un lugar sagrado?

—*Ama*, no sabemos por qué lo guarda allí.

—Ese tal Hugo lideró una secta en la zona de los Pirineos. Ese libro lo deja bien claro, aunque no lo llame secta. Pero, vamos a ver, tú me dirás si no qué es. Un grupo de hombres y mujeres del siglo XII rechazando su fe cristiana y abrazando esas ideas del diablo. ¡Pero si hasta celebraban reuniones secretas!

—En todas las épocas y en todos los lugares ha habido grupos de personas que no han aceptado el dogma oficial establecido y han luchado por sus propias creencias.

—¡Menudas creencias! Esa gente estaba mal de la cabeza. Una cosa es que a todos nos gusten los cuentos y las leyendas y otra cosa es que nos las creamos. ¿En serio me estás diciendo que eso no era una secta? Anda con cuidado, que si esa mujer guarda eso ahí algo oscuro esconde.

—Pues a mí me parece precioso lo que defendía este grupo de personas. Sí, hablaban de sus ancestros como si hubiera habido una especie de mundo anterior al nuestro el cual la historia había obviado. Puede resultar algo disparatado, en eso te doy la razón, pero ¿acaso no es más importante su ideología?

—Patrañas. A esa gente lo único que le interesaba era copular y vete tú a saber qué cochinas más hacían. Mujeres y hombres abandonando a sus esposos y esposas para hacerse al monte a vivir como *hippies*.

—Desde luego, *Ama*, ya te vale. Tienes el don de hacer que todo lo que se salga de lo que a ti te parece bien parezca una orgía sin desenfreno. Se llama conexión con la naturaleza. Una vuelta a los orígenes, una renovación. Abogaban por una sociedad libre, donde la religión no estuviera institucionalizada. La Iglesia y sus dogmas siempre han tenido opositores. A mí no me parece tan malo.

—¡Pero qué religión ni qué ocho cuartos! —exclamó *Ama* enfurecida—. Por lo que me has contado, no iban solo en contra de la Iglesia, sino también de esa otra cosa, ¿cómo lo has llamado antes? No sé qué de la rosa.

—La hermosa rosa perenne.

—Vaya nombrecito. Está claro que esa panda de degenerados pertenecía a eso que llamaban “La hermosa rosa perenne”. No solo formaban parte de una secta, sino que además pretendían acabar con ella. Una secta dentro de una secta. ¡Válgame Dios!

—No querían acabar con ella, *Ama*. Querían que volviera a ser lo que había sido en un principio —respondió Aimar. No quiso dar muchas explicaciones a su madre, pero el caso era que él también creía en la posibilidad de que Begoña Argenta, y quién sabe si también su marido Juan Mari y su hijo Borja, pertenecieran a esa secta. Puede que incluso Consuelo formara parte de ella. No podía ser casualidad que la frase que había visto en el techo del panteón se pareciera tanto a la denominación de aquel grupo al que pertenecían los seguidores de Hugo el Potevino. “*Arrosa iraunkor ederra gara*”. “Somos la hermosa rosa perenne”. Demasiado similar. Pero entonces, ¿qué pintaban los candelabros judíos tallados tanto en la espalda de las estatuas de los ángeles colocados a la entrada como en la trampilla del suelo?

—Anarquistas, eso es lo que eran. ¿Y me puedes decir que era eso tan importante en lo que creían? Porque en algo tendrían que creer, digo yo.

—No lo sé *Ama*, no lo deja claro. Es como si el que ha escrito este estudio sobre Hugo el Potevino no se atreviera del todo a revelar esas viejas creencias.

—La hermosa rosa perenne. Con lo que me gustan a mí las rosas. Las sectas no tienen nada de hermosas. Una vez vi en la tele un documental que hablaba sobre ese tipo de gentuza y creo que empleaban nombres parecidos. Deben de venir de muy antiguo.

—Tú te estás refiriendo a la Orden de la Rosacruz. Pero no tiene nada que ver con todo esto. Esa orden secreta fue supuestamente fundada en el siglo XIV y Hugo el Potevino vivió en el siglo XII.

—No, leches, era algo que tenía que ver con los masones.

—También lo he investigado. El término “Rosacruz” hace referencia a alguno de los grados de los ritos masones como el francés y el escocés. La expresión «Rosacruz» es también la que se suele utilizar para denominar al miembro de la masonería que ha alcanzado el grado de

"Caballero Rosacruz". Pero me temo que esto no tiene nada que ver con los masones. La masonería tiene supuestamente como objetivo el análisis filosófico del arte y la ciencia y el fomento del desarrollo personal del ser humano. Su objetivo es conseguir la evolución personal y el progreso social, un estado avanzado de nuestro ser y de la sociedad. Pero los seguidores de Hugo el Potevino no hablaban de esto, por lo que parece. Ellos creían que había existido un mundo anterior al nuestro al que había que regresar. Yo tampoco lo entiendo del todo, pero eso es lo que afirma este trabajo. No solo propugnaban una separación de la religión y los gobiernos, algo que por otra parte, viene de antiguo. Jesucristo también habló de lo mismo, ¿te acuerdas? "Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios". No, esto va más allá. Es como si protegieran un secreto ancestral que ha sido deliberadamente ocultado por la historia oficial. Creían en un culto antiguo y en su misión como vigilantes del orden en el universo. Hasta daban validez a viejas profecías sobre el advenimiento del fin del mundo conocido.

—¡Menuda sarta de herejías! Nada bueno puede venir de un monje que pertenece a un monasterio dedicado a María Magdalena.

—Me sorprende que digas eso, *Ama*. María Magdalena es considerada santa por la Iglesia católica. Se supone que sus restos mortales llegaron a la Abadía de Vézelay, donde surgieron verdaderas peregrinaciones para visitarlos.

—Entonces, si esa secta de Consuelo no es la orden de la Rosacruz ni tampoco son los masones, ¿qué es? —preguntó *Ama* airada.

—Yo llevo dándole vueltas a lo mismo varios días. Al parecer, la rosa tiene un profundo significado metafísico y ha sido utilizada por muchas culturas a lo largo del tiempo. Simboliza el poder místico, la resurrección y la eternidad, el clímax espiritual, una regeneración del ser.

—Eso coincide con lo que has dicho de que buscaban una renovación, una vuelta a los orígenes. Pero ¿a qué orígenes?

—Supongo que se referían a ese mundo anterior al nuestro, o tal vez a los valores y la espiritualidad de ese universo primigenio. Es como si se dedicaran a vigilar el correcto funcionamiento del orden cósmico. De todas formas, la rosa también tiene que ver con el sigilo, lo secreto, lo que está oculto. Las enrevesadas hojas de su flor no permiten ver su interior, simbolizando lo que no debe ser conocido o transmitido. En muchas casas consistoriales alemanas aún se conserva tras los asientos una rosa, tal y como se hacía en la Edad Media, y en sus archivos se relacionan los miembros de los consejos que no supieron silenciar acuerdos que debían permanecer ocultos.

—Eso también encaja con ese secreto ancestral que dices que quieren mantener oculto a toda costa. Pero, ¿por qué habrían de enfrentarse a la propia secta a la que pertenecían? Vaya grupo de iluminados. Virgen Santísima, lo que una tiene que escuchar.

—El autor de la tesis apunta a que esa especie de orden secreta, "la hermosa rosa perenne" o como quiera que se llamen, estaba comenzando a ser objeto de control por parte de un sector al que denomina Los Caducos. Esta corriente del grupo implantó una jerarquización de la hermandad, con diferentes cargos o castas, como las llama él, y promovieron la segregación social dentro del grupo, con los dirigentes imponiendo su dogma a los sometidos, sin posibilidad siquiera de debate y apartando a las mujeres de cualquier cargo de importancia. Más o menos lo que ha hecho la Iglesia a lo largo de la historia. Por lo que he leído, los seguidores del Potevino abogaban por una organización más igualitaria y democrática. En el siglo XII, los Caducos

comenzaron a hacerse con el poder a través de la violencia y técnicas más propias de grupos criminales.

—Pero lo caduco es precisamente lo contrario a lo perenne.

—Por eso. El autor del estudio defiende a ultranza la teoría de que los seguidores de Hugo el Potevino eran los únicos que podían salvar a la organización para que se mantuviera fiel a su espíritu.

—Y para eso ¿hace falta recurrir a la violencia? Violencia para sofocar la violencia. Pareces tonto, hijo. Esa tesis es un panfleto propagandístico de ese grupo de gente. Si siguen existiendo hoy en día, el resto de la secta les tiene que tener mucho cariño.

—No habla de violencia exactamente, *Ama* —dijo Aimar—. Habla de llevar a cabo cuantas acciones sean necesarias para volver a lo que había antes.

—No me hagas reír, hijo. Ese misterioso autor habla de fuego. El fuego como algo purificador. Que yo sepa el fuego lo único que hace es quemar y matar gente.

—Yo creo que te estás montando una película en la cabeza, *Ama*. El fuego puede ser solo un símbolo que emplea el autor como metáfora de la renovación. Deshacerse de lo malo y volver a renacer. Como sucede por ejemplo con las hogueras de la noche de San Juan.

—¿Así que te parece casual que el hijo de Begoña Argenta muriera en esa explosión de las Torres Isozaki y que su propia madre muriera en el incendio de un piso del casco viejo? Eso es fuego, hijo. Ese libro que has encontrado es el manual ideológico de unos criminales.

—No exageres, *Ama*.

—¿Y quién es esa mujer pelirroja? —*Ama* le estaba preguntando por la mujer que aparecía en las fotos que se le habían caído al suelo al salir del panteón de Begoña Argenta.

—Es la mujer que grabaron las cámaras de seguridad del casco Viejo de Vitoria la noche en la que mataron a Peter Magnusson, el asesino del *blog*. Tiene que ser ella. Aunque las únicas imágenes que grabaron las cámaras son borrosas, su fisonomía coincide. Me atrevería a decir que incluso el color de su cabello es exacto.

—¡Qué listo eres, hijo mío! Al final vas a tener razón. Que detrás de lo que hizo ese monstruo, incluso de su propia muerte, hay algo oscuro y siniestro.

—Sí, mi intuición no me ha fallado, como siempre. Esa mujer es la conexión.

—Es más guapa que Consuelo. Deberías invitarla a tomar un café. Te vas a quedar para vestir santos.

—¿En qué quedamos, *Ama*? Unas veces me dices que no me fie de nadie, que todo el mundo me va a traicionar o hacer daño, ¿y ahora me vienes con estas?

—No sé de qué me hablas. Llama a la pelirroja. Esa es buena. Haz caso a tu madre.

Aimar optó por no contarle a *Ama* nada acerca de otra de las teorías que el autor de aquel estudio sobre Hugo el Potevino defendía. Según él, el euskera, la lengua autóctona de los vascos, tenía un origen celestial, significara aquello lo que significase. Así lo atestiguaban diferentes

oraciones religiosas en ese idioma que Hugo el Potevino había conseguido recopilar durante sus viajes por Aquitania y al otro lado de los Pirineos.

“Gracias te damos por los dones recibidos con orgullo, por la lengua que trajeron del cielo las lágrimas de los ángeles.”

“A ti venimos a adorarte, con la lengua que tú nos enseñaste y que llegó del cielo para alumbrar nuestro camino”.

Si le hubiera hablado de esto a *Ama*, ella habría insistido hasta la saciedad para que abandonara aquella peligrosa investigación. Desde su punto de vista, cualquier conato de fanatismo, por mínimo que fuese, siempre provocaba dolor y enfrentamientos. Excepto los propios de la Iglesia Católica, claro.

40.

Aimar Errekamendi saludó a su contacto con fingida naturalidad. Siempre le había costado llevar a cabo los protocolos sociales que implicaban hacer creer a las personas con las que había entablado relación al cabo de los años que estas le caían bien. Desde aquel verano en el campamento, no había vuelto a tener un amigo. Por mucho que los demás intentaran entablar amistad con él, siempre oponía resistencia a cruzar la línea que separaba la simple cortesía de algo más profundo.

—¿De dónde has sacado las fotos de esa mujer? —le preguntó tras el apretón de manos.

—No te lo puedo decir —le contestó Aimar de manera contundente—. Forma parte de la investigación.

—¿Ahora me vienes con esas? ¿No confías en mí o qué te pasa?

—No se trata de confiar o dejar de confiar. No puedo contártelo. Por ahora es mejor así. No quiero que todo se vaya al garete.

—Es ella. Es la mujer que capturaron las cámaras de seguridad la noche en la que mataron al asesino del *blog* en el palacio de Montehermoso. He consultado con los compañeros que llevan el tema del análisis de las imágenes y están convencidos de que es la misma mujer.

—Lo sabía.

—Tenemos una testigo que la sitúa en Vitoria esa noche. Antes de que los de arriba dieran carpetazo al caso, se investigó a los vecinos de los edificios colindantes al palacio por si habían visto a los sospechosos, tanto a la mujer pelirroja como al hombre con la capucha y la gorra, pero nadie vio nada o no quisieron hablar. Enfrente de la puerta del antiguo depósito de aguas hay una pensión muy popular en la zona, aunque en esos días estaba casi sin huéspedes, por todo el asunto de los asesinatos. La encargada de vigilar el acceso esa noche se presentó a los pocos días en comisaría cuando la aparición del cadáver de Peter Magnusson saltó a los medios de comunicación. Aseguraba haber visto saliendo del antiguo depósito de aguas a varias personas poco tiempo después de la hora en la que según el forense fue asesinado Peter Magnusson. Actuaban con sigilo y rapidez, “como si fueran ladrones”. Esas fueron sus palabras exactas.

—¿Los que mataron a Peter Magnusson? —preguntó Aimar. El cadáver del asesino del *blog* había aparecido en el atrio del palacio de Montehermoso, pero no era descabellado pensar que sus ejecutores hubieran escapado a través del antiguo depósito de aguas que se conectaba con el palacio bajo tierra. De hecho, era lo más lógico ya que la puerta, cubierta de andamios, se encontró abierta.

—Eso parece. Nos dio una breve descripción de ellos, pero no nos sirvió de mucho.

—¿Se lo comunicasteis a la *Ertzaintza*? No me suena de nada.

—No. Al principio quisimos apuntarnos el tanto pero como vimos que no aportaba nada, supongo que alguien decidió no comunicarlo. De hecho, he intentado encontrar el informe de ese

día y no he sido capaz.

—Perfecto. Como siempre, los “*municipas*” y la *Ertzaintza* colaborando en armonía —ironizó Aimar.

—Al parecer esa gente iba ataviada con ropas oscuras y sombreros y viseras. Todos excepto dos. Uno de los intrusos portaba en brazos el cuerpo de un chaval de unos veinte años de edad o “*veintipocos*”, que creemos que es el hombre de la capucha que captaron las cámaras de seguridad. La ropa coincide. Ropa ancha, como de *skater*.

—¿Y el otro?

—La otra. Una mujer pelirroja. Pero no supo decirnos nada más, porque enseguida se metieron todos en una furgoneta y desaparecieron como alma que lleva el diablo.

—¿Crees que era la misma mujer? —preguntó Aimar.

—No lo creo, lo afirmo. Ayer visité a la dueña de la pensión con las fotografías que me facilitaste. Asegura que se trata de la mujer que vio saliendo del depósito de aguas. Aunque no se lo dijo a la policía en su día, dice que le pareció que era extranjera cuando la vio. Y por lo que se ve en las fotos, creo que es así. Mira bien las imágenes.

—Da igual. Hasta que no averigüemos quién es de nada sirve ese testimonio.

—Por no hablar de que el caso está cerrado. Voy a seguir preguntando a vecinos de la zona mostrándoles la fotografía.

—No llates la atención, por favor. Si alguien de los de arriba se entera, ya sabes lo que te puede pasar.

—Tranquilo, se me da bien pasar desapercibido.

—Gracias —dijo Aimar.

—Lo que sea por un colega.

Aimar no supo qué decir. Aquella intimidad sobrevenida en la conversación lo había descolocado.

—Supongo que ahora me toca a mí —dijo al fin mientras extraía una carpeta del maletín que llevaba colgado al cuello. Era uno de esos bolsos informales destinados a transportar los ordenadores portátiles. A *Ama* le encantaba.

—Gracias por ayudarme poniendo en peligro tu puesto de trabajo, tío —le dijo él mientras echaba un ojo a la documentación.

—Lo que sea por un colega —le dijo a su vez Aimar fingiendo sinceridad. En aquel intercambio de favores no había otra cosa que mero interés. —He rastreado los escasos movimientos que ha realizado con su tarjeta bancaria en las últimas semanas. Apenas la ha utilizado durante todo este tiempo pero desde hace aproximadamente un mes ha vuelto a hacer un uso más o menos normal, como si hubiera bajado la guardia.

—Está en La Rioja.

—Más bien La Rioja Alavesa —aclaró Aimar—. Hay algún pago hecho en Logroño, pero hay bastantes más cargos hechos en establecimientos de Laguardia, Lapuebla de Labarca, Lacaverna y Oion. Estoy convencido de que está viviendo en uno de esos pueblos. Aunque no hay registrado

pagos en ningún hotel. Donde ha hecho más gasto es en Laguardia. Espero que comprendas que no te puedo dar toda esta información sin autorización judicial. Por eso te pido la máxima discreción.

—Tranquilo, tío. Yo también me la estoy jugando con esto de la encargada de la pensión. Si se enterara alguien, te puedo asegurar que estaría en un verdadero aprieto.

—Aun así, te ruego discreción.

—Que sí, no te preocupes —le tranquilizó—. Oye, Aimar, sin ánimo de abusar. Vamos, que te agradezco todo lo que has averiguado, pero ¿no habría una forma más exacta de cercar su paradero? Seguro que tienes acceso a la localización a través del GPS del móvil, o por las antenas de telefonía de la zona.

—Vamos a ver, colega —dijo Aimar, poniendo énfasis en la pronunciación de aquella palabra que aludía a la amistad y que le resultaba extraña y carente de sentido—. Creo que no te has debido de enterar bien. Lo de la tarjeta bancaria lo he podido hacer por un favor que me debía alguien y gracias a que el banco es de aquí, pero no me hagas explicarte todas las normas que estamos violando, empezando por la ley de protección de datos. Lo que me estás proponiendo son palabras mayores. ¿Me puedes explicar cómo consigo que una compañía de teléfono me facilite esa información sin que un juez dé su autorización? Es imposible. Te dije en su día que denunciaras su desaparición. Habría sido todo mucho más fácil. No entiendo por qué no lo hiciste.

—Es algo demasiado personal, Aimar. Discutimos y se fue. Seguí una pista hasta un motel en el que deduje que se había hospedado mientras le duraba el cabreo, pero cuando llegué ya se había ido. Nunca había hecho esto antes. Pensé que se le pasaría enseguida, pero está visto que me equivoqué. No quiero que nadie en el cuerpo se entere de esto, ¿vale? Salvo mi superior nadie sabe lo nuestro. Tan solo quiero recuperarle de la manera más discreta posible.

—Me parece increíble que tengas tanto miedo a lo que tus compañeros puedan pensar. ¡Es tu marido, joder!

—Tú no lo entiendes, tío.

No, no le entendía en absoluto. Manu Olabe valoraba más su reputación de macho alfa dentro del cuerpo de la policía municipal de Vitoria que su propia relación sentimental. Aimar no entendía mucho acerca del amor, pero desde luego no le parecía natural que Manu no hubiera seguido los cauces oficiales para conseguir encontrar a su esposo. Incluso había convencido a su cuñada para que no denunciase la desaparición, haciéndole creer que él se estaba encargando personalmente del caso. Ander Goikoetxea se había ido de su domicilio conyugal de Deusto hacía demasiado tiempo. Una simple discusión no era motivo suficiente para una ausencia tan larga. ¿Le habría puesto Ander los cuernos a su marido? ¿Le habría abandonado para marcharse con otro? Era posible, pero seguía sin comprender por qué no daba señales de vida, ni siquiera a su hermana. Era como si quisiera que el que todavía era su esposo no le encontrara nunca. Manu Olabe le estaba ocultando algo.

Si *Ama* se enterara de su supuesta amistad con Manu le echaría un buen rapapolvo. Nunca le habían gustado las personas como Manu. Siempre le había advertido de que no debía fiarse de los chicos más populares de la clase. Eran los que más daño solían hacer a la gente como Aimar. Y Manu, en cierto modo, era uno de los agentes más populares de la guardia urbana de Vitoria.

Amistad. No sabía exactamente qué quería decir aquel vocablo tan abstracto y vacío, pero desde luego si ser amigo implicaba un afecto, un vínculo de cariño con alguien, eso no era lo que había entre Manu y él. Por mucho que Manu insistiera en seguir llamándole “colega”.

41.

Evaristo Palacios entró hecho una furia en su casa de Lacaverna. De la patada que propinó a la puerta de la calle, la *eguzkilo* que había colgada sobre la misma se calló al suelo y se partió en tres pedazos. Subió dando grandes zancadas los peldaños de la escalera que llevaban a la planta superior. Buscó a su esposa por todas las habitaciones. La ira que cegaba cada uno de sus movimientos le impedía actuar con claridad. Sentía que toda su reputación y posición social, que se había construido a base de esfuerzo y muchos disgustos durante más de cincuenta años, podía estallar en mil pedazos en cualquier momento. No había sido fácil vencer la resistencia inicial de los vecinos de Lacaverna ante aquel nuevo miembro del pueblo cuando llegó proveniente de Laguardia. Y no solo por el legendario enfrentamiento entre ambas villas que, aun formando parte de la misma comarca, habían llevado a alguno de sus respectivos lugareños a protagonizar más de un desencuentro a lo largo de la historia. Ambos pueblos reivindicaban albergar el casco histórico más importante y más bello de toda la zona y además rivalizaban al presumir de ser la localidad con más relevancia desde el punto de vista turístico. Con el paso de los años, los habitantes de Lacaverna lo habían ido aceptando como uno más de ellos, a lo cual sin duda había contribuido su matrimonio con Rosa Iturriz. La familia de la señora Rosa era originaria de Gernika pero llevaba en Lacaverna por lo menos tres generaciones. Encontró a su mujer en el cuarto de baño, secándose el pelo.

—¿Me puedes explicar qué narices es esto? —dijo blandiendo un sobre que había extraído del buzón hacía menos de cinco minutos.

La señora Rosa ni siquiera le miró. Sabía perfectamente de qué estaba hablando.

—No te preocupes —le dijo.

—¿Que no me preocupe dices? ¿Me puedes explicar quién es el cabrón que nos lleva enviando cartas toda la semana?

—Te he dicho que no te preocupes. Lo voy a solucionar, déjalo en mi mano.

—Rosa, creí que esto estaba más que olvidado. Y silenciado. ¿Cuántos años han pasado ya? ¿Me puedes explicar cómo es posible que alguien nos esté amenazando con soltar a los cuatro vientos lo que pasó? Me dijiste que esas cosas vuestras jamás saldrían a la luz.

—Cálmate de una vez. No va a hacer nada. Solo quería que tú te enteraras. Está tratando de meterme miedo. Simplemente. Pero ya te he dicho que lo voy a arreglar.

—Pero ¿quién? ¿Me quieres decir de una vez quién es este cabrón?

—Alguien que quiere algo que tengo yo.

La señora Rosa tuvo que aguantar los reproches y gritos de Evaristo durante media hora más hasta que por fin logró tranquilizarle. Tuvo que convencerle de que nadie más sabía nada. Ninguna persona en Lacaverna que no perteneciera a la familia de Sabina Elguea conocía lo que sucedió. Y de hecho así era. Aunque no paraba de darle vueltas a la cabeza pensando quién podría habérselo revelado a aquel niño entrometido. Habían llegado tres cartas a lo largo de los días anteriores y no estaba dispuesta a recibir ni una más. Una cosa era que la gente del pueblo supiera de su afición al bingo y otra muy distinta era que conocieran aquello. No quería ni imaginarse cómo reaccionaría la gente de Lacaverna.

Al llegar a Lapuebla de Labarca abrió la puerta de la casita del jardín de Ruud Vanner y se sentó sobre la cama. Esperaría lo que hiciera falta hasta que aquel indeseable llegara. Sabía que el señor Vanner y su hijo habían vuelto a salir de viaje, así que no era probable que nadie más la sorprendiera allí. Hubert Vanner había acudido a Laguardia a vagar, beber y disfrutar de los placeres de la vida, como él solía decir. No había sopesado bien la osadía de aquel muchacho. ¿Quién le iba a decir a ella que a su edad iría a sufrir un chantaje como aquel! Porque no se le ocurría otra forma de llamar a aquello. Aquel joven era un chantajista.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí? —le preguntó Ander Goikoetxea cuando se la encontró en su habitación.

—Trabajo aquí y tengo llave de casi todas las habitaciones. ¿Cuál es el problema? —le dijo ella empleando un tono desafiante.

—Me pregunto qué pensará David de esto.

—No voy a dejar que ningún jovencuelo como tú rompa mi matrimonio ni arruine mi reputación. ¿Quién te has creído que eres?

—No me hagas hablar, Rosa. Fuiste tú la que me mentiste. No devolviste a la biblioteca de Ruud ninguno de los tres libros que te llevaste. Entre ellos, el que yo buscaba. ¿Por qué?

—No eres más que un chantajista. El señorito David está ciego contigo. Si es que lo que no es natural no es natural. Si supiera cómo eres de verdad...

—Vamos a ver Rosa. No sigas por ahí, por favor. Me he tenido que enfrentar a gente ignorante como tú muchas veces, así que no merece la pena que vomites sobre mí tu odio. Ya no me afecta. Respétame y yo intentaré hacer lo mismo, ¿de acuerdo? Hagamos esto por las buenas. No te voy a poner un cuchillo al cuello, tranquila. No soy esa clase de persona. ¿Te crees que estoy a gusto con todo esto? Pues aunque te sorprenda no lo estoy para nada. Pero es lo que hay, ¿vale? No te pido que lo entiendas. Pero es muy importante que tenga ese libro. Créeme, de verdad. Y por favor, no te atrevas a juzgarme. Si quieres, me pongo a juzgar yo la razón por la que Sabina te echó de su casa...

—Ya te lo dije. Estás jugando con fuego. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

—¿Quién es ahora el que amenaza a quién?

—Yo no tengo esos libros —le dijo. Había un halo de temor apenas perceptible reflejado en su mirada.

—No me vengas con tonterías. Dámelos de una vez o te juro que toda Lacaverna sabrá lo que hiciste.

Rosa Iturritxu se acercó a Ander, y se colocó a escasos centímetros de su cara.

—Sí, yo los robé —reconoció al fin—. Necesitaba ese dinero. La tentación era demasiado grande. Total, el señor Ruud no se iba a enterar de que le faltaban tres libros. Pero para mí suponía una más que probable entrada de dinero. Después de años tratando con prestamistas usureros y yendo y viniendo a las casas de empeños, una adquiere cierta experiencia a la hora de tasar los objetos más caros. Y te puedo asegurar que la mayoría de los libros que el señor Ruud almacena en su biblioteca tienen un valor más alto de lo que parece. Le han acompañado a todas partes. Su colección de libros ha sido su máspreciado tesoro en cada una de las casas en las que ha vivido. Y no lo digo solo por las encuadernaciones de lujo. Sino por su contenido.

—Pero ¿qué sabrás tú de todo eso? No eres más que una ladrona de pacotilla. Dame ya los libros. Mi paciencia se está agotando.

—Te he dicho que no los tengo yo.

—No te creo.

—Al poco tiempo de dejarlos en la casa de empeños de Logroño se me ocurrió una forma mejor de ganar más dinero. Simplemente los recuperé y se los entregué a la persona más proclive a pagar lo que hiciera falta por ellos.

—¿De quién estás hablando?

—¿De verdad quieres seguir por este camino? No creo que tengas lo que hay que tener.

—Deja ya de decirme gilipolleces —le pidió Ander a punto de perder los papeles—. ¿Quién tiene los libros?

—Alguien a quien deberías conocer bien si has decidido formar parte de la familia del señorito David. Pero no creo que vaya a acceder a entregártelos así porque sí, por tu cara bonita.

—¿Los tiene Hubert? —preguntó Ander.

—Qué más quisieras. Los tiene ella. Sabina.

—¿La tía de David?

—La misma. Deberíais quedar a tomar el té, seguro que está encantada de charlar contigo —se burló la señora Rosa.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

—No lo sabes. Pero créeme, los tiene ella.

Ander miró de arriba abajo a Rosa Iturritxu. No podía creerse estar teniendo aquella conversación con aquella mujer. Sentía repugnancia de su mera presencia física y estaba deseando que se marchara de una vez, pero lo cierto era que sentía que no le estaba mintiendo. David le había dicho que Sabina también padecía el mismo insomnio que él. ¿Sería posible que Sabina Elguea hubiera adquirido aquellos libros para tratar de encontrar un remedio a la enfermedad que ella misma podía llegar a padecer un día? ¿Podría haber estado buscando una solución al letargo en el que estaba sumida Véspero, la abuela de David? La idea no era tan descabellada. Sin embargo había algo que no terminaba de encajar.

—¿Cómo es posible que acudieras a Sabina para venderle esos libros después de lo que hiciste? No creo que estuviera por la labor de recibirte.

—No traté con ella directamente. Mandé un mensajero.

—¿Quién? ¿Quién iba a querer hacer una cosa así?

—La misma persona que se ha ido de la lengua y te ha contado a ti la razón por la que Sabina me echó de su casa.

42.

Anne Wellington sabía que Mechero estaba preocupado. El control policial del aeropuerto de Heathrow, que se había intensificado en los últimos meses por los atentados que estaban sucediendo en diferentes ciudades occidentales, había estado a punto de dar al traste con el viaje del joven. Una de las agentes había llamado a otro colega para analizar conjuntamente la foto del pasaporte de Jean-Baptiste Florian que había vuelto a utilizar para salir del Reino Unido, aunque al final le había dejado pasar sin problemas. El vuelo que los había llevado hasta la isla italiana de Cerdeña se había retrasado más de hora y media. Mechero temía la suerte que pudiera correr Calíope enfrentándose ella sola al peligro que suponía tratar de hacerse con la pieza del grabado.

Pero había algo más. Sabía que Mechero estaba preocupado por ella y por el bebé. Era hasta gracioso ver los gestos cariñosos y casi paternos del joven hacia ella, ayudándole con las maletas y abriéndole las puertas. Se había tenido que poner firme y aclararle que estaba embarazada, no discapacitada. Era lógico que Mechero se comportara con ella de aquella manera, temeroso de que algo malo fuera a ocurrir en cualquier momento. Verla en el cuarto de baño del aeropuerto de Bilbao con las piernas cubiertas parcialmente de sangre no había tenido que ser sencillo de asumir. Mechero seguía sin entender cómo Anne había aceptado de nuevo emprender un viaje que podía suponer más que un riesgo para su estado de salud. Ella le había dicho que lo tenía todo controlado, que no se preocupara, pero él no la creía.

Anne había estado a punto de contarle que ella sabía que el bebé iba a nacer, que lo presentía, que estaba segura de ello. Tan segura como que el pequeño Tommy, su amigo invisible de la infancia, el niño diablo de Sunny House, había acabado con el asesino del *blog* en Vitoria y les había salvado a ambos. Tan segura como que estaba teniendo unas visiones nada alentadoras donde la gente corría, se oían gritos y el llanto desconsolado de un niño pequeño. Tan segura como que escuchaba a Mary Anne Merrick hablándole en sueños. Pero claro, eso suponía tener que admitir ante él que tenía todas aquellas facultades y temía que la tomara no por bruja, como ella misma se había llegado a autodenominar, sino directamente por loca. Por eso había tomado la decisión de no contarle nada acerca del *e-mail* que se había encontrado en su bandeja de entrada esa mañana al despertar. Enviado desde una dirección totalmente desconocida para ella, el remitente se dirigía a ella con total familiaridad, llamándola por su nombre e informándola, más bien advirtiéndola, de lo que estaba a punto de ocurrir en la Fundación Petunia.

“Para Anne.

Los Caducos, con Santiago Valls a la cabeza, han radicalizado su postura aún más. Hay rumores consistentes de que algunos de los jardineros que han mostrado públicamente su apoyo a los Revolucionarios han sufrido asaltos, accidentes y repentinas enfermedades que, al menos en tres de los casos, en jardines de Grecia, Bélgica y Portugal, han acabado en defunción. La guerra civil se ha desatado dentro de Petunia justo en el peor momento, cuando la profecía del retorno de los que estaban antes está a punto de materializarse y los enfrentamientos entre los distintos linajes se están agravando. Y lo peor no es eso. Lo peor es que en esta guerra interna

dentro de Petunia no hay una única resistencia. La brecha que divide en dos a los Revolucionarios es cada vez más grande. Los Insurgentes reclaman acciones violentas y que rueden las cabezas de los Caducos mientras que los Originarios, como así se hacen llamar, consideran a los Insurgentes igual de peligrosos que los Caducos y optan por una solución pacífica más coherente con el espíritu original de la organización. Unos y otros reclaman un líder, alguien que logre acabar con la hegemonía de los Caducos, pero nadie parece ponerse de acuerdo en elegir a la persona adecuada ni tampoco han surgido postulantes. ¿Conoces a alguien que esté dispuesto a asumir esa responsabilidad?”

Lo primero que había pensado era que había sido Jon Arkaute quien se lo había enviado. Pero, de ser así, ¿por qué no se había dirigido a ella en otros términos? Ni hablaba de ellos dos, ni le explicaba por qué no había contactado antes con ella. Nada. Era un texto absolutamente aséptico que probablemente obedecía a una cadena de mensajes que los jardineros revolucionarios se estaban enviando entre sí para averiguar a qué bando de la resistencia apoyaban. ¿Quién se lo había mandado a ella? ¿Alguien estaba calibrando la posibilidad de que ella fuera esa persona que liderara la revolución en la Fundación? Su abuela Mary Anne había luchado de forma pacífica por cambiar las tornas y derrocar a la corriente de los Caducos. Tenía claro de qué parte estaba ella también. Cuando acabó de leer el *e-mail* había rememorado uno de los persistentes sueños que estaba teniendo últimamente. Su abuela Mary Anne le pedía que despertara. “*Despierta Anne*”. ¿Cuántas veces la había escuchado pronunciando aquella orden? ¿Le estaba pidiendo la abuela que reaccionara de una vez y que pasara a la acción? No se imaginaba a la abuela propugnando el uso de la fuerza para obtener la subversión. El éxito de Mary Anne Merrick había sido precisamente el conseguir que tanto Caducos como Revolucionarios llegaran a un entendimiento, pero desde el diálogo. Al menos lo había logrado durante un tiempo. Hasta que la mataron. En su corazón se mezclaban muchos sentimientos y pensamientos enfrentados. Por un lado deseaba vengar la muerte de su abuela que, tal y como le había confirmado el profesor O’Connor, había muerto a manos de los Caducos cuando intentaba hacer que la organización volviera a sus orígenes. Deseaba con toda su alma acabar con los Caducos y hacerles pagar por todo el mal que estaban causando. Pero por otro lado, no dejaba de preguntarse por qué ella tenía que asumir semejante compromiso. Bastante tenía ya con todo el asunto de la profecía. Su prioridad era que su hijo naciera sano. Él heredaría el reino de los que estaban antes y lucharía contra quien intentara hacerle daño. ¿Tenía que ser ella también la que liderara la revolución? ¿Estaba dispuesta a asumir el riesgo de enfrentarse no solo a los Caducos sino a los revolucionarios más violentos? ¿Y si aquel *e-mail* era simplemente un cebo para engañarla y hacerla delatarse como defensora de la vía pacífica? ¿Y si aquel correo electrónico se lo había mandado precisamente un Insurgente o, lo que era peor, un Caduco?

Había intentado llamar a su madre hasta en nueve ocasiones, pero no había habido manera de contactar con ella. Betrys tenía el teléfono apagado o sin batería. Había llegado a pensar que quizá su progenitora la había bloqueado. Tenía que conseguir hablar con ella como fuera. Los asesinatos que estaban sucediendo en el País Vasco estaban relacionados con lo que le había pasado a ella cuando la secuestraron. Sentía la pesada losa de la responsabilidad aprisionándola contra el suelo cada vez que releía las noticias de los crímenes de aquellas niñas. Quizá estaba en su mano

averiguar qué era lo que estaba ocurriendo y así poder ayudar a detener al asesino. De momento no se había vuelto a publicar ninguna noticia relacionada con “la *sorgina*”.

—Así que Itziar Azurmendi, según el profesor O’Connor, no está graduada en arqueología —le dijo Mechero mientras Anne conducía el coche que habían alquilado al llegar a la isla. La carretera era estrecha y de doble sentido y había que circular despacio, pues no había valla de seguridad y cualquier despiste podía hacer que terminaran cayendo por el acantilado sobre el que discurría la vía.

—Eso parece —le contestó Anne mientras trataba de colocar el cinturón de seguridad de manera que no le oprimiera tanto el abdomen.

—Ya. Y yo soy el hijo secreto del Papa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella sin entender el súbito sarcasmo de su compañero. Tal y como le había prometido a James, no le había contado nada acerca de las grabaciones de Jon Arkaute entrando y saliendo de la biblioteca de Bilbao el día del incendio, pero nada más llegar a Cerdeña le había revelado lo que le había contado acerca de la periodista de La Luz de Navarra. Mechero ni siquiera había hecho un comentario al respecto, como si tuviera cosas más importantes en las que pensar.

—Pues que no me lo creo.

—¿Por qué?

—Ayer me pasé toda la noche hurgando en Internet en busca de una pista que nos pudiera hacer entender por qué Itziar Azurmendi nos mintió y sobre todo qué pinta Jon Arkaute en todo esto. Entre birra y birra me topé con un dato la mar de interesante. Por eso no me encaja lo que te ha dicho el profesor. No me encaja para nada.

—¿Vas a contármelo de una vez o tengo que comprar los fascículos cada semana? —le preguntó Anne. Estaba empezando a impacientarse.

—Pues que nuestra amiga formó parte de uno de los equipos internacionales de arqueólogos que estuvieron investigando sobre el terreno el yacimiento turco de Göbekli Tepe. Ahí es nada. ¿Cómo te has *quedao*?

—¿Estás seguro de que Itziar Azurmendi trabajó allí?

—Sí. Yo tampoco me lo explico, pero su nombre aparece en dos artículos de una revista de arqueología de gran prestigio en Alemania, de donde era el grupo al que pertenecía. También dudé, pero tiene que ser ella. La fecha y el lugar de nacimiento encajan perfectamente. ¿Qué probabilidad hay de que existan más pamplonesas con ese nombre, ese apellido y esa edad y que hayan cursado estudios de arqueología?

—¿Göbekli Tepe es el santuario del Neolítico que descubrieron en Turquía, no?

—Sí, bueno. Dicho así suena a muy poca cosa. Es uno de los mayores misterios de la humanidad. Solo está excavado el cinco por ciento del lugar, pero ha sido suficiente para desbaratar lo que hasta hace bien poco se consideraba el nacimiento de las civilizaciones.

—En su día escuché algo al respecto en la televisión, pero enseguida se olvidaron del tema —dijo Anne.

—Sí. Es curioso como alguien se está encargando de enmascarar todos estos yacimientos asombrosos y hacer que caigan en el olvido para el gran público o que se perciban como meras

atracciones turísticas sin trasfondo alguno. Las *drakospita* de Grecia, las tumbas de gigantes de Cerdeña...

—Por no hablar de la supuesta necrópolis de gigantes que se encuentra bajo la muralla de la antigua Vitoria. En el caso de Göbekli Tepe ¿por qué es tan revolucionario lo que se ha descubierto?

—Göbekli Tepe se comenzó a construir en el año 9.000 antes de Cristo, seis mil años antes que Stonehenge y aproximadamente seis mil quinientos años antes que las grandes pirámides egipcias. Hasta ahora, se creía que la aparición de la agricultura había propiciado el asentamiento de los núcleos humanos en un lugar en concreto, dando lugar a la aparición de las primeras ciudades y los primeros reinos. Como consecuencia de ese sedentarismo, el ser humano tuvo más tiempo para divagar e imaginar su lugar en el universo, con lo que empezó a explicar la realidad a través de la religión.

—Sí, hasta ahí llego. El surgimiento de la agricultura y la ganadería dio lugar a los asentamientos en un lugar fijo, y más tarde llegó la religión..

—Pues para nada —la interrumpió Mechero—. El yacimiento de Göbekli Tepe se considera que es el primer lugar de culto, el primer santuario de la humanidad. Lo que se ha sacado a la luz hasta ahora son varios edificios concéntricos con cientos de pilares de tres metros de altura en forma de T y siete toneladas de peso cada uno adornados con figuras de diferentes animales de la época y algún que otro símbolo que no se ha logrado descifrar.

—¿Y?

—Pues que en el momento en el que Göbekli Tepe fue construido los seres humanos eran nómadas recolectores y cazadores, aún no habían aparecido ni la agricultura ni la ganadería. Ese santuario ha dado un vuelco a la historia de la humanidad. Al contrario de lo que se creía hasta que se descubrió Göbekli Tepe, parece ser que primero surgió la espiritualidad, la religión, y ante la necesidad de crear ese conjunto de templos tan complejos y difíciles de edificar, los humanos de la época se vieron obligados a dar cobijo, alimentar y sostener a toda la gran masa de trabajadores o esclavos que los levantaron, surgiendo en ese momento las primeras técnicas de agricultura y ganadería y una sociedad mucho más compleja y asentada.

—Si es cierto que nuestra amiga Itziar Azurmendi intervino en esas excavaciones es muy raro que no esté graduada en arqueología.

—Muy raro —insistió Mechero—. Por no hablar de que esta mujer parece ligeramente obsesionada con los grandes descubrimientos arqueológicos que han dado un vuelco a lo que hasta ese momento se consideraba como historia oficial de la humanidad.

—Ya lo hablamos con el profesor O'Connor. Puede que todas estas culturas deriven de un mismo sustrato.

—La raza de gigantes constructores de grandes estructuras megalíticas. Los gentiles a los que la mitología vasca y otras mitologías europeas atribuyeron el haber edificado los dólmenes, menhires...

El joven no pudo terminar la frase. En ese instante un pequeño camión con ovejas que trataba de adelantarles se vio forzado a invadir el carril por el que circulaban ellos para evitar empotrarse contra el vehículo del sentido contrario. Anne lo vio venir y comenzó a frenar en el mismo instante en que presintió lo que se disponía a hacer. La embestida les desplazó hasta casi el

borde del precipicio pero la jardinera pudo controlar el coche cuando faltaban apenas cinco metros para caer. La camioneta les rozó por todo el lateral izquierdo y pudo detenerse más adelante. El conductor salió por su propio pie y corrió hacia donde ellos. Gritaba palabras en italiano casi ininteligibles, mientras hacía aspavientos con los brazos señalando a un lateral del auto. El hombre trataba de abrir las puertas empleando sin éxito toda su fuerza. Estaban trabadas. Anne miró a Mechero. Se había desmayado pero no parecía herido. Un aturdimiento espeso y pesado embotaba todos sus sentidos y no era capaz de entender lo que el individuo trataba de comunicarle. De repente la criatura que llevaba en su vientre se revolvió de manera violenta provocándole un dolor profundo que estuvo a punto de hacerle perder la consciencia. Y en ese momento volvió a escuchar la voz. “*Anne, despierta*”. La abuela Mary Anne le había vuelto a hablar. Como si se tratase de una alarma estallando en mil decibelios, consiguió hacerle salir de aquella suerte de trance y por fin comprendió que debía desbloquear el seguro. Al hacerlo, el hombre abrió la puerta desesperado y la ayudó a salir.

—Fuoco! Fuoco! —gritaba señalando el depósito de gasolina.

Anne observó el chorro de combustible brotando al exterior y empapando la calzada. Sin pensárselo dos veces se dirigió al asiento del copiloto y extrajo el cuerpo inconsciente de Mechero. El hombre cogió al joven en brazos y se alejaron hacia la parte delantera de la camioneta. En ese momento, el coche se incendió y provocó una explosión que hizo enmudecer a las ovejas.

Tuvieron que esperar casi veinte minutos hasta que llegó la ambulancia.

43.

La señora Rosa le había cazado. No era que le hubiera sorprendido mucho, ya que muy pocas personas conocían aquel secreto. Hubert Vanner y Lucía Zuberoa se habían acostado varias veces, de eso no cabía duda. No sabía hasta qué punto aquello que había entre ellos era algo más serio que unos meros encuentros sexuales, pero era evidente que no eran simples conocidos.

Lo había detectado la primera vez que conoció a Lucía Zuberoa en la visita al estanque celtibérico de La Barbacana en Laguardia. Mientras la prima de David les ofrecía aquella maravillosa explicación sobre los rituales que los berones huidos del poblado de La Hoya habían realizado en aquellas aguas sagradas, había percibido cierta complicidad en las miradas de los dos. Era algo muy sutil; una sonrisa demasiado alargada en el tiempo, unas pupilas ligeramente dilatadas ante la ocurrencia graciosa del otro, un leve roce de manos sin querer que se repetía más de lo que pudiera considerarse casual... Su lenguaje corporal les delataba. No era solo simple atracción. En aquel baile de gestos había una complicidad que solo podía existir entre quienes se conocían en la intimidad. Hubert Vanner se lo había confesado tras una borrachera en la que Ander le había tenido que ayudar a meterse en la cama. Aquella camaradería entre ambos había dado paso a un súbito acercamiento por parte de Hubert, que parecía considerar a Ander como uno de sus mejores amigos en aquel despoblado rincón del sur de Europa. Ander había descubierto que el alcohol era una de las debilidades, uno de los “placeres” en palabras del propio Hubert, que controlaban los impulsos del tío de David en su quehacer diario deambulando por todas partes sin hacer nada en concreto. La otra debilidad era el sexo femenino, pero eso era algo que Ander había calado desde el primer momento. Dudaba mucho que Hubert mantuviera algún tipo de compromiso exclusivo con Lucía. Le parecía casi imposible que un mujeriego como él pudiera atarse a alguien de aquella manera. Pero tampoco pensaba que Lucía le exigiera mucho, habida cuenta de la fama de picaflor que se había ido labrando a lo largo y ancho de toda la comarca.

—Ander, no se lo cuente a nadie, por favor —le había rogado Hubert al cabo de unos días de aquella confesión, volviendo a confundir el tratamiento de usted con el de tú. —Lucía es una mujer muy especial. Ha sufrido mucho y se merece ser feliz. Yo seré un viejo dentro de muy poco y ella aún será joven, con toda la vida por delante. No quiero que su familia, que su madre Concha y su tía Sabina se enteren. La repudiarían sin dudarle. ¿Sabe? Me siento un poco culpable. Lucía me rechazó varias veces hasta que por fin aceptó tener una cita conmigo. Y ahora cada vez que estamos juntos siento cómo su corazón palpita por mí mucho más rápido de lo que lo hace el mío por ella. Por eso te digo que es muy especial. No sé qué habrá visto en mí, pero se ha olvidado de todos los prejuicios que hay entre nuestras familias. Ni siquiera David sabe nada.

—¿Tú la quieres? —le había preguntado Ander.

—Yo nunca he amado a nadie —le había respondido Hubert sin dudar—. Pero no quiero hacerla sufrir. No se lo merece.

Vinieron muchas confesiones más a partir de aquella, unas más conscientes que otras. Hubert era capaz de contar aspectos tan trascendentales en la vida de alguien, como lo podía ser una enfermedad, de la misma manera que hacía un chiste. Tenía el don de hacer que su frivolidad resultara encantadora cuando alternaba las reflexiones más metafísicas sobre la existencia humana y la muerte con la superficialidad más vacua. Jamás se le olvidaría aquella noche en la que le reveló uno de los aspectos más íntimos de Lucía.

—Lucía ha tenido depresiones la mitad de su vida —le había dicho mientras terminaba una botella de *whisky* en una taberna de Oion—. Jamás ha querido hablarme en profundidad del tema y tampoco se lo iba a contar a ti, amigo, pero yo tengo mi teoría al respecto.

—No digas tonterías, Hubert. Las depresiones es algo muy serio como para tomárselo a la ligera. Va siendo hora de que volvamos a casa.

—Lucía evita a toda costa hablar de su abuela Véspero. Le tiene pánico. Me ha insinuado que tiene que ver con un episodio que vivió durante su infancia. Yo creo que su madre y su tía Sabina le han comido la cabeza para que se mantenga alejada de ella. Ya me puede decir tú qué peligro puede tener una anciana tan mayor.

—Estás delirando. Creo que es mejor que dejes esa botella y te acompañe a dormir la mona antes de que te arrepientas de seguir hablando de algo tan personal.

Le había acompañado hasta el dormitorio y allí, mientras le descalzaba y corría la colcha para meterlo en la cama, Hubert Vanner había caído a sus pies llorando como un niño pequeño. Temiendo que se produjera un episodio de exaltación de la amistad propio de aquellas bochornosas experiencias étlicas, Ander lo había apartado y acompañado hasta el lecho.

—Todo es por culpa de la muñeca —había sentenciado Hubert mientras trataba de mantener los ojos abiertos.

—¿Qué muñeca? —le había preguntado Ander. Se tenía que referir a la misma que David llevaba en el coche cuando se marcharon de Bilbao meses atrás. Entonces, David le había dicho que era un recuerdo de su abuela. La había vuelto a ver varias veces durante las semanas siguientes pero, un buen día, dejó de verla, como si hubiera desaparecido por arte de magia.

—La muñeca de la abuela Véspero. Está maldita.

—Bueno, se acabó —había dicho Ander mientras trataba de meterle entre las sábanas—. Basta ya de tonterías, hombre.

—Amigo Ander, no son tonterías. La señora Rosa tiene la culpa.

Y así, sin haberlo previsto, Ander había escuchado aquella extraña historia acerca de Rosa Iturritxu y la muñeca de Véspero Aizaga. Hubert se había mantenido despierto el suficiente tiempo como para contarle los detalles principales, aunque había acabado durmiéndose a los diez minutos. A la mañana siguiente, mientras la señora Rosa limpiaba la casa del jardín, volvió a sacarle el tema. Pensó que era todo una broma, un cuento extravagante ideado por Hubert para mofarse de él. Pero nada más lejos de la realidad. El tío de David se ahogó en un mar de lágrimas mientras le explicaba todo lo que Lucía Vanner le había contado acerca de aquel ser inanimado y por qué pensaba que todo aquello había influido definitivamente en su estado de salud mental. No sabía si era cierto que Hubert jamás había amado a nadie, pero estaba claro que Lucía Zuberoa le importaba. Le importaba mucho. Desde aquel día, Ander había condenado a la señora Rosa para siempre sin poder evitarlo. No solo se trataba de rechazo por falta de química entre ellos. La

señora Rosa le había hecho el vacío desde que se había instalado en la casa junto con David. Hacía mucho que no había sentido una reacción similar debido a su condición sexual, pero estaba claro que aún quedaban muchas personas en el planeta con aquel problema. La repulsión que sentía hacia Rosa IturrITU se había transformado en algo muy parecido al desprecio más absoluto. Cualquier atisbo de solucionar las cosas con ella había desaparecido en el instante en el que Hubert le había contado su historia con aquella muñeca y Lucía Zuberoa.

La encontró en el área derecha del recinto, junto a las vitrinas donde estaban situados los expositores con la historia del yacimiento. El estanque celtibérico de La Barbacana resultaba aún más sobrecogedor alumbrado únicamente por un par de focos y envuelto en aquel silencio. Muchas zonas de los pequeños muros perimetrales que lo delimitaban quedaban inmersas en las sombras, confiriéndole al conjunto una atmósfera algo inquietante. Se acercó a ella. Vista desde atrás, Lucía Zuberoa podía pasar perfectamente por un hombre joven. Ander había esperado a que acabara la hora de visitas y una vez comprobó que el último turista había salido del lugar, accedió dispuesto a tener una charla con ella. Sabía que aquella conversación que se proponía mantener iba a delatar su identidad y su relación con David, pero no se le ocurría otra forma mejor de llegar hasta los libros que la señora Rosa había robado a Ruud Vanner. La otra opción era asaltar la casa de Sabina Elguea y buscarlos a la desesperada, lo cual era una locura.

—*Epa*, Ander, *zelan*? —le saludó ella en euskera mientras terminaba de amontonar los panfletos.

—*Aupa* —le dijo a su vez él.

—¡Qué raro tú por aquí! Hubert no está, si le estás buscando. Ha ido a visitar una finca en Samaniego, quiere comprarla y construirse allí una casa. He intentado convencerle de que lo primero que tiene que hacer es buscarse un curro, pero ya sabes lo que dice siempre...

—“Trabajar es para los que no saben vivir la vida”. Muy propio de Hubert —rio Ander—. Pero no, no he venido buscándole. Quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —preguntó ella extrañada—. Ya sé, quieres que te explique mejor los ritos de fertilidad que se realizaban en las aguas del estanque. El otro día te vi bastante interesado.

—Sí, toda la historia de los berones me parece muy interesante —dijo Ander—. Me parece increíble que algunos de los descendientes de aquellas gentes sigan conservando las tradiciones y las creencias de aquel entonces.

—¿Cómo? —exclamó ella sorprendida—. ¿Te ha venido alguien de Laguardia con algún cuento? No hagas caso a la gente. Inventan e inventan. Ya sabes cómo son los pueblos. La etnia de los berones desapareció hace más de dos mil años.

—No creo que eso sea exactamente así. Tengo entendido que tu tía Sabina sigue practicando algunos de aquellos ritos. Si hasta a tu abuelo Francisco le llamaban El brujo de Laguardia.

Lucía se quedó inmóvil. Miró a Ander con cara de pocos amigos, pero enseguida su carácter afable echó abajo aquella máscara.

—Mira, no sé lo que te habrá contado Hubert o algún cotilla de la zona. Ya sabes lo que pasa en los pueblos pequeños. Siempre se inventan historias cuando se quiere atacar a una familia por envidias y demás. No hagas caso. Son tonterías que se van diciendo por ahí.

—Entonces también es mentira que muchos de los miembros de tu familia padecen un insomnio letal que al parecer proviene de los propios berones. “El don de la vigilia” lo llaman.

Ella volvió a guardar silencio. Aquello sí que no se lo esperaba. Lo que le ocurría a muchos de sus parientes era un secreto que habían procurado ocultar a toda costa. No le constaba que nadie en Laguardia supiera de aquella maldita enfermedad. Y mucho menos que la identificara como “el don de la vigilia”. Ni siquiera había hablado de ello con Hubert.

—¿Quién te ha contado eso, Ander? —le preguntó.

—Necesito que me ayudes, Lucía, por favor.

La siguiente media hora Lucía Zuberoa asistió recelosa a las explicaciones de Ander. No terminaba de creer que Ander fuera la pareja de David. No porque tuviera nada en contra sino porque jamás se hubiera imaginado nada parecido. Hubo un tiempo, cuando David aún era un adolescente y no había abandonado Lacaverna, en el que habían corrido rumores acerca de los gustos sexuales de su primo. Alguien le había visto en una situación algo comprometida con un compañero del instituto en el cuarto de baño, pero jamás había vuelto a escuchar nada parecido. Era irrefutable que Ander conocía a David a la perfección y que lo amaba de verdad. Cada vez que hablaba de él su mirada producía un pequeño destello de admiración, como si lo tuviera idealizado. Ella sentía algo parecido por Hubert. Solo esperaba que David le correspondiera a Ander más de lo que Hubert hacía con ella. Tenía que reconocer que desde que lo había conocido, Ander le había caído bien. Y Hubert siempre hablaba maravillas de él. Era un tipo sencillo, amable, con una sonrisa casi permanente en los labios. Por si todo eso fuera poco, además era bastante atractivo. Y eso a pesar de la ligera cojera que de vez en cuando le acompañaba al caminar, aunque no siempre. Desde luego David había elegido bien.

—No me puedo creer que también le esté pasando a David —dijo ella entre lágrimas—. Primero la abuela Véspero y la tía Sabina, ahora David... ¿hasta cuándo esta locura?

—Por eso necesito que me ayudes, por favor. No sé si hay solución a esto que le está pasando a David, pero tengo la esperanza de que así sea. Por eso necesito esos libros.

—Esos libros se los entregué a mi tía Sabina en su día. Supongo que los tendrá en casa. Me parece increíble que la señora Rosa te lo haya contado. No le gusta que se sepa su afición al bingo.

—Me he tenido que esforzar hasta que me lo ha contado, no te creas —reconoció Ander. Había optado por no sacarle el tema de la muñeca. Si Hubert tenía razón, no le convenía que Lucía rememorara ese episodio y se echara para atrás. Necesitaba su ayuda imperiosamente. Aun así, le sorprendió no percibir rencor alguno en su voz cuando mencionaba a la señora Rosa.

—Supongo que puedo buscarlos en casa de tía Sabina. No se me ocurre otra cosa. Pero si ella no ha conseguido sacar nada en claro dudo mucho que tú puedas hacerlo.

—Gracias Lucía, de verdad —le dijo Ander emocionado—. Espero que entiendas que David no sabe nada de esto. Sigue enfadado con Sabina y no quiere que sepa que estamos viviendo tan cerca de Lacaverna.

—Hombre, a mí tampoco me parece normal lo que estáis haciendo. Escondidos como si fuerais unos críos. Tía Sabina está muy preocupada por David. Todos lo estamos. Ahora por lo

menos me quedo más tranquila sabiendo que está bien.

—No le echas mucha bronca a Hubert por no haberte contado dónde estamos viviendo. Tanto David como yo le pedimos que no lo hiciera. Me sorprende ver que nos hizo caso.

—Ya hablaré con Hubert. A ver, que le entiendo porque es su sobrino, pero no decirme nada... Sabe que puede confiar en mí. No sé, no me lo esperaba, la verdad.

—Por favor, no le digas nada. No quiero que sepa que ando detrás de esos libros. David me hizo prometerle que dejaría el tema aparcado. Hubert y Ruud no saben nada de que padece el don de la vigilia. Por favor. Si le dices algo a Hubert, David no me lo va a perdonar.

—Está bien, tranquilo. No diré nada. Y ahora dejémonos de tanto drama. Te invito a un *kalimotxo* en un bar de aquí al lado.

Ander quiso creerla, a sabiendas de que era muy improbable que ella mantuviera su promesa. Las parejas constituidas por dos personas que se amaban constituían una entidad verdaderamente extraña y asombrosa. Era muy poco habitual que uno de sus miembros guardara una confidencia de ese calibre al otro. Las personas emparejadas eran capaces de absorber los secretos del otro como si fueran los suyos propios. De nada servían los juramentos y los compromisos de reserva. Casi siempre, quien recibía aquel voto de confianza corría a contárselo al otro miembro de aquella rara unidad binaria. Solo le quedaba esperar que Lucía aguantara el tiempo suficiente sin revelárselo a Hubert. Hasta que llegara ese momento, tenía una oportunidad de intentar encontrar un remedio a aquel mal. Antes de que David se percatara de que se había ido de la lengua.

44.

Aimar Errekamendi no estaba tranquilo. Solo había tres cosas en el mundo que eran capaces de turbarle de tal manera como para no pegar ojo. La primera de ellas, la principal, era que *Ama* dejara de hablarle por algún motivo o se enfadara con él. Era algo que simplemente no soportaba y que le hacía sentirse un ser desamparado e indefenso, a pesar de su edad. Cuando eso ocurría hacía todo lo posible por hacer las paces con ella cuanto antes. *Ama* era el timón de su vida, por muchas discusiones que hubiera entre ellos. Perderla sería como si le amputaran una parte esencial de su propia identidad.

La segunda cosa eran las injusticias y los ataques gratuitos a las personas inocentes. Desde que era pequeño había tenido una especial sensibilidad ante las tropelías que cometían los adultos. Detestaba las actitudes rencorosas, vengativas y violentas de quienes se suponían habían alcanzado una cierta madurez. Muchas veces había soñado con no crecer y quedarse para siempre atrapado en el cuerpo de un niño, con tal de no tener que enfrentarse a la sociedad cruel y despiadada que le esperaba a la vuelta de la esquina. Pero no tardó mucho en descubrir que aquellas actitudes no solo eran propias de los adultos. Los adolescentes podían ser aún peor. En aquel campamento de verano obtuvo la confirmación definitiva de ello. Desde entonces se sentía fuera de lugar en un mundo agresivo y malévolo, como si no encajara. Por eso se había esforzado durante años hasta lograr la plaza como *ertzaina*. Ser policía era uno de los mejores modos que había para hacer frente a las injusticias y para proteger a los inocentes. Por desgracia, descubrió que entre los miembros del cuerpo también se daban situaciones nada agradables, repletas de celos profesionales y zancadillas, que oscurecieron en gran medida la imagen que él se había construido de lo que significaba ser agente. Aun así, no tiró la toalla e incrementó su distanciamiento con todo aquel que se relacionaba con él. Por eso nadie jamás había llegado a considerarle como un amigo, por mucho que Manu Olabe insistiera en llamarle “colega”. A Manu lo había conocido por casualidad, en un encuentro que hubo entre la policía autonómica y las guardias urbanas de las principales ciudades vascas con el propósito de mejorar la colaboración entre ellas. Manu se le había acercado y había entablado conversación con él. Era el único que lo había hecho así que, en el fondo, había agradecido aquel detalle amable. Nunca le había caído bien del todo. Manu era lo que se decía un triunfador. Era algo arrogante y miraba por encima del hombro a la mayoría de sus compañeros. Pero de alguna forma conseguía que todos le rieran las gracias y estuvieran a sus pies, atrapados por el hechizo que constituía su físico espectacular y su aparente confianza en sí mismo. Como diría *Ama*, “el chico popular de la clase”. Una cosa había llevado a la otra y desde entonces se habían visto unas cuantas veces. Los dos habían tirado del otro cuando habían necesitado algún pequeño favor en alguna investigación.

La tercera cosa que le quitaba el sueño a Aimar Errekamendi eran las incógnitas sin resolver, los casos cerrados en falso. No solo le ocurría en su trabajo sino también en su día a día. No llevaba bien que alguien le ocultara información o no encontrar una explicación lógica y racional a algo en concreto. Su mente cuadrículada necesitaba tener todos los cabos atados; de lo contrario, era capaz de pasarse días, semanas, investigando aquí y allá hasta obtener las respuestas que

buscaba. Cuando las conseguía, notaba una intensa energía recorriendo sus venas, impulsándole a seguir adelante con su misión en un mundo que no estaba hecho para él. Cuando no lograba su propósito, entraba en un bucle de desánimo y ansiedad que podía durarle meses. Intentaba paliar los síntomas como podía, muchas veces en aquellas sesiones de depilación a la cera en las que el dolor solía liberarle de aquella tensión acumulada. Pero cuando el vello de sus piernas aún no era lo suficientemente largo como para librarse de él, la cosa se complicaba. Por eso trataba por todos los medios de calmar sus inquietudes haciendo lo mejor que sabía hacer, investigar y orientar sus pesquisas hasta dar con la solución que buscaba.

—Te dije que no te mezclaras con ese tipo de gente, hijo —le dijo *Ama* cuando le reveló su encuentro con Manu Olabe. No había tenido más remedio que contárselo. Ella había insistido e insistido para que le explicara todos los detalles.

—Gracias a él hemos confirmado que la chica pelirroja de las fotografías es la misma que grabaron las cámaras de seguridad y la que vio la testigo saliendo del Palacio de Montehermoso el día que mataron al asesino del *blog*.

—Ese Manu Olabe no es de fiar. ¿Por qué no ha denunciado la desaparición de su marido? Es que a veces pareces tonto, Aimar. ¿No te das cuenta de que es muy raro? Está claro lo que está pasando ahí.

—¿A qué te refieres?

—Si no ha denunciado la desaparición de su marido es porque él está implicado de alguna manera en ella.

—Esto no es una telenovela, *Ama*.

—Tú me dirás si no.

—¿Qué insinúas, que Manu ha matado a Ander y está encubriéndolo con una desaparición voluntaria del domicilio conyugal? No tiene ni pies ni cabeza. Te puedo asegurar que se le iluminó la cara cuando le dije que Ander había hecho gastos últimamente en la zona de La Rioja Alavesa.

—Lo que quiero decir es que si ¿cómo has dicho que se llamaba el marido?

—Ander.

—Que si Ander ha desaparecido quizás es porque quería huir de él. ¿Le has preguntado si le ha pegado alguna vez?

—Estás mal de la cabeza, *Ama*. ¿Cómo voy a preguntarle eso?

—Pues ahí hay gato encerrado. Haz caso a tu madre y ten cuidado con él. Por cierto, ¿has invitado ya a café a la chica pelirroja?

Aimar Errekamendi se despidió de *Ama* sin contestar aquella pregunta. Lo que más le había molestado era que seguramente tenía razón. Manu Olabe no era trigo limpio y le estaba ocultando algo. Si *Ama* estaba en lo cierto, esperaba no haber contribuido a que Manu localizara a su esposo. Sin pretenderlo, podía estar ayudando a un maltratador. Como si se tratara de una penitencia autoimpuesta, se pasó más de seis horas encerrado en su habitación relejendo aquella

especie de estudio sobre las ideas de Hugo Putevino y aquella misteriosa orden de la hermosa rosa perenne que había encontrado en el panteón del cementerio de Bilbao. ¿Por qué había guardadas aquellas fotos de la mujer pelirroja en la tumba vacía del hijo de Begoña Argenta? Continuó el seguimiento a distancia de Consuelo pero esta no volvió a reunirse con Jon Arkaute o, si lo había hecho, él no lo había presenciado. Intentó incluso entrar en su casa sin que ella se percatara, pero pronto cambió de idea. El portal y el descansillo donde se ubicaba su piso tenían cámaras de seguridad. Era desconcertante verla caminar por la orilla de la ría como si fuera lo más normal del mundo andar ocultando documentación tan extraña en un camposanto. ¿Formaría parte de aquella secta? Estaba convencido de que así era, de lo contrario no tendría sentido ser tan precavida escondiendo aquellos papeles.

Todo había dado un vuelco hacía un par de días. Aimar llevaba siguiéndola toda la mañana ataviado con un amplio chándal con capucha y unas enormes gafas de sol. Mientras Consuelo paseaba por la zona más próxima al Museo Guggenheim un hombre entrado en años y con una tupida cabellera blanca la paró. Parecía que le estuviera preguntando por alguna indicación de cómo llegar a un lugar en concreto. Ella lo acompañó unos metros mientras charlaba distendidamente con él, aunque de repente, sin venir a cuento, el hombre comenzó a increparla por algún motivo que no acertaba a entender. Incluso llegó a propinarla un pequeño empujón. Pero lo que más le extrañó fue la reacción de Consuelo. Ni siquiera se inmutó. Se quedó quieta recibiendo sus improperios hasta que él se alejó. Como si no hubiera sucedido nada, Consuelo siguió caminando. Eso sí, Aimar percibió cierto nerviosismo en ella. Sus pasos eran más ligeros, como si tuviera prisa en llegar a algún lugar. Enseguida pudo comprobar cuál era su destino. Como la vez anterior, se introdujo en la cafetería-librería por la que la había visto desaparecer antes de salir por uno de los portales contiguos al establecimiento. Esta vez no lo dudó y corrió hacia la puerta dispuesto a seguirla. La buscó y rebuscó por todas partes pero simplemente se había desvanecido en el aire. Preguntó por ella a la única camarera que había en ese momento pero esta no supo a quién se refería. De nuevo Consuelo se había esfumado como por arte de magia. Decidió entrar al portal del edificio adyacente pero enseguida advirtió la presencia de cámaras de seguridad así que, con disimulo, volvió a salir a la calle. Su instinto le decía que no abandonara, Consuelo tenía que seguir allí dentro. Pero ¿dónde? Si aquella cafetería estaba conectada de alguna forma con alguna de las viviendas de los pisos superiores era imposible saberlo. Aun sabiendo lo arriesgado que era, entró otra vez en el portal y se dirigió directamente a la vivienda donde había muerto Begoña Argenta. Era una locura pero estaba tan desesperado por aquel juego del gato y el ratón que por un instante sus sentidos se nublaron y no pudo evitar hacerlo. Al reparar de cerca en las cámaras de vigilancia, pudo comprobar que estaban fuera de servicio. A los ojos de un visitante normal podía parecer que funcionaban a pleno rendimiento, pero cualquier experto podía advertir que no era así. Una buena noticia al fin. Llamó al timbre del segundo A varias veces pero no respondió nadie. Golpeó la puerta con la mano pero tampoco obtuvo respuesta.

—¿A quién busca? —le preguntó un anciano de una vivienda contigua que había salido al descansillo al escuchar los golpes.

—¿Sabe usted si hay alguien dentro?

—¿A quién busca? —el anciano le miraba de manera inquisitiva.

—A Sofía Arrizabalaga. Soy un sobrino segundo. Hace días que no sabemos nada de ella y estoy preocupado. La he buscado en su casa pero tampoco abre la puerta —le respondió. Aquel piso figuraba a nombre de la misteriosa anciana que era propietaria a su vez de varios pisos en los edificios colindantes a la cafetería y del apartamento de Jon Arkaute en Getxo.

—Desde que ocurrió el incendio no he vuelto a ver a nadie salir de ahí.

—¿A nadie? ¿A qué se refiere?

—Ay, no sé, joven. Gente. Yo creo que este lo tenía alquilado, porque he visto a varias personas entrando y saliendo de ahí. Ya sabe lo que ocurre. Alquilas el piso y luego el arrendatario lo subalquila a otros, y así se llena la comunidad de gente extraña que lo único que hace es destrozar todo. Hasta las cámaras del portal se cargaron aquella noche. Vaya usted a saber el motivo. Ahí están, muertas de risa. Esperando la siguiente junta de vecinos para decidir si pedimos un presupuesto para unas nuevas o arreglamos estas. Gentuza.

—No será para tanto.

—Usted me dirá. El piso quemado. Enterito. A saber lo que estarían haciendo ahí dentro.

—¿Armaban mucho barullo?

—¿Barullo dice? Al contrario. Muy silenciosos todos. Demasiado. Pero no lo suficiente como para que un viejo aburrido como yo no les escuchara entrar y salir a las tantas de la noche.

—¿Recuerda algo de la noche del incendio? —Aimar comenzó a tirar del hilo. A aquel hombre le gustaba hablar y no iba a desaprovechar la ocasión.

—Yo creo que estaban celebrando una fiesta o algo parecido. A eso de las nueve y pico comenzó a llegar gente. Unos treinta o así. Aunque vinieron en varias tandas, no sabría decirle cuántos eran en total.

—¿Por qué cree que era una fiesta?

—¿Usted qué cree? ¿Qué hace una treintena de personas todos vestidos de manera elegante entrando a esas horas en casa de nadie? Pero mire cómo acabó. A eso de las doce y media yo estaba aún escuchando la radio, me cuesta dormir. Los viejos como yo no necesitamos tantas horas de sueño como ustedes los jóvenes. El caso es que de repente empecé a escuchar como en la lejanía gritos, gritos de personas, y enseguida empezó el olor a quemado. Estuve a punto de llamar a la policía, pero es que yo no me aclaro con estos teléfonos de hoy en día. No veo bien los números.

—Alguien tuvo que llamar a la policía digo yo.

—Sí, al cabo de un buen rato, no sé el tiempo que pasaría, se presentaron en mi puerta dos señores muy trajeados preguntándome si había visto algo y yo, que soy muy listo y sé cuándo me puedo meter en problemas, les dije que no, que me acababan de despertar. Pero les mentí. No quité el ojo de la mirilla —sonrió—. Lo más raro es que no vi salir por aquí a todos los que habían entrado. Pero igual me despisté. Uno también tiene que hacer sus necesidades y yo, qué quiere que le diga, visito el inodoro con la frecuencia de un niño pequeño. Al día siguiente vino otra vez la policía, esta vez uniformados, y me hicieron unas cuantas preguntas, pero no les dije nada tampoco. Llevo toda la vida aquí, no quiero líos con nadie.

—No sabía que mi tía tuviera alquilado este piso, la verdad, estoy realmente sorprendido.

—Uy, pues este seguro que sí.

—Muchas gracias, ha sido usted muy amable.

—A mandar. De todas formas creo que es mejor que usted hable con Lourdes, la chica que *la* lleva las casas. Seguro que ella sabrá decirle mejor.

—¿Lourdes?

—Sí, suele venir bastante por aquí y por los otros pisos que Doña Sofía tiene alquilados en esta calle. Es la que se encarga de asistir a las juntas de vecinos. Una chica muy agradable. Muy calladita ella. Así muy recatada siempre vestida. Parece una monja, pero muy maja ella, oiga.

—Espere, un segundo —dijo Aimar. ¿Se podría estar refiriendo aquel hombre a Consuelo? Desde luego la descripción de aquella tal Lourdes coincidía con ella. —Creo que ya sé a quién se refiere. Es la administradora de fincas que contrató mi tía. Pero hay algo que no me cuadra, porque creo recordar que no se llamaba Lourdes.

—Se llama Lourdes, joven, he hablado alguna vez con ella. Muy agradable. Si me espera aquí le traigo ahora la copia de las actas de las reuniones que nos dejan en el buzón y le confirmo el nombre.

El anciano cerró la puerta y volvió sobre sus pasos. Aimar le esperó con impaciencia casi diez minutos hasta que volvió a aparecer. El hombre traía dibujada en sus labios una amplia sonrisa de satisfacción.

—Se lo dije. Mire. Aquí está su nombre. Lourdes del Río. Seré viejo y me mearé cada diez minutos, pero la cabeza la tengo mejor que usted.

—¿Es esta mujer? —le preguntó Aimar mientras le mostraba una de las fotografías que había tomado a Consuelo durante su seguimiento por las calles de Bilbao.

—Sí, es ella. ¿De dónde ha sacado usted esta foto de Lourdes?

—Me la mandó hace tiempo mi tía Sofía. Pero yo pensaba que se llamaba de otra forma —fingió lo mejor que pudo.

—Bueno, joven, si me permite yo tengo que volver al excusado.

—No se preocupe. Muchas gracias por todo, señor. Por cierto, ¿no sabrá en qué gestoría puedo encontrar a Lourdes?

—Pues no tengo ni idea. Pero si pregunta en la cafetería de abajo seguro que le dicen. Suele ir muchas veces allí a desayunar y merendar.

Lourdes del Río. Por fin logró poner nombre y apellido a la sospechosa. *Ama* se llevó un disgusto cuando le reveló la verdadera identidad de Consuelo. Aimar dudó de si su madre realmente llegó a comprender lo que le acababa de comunicar. Él mismo sentía una sensación muy parecida a cuando moría un familiar o un conocido. Consuelo se había ido. Había dejado de existir. La empezó a perder en el mismo instante en el que la vio abalanzarse sobre Jon Arkaute aquel día en el cementerio, pero ahora la mujer que él había ido dibujando en su cabeza había terminado de esfumarse para siempre. Lourdes del Río, la mujer que había seguido durante tantos

días, la mujer que había escondido aquellos comprometidos documentos en el mausoleo de Begoña Argenta, la mujer que custodiaba las fotografías de la misteriosa chica pelirroja, la mujer a la que Jon Arkaute había estado a punto de encañonar, la mujer que hacía magia para desaparecer cada vez que entraba en aquella cafetería del casco viejo de Bilbao, se convirtió de repente en una extraña. Siempre lo había sido, pero ahora que había recuperado su identidad ante los ojos de Aimar, las incógnitas que se cernían sobre ella incrementaron aún más su habitual ansiedad. Tenía que saber quién era realmente. Tenía que averiguar qué era aquella extraña orden de la hermosa rosa perenne. Tenía que terminar de hallar la conexión con la mujer pelirroja y con el asesino del *blog* de Vitoria. Si no lo hacía, jamás volvería a encontrar la paz. Mientras se metía en la cama, se juró a sí mismo que haría todo lo posible por resolver aquellos interrogantes. Haría lo que hiciera falta y los desenmascararía. A todos.

45.

Al abrir los ojos la vio de pie junto a él y creyó haber muerto. Aquello tenía que ser el cielo. La estancia estaba inmersa en una luminosidad casi mística y todo lo que le rodeaba olía a rosas y a pastel de chocolate. Incluso la agradable temperatura que emanaba de aquel lugar poseía un cariz espiritual, ablandando con su calidez las pequeñas heridas causadas por el accidente. Le costó darse cuenta de que no había fallecido y de que estaba en un hospital. Una enfermera sonriente le hizo gestos para que se tranquilizara mientras comprobaba su pulso y sus constantes vitales en la máquina que lo monitorizaba.

—Hola Mechero —le dijo ella con su característico acento. Él la miró como si no terminara de creerse que aquello no fuera una alucinación. Un punzante hormigueo de nervios e incertidumbre mezclado con un suave bálsamo de nostalgia bañaba sus entrañas sumiéndole en una placentera sensación de irrealidad. Ahora que volvía a tenerla a su lado, el mundo parecía mucho mejor.

—Calíope... —balbuceó él mientras miraba a su alrededor—. ¿Dónde está Anne?

—Tranquilo, Anne se encuentra perfectamente. Ha ido afuera a llamar al profesor O'Connor para contarle lo que os ha sucedido. Enseguida vuelve.

—Pero tú... ¿cómo...?

—Anne me ha llamado varias veces pero no pensaba descolgar. Hasta que me ha mandado un mensaje contándome lo que os había pasado y entonces me he venido para aquí inmediatamente.

—Siento mucho lo de tu padre —le dijo.

—Te lo agradezco —le respondió ella—. Jamás voy a olvidarme de esa mirada, Mechero. Nunca voy a poder borrar de mi cabeza sus ojos sin vida.

—Es una putada, te entiendo perfectamente. Mis padres también fueron asesinados, así que sé por lo que estás pasando.

—¿También por culpa de la Fundación?

—Sí, bueno... sí, para qué vamos a decir lo contrario. Por diferentes motivos, supongo, pero sí, todos relacionados con Petunia. Algún día cuando estemos más tranquilos espero poder contártelo, si tú quieres.

—No sé cómo puedes seguir perteneciendo a esa banda de asesinos. Porque eso es lo que son.

—Petunia es mucho más grande de lo que tú te imaginas, Calíope. El hecho de que haya unas cuantas malas hierbas que llevan tomando el control un tiempo no significa que todos seamos igual. Pero sí, somos muchos los que pensamos que el cambio es más necesario que nunca. Además no sabemos si a Dimitri lo asesinó un jardinero.

—Venga ya, no me vengas con eso ahora —dijo ella—. Llegáis vosotros y esos dos hombres preguntando por las *drakospita*, papá os enseña la cerámica del museo de Caristo con esa extraña

escritura... ¿demasiada casualidad, no te parece? Por no hablar de que fui yo la que te hablé de la otra parte del grabado de la casa de gigantes, la que custodiaba en secreto papá.

—Un momento. ¿Qué dos hombres?

—Koldo de Andrés y el otro hombre, ya os lo comenté en su día.

Mechero se quedó pensativo. Era cierto. Calíope les había contado que había llegado otro hombre preguntando por la casa de gigantes del monte Oqui.

—¿Cómo era ese otro hombre?

—Pues no sé, lo vi solo un minuto. Alto, guapo. Tampoco le vi mucho. Me habló en inglés, aunque yo creo que no era su idioma nativo. Tenía bastante acento, pero no sabría decirte de dónde exactamente.

—¿Me puedes pasar mi sudadera, por favor? —le pidió. Calíope le acercó la prenda hasta la cama. La puerta de la habitación se abrió y entró una mujer de unos cincuenta años ataviada con una pulcra bata blanca. Les preguntó si sabían hablar inglés. Ambos asintieron con la cabeza.

—Todos los análisis han dado resultados satisfactorios, señor Florian —les explicó—. Usted y su compañera han tenido mucha suerte. Felicítela, porque gracias a su pericia no les ha ocurrido una desgracia. Su desmayo ha sido un simple desvanecimiento, todas las pruebas neurológicas han dado resultado positivo. Le recomiendo que descanse un par de días en la cama de su hotel, pero, puede estar tranquilo, no hay nada por lo que preocuparse.

—¿Anne está bien? Ella está ...

—Embarazada, sí. Tranquilo, tanto el bebé como ella se encuentran perfectamente. Como le digo, ninguno de ustedes ha sufrido un impacto en sí. Ni siquiera han sufrido lesiones cervicales. Dios está de su parte.

La facultativa le entregó el parte de alta y le dejó unos minutos para vestirse y abandonar el centro. Calíope prefirió esperar fuera de la habitación. Al salir, Mechero le mostró la fotografía de Jon Arkaute que llevaba en su teléfono.

—No lo sé, no estoy segura. Ya te digo que solo estuvo un minuto en la cafetería.

—¿De quién habláis vosotros dos? —les preguntó una voz familiar detrás. Mechero se volvió y se abalanzó sobre Anne.

—Cuidado, cuidado, que me duele un poco el cuello —le pidió ella.

—¿Estás bien, pelirroja?

—Sí. Ya he tramitado el tema del seguro con la agencia de alquiler del coche. Y ya he hecho las gestiones con el hospital. Podemos irnos. Veo que tú también estás bien.

—Sí. Solo me desmayé. Probablemente por algún efecto tardío de algún *petá* —se rio él con ánimo de quitarle hierro al asunto.

—Menudo susto que me has dado... ¿De quién hablabais?

—Cuando estuvimos en Grecia Calíope nos dijo que se había presentado otro hombre aparte de Koldo de Andrés preguntando por el grabado del monte Oqui. Creo que era Jon Arkaute.

—Chicos, siento mucho interrumpiros pero llegamos tarde —les dijo Calíope mirando el reloj de su muñeca.

—¿Tarde? —preguntó Mechero—. ¿A dónde? Me muero de hambre...

—Pues cómprate algo para el camino. He quedado en menos de una hora con Filippa Costa.

Anne Wellington se llevó la mano al vientre. De nuevo, el bebé había vuelto a revolverse de manera violenta e inesperada al escuchar a Mechero hablar de Jon Arkaute. Le dio la sensación de que aquella pequeña criatura estaba conectada de alguna manera con todo lo que pasaba por su cabeza, como si somatizara las dudas y la incertidumbre que la atormentaban. ¿Sería realmente Jon el que había preguntado por las *drakospita* en la cafetería de Calíope? Cada vez tenía las cosas menos claras. Trató de desechar la idea de que fuera Jon quien estuviera detrás de la muerte de Dimitri Megalos. Bastante tenía ya con la duda que el profesor O'Connor había sembrado en ella acerca de la autoría del incendio de la biblioteca y el invernadero de Bilbao. ¿Quién era realmente Jon? ¿Era uno de los revolucionarios Insurgentes de los que hablaba el misterioso *e-mail* que había recibido? ¿Estaba Jon a favor del uso de la violencia para provocar el cambio dentro de la Fundación? ¿Con qué clase de hombre había estado? ¿Había estado tan ciega como para dejarse embaucar como una niña pequeña? Quería confiar en él, con todas sus fuerzas. “*Por favor, no dejes que te laven el cerebro haciéndote creer lo que no es.*” Pero aquellas últimas palabras de Jon cada vez eran más etéreas, como si su escasa consistencia estuviera a punto de desaparecer para siempre. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no se había vuelto a poner en contacto con ella?

46.

De camino al lugar de encuentro, vieron varios vestigios de aquella antiquísima civilización nurágica que había reinado durante siglos en aquel pequeño rincón del Mediterráneo. Pasaron de largo por al menos cuatro restos de poblados con sus característicos edificios circulares formando un conglomerado de apariencia caótica debido a los diferentes diámetros y altura de sus paredes. Se detuvieron en una de las aldeas para hacer un pequeño descanso de diez minutos y estirar las piernas. Mientras Mechero se alejaba hacia unos árboles cercanos para desahogar su vejiga, Anne y Calíope recorrieron las distintas estructuras. Una de las torres medía al menos cinco metros de altura.

—Son diferentes a las *drakospita* de Eubea —dijo Calíope mientras tomaba una instantánea con su teléfono—. Pero a la vez tan iguales... No sé cómo explicarlo.

—¿Crees que fueron obra de la misma civilización? —preguntó Anne.

—No sé qué decirte, Anne. Las *drakospita* son rectangulares y no están agrupadas como estos edificios. Pero la técnica de construcción es muy parecida. Bloques de piedra gigantes colocados unos encima de otros sin ningún tipo de argamasa que los una. Fíjate, es increíble. Y por no hablar de la altura, claro.

—Quizá las *drakospita* fueron obra de algún pueblo emparentado con esta civilización.

—No lo sé, pero mi corazón me dice que es lo mismo. No puede ser casualidad que mi padre enviara la reliquia de la casa de dragones del monte Oqui a Cerdeña para que la guardara Filippa Costa. Desde hace siglos mi familia ha creído en todas estas leyendas acerca de los gigantes de Eubea y en cierto modo ha venerado a las *drakospita*. Quizá estoy influenciada por la educación que he recibido, no lo sé. Pero dentro de mi corazón siento que estamos hablando de la misma cultura, que los gigantes de Cerdeña son los de Eubea, aunque tengan sus diferencias. No sé si me entiendes. Es como si estuviera visitando a unos primos lejanos. Pero familia, al fin y al cabo.

—Te entiendo —le respondió Anne. Ella había tenido una sensación parecida cuando había comparado los monumentos megalíticos de la isla de Anglesey y los del País Vasco. Sentía una conexión profunda entre ellos. Dese luego, si tal y como le había dicho James O'Connor, los antiguos galeses procedían de una oleada migratoria proveniente de la costa cantábrica de la Península Ibérica, ese sentimiento era más que justificado. Y ahora que tenía los restos de la cultura nurágica delante, un sentimiento de nostalgia la embargaba, como si su alma tratara de evocar la memoria de sus ancestros observando aquellas piedras. ¿Serían todas aquellas construcciones restos de aquella civilización extinta de gigantes o de sus descendientes?

La guía les recibió en la sala estrella del museo de Cabras, ubicado en la costa este de la isla. Mientras Anne y Mechero estaban en el hospital, Calíope había conseguido contactar por teléfono con Filippa Costa en la casa de huéspedes que regentaba cerca del monte Tíscali. A decir verdad,

aún no había conversado directamente con ella, pero había hablado con la persona que estaba al cargo en ese momento y tras una interminable espera de cuarenta y cinco minutos durante los cuales suponía que se había producido un cruce de llamadas con la jardinera, habían concertado una cita en el museo arqueológico de Cabras. Habían estado a punto de no llegar a tiempo por culpa de Mechero, que había tenido que pararse a vomitar un par de veces durante el trayecto. Con un par de minutos de retraso sobre la hora prevista, la mujer comenzó a explicarles con detalle las figuras más célebres que se conservaban en el recinto expositivo. Los turistas trataban de acceder a la sala, pero el vigilante de seguridad se lo impedía como podía, ya que había sido reservada exclusivamente durante aquel cuarto de hora para Anne, Calíope y Mechero. Aun así una decena de personas habían conseguido colarse.

—Ustedes están observando algunas de las colosales estatuas cuyos restos se encontraron en el Monte Prama entre 1974 y 1979. Un agricultor desenterró una de las piezas por casualidad mientras araba su finca. En total se encontraron quince cabezas y veintidós torsos. Los gigantes de Prama fueron construidos en piedra arenisca y su hallazgo sacó a la luz una importante necrópolis de la Edad del Bronce. Se considera que los restos humanos que albergaba correspondían a una élite de guerreros o nobles de clase social alta, puesto que el lugar solo había sido utilizado una vez.

Mechero contemplaba absorto las figuras antropomorfas de piedra de más de dos metros de altura que se apilaban contra las paredes negras de la estancia. Uno de los rostros pétreos le llamó poderosamente la atención. El lugar donde estaban las cuencas de los ojos aparecía cubierto por tres círculos concéntricos.

—Como pueden contemplar, algunos de los ojos de las cabezas aparecen representados por dos o tres círculos, unos dentro de los otros. Los investigadores creen que simplemente se trata de una manera de simbolizar los ojos de las figuras, pero otros muchos consideran que en realidad son una metáfora de algún poder sobrenatural que se le atribuía a la mirada de estos seres, como el acceso al inframundo o incluso la capacidad de ver el futuro. ¿Conocen ustedes a los cíclopes?

—Los gigantes de un solo ojo. Pertenecen a la mitología griega y romana —contestó Calíope.

—Bueno, sí. Esos quizá son los cíclopes más famosos. Su leyenda se extiende por muchas islas del Mediterráneo, como por ejemplo Sicilia. Se les consideraba los constructores de las grandes estructuras megalíticas. Y algunos expertos defienden que la alusión a su único ojo aludía al carácter mágico de su mirada. Muy parecido a lo que hemos dicho de los gigantes del Monte Prama.

—En el País Vasco tenemos a Tártalo —dijo Mechero alzando la voz en un tono demasiado alto para el sigilo que gobernaba la estancia. —Es un gigante de un solo ojo que tiene la afición de comerse a la gente. A diferencia de los gentiles, los otros gigantes de la mitología vasca, Tártalo era más malo que el demonio.

—En las leyendas escocesas, irlandesas y galesas también hay ataques contra seres humanos llevados a cabo por cíclopes. Puede que todas esas historias estén hablando de lo mismo —dijo la mujer.

—Oiga. No es mi intención molestarla. Me parece muy interesante todo esto que nos está contando, pero habíamos quedado aquí con Filippa Costa y vemos que no ha aparecido. ¿Ha habido algún problema? —preguntó Anne acercándose a la guía.

—La señora Filippa Costa ha organizado esta pequeña charla exclusiva para ustedes. Denle las gracias porque esto no es algo muy habitual. De hecho me sorprende que el comisario de la exposición la haya autorizado.

—¿Y ya está? ¿Es que no va a venir? —quiso saber Mechero.

—Me ha dejado esta carta para ustedes —les contestó extendiéndoles un sobre cerrado—. Y ahora, si me permiten, tengo que continuar trabajando. Me espera fuera un grupo de japoneses.

La guía les abandonó sin tiempo a reaccionar. Anne abrió el sobre y extrajo un documento de su interior. Mechero se lo arrebató de las manos y lo leyó en voz alta.

—“Pozo sagrado de Santa Cristina. 00:30 horas.”

—Me está empezando a cansar este juegucito del gato y el ratón —dijo Anne, molesta con el secretismo de Filippa Costa.

—A ver, pelirroja. Piensa que es normal que tome sus precauciones. Probablemente sabe que el padre de Calíope ha sido asesinado y que es posible que el móvil haya sido la pieza que le mandó el propio Dimitri. Yo estaría acojonado.

—Bueno, pues entonces está claro. Vamos, ¿no? —dijo Calíope—. Yo me fío de esa mujer. Si mi padre le envió el grabado de la *drakospita* era porque confiaba en ella. Lo más seguro es que ella sepa o sospeche quién ha matado a mi padre. Y por eso toda esta estrategia para asegurarse de que el asesino no anda también detrás de ella.

—El pozo sagrado de Santa Cristina es un santuario de la cultura nurágica —anunció Mechero leyendo la información que había buscado en Internet—. Recibe ese nombre por la iglesia cristiana que se levantó al lado. Está cerca de aquí, a tan solo media hora.

—¿Y qué hacemos hasta las doce y media? Aún son las siete —dijo Calíope.

—Yo no sé vosotros, pero yo quiero estar un rato tranquila —dijo Anne—. Tengo que hablar con mi madre. Y además necesito descansar un rato, hoy estoy reventada.

—De acuerdo, pelirroja —dijo Mechero—. Yo que tú me metería en una taberna de esas *indies* que hay por aquí para que puedas descansar un poco. Antes me ha parecido ver una junto a la entrada del museo. Nosotros daremos una vuelta y buscaremos más información acerca del santuario. Te recogemos dentro de un rato y luego vamos a cenar algo. Nos vamos diciendo. ¿Te parece?

Anne asintió mientras Mechero y Calíope desaparecían por la puerta de entrada. Muy cerca de ella, la guía que les había explicado la exposición de los gigantes del Monte Prama se afanaba por hacerse entender con el grupo de turistas japoneses que acababa de entrar. Decidió quedarse un rato más en el museo descansando en uno de los bancos donde los visitantes podían hacer un pequeño receso. Aún faltaba una hora para el cierre. Volvió a llamar a su madre pero, de nuevo, el teléfono dio la señal de estar apagado o fuera de cobertura. Comenzó a releer en su móvil las noticias acerca de los asesinatos de las niñas en el País Vasco. El patrón que había seguido “la *sorgina*” se parecía demasiado a lo que le había pasado a ella de pequeña. De eso no había duda. Pero por más que releía las diferentes páginas, no acertó a encontrar ninguna otra pista que le ayudara a entender mejor lo que estaba sucediendo. Optó por rastrear la red en busca de nuevas

noticias relacionadas con “la *sorgina*”. Los crímenes parecían haberse detenido, ya que no habían vuelto a encontrarse más cadáveres. De repente, leyó un titular que le llamó poderosamente la atención. “*Encuentran granos de maíz en la vagina de al menos dos de las niñas*”. La noticia era de hacía un par de días, pero lo curioso era que el periódico no volvía a hacer alusión a aquel macabro descubrimiento en los días posteriores, como si se hubieran olvidado de ello. El artículo informaba de que los forenses habían detectado que alguien había introducido en los genitales de Ainhoa Uria y Lorea Eguinalde unos granos de aquel cereal, algo que tenía desconcertados a los cuerpos de seguridad. Nada decían de las otras niñas asesinadas. ¿Le habría pasado lo mismo a ella de pequeña? Por lo demás, no encontró nada nuevo que hiciera referencia al asesino en serie. Parecía que las aguas volvían a su cauce y “la *sorgina*” se hubiera amedrentado ante la presión policial.

Un sonido agudo e irritante interrumpió sus cavilaciones. Tardó en darse cuenta de que era el sonido de su propio teléfono móvil. Tenía una llamada entrante. Había cambiado el tono antes de partir hacia Cerdeña y se había olvidado por completo de cuál había escogido. Una vigilante se le acercó y le hizo gestos para que silenciara el aparato. Miró el identificador de la pantalla. No podía creerlo. Era Betrys.

—¿Mamá?

—Hola Anne. ¿Qué tal estás? —la voz de Betrys Wellington había perdido casi por completo la entonación despectiva y acusadora de otras veces. Creyó captar en ella cierto matiz de preocupación.

—Bien, mamá. He intentado llamarte cientos de veces. Tenías todo el rato el móvil apagado. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—He estado muy ocupada con la prima Mildred. En su casa la cobertura va y viene que da gusto. Ya me ha dicho tu hermana que querías hablar conmigo. Pero te recuerdo que fui yo la que primero intenté contactar contigo hasta la extenuación. Y ahora te enfadas porque tardo un poco más de lo normal en responder a tus llamadas. Si no llega a ser por Elin ni siquiera sé si estás viva o muerta. ¿Hasta este punto hemos llegado, Anne?

—¿A qué te refieres? —le preguntó a su vez ella sin entender nada. Con el teléfono en la mano, salió hacia el exterior antes de que la vigilante terminara echándola.

—Ya me ha dicho tu hermana lo de tu estado de buena esperanza. ¿Cuándo ibas a contármelo?

—Tienes razón. Debería habértelo dicho antes. Os lo debería haber dicho antes. Pero ya te habrá informado Elin de que el embarazo parece que es de riesgo, y quería asegurarme de que todo continuaba adelante.

—Vente a casa. Yo te cuidaré hasta que nazca el bebé.

Anne no daba crédito a lo que estaba escuchando. Su madre acababa de ofrecerle su ayuda. No estaba acostumbrada a recibir ese tipo de atención por su parte.

—Tengo mucho trabajo mamá. Además, la ginecóloga de Bilbao me está controlando. No tienes por qué preocuparte.

—No sé ni dónde vives. ¿Cómo quieres que no me preocupe?

—Los padres de un compañero de trabajo tienen un pequeño apartamento en el casco viejo de Bilbao. Estoy viviendo allí.

—¿Qué compañero? ¿El que vino a buscarte? Jon se llamaba, ¿no?

—No, no es Jon. Es otro —le contestó tratando de no dar muchos detalles. Su madre seguía pensando que Mechero había muerto en la explosión del invernadero. Además, tampoco podía decirle que últimamente había estado viviendo en Sunny House. Su madre no tenía ni idea de que la persona que estaba detrás de la compra de la mansión de la abuela Mary Anne era James O'Connor. La relación entre ambos no había sido muy buena nunca. Si llegaba a enterarse de que él era el nuevo propietario montaría en cólera.

—Sé que no tengo derecho a preguntarte una cosa así. Ya sé que no hemos tenido mucha comunicación tú y yo, pero Anne, estoy preocupada. ¿Se puede saber quién es el padre de la criatura?

—Ya hablaremos de eso, mamá. No me apetece contarlo por teléfono —le respondió. No podía decirle de ninguna manera las dudas que tenía acerca de la paternidad del bebé. —Me gustaría hablar contigo de otra cosa.

—Ya me ha dicho tu hermana. Resulta que por fin te crees la historia del secuestro. Ha tenido que contártelo Elin para que me creas.

—Toda mi vida he pensado que era una excusa que te habías inventado para alejarme de ti, mamá. Para alejarme de papá y de ti.

—¿Cómo puedes pensar una cosa así, hija? Yo te amo con toda mi alma.

—¿Amor? ¿Y qué tengo que pensar entonces cuando sufro día sí y día también los ataques de ese hombre al que tú sigues llamando “marido” y tú no haces nada por defenderme? ¿Qué clase de amor materno es ese?

—Lo que pasa entre tu padre y yo es cosa nuestra. Y no hay más que hablar.

—Perfecto.

—Anne, soy mayorcita. Agradezco tu interés y tu preocupación, pero sé manejarme con tu padre.

—Vamos, mamá, no me hagas reír. Henry te trata como a una esclava y tú sigues con él como si nada. Me duele que no hagas ni lo más mínimo para librarte de él. Ya no te hablo del odio que manifiesta hacia mí cada vez que me ve. Hazlo por ti. Aún estás a tiempo de ser feliz.

—Ya charlaremos de eso. No me apetece hablar por aquí —le respondió Betrys utilizando unas palabras similares a las que la propia Anne había empleado hacía un momento.

—Ojo por ojo —dijo Anne—. Me merezco esa respuesta. ¿Por qué jamás me has contado en qué consistió mi secuestro, mamá? Cuando aludías a él me decías que era por el patrimonio de la abuela, pero sé que hay algo más. Elin me ha contado lo que se supone que me ocurrió. Jamás hubiera imaginado que la abuela y tú estuvierais implicadas en aquello.

—Tu abuela y yo te rescatamos —balbuceó Betrys—. Nunca he querido contarte nada de aquello porque no merece la pena. Siempre he pensado que el pasado es mejor dejarlo en su sitio.

—¿Quién, mamá? ¿Quién me secuestró?

—¿Qué más da eso? Lo importante es que te salvamos.

—Medio Holyhead anda contando historias por ahí de lo que sucedió. Todo el mundo parece tenerlo muy claro. Todos menos yo.

—Estuviste a punto de morir, cariño. Pero por suerte todo salió bien.

—Elin me dijo que me encontrasteis inconsciente junto a los menhires gemelos de Penrhos Feilw, muy cerca de la montaña de Holyhead. Y que yo estaba vestida de blanco. ¿Me puedes explicar qué pasó de verdad?

—Cariño, no es que no quiera explicártelo, es que es mejor que vengas y te lo cuente en persona. Hay tantas cosas de las que quiero advertirte.

—No me des largas otra vez, mamá. Todo esto tiene que ver con los asesinatos de las niñas en el País Vasco, ¿verdad?

—¿Cómo dices? —Betrys pareció fingir sorpresa.

—Elin me dijo que encontró en la cocina de vuestra casa un cuaderno en el que habías anotado decenas de veces la palabra *Amari*, la diosa de la mitología vasca. Y que irrumpiste en su casa en mitad de la noche preguntando histérica dónde estaba yo. Por esos días los informativos comenzaban a hablar de los asesinatos de esas niñas. ¿Qué me pasó de pequeña, mamá? ¿Qué relación hay con los crímenes que está habiendo en el País Vasco?

—Anne, tienes que tener mucho cuidado. Sé que no soportas que nadie te diga eso ni que te trate como si fueras una niña pequeña indefensa. Pero por una vez en tu vida hazme caso. No sé qué es lo que está ocurriendo exactamente, pero desde luego es un ataque a nuestra familia y a nuestro linaje.

—¿Un ataque a nuestro linaje? —preguntó. Era la primera vez que Anne escuchaba a su madre hablar de aquella manera, asumiendo sus orígenes con total naturalidad.

—Sí, nuestro linaje —continuó Betrys—. Seguramente habrás oído todos esos chismes acerca de tu abuela y del pequeño Tommy, el diablo de Sunny House.

—Sí. En Holyhead muchos creen que la abuela era una bruja.

—En cierta medida no les falta razón —sentenció Betrys.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy difícil de explicar, Anne. Sobre todo para mí, que he estado evitando este asunto durante tantos años.

—Inténtalo —le rogó.

—Descendemos de un antiguo linaje, mucho más antiguo de lo que puedas imaginar, cariño, que veneraba a una poderosa bruja, Cerridwen.

Anne se quedó sin palabras. Había esperado que su madre le hablara de los gigantes y de la estirpe a la que los antiguos galeses, los berones y tantos pueblos pertenecían. Había esperado que le hablara incluso de la profecía del retorno de los gentiles o del origen del euskera. Pero desde luego jamás se le hubiera pasado por la cabeza que su madre le respondiera aquello.

—Cerridwen, *Amari*... Llámala como quieras —continuó—. Recibe múltiples nombres a lo largo y ancho del mundo. Pero al final, todos ellos remiten de una otra forma a la misma mujer.

—¿A una mujer? —preguntó Anne sin salir de su asombro—. No entiendo lo que estás tratando de decirme, mamá. ¿Qué quieres decir? ¿Quién fue Cerridwen?

—Los expertos te dirán que es simplemente una diosa de la mitología galesa, pero en realidad su leyenda responde al recuerdo de una reina que existió en la realidad.

—¿Una reina?

—Una reina tiene súbditos. Pues Cerridwen los tenía, y muchos. Aunque nadie sabe el nombre que realmente tuvo. Ni siquiera los galeses nos ponemos de acuerdo en cómo denominarla. Unos la llaman Cerridwen y otros Keridwen.

—Estás delirando, mamá.

—Me has dicho que te dijera la verdad, ¿no? —le reprendió Betrýs.

—¿Qué tiene que ver una diosa galesa con la diosa vasca *Amari*?

—Las dos se están refiriendo a la misma mujer. Las dos diosas son una reminiscencia que quedó en el acervo cultural de los vascos y los galeses. Una alusión, un recuerdo, una evocación de una mujer de carne y hueso que existió. Una reina. Una poderosa bruja. Como te he dicho, hasta los griegos la rememoran en sus leyendas, aunque ellos la llaman Perséfone.

—Estás loca. ¿Por qué jamás he oído nada parecido salir de tu boca?

—Cuando te secuestraron de pequeña me prometí a mí misma abandonar todas aquellas creencias. Créeme que lo intenté con ... —Betrýs se quedó de repente en silencio.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Nada. Oigo ruidos en la planta de abajo.

—Pero ¿dónde estás?

—Espera cariño... voy a ...

La señal del teléfono se cortó súbitamente. Anne devolvió la llamada. De nuevo saltó aquel maldito aviso de que el aparato estaba apagado o fuera de cobertura. Tras cuatro intentos más llamó a Elin. Le contó en menos de tres minutos la conversación que acababa de tener con Betrýs.

—Zanahoria, tranquilízate —le dijo su hermana tratando de calmarla—. Seguramente se ha quedado sin batería. Estás paranoica.

—¿Cómo quieres que esté después de lo que me ha dicho? Si lo que dice es cierto, alguien está atacando a nuestro linaje.

—Hablas como si estuvieras en una secta —se burló Elin—. Mira, Anne, qué quieres que te diga. Yo siempre he escuchado rumores acerca de la abuela y de esas viejas creencias, pero jamás les he dado importancia. Y tú deberías hacer lo mismo. Mucha gente en Gales cree en las hadas y los duendes. No hay nada de malo en ello. Seguramente mamá está arrepentida por el trato que te ha dado todos estos años e intenta encontrar una historia, algo con lo que empatizar contigo.

—Elin, que no —le cortó Anne—. Que esto es serio. Deberías haber escuchado cómo me lo ha dicho. Estaba preocupada de verdad. Ten cuidado, por favor. El otro día no te conté toda la verdad. Pero esto es solo la punta del iceberg.

—¿Qué está pasando, Anne?

—No he sido del todo sincera contigo. Llevo meses inmersa en una historia para no dormir. Desde que llegué a Bilbao mi vida ha cambiado por completo. He descubierto cosas que ni eres capaz de imaginar. He estado a punto de morir a manos de un loco.

—A ver, a ver, para el carro, que ahora sí que me estás asustando. ¿Cómo que has estado a punto de morir?

—La próxima vez que nos veamos prometo contártelo todo con pelos y señales.

—Todo esto tiene que ver con ese trabajo tuyo tan misterioso y todos esos viajes que estás haciendo todo el día, ¿verdad?

—Por tu seguridad no puedo contarte mucho, lo siento. Pero hazme caso, por favor. Creo que a mamá le ha pasado algo. Voy a llamar a la policía.

—¿Pero tú estás mal de la cabeza? ¿Y qué les vas a decir? ¿Que estabas hablando por teléfono con tu madre y que de repente su móvil se ha quedado sin batería?

—Algo se me ocurrirá para sonar convincente.

—No digas tonterías. Déjame que localice a la prima Mildred. Seguramente mamá estará con ella aún. Llamaré por si acaso a Cobham por si ha vuelto ya a casa y te llamaba desde allí.

—Por favor, en cuanto consigas hablar con la prima Mildred o con Henry llámame inmediatamente.

—Te lo prometo.

—Y ten cuidado, Elin.

—Subestimás a tu hermana pequeña, Zanahoria. ¿O es que acaso no recuerdas que soy cinturón rojo en taekwondo? —ironizó.

—Esto no es una broma, Elin.

—Te tomas todo demasiado a la tremenda, Anne.

Elin colgó el teléfono sin despedirse. Estaba claro que no había captado la amenaza real que se cernía sobre Betrys y sobre ella misma. ¿Qué había querido decir exactamente su madre al hablar de los asesinatos de las niñas? ¿Por qué se trataba de un ataque al linaje de la familia? Necesitaba aclarar todas aquellas preguntas como fuera. El caso era que aquella supuesta condición de bruja de *Amari* y su relación con el diablo no le resultaba del todo desconocida. Alguien le había hablado del tema hacía bien poco. Miró el reloj en el rótulo de neón de una farmacia que había al final de la calle. Esperaba que el profesor O'Connor estuviera aún despierto, últimamente se acostaba cada vez más temprano. La videollamada se estableció al primer intento sin problemas.

—Profesor, perdone que le llame tan tarde.

—Tranquila, Anne, siempre es un placer escuchar tu voz y verte. ¿Ha ocurrido algo? Tienes mala cara.

—No tengo un día muy bueno con lo del embarazo —trató de disimular ella.

—¿Habéis conseguido localizar a Filippa?

—Aún no. Pero hemos encontrado a Calíope. Esta noche nos reuniremos los tres con Filippa Costa —le contestó Anne. Decidió no contarle nada acerca del accidente para no preocuparle.

—¿Qué tal está Calíope?

—Muy afectada, pero es fuerte. Seguro que consigue sobreponerse pronto —Anne hizo una breve pausa mientras ideaba cómo sonsacar al anciano la información que necesitaba sin levantar sus sospechas. —Profesor, el otro día cuando estuvimos hablando de la posible relación de los

asesinatos de “la *sorgina*” con *Amari*, usted me dijo que, a diferencia de la versión aragonesa de la diosa vasca, en *Amari* confluían tanto la bondad como la severidad.

—Así es. Lo mismo ocurre con sus hijos. *Mikelats* y *Atarrabi*, representantes del bien y del mal, respectivamente.

—Me contó que *Amari* estaba relacionada en muchos relatos con el diablo y con las brujas...

—Sí. *Amari* es diosa, pero a la vez es bruja, es la reina de las *sorginak*, las brujas, que la asisten en su labor de sacerdotisa suprema. Aunque hay muchas leyendas acerca del origen de *Amari*, hay una que destaca por perversa y ciertamente maléfica. Según este relato, un hombre y una mujer no podían tener hijos y ella prometió al diablo que si se quedaba embarazada le entregaría a su hijo o hija cuando cumpliera veinte años. El diablo le concedió lo que tanto deseaba. Cuando su hija estaba a punto de alcanzar esa edad, la metió en una urna de cristal para evitar que el diablo se la llevase, pero llegado el día del cumpleaños, el diablo rompió la caja y se la llevó al monte Anboto, donde vive desde entonces. En otra versión parecida, en medio de una fuerte pelea entre una madre y su hija, la madre la maldijo exclamando que ojalá se la llevara el diablo. En ese momento el señor de las tinieblas apareció y se la llevó al monte Anboto para siempre. Como ves, de una u otra manera, el diablo está relacionado con *Amari* en muchos mitos. Las *sorginak* son sus siervas, las que la ayudan en su sacerdocio.

—Es un poco raro que una mitología pagana tan antigua como la vasca hable del diablo cristiano —apuntó Anne.

—Efectivamente, es raro, pero la idea del diablo, como ser sobrenatural, es también muy antigua. En cualquier caso, como bien sabes, las leyendas se contaminan las unas a las otras, y es probable que, con el tiempo, la Iglesia metiera baza para demonizar la figura de la diosa y así advertir a sus fieles del peligro que podía suponer adorarla. Hay quien dice incluso que el diablo que aparece en esos relatos no es el diablo judeocristiano, sino una entidad ancestral que poco tiene que ver con Lucifer. Muchos lo denominan “el dios astado” o “el dios cornudo”.

—Jamás había escuchado esa denominación.

—“El dios astado” es una forma de unificar en un solo concepto a diferentes divinidades masculinas de diversas mitologías que comparten características físicas similares, como los cuernos o las astas, y están asociadas al arquetipo de la masculinidad, la virilidad y la fertilidad. De ahí que muchos sostengan que el diablo, el macho cabrío que invocaban las brujas en los aquelarres, en realidad era este tipo de dios de la fertilidad. En la mitología vasca está la figura de *Aker*, también llamado *Akerbeltz*. Este genio vasco vuelve a reflejar en su propio ser tanto la benevolencia como la maldad. Cuando es bondadoso, comparte muchas de las características de *Amari*, pero cuando preside las reuniones de las brujas dicen que muestra su faceta más negativa.

—Me resulta un poco tétrico que una divinidad de la naturaleza como *Amari* tenga también esa faceta diabólica —se lamentó Anne.

—La atribución de lo que es malo o negativo a una idea es una mera construcción del ser humano, de su moralidad, que va cambiando a través de los tiempos. Nada es bueno o malo porque sí, Anne. Todo forma parte de la existencia. Los propios hijos de *Amari*, *Mikelats* y *Atarrabi*, también tuvieron encuentros con el diablo. Lo negativo y lo positivo confluyen siempre. ¿A qué vienen todas estas preguntas, Anne? ¿Has descubierto algo nuevo respecto de los crímenes de las niñas?

—Intento encontrar una conexión entre todas las muertes y qué tiene que ver todo esto con *Amari*. Como el otro día me habló de ella y de su relación con el diablo, quería explorar esa idea por si acaso.

—Si consigues averiguar algo más o tienes cualquier otra pregunta no dudes en consultarme, Anne. De momento, parece que “la *sorgina*” ha dejado de matar. Quizá la policía ya ha localizado al sospechoso.

—Está bien, profesor. Así lo haré.

—En cuanto os reunáis con Filippa llamadme para contarme lo que os diga. Y extremad las precauciones. Alguien sin escrúpulos anda detrás de esa reliquia de la *drakospita* y puede seguir haciendo daño.

Anne se despidió de James O’Connor con un sabor agridulce. Le encantaba escuchar todo aquel conocimiento acerca de la cultura y mitologías vascas que el profesor parecía dominar a la perfección. Pero el resentimiento hacía también presencia en cuanto recordaba las palabras de Jon Arkaute advirtiéndole de que no se fiara de quien intentara acusarle. Se estaba volviendo loca con todo aquello. Ansiaba encontrar aquella maldita pieza del grabado de la casa de dragones pero a la vez se moría por regresar a Inglaterra y reunirse con su madre para que le terminara de explicar en persona toda la historia de Cerridwen y lo que le sucedió cuando ella era pequeña. No podía dejar de pensar en qué le ocurriría a su bebé si a ella le pasaba algo. ¿Qué clase de vida le esperaba a la criatura que llevaba en su vientre?

47.

La comisaría de la *Ertzaintza* estaba siendo sometida a un lavado de cara en sus instalaciones. Situada en uno de los barrios más periféricos de Vitoria, el interior del edificio llevaba varias semanas invadido por andamios, cinta de carrocero, cartón cubriendo el suelo y decenas de carteles anunciando que cierta pared o puerta acababa de ser pintada. Aimar Errekamendi llegó a última hora de la tarde, cuando sabía que la presencia de agentes era menor debido al cambio de turno. Tras cruzarse con cuatro pintores y dos policías a los que no conocía, se dirigió a una de las salas destinadas a la investigación de delitos informáticos. Los ordenadores allí contaban con las últimas prestaciones del mercado y estaban configurados para rastrear la red con los sistemas más potentes y eficaces. Al menos esa era la teoría. En la práctica, probablemente cualquier pirata de veinte años podría manipular a su antojo y dejar *k.o.* a todos aquellos supuestos computadores y programas imbatibles.

Dentro de la sala solo había una mujer que ni siquiera le saludó al entrar. Ataviada con un par de enormes auriculares en sus orejas, parecía que estuviera instalando algún tipo de aplicación en dos de los ordenadores situados al fondo. Probablemente ni siquiera había advertido su presencia. Aimar se sentó en una de las mesas que quedaban más apartadas de la puerta. Buscó en su móvil el nombre que Manu Olabe, su “colega” de la policía municipal, le había facilitado. Anne Wellington. Había muchas posibilidades de que esa fuera la identidad de la misteriosa mujer que aparecía en las cámaras de seguridad del casco viejo la noche del asesinato de Peter Magnusson.

—Es ella —le había dicho Manu Olabe esa misma mañana.

—¿El trabajador de la hemeroteca está seguro de que es ella?

—Sí. Enseguida lo tuvo claro cuando le pregunté. Una chica guapa, pelirroja, inglesa. Pero que sabía hablar perfectamente castellano. Cuando le enseñé las fotografías que me diste, confirmó rotundamente que era ella.

—¿Y cómo dices que has llegado hasta ese chico?

—La testigo de la pensión. Volví a hablar con ella. Ya sabes que a esta gente le interesa quedar bien con la policía.

—Explícate.

—Nada, simplemente le aseguré que íbamos a rebajar las inspecciones por ruidos. Tiene varias quejas de los vecinos. Tal y como está el negocio últimamente, no puede permitirse nuevas sanciones.

—¿Así de fácil?

—Bueno, hay algo más. Esto no debería decírtelo, pero en alguna de esas habitaciones digamos que se producen de vez en cuando encuentros sexuales concertados.

—¿Es un burdel? No te puedo creer. ¿Has solicitado ayuda a una proxeneta?

—Yo no he dicho eso, ¿vale? No, no es un prostíbulo. Pero digamos que la encargada hace ciertas concesiones con alguna amiga que conoce y se dedica a eso...

—Ya. Y lo hace gratis, ¿verdad? Déjame adivinar. La has amenazado para que consiguiera información a cambio de no levantar la liebre. Como si lo viera.

—Siempre consigues que todo suene peor de lo que realmente ha sido. Tan solo le he pedido su colaboración desinteresada.

—No me hagas reír. Una amenaza es una amenaza, Manu —le había reprendido indignado—. Y me lo pones peor aún si esa amenaza la lleva a cabo un policía.

—Pero vamos a ver... ¿querías el nombre o qué? Pues ya está. Conseguido. Resulta que esas amiguitas que trabajan en la pensión han empezado a preguntar entre los clientes, y dos de ellos afirmaban haberla visto en Vitoria en esas fechas. Una pelirroja *pivón*. Una *guiiri buenorra*. Así la definieron. En concreto, uno la había visto en la plaza del palacio de Escoriaza-Esquível. El otro la había visto entrando en la hemeroteca de la casa de cultura del parque de La Florida. Un par de preguntas y al final di con el testigo adecuado. El chico que la atendió en la hemeroteca.

—¿Y qué hacía ella allí? ¿Para qué fue a la hemeroteca?

—Confirmé que su nombre figuraba en el registro de solicitudes. Al parecer se interesó por periódicos locales de 1985. Según me dijo el chico, quería encontrar información sobre algo que había ocurrido ese año en un pueblo de La Rioja Alavesa.

—¿Un crimen?

—No. Una estatua de no sé qué que había aparecido en la iglesia del pueblo, durante unas obras. Espera, que saqué una foto con en el móvil.

Aimar aún estaba impactado por la imagen que aparecía ilustrando la noticia del periódico que Manu Olabe le había mostrado. Un cura vestido con sotana posaba sonriente junto a una inquietante estatua de un ser antropomorfo cuya procedencia era incierta. El periodista apuntaba a una posible conexión con el pueblo berón que habitó la zona donde se ubicaba la villa antes de la era cristiana. Aquella escultura, que bien podría estar representando a un aristócrata o un rey, por estar sentado en un trono, había resultado todo un misterio en la época, tanto por su datación como por su extraño escondite en aquella iglesia católica. ¿Por qué habría de interesarse aquella extranjera, Anne Wellington, en aquel pueblo y en aquella noticia? ¿Qué conexión había entre la muerte violenta del asesino del *blog*, aquella mujer y la secta de Hugo Potevino?

El nombre de Anne Wellington no aparecía relacionado con ningún crimen que se hubiera cometido en el País Vasco. Había sido un iluso al pensar que tal vez hubiera algún rastro que la conectara con algún otro delito. Nada. Absolutamente nada. Ni siquiera una multa de tráfico. ¿Desde hacía cuánto tiempo llevaría aquella mujer por tierras vascas? Era imposible saberlo. Al igual que era inútil tratar de averiguar si constaba en alguna base de datos de otras policías. Nadie iba a ponérselo tan fácil sin hacer preguntas.

Contempló de nuevo la siniestra imagen de aquella antigua efigie que había aparecido en aquel pueblecito de La Rioja Alavesa y se le ocurrió una idea. Realizó una llamada con su teléfono móvil y bajó la voz para que la agente que había en la sala no pudiera escucharle. La mujer parecía ensimismada en su tarea mientras la música sonaba a todo volumen en sus auriculares. No consiguió aclarar sus dudas, pero por lo menos logró que su contacto le prometiera devolverle la llamada si descubría algo interesante.

—Un cajero.

—¿Cómo que un cajero? —le había preguntado Manu Olabe expectante.

—Tu marido ha sacado dinero del mismo cajero varias veces en las últimas tres semanas.

—¿Dónde está, por favor? Dime dónde está —le había rogado. Aimar había creído percibir cierta desesperación reflejada en su mirada.

—Manu, sabes que me puedo meter en un lío muy serio si alguien se entera de que te estoy revelando esta información.

—Por favor.

—Es un cajero situado en Laguardia. ¿Conoces el pueblo?

—Claro.

—Es un cajero que está junto al yacimiento del estanque celtibérico de La Barbacana. Seguro que lo encuentras fácil.

—Gracias, tío. No sabes lo que acabas de hacer.

Había sido aquella frase de Manu Olabe y el tono con el que la había pronunciado lo que había hecho saltar las alarmas en su instinto policial. Sin saber muy bien por qué, nada más decir aquello, Aimar se había acordado de las palabras de su madre cuando le había explicado la extraña conducta de Manu ante la desaparición de su marido. “¿Le has preguntado si le ha pegado alguna vez?” ¿Y si *Ama* tenía razón? ¿Y si había mandado a un posible maltratador directamente al escondrijo donde se guarecía su víctima? La mera idea de pensar que había ayudado a un monstruo de esa calaña le estaba poniendo enfermo. Él, que siempre se había vanagloriado de defender a los inocentes frente a sus hostigadores. Él, que había entrado en la policía para tratar de compensar de alguna forma el ataque constante de los poderosos y los abusadores contra los más débiles. Él, que había sufrido en sus propias carnes el acoso cuando era niño, podía estar apoyando la conducta delictiva de Manu Olabe.

Afortunadamente, Manu Olabe no tenía antecedentes penales. Lo acababa de comprobar. De lo contrario, jamás hubiera ingresado en el cuerpo de la guardia urbana de Vitoria. Igual se había preocupado en exceso. A veces la influencia de lo que *Ama* opinaba sobre alguien había llegado a confundirle. Esta podía ser una de esas ocasiones. Sin embargo... algo dentro de él le decía que algo raro sucedía en las circunstancias que rodeaban aquella desaparición. ¿Y si...? ¿Cómo no se le había ocurrido antes! Buscó rápidamente en la base de datos si Ander Goikoetxea había puesto alguna denuncia. Al cabo de un par de minutos obtuvo la respuesta que buscaba. Hacía un par de

años Ander había acusado a Manu de lesiones durante una pelea en el domicilio que compartían. Sin embargo, había vuelto al día siguiente y había retirado la denuncia. Ahí estaba. Su instinto no se había equivocado. En aquella ocasión Manu se había salvado. ¿Había vuelto a ocurrir? ¿Había vuelto Manu a pegar a su marido? Esa era la más que probable razón por la que Ander había terminado abandonando la vivienda de Deusto. Por eso Manu no había dejado en manos de la policía su desaparición. Se maldijo por no haber hecho caso antes a la intuición de *Ama*.

En ese momento la puerta de la sala se abrió y accedió a ella la *ertzaina* a la que Aimar menos le apetecía ver en ese momento. Ella se dirigió directamente a donde él se encontraba. Aimar no se atrevía a levantar la mirada de la pantalla del ordenador. La oficial Arantxa Moreno era una mujer que rondaba los sesenta años, de aspecto impoluto y actitud casi marcial en todos sus movimientos. Llevaba ropa de calle perfectamente planchada sin una arruga. Su cabellera rubia la tenía recogida en una coleta alta, como en la mayoría de las ocasiones. A pesar de compartir con ella aquel gusto por la pulcritud y el orden, Aimar no se sentía nada cómodo en su presencia.

—Errekamendi, me alegro de verle —le saludó al llegar hasta él.

—Oficial Moreno, se lo agradezco.

—¿Qué tal va todo? —le preguntó mientras se apoyaba sobre la mesa de al lado. Aimar quería que aquella conversación terminara cuanto antes. No soportaba el tono condescendiente de la inspectora.

—Bien, gracias. Todo bien, señora —se limitó a decir.

—No diré que me sorprende verle aquí, conociéndole. Ya sabe que puede utilizar las instalaciones cuando quiera pero me gustaría que hiciera uso de los controles de acceso como el resto de sus compañeros —le recriminó.

—De acuerdo, señora. Así lo haré.

Ella le miró como una forense analizaría el primer cadáver del día que le tocara examinar. Aimar estaba empezando a sudar mientras trataba de idear una respuesta por si ella le preguntaba qué era lo que estaba haciendo. Pero no hizo falta. Arantxa Moreno dirigió la conversación por otros derroteros.

—¿Qué tal con Juliana?

Aquello era el colmo. No pensaba responderle. Eso era algo que pertenecía a su esfera privada. A nadie le interesaba qué era lo que ocurría en su vida fuera de las paredes de la comisaría.

—Le agradezco el interés, señora, pero ya sabe que no me gusta hablar de esas cosas.

—¿Por qué siempre es tan huraño, Errekamendi? Solo trataba de ser amable, que supiera que puede contar conmigo para lo que necesite.

—Todo bien, señora. Gracias —añadió él tratando de dar por terminado aquel encuentro.

—Aimar —se dirigió esta vez a él utilizando su nombre de pila—. ¿Se encuentra ya mejor?

—Perfectamente, señora.

48.

Mientras salía del edificio sonó su teléfono móvil. Era Mabel Azpeitia, la persona a la que había llamado hacía unos minutos. Una vieja conocida de la academia de policía a la que destrozó el corazón cuando ella se le declaró y él no tuvo más remedio que rechazarla.

Mabel había constituido uno de los escasos conatos de relación real que había tenido en su vida con una mujer. Durante aquellos meses en los que se vieron prácticamente todos los días, Mabel se había convertido en su aliada, su salvadora, la única persona entre todos los compañeros que había sabido escarbar más allá de la primera impresión con la que se quedaban los demás. Incluso se posicionó de su lado cuando varios aspirantes trataron de hacerle la vida imposible y criticarle en todas las encuestas que se hacían periódicamente para valorar al resto de candidatos. Mabel terminó confesándole sus sentimientos pero Aimar siempre pensó que lo que ella sentía en realidad era más parecido al amor de una hermana mayor por su hermanito pequeño al que todo el mundo acosa en el colegio. Por supuesto *Ama* le aconsejó que no se fiara de ella, que algún interés oculto tendría. Y aunque le dio calabazas, no quiso desprenderse de la única persona con la que no sentía esa constante sensación de rechazo, de la única mujer con la que podía mantener una conversación de más de dos frases encadenadas sin sentirse incómodo. Afortunadamente, los dos habían sabido reconducir la situación y aún conservaban una amistad, si es que se le podía llamar así tratándose de Aimar. Una relación que retomaban cada dos o tres años con algún café o comida en algún restaurante asiático, los preferidos de ella. Mabel terminó abandonando su carrera en la *Ertzaintza* y desde hacía unos años trabajaba como funcionaria para la Seguridad Social. Se había casado con un chico de Irún y vivía allí con él desde que había nacido su segundo hijo. La vida había evolucionado para ella, pero Aimar sentía que él, a diferencia del resto de las personas que habían pasado por la suya, seguía anclado en un bucle del espacio-tiempo, sin apenas variaciones en su rutina diaria.

—Seguro que mi nombre no va a aparecer en ningún lado, ¿verdad?

—Te lo prometo Mabel. Ya sabes que yo no te haría una cosa así.

—Eso espero. Si no conocerás las consecuencias de mi ira el resto de tus días —bromeó—. Has tenido suerte. Esa mujer, Anne Wellington, aparece dada de alta. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Todo. ¿Desde cuándo? ¿Para quién trabaja? Todo lo que puedas decirme.

—¿Y no puedes utilizar los cauces habituales para obtener esta información? Me puedes meter en un lío.

—Vamos Mabel, ya sabes cómo funciona todo. Necesito esa información cuanto antes. Si utilizara los medios habituales, entre permisos, autorizaciones y demás, se demoraría demasiado.

Tú me puedes ayudar en un minuto. Es una investigación muy importante. Sabes que puedes confiar en mí. ¿Alguna vez te he defraudado en ese sentido?

—Está bien, Aimar. Vamos a ver... Por lo que veo aquí es británica y está dada de alta en la Seguridad Social desde septiembre del año pasado. Y lo sigue estando. Por lo que parece es traductora, intérprete, con contrato indefinido.

—¿Cómo se llama la empresa?

—“Traducciones El Helecho Rojo, S.L.”. Es una sociedad domiciliada en Bilbao.

Aimar escuchaba perplejo a Mabel. Aquella compañía era la misma que figuraba como propietaria del piso de Las Torres Isozaki donde había muerto el hijo de Begoña Argenta. Se estremeció al recordar el espanto que sintió cuando abrió la tumba del joven en el panteón del cementerio de Bilbao. No solo porque Lourdes del Río utilizara aquel lugar sagrado para esconder aquellos documentos sobre la secta de la hermosa rosa perenne y las fotografías de Anne Wellington. Lo que más le había conmocionado era que el sepulcro no contuviera los restos mortales del joven y, sin embargo, tal y como había comprobado en los registros del camposanto, allí se había procedido a darle sepultura.

—Un momento, Aimar, espera, aquí hay algo más —anunció Mabel.

—¿Qué pasa?

—Esta chica, Anne Wellington, desarrolla su actividad profesional para la empresa que te he comentado, pero hubo un alta y una baja que se produjo en otra empresa diferente, un día antes de comenzar a trabajar para “Traducciones El Helecho Rojo, S.L.”. Supongo que se trataría de algún tipo de error en el proceso de alta por parte de la compañía.

—¿Un error?

—Sí, tiene pinta de que fue un error, porque la persona que la dio de alta en ambas empresas fue la misma, una tal Lourdes del Río.

De nuevo Lourdes del Río, la desaparecida Consuelo, hacía acto de presencia en todo aquel embrollo.

—¿Cómo se llama esa otra empresa?

—Bueno, no es una empresa exactamente. Es una fundación. Fundación Petunia. Ha cambiado de nombre varias veces.

—¿Una fundación? ¿Aparece ahí dónde está domiciliada?

—Sí, en una vivienda de Bilbao.

—¿Me puedes mirar si esa fundación tiene a más trabajadores dados de alta?

—Aimar, eso ya es pedirme demasiado.

—Mabel, por favor. Si solo tienes que darle a un par de teclas. Te prometo que todo esto se queda aquí, tu nombre no va a aparecer por ningún lado.

—Como me metan presa por tu culpa, tendrás que cambiar los pañales tú de Haizea y Erlantz, y te aseguro que no es una tarea nada agradable para alguien tan pulcro como tú —bromeó.

—No me gustan los niños, ya lo sabes —dijo Aimar—. Puedes estar segura de que no te va a pasar nada.

—A ver... déjame mirar. Veamos... Pues curiosamente no aparece más que un nombre como persona contratada por esa fundación, una tal Begoña Argenta. Aunque en el pasado estuvo también contratado un hombre, Koldo de Andrés.

—¿Nadie más?

—No.

—Y esa empresa, “Traducciones El Helecho Rojo, S.L.”, ¿tiene dado de alta a algún trabajador más?

—A ver... Sí. Me sale la propia Lourdes del Río. Nadie más.

—¿Y puedes mirar si Lourdes del Río, ha dado de alta a más personas en otras empresas?

—Sí, espera. Metiendo su D.N.I. supongo que me saldrá. A ver... Sí, aquí está. Me salen otras dos empresas. Una está domiciliada en Vitoria, “Traductores Jurados Arcángel, S.L.” y otra domiciliada en Bilbao, “Antzinateko Hizkuntzalariak, S.L.”. Lingüistas de la antigüedad. ¡Qué prepotente! —se rio.

—Y ¿puedes...?

—Sí, pesado —le interrumpió ella—. Lo estaba haciendo sabiendo que me lo ibas a preguntar. No me has dado tiempo. A ver... “Antzinateko Hizkuntzalariak, S.L.” tiene dados de alta a varios trabajadores en nómina. Por un lado está Jon Arkaute, aunque según esto ha sido dado de baja no hace mucho. Luego tenemos a ese hombre que te he dicho antes, Koldo de Andrés, Agustina Fernández de Larrea, Borja Ayala, Miren Martínez de Ilarduya, Carmen Jiménez, otra vez a Lourdes del Río, y a una tal Maialen Zarate, aunque esta consta como cesada por fallecimiento. Todos con contrato indefinido. Y “Traductores Jurados Arcángel, S.L.” no tiene a nadie fijo, pero tuvo dadas de alta con dos contratos de prácticas a una tal Silvia Astorga y a una tal Macarena Ruiz de Arbulo. Y hace tiempo dio de alta con un par de contratos eventuales a un tal Peter Magnusson, un sueco por lo que veo, pero este hace muchos años que ya no forma parte de la plantilla. Me suena el nombre de este tío y no sé de qué.

—No me digas —le respondió él. No podía creerlo. Aquel conglomerado de empresas que giraban en torno a Lourdes del Río y Begoña Argenta había tenido entre sus empleados al asesino del *blog*, Peter Magnusson. No solo eso. Jon Arkaute y su mujer fallecida, Maialen Zarate, la madre de su hija Elia, también habían sido fichados por este grupo de sociedades. Incluso el hijo fallecido de Begoña Argenta, Borja, también había estado en nómina.

—Se te ha comido la lengua el gato —le dijo ella.

—Mabel, uno de los empleados que me has dicho, Borja Ayala, ¿figura como cesado por fallecimiento?

—Espera que miro... Sí, efectivamente.

—Gracias por todo Mabel, de verdad.

—Espero haberte ayudado al menos. Pero no me vuelvas a pedir esto muy a menudo. Ya me conoces, no voy a poder pegar ojo en varios días. Por cierto, hace mucho que no nos vemos. Me gustaría saber qué tal va todo. Tenemos que quedar y contarnos las vidas, ¿no?

—Ahora estoy muy liado. Pero sí, ya quedaremos.

No se lo pensó dos veces y se dirigió caminando a la sede del Gobierno Vasco, ubicada en el mismo barrio de Lakua donde se levantaba la comisaría. Por el camino, una lluvia torrencial caló hasta el último centímetro de su piel, pero no le importó. Odiaba aquellas tormentas estivales. Un resfriado no le iba a impedir encontrar las respuestas que buscaba. Aquella fundación con aquel extraño nombre había contratado a Anne Wellington, aunque el mismo día la hubiera dado de baja. Fuese o no un error cometido por Lourdes del Río, estaba claro que aquella fundación y aquel conglomerado de empresas involucraban tanto a Jon Arkaute, Begoña Argenta e incluso a Peter Magnusson. Ahí estaba la conexión que ansiaba encontrar. No podía ser casual que todas aquellas sociedades tuvieran nombres relacionados o bien con las actividades lingüistas o bien con nombres de plantas. ¿Estarían todos ellos relacionados de alguna manera con la secta de la hermosa rosa perenne? ¿Serían todos seguidores de las ideas de Hugo el Potevino? ¿Tuvo que ver la horrible muerte de Peter Magnusson con todo ello?

Al llegar decidió no mostrar su credencial de *ertzaina* al personal de seguridad y realizó el correspondiente registro como un visitante más. Por dentro, el edificio del Gobierno Vasco le pareció aún más gigantesco que en el exterior. En realidad se trataba de dos construcciones, una más moderna y otra bastante más antigua, comunicadas entre sí bajo tierra. A pesar de las indicaciones que le habían proporcionado en la entrada, le costó bastante encontrar la oficina correspondiente al registro de fundaciones. Cientos, miles de funcionarios y visitantes se cruzaron con él mientras trataba de localizarla. Aquello era como una colmena a escala humana, con toda la cadena de abejas desplazándose por el interior y con infinitas celdas prácticamente idénticas las unas a las otras. Aturullado por la presencia de tanta gente, al fin logró dar con el registro. Tras rellenar la oportuna instancia y facilitar sus datos identificativos, el joven que le atendió le entregó la documentación que había solicitado.

Salió al exterior. A pesar de que el cielo seguía cubierto por las nubes cargadas de electricidad, la tormenta había cesado así que no esperó más y leyó ansioso la información contenida en aquel escrito. Se trataba de una copia del acta de constitución y los estatutos sociales, así como de una relación de los miembros que conformaban el patronato, el órgano de gobierno de la fundación. Abrumado por la excitación, comprobó que el último nombramiento de patronos era reciente, de enero. Begoña Argenta había sido miembro del patronato hasta su fallecimiento, pero en enero, tras su muerte, había sido sustituida por un nuevo nombre. La lista actual de miembros del órgano gubernamental de la fundación la conformaban Koldo de Andrés, Sofía Arrizabalaga y un hombre llamado James O'Connor, con pasaporte británico, que era quien había sustituido a Begoña Argenta. Así que la anciana rica, tal y como la había denominado *Ama*, no solo era propietaria de varios pisos en los portales aledaños al misterioso café-librería donde Lourdes del Río tenía la habilidad de desaparecer. También estaba a los mandos de aquella entidad. Tenía que averiguar quiénes eran Koldo de Andrés y James O'Connor.

Revisó los estatutos sociales para ver cuáles eran los fines de aquella organización. *“Promover la investigación, conservación y divulgación de las culturas antiguas y las lenguas clásicas y minoritarias del mundo”*. A continuación echó un último vistazo al resto de la información relativa a aquella extraña fundación. Reparó en el nombre de las personas que figuraban en el historial de apoderados, es decir, representantes de la organización para ciertas actuaciones pero sin llegar a ser miembros de la dirección. En un lugar destacado aparecía la

omnipresente Lourdes del Río. Con facultades muy similares a las de ella, se indicaba el nombre de Jon Arkaute, cuyos poderes habían sido revocados a principios de enero. Era curioso que tanto en “Traducciones el Helecho Rojo, S.L.” como en la Fundación Petunia, Jon Arkaute hubiera sido cesado en sus respectivas funciones. Aunque estaba claro que seguía teniendo contacto con ellos, si no no le hubiera visto en el cementerio hablando con Lourdes del Río. Un momento. Era una idea disparatada pero... ¿y si Jon Arkaute hubiera sido cesado de manera fulminante de todo aquel conglomerado de entidades? ¿y si no se había equivocado aquel día en el cementerio de Bilbao y Jon Arkaute había tratado de encañonar a Lourdes del Río? ¿y si estaba tratando de atacarla como venganza o preso de un ataque de ira por culpa de ese cese repentino en sus funciones? Sonaba a idea descabellada, pero quizás no lo era tanto.

Mientras pensaba en los posibles motivos por los que Jon Arkaute había sido despedido, se detuvo en los nombres que figuraban en el acta constitucional de la organización. Era de principios de los años noventa, cuando se había creado el registro de fundaciones del País Vasco. Sin embargo, tal y como se indicaba en el *dossier*, la entidad existía desde mucho tiempo antes. La primera fecha que constaba era 1876 aunque no había ninguna prueba documental que lo confirmase. La organización se había amoldado a la legislación de fundaciones precisamente en la primera mitad de la década de los noventa del siglo XX. Leyó los nombres que aparecían en el listado de las personas que habían llevado a cabo dicha adaptación. En el acta figuraban de nuevo los nombres de Begoña Argenta y Koldo de Andrés, pero esta vez no había ni rastro de Sofia Arrizabalaga. En su lugar, figuraba el nombre de otra mujer. Amelia Aizaga.

49.

A la una menos veinte de la madrugada llegaron al altiplano donde se levantaba la pequeña iglesia católica de Santa Cristina que daba nombre al pozo sagrado. Mechero y Calíope habían vuelto más tarde de la hora que le habían prometido, así que Anne se las había tenido que apañar para encontrar un restaurante que permaneciera abierto hasta las once y media. Mechero estaba colado por Calíope, de eso no le cabía duda alguna. No había más que verle cómo se la quedaba mirando absorto cada vez que ella abría la boca o contaba algo acerca de su familia y de la isla de Eubea. El joven le reía todas las gracias como si intentara por todos los medios agradarla y ganar puntos. Solo esperaba que ella le correspondiera al menos un poquito. No la conocía muy bien, y aunque era simpática y amable, no terminaba de conectar con ella del todo. Seguía sin perdonarle que no les hubiera contado toda la verdad cuando estuvieron en Grecia y además, aunque le costara admitirlo, se sentía un poco celosa de la actitud de Mechero con ella al haberle revelado toda aquella información secreta acerca de la Fundación Petunia. No porque Anne sintiera nada por Mechero, pero tenía miedo de que la hija de Dimitri terminara haciéndole daño. Mechero había sufrido demasiado en los últimos tiempos, no tenía nada claro que fuera a soportar una nueva pérdida en el caso de que Calíope terminara rechazándolo.

El viento cálido soplaba con fuerza en mitad de aquella explanada envuelta en la negrura de la noche. A pesar de la cercanía de la carretera, el recinto estaba bastante aislado y quedaba lejos de los pueblos de la zona. No se veía ni un alma en los alrededores, aunque el pozo sagrado de la cultura nurágica era uno de los atractivos turísticos más demandados de la isla durante el día. Habían visto un par de vigilantes junto a la pista de acceso pero en los alrededores del yacimiento no parecía haber nadie, ni guardas ni visitantes. Al menos la luz de la luna creciente contribuía a aportar algo de luminosidad sobre el terreno.

Enseguida habían localizado la entrada al pozo. Un pequeño murete de piedra con forma de cerradura rodeaba el agujero y este a su vez estaba delimitado por otro cercado elíptico aún mayor. Daba la sensación de que quienes construyeron aquel lugar sagrado trataban de protegerlo a toda costa con algún tipo de muralla que, en su momento, tenía que haber sido mucho más alta. Su estructura y diseño imponían cierto respeto, como si lo que allí se hubiera guardado o celebrado fuera de gran importancia. El acceso al pozo estaba conformado por una escalera en forma de triángulo de veinticinco peldaños, siendo el escalón más cercano a la superficie el más ancho y disminuyendo los demás su tamaño a medida que la profundidad era mayor.

—Yo no me meto ahí ni de coña —dijo Mechero nada más asomarse a la oscuridad que emanaba de la escalinata.

—¿Tú ves a Filippa por aquí? Porque yo no —contestó Anne—. O está ahí abajo o se ha ido.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —vociferó Mechero asomándose al agujero. Creyeron escuchar un ruido en el fondo.

—Déjalo, bajo yo —dijo Anne.

—Ni de coña, pelirroja. No estás para bajar esas escaleras. ¿Tú has visto lo empinadas que están?

—¿Tú te piensas que estoy discapacitada, verdad? —le preguntó Anne bastante irritada por su comentario.

—Anne, no te enfades con Mechero —añadió Calíope— pero creo que tiene razón. Hacemos una cosa, bajo yo y os quedáis aquí los dos por si aparece. Son pocos escalones, si Filippa no está abajo enseguida me veréis otra vez aquí.

—¿Hoy es el día de quién tiene los ovarios más grandes o cómo? —preguntó Mechero indignado—. No voy a dejar que bajas ahí tú sola. ¿Y si quien está abajo esperándonos es el asesino de tu padre?

—¿Perdona? —la cara de Calíope era un poema. No daba crédito al tono paternalista de las palabras de Mechero—. ¿Alguien tiene que bajar, no? ¿Tú te crees que Filippa va a montar todo este numerito para matarme? Si lo hubiera querido hacer no me habría citado aquí, en mitad de este lugar tan turístico. Los rastros que dejaría serían incontables.

—¿Y por qué nos ha citado en mitad de la noche? ¿Es que no te das cuenta? —insistió Mechero.

—Está claro. Se está protegiendo a sí misma. Mira, que no voy a discutir más del tema. Filippa Costa no ha matado a mi padre. Bajo yo. Tú te quedas aquí con Anne.

—Bajad los dos y punto —sentenció Anne—. Si en diez minutos no dais señales de vida, llamo a la policía.

—¿Y tú te quedas aquí sola? —preguntó Mechero con preocupación.

—No seas pesado. No me va a pasar nada. Son diez minutos. Venga, bajad de una vez —dijo Anne enfadada.

Dicho y hecho, los dos jóvenes se adentraron en el pozo iluminándose con la linterna de sus teléfonos móviles. Antes de desaparecer del todo, Mechero se volvió para comprobar que Anne seguía allí. Anne abrió su bolso y corroboró que había traído consigo el pequeño puñal de sílex que la abuela Mary Anne había escondido en la habitación secreta de su dormitorio en Sunny House. Un arma que la que fuera la máxima dirigente de la Fundación Petunia había encontrado en uno de sus viajes por Centroamérica. Palpó también su cuello para asegurarse de que llevaba puesto el colgante con el trinquete celta que de igual manera Mary Anne Merrick había ocultado en el Reino de las Ánimas. Aquellos dos objetos la protegerían. Su abuela se lo había dejado bien claro cuando ella era pequeña. Si alguna vez tenía miedo y sentía el peligro cerca portaría con ella aquellos objetos sagrados. Sonrió al recordar la ternura de la abuela al contarle todas aquellas historias. Realidad o fantasía, lo cierto era que llevaba aquel collar puesto cuando el asesino del *blog* trató de acabar con ella en el palacio de Montehermoso de Vitoria. El pequeño Tommy, el niño diablo de Sunny House, había acudido a salvarla de aquel criminal. Y lo había conseguido. No estaba convencida del poder de aquellos objetos pero confiaba plenamente en su abuela.

Esperó unos tres minutos pero los jóvenes seguían sin subir a la superficie. Le pareció escuchar el eco de una conversación en el pozo, pero era imposible saberlo con certeza. De repente un halo de luz iluminó su cabellera pelirroja desde la lejanía. Se volvió asustada y observó cómo el foco provenía de una pequeña arboleda situada a unos doscientos metros de allí. La señal lumínica cesó y al cabo de dos segundos volvió a aparecer, repitiendo aquella danza intermitente varias veces consecutivas. Anne se giró hacia el pozo. Mechero y Calíope seguían sin subir a la superficie. Aún le quedaban unos siete minutos para que se cumpliera el plazo que había pactado con ellos. El enigmático halo de luz volvió a ejecutar aquel parpadeo sobre su cabeza. Dudó un instante, pero finalmente se decidió y se dirigió hacia los árboles de donde surgía. Al llegar descubrió que entre la vegetación se erigía una de las famosas torres *nuraghi* con forma de cono partido que tantas veces habían visto salpicando el paisaje de Cerdeña desde que habían llegado. Sin embargo, en este caso se trataba de una única torre, aunque en la zona exterior se adivinaban los restos de otros edificios mucho más bajos y lo que parecían los vestigios de un poblado. Miró hacia atrás esperando divisar la entrada del pozo, pero la foresta le impedía distinguir apenas nada. Contempló la torre. Debía de medir por lo menos seis metros de altura y aparecía con una cubierta que parecía intacta. Extrajo el cuchillo de su bolso y entró con él en la mano. Sabía que era una locura hacerlo pero, por alguna razón, no tenía miedo. ¿Se habría sugestionado con el supuesto poder mágico de aquel objeto? Una vez dentro, la oscuridad era casi plena pero enseguida el manto negro que lo envolvía todo desapareció. Durante unos instantes quedó cegada por el potente foco de una linterna que alguien portaba a apenas unos pasos de distancia. Cuando se acostumbró a la claridad, observó sin entender lo que estaba sucediendo. La silueta de un hombre se dibujaba tras la luz. Sintió al bebé pegando un brinco en su interior como advirtiéndole del peligro que se cernía sobre ella. A pesar de llevar el puñal en alto se sintió desprotegida. Había sido una insensata. Aun así, ni se le pasó por la cabeza tratar de huir.

50.

El sonido apenas perceptible de los fugaces roedores que habitaban las lindes de la finca donde se levantaba la casa de Sabina Elguea despertó los instintos depredadores del ave nocturna que se ocultaba en uno de los alerones del tejado. Era su escondite favorito. Llevaba allí desde hacía muchísimo tiempo. Ya ni siquiera se acordaba de si alguna vez había llegado a ese lugar o si su existencia siempre había estado arraigada en aquel territorio. Era su hogar, su reino, su imperio anudado de sarmientos y zarcillos. Ella era él y él era ella. Fuera de ese binomio solo la nada.

El hueco era de tamaño perfecto y lo suficientemente profundo y resguardado como para poder insertar su cuerpo sin que apenas se pudiese apreciar su silueta carnívora esperando ejecutar su sentencia de muerte al menor despiste. Excitada por el calor que despedía una presa cercana, su plumaje blanco envuelto en fingida mesura sobrevoló de manera repentina el huerto en un zumbido silencioso y mortal. Al hacerlo pasó a muy pocos centímetros de distancia por encima de la cabeza de Ander Goikoetxea, que se ocultaba entre las sombras, al final del camino. El ave se asustó durante un segundo. No esperaba encontrar allí a nadie agazapado. Su instinto animal le había fallado y todo su engranaje de sentidos adaptados a la oscuridad nocturna había fracasado estrepitosamente al no haberle advertido de la presencia de aquel ser humano. Estaba claro que el tiempo también pasaba para ella. Su pequeño corazón de rapaz brincó haciéndole perder el impulso que necesitaba para llegar hasta su víctima y no pudo evitar enfurecerse con aquel hombre invadiendo sus dominios. En un giro inesperado logró agarrarse a una rama de una de las vides y solo cuando se aseguró de no perder el equilibrio observó con detenimiento a aquel intruso. No parecía un ladrón, aunque había algo en su actitud que delataba una intención sombría. No es que fuera un aura repugnante y putrefacta como suelen tener muchos mata-hombres asalta-casas, no. Su energía era limpia y bondadosa. Pero en su mente brillaba con intensidad un punto de discordia, un minúsculo agujero negro gobernado por una obsesión, una preocupación de gran arraigo en su alma. Sí, era eso. Aquel ser humano tenía una razón imperiosa para llevar a cabo un acto deshonesto, impío, contra la ley de los hombres. Era una razón primitiva, poderosa, capaz de doblegar su conciencia para adaptarla a su objetivo. Esa razón era el amor. El ave giró la cabeza tratando de escuchar en la distancia. Agudizó su profundo radar para intentar descifrar las interferencias que su instinto aviar captaba a lo lejos. Dentro de la casa había alguien. Y no era precisamente su dueña. Dentro de aquel viejo caserío otra mujer buscaba algo desesperada. Aquel hombre tenía un cómplice.

Lucía Zuberoa había entrado en la casa de su tía Sabina por la puerta del huerto. Tanto ella como su madre Concha guardaban un juego de llaves por si necesitaban entrar en caso de una emergencia. La excusa era una posible fuga de agua o cualquier tipo de desaguisado doméstico pero, en realidad, madre e hija se habían encargado de convencerla para que les cediese las llaves porque estaban preocupadas. Tenían miedo de que en cualquier momento Sabina cayera fulminada

al suelo por culpa del don de la vigilia. Y no era cuestión de tener que llamar a los bomberos para echar la puerta abajo en caso de que así ocurriese. Ningún extraño debía entrar en aquella casa. ¿Cómo explicarían la presencia de todos los cirios o las decenas de joyas que Sabina guardaba heredadas de sus ancestros berones? ¿Cómo explicarían la presencia de la gigantesca estatua de la reina *Amari* en el desván? Por no hablar de los botes repletos de pócimas. No, no podían permitirlo de ninguna manera. Por eso su tía había terminado aceptando aquella pequeña cesión de soberanía sobre aquel hogar.

Sabina Elguea no estaba en casa. Su hermana Concha la había invitado a cenar esa noche para hablar de lo que estaba aconteciendo en las últimas fechas y de lo que estaba a punto de suceder. Debían prepararlo todo bien y asegurarse de que todo saldría como tenían planeado. Lucía también había sido citada allí junto con su hermano Adrián, pero los dos habían rechazado ir. Lucía había puesto como excusa que se encontraba bastante desanimada por culpa del último cambio de medicación, lo cual no era del todo mentira. Y Adrián directamente había rehusado aludiendo que había quedado con una chica. En los momentos de crisis, al final Sabina y Concha eran las únicas dispuestas a darlo todo con tal de proteger los intereses de la familia.

La joven subió directamente a la segunda planta. Sabía que el piso inferior, donde se ubicaban las estancias principales del caserío, no era el lugar más apropiado para esconder los libros de Jacobus Vanner.

—¿Por qué le interesaban a tu tía Sabina esos libros? —le había preguntado Ander mientras urdían el plan.

—Mi tía Sabina lleva sufriendo años por culpa del estado de salud de mi abuela Véspero. Todos hemos sufrido por esto —había dicho. Ander había percibido cierta acritud en aquella afirmación. Era evidente que Lucía hablaba de su abuela con resentimiento. —Durante mucho tiempo recorrimos hospitales y clínicas privadas en busca de un tratamiento, pero ningún médico nos dio la solución.

—Ya me dijo David. Es una enfermedad incurable. El síndrome del insomnio familiar fatal.

—No, se parece por algunos de los síntomas, pero no es lo mismo. Nos lo dejaron claro en el último centro donde la examinaron.

—¿Cómo que no es lo mismo?

—Pues eso. Tía Sabina se dejó un dineral en diferentes médicos. Todos los especialistas, salvo los de la última clínica, nos dijeron que se trataba del síndrome del insomnio familiar fatal. Los síntomas eran prácticamente iguales. Sin embargo, no encajaban con lo que le ocurría a mi abuela. En este último centro nos confirmaron que no se trataba de la misma mutación genética. Pero, aun siendo diferente, tampoco encontraron una posible cura. El síndrome del insomnio familiar fatal es una terrible enfermedad rara e incurable, pero desde hace un tiempo se sabe que el paciente cero, la primera persona que la desarrolló, fue un médico veneciano del siglo XVIII. En el caso de nuestra familia, esto viene ocurriendo desde mucho más atrás. Te puedo asegurar

que el don de la vigilia lleva persiguiendo a los miembros de mi familia desde hace mucho más tiempo.

—Desde la época de los berones.

—Por lo menos desde entonces. Quién sabe si quizá empezó antes.

—¿Y cómo sabéis que eso es así?

—No sé cómo explicártelo bien sin que me tomes por una pirada.

—Inténtalo, por favor.

—El don de la vigilia forma parte de nuestra identidad, por decirlo de alguna forma. Así lo llamaban nuestros ancestros berones y desde entonces hemos conservado esa denominación. Uno de nuestros antepasados, un monje de nombre Munio que vivió en los siglos X y XI, recopiló muchas de las historias de los miembros del linaje familiar en los que se despertó el don. No solo eso, sino que se dedicó a recoger por escrito todos los relatos en torno a nuestra historia familiar que se habían ido transmitiendo de generación en generación de manera oral. Escribió varios libros, pero el más importante aún lo seguimos conservando nosotros. Este libro contiene además un par de pequeños textos originales de nuestros ancestros berones, en concreto de las Madres.

—David me habló de ellas. Era el grupo de sacerdotisas que tenían los berones —apuntilló Ander—. Me maravilla que se puedan conservar unos escritos tan antiguos.

—Sí, bueno. Eso es lo que dice mi madre y mi tía. No sabemos si ese monje, Munio, descubrió esos escritos por casualidad o ya se venían conservando desde entonces por el linaje. Yo sinceramente creo que esto es pura mitología, una fantasía que han ido construyendo mis antepasados con el paso del tiempo. Lo que sí es cierto es que desde que Munio murió, cada generación ha ido añadiendo a ese manuscrito diversos anexos con las experiencias vividas por todos los miembros que tuvieron el don. Mi abuela Véspero, mi madre y tía Sabina veneran ese libro como si fuera nuestra biblia familiar.

—¿Tú has leído ese libro? Puede que ahí esté la clave que busco para salvar a David.

—No, ese libro solo lo ha leído mi tía Sabina y supongo que mi abuela en su momento. En cada generación, un miembro se erige en custodio del libro y solo él puede leer su contenido. Y él se tiene que encargar de designar al siguiente miembro que hará lo propio. Se supone que David iba a ser el siguiente custodio por decisión de Sabina.

—¿Dónde está el libro ahora?

—No puedo decírtelo. Ese libro contiene demasiada información importante de mi familia, Ander. Si mi madre, mi hermano o tía Sabina se enteran de que te he contado todo esto, me matan. Además, tampoco lo sé con seguridad.

—Por favor, te lo ruego. Puede que la vida de David dependa de ese puto libro.

Lucía se había negado a seguir hablando del tema. De ninguna manera podía ayudarle en ese sentido. Además, ni siquiera ella sabía dónde se ocultaba el Libro del Linaje. La tía Sabina guardaba aquella ubicación en el más absoluto de los secretos. Había rumores de que en el pasado más de un miembro de la familia había sufrido accidentes por haber informado del paradero del libro a quien no debía. Una ley no escrita establecía que en el caso de revelación a personas

ajenas al clan, el traidor debía ser castigado con la amputación de un miembro. En los casos más graves, debía morir. Era una ley que según le había contado su madre existía desde el siglo XII, cuando un antepasado estuvo a punto de vender el libro a un rico comerciante. Lo encontraron muerto días después, tirado en medio de un camino, con los ojos arrancados por los cuervos. Afortunadamente, en las últimas tres generaciones no se había producido ningún episodio del estilo. No sabía si eran meras leyendas con las que amedrentar a los miembros del linaje menos comprometidos, pero no estaba dispuesta a confirmarlas en su propia carne.

Tras revisar las dos únicas estancias que contaban con armario, abrió la habitación en la que pensaba que Sabina tendría guardados los libros de Jacobus Vanner. El aroma de las velas consumidas aún se dejaba sentir. Sobre el suelo, un círculo casi perfecto realizado con sal y plumas, aparecía ennegrecido en la parte central. Sabina había estado allí no hacía mucho y había realizado uno de los rituales heredados de los ancestros. La estatua de la reina *Amari* aparecía dada la vuelta, mirando hacia la pared, y cubierta por dos viejas mantas que desdibujaban su silueta. ¿Cómo había sido capaz Sabina de mover aquella escultura por sí sola? La rodeó procurando hacer el menor ruido posible y una vez creyó tener su rostro enfrente, se persignó a la antigua usanza, como le había enseñado a hacer su madre desde que era una niña. Puso la palma de su mano izquierda sobre su abdomen para cerrarla a continuación y colocarla sobre el pecho. Luego giró hacia la izquierda el puño dos veces dibujando círculos concéntricos. Para terminar abrió de nuevo la mano, se la llevó a los labios y, sin cerrarla, la dejó caer hacia adelante en un arco de noventa grados. Después de llevar a cabo el saludo, se sintió mucho más cómoda en presencia de *Amari*, así que se dirigió directamente a los baúles que había arrimados a las paredes. Alguno de aquellos arcones tenía siglos de antigüedad. Comenzó probando suerte con los más pequeños, en un intento de acelerar el proceso de rastreo buscando aquel dichoso libro, pero enseguida comprobó que en ninguno de ellos se hallaba lo que buscaba. Así que no tuvo más remedio que abrir una de las arcas más grandes, fabricada de manera artesanal con madera de roble. Se detuvo unos instantes y permaneció en el más absoluto de los silencios. Le había parecido escuchar ruidos en la escalera. ¿Habría vuelto ya Sabina? De ser así, Ander le hubiera avisado. Se había escondido entre las vides vigilando por si Sabina volvía antes de lo previsto. De repente la puerta de la habitación se abrió. Estuvo a punto de gritar pero finalmente pudo contenerse. Era Ander.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó enfadada—. Me has dado un susto de muerte.

—Vengo a ayudarte, si no no acabaremos nunca.

—¿Estás loco? ¿y si vuelve tía Sabina y nos pilla aquí?

—Cuanto antes revisemos todo antes nos podremos ir.

Sin dar opción a réplica, Ander abrió otro de los baúles que permanecía cerrado, pero tampoco tuvo éxito. Al cabo de diez interminables minutos, Lucía llamó la atención de Ander y le pidió que se acercara.

—Mira esto —le dijo.

Ander confirmó aliviado que Lucía sostenía entre sus manos el libro de Jacobus Vanner. El título y el subtítulo aparecían escritos en latín y en inglés: “*Estudios y doctrina sobre la herencia*

de los dioses antiguos. El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios". La señora Rosa tenía razón. Aquella edición era aún más lujosa que las de otros libros que el padre de David almacenaba en su despacho. Lo hojeó y comprobó que tanto las cubiertas como el papel tenían incrustaciones de oro, o algo que se le parecía mucho. El libro era mucho menos grueso de lo que se había esperado. De hecho podía decirse que era de extensión más bien reducida y venía dividido en capítulos con títulos bastante clarificadores de su contenido. La mayoría de ellos describían la historia de la etnia de los bátavos y otras repartidas por el mundo. No les prestó atención. Estaba escrito en inglés. Buscó con avidez algo que estuviera relacionado con los centinelas visionarios. Lo localizó en la parte final. Un único capítulo. Sus esperanzas de encontrar una forma de salvar la vida de David comenzaron a desvanecerse. Mientras tanto, Lucía leía concentrada unos documentos que había encontrado en el mismo arcón.

—¿Algo interesante? —le preguntó ella al cabo de un rato.

—No —contestó él—. Todo mi gozo en un pozo. Sí, describe muy bien lo que le pasa a David, eso sí. La falta de sueño, las alucinaciones, la degeneración mental progresiva..., pero no va más allá, es como si considerara el tema como algo tabú. Por la forma que ha utilizado para hablar de esto, parece que le impone respeto tratarlo, como si temiera hacer daño o molestar a los posibles lectores. Además, es curioso, porque no lo llama "el don de la vigilia" como tu familia sino "el insomnio de los dioses". Da la sensación de que los bátavos se refieren a esa enfermedad de esta otra manera.

—Alucino con que ese tío haya hablado en ese libro de lo que nos pasa a mi familia. Es una cosa de la que nunca tratamos con nadie. Es nuestro secreto. Lo que nos hace especiales. Lo que hacía especiales a los centinelas de las sacerdotisas de las Madres. Por eso eran elegidos para velar por la llave y ser sus escoltas.

—Hay otra cosa que me parece aún más rara —continuó Ander—. Mira esta frase.

Lucía la leyó en alto.

—"*Las tres lunas rojas drenan el río por el que fluye el insomnio de los dioses, pero ¡ay de aquel que ose navegarlo de esa manera!*".

—No sé qué puede significar. Es bastante raro. ¿En tu familia nunca habéis hablado de algo parecido? ¿Qué es eso de las tres lunas? —preguntó Ander.

—El caso es que algo me quiere sonar, pero no recuerdo el qué —contestó Lucía. Aquella expresión, "las tres lunas rojas", no le era del todo desconocida. Un recuerdo depositado en lo más profundo de su psique pugnaba por subir a la superficie y revelar su significado, pero por más que trataba de recuperarlo, no lo lograba. —Aunque para raro esto. Mira. Esta carta estaba metida dentro del libro. Tía Sabina la recibió de una mujer, Suzanne Bechs, en 1984. Está escrita en inglés.

Al escuchar aquel nombre Ander sintió cientos, miles de minúsculos pinchazos en la yema de los dedos de sus manos, como si alguien estuviera clavándole alfileres. Parecía que su cuerpo estuviera reaccionando ante la mera alusión a la Presidenta de Artechnia. Le arrebató la carta a Lucía y la leyó con atención. ¿Qué hacía Sabina Elguea hablando por carta con Suzanne Bechs en 1984? Según David, las dos eran enemigas declaradas la una de la otra. Suzanne era la líder de los descendientes de los bátavos, mientras que Sabina lo era de los de los berones. Aquellos dos linajes habían estado en guerra desde siempre. ¿A qué venía esa carta?

“En la ciudad de Nimega, a 12 de agosto de 1984.

Sabina,

Corren tiempos oscuros para todos nosotros y tú bien sabes que aún será peor dentro de pocos años. Debemos estar preparados para cuando llegue la hora de la profecía. El mundo puede convertirse en un lugar muy diferente tras el retorno de los que estaban antes. Espero que cada uno sepamos el lugar que nos corresponde y actuemos en consecuencia.

Sé que te habrá sorprendido recibir esta carta, habida cuenta del enfrentamiento tan cruento que existe entre nuestras familias a pesar de compartir la misma sangre. Esta guerra empezó hace mucho tiempo y tú y yo sabemos que en el pasado hubo demasiados ataques, demasiada sangre derramada, una y otra vez. No pienso justificar los que fueron perpetrados por nuestra familia y confío en que tú tampoco lo hagas con los vuestros. Los hombres son viles por naturaleza y se envalentonan demasiado rápido. Si las mujeres hubiéramos estado al mando, las dos sabemos que todo hubiera sido diferente. Reconozco que las cosas pudieron hacerse de otra manera. Quizá sea ya demasiado tarde.

Ahora que lidero los designios de esta honorable familia, la vida vuelve a ponerme una dura prueba en el camino y es por eso que me dirijo a ti. Se trata de mi amada hermana Fiona. Le queda muy poco tiempo de vida. Si nada lo impide morirá antes de que llegue el invierno. No sabes lo que una siente cuando su propia hermana enferma ha asumido que va a morir y le pide que cuide de su hijo cuando ella se haya ido. Sé que tú también tienes una hermana y espero que comprendas mi dolor y mi desesperación. No quiero que mi sobrino Wilfried me eche en cara cuando crezca que no hice todo lo posible para ayudar a salvar a su madre. Él no me lo perdonaría nunca. Yo misma no me lo perdonaría. Si accedes a mi ruego, estoy dispuesta a cederte el cuarenta y nueve por ciento de nuestro imperio empresarial. Y tú sabes que está en plena expansión. Por favor, Sabina, necesito la llave. Los médicos han tirado la toalla. Solo el poder de la llave puede evitar que Fiona muera. Estoy dispuesta a negociar los términos, incluso a que seas tú su custodia mientras la llave permanezca aquí. Tendrías todos los gastos pagados, por supuesto. Atiende mi súplica, Sabina, te lo ruego. Ha llegado el momento de poner fin a esta guerra sin sentido. No desaproveches la oportunidad.

A la espera de tus prontas noticias, me despido atentamente.

Con respeto,

Suzanne Bechs.”

Aquella era la verdadera firma de Suzanne Bechs, estaba seguro. Conocía su letra perfectamente. Lucía le entregó una segunda carta.

“En la ciudad de Nimega, a 21 de diciembre de 1984.

Sabina,

Sé que has sido tú la que ha intentado hacerse con la empresa matriz de mi familia. No tienes vergüenza. Te di la oportunidad de que tu familia se hiciera inmensamente rica y tú la rechazaste. Y ahora lo intentas por tu cuenta sirviéndote de testaferros. ¿Hasta cuándo Sabina? ¿Hasta cuándo esta guerra?

Te informo de que hace unos días mi hermana Fiona nos dejó. Mi sobrino Wilfried llora todas las noches desde entonces. Pensaba que todavía te quedaba algo de humanidad, pero veo que tu fanatismo y tu rencor van mucho más allá. Eres un monstruo. Aprovechas un momento de debilidad personal para hacerte con todo lo que es mío. No sé si ni siquiera abres mis cartas ni me importa. Necesitaba expresar con palabras lo mucho que te desprecio.

Que tengas unas felices vacaciones navideñas en compañía de tu familia. Mientras aún viva.

Suzanne Bechs.”

Así que era cierto. Todo lo que le había contado David acerca de la guerra que enfrentaba a aquellas dos familias era cierto. Y eso no era todo. Sabina Elguea había tenido en sus manos la ocasión de firmar un armisticio y, por lo que se veía, no solo no había hecho nada para lograrlo sino que había intentado hacerse con el control de la principal empresa de los Bechs. Lucía le corroboró la historia de esa hostilidad milenaria. Ander le contó todo el pasado delictivo de William Dik, que entonces se llamaba Wilfried Dick, y su relación de parentesco con Suzanne Bechs. Le habló de Alicia Rández, su amiga, la persona con la que había investigado a los Bechs antes de que ella muriese. Al hacerlo, volvió a percatarse de lo mucho que la echaba de menos.

—Alicia y yo descubrimos que William había cambiado su identidad para tratar de escapar de lo que hizo con aquella pobre chica a la que mató en Holanda cuando era joven. Y además averiguamos que era el sobrino de Suzanne Bechs. Su madre, Fiona, la hermana de Suzanne, murió cuando William, Wilfried, era pequeño. Según David tu tía Sabina ideó una estrategia para que Artechnia, la empresa que dirigía Suzanne Bechs, contratase a David. Y lo logró. A base de donaciones encubiertas y vete a saber qué otros chanchullos. Por lo que parece, tu tía Sabina hizo caso omiso a la ayuda que le pedía Suzanne Bechs en esa carta, porque Fiona terminó muriendo.

No sé si hubiera servido para algo todo el asunto de la llave, pero lo que sé es que negó al pequeño Wilfried la oportunidad de crecer junto a su madre.

Aquello era de locos. Si el sobrino de Suzanne Bechs, Wilfried, que con los años se convertiría en el miserable de William Dik, conocía aquello que sucedió entre Sabina y la Presidenta de Artechnia, no quería ni imaginar el odio que debería sentir hacia el linaje de la familia de David y hacia la propia Sabina. Sabina Elguea había podido evitar la muerte de la madre de Wilfried y no lo había hecho. Aquella espiral de hostilidad jamás se iba a detener.

—Vámonos. Por nada del mundo quisiera que tu tía nos pillara aquí.

51.

Filippa Costa hablaba atropelladamente en un inglés bastante deficiente, mezclándolo con el italiano cuando no encontraba la palabra que buscaba. Calíope la entendía mejor que Mechero, que aguzaba el oído para tratar de descifrar lo que aquella mujer intentaba contarles con aquel fuerte acento. Aún estaba impresionado por la aparición que había hecho la jardinera en el pozo sagrado de Santa Cristina. Calíope y él habían bajado por los veinticinco escalones de piedra temiendo encontrarse cara a cara con la muerte en cuanto llegaran al último peldaño. La escalera estaba escoltada por paredes de voladizo de siete metros de altura y aparecía cubierta a su vez por otra serie de peldaños en el techo que emulaban una escalera al revés. El efecto era hipnótico. A pesar de que Mechero había alumbrado el descenso con la linterna de su teléfono móvil, había sucedido algo inesperado. Cuando faltaban siete escalones para llegar a la base del pozo, la batería de su teléfono se había agotado de una manera un tanto extraña. Calíope había intentado encender la linterna del suyo, pero había sido imposible. Su teléfono también había quedado fuera de juego. Así que, muy a su pesar, el joven había tenido que terminar el último tramo en mitad de aquella negrura que parecía que iba a tragárselos para siempre. Al menos aquella circunstancia sobrevenida había servido para que Calíope le tomara de la mano. Hacía mucho tiempo que quince segundos no le habían sabido tan a gloria.

El pozo se abría bajo tierra formando una pequeña área circular cubierta por una bóveda. La tenue luz de la luna se colaba por un agujero horadado en la cúpula iluminando débilmente los muros del interior de la cámara. Mientras se aproximaban al último escalón habían escuchado el suave rumor de un manantial brotando de las paredes. Nada más llegar al fondo, sintieron la humedad bajo sus pies. Mechero se agachó y palpó con su mano el suelo. Allí había agua. Aquel pozo seguía en funcionamiento treinta y un siglos después de que fuera construido.

—Esto no me gusta —dijo Calíope mientras escudriñaba las áreas de las paredes no iluminadas por la luz de la luna.

—Igual se ha ido. Ha visto que era la hora y no se fía de nosotros.

—¿Es que no te das cuenta de que nos hemos metido en la boca del lobo? Vámonos, esto es ridículo.

De repente escucharon un siseo que provenía de la parte central de la cúpula. Alguien se había asomado al agujero por el que se colaba el halo lunar. Era una mujer que chistaba en un tono muy bajo, como queriendo captar su atención.

—¿Eres la hija de Dimitri? —le preguntó a Calíope de manera un tanto retórica.

Ni siquiera tuvo tiempo de contestarle. Al cabo de unos segundos la vieron aparecer descendiendo por los peldaños alumbrándose con una linterna. Filippa Costa era una mujer alta y atlética, con un rostro anguloso enmarcado por una larga cabellera grisácea que llevaba atada en un doble moño. Cuando la tuvieron delante, Mechero enseguida reparó en un detalle sutil de la

anatomía de su rostro. Una de sus pupilas había emitido un reflejo demasiado brillante cuando la luz del astro nocturno rebotó sobre ella. Era un ojo de cristal.

—Pensaba que erais tres —les dijo.

—Anne se ha quedado arriba. ¿Es que no la ha visto? —preguntó Calíope. Se habían olvidado por completo de avisar a Anne al cabo de diez minutos. Era evidente que había transcurrido más tiempo desde que habían descendido al pozo.

Filippa Costa negó con la cabeza tres segundos antes de que Mechero partiera a zancadas escaleras arriba. Mientras las dos mujeres le alcanzaban escucharon los gritos desesperados del joven llamando a Anne.

—¡Joder, me cago en la puta! Se la han llevado. ¡Anne! ¡Anne! —gritó Mechero corriendo de un lado para otro mientras trataba de abarcar todos los ángulos posibles del yacimiento. Calíope se acercó a él e intentó tranquilizarlo, pero le resultó imposible. Nunca le había visto tan alterado.

—Voy a llamar a la policía —anunció Calíope.

—¡Esperad! —les gritó Filippa Costa—. Creo que vuestra amiga está allí.

Mechero respiró aliviado mientras comprobaba que efectivamente era Anne la persona que estaba viniendo hacia el pozo. Al verla llegar como si nada no pudo evitar echárselo en cara.

—¿Cómo se te ocurre irte por ahí a explorar tú sola? Por poco me da un infarto cuando he visto que no estabas junto al pozo —le recriminó.

—Me ha parecido ver a alguien con una linterna a lo lejos y he ido a echar un vistazo. Falsa alarma. Habrá sido el foco de algún coche.

Ya más sosegados, los cuatro se sentaron en el pequeño murete con forma de cerradura que rodeaba la parte alta del pozo. Para su sorpresa, Filippa Costa sabía perfectamente de la existencia de la profecía del regreso de los gigantes. Algo que conocían muchos de los mayores de los jardines de Petunia repartidos por el mundo, les aseguró. De hecho estaba convencida de que los gigantes habían existido en algún momento, aunque dudaba de que los antiguos habitantes de Cerdeña pertenecieran a aquella raza. Se inclinaba por pensar que los hombres y mujeres de la civilización nurágica fueron sus descendientes, herederos de aquel legado cultural. De vez en cuando, Mechero giraba la cabeza esperando encontrarse con Koldo de Andrés acechándoles en las sombras.

—Me alegro mucho de conocerte, Calíope —dijo Filippa Costa mientras trataba de disimular su ojo de cristal mostrándoles el perfil de su cara que aún conservaba el globo ocular biológico. —Dimitri era un *grande uomo*, no se merecía lo que le ha pasado.

—¿Sabe quién ha sido? ¿Quién ha matado a mi padre?

—Tengo mis sospechas. Koldo de Andrés fue a Eubea y robó una parte de uno de los dos grabados de la *drakospita*, y también se le ha visto no muy lejos de aquí, en Nápoles. No sería muy arriesgado decir que puede que De Andrés sea el responsable de la muerte de tu padre. Pero no lo puedo asegurar.

—¿Cómo puede usted seguir perteneciendo a la Fundación? —le recriminó ella al igual que había hecho hacía poco con Mechero.

—La *Fondazione* no es el enemigo. Sino los Caducos —le dijo mientras sacaba un cigarro y lo encendía—. Al igual que Dimitri, yo también he renunciado a mi cargo de Mayor dentro de la *Fondazione*. Hay rumores de una revolución que está en marcha. Esperemos que no lleguen demasiado tarde.

—¿Tiene usted la otra parte del grabado, la que le envió Dimitri? —preguntó Anne.

—Sí. *Ecco* —contestó Filippa extrayendo tres paquetes de su bolso cubiertos con papel de burbujas y cartón. La pieza original se rompió. Ahora son tres pedazos, como un puzle.

Mechero las tomó con cuidado y tras desenvolverlas las colocó una al lado de la otra sobre el suelo. En la parte inferior aparecían de nuevo los seres antropomorfos, como escapando de algo. Muy por encima de ellos surgía la famosa nube con aquellas formas sinuosas y amenazantes. En el medio, sobre las cabezas de los gigantes, por fin, pudieron ver la parte del dibujo que correspondía a la pieza que Koldo de Andrés se había llevado de la *drakospita*.

—Eso es una jodida montaña —dijo Mechero decepcionado.

—A ver, déjame ver —dijo Anne situándose junto al joven. No cabía duda. Una estrecha montaña con una meseta en la cumbre se situaba entre los hombres y mujeres que huían de la nube. —Calíope. Nos dijiste que a cada lado del dintel de la puerta de la *drakospita* se situaba el mismo grabado, repetido.

—Sí, según me contó mi padre así es.

—Entonces la pieza que se llevó Koldo de Andrés del grabado que aún permanecía junto al dintel cuando estuvimos allí representaría también a esta montaña.

—Sí.

—¿Y qué interés puede tener De Andrés en llevarse solo esa parte? —preguntó Anne—. Además, si él fue quien trató de robar esta pieza del grabado que conservaba tu padre, ¿por qué habría de querer arrebatársela si ya tenía su propia representación de la montaña? No tiene sentido.

—Tal vez quería, por alguna razón, corroborar que la pieza gemela del grabado representaba también la montaña. A lo mejor, uniendo todas las piezas es más fácil ubicar la montaña, o saber a qué país pertenece —dijo Calíope.

—¿Usted tiene alguna teoría al respecto? —le preguntó Mechero a Filippa Costa.

La mujer estuvo a punto de decir algo, pero finalmente se encogió de hombros y permaneció en silencio. Anne la observaba con desconfianza.

—¿Por qué nos ha citado aquí, Filippa? ¿No era más seguro hacerlo en Tíscali, en su casa, o incluso en un hotel?

—Os he citado *qui* porque quería enseñaros algo. Si sois amigos de Dimitri y de Jimmy sé que puedo confiar en vosotros.

—¿A qué se refiere? —Anne se sintió algo incómoda al ver cómo Filippa Costa se refería al profesor James O'Connor con aquel diminutivo. Solo podía significar que al menos habían mantenido una estrecha amistad. Quizás algo más.

—*Penso* que nada de esto es casual. Algo muy importante está a punto de ocurrir. Tras los incidentes del invernadero y la biblioteca de Bilbao, los Caducos se están reorganizando en todas partes y han emprendido una caza de brujas contra todos los jardineros sospechosos de pertenecer

a la corriente de los Revolucionarios. Ha habido más muertes sospechosas en todo el mundo. A las muertes de Dimitri o Begonia Argenta se están sumando otros fallecimientos aparentemente accidentales. Creo que están acabando con quienes son sospechosos de colaborar con la revolución o al menos apoyarla. Por eso Dimitri y yo dimitimos como Mayores, para rebajar la presión sobre nuestras cabezas. Dimitri y yo ya lo hablamos antes de que todo esto comenzara a recrudecerse. Es como si todo en el universo se alineara para lo que está a punto de suceder.

—¿Qué va a suceder? —preguntó Calíope. Sentía una conexión especial con aquella mujer que afirmaba ser la amiga de su padre.

—La profecía. El retorno de los que estuvieron aquí antes que nosotros. Os he citado aquí para explicaros por qué el pozo de Santa Cristina se considera el lugar más sagrado de la cultura nurágica. Muchos creen que los antiguos habitantes de Cerdeña y de otros muchos lugares del mundo eran descendientes de una antigua raza de gigantes. Estas gentes construyeron este santuario en torno al siglo XI antes de Cristo. Todos estos restos que veis a vuestro alrededor fueron construcciones erigidas circundando el pozo. Se cree que fueron varios edificios diferenciados, probablemente destinados a acoger a los peregrinos o incluso puede que fueran las habitaciones de los maestros y líderes del culto.

—¿Qué culto? —quiso saber Mechero.

—El culto al agua —respondió ella—. Es obvio que la construcción del pozo no es casual. Los pueblos posteriores a la cultura nurágica siguieron manteniendo este templo y lo dedicaron a diosas como Deméter y su hija Perséfone. Se dice que este pozo fue un observatorio astronómico, pero yo creo que fue mucho más que eso.

—¿Qué tipo de diosa era Deméter? —preguntó Anne. Calíope y Mechero se quedaron mirándola sin entender muy bien su interés repentino en aquella parte de la historia que acababa de contarles Filippa Costa.

—Deméter fue la diosa griega de la juventud y la agricultura, de la tierra fértil, y el símbolo del ciclo eterno de la vida y la muerte. Por eso se consideraba que era la diosa madre que traía las estaciones al planeta. Deméter y su hija Perséfone, forman parte de un culto mucho más antiguo que los famosos dioses del Olimpo.

Anne no podía creer lo que acababa de decir Filippa Costa. La hija de Démeter se llamaba Perséfone. Betrys le había hablado de la existencia de una misteriosa reina que existió de verdad a partir de la cual los antiguos galeses crearon el mito de la diosa Cerridwen, al igual que supuestamente habían hecho los vascos con *Amari*. Cerridwen y *Amari* eran dos de los distintos nombres con los que culturas de toda Europa se habían referido a aquella poderosa bruja. Betrys le había dicho que los griegos la habían llamado Perséfone. Todo tenía sentido. Al parecer, los descendientes de los gigantes repartidos por todo el territorio europeo habían seguido practicando, mucho tiempo después de la desaparición de aquella raza, una religión que por alguna razón veneraba el recuerdo de aquella reina.

—¿Es posible que los hombres y mujeres de la cultura nurágica que construyeron este pozo veneraran a una diosa con características similares a Deméter, pero mucho más antigua? —siguió preguntando Anne, para desconcierto de Mechero.

—*È probabile*. Al igual que la Iglesia católica levantó muchas de sus iglesias sobre restos de antiguos restos paganos, es probable que las gentes que llegaron aquí después adoptaran ese culto.

—Fascinante la clase de mitología —la interrumpió Mechero—. ¿Por qué cree usted que el pozo fue mucho más que un observatorio astronómico?

—En ciertas épocas del año la luna se sitúa justo encima de la apertura que hay en la bóveda del pozo creando una atmósfera casi mágica en el interior de la cámara.

—Eso no es nada sorprendente. En muchos otros lugares hay dólmenes y otras construcciones megalíticas que fueron diseñadas para que la luz del sol se colara en los solsticios creando un efecto místico. Algo parecido a lo que hacen las vidrieras de las catedrales cristianas hoy en día.

—Sí, tienes razón —asintió Filippa—. *Ma questa costruzione* es algo diferente. Los arqueólogos y los astrónomos han discutido durante años el propósito del diseño del pozo. Lo que ocurre con la luz de la luna no sucede en fechas señaladas como los solsticios de invierno o verano, es algo más aleatorio. Muchos pensamos que la intención de los ingenieros nurágicos que levantaron este templo era otra. Dimitri y yo creíamos haber dado con la respuesta. Se trataba de un diseño profético.

—¿Cómo? —preguntó Mechero.

—Los antiguos habitantes de la isla de Cerdeña diseñaron el pozo para anunciar una fecha.

—Ya estamos otra vez con las profecías a vueltas. Estoy hasta las narices —dijo Mechero con desdén.

—¿Mi padre también pensaba lo mismo? —dijo Calíope—. ¿Cómo llegó mi padre a esa conclusión?

—Ya sabes de la afición de tu padre por el cosmos, por el universo, no solo por la arqueología.

—Sí, dígamelo a mí. Tenía su despacho repleto de libros de astronomía. De pequeña, siempre que nos íbamos de vacaciones a otros países elegía las ciudades con los planetarios más prestigiosos —dijo Calíope.

—Dimitri y yo pensábamos que tanto el diseño del agujero en la bóveda del pozo de Santa Cristina como el del agujero de las *drakospita* de la isla de Eubea obedecían a un mismo fin.

—Lo cual demostraría que todos estos pueblos compartían un mismo acervo cultural o tenían un pasado común —apuntó Anne.

—En mis años de universidad en Roma asistí durante un año a las clases que impartía una prestigiosa astrónoma de *Milano*, la doctora Rafaella Rinaldi, como profesora invitada de la facultad de ciencias. Al principio fui *per curiosità*. Mi vida social era bastante deprimente por aquella época y necesitaba llenar el tiempo. Pero enseguida consiguió cautivarme con todo aquel mundo de *costellazioni*, nebulosas y estrellas de un millón de nombres. Allí conocí a Dimitri. Y gracias a Dimitri conocí más tarde a James.

—Sé que mi padre estuvo viviendo en Roma de joven pero jamás me habló de que hubiera acudido a ninguna clase de ese estilo.

—La doctora Rinaldi apenas nos sacaba diez años de edad a tu padre y a mí. Ella nos entusiasmó con todo aquel conocimiento del universo y nosotros, a cambio, la enamoramos con nuestros vaivenes amorosos y, sobre todo en el caso de Dimitri, con su conocimiento de los mejores restaurantes y bares de Roma. Los tres, los cuatro, cuando se incorporó Jimmy, nos hicimos grandes amigos. Conservamos el contacto con ella desde aquel entonces hasta que murió

hace cinco años. Ella fue la que nos ofreció la solución que buscábamos poco antes de dejarnos, aunque no fuera la que nos esperábamos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Calíope.

—Cuando asistíamos a sus clases, todos los alumnos debíamos realizar un trabajo de fin de curso en el que probáramos cómo la astronomía había influido de alguna forma en el devenir de las culturas. Dimitri *e io* cooperamos en el mismo proyecto y le propusimos, medio en broma medio en serio, nuestra teoría profética acerca del pozo sagrado de Santa Cristina y la *drakospita* del monte Oqui. Pues bien, aquello que empezó como un juego pronto se convirtió en una obsesión para la doctora Rinaldi, hasta el punto de que dedicó muchos años de su vida a tratar de resolver aquel enigma y aquella posible conexión astronómica entre las dos construcciones. Rafaella llegó a la conclusión de que la *drakospita* del monte Oqui y el pozo sagrado de Santa Cristina apuntaban, cada uno desde su correspondiente latitud, al mismo punto en el cielo en un determinado momento del pasado.

—¿Del pasado? ¿Cómo que del pasado? ¿No estábamos hablando de una profecía? —la cuestionó Mechero.

—Dimitri y yo creíamos que así era, pero Rafaella llegó a la conclusión de que en realidad estaban rememorando un momento del pasado.

—¿Y hacia dónde estaban orientadas ambas construcciones? —preguntó Anne.

—A las Pléyades. Es el nombre que recibe un cúmulo estelar ubicado en la constelación de Tauro. Sus estrellas más brillantes forman un pequeño caldero o cazuela. Se cree que otras construcciones de culturas muy diferentes, como la pirámide del sol de Ciudad de México y muchos templos griegos, están orientadas hacia las Pléyades.

—Y supongo que el nombre de Pléyades no será casual para variar —ironizó Mechero.

—Las Pléyades eran siete hermanas de la mitología griega, muy anteriores a los dioses olímpicos. La más famosa de todas, la hermana mayor, que corresponde con una de las estrellas más brillantes, era Maya.

—¿Maya? —preguntó Anne—. Ese nombre me suena.

—Maya es *il nome* de varias diosas de otras culturas. En la mitología romana era la diosa de la primavera y la fertilidad. En la mitología hindú era la gran diosa madre o el principio creador de todo. En general, las Pléyades fueron un conjunto de estrellas veneradas por muchas culturas del pasado. Los aztecas y los antiguos egipcios entre otros.

—¿Y se puede saber qué momento del pasado están rememorando tanto el pozo como la *drakospita*? —preguntó ansioso Mechero.

—Según Rafaella los dos están alineados con la situación de las Pléyades en la bóveda celestial en un momento determinado de la prehistoria. No tengo ni idea de cómo llegó a esa conclusión ni de a qué fecha en concreto se refería. La datación bailó bastante en cada una de nuestras últimas conversaciones. La última que me dio creo recordar que era de hace treinta o cuarenta mil años. Una locura. *Io sinceramente penso* que fantaseaba bastante con este tema. Dimitri y yo, aunque seguíamos manteniendo la teoría romántica de que el diseño de ambas construcciones anunciaba una fecha del futuro, también valoramos la posibilidad de que en realidad tanto el pozo como la *drakospita* estuvieran alineados con las Pléyades precisamente por esa figura de caldero que conforman ese conjunto de estrellas, lo cual les debía de recordar a algo

de su religión o su cultura. Pero la doctora Rinaldi iba más allá. Empezó a decir incongruencias cuando en uno de los yacimientos nurágicos de Cerdeña, concretamente en el poblado oculto en el monte Tíscali, se encontró una pieza de bronce de la última época que reproducía exactamente la posición de la constelación de Tauro, Orión y, por supuesto, las Pléyades. A simple vista parecía un simple conjunto de puntos ornamentales de una olla ceremonial, pero el caso es que coincidía con todos esos cuerpos celestes.

—Esa mujer le daba a las drogas —soltó de repente Mechero.

—No me hagas hablar, anda —le mandó callar Anne haciendo un gesto con la mano—. Pero no entiendo, Filippa. ¿Por qué la doctora Rinaldi hablaba de un momento de la prehistoria?

—Esa representación de las constelaciones del yacimiento del monte Tíscali también ha aparecido en otros lugares del mundo. Concretamente, en la gruta de Lascaux, en el suroeste de Francia, se descubrieron en 1940 unas pinturas rupestres que llamaron poderosamente la atención, no solo por la calidad de los dibujos, sino porque enseguida muchos quisieron ver en ellas una representación astronómica en toda regla. Las figuras retrataban diversos animales de la época, como suele ser habitual en este tipo de cavernas. Pero una de esas bestias llamó poderosamente la atención de los expertos.

—Tenía forma de ovni —dijo con sorna Mechero.

—Pues no —le respondió Filippa—. Se trataba de un unicornio. ¿Cómo es posible que un animal inexistente formara parte de la mitología fantástica de unos hombres y mujeres del Paleolítico? Al parecer, lo que en realidad estaban tratando de representar era la constelación de Capricornio.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con la olla de bronce que se encontró en el monte Tíscali? —preguntó Calíope.

—Resulta que, además del unicornio, había representado un uro, una especie de antecesor del toro, con un conjunto de puntos estratégicamente colocados a la derecha de la cabeza y otros tantos a la izquierda. La disposición de los extremos de los cuernos y de otras marcas de la cara del animal junto con esos dos grupos de estrellas situados a un lado y a otro de la cabeza coinciden perfectamente con la posición de la constelación de Tauro, Orión y las Pléyades.

—Pura casualidad —dijo Mechero—. No me creo nada.

—Ahí no acaba la cosa. Hasta cierto punto son lógicas las elucubraciones de Rafaella —dijo Filippa Costa—. Esa misma disposición de puntos que representaban a las estrellas Pléyades aparecieron dibujados en otra pintura rupestre en una cueva de los montes Cárpatos a finales del siglo pasado. Lamentablemente no queda ni rastro de ellas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Calíope.

—Las cuevas se inundaron antes de que diera tiempo a hacer investigaciones más exhaustivas.

Anne sintió una presión en la parte alta del vientre y no pudo evitar soltar un pequeño gemido de dolor.

—¿Estás bien, pelirroja?

—Sí, tranquilo. Filippa. Esa cueva de los montes Cárpatos donde apareció esa pintura rupestre, ¿a qué país pertenecía en concreto?

—A Rumanía. Tengo el nombre de la cueva en la punta de la lengua... —le contestó la italiana.

—Oraşul apă —dijo Anne.

—*Ecco!* Sí, creo que ese era el nombre. Tendría que confirmarlo, pero sí, creo que sí. ¿Conocías ya la cueva? —preguntó Filippa.

—Hemos oído hablar de ella antes, sí —dijo Mechero mientras cruzaba su mirada con la de Anne.

En aquella misma caverna de Rumanía, Margarita Toledo, la arqueóloga a la que Anne y él habían conocido hacía poco en la residencia de Pamplona, había descubierto aquella extraña escritura que ella emparentaba con la de la vasija que se encontró en la *drakospita* del monte Oqui. Los mismos signos que Margarita halló en aquel bloque de piedra enterrado bajo la muralla de Vitoria cuando el equipo de arqueólogos de Koldo de Andrés sacó a la luz los restos óseos de la supuesta necrópolis de gigantes. Era el idioma de aquella especie desconocida de homínidos. Esa era la conclusión a la que había llegado Margarita Toledo. “*La lengua santa venida de los cielos*”, como rezaba el códice 60. Así que era verdad. Así que todo aquello estaba conectado. Si aquellas cuevas de Francia y Rumanía, incluso el propio pozo sagrado de Santa Cristina y la *drakospita* del monte Oqui estaban ensalzando el grupo estelar de las Pléyades se debía a que aquel conjunto de estrellas les recordaba a algo intrínseco a su cultura. ¿Tal vez el origen de su lengua? ¿Tendría razón la doctora Rinaldi y en realidad las construcciones de Cerdeña y Eubea estaban conmemorando algo que ocurrió hacía cuarenta mil años? Observó el rostro de Anne. Tenía la sensación de que ella estaba pensando exactamente sobre lo mismo. Sin embargo, detectó algo extraño en su mirada, como si ella hubiera dado un paso más allá en sus cavilaciones. Como si Anne se hubiera adelantado y supiera algo que a él se le estaba escapando. Sí, era eso. Anne tenía reflejada en sus ojos la certeza de quien conocía algo que el resto de los mortales ignoraba. Por un momento, hasta creyó adivinar soberbia en aquella actitud. ¿Qué le estaría ocultando?

52.

Aimar Errekamendi abrió los ojos lentamente. No era la primera vez que le pasaba. A veces se quedaba dormido mientras la empleada de la clínica de estética le depilaba el cuerpo. Sobre todo le ocurría con los brazos. No sabía muy bien la razón, pero tenía la sensación de que algún resorte de su sistema nervioso ubicado en sus extremidades superiores activaba el mecanismo para hacerle sucumbir al sueño si era presionado de cierta manera. Era una buena señal, porque eso significaba que había conseguido liberar toda la tensión anímica acumulada durante el tiempo que había pasado desde la depilación anterior. Pero esta vez al desperezarse se dio cuenta de que no estaba tumbado sobre una camilla y que la mujer que había a su lado no era su esteticista.

—Aimar, despierta. Tranquilo, estás a salvo. Nada puede causarte daño aquí.

Él se incorporó despacio mientras trataba de volver a la realidad. Le costó más de lo normal abandonar el estado de duermevela. Aún tenía la sensación de encontrarse perdido en mitad de aquel bosque, con la sombra de la montaña proyectándose sobre las copas de los árboles. Todavía podía percibir el olor del musgo y la humedad de la noche. Aún recordaba el pánico que sintió al tropezarse con aquel extraño animal.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella.

—Sí, creo que sí.

—Esta vez ha sido un éxito. Hemos conseguido llegar hasta ese día. Me has contado con pelos y señales lo que ocurrió y, lo más importante, te has enfrentado a tus miedos.

—No recuerdo haberle contado nada.

—Es normal, no te preocupes. Tu mente necesita asimilar toda lo que acabas de recordar. Poco a poco se irán difuminando los efectos de la hipnosis e irás recuperando el recuerdo de lo que pasó aquel día, pero lo harás de otra manera, tomando el control de la situación. Te he dado las herramientas necesarias para afrontar tus miedos.

—¿Está segura? Ya lo han intentado otros antes y siempre han fracasado.

—Esta vez estoy segura de que funcionará. Cuando llegue el momento, sabrás que ha sido un éxito. Confía en mí.

—Si usted lo dice...

—¿Qué tal llevas lo de tu madre? Hace semanas que no me cuentas nada de eso.

—No quiero hablar de ella. Se lo he dicho mil veces.

—Aimar, es importante que tratemos ese asunto también. Sé que te afecta. Sé que te hace sufrir.

—Déjeme en paz, usted no me conoce de nada.

—¿Estás tomando la medicación que te receté al pie de la letra? Tengo la sospecha de que no. ¿Me equivoco? No pasa nada, esto no es una reprimenda, pero necesito saberlo para evaluar tu progreso.

—Esas pastillas son veneno. Si me las tomo siento que no soy yo. No me dejan pensar con claridad.

—Aimar, si no colaboras es imposible que yo pueda hacerte una evaluación positiva. Sé que tu mayor deseo es reincorporarte al cuerpo, pero si no me dejas ayudarte, me temo que no podré hacer un informe a favor de tu reingreso.

—Váyase a la mierda, usted y la oficial Moreno. Estoy perfectamente. Toda mi vida he vivido con traumas y he llegado perfectamente hasta donde estoy. ¿Es que acaso mi trabajo en la *Ertzaintza* no ha sido satisfactorio?

—Al contrario. Tu carrera en el cuerpo hasta ahora es excelente. Por eso es que nos estamos tomando tantas molestias con tu caso. La oficial no es tu enemiga. Si lo fuera, no te dejaría visitar la comisaría mientras continúas de baja. Solo quiere lo mejor para ti. Quiere que te reincorpores cuanto antes, pero quiere que lo hagas sano. Además de lo que ocurrió en aquel campamento cuando eras un niño, has sufrido un trauma serio recientemente, aunque te niegues a reconocerlo. Me refiero a lo del asesino del *blog*. Sé que no es sencillo enfrentarse a una escena como la que te encontraste en el palacio de Montehermoso de Vitoria, ver toda esa sangre desparramada por el suelo, el cuerpo mutilado de Peter Magnusson... No eres el primer agente ni serás el último que sufre una conmoción por presenciar una escena del crimen de esas características.

—¿Le ha contado usted a la oficial Moreno lo que pasó en aquel campamento cuando yo era un niño?

—No, no lo he hecho, Aimar. Me debo al secreto profesional. Jamás contaría a nadie nada de lo que tú y yo hablamos en nuestras sesiones. Pero todo influye para que yo pueda hacer el informe a tu favor. Y de momento no estás colaborando mucho. Sé que auxiliar a los demás es lo que te hace feliz, Aimar. No solo porque me lo hayas contado tú, sino porque, después de todas nuestras charlas, he comprobado que es verdad. El trabajo como *ertzaina* ayuda a canalizar tu necesidad de sentirte realizado ayudando a los demás. Pero si no cooperas, si no te tomas la medicación, si no acudes a todas nuestras sesiones, no podrás seguir dentro del cuerpo. Lo cual, Aimar, significa que no podrás continuar sirviendo a la ciudadanía ni ayudando a los desprotegidos. Y creo que eso no es lo que tú quieres.

Aimar Errekamendi miró fijamente a Juliana Monroy. Era una mujer más joven que él, de cabellos cuyo color no sabría definir con exactitud, entre dorado y castaño. Ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada, Juliana Monroy era una de las profesionales más acreditadas del Área de Salud Mental de la Policía Autónoma Vasca. Su expediente académico estaba repleto de sobresalientes y matrículas de honor. Fue la segunda de su promoción en la universidad y los hospitales privados vascos se la habían rifado tras finalizar sus estudios. Podía haber acabado en cualquiera de aquellas clínicas cobrando un dineral pero ella había preferido desempeñar su profesión en la *Ertzaintza*. Su padre había sido oficial en la comisaría de Zarautz y quizá había influido en su decisión. Pero con todo su intelecto, su pericia y su experiencia profesional, aquella psiquiatra aún no sabía quién era realmente Aimar Errekamendi. La doctora Monroy no sabía que, tal y como le había asegurado *Ama*, él estaba destinado a una misión mucho más grande que la del servicio como miembro de la policía vasca. Ni siquiera había detectado que no le hacía falta volver a reincorporarse al cuerpo para lograr su objetivo de ayudar a los más débiles. Ninguna baja

laboral le impediría llevar a cabo lo que *Ama* y él consideraban su misión en la vida. Él solo se las había arreglado para descubrir a aquella organización, a aquella secta de la hermosa rosa perenne y su relación con el asesino del *blog* de Vitoria. No tardaría en averiguar por qué las autoridades no investigaron más a fondo quién había matado a Peter Magnusson. No le hacía falta reincorporarse al cuerpo para lograrlo. Aun así, no le venía bien llamar la atención enfrentándose a la oficial Moreno y a la propia doctora Monroy. Era mejor que siguieran pensando que era un débil mental. Al fin y al cabo estaba más que acostumbrado a que los demás pensaran exactamente eso de él. Fingió una sonrisa y asintió con la cabeza. Era lo que ella esperaba así que decidió no contradecirla. Le prometió que esa misma noche retomaría la medicación. Juliana Monroy le devolvió la sonrisa y le citó para la siguiente sesión.

53.

Lucía Zuberoa no dejaba de darle vueltas a lo que le había revelado Ander. Si el don de la vigilia se había despertado en su primo David, las esperanzas que la tía Sabina había puesto en él como líder de la familia para lo que había de suceder no tenían ningún sentido. ¿Quién se iba a hacer cargo de todo cuando David y la propia tía Sabina murieran? No veía viable la opción de que su madre asumiera esa responsabilidad. Concha podía ser tenaz, trabajadora y persistente, pero sus continuos replanteamientos morales y su modo de vida católico como integrante del consejo parroquial de Lacaverna hacían imposible que ella se erigiera en la líder de la familia. La opción de Adrián, su hermano, tampoco era la más idónea. Desde que su grupo de música se había desintegrado, Adrián no dejaba de dar tumbos sin un objetivo claro en su vida. Pasaba largas temporadas viajando a su aire durante las cuales ni siquiera contestaba a los mensajes ni a las llamadas. Su banda de música era su timón, la razón por la que despertarse cada mañana. Ahora que ese faro había dejado de alumbrar su camino, sus días se habían convertido en un *carpe diem* sin un hilo conductor, entregado a los encuentros sexuales fortuitos y a la buena vida. La tía Sabina le había donado una cuantiosa cantidad de dinero, por todo lo que le había ayudado a David durante su llegada a Bilbao. Adrián había aceptado ser los ojos de Sabina. Su misión había sido vigilar a David y lograr que asumiera su posición dentro de la familia. Había fracasado, pero su cuenta corriente había engordado lo suficiente como para permitirse vivir sin trabajar durante unos cuantos meses. Adrián, a diferencia de Concha, creía fervientemente en el legado que su familia conservaba desde tiempos inmemoriales, aunque tampoco practicaba la antigua religión como lo hacía Sabina. Al igual que muchos cristianos hacían con los dogmas católicos, Adrián no aceptaba gran parte del ideario de aquel viejo culto, sino que lo adaptaba a su modo de vida y a su parecer, eligiendo lo que más le convenía en cada momento. En cualquier caso, la vida que llevaba ahora hacía totalmente impensable que asumiera un compromiso como aquel. Ella era el único miembro de los Elguea que quedaba para hacerse con el liderazgo, pero tampoco estaba segura de querer esa responsabilidad. Últimamente se encontraba mejor y los fantasmas de la depresión parecían haberla dejado en paz, pero después de lo que había vivido con la abuela Véspero, le aterrorizaba la idea de tener que tratar o relacionarse con ella de alguna manera. La prima Amelia cuidaba ahora de ella en Dorrao. Era peligroso que la abuela permaneciera sola en la residencia de Vitoria o en cualquier otra. Con su muñeca desaparecida, su poder parecía haberse esfumado y había pasado a convertirse en la víctima perfecta para los ataques a los que estaba sometida la familia desde hacía tanto tiempo. ¡Cómo había podido David arrebatársela sabiendo las consecuencias que traería!

De todas formas, tenía otras cosas más importantes de las que preocuparse. Todavía no le había dicho nada a Hubert y lo cierto era que no sabía ni siquiera como plantárselo. Lo amaba, con sus virtudes y con su lista interminable de defectos. Pero tenía la sensación de que, si le revelaba la noticia, lo perdería de manera inmediata. No se imaginaba a Hubert saltando de felicidad cuando se lo comunicara. Estaba embarazada y lo que se suponía que debía ser algo alegre se estaba convirtiendo en una auténtica tortura. Tomar aquella decisión en ese momento con

todo lo que se le venía encima por culpa del legado familiar era simplemente un martirio. Ni siquiera sabía si Hubert había tenido hijos con otras mujeres en el pasado. No sabía prácticamente nada de él.

—*Aupa* Lucía, ¿estás bien?

Una voz familiar la sacó de su ensimismamiento. Se trataba de Nekane Fernández, una de sus mejores amigas, que acababa de entrar al recinto donde se ubicaba el yacimiento del estanque celtibérico de Laguardia. Habían ido juntas al colegio, en Oion, y más tarde al instituto, en Logroño, y aún hoy en día, formaban parte de la misma cuadrilla de amigos. Nekane era camarera en una taberna situada a unos cincuenta metros de distancia del yacimiento que era muy popular entre los habitantes más jóvenes de la villa. Casi todos los días que Lucía trabajaba en el estanque, Nekane se acercaba a traerle un café con leche. A veces también le traía un *pintxo* de tortilla que ella misma elaboraba cada mañana.

—*Aupa* Nekane. Sí, perdona. Es que estaba pensando en mis movidas y ni me he dado cuenta de que habías entrado. ¿Qué tal está el *txiki*? —preguntó refiriéndose a su hijo de dos años.

—Bien, bien. Hoy por fin sin fiebre se ha levantado.

—¡Qué bien!

—Oye, escucha. Que vengo porque me acaba de pasar algo que me ha dado muy mal rollo. Y no sé, intranquila que me he quedado.

—¿Qué te ha pasado?

—Hace un rato ha venido un tío, un cliente, que al principio me ha parecido súper *jatorra*, pero luego se ha comportado de una manera un poco rara. Venía preguntando por Ander.

—¿Qué Ander? ¿Mi Ander?

—Sí, sí. Goikoetxea se apellida, ¿no?

—Sí.

—Pues eso. Al principio me ha contado que vivía en Leza y que el otro día había visto a Ander por Laguardia. Que habían trabajado juntos en no sé qué narices y que hacía siglos que no le veía. Que se había acercado a saludarle pero que al final con todo el barullo de gente que salía de la Torre Abacial lo había perdido de vista.

—¿Y qué tiene eso de raro?

—Nada, pero me ha enseñado una foto en el móvil para confirmar que era él y la gilipollas de mí le he dicho que sí que era él. Y luego no me digas cómo, me ha empezado a liar y he terminado diciéndole dónde vive Ander. Y luego he pensado, ¿pero por qué no me ha pedido el teléfono? No sé. Muy raro todo. Y encima, nada más decírselo, ha cogido y se ha largado sin ni siquiera darme las gracias o decirme adiós.

—Tampoco es para tanto.

—No me ha gustado un pelo ese tío, Lucía —continuó—. Además, en la foto Ander aparecía tal cual es ahora. Si hacía tanto tiempo que no le veía, ¿por qué tiene una foto actual de Ander?

Llárame paranoica si quieres, pero no sé, había algo chungo en su mirada cuando hablaba de Ander. No sé cómo he podido decirle dónde vivía.

—A ver, tranquilízate. Seguramente no será nada.

—¿Y entonces por qué no me ha pedido el teléfono? No se lo hubiera podido dar, porque yo no lo tengo, pero ¿por qué quería saber dónde vivía? Llama a Ander, anda. Avisale, por si acaso. Me quedo más tranquila.

—Vale, espera. Voy a llamarle pero, vamos, cálmate, que seguro que no es nada.

Lucía marcó el número de teléfono de Ander. Esperó a que contestase, pero tras ocho interminables tonos, cortó la llamada.

—No me coge —dijo.

—Joder, lo que faltaba. ¿Tú no puedes acercarte en un momento? Yo no puedo dejar sola la taberna.

—No puedo largarme, viene un grupo de turistas en un cuarto de hora —contestó Lucía—. Espera, que voy a llamar a Hubert.

Al cabo de unos segundos consiguió hablar con el tío de David.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Hubert Vanner al otro lado del teléfono.

—Nekane, ¿te dijo ese tío cómo se llamaba? —preguntó a su vez Lucía.

—No, creo que no me dijo su nombre —contestó.

—¿Manu? ¿Se llamaba Manu? —insistió Hubert elevando el tono de voz para que Nekane le pudiera oír.

—¡No lo sé, joder! —respondió Nekane perdiendo la compostura—. Era un tío alto, con pinta de hacer pesas, rapado.

—Hubert ¿qué ocurre? ¿quién es ese tal Manu? —preguntó Lucía.

—Es una larga historia. Llame inmediatamente a David. Está con Ruud en una visita a una bodega de Haro. A estas horas deberían estar volviendo ya. Localícele, por lo que más quieras, y dile que vaya inmediatamente a casa de Ruud. Dile que Manu va a por Ander. Él lo entenderá. Yo estoy en Labastida. Cojo el coche y voy para allí.

—¿Me puedes decir qué es lo que está pasando, Hubert? Me estás asustando —insistió Lucía.

—No es asunto suyo —contestó él antes de colgar.

54.

La residencia de Ruud Vanner estaba extrañamente solitaria para ser las doce de la mañana.

Hubert había salido temprano hacia Labastida para hablar con la dueña de una finca ubicada en el cercano pueblo de Samaniego, donde pretendía construirse una casa. David y su padre habían llegado la tarde anterior de su último viaje. Parco en palabras como era habitual desde que se habían mudado allí, David no había querido darle muchas explicaciones acerca de qué tal les había ido a Ruud y él durante su ausencia. Según habían comentado antes de partir, habían realizado una ronda por diferentes zonas de la península con la intención de detectar nuevos mercados donde invertir y expandir el negocio de los Vanner. Aunque en las dos primeras horas tras su reencuentro David y Ander habían tratado de recuperar el tiempo perdido a base de arrumacos, confesiones susurrantes bajo las sábanas y hasta un baño juntos en el jacuzzi de la casita del jardín, enseguida la cosa se torció. Mientras David se duchaba, Ander abrió su maleta, que aún permanecía cerrada. Lo hizo sin pensarlo, de una manera casi inconsciente, aunque, en el fondo, trataba de averiguar si David había aumentado o no la dosis de somníferos. Deseaba saber si el don de la vigilia había avanzado en su proceso destructivo o se mantenía estable. Encontró restos de narcóticos, pero al hurgar entre la ropa y los papeles, descubrió un par de *tickets* de autopistas de Pontevedra y una factura de un bar situado en la localidad de San Salvador de Coiro. En el bolsillo de una sudadera encontró otro *ticket* de una gasolinera de Asturias y otro de una estación de servicio de Huesca. Llevaban fecha de hacía tres semanas, cuando se suponía que Ruud y David habían viajado hasta Madrid y Toledo. En cuanto David salió del cuarto de baño le preguntó a bocajarro por qué le había mentado y qué era lo que había ido a hacer a Galicia. Estaba harto del secretismo que envolvía los viajes de David y su padre. Quería una respuesta y se topó con el más absoluto de los silencios. David se negó a contestar alegando que le parecía increíble que le hubiera

hurgado en la maleta y que le soltara todo aquello nada más volver a casa y que no confiara en él. Los intentos de Ander porque le contara cómo se sentía o si había aparecido algún otro síntoma relacionado con el don de la vigilia fueron infructuosos. David, enfadado, se había cerrado en banda y no había vuelto a abrir la boca en toda la noche.

Por su parte, la señora Rosa había pedido unos días libres porque tenía que resolver un asunto importante y necesitaba desplazarse. Casi era mejor así. No soportaba verla en la finca, con sus miradas inquisitorias y su desprecio continuo. Y además, tenía que reconocerlo, le intimidaba su presencia. Se preguntaba si sería verdad lo que Hubert le había contado acerca de ella y de las razones por las que terminó abandonando la casa de Sabina Elguea. Si aquello era cierto, lo mejor era tratar de evitarla a toda costa. Temía la respuesta que ella pudiera estar planificando al chantaje al que él la había sometido. Porque no había otra manera de denominar a aquello. Jamás hubiera imaginado llegar a comportarse de ese modo con nadie pero lo cierto era que tampoco había dudado en dar el paso. Haría todo lo que estuviera en su mano para ayudar a David.

Ander se había levantado temprano, poco después de que David abandonara la casa junto a Ruud para dirigirse a una reunión en Haro. El viaje era solo de media hora en coche pero aun así habían decidido madrugar. Estuvo tentado de volver a realizar una incursión en la habitación donde el padre de David guardaba aquel archivo secreto con los miembros de la familia que habían pedido prestados todos aquellos libros, pero la habitación estaba cerrada con llave. La última vez que había entrado le había rogado a la señora Rosa que le dejara hacer una copia de la llave pero ella se había negado.

“Las tres lunas rojas”. Estaba obsesionado con aquella expresión desde que la había leído en el libro de Jacobus Vanner que Sabina Elguea guardaba en su caserío.

“Las tres lunas rojas drenan el río por el que fluye el insomnio de los dioses”. Aquella afirmación podía contener el remedio que estaba buscando a la enfermedad de David. Le intimidaba la última parte en la que el autor advertía a todo aquel que osara navegar el río utilizando esa vía. Sin embargo, no podía dejar de pensar que aquello podría constituir la salvación de David. Recordó sus conversaciones con Alicia Rández, cuando investigaban el libro de actas de las reuniones de los Bechs. Los antepasados de Suzanne Bechs y compañía, los bátavos, habitaron la zona de lo que hoy eran los Países Bajos, junto al río Waal, que para ellos era sagrado.

¿Se estaba refiriendo Jacobus Vanner precisamente al río Waal cuando afirmaba que las tres lunas rojas podían secarlo? Demasiado enrevesado. Sin embargo, era evidente que la cultura de los bátavos estaba vinculada a los ríos. Alicia había descubierto que las crónicas de los antiguos historiadores romanos que narraban los primeros encuentros de sus legiones con los bátavos afirmaban que los romanos temían a aquellos bárbaros y les acusaban de hechicería. No solo eso. Les culpaban de las desapariciones de niñas y mujeres adolescentes que se venían produciendo en la ribera del río Waal periódicamente. De hecho, el cadáver de la chica joven a la que el joven William Dik y los miembros de su grupo de música habían asesinado, había aparecido flotando en las aguas del mismo río. Además había otro aspecto de las creencias bátavas que le desconcertaba. Alicia le había comentado que los bátavos creían en una antigua profecía que auguraba que los seres del abismo cruzarían la puerta y arrebatrían el mundo a los seres humanos. Se trataba de un vaticinio bastante pesimista, aunque a la vez los bátavos creían en una solución que evitaba que aquello se cumpliera, para lo cual era necesario un objeto mágico. ¿Sería el río Waal esa puerta por la que llegaría el fin del mundo? ¿Tendrían algo que ver las tres lunas rojas con todo aquello o estaba buscando conexiones en cosas que no tenían nada que ver?

Decidió salir a correr por los alrededores de la casa. Necesitaba dejar de pensar o se iba a volver loco. Tal vez si libraba a su mente de todas aquellas cavilaciones y preocupaciones, aunque solo fuera durante un rato, podría aclarar esas dudas con la cabeza despejada. Se puso unas mallas, una camiseta de tirantes y unas zapatillas deportivas, y salió afuera. Antes de emprender la carrera, optó por hacer diferentes ejercicios de calentamiento. Muy pronto tuvo el extraño presentimiento de que algo iba mal. Tenía la sensación de que no estaba solo, pero por más que miraba en derredor no veía a nadie.

Cuando estaba a punto de echar a correr, volvió a sentir lo mismo.

Pero esta vez pudo comprobar que no era algo subjetivo. Sus sospechas de que alguien le estaba vigilando eran ciertas.

—Hola Ander.

Al escuchar aquellas dos palabras estuvo a punto de derrumbarse y caer al suelo. Hacía mucho que no oía aquella voz pero, de repente, todo el sufrimiento de meses atrás volvió a hacer acto de presencia. No era posible.

Aquello no era real. Manu le había encontrado. Pero ¿cómo?

—¿No vas a decir nada? —le preguntó él.

Ander pensó en huir

despavorido. Sin embargo, por más que su cerebro trataba de dar la orden a sus piernas para escapar de allí, no fue capaz de moverse.

Se quedó anclado al pavimento, como si Manu Olabe controlara su mente y su cuerpo con su mera presencia. En ese momento se dio cuenta de que tal vez así era. Había sido un iluso al pensar que todo había terminado. Incluso había llegado a olvidar que seguía casado con él. El tiempo que había pasado con David había conseguido borrar la huella del miedo pero ahora toda aquella falsa sensación de seguridad se había esfumado en un segundo. Ni siquiera reaccionó cuando Manu Olabe comenzó a acercarse hacia él.

—¿Por qué me haces esto? —le interpeló Manu—. ¿Estás con él, verdad? En Laguardia me han dicho que vive aquí contigo. Así que de eso se trata. Has decidido ponerme los cuernos. Como si no pasara nada. Durante todo este tiempo he intentado reflexionar, he ido hasta a un psicólogo porque no quería seguir haciéndote sufrir. ¿Y tú me lo pagas así? Yo pensaba que me querías.

Ander seguía sin poder

pronunciar palabra. Estaba aterrorizado.

—Eres un desgraciado hijo de puta —continuó Manu—. No vales para nada. Cuando andabas tirado por ahí metiéndote *farlopa* y follándote a todo dios, bien que me lloraste para que te ayudara. Y te ayudé, cabrón. Te ayudé porque me enamoré como un imbécil de ti. Pero a ti te va el mambo, ¿verdad? Aparece el primer mazado de turno y te tiras a por él. Con todo lo que he hecho por ti. ¡Me lo debes todo! No tienes dignidad.

Eres un puto arrastrado y lo seguirás siendo toda tu vida.

Ander trataba de tragar saliva.

Sentía que el aire no le llegaba a los pulmones y lo peor era el olor nauseabundo que percibía a su alrededor, como si toda la negatividad de aquel encuentro estuviera materializándose en una sustancia viscosa y húmeda que viciaba el ambiente. Los recuerdos de aquella etapa oscura de su pasado se arremolinaban en su memoria. Hacía mucho que no se sentía así. Hacía mucho que había dejado atrás aquella sensación de no saber qué rumbo tomar, de sentirse tan pequeño y perdido. Estaba claro que por mucho tiempo que hubiera pasado y por mucha terapia que hubiera hecho, todo aquel dolor no había desaparecido del todo. Estaba tan aturdido que ni siquiera se dio cuenta de que acababa de caer al suelo. Manu le había empujado y ahora lo tenía encima de él con el puño en alto.

Tenía tanto miedo y se sentía tan humillado por no ser capaz de defenderse que ni siquiera le dolió el primer golpe. Sin embargo, el reguero de sangre derramándose por sus orificios nasales le escoció como si fuera ácido. Y el olor. Aquel aroma a putrefacción que lo envolvía todo era insoportable. Si continuaba así iba a perder la conciencia. Aunque quizá fuera lo mejor.

Entonces giró la cabeza y la vio. El origen de aquel olor a podrido. Al principio a lo lejos, con su pequeña silueta negra recortándose contra el horizonte. Pero en un pestañeo el animal se situó a escasos metros de ellos. Sintió unas ganas horribles de vomitar al comprobar que la cabra negra había regresado. Pero ya no era una cabra. Ahora tenía la certeza de que aquel ser representaba algo mucho más temible. Una entidad sobrenatural. Una divinidad. El dios astado de los libros de Jacobus Vanner se presentaba para asistir a su final, burlándose de su sufrimiento. Y él no podía hacer nada para controlarlo, aplacar su ira y retener su ataque. Muy pocas personas poseían la capacidad de poder hacerlo. Notó el calor de sus propios orines empapando sus piernas y cerró los ojos mientras Manu le propinaba otro puñetazo, ajeno a la presencia de aquel ser. Jamás había sentido tanto miedo.

Pero inesperadamente Manu dejó de golpearle. Ander abrió los ojos.

El que todavía era su esposo yacía a su lado con la mirada desorbitada y el cráneo partido en dos. Observó cómo un enorme charco de sangre brotaba de su cabeza y trató de apartarse a un lado para que no le

alcanzara. A lo lejos, la cabra caminaba con decisión, dejando tras de sí las huellas de sus pequeñas pezuñas empapadas de la sangre de Manu. Ander se giró y vomitó con fuerza.

Al levantar la cabeza vio a Ruud Vanner acercarse corriendo. Detrás de él, de rodillas en el suelo, David se llevaba las manos a la cabeza. De la cabra ni rastro. Simplemente había desaparecido.

SEPTIEMBRE.

Un mes para la vendimia.

55.

Sofía Arrizabalaga salió de su casa con prisa. Resultaba asombroso verla caminar de esa manera mientras recorría las calles del casco viejo de Bilbao con la agilidad de una persona mucho más joven. Su tamaño menudo y su rapidez esquivando a los turistas y lugareños recordaban a los de una liebre corriendo a través del bosque mientras huía de su depredador. Lo más probable era que cualquiera que se cruzara con ella solamente percibiera a una adorable anciana paseando de manera algo más acelerada de lo usual por las Siete Calles. Pero aquella mujer no era simplemente una persona de avanzada edad. Aquella mujer pertenecía al consejo rector de la Fundación Petunia, la entidad que estaba detrás de todo aquel conglomerado de empresas en las que trabajaban Lourdes del Río y Anne Wellington, y en las que hasta hacía bien poco había prestado sus servicios Jon Arkaute, el misterioso hombre sin pasado. Sin olvidar a Peter Magnusson, el asesino del *blog* que había aterrorizado Vitoria hacía unos meses.

Aimar Errekamendi la seguía a unos veinte metros de distancia haciéndose pasar por un turista con una gorra, unas enormes gafas de sol, camisa amplia repleta de flores de color rojo y unas bermudas vaqueras demasiado raídas.

Hasta llevaba cámara de fotos. Tenía miedo de perderla de vista en cualquier momento. Un nuevo festival de música independiente acababa de comenzar y el tumulto de gente era mayor que la ya habitual aglomeración de turistas y lugareños. Por todos lados se escuchaban los sonidos de los pequeños conciertos repartidos por buena parte de la ciudad y la algarabía de las comparsas que amenizaban los interludios entre actuación y actuación. Sofía Arrizabalaga entró en un supermercado. Mientras esperaba fuera, Aimar pensó en los acontecimientos que habían transcurrido en su vida recientemente. La oficial Moreno no dejaba de asediarse mandándole decenas de mensajes preguntándole qué tal estaba. Mabel Azpeitia, su amiga de la academia de policía, tampoco se había quedado atrás. Las dos parecían sinceras al interesarse por su estado anímico, como si la muerte de Manu Olabe hubiera supuesto una pérdida irremplazable y él no hubiera podido superar el nuevo trauma. No sabía cómo explicarles que le daba absolutamente igual que Manu se hubiera matado en aquel barranco. Ahora que ya no estaba se daba cuenta de que realmente no sentía ningún tipo de vínculo afectivo con él. Manu le había tratado como un amigo en

más de una ocasión, pero él sencillamente no había sabido ni querido corresponderle. No soportaba a los tipos como Manu.

—Ese ha tenido su merecido —le había dicho *Ama* cuando le había contado lo ocurrido.

—*Ama*, no digas esas cosas. Cualquiera puede tener un accidente con el coche.

—Tonterías. Si se ha caído montaña abajo es porque se lo merecía. Dios nuestro salvador ha evitado que hiciera el daño que se proponía hacer.

—No sabemos dónde iba, *Ama*.

—¿Pero tú te oyes? Está claro dónde iba. No me digas que es casual que su coche haya derrapado bajando el puerto de Herrera. Iba a buscar a su marido.

—No es el primer accidente que sucede en esas curvas, *Ama*.

—Lo que tú digas.

Ama probablemente tenía razón. Pero aquella muerte repentina había sido producto del azar, no el castigo de un dios celestial omnipotente. Aimar no creía en ningún dios. En toda su vida no había sentido la presencia de ninguna entidad suprema a su lado. Y si realmente existía, parecía haberse olvidado de él desde que había venido al mundo, así que tampoco había hecho mucho por salir a buscarla. Por más que su madre había intentado inculcarle sus creencias, él se había revelado contra todo aquello en cuanto alcanzó la mayoría de edad.

Vio salir del supermercado a un hombre de cabello canoso que le resultaba familiar. Aprovechó para fotografiarle y, al pasar junto a él, se dio cuenta de que era el mismo con el que Lourdes del Río se había encontrado tiempo atrás junto al museo Guggenheim. Recordaba perfectamente la escena. Los dos habían discutido por algo y al final él se había marchado sin despedirse. A los pocos segundos Sofia Arrizabalaga abandonó también el establecimiento con una carpeta en las manos que no llevaba antes de entrar. Aimar dedujo lo que acababa de suceder. El hombre de pelo blanco le había entregado aquella documentación en el interior del supermercado. Valoró a quién debía seguir y lo tuvo claro. Tenía que saber qué era lo que había recibido la anciana con tanto secretismo. La siguió aún más de cerca esperando el momento propicio para arrebatárselo sin que ella tuviese capacidad de reacción. No lo tuvo muy difícil. La mujer se vio rodeada, casi sin percatarse de ello, por la muchedumbre que seguía a una de las comparsas que animaban la calle. Decenas de personas la empujaban mientras saltaban y bailaban al ritmo de los platillos, el tambor y las trompetas, envolviéndola en una maraña de estruendo y jolgorio de la que era imposible escapar. Aprovechando el tumulto, Aimar le arrancó de la mano la carpeta. Sofia Arrizabalaga notó perfectamente cómo alguien le robaba los documentos, pero no pudo hacer nada para recuperarlos. Se dio la vuelta enseguida pero tras ella solo pudo ver los

bustos de varios hombres sudorosos arremolinándose a su alrededor aderezados con los vapores del *kalimotxo* y la cerveza.

Aimar dejó de correr en el momento en el que abandonó el paseo del Arenal y se alejó del bullicio del casco viejo internándose en la Gran Vía. Encontró la tranquilidad que buscaba al cabo de un buen rato caminando. Entró en una cafetería y se sentó en una de las mesas situadas al fondo.

Pidió una manzanilla al camarero y abrió con ansia el portafolios.

Se trataba de tres expedientes. En el primero, se analizaba concienzudamente los pasos dados por Jon Arkaute durante los últimos meses. Aquella gente, aquella organización, aquella secta o lo que fueran, había estado siguiéndole como él mismo había hecho con Lourdes del Río. A comienzos de año Jon Arkaute había estado completamente desaparecido pero posteriormente había regresado a su apartamento de Getxo, donde su hija Elia lo visitaba con relativa frecuencia. En los últimos meses había recorrido diferentes lugares de la geografía vasca y navarra sin un motivo aparente o una lógica determinada. Es más, quienquiera que lo estuviera siguiendo solía perder su pista a menudo, como si Arkaute se esmerara en pasar desapercibido. El seguimiento fotográfico se interrumpía durante estos viajes, y el *dossier* se limitaba a apuntar supuestos destinos y un par de declaraciones de testigos. Su pista se había perdido por completo desde hacía más de un mes.

En el siguiente expediente, se hacía lo propio con la mujer pelirroja, Anne Wellington. Los espías de aquella organización la situaban en los últimos meses en el Reino Unido, Grecia, el País Vasco, Navarra y Cerdeña. En el caso de sus viajes por tierras griegas y sardas, el seguimiento se ilustraba con alguna fotografía en las que aparecía acompañada por dos jóvenes, una mujer y un hombre, que debían de rondar los veinte años.

El tercer y último expediente correspondía a otro hombre joven llamado David Vanner. Aparecía fotografiado junto a diferentes personas que según se indicaba eran miembros de su familia materna. En la actualidad vivía en Lapuebla de Labarca, un pueblecito de La Rioja Alavesa, con su padre y su tío. Este último *dossier* era bastante más exhaustivo que los otros dos. Dos enormes árboles genealógicos de ambas ramas familiares, la materna y la paterna, aparecían ilustrados con fotografías de los distintos miembros. Era curioso ver cómo los ascendientes de la línea paterna de David se relacionaban con otra familia de origen holandés, los Bechs. Además, como si gozaran de una relevancia especial en aquel entramado de lazos familiares, los retratos de Ruud Vanner, el padre de David, el de Sabina Elguea, su tía por parte materna, y el de Suzanne

Bechs, una familiar lejana por parte de padre, aparecían resaltados con una flecha roja apuntando hacia sus rostros. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue ver a David unido, en ambos árboles genealógicos, a Anne Wellington. Se acompañaban diferentes fotografías en las que aparecían los dos juntos en Bilbao y en lo que parecía ser Londres.

De la línea que enlazaba a ambos partía otra que acababa en un círculo en el que aún no figuraba ninguna fotografía. ¿Tenían un hijo en común Anne y David? ¿Qué significaba todo aquel minucioso análisis de los miembros de aquellas familias? ¿Qué pretendía aquella gente con esos seguimientos?

Lo más alarmante estaba aún por venir. En la última parte del informe de David Vanner, aparecían alusiones a diversas noticias de periódicos que aludían a los terribles asesinatos de las niñas en diferentes montes vascos. Las víctimas de “la *sorgina*”. Todos los perfiles de las menores estaban minuciosamente detallados. Sus familiares aparecían relacionados en llamativos esquemas elaborados para cada una de las pequeñas. En algunos casos se llegaba hasta más allá del quinto y sexto grado de parentesco. Al final, todos aquellos círculos de consanguinidad a los que pertenecían las menores terminaban conectados, en los grados más lejanos, con Sabina Elguea y, en última instancia, con David Vanner. ¿Qué locura era esa? ¿Acaso aquella organización había descubierto un nexo en común entre todas las víctimas que la *Ertzaintza* había pasado por alto? Esa parecía ser la conclusión a la que llegaba el informe. Por si esto fuera poco, se realizaban valoraciones, un tanto subjetivas, de los riesgos de un enfrentamiento entre los Elguea Leiva, los Vanner y los Bechs, elucubrando diferentes situaciones que podían tener lugar o que ya habían sucedido en el pasado, no quedaba claro del todo. Aimar no entendía nada. Se hablaba de robos, estafas, ataques personales, incendios... un sin fin de hechos delictivos que supuestamente los miembros de aquellas familias habían perpetrado los unos contra los otros o estaban dispuestos a llevar a cabo próximamente. Pero lo más preocupante no era eso. Lo más alarmante se reflejaba en el último folio. Se hablaba claramente de una reunión, un encuentro que iba a tener lugar dentro de muy pocos días y que la persona o personas que habían redactado aquel exhaustivo informe calificaban como “de extremo riesgo” y “oportunidad inaplazable”. El nombre de un hombre, Santiago Valls, aparecía subrayado varias veces con un rotulador fosforescente.

Aimar no daba crédito a lo que leía. Términos como “purificación”, “fuego” y “revolución” eran citados en relación con aquella reunión que estaba a punto de producirse, aunque los términos empleados eran lo suficientemente ambiguos como para no saber si se trataba del anuncio de una masacre o de un encuentro pacífico de seguidores de terapias alternativas. Una fecha y una hora enmarcadas con un círculo rojo. “15 de septiembre. 12 de la noche. Rioja Alavesa.” No se especificaba un lugar más concreto dentro de aquella comarca del sur de Álava. Junto a esos datos alguien había escrito a mano y en mayúsculas una palabra de origen

vasco que había remarcado una y otra vez con un bolígrafo rojo. Aimar sintió cómo la reverberación ancestral del significado de aquel vocablo le retrotraía a tiempos lejanos que había pensado que jamás revisitaría. Los recuerdos del campamento de verano en el que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados acudieron de manera inesperada a su mente. Un punto de dolor se situó en la parte central de su pecho y se mantuvo ahí durante varios minutos hasta que consiguió hacerlo desaparecer.

Sintió un irrefrenable deseo de contárselo todo a *Ama*. Ella sabría qué debía hacer. Ella sabría cómo debía actuar ante aquella revelación. Antes de cerrar la carpeta releyó por última vez aquel vocablo y tuvo claro su destino. No pensaba permitir que los monstruos del pasado le hicieran perder aquella oportunidad de demostrar a *Ama*, a la oficial Moreno, a Mabel Azpeitia y al mundo entero que había perdido el miedo, que Aimar Errekamendi no necesitaba de la ayuda de nadie para sobrevivir, que era un hombre hecho y derecho. Que *Ama* tenía razón; que él había nacido para ayudar al débil y combatir las injusticias y que esta era la gran misión que le deparaba el destino. Los signos estaban claros.

Aquella información le estaba siendo revelada con un propósito.

Nada iba a impedir que él solito resolviera todo aquel misterio. Ni siquiera la amenaza de lo que implicaba en su existencia una palabra como aquella. *Akelarre*.

Sin embargo, toda su euforia se esfumó en un segundo. Al levantar la vista de toda aquella documentación se topó de bruces con él. ¿Cuánto tiempo llevaría observándole? Su expresión facial mostraba una intención, una predisposición, aunque no estaba del todo seguro de saber cuál era.

Miró a su alrededor. No había nadie más que ellos dos en toda la cafetería. Ni siquiera vio al camarero, que probablemente se encontraba en la cocina. Calculó rápidamente las probabilidades que tenía de salir huyendo sin que él lo interceptara. Agarró los papeles y se incorporó

rápidamente pero solo le dio tiempo a dar dos pasos. El hombre le propinó un golpe seco en el pectoral y perdió el equilibrio. Los papeles volaron por los aires mientras él se derrumbaba sobre las sillas. Lo habían descubierto. Había sido un ingenuo al pensar que aquella misteriosa secta de la hermosa rosa perenne no tuviera mecanismos suficientes como para detectar el seguimiento que él les estaba haciendo. Decidió fingir que había perdido la consciencia, así quizás su atacante lo dejara en paz.

Sin embargo, el hombre no se fue. Al contrario, comprobó su pulso y cuando vio que Aimar se encontraba perfectamente lo ayudó a levantarse.

—Tranquilo, no te quiero hacer daño. Estamos en el mismo bando.

56.

Mildred Merrick apretó a Anne Wellington contra su pecho sin importarle el estado avanzado de gestación de su pariente, en cuanto la vio en el umbral de la puerta. A continuación, cuando la joven estuvo a punto de pedirle que la soltara pues empezaba a respirar con dificultad, se había dedicado a morder sus carrillos y plasmarle sonoros besos en su rostro, como una madre lo haría con su bebé. La última vez que la había visto, Anne era una niña y apenas se acordaba de aquel encuentro. Ahora Mildred debía de rondar casi los ochenta años pero su cabello largo y abundante sin apenas canas y su cuerpo robusto y voluptuoso le hacían parecer mucho más joven. A su lado, Betrys Wellington podía pasar por la hermana mayor, aun teniendo menos edad.

Mildred vivía en una pequeña cabaña, si es que se le podía llamar así a aquella casa de campo con aspecto rústico y rudimentario un tanto destartada, ubicada en el límite exterior de un frondoso bosque de pinos a las afueras de Amesbury. Desde la ventana del salón podían divisarse a lo lejos los gigantescos menhires que conformaban los círculos del mundialmente famoso crómlech de Stonehenge. Llevaban casi hora y media conversando sentadas en un incómodo sofá que a Anne le estaba haciendo ver las estrellas. Aun así no se había quejado. Después de la breve confesión de su madre en aquella llamada telefónica desde Cerdeña, esta era la segunda vez en su vida que un miembro de su familia reconocía abiertamente los orígenes del linaje al que pertenecían los Merrick, descendientes de una raza de gigantes que había existido hacía mucho, muchísimo tiempo, y emparentados con otras familias repartidas por el planeta que compartían ese secreto ancestral en común. Oírle hablar a la prima Mildred acerca de la profecía del retorno de los que estaban antes le resultaba extraño y casi cómico, puesto que, a diferencia del profesor O'Connor, ella le restaba todo tipo de solemnidad a aquella historia y la relataba de una forma costumbrista y natural, como si todo aquello fuera lo más normal del mundo y estuvieran hablando de viejos chascarrillos familiares.

—Cariño, no sabes lo feliz que me hace verte —le dijo trayéndole una taza de té—. Lástima no haber cuidado de ti durante todo el embarazo. Las mujeres de esta familia han tenido muchas veces problemas mientras gestaban a sus hijos.

—Y más de una ha tenido abortos o ha perdido a sus hijos al poco de nacer, lo sé —dijo Anne recordando la conversación que había mantenido con su hermana Elin.

—Me alegra saber que te encuentras bien. Tu madre me contó lo del embarazo de riesgo —dijo Mildred.

—Sí, he tenido algún susto que otro, pero por suerte parece que ahora todo va bien.

—Me emociona saber que nuestro linaje va a tener a una nueva hija entre sus miembros —dijo Mildred.

—¿Hija? —preguntó sorprendida Anne—. No he querido saber el sexo del bebé.

—Por supuesto que va a ser niña, Anne —le contestó abrazándola. Mildred era incapaz de contener sus impulsos continuos de ternura exacerbada.

Anne posó su mano sobre su vientre. La criatura que crecía en su interior se revolvió como queriendo responder a su gesto.

—Tu madre ha tratado de advertirte varias veces, pero al final por una cosa u otra no ha tenido la oportunidad. No le culpes a Betrys de no estar aquí. Hay muchas cosas que preparar.

—¿Entonces es cierto que estamos en peligro?

—Creo que tú misma puedes responderte a esa pregunta, Anne. Los horribles asesinatos de esas pobres niñas en el País Vasco hablan por sí solos. Nos están atacando, a todos nosotros. A nuestros honorables linajes.

—¿Pero quién y por qué?

—Betrys tiene claro que es un ataque a nuestras hijas, las descendientes de Cerridwen.

Anne sintió un escalofrío al volver a escuchar el nombre de aquella antigua diosa galesa de la que le había hablado su madre.

—Todos los crímenes se han producido junto a lugares sagrados de los ancestros de los linajes vascos. No hace falta que te diga el poder que reside en las montañas para la mitología vasca. Bueno, y para muchas otras culturas, incluida la nuestra. Son la morada de su diosa principal, *Amari*.

—¿Cerridwen y *Amari* son lo mismo?

—Sí y no.

—¿Qué quieres decir?

—Cada una de ellas representa a una diosa con sus características intrínsecas, pero con muchas cosas en común.

—Mamá me dijo que Cerridwen fue real, que existió. Que fue una reina, una bruja muy poderosa y que los miembros de nuestro linaje somos sus seguidores.

—Así es.

—No entiendo nada.

—Cerridwen y *Amari* son el recuerdo convertido en mito de una reina que existió hace mucho tiempo, nadie sabe exactamente cuándo. Algunos dicen que antes de que el ser humano abandonara las cavernas. La mitología galesa y la vasca adaptaron ese recuerdo que los antiguos conservaban y que fue perpetuándose a lo largo de los milenios. Otras muchas culturas hicieron lo mismo con figuras similares.

—Pero ¿qué quieres decir con reina? ¿Gobernó un reino?

—Tuvo un séquito y súbditos, muchísimos súbditos. Así que sí, se puede afirmar que fue una reina. Aunque no como te imaginas tú a una reina. Su reino no estaba delimitado por fronteras políticas.

—Pero entonces, ¿quién fue? ¿una bruja que tuvo muchos seguidores?

—Sí. Una reina. Nuestra reina bruja, y la de muchas de las familias que compartimos el legado ancestral de los gigantes.

—¿Pero qué tiene que ver Cerridwen, *Amari*, con los gigantes? —preguntó Anne sin entender la conexión.

—Cerridwen fue una de sus reinas. Una de las líderes de los gigantes. Nuestra tradición habla de una terrible guerra que sacudió a la civilización de los gigantes y que, de alguna u otra forma, se sigue perpetuando en la actualidad entre las familias que compartimos el legado. ¿Has oído lo de que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra? Pues eso.

—¿Una guerra? —preguntó Anne.

—Nuestros relatos afirman que cuando todo sucedió los súbditos de Cerridwen fueron aniquilados. No todos murieron en ese momento, menos mal, pero poco a poco fueron pereciendo hasta desaparecer. Aunque si lo piensas bien, nunca terminaron de irse. Su sangre, su esencia, todo lo que fueron, sigue en todos nosotros. Mucho tiempo después de aquella guerra, diferentes pueblos conservaron el legado de Cerridwen, de *Amari*, como un conocimiento sagrado, oculto, aunque poco a poco fue calando en el exterior, y al final se mezcló con todos los mitos y leyendas de esas gentes, entre ellos, los antiguos galeses.

—Pero ¿por qué fue esa guerra? ¿qué ocurrió? ¿dónde sucedió?

—Los relatos no afirman dónde ocurrió todo, hay muchas versiones distintas, pero la más plausible es que sucediera en el norte de la Península Ibérica, de donde proceden nuestros ancestros y los de los antiguos británicos. En cuanto al motivo que dio pie a la guerra, no es nada original, cariño. Todo se repite. Una y otra vez. El poder y la religión.

—¿Qué quieres decir?

—A ver si me explico bien. Cerridwen, la que existió de verdad, defendía la veneración de la Diosa, de la Madre Tierra como un ser femenino consciente y supremo, creadora de la vida, de todo lo que nos rodea y a la que sus sacerdotisas entregaban su vida. Ella misma se consideraba hija de esa entidad superior. Su magia residía en el conocimiento y el control de las fuerzas de la naturaleza. Alguna de las versiones de los relatos sostiene que incluso tenía la capacidad de adelantarse a lo que había de suceder, de ver el futuro. Todo aquel que obrara en armonía con la Diosa y se relacionara de forma pacífica con los demás y con la naturaleza alcanzaría un estado de conciencia supremo y conectaría directamente con esa entidad femenina superior. Esta preponderancia de lo femenino también se refleja en la figura de Cerridwen ya como diosa dentro de la mitología galesa. En ella se unifican los arquetipos tradicionales de la feminidad: la virginidad y la virtud de la doncella, el poder creador de la maternidad y la sabiduría infinita de la vejez donde Cerridwen aparece representada como una anciana bruja todopoderosa removiendo el caldero de la inspiración y la sabiduría.

Al escuchar aquellas palabras Anne pensó en la forma de caldero del conjunto estelar de las Pléyades, el lugar hacia donde apuntaban los observatorios del pozo sagrado de Santa Cristina y la *drakospita* del monte Oqui.

—Pero eso mismo se plasma de alguna manera en la mitología vasca —dijo Anne—. *Amari* es la hija, la personificación de *Amalur*, la Madre Tierra. Y controla las fuerzas de la naturaleza, provocando las tormentas y el resto de fenómenos atmosféricos y haciendo valer la justicia y la verdad. Además se considera que es la sacerdotisa o bruja suprema. Todas las brujas son sus asistentes.

—Ahora entiendes la conexión que hay entre ambas figuras.

—Prima Mildred, ¿es el euskera la lengua que hablaban Cerridwen y los gigantes?

—Nadie lo sabe con certeza, cariño. En nuestro linaje y en la mayoría del resto de linajes que compartimos el legado, a excepción de los vascos, muy pocos hablan ya la lengua sagrada. En nuestra tradición no se afirma en ningún sitio que ese idioma fuese hablado por los gigantes.

—¿Tú crees en todo esto que me acabas de decir? —preguntó Anne.

—¿Cómo que si creo?

—Pues eso. Que si te tragas todas estas historias. Que si crees que Cerridwen existió y que tuvo lugar esa guerra.

—Pues claro, mi niña. Creo en la Diosa, creadora y portadora de vida. Creo en ella, con toda mi alma. Y por supuesto, claro que creo que la reina Cerridwen existió.

—¿Por qué fue la guerra? Me has dicho lo que defendían los seguidores de Cerridwen, pero no en qué creían sus enemigos.

—Nuestra tradición habla de una terrible matanza que inició la guerra. Uno de los grupos de seguidoras de Cerridwen fue masacrado en una orgía de sangre y violencia. Aunque no queda claro que los enemigos de Cerridwen fueran también gigantes. Lo que sí está claro es que no estaban de acuerdo con la cosmovisión que defendía nuestra reina. Nuestras leyendas hablan por un lado de guerra de fe y por otro de un ataque a las gigantes de sexo femenino, aunque no queda claro el motivo en este segundo caso. Además, sucedió un hecho catastrófico previo que aceleró los acontecimientos. En las leyendas ese hecho catastrófico es denominado como “la nube”. En nuestro linaje creemos que la masacre de las seguidoras de Cerridwen fue un intento de aniquilar la creencia en la Diosa y de atacar a la maternidad en sí de las gigantes, que para ellas era un concepto sagrado y supremo. Yo, sinceramente, pienso que todo fue más sencillo, cariño. Los enemigos de Cerridwen no soportaban que una mujer tuviera tal poder, que contara con un séquito de adeptas que guiaran a tantos súbditos, y que además propugnara la existencia de una Diosa femenina superior. Y sencillamente quisieron exterminarla a ella y a sus seguidores.

Anne se puso de pie. No soportaba más aquella postura ni seguir escuchando todas aquellas batallas mitológicas. En el sueño que tantas veces había tenido en los últimos meses, personas, o tal vez gigantes, no era capaz de distinguirlos, corrían y corrían presas del pánico huyendo de algo. Muy parecido a la escena que aparecía en el grabado de la *drakospita* del monte Oqui. Tenía el desagradable presentimiento de que su sueño, la profecía del retorno de los que estaban antes y todo lo que acababa de escuchar estaba conectado. Ese sueño terminaba con el llanto desconsolado de un bebé. Ahora que estaba a punto de ser madre no soportaba la mera idea de que una criatura inocente pudiera haber vivido algo tan horrible, aunque por desgracia los niños eran los primeros damnificados en todas las guerras.

Mildred le ofreció salir afuera a pasear por los alrededores de la cabaña. Ya en el exterior, Anne se quedó absorta contemplando la magnificencia de los enormes bloques de piedra de Stonehenge que se divisaban a lo lejos.

—Mildred, ¿qué pasó conmigo de pequeña? Me refiero a lo del secuestro, cuando mamá y la abuela me encontraron junto a los menhires de Penrhos Feilw. ¿Quién me secuestró?

Mildred Merrick dudó unos instantes antes de responderle.

—Esas piedras que ves a lo lejos —le dijo apuntando con el dedo de su mano derecha hacia el megalito de Stonehenge— forman parte de un recinto sagrado, un lugar repleto de una magia que muy pocos saben interpretar. Solo puedo decirte que estabas protegida, cariño. Los menhires gemelos de Penrhos Feilw te protegían. Lo demás creo que deberías preguntárselo a tu madre. Ni puedo ni quiero tener esa responsabilidad. Betrys jamás ha hablado de eso conmigo. En realidad solo ella y Mary Anne saben lo que allí ocurrió. Por muchas teorías que yo tenga al respecto, la verdad solo la conoce una persona en el mundo ahora mismo, tu madre.

En su mente, Anne ataba cabos con rapidez, pero no quiso que la prima Mildred advirtiera en su expresión facial que tenía una idea de lo que realmente había sucedido.

—Si quisiera contármelo, estaría aquí ahora mismo. Y de nuevo no está. Ni Elin ni yo conseguimos hablar con ella. Tiene el móvil apagado. ¿Dónde ha ido?

—Betrys está haciendo algo muy importante. No te preocupes, ella te lo contará cuando haya resuelto lo que tiene que resolver. Confía en mí. El tiempo de la profecía se acerca, cariño. Tu madre ha recuperado por fin el orgullo que había perdido de pertenecer al linaje de Cerridwen. Y es muy importante que esté de tu lado cuando esa criatura que llevas en tu vientre venga al mundo. De momento es mejor que permanezcas alejada de todo hasta que llegue el momento. Quédate aquí conmigo o vete con tu hermana. Pero sobre todo, aléjate del País Vasco. Ese asesino al que los periódicos llaman “la *sorgina*” no ha acabado su trabajo. Tarde o temprano volverá a despertar de su letargo y es mejor que entonces no te encuentre en su camino.

Anne miró con ternura a la anciana. Su preocupación era sincera. Dudó de si seguir tirando del hilo para desenredar la madeja de secretos familiares de los que había permanecido apartada toda su vida. Mildred Merrick pareció adivinar su pensamiento y se le adelantó.

—Dime lo que quieres saber, Anne —le dijo.

—¿Quién es el pequeño Tommy?

—Sabía que tarde o temprano me harías esa pregunta —contestó.

—¿Es un fantasma? ¿Un demonio?

—El pequeño Tommy es nuestro espíritu familiar, Anne. Siempre ha acompañado a las mujeres Merrick, sobre todo a aquellas en las que la sangre de los que estaban antes fluye con más fuerza. No sabemos su naturaleza ni cuándo o cómo surgió, pero te puedo asegurar que existe. Yo solo lo he visto una vez en Sunny House, pero tu abuela hablaba con él cuando quería. De pequeña, tú también lo veías. Pero no te dejes engañar. Aunque tiene apariencia de niño, el pequeño Tommy no tiene género. Y es mucho más viejo que tú y que yo. O al menos eso creía Mary Anne.

—¿Es posible que la abuela encargara a ese ser que me asistiera cuando yo lo necesitara?

—Es posible. Pero aun cuando no lo hubiera hecho ella, te aseguro que el pequeño Tommy te protegería en caso de que sintiera que el linaje está en peligro. ¿A qué viene tanta pregunta sobre el pequeño Tommy?

Anne estuvo a punto de contarle que había sido el pequeño Tommy quien había matado a Peter Magnusson en el palacio de Montehermoso de Vitoria y la había salvado a ella y a Mechero de ser asesinados por él, pero finalmente se echó para atrás.

—Curiosidad, Mildred. Curiosidad.

57.

Mechero se abalanzó sobre Anne en cuanto la vio aparecer por la puerta del servicio de Sunny House. La excitación de quien acababa de descubrir algo importante se reflejaba en sus ojos. A Anne ni siquiera le dio tiempo a contarle todo lo que Mildred le había dicho en Amesbury. El joven estaba totalmente exaltado, como si se le acabara de revelar la ubicación exacta del Santo Grial. O como si estuviera sufriendo los efectos de un subidón inesperado por un canuto más cargado de lo normal. Prefirió pensar que simplemente se trataba de emoción desbordada. Anne le tranquilizó como pudo e intentó buscar en los ojos de Calíope la explicación a aquella efervescencia. La hija de Dimitri Megalos se limitaba a sonreír mientras asentía con la cabeza.

—Mira estas fotos que le ha enviado Filippa Costa a Calíope desde Cerdeña —dijo señalando la pantalla de su *tablet*.

Filippa Costa había decidido quedarse en Cerdeña y guardar la reliquia de la *drakospita* del monte Oqui en un lugar más seguro. De hecho ella misma había decidido esconderse en casa de una vieja amiga de la universidad, donde nadie que pudiera estar acechándola pensaría jamás que fuera a ocultarse. Anne tenía otra teoría acerca de la decisión que había tomado la italiana. Le habían ofrecido viajar con ellos hasta Gales y esconderla en Sunny House hasta que la situación dentro de la Fundación se tranquilizara, pero ella había rechazado la invitación poniendo mil y una excusas. Anne estaba convencida de que Filippa no quería reencontrarse con James O'Connor por algo que había ocurrido entre ellos en el pasado. Filippa les había dado a entender antes de despedirse, que entre Dimitri, el profesor O'Connor y ella hubo algo más que fiestas y juerga durante el tiempo que pasaron juntos. No estaba segura de si lo que había ocurrido había sido una traición o en realidad se trataba de un triángulo o una relación poliamorosa. En cualquier caso, era evidente que Filippa no quería saber nada del profesor.

Anne miró las imágenes que Mechero le mostraba con entusiasmo.

—¿Qué se supone que estoy viendo? —les preguntó.

—Le pedí a Filippa que nos enviara fotografías de restos arqueológicos de la cultura nurágica hallados en Cerdeña, por si encontrábamos alguna pista que nos ayudara a determinar cuál es exactamente la montaña del grabado de la *drakospita*. Esto que estás viendo son restos de cerámicas ornamentales halladas en el poblado nurágico del monte Tíscali, donde apareció también la olla que tenía trazados los puntos que representaban a las Pléyades, ¿te acuerdas? Filippa afirma que estos cuencos eran utilizados en ceremonias sagradas. Y de nuevo, vuelven a aparecer esas dichosas estrellas.

—Lo que Mechero está tratando de explicarte es que creemos que hemos encontrado una explicación a esa misteriosa mujer que apareció en la fotografía que tomasteis en casa de Mariona, la hija de Margarita Toledo, y que luego se esfumó por arte de magia.

Anne miró furiosa a Mechero. No podía creer que le hubiera contado sus experiencias con La Vieja. Estaba claro que tenía que tener mucho cuidado de ahora en adelante cuando le confiara

algo, pues corría el riesgo de que Calíope se enterara al cabo de cinco minutos.

—Perdóname, pelirroja, no te enfades, anda —trató de camelarle el joven—. Creo que los dos sabemos que Calíope es de fiar.

—No se trata de eso, cabeza de chorlito —le respondió Anne enfadada—. Se trata de que si yo te cuento algo tan íntimo como lo que me pasa con ese fantasma o lo que sea esa mujer, es porque solo quiero que lo sepas tú. No es nada personal contra ti, Calíope.

—No es una fantasma psicópata —se burló Mechero—. Es algo mucho más fuerte. Vas a flipar. Mira.

Anne miró con detenimiento los dibujos de la cerámica que le estaba señalando. Enseguida distinguió el símbolo del caldero que representaba a las estrellas Pléyades. A ambos lados aparecían siete pequeños garabatos de trazado muy simple con la forma de la letra uve.

—¿Qué se supone que son esos dibujos? —preguntó.

—Son pájaros, pelirroja.

—Venga ya.

—Mira estas otras fotografías de otras de las cerámicas.

Anne observó la segunda instantánea. En ella aparecía representada de manera bastante clara la imagen icónica de la Diosa Madre paleolítica, con su vientre hinchado, sus pechos voluptuosos y la vulva perfectamente remarcada. Junto a ella estaban dibujados lo que parecían un búho, una garza y una especie de ave rapaz, de mucha mejor calidad que la propia diosa en sí. En una tercera cerámica se mostraba el mismo dibujo de la diosa junto a lo que parecían más aves.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Estás lenta, ¿eh? —dijo Mechero—. Pues lo que estás pensando. Tanto este caldero como estas diosas prehistóricas pintarrajeadas de aquí aparecen rodeados de pájaros por todas partes. Estoy convencido de que el caldero representa a esa misma diosa. Creo que Filippa tenía razón. ¿Te acuerdas de lo que dijo cuando estuvimos en Cerdeña? Para ella, tanto el pozo de Santa Cristina como la *drakospita* fueron diseñados para apuntar hacia las Pléyades porque la figura que formaban ese conjunto de estrellas, el caldero, simbolizaba algo importante para los que levantaron esas construcciones.

—El caldero simboliza su diosa —apuntó Calíope.

—La Diosa, con mayúscula —enfaticó Mechero—. Creo que el caldero representa el principio creador, el útero de la Diosa Madre del cual surgen todas las cosas.

Anne recordó lo que la prima Mildred le había contado acerca del caldero de la sabiduría y la inspiración de la diosa Cerridwen, en su forma de anciana bruja.

—¿Y qué tiene que ver eso con La Vieja?

—La Vieja no es ningún fantasma, Anne. La Vieja es la representación de la Diosa Madre. Vamos, que tu amiga acosadora es una diosa. Llamémosla Gaia o mejor *Amalur*, para que se nos haga como más de casa.

—Definitivamente se te ha ido la cabeza. Deja de tomarme el pelo, que tengo cosas más importantes en las que pensar.

—Creo que Mechero tiene razón —dijo Calíope poniendo su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Anne—. En el Paleolítico superior la Diosa comenzó a ser representada como un híbrido entre ser humano y ave. En muchos relatos míticos de la Edad de Bronce, el universo es concebido como un huevo puesto por la Diosa Pájaro, como fuente de vida. El huevo está relacionado con las aguas primigenias, principio de todo sobre el que comienza a crearse vida. A partir de la ruptura del huevo surge el tiempo y el espacio, el cielo y la tierra. La Diosa Pájaro es la hacedora de todo, en su útero surge el huevo del que nacerá todo lo que nos rodea.

—Mira, mira esta información que hemos buscado —dijo Mechero enseñándole la pantalla de su *tablet*—. El arquetipo de la Diosa Pájaro creadora de todo perduró unos veinticinco mil años y luego las culturas posteriores fueron adaptándolo a sus propias mitologías. La Diosa Madre fue adoptando diferentes formas de aves: grulla, cisne, pato, ganso... Atenea, la diosa griega, era representada por una lechuza y la diosa egipcia Isis por una paloma.

—La Diosa Madre Pájaro no solo es creadora de la vida, sino que también es mensajera de la muerte, al igual que otorga vida, la arrebató —apuntó Calíope.

—Fíjate si es importante que hasta los mitos de la cigüeña trayendo a los recién nacidos o los huevos de Pascua están relacionados con la Diosa Pájaro —añadió Mechero.

—Estáis locos. Los dos —dijo Anne abandonando la estancia con la intención de dirigirse hacia el área residencial de Sunny House.

—¿Pero por qué te pones así? —le gritó Mechero mientras ella se alejaba. El joven salió tras ella y la retuvo del brazo. —Es mejor esto que no que sea un espíritu malévolo o algo peor. Eres colega de la Diosa Madre, Anne. Aunque te parezca que esté cabreada contigo por algún motivo, en el fondo lo importante es que te respeta. No olvidemos que últimamente parece que está de tu lado.

—Suéltame, pesado. ¿No se os habrá ocurrido contarle algo de todo esto al profesor O'Connor, verdad?

—El profesor O'Connor no está. Ms. White nos ha dicho que salió ayer de viaje.

—No me digas.

Anne dejó atrás a Mechero y abandonó el ala del edificio que antiguamente albergaba las habitaciones del servicio de la mansión. Subió la escalera por la que los sirvientes accedían a las plantas donde se ubicaban las habitaciones de los residentes. Estaba enfadada con Mechero y con la forma jocosa e inmadura que tenía de tomarse las cosas. Colega de la Diosa Madre. ¿Cómo era capaz de bromear en las circunstancias en las que todos se encontraban? Más aún. ¿Cómo podía emplear semejante sorna al referirse a los encuentros que había mantenido con La Vieja? Mechero no entendía el terror que había sentido en cada una de esas apariciones. Para él todo se reducía a un juego de buenos contra malos, pero todo era mucho más complicado. Mechero no había sido testigo de la mirada absolutamente sobrecogedora de aquel ser en acción. Desde que había llegado a Bilbao la había acosado sin descanso aunque sí que era cierto que en los últimos tiempos simplemente se había dedicado a aparecerse como para que no se olvidara que aún seguía

allí, a su lado, vigilando. Recordó la primera vez que la vio en el museo Guggenheim de Bilbao, cuando mató delante de ella aquella ave. O cuando la persiguió hasta el cuarto de baño de la cafetería donde Begoña Argenta la citó para entrevistarla. Por no hablar de su encuentro en La Rioja Alavesa, donde la atacó lanzándole aquel horrible pájaro al parabrisas del coche. Pensándolo bien Mechero tenía razón. Sus últimas apariciones no habían acabado en una experiencia negativa del todo. En el casco viejo de Vitoria las palomas que La Vieja había dirigido contra ella finalmente no la habían atacado y su presencia en casa de la hija de Margarita Toledo tampoco había acabado mal. Al contrario. En la fotografía que había tomado en casa de Mariona, La Vieja aparecía sonriendo. Entonces había pensado que se burlaba de ella, que lo único que pretendía era decirle que aún estaba ahí, que no iba a dejarla en paz. Pero ¿y si la sonrisa fuera sincera, benévola? Es más, la experiencia que Mechero y ella habían vivido a bordo del coche que les llevaba hasta Pamplona para encontrarse con Itziar Azurmendi tampoco había sido negativa si lo pensaba bien. Decenas de cigüeñas les habían acompañado durante el trayecto, como guiándoles hacia su destino. ¿Qué era lo que había cambiado para que la actitud de La Vieja hubiera dejado de ser violenta? Las palabras de Mechero acerca del simbolismo de la cigüeña, trayendo a los recién nacidos al mundo, le dieron la respuesta. Era como si La Vieja hubiera detectado que Anne estaba embarazada. Desde ese momento su actitud hacia ella había cambiado radicalmente. Ni siquiera culminó su ataque cuando se le apareció en el avión que la trajo de vuelta a Bilbao tras haber huido a Inglaterra. ¿Y si era verdad? ¿Y si La Vieja era en realidad una representación de *Amalur*, la Diosa Madre, la Gran Diosa en la que creía Cerridwen, su antepasada, la reina de los gigantes? ¿Y si La Vieja la estaba de alguna forma escoltando desde que había sabido que estaba embarazada? Si eso era así solo podía significar que *Amalur* quería que tuviera aquel hijo, o hija, si hacía caso a la predicción de la prima Mildred. Tenía que admitir que todo encajaba. Cada vez estaba más convencida de que su pequeña era quien heredaría el camino al reino de los que estaban antes. Su hija era la clave para el cumplimiento de la profecía. Ella era la sangre de la que hablaba el viejo augurio.

Mientras pensaba en toda aquella locura, llegó a la habitación que buscaba. El dormitorio de James O'Connor. Abrió la puerta y se dirigió al escritorio. Rebuscó en todos los cajones y en las estanterías, con cuidado de que no se notara que había entrado alguien. De repente una pregunta le vino a la cabeza. La Vieja ya no la atacaba desde que había concebido a su hija, pero entonces ¿por qué la había intentado dañar previamente? Solo se le ocurrió una respuesta: cuando se produjeron los ataques, Anne acababa de entrar a formar parte de la Fundación Petunia. La Diosa, si era verdad que era ella, había tratado de amedrentarla para que no ingresara en la organización. Puede que incluso hubiera intentado herirla por el mismo motivo. Begoña Argenta le había preguntado si se le había aparecido. "*Nadie olvida su rostro*", le había dicho. Por algún motivo, la Diosa consideraba a la Fundación su enemiga. ¿Sabría *Amalur* lo que estaba a punto de suceder en Petunia? ¿Conocería La Vieja la promesa que ella había hecho hacía poco? ¿Sabría lo que ella se proponía hacer dentro de la Fundación? No quería ni imaginarse lo que podría suceder en caso de que así fuera. Solo de pensarlo se le pusieron los pelos de punta.

58.

Ander Goikoetxea cerró su ordenador portátil de golpe y permaneció en silencio durante más de diez minutos. A continuación se desnudó, salió al jardín y se dejó caer en plancha a la piscina. Su cuerpo estalló en un alarido de dolor que estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento de manera instantánea. Sintió su conciencia sumergirse lentamente hacia aguas mucho más profundas que el suelo que veía en el fondo. No quería morir sin ver a David por última vez pero ya no le quedaban fuerzas para enfrentarse a esa situación. Los acontecimientos de los últimos días lo habían trastocado y no solo físicamente. Los golpes de Manu le habían dejado el rostro malherido y aún tenía los pómulos hinchados. El ojo derecho ni siquiera podía abrirlo del todo. Pero era algo soportable. Los analgésicos estaban haciendo su función. Lo peor era la horrible experiencia que había vivido cuando aquel ser, el dios astado, había matado a Manu. Tenía constantes pesadillas y hasta había comenzado a robarle a David alguno de los narcóticos que él tomaba todas las noches. Ni siquiera sabía quién se había hecho cargo del cadáver y cómo se las habían arreglado para que pareciera que el coche de Manu se había despeñado por un barranco. Lo último que recordaba era a Ruud corriendo hacia él y a David en el suelo llevándose las manos a la cabeza. Después solo la oscuridad.

Cuando volvió a despertar habían transcurrido casi cuarenta y ocho horas. Estaba dentro de la casa del jardín, en su cama, con David, Ruud y Hubert a su lado. Intentaron hacerle ver que lo que había visto no había sucedido tal cual, que se trataba todo de una alucinación provocada por los golpes que Manu le estaba dando en la cabeza. Incluso David siguió el juego a su padre y a su tío. La versión que le contaron poco tenía que ver con lo que él había vivido. Según ellos Manu se había desnucado cuando Ander lo había empujado hacia atrás para defenderse. Quisieron hacerle creer que él era quien lo había matado. De forma accidental, en defensa propia, sí, pero al fin y al cabo no dejaba de ser un homicidio. Cuando Ander les dijo que había que acudir a la policía, que él podía explicar lo que había sucedido obtuvo una triple negativa. Ya era demasiado tarde. El cuerpo de Manu ya había sido localizado en un despeñadero del puerto de Herrera justo el día anterior. Era mejor así. Lo habían hecho por su bien. Y lo cierto era que había colado. O eso parecía al menos.

No se esperaba aquello por parte de David. De cualquiera se lo hubiera podido esperar, pero no de David. ¿Por qué había actuado así? Estaba convencido de que Ruud y Hubert le habían manipulado para que siguiera aquella mentira, pero el caso era que había accedido a llevar a cabo aquel maquiavélico plan. No era propio de él.

—Lo he hecho para protegerte —le había insistido David.

—¡Mentira! Lo has hecho para proteger a tu puta familia de pirados. Sois unos jodidos psicópatas. La familia de Manu tiene derecho a saber la verdad.

—¿Pero tú te das cuenta de lo que estás diciendo? Manu ha estado a punto de matarte y aún piensas en el sufrimiento de su familia. ¿Cómo quieres explicar a la policía tu versión? Nadie te

va a creer Ander, nadie va a aceptar lo que tú dices que viste. La policía solo vería una pelea con resultado de muerte.

—Podría demostrar que fue en defensa propia.

—Ese es el problema, Ander. Que no podrías demostrarlo.

Mientras se hundía en la piscina, las palabras y los gritos de David iban y venían en un vaivén alucinógeno con una cadencia que cada vez era más lenta. Un placentero sueño se estaba adueñando de su organismo y por muy letal que fuese, pensaba abandonarse a él. Así toda aquella pesadilla terminaría para siempre. Pero cuando ya estaba a punto de cruzar el umbral hacia la negrura más opaca, sintió cómo unos brazos fuertes y robustos lo arrastraban hacia la superficie. Hubert Vanner consiguió que expulsara todo el agua que había tragado y lo llevó de nuevo al dormitorio. Lo secó y lo vistió y le curó las heridas del rostro que se habían vuelto a abrir. Ander se dejó hacer.

—Ander, por favor, ni se te ocurra volver a hacer lo que acaba de hacer. ¿Bañarte en tu estado? Está loco —le dijo Hubert con cara de preocupación y su característica forma de hablar.

—Ha sido una tontería. No lo he pensado. No se lo digas a David, por favor. Bastante tiene con lo que tiene.

—Tranquilo. Tu secreto está a salvo. Pero prométeme que no va a volver a hacer una estupidez así.

—Lo prometo.

Hubert fue a buscar algo a la residencia principal y al cabo de unos minutos regresó con un tazón con leche caliente y no se fue hasta que Ander se lo tomó por completo. En cuanto abandonó la habitación, Ander cogió su teléfono móvil y llamó a Lucía Zuberoa. Le costó una eternidad moverse medio metro hasta que consiguió llegar al aparato. Realizó tres intentos pero no obtuvo respuesta. Cuando estaba a punto de dormirse, el teléfono sonó. Era ella.

—¿Me has llamado? No podía responderte. Estaba con mi madre comentando lo que ha sucedido. ¿No has visto las noticias?

—¿De qué estás hablando?

—“La *sorgina*” ha vuelto a matar. Han aparecido los cuerpos de otras dos víctimas. Otra vez junto a montañas.

—Pobres niñas. Maldito hijo de puta.

—No, no han sido niñas —explicó Lucía—. La mujer del monte Aitzgorri tenía más de setenta años y la de la Sierra de Codés unos cuarenta. De Campezo era. Una tragedia.

—Pero entonces es imposible que haya sido “la *sorgina*”.

—Ha sido “la *sorgina*”. Están todos los telediarios con lo mismo. En ambos casos han aparecido vestidas de blanco y aparentemente asfixiadas. Y las dos a los pies de montañas, otra vez.

—¿Y no será un imitador? Me parece muy raro.

—No lo sé, Ander, no lo sé. ¿Para qué me llamabas? Hace siglos que no sé nada de ti. ¿Qué tal te encuentras? Sé que te había puesto la mano encima, por lo que me contó Hubert, pero supongo que no es fácil enterarte de que tu marido se ha despeñado. Es duro decirlo así, pero me alegro de que finalmente no fuera a buscarte.

—O eso o no me encontró —mintió Ander. Lucía no sabía nada de lo que había ocurrido en realidad. Hubert había mantenido el secreto.

—Bueno, lo importante es que tú estás bien. Que le den. Dicen que el karma recompensa a cada persona en función de cómo se haya comportado con los demás. ¿Qué tal lo llevas?

—No me está siendo fácil, Lucía. Sé que Manu hizo lo que hizo, pero es difícil hacerse a la idea de que ya no está.

—Es normal que te sientas así. Has dependido emocionalmente de él durante mucho tiempo. Pero ni se te ocurra sentirte culpable por lo que le ha pasado. Son cosas que pasan. Tómalo como una liberación. Una preocupación menos. Por cierto... ¿para qué me llamabas? ¿necesitas hablar? ¿quieres que quedemos?

—No, no, tranquila. Necesito tener un tiempo conmigo mismo. Cuando vuelva a reunir fuerzas te prometo que te llamo y quedamos para tomar un café. Te llamaba porque he descubierto algo que me ha dejado noqueado.

—¿Sobre las tres lunas rojas?

—No, sobre Jacobus Vanner.

—¿Qué pasa con ese hombre?

—Murió en 1985. Lo he comprobado.

—Tu amigo el *hacker* te lo ha confirmado, querrás decir —se burló Lucía al recordar que Ander le había explicado cómo había dado con la pista que le había llevado a la señora Rosa.

—No estoy para bromas, Lucía, esto es muy serio.

—No entiendo nada.

—“*El insomnio perpetuo de los centinelas visionarios*”, el libro de Jacobus que encontramos en casa de tu tía Sabina, fue publicado en 1990. Y no solo eso. Prácticamente tres cuartas partes de su obra fueron publicadas años después de su muerte.

—Puede que la familia publicara sus libros después de haber muerto.

—O puede que algún miembro de los Bechs haya asumido la identidad de Jacobus Vanner para seguir publicando en su nombre. Alguien muy cercano a ti.

—¿Hubert?

—Sí.

—Estás delirando.

—Mi *hacker*, como tú lo llamas, ha conseguido averiguar quién está registrado para cobrar los derechos de autor de los libros de Jacobus Vanner. Es Hubert. Estoy convencido de que ha escrito la mayoría de esos libros él solito y que los miembros de su familia lo saben perfectamente. Por eso David era tan reticente a hablarme de Jacobus Vanner. Por eso el propio Hubert trataba de cambiar de tema cuando le hablaba de él, llamándole chiflado y no sé cuántas cosas más.

—¿Y qué interés puede tener Hubert en ocultártelo? No tiene sentido.

—No quiere que yo sepa que es un experto en todos esos temas de mundos paralelos, puertas espacio-temporales...

—Y en el don de la vigilia —añadió Lucía—. ¿Pero por qué? Sigo sin entenderlo.

—No lo sé, solo quería avisarte de que no es trigo limpio. Ten cuidado, por favor.

—Puedes estar tranquilo. Hubert rompió conmigo justo al día siguiente de que encontraran muerto a Manu.

—Vaya, lo siento, no sabía nada.

—Es igual, tarde o temprano iba a suceder. Ninguna relación sentimental entre miembros de nuestras familias acaba bien. Es como una maldición —ironizó.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ander—. Supongo que tendrá que ver con alguna deslealtad de Hubert, como si lo viera...

—No, no tiene nada que ver con temas de cuernos, Ander. Cuando empecé a liarme con él ya sabía a lo que me atenía. Él mismo me lo dijo, jamás podría estar con una única mujer a la vez. Yo tampoco creo mucho en la fidelidad eterna.

—¿Entonces de qué se trata?

—Estoy embarazada. No tengo aún decidido qué quiero hacer, pero el que lo tiene muy claro es él. No quiere saber nada del tema.

—¿Así sin más? ¿Y no vas a exigirle responsabilidades?

—Mira Ander, ahora mismo tengo la cabeza hecha un lío. No sé si quiero seguir adelante con el embarazo. Y aunque siguiera, no sé si quiero que Hubert lo reconozca.

—Bueno, tranquila, aún tienes tiempo para pensarlo. En lo que te pueda ayudar aquí me tienes. Tú pídemelo que necesites y, por favor, hasta que averigüe algo más respecto a lo de Jacobus, hazme caso. Ten cuidado, ¿vale?

Lucía Zuberoa colgó el teléfono haciéndole prometer que se verían pronto. Ander durmió toda la noche de un tirón y al despertar tuvo una idea. Buscó en su móvil las fotografías que había sacado del archivador oculto tras la estantería de la biblioteca de Ruud. Allí estaban anotadas las veces en las que distintos miembros de los Bechs habían solicitado a Ruud que les prestara los libros de Jacobus Vanner. Muchos de esos apuntes estaban realizados a mano. Se dirigió a la habitación de Hubert y abrió la libreta que tenía sobre el escritorio. Le había visto varias veces apuntar allí la cantidad de alcohol que consumía al día, como si eso le fuera a echar para atrás a la hora de decidir si volver o no a beber. Comparó la letra con las anotaciones del archivador. Era idéntica. Hubert Vanner era quien controlaba el préstamo de los libros de Jacobus Vanner que probablemente él mismo había escrito. Estaba claro que su posición en la familia de los Bechs era bastante importante.

De repente un pensamiento se clavó en su mente como un dardo envenenado que alguien acabara de lanzar con intención de emponzoñar su alma. Desde la muerte de Manu, no dejaba de darle vueltas a lo mismo. Por qué. Por qué la cabra, el dios astado, no le había atacado esta vez sino que de alguna manera le había salvado. No acertaba a encontrar una explicación lógica. Pero era posible que la respuesta estuviera más cerca de lo que esperaba. Revisó el resto de fotografías que había tomado aquel día durante su incursión en el despacho de Ruud. En *“De Deo cornutum”*, el tratado que Jacobus Vanner había escrito sobre el dios astado, Jacobus criticaba el empeño de la Iglesia Católica a la hora de diferenciar la maldad de la bondad. *“Para nosotros, ese concepto nada tiene que ver con la división dual y artificial de la moral. Maldad y bondad son lo mismo, la una no podría existir sin la otra”*, afirmaba. Aquella afirmación le pegaba mucho a Hubert, quien, en más de una ocasión le había reconocido que no creía en el pecado. Jacobus Vanner afirmaba que para experimentar al dios astado era recomendable ingerir licores de alta graduación, algo a lo que Hubert estaba más que acostumbrado. *“Los partícipes más viejos, los más poderosos y los más experimentados conocen las oraciones secretas que lo tientan y generalmente logran traerle a su presencia”*. Si Hubert Vanner era quien había escrito ese tratado así como la mayoría de los libros de Jacobus Vanner, quedaba claro que era experto en el dios astado. ¿Era su posición dentro de la jerarquía de los Bechs tan relevante como para invocar él solo a aquella entidad?

Por más que pensaba en otras alternativas, no las encontraba. Esa era la respuesta que buscaba. No había sido una alucinación. Manu había muerto a manos de aquel ser. Esa era la razón por la que Ruud, Hubert y David habían tapado su muerte con aquel falso accidente y le habían hecho creer que no era real lo que había visto. Hubert Vanner tenía el poder. Él había llamado al dios astado para salvarle de Manu.

59.

El bosque de abetos que escoltaba la carretera que llevaba a Sunny House ocultaba un pequeño claro muy cerca de la mansión. Era prácticamente invisible al ojo humano desde una distancia mayor de diez metros. De pequeña, Anne lo había descubierto por casualidad mientras jugaba al escondite con la abuela Mary Anne. Desde aquel momento, se había convertido en su refugio secreto, el sitio al que acudía cada vez que se enfadaba o quería estar sola. La abuela conocía perfectamente el lugar, pero siempre respetó la privacidad de Anne cuando acudía allí.

Llevaba esperando casi media hora junto a la maleta que había preparado el día anterior. Habían quedado a las siete de la mañana, cuando las probabilidades de cruzarse con algún senderista eran escasas. Estaba nerviosa. Su mundo se había venido abajo el día anterior. No solo porque Mechero y Calíope le hubieran asegurado que La Vieja era en realidad una representación de la Diosa, de *Amalur*, de la entidad en la que creía ciegamente Cerridwen, la antepasada más importante del linaje de los Merrick. Lo que había encontrado en el dormitorio del profesor O'Connor la había hundido.

—*Aupa* Anne. ¿Tienes todo preparado? ¿Nos vamos?

Ella se volvió. No la había escuchado llegar. Había imaginado que se adentraría con el coche hasta el claro, pero, por lo que parecía, Itziar Azurmendi, la periodista de La Luz de Navarra, había dejado el vehículo aparcado a la entrada del camino. Jon jamás hubiera corrido un riesgo así. Cualquiera podía ver el coche al lado de la carretera y seguir el rastro hasta dar con ellas.

Cuando hacía unos días Anne había recibido un *e-mail* de Jon Arkaute y él le había comunicado que Itziar Azurmendi estaba en el Reino Unido y quería reunirse con ella de forma urgente, Anne había estado a punto de no responderle. No le perdonaba que hubiera tardado tanto tiempo en volver a saber de él. Jon le pedía perdón y le suplicaba que le facilitara su número de teléfono para darle todas las explicaciones. Parecía realmente preocupado. Sin embargo, fueron las dos últimas frases que escribió en su correo electrónico las que definitivamente le hicieron aceptar la invitación. “*Todo es por tu abuela Mary Anne. No te fíes de James O'Connor*”.

Al verle aparecer en la pantalla de su teléfono móvil lo primero que pensó fue que parecía que el tiempo hubiera pasado para Jon mucho más rápido. Se le notaba bastante desmejorado pero aun así conservaba todo su atractivo. Se fijó en que se había cambiado el pendiente casi invisible de la oreja y lo había sustituido por un pequeño aro de madera negra. Durante la casi hora y media que duró la videollamada, hubo silencios, preguntas y reproches, muchos reproches. Jon le recriminó que no le hubiera avisado de su embarazo aunque fuera con un correo electrónico y ella que no hubiera dado señales de vida en ocho meses. La situación más tensa se produjo cuando Jon le preguntó si el bebé era suyo. La primera reacción de Anne fue cerrarse en banda y decirle que eso a él no le incumbía pero al final terminó confesándole la incógnita que se cernía sobre ella. Sencillamente no lo sabía. Jon se enfureció al pensar que ella se había visto con otros mientras

estaba con él, aunque no se explicaba cómo. Anne estuvo a punto de dar por terminada la conversación y no volver a hablarle en la vida, pero al final se contuvo. Jon le pidió disculpas por haberse puesto así y Anne decidió decirle la verdad. Se había estado acostando con David hasta finales de diciembre, incluso después de haber decidido romper su relación. Fue una de las razones por las que huyó a Inglaterra. Se dio cuenta de que la conexión física con David era demasiado fuerte como para no volver a caer en la tentación de un reencuentro. Jon no daba crédito al escuchar sus explicaciones pero al final fue él quien terminó pidiéndole perdón por haber tardado tanto tiempo en cumplir su promesa de regresar a por ella. Aquellas confesiones tan íntimas dieron paso a una conversación mucho más densa. Hablaron acerca de los gigantes, de la profecía, de David, de los berones y de los bátavos, de Koldo de Andrés, de Margarita Toledo y de su hija Mariona, de la muralla de Vitoria y de todo lo que habían descubierto durante el tiempo que habían estado separados.

—¿Qué pinta Itziar Azurmendi en todo esto? —le preguntó Anne—. ¿Estás saliendo con ella?

—No, no estoy con ella. Itziar es lo más parecido a una hermana que he tenido. Era la mejor amiga de Maialen, mi mujer. Jamás se me ocurriría ver a Itziar de esa manera. A estas alturas supongo que ya sabrás lo que sucedió con Maialen, después de toda la mierda que ha ido soltando la Fundación sobre mí para acusarme de lo que pasó en la biblioteca.

—Sé que tu mujer era jardinera y que murió durante una misión de la Fundación en Holanda. Begoña Argenta lideraba el equipo y ella fue la que decidió abandonarla a su suerte. Por eso la Fundación te acusa del incendio y de la explosión del invernadero. Creen que lo hiciste para vengar la muerte de Maialen.

—Maialen no murió en ninguna misión de Petunia. Maialen murió porque los Caducos se enteraron de sus intenciones y la mataron. Begoña Argenta era su mentora, su aliada, y la abandonó en cuanto ellos la atraparon. Maialen, Begoña y otros dos jardineros se dirigían en coche hasta Brujas cuando pasó todo. Se enteraron de que los Caducos pretendían asesinar a una de las Mayores del jardín de Brujas, Linette Lyon. Esta jardinera pretendía derrocar a los Caducos haciendo una poda en un cónclave que iban a celebrar al cabo de una semana.

—¿Una poda?

—Pretendía acabar con los líderes de los Caducos en esa reunión, Anne. Linette Lyon lideraba a un grupo de revolucionarios partidarios del uso de la fuerza para provocar el cambio. Todo el mundo se refiere a ellos como los Insurgentes. Maialen, Begoña y los demás se enteraron de que los Caducos habían descubierto los planes de Linette Lyon y se citaron con ella y su gente en un pueblecito de Holanda, para avisarla y trazar un plan alternativo.

—Entonces tu mujer, Maialen, y Begoña Argenta ¿se dirigían a salvar a una mujer que pretendía causar una matanza?

—En todas las guerras llega un momento en el que hay que pasar a la acción, Anne. De lo contrario, los tiranos se perpetúan en el poder. Maialen no abogaba precisamente por el uso de la violencia pero sufrió la pérdida de una compañera por culpa de los Caducos y cuando Begoña Argenta la reclutó no dudó en unirse a los Insurgentes.

—¿Begoña Argenta formaba parte de los Insurgentes?

Jon asintió.

—¿Tú fuiste el que me envió ese *e-mail*, verdad? El que informaba de la guerra entre los Caducos, los Insurgentes y los Originarios.

—Sí.

—¿Y tú de qué parte estás Jon? ¿Quieres ser claro de una vez? —preguntó Anne, harta de tanta ambigüedad.

—Durante un tiempo estuve totalmente de acuerdo con Maialen y los Insurgentes. Ningún intento de acabar con los Caducos de manera pacífica había funcionado en el pasado. Ni siquiera tu abuela Mary Anne lo había logrado, y eso que había logrado ascender a Summa de Petunia. En cuanto vieron lo que Mary Anne estaba logrando, se la cargaron.

—Eso no hace falta que me lo cuentes, eso ya lo sé. ¿Me puedes decir de una vez de qué va todo esto? ¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres, Jon?

—No creo que lo que buscan los Insurgentes vaya a funcionar. La historia reciente de Petunia demuestra que la violencia conlleva más violencia. Es una cadena irrompible, un círculo vicioso. Durante mucho tiempo planeé la forma de hacer volar por los aires esta organización. Quería acabar con la vida de todos los que me habían arrebatado a Maialen. Aniquilarles. Por suerte, Itziar me quitó la idea de la cabeza. Me hizo ver que si seguía por ese camino, pondría en peligro la vida de mi hija Elia.

—¿Itziar es jardinera también?

—Itziar formaba parte del grupo que lideraba Koldo de Andrés en Vitoria, los Carlinos. De cara al público eran simplemente una asociación cultural, pero muchos de ellos confraternizaban con otros grupos de Insurgentes de otras partes de Europa. Maialen lo conoció en la universidad y él la captó. Trabajó junto a él en muchos yacimientos. En Vitoria, en Turquía, en Alemania... Más tarde Itziar conocería a Maialen a través de él. Itziar consiguió abandonar la organización justo a tiempo de poder hacerlo. Fue cuando comenzó a ver lo que ocurría en Petunia. Sin embargo, Maialen continuó durante mucho más tiempo. Itziar trató de convencerla para que lo dejara mil veces, pero no lo logró. Desde la muerte de Maialen, Itziar comenzó a investigar más en profundidad a la Fundación desde fuera. Rastreó los trabajos y la actividad llevados a cabo por Koldo de Andrés y llegó hasta Margarita Toledo, a la que creo que conoces bien. Esa mujer realizó uno de los mayores descubrimientos de la historia de la arqueología. Aunque la Fundación se encargara de taparlo.

—Ya me sé la historia —lo interrumpió Anne—. También sé que Itziar le robó a Margarita el cuaderno donde ella había apuntado sus anotaciones sobre ese descubrimiento.

—Lo tuvo que hacer para proteger el legado de Margarita y para tener un arma con el que defenderse de Petunia llegado el caso. Ese cuaderno hubiera acabado en las manos más inadecuadas. Nadie debía enterarse jamás de lo que Margarita Toledo había descubierto.

—¿Qué era lo que Margarita apuntó en su cuaderno? ¿Descifró los signos de la piedra del dolmen que se encontró bajo la muralla de Vitoria?

—Eso te lo contará Itziar.

—Estupendo.

—¿Fuiste tú quien nos siguió hasta la casa rural de Araia? —preguntó Anne.

—No, no fui yo. ¿Qué os pasó, pues?

—Mientras pasábamos allí la noche Mechero y yo, entró un intruso en la casa. Tuvimos que salir corriendo.

—Tiene que ser alguien de la Fundación. Querrán tenerte controlada ahora que se acerca el momento de la profecía.

—Perfecto. Solo me faltaba eso. Tener que andar pendiente de quién me sigue o me deja de seguir. Por cierto, hay algo que no entiendo. ¿Por qué nos engañó Itziar a Mechero y a mí cuando fuimos a verla a la redacción del periódico?

—Pensó que podíais ser infiltrados de los Insurgentes. Nadie se fia de nadie en esta guerra, Anne.

60.

Jon le sonrió con ternura y acercó más a su rostro la cámara del móvil. Durante unos segundos la imagen se distorsionó, pero enseguida volvió a aclararse. A Anne se le hizo un nudo en el estómago.

—Anne, te necesitamos. Yo te necesito.

—Venga Jon, creo que es un poco tarde ya para eso. Ha pasado demasiado tiempo. Si te interesase algo habrías dado señales de vida antes. Mucho antes.

—No solo te estoy pidiendo una oportunidad para mí. Debes entender que necesitaba saber qué estaba ocurriendo en la Fundación y cómo defenderme. Sé que no es excusa, pero necesitaba tiempo. Durante todos estos meses he estado reuniendo fuerzas en otros jardines, buscando a los jardineros que nos pudieran apoyar, tanteando si es posible llevar a cabo la revolución sin seguir las directrices de los Insurgentes. Y he llegado a una conclusión. Aunque es difícil, es posible. Los Insurgentes son un verdadero peligro, están dispuestos a todo, se llevarán por delante a todo aquel que trate de impedirles su objetivo de derrocar a los Caducos. Hay que pararles antes de que sea demasiado tarde. Por eso te necesitamos.

—¿Cuando dices que me necesitáis qué quieres decir? ¿Que los Originarios me necesitáis?

—Sí. Necesitamos que tú lideres el cambio antes de que corra más sangre. ¿Quién mejor que la nieta de Mary Anne Merrick para ello? El respeto reverencial hacia la figura de tu abuela sigue vivo en los jardines de todo el mundo. La mayoría de jardineros confiará en ti como líder, sobre todo ahora que se ha corrido el rumor entre los Mayores de muchos de los jardines de que tú eres la elegida para dar cumplimiento a la profecía. Aúnas en ti lo mejor de Petunia, el recuerdo casi sagrado de tu abuela, y además eres la mujer de la que habla la profecía. Tienes que ser tú, Anne. No hay tiempo que perder.

—¿Pero por qué esta urgencia?

—Sabina Elguea, la tía de David Vanner, ha convocado una reunión para pasado mañana. Supongo que habrás visto las noticias sobre el asesinato de niñas en diferentes montes vascos. “La *sorgina*” ha matado a varias de las hijas de los linajes vascos que comparten el legado ancestral del secreto de los gigantes. Esas niñas pertenecen, en mayor o menor grado, a los descendientes de los berones, várdulos, caristios... algunos de los pueblos prerromanos que habitaron el actual territorio vasco. Pero ahora ha dado un paso más y ha acabado con la vida de dos mujeres adultas. Creemos que también son miembros de esos linajes. Una de setenta años, junto al monte Aitzgorri, en Gipuzkoa, y otra de unos cuarenta a los pies de la Sierra de Codés, en la frontera entre Álava y Navarra. Es probable que haya más muertes que aún no hayan sido identificadas como víctimas de “la *sorgina*”, pero el patrón que ha seguido el asesino es similar. Muertas por asfixia, vestidas de blanco... Lo único que no cuadra es que ya no se trata de niñas. Es un ataque a todos esos linajes, aunque ni la razón ni la autoría están claras. El motivo de esa reunión es trazar una estrategia para protegerse de “la *sorgina*” y atraparla.

Sin pronunciar palabra, Anne asintió con la cabeza casi al mismo tiempo que el bebé le daba una patada.

—Van a acudir representantes de la mayoría de linajes vascos —continuó Jon—. Bueno, eso es lo que piensa Sabina Elguea. Pero va a haber unos cuantos invitados extra más. Sabemos que los Caducos de Santiago Valls se van a presentar y van a proponer tomar ellos las riendas de la situación. Van a exigir la entrega de la llave que custodia el linaje de los berones como medida de seguridad hasta que la apertura de la puerta se haya producido y “la *sorgina*” haya sido neutralizada. La llave es el objeto mágico del que estuvimos hablando tú y yo cuando seguíamos el rastro de Koldo de Andrés por La Rioja Alavesa. ¿Te acuerdas?

Anne seguía en silencio. Jon trató de no ponerla nerviosa con tanta información controlando el tono de su voz.

—Nadie sabe a ciencia cierta qué es la llave. Lo único que se puede afirmar con total seguridad es que es la misma que buscaban los bátavos que arrasaron el poblado berón de La Hoya, en La Rioja Alavesa. Esa llave ha sido reclamada por la Fundación Petunia muchas veces y no siempre mediante vías pacíficas. En la época que siguió a la destrucción de La Hoya, hubo varios intentos de arrebatarla. Los descendientes de los berones han ido acumulando toneladas de rencor desde entonces hacia la Fundación, no solo hacia los bátavos. Lo más grave es que los Insurgentes piensan acudir también a esa reunión y dar un golpe de efecto para acabar con los Caducos. Algunos creen que no van a atreverse a derramar sangre inocente de los miembros de los linajes que estén presentes, pero no opino igual. El riesgo de que ocurra una tragedia es muy alto.

—¿Y me pides a mí que acuda a esa reunión? Estás loco. Cada vez que oigo ese nombre, Santiago Valls, se me ponen los pelos de punta por todos los rumores que he oído sobre él.

—Santiago Valls es Mayor del Jardín del Mar Balear y probablemente el líder con más poder ahora mismo dentro de los Caducos. Pero aún hay más, Anne. Hemos detectado la presencia de Suzanne Bechs, la líder del linaje de los bátavos, en Bilbao, a pesar de que Artechnia está prácticamente cerrada. Si los bátavos se han enterado de esa reunión y que además la ha convocado Sabina Elguea, es muy probable que se presenten también. Ya sabes los ataques recíprocos que ha habido entre el linaje de los bátavos y los berones a lo largo de la historia. El riesgo de que Suzanne Bechs haya planificado un ataque para acabar con Sabina Elguea y su posición de predominio entre los linajes es más que evidente.

—Fantástico. ¿Y qué se supone que puedo hacer yo?

—Mostrar tu poder, tu posición dentro de toda esta historia. Hacer valer tu sangre, tu linaje y el legado de Mary Anne Merrick. Asumir el control. Y evitar un derramamiento de sangre.

—¿Por qué me dijiste en el *e-mail* que todo era por mi abuela y que no me fiara del profesor O’Connor? No termino de entenderlo.

—Tu querido profesor O’Connor es uno de ellos.

—¿El profesor pertenece a los Caducos? No te puedo creer —dijo Anne. No era posible que el profesor hubiera estado engañándola todo este tiempo.

—No. James O’Connor forma parte de la corriente de los Insurgentes del jardín del Mar del Norte. En su momento trató de convencer a tu abuela de que era necesario recurrir al uso de la fuerza para acabar con los Caducos pero supongo que Mary Anne consiguió pararle los pies. Hay rumores de que el profesor bebía los vientos por ella.

—Sí, también me ha llegado esa historia.

—Cuando vio que era imposible convencer a tu abuela, James buscó el apoyo de otros Insurgentes. Así encontró al profesor Koldo de Andrés. Su grupo de los Carlinos de Vitoria estaba empezando a cobrar cierta fama e influencia entre la corriente de los Insurgentes en el sur de Europa. Consiguió que Mary Anne se citara en Sunny House con Koldo de Andrés y con Begoña Argenta, que también comulgaba con él. Ambos pasaron unos meses alojados en la mansión, invitados por tu abuela.

Anne recordó las palabras de Begoña Argenta la primera vez que había hablado con ella en aquella cafetería del casco viejo de Bilbao donde la entrevistó antes de contratarla. Cuando Anne le había comentado que era inglesa, Begoña Argenta le había dicho que ella había estado viviendo en Gales en el pasado.

—Sigo sin entenderlo del todo —dijo Anne.

—Es sabido por muchos de los Mayores que Koldo de Andrés y tu abuela iniciaron una relación sentimental en secreto durante ese tiempo en el que él permaneció en Sunny House. Y siguieron juntos tiempo después de que Koldo y Begoña regresaran al País Vasco. Tu abuelo Joseph al parecer no se percató de nada. O lo consintió, quién sabe. El que sí se enteró fue James O'Connor, que hizo todo lo posible por desvirtuar la reputación de tu abuela. Consiguió hacerse con parte de la correspondencia que mantuvieron tu abuela y Koldo de Andrés. Supongo que le robaría esas cartas a Mary Anne. El caso es que los celos le cegaron y se las reenvió a muchos Mayores de varios jardines, con el objetivo de desprestigiar a Mary Anne y de que se iniciara un movimiento en contra de ella. El fin último era que acabara dimitiendo del cargo de Summa de Petunia por asociarse con los Insurgentes. Nada más lejos de la realidad, pues Mary Anne jamás estuvo de acuerdo con ellos, según afirman todos los Mayores que la conocieron y con los que he conseguido contactar. Mary Anne nunca dejó que su relación con Koldo de Andrés contaminara lo que ella realmente pensaba de lo que debía ser Petunia. Más tarde el profesor O'Connor se arrepintió de su comportamiento y trató de arreglarlo, pero el daño ya estaba hecho. Tu abuela murió envenenada por un cóctel letal de estramonio que alguien le puso en un vaso de mate durante un cónclave de la Fundación. Un joven miembro de los Caducos reivindicó días después su muerte, aunque nadie sabe si actuó solo o fue un verdadero complot de los Caducos para acabar de un plumazo con el movimiento de los Revolucionarios que lideraba Mary Anne.

—No tiene sentido que el profesor O'Connor reenviara esas cartas de mi abuela y Koldo de Andrés para acusarla de actuar en connivencia con los Insurgentes. ¡Si él mismo era uno de ellos!

—La estrategia era perfecta. Nadie en la Fundación hubiera pensado que James O'Connor podía pertenecer a los Insurgentes si él mismo acusaba a Mary Anne Merrick de estar confabulada con ellos —dijo Jon.

—¿Cómo sabes que fue el profesor O'Connor quien reenvió esas cartas privadas de mi abuela? Pudo ser cualquiera.

—He hablado con dos de las Mayores del jardín del Mar del Norte que simpatizan ahora con los Originarios, y afirman que James O'Connor les confesó lo que había hecho. Una de ellas incluso conserva una carta que en su día le envió el propio James arrepintiéndose de todo. Itziar está ahora en Inglaterra precisamente para que le sea entregada esa carta.

—¿A dónde quieres llegar, Jon?

—Estamos convencidos de que fue Koldo de Andrés quien hizo volar el invernadero de Bilbao por los aires y provocó el incendio de la biblioteca. Lo hizo para vengar la muerte de tu abuela a manos de los Caducos. A diferencia de Begoña, que con los años terminó abandonando a los Insurgentes y optó por defender el cambio siguiendo la estrategia pacífica de los Originarios, el odio de Koldo por los Caducos fue aumentando cada vez más hasta el punto de cometer aquellas atrocidades que intentaron cargarme a mí. Hay rumores de que Begoña Argenta se proponía delatar a Koldo de Andrés. Quizá por eso la mataron en el incendio de Bilbao aprovechando el caos.

—¿Cómo has averiguado todo eso?

—¿Te acuerdas de nuestra amiga Miren Martínez de Ilarduya, la anticuaria del casco viejo de Vitoria? Estuvimos alojados en su casa en Vitoria.

—Pensaba que Miren era la actual pareja de Koldo de Andrés.

—Ella le quiere, pero no es tan correspondida como quisiera. Ha bastado presionarle un poco para que acabe confesando el odio que Koldo de Andrés ha mostrado siempre hacia los Caducos por culpa de la muerte de tu abuela. Aunque Miren sigue sin creerse que Koldo fuera el autor de la explosión del invernadero y del incendio de la biblioteca. Dice que es incapaz de actuar así pero yo no estoy de acuerdo. Koldo de Andrés es un peligro para la Fundación. Ha estado reuniéndose con Lourdes del Río y con otros Insurgentes para planificar su estrategia de derrocar a los Caducos.

—¿Lourdes forma también parte de los Insurgentes?

—Lourdes siempre ha querido demostrar a Koldo que podía confiar en ella. Su veneración por él es tan grande que le daría igual si Koldo de Andrés se dedicara a quemar ciudades enteras o matar hadas del bosque. Lourdes lo único que quiere es tener una posición de privilegio dentro de Petunia y ganarse para siempre el favor de Koldo. He intentado sonsacarle información sobre los Insurgentes, pero no ha funcionado. Es muy precavida. Jamás me confesaría de qué parte está.

—Si lo que dices sobre Lourdes es cierto —dijo Anne— entonces Mechero tenía razón respecto a ella y a lo que ocurrió con su madre biológica, Julia Ayala. Según Mechero, Lourdes empujó a Julia a la muerte en una misión de alto riesgo y así se hizo con su puesto. Veo que Lourdes sigue haciendo méritos para trepar como sea hasta la cúspide.

—No solo está Lourdes. La abuela Sofía, la bibliotecaria de Bilbao, también está con ellos. Es la que más ha hecho para que me carguen el muerto a mí, tanto lo del invernadero como lo del incendio.

—¿Sofía Arrizabalaga? No te puedo creer.

—Sí. Koldo de Andrés se ha citado con ellas y con otros Insurgentes en los últimos meses. El caso es que James O'Connor, al igual que Koldo, quiere que los Insurgentes asuman el mando en Petunia.

—Hay algo que no entiendo —le interrumpió Anne—. Si James y Koldo forman parte de los Insurgentes, ¿por qué James está empeñado en que encontremos a Koldo? ¿No tiene contacto con él?

—Koldo de Andrés se enteró hace tiempo de que James había conspirado contra Mary Anne y que indirectamente había sido el responsable de su muerte.

—¿Te lo ha dicho Miren?

—Sí. Koldo y James O'Connor llevan mucho tiempo sin hablarse y sin saber el uno del otro. Te puedes imaginar lo que debe sentir Koldo ahora mismo por él. Sabemos que James quiere ser el líder de Petunia y para eso quiere tenerte de su parte. ¡Qué mejor manera de lograr ese liderazgo que consiguiendo la información de cómo va a tener lugar la llegada de los que estaban antes y teniéndote a ti de su lado! Cualquier jardinero que obtenga ese conocimiento conseguiría el poder y la influencia necesaria para hacer valer su posición en Petunia. Pero tiene un pequeño problema para conseguir su objetivo.

—¿Qué problema?

—Koldo de Andrés. Creo que Koldo pretende hacer lo mismo, acabar con los Caducos. Aunque es probable que Koldo esté tan cegado por el odio que simplemente quiera causar el mayor dolor a la Fundación y a los Caducos, sin pensar en el futuro de la organización. La ideología primigenia de los Revolucionarios habla del fuego como agente destructor y purificador y necesario para el cambio.

—Eso es lo que propugnaba Hugo el Potevino, el monje de la Edad Media que fundó la corriente de los Revolucionarios. Mechero me contó cuál era su ideología. Todo aparecía en esa especie de tesis que Mechero encontró en la biblioteca de la Fundación la mañana de la explosión del invernadero.

—Eso es. Aunque dudo mucho de que Hugo el Potevino se estuviera refiriendo al fuego literalmente, los Insurgentes se han tomado sus palabras como algo literal. Es posible que Koldo de Andrés pretenda llevar a cabo una acción aún más grave que lo que hizo en el invernadero y la biblioteca. Y la reunión que ha convocado Sabina Elguea es el momento perfecto para hacerlo.

Anne volvió a guardar silencio unos segundos. Todo lo que le estaba contando Jon tenía sentido. Por eso al profesor O'Connor le urgía tanto encontrar a Koldo de Andrés. Por eso había continuado con su labor vigilándola a ella todos estos años. Esa era la razón de que hubiera sido su mentor en la Universidad y hubiera cuidado de ella de alguna forma. James sentía que se lo debía a la abuela, por todo el daño que en su momento él la había causado.

—La reunión es en Rioja Alavesa —explicó Jon—. Sabina quiere jugar la baza de que ese encuentro sea en sus dominios para mostrar todo su poder.

—¿Y cómo os habéis enterado los Originarios de todo esto? ¿Cómo habéis averiguado que Lourdes y que la abuela Sofía comulgan con los Insurgentes? ¿Cómo sabéis que los Insurgentes pretenden atacar a los Caducos en la reunión de la tía de David?

—Un amigo inesperado muy conciencizado y persistente me ha hecho el trabajo sucio.

61.

Amelia Aizaga estaba nerviosa. La Niña se había enterado de la reunión que había convocado Sabina Elguea y quería acudir. Por más que había tratado de convencerla de que eso era una locura, que ese tipo de encuentros no estaban hechos para ella, que habría demasiada gente, ella había insistido e insistido hasta que había acabado cediendo. Sus constantes gritos y sus ataques de ira habían mermado sus fuerzas y no había podido oponer resistencia. En el pasado hubiera sabido cómo manejar la situación pero ahora se sentía demasiado cansada como para hacerla frente. Ni siquiera le había avisado a Sabina de que la Niña iba a aparecer, se le hubiese echado encima y se lo hubiera impedido, amenazándola de mil formas hasta lograr hacerle cambiar de opinión. Sabina y Concha seguían pensando que algunos de los miembros del linaje de los vascones ayudaban a Amelia a cuidar en secreto de la Niña. Ella misma se había inventado aquella patraña. Si Sabina y Concha descubrían la verdad no quería ni imaginar cómo reaccionarían.

Al parecer, la Niña había escuchado a dos de las hermanas guardianas que la educaban en el santuario de Arantzazu hablar de la reunión de Sabina. El *akelarre*, como ellas habían definido a aquel encuentro. Allí mismo la Niña había montado en cólera tras solicitar a sus dos cuidadoras que la dejaran asistir y estas haberle respondido que eso era imposible, que debía permanecer oculta, como hasta ahora. Una de ellas había acabado con la muñeca de la mano derecha rota al tratar de reducirla. Hicieron falta cinco hermanos para lograr encerrarla en una de las celdas hasta que llegara Amelia. Si la Niña entraba en ese estado de alteración, solo Amelia Aizaga era capaz de sosegarla con sus cánticos y oraciones de la antigua religión. Hacía mucho tiempo, cuando comenzó a sufrir sus primeros ataques de ira, los hermanos guardianes habían decidido utilizar diferentes relajantes musculares y narcóticos para aplacarla, pero los efectos secundarios eran devastadores. La Niña entraba en un estado semicatatónico que podía durar días. El riesgo de que pudiera no sobrevivir a esa situación era demasiado alto. Así que en su día optaron por la vía que hasta ese momento había funcionado. Llamar a Amelia y hacerla venir desde Dorrao. Cuando la Niña regresaba al caserío de Amelia normalmente no padecía esos impulsos violentos. Dormía en la cueva ubicada detrás de “Alaiz Enea”, donde Amelia le había preparado una coqueta habitación con su cama, su escritorio, su mesa y su armario. Aun así, la Niña prefería descansar la mayoría de las veces sobre el suelo de la caverna, como si necesitara sentir la humedad de la tierra en contacto con su piel mientras recargaba fuerzas para el día siguiente. La entrada a la cueva estaba a un paso de la puerta trasera de “Alaiz Enea”, pero desde el exterior del edificio era imposible adivinar su existencia, con lo que aquel escondite se había convertido en el refugio perfecto para la Niña cuando no estaba en el santuario de Arantzazu. La Niña tenía también otro dormitorio preparado en el interior de “Alaiz Enea”, pero casi nunca lo utilizaba. Ahora ese cuarto lo ocupaba Véspero Aizaga.

Nada más llegar a Arantzazu, el hermano guardián que la recibió le advirtió de lo que ocurriría si no permitían que acudiese a la reunión que había convocado Sabina.

—La Niña tiene conciencia, no se la puede manipular así como así. Durante todos estos años ha aceptado vivir escondida entre “Alaiz Enea” y Arantzazu, pero es lógico que quiera acudir. Ella forma parte de los linajes, igual que tú y todas las demás. Creo sinceramente que sus ataques incontrolables de ira son la forma que tiene de resistirse y mostrar su oposición al trato que está recibiendo por parte de todos nosotros. Quiere ser libre y me temo que es prácticamente imposible anular esa ansia de libertad. Si no la dejas acudir a esa reunión, no habrá forma de volver a traerla aquí. No podremos sosegarla. Hemos recibido ya demasiados toques de atención de los de arriba. La Niña ha estado a punto de salir al exterior en varias ocasiones. Incluso se han escuchado sus gritos en la plaza de la basílica. Tarde o temprano alguien descubrirá que está escondida aquí.

—Está bien, pero si ella va yo también —había respondido Amelia. El hermano guardián tenía razón. Por mucho que todos la llamaran “la Niña”, de niña no tenía nada. Estaba reclamando atención. Necesitaba sentirse escuchada e integrada. Lo que estaban haciendo ahora con ella era prácticamente un secuestro, una detención en contra de su voluntad. —No puedo dejar que la acompañe cualquiera. Llegado el caso, solo yo puedo calmarla. No me quiero ni imaginar lo que puede ocurrir si le da uno de sus ataques y no estoy a su lado.

—¿Y qué propones?

—Necesito que un par de hermanos guardianes se queden en “Alaiz Enea” cuidando a Véspero. No dará problemas. Solo es una noche.

—¿Estás segura? Las crónicas sobre Véspero no son nada buenas. No quiero recordarte el reguero de sangre que deja allá dónde va.

—Confía en mí. Desde que la trajeron de la residencia de Vitoria es como un pajarillo, dócil y obediente. Solo duerme y toma la comida y bebida que se le sirven. Pero lógicamente no puedo dejarla sola toda una noche.

—Está bien. Hablaré con los demás y supongo que no habrá problema pero, por si acaso, enviaremos a cuatro hermanos. Dos no me parecen suficientes.

—Como quieras. ¿Puedo verla ya?

El santuario de Nuestra Señora de Arantzazu se ubicaba muy cerca del pueblo de Oñati, y estaba rodeado de montañas. De hecho, su arquitectura sobria y gris colgaba sobre profundos barrancos retando a la fuerza de la gravedad y dotándole de una apariencia milagrosa, como si fuera imposible que aquello estuviera construido en aquel lugar. El edificio actual había sido levantado en la década de los cincuenta del siglo XX y en él habían participado artistas de renombre internacional, aunque su historia se remontaba hasta mediados del siglo XV, cuando el pastor Rodrigo de Balzategi encontró la imagen de la Virgen en un espino de la zona. Su historia había sido abrupta, con varios incendios que fueron destruyendo los diferentes monasterios que se levantaron hasta llegar a la construcción actual, regentada por la orden de los franciscanos. Al

llegar aquella mañana, Amelia Aizaga no había podido evitar sobrecogerse contemplando la fachada de la basílica, enmarcada por dos torres gemelas y con la imponente torre del campanario, de cuarenta y cuatro metros de altura, alejada de ellas. Levantadas con bloques de piedra caliza tallados en punta de diamante en un claro homenaje al espino donde se había aparecido la Virgen, era asombroso que una construcción tan moderna hubiera sido aceptada en aquella época. A pesar de no creer en nada de lo que allí se honraba, Amelia Aizaga percibió el carácter sagrado del lugar flotando en el ambiente. La presencia de *Amari* se palpaba en cada roca de los montes que rodeaban el santuario. Desde luego el sitio elegido para ubicarlo no era casual.

La celda donde estaba encerrada la Niña estaba varios metros por debajo del nivel de la plaza donde se situaba la entrada a la basílica y bajo uno de los montes adyacentes. Aunque había un pasadizo que comunicaba el recinto donde los hermanos guardianes educaban a la Niña con la plaza en sí, la entrada se hacía a través de una trampilla secreta situada en uno de las laderas de la montaña, a unos setecientos metros del santuario, de modo que ambos lugares estaban totalmente separados. Los hermanos guardianes llevaban allí desde antes de que el pastor Rodrigo de Balzategi tuviera su encuentro milagroso con la Virgen. A diferencia de los monasterios que se fueron construyendo sucesivamente sobre la superficie, la orden de los hermanos guardianes había construido su galería de túneles subterráneos bajo la montaña. Se trataba de un conjunto de doce celdas, una biblioteca pequeña, una sala de reuniones que era utilizada también para las ceremonias y cuatro grandes estancias que albergaban dos laboratorios, un quirófano y un cuarto esterilizado. Todas las habitaciones estaban distribuidas en los laterales de un corredor central que contaba con varias puertas de seguridad durante su recorrido, todas ellas vigiladas por uno o dos hermanos guardianes, a veces incluso más. Con el paso de los siglos habían ido introduciéndose electricidad y diferentes mejoras para evitar un derrumbe, pero el aspecto del pasillo principal era prácticamente idéntico al original. El lugar era conocido entre los hermanos como La Madriguera y muy pocos jardineros de la actual Fundación Petunia conocían su existencia. En la actualidad, solo uno de los franciscanos que gobernaban el santuario sabía que aquel lugar existía pero jamás había podido acceder a él. Tampoco se imaginaba la clase de orden que eran los hermanos guardianes ni hacía muchas preguntas al respecto. Nadie sabía cómo habían convivido en aquel lugar durante tanto tiempo ambas organizaciones sin que se hubiera producido ningún conflicto serio. Lo cierto era que la superficie que ocupaban los hermanos guardianes quedaba lejos de los límites reconocidos legalmente para el santuario, lo cual sin duda había contribuido a la buena marcha de las relaciones entre las dos órdenes. Se rumoreaba que unas cuantiosas donaciones pecuniarias habían sido claves para el mantenimiento de la paz y para asegurar la discreción. La Fundación Petunia, como se hacían llamar en la actualidad, siempre había sido una orden silenciosa y prefería mantenerse en la sombra. La existencia de La Madriguera y su continuidad en el tiempo eran pruebas más que fehacientes de esa discreción. Tanto que aquella facción secreta de la orden era prácticamente desconocida para el noventa y nueve por ciento de los jardineros.

Los gritos comenzaron a escucharse nada más descender al primer nivel, justo al inicio de la escalinata que llevaba a las habitaciones. Cuando la vio llegar, la Niña cesó inmediatamente de chillar. No hizo falta entonar ninguna plegaria. Amelia exigió a las hermanas que cuidaban de ella que la librasen de los mecanismos de acero con los que había sido atada a la cama. Daba pena

verla inmovilizada de esa manera. La Niña se lo agradeció con un sonoro beso que plantó en su mejilla izquierda.

—Tranquila, ya estoy aquí —le susurró al oído.

—No quieren dejarme ir al *akelarre* —le indicó la Niña entre sollozos—. Estoy harta de estar encerrada aquí o en “Alaiz Enea”. No podéis tratarme como si fuera un animal. Necesito respirar. Necesito unirme a las demás. Si viviera Izaskun me dejaría ir sin dudarle. Me voy a volver loca. Por favor. Necesito ir.

—Serénate, ya está todo arreglado —le dijo Amelia con los ojos llenos de lágrimas al escuchar el nombre de su difunta hija Izaskun—. Sé que echas de menos a Izaskun. Cuando estaba ella en “Alaiz Enea” no te sentías tan sola, ella sabía entenderte. Yo también la echo de menos, preciosa. No te preocupes. Tú yo vamos a ir a esa reunión. Algunos de los hermanos nos llevarán hasta allí. Pero tienes que portarte bien, ir en calma, sosegada, con ganas de disfrutar de la experiencia. La mayoría de los linajes no saben nada de ti. Déjame hablar a mí primero, presentarte como mereces.

La Niña se abalanzó sobre ella para abrazarla y Amelia estuvo a punto de caer de bruces al suelo. Era increíble la fuerza que tenía. Estaba tan orgullosa de ella... Todos aquellos años a su cargo habían sido una penitencia, aunque por suerte los hermanos guardianes de Arantzazu la habían ayudado en su misión. Siempre ocultándola a los ojos de los demás, temiendo que en cualquier momento escapara bosque a través y acabara en Dorrao o más lejos aún. Una vez que Amelia había tenido que dejarla sola durante cuatro horas en “Alaiz Enea” mientras acudía al médico en Pamplona, le había pegado un susto de muerte. Nada más salir de la clínica se la encontró allí, sobre la acera, esperando escondida tras unos contenedores de basura en un callejón adyacente. Eran las ocho de la tarde de un lunes de diciembre así que la noche ya había caído sobre la ciudad. Nunca llegó a comprender cómo hizo La Niña para recorrer ella sola los cuarenta y cinco kilómetros que separaban Dorrao de Pamplona en tan poco tiempo. Había sido milagroso que no le hubiera sucedido nada malo. Lo único que se había limitado a decir La Niña era que pensaba que se había ido para no volver. Tenía que reconocer que la quería. Amaba su vulnerabilidad y fragilidad a pesar de la rabia que impulsaba su energía vital. La quería como hubiera querido a Izaskun si aún siguiera con vida. La Niña había sido su carga y su sacrificio personal, pero aun así había sido feliz a su lado. Solo deseaba que viviera segura y contenta y que la persona que la cuidara cuando ella se hubiera ido la respetara y la amara como ella lo había hecho.

62.

Logroño había amanecido cubierta por una envolvente capa de niebla casi opaca. Durante las primeras horas de la mañana se habían producido varios alcances entre diferentes vehículos debido a la escasa visibilidad. Sin embargo, a eso de las diez, el sol había desterrado con su brillante y cegadora luminiscencia aquel ambiente lóbrego y oscuro y la vida había retornado a las calles, devolviéndoles su habitual bullicio de los sábados.

El hotel estaba ubicado en pleno centro de la ciudad, muy cerca de la Gran Vía. Era un establecimiento hotelero de lujo que había abierto sus puertas en enero. La suite principal había sido reservada la noche anterior junto con otras veinte habitaciones repartidas por todo el edificio. Situada al final del pasillo de la planta séptima, la puerta de roble macizo con incrustaciones de oro y plata de la estancia se abrió al primer toque de nudillos. La huésped allí alojada dejó pasar a su invitado tras ordenar salir a su guardaespaldas.

Suzanne Bechs saludó a Hubert Vanner con el respeto y el protocolo que exigía la jerarquía que ambos ostentaban dentro del linaje de los bátavos. La Presidenta de Artechnia ocupaba una posición bastante por encima de él, pero aun así Hubert era uno de los miembros más respetados y envidiados de los Bechs. Su actitud ególatra y superficial escondía una educación refinada en los mejores colegios y universidades de Holanda, Estados Unidos e Inglaterra, donde había cursado sus estudios de antropología, historia y astronomía. Mientras su hermano Ruud había decidido dedicarse desde muy joven a los negocios del difunto padre de ambos, asumiendo desde muy temprano puestos de director en varias de sus empresas, Hubert había optado por la cultura y la vida bohemia. Su afición al alcohol, según solía comentar, había arraigado en él durante sus años de universidad en el Reino Unido. Siempre había sido devoto de la antigua religión, en la que creía profundamente, aunque de cara al exterior no le gustara mostrar lo que él le había confesado que consideraba como una debilidad. Su veneración por los que estaban antes le había llevado a especializarse en ámbitos de un corte demasiado esotérico como para reconocerlo en público. Sus viajes alrededor del mundo le habían servido para encontrarse con algunas de las personas con más autoridad en esos temas. Por eso había continuado con la obra de Jacobus Vanner, asumiendo su nombre como el suyo propio, en un intento de continuar con el legado que el viejo Jacobus había dejado antes de morir. Y vaya si lo había conseguido. Decenas de libros habían sido publicados a través de la pequeña editorial perteneciente a la familia. Su trabajo como escritor había sido difundido en los años noventa gracias a la librería de Nimega donde los miembros del clan acudían regularmente a hacerse con algún ejemplar, como parte importante de la educación que se impartía a los más pequeños en las reuniones trimestrales. Muy pocos sabían que bajo el pseudónimo de Jacobus Vanner se ocultaba Hubert Vanner y era mejor que así fuera. Los enemigos de la familia podrían sentirse tentados de acabar con él si averiguaban su identidad. Hubert

Vanner era el b́atavo ḿas instruido y eficaz que hab́an tenido jaḿas para difundir los dogmas de la antigua religi3n.

Cuando Suzanne Bechs acudi3 a Hubert para pedirle su ayuda, 3l no tard3 mucho en autoconvencerse de que defender el legado familiar era la opci3n adecuada. Se deb́a a las viejas creencias que sus padres y su entorno le hab́an inculcado desde peque1o. Ya hab́a disfrutado la vida lo suficiente como para adoptar una postura ḿas responsable dentro de sus obligaciones para con el linaje. Suzanne queŕa recuperar la llave de los antiguos berones como fuera y aś se lo hizo saber en varias ocasiones. El imperio de Artechnia se estaba desmoronando ŕapidamente y no se le ocurri3 una idea mejor para volver a hacerse con el poder y, sobre todo, para arrebatarle la posici3n de privilegio a Sabina Elguea dentro de la gran familia que conformaban todos los linajes.

Sabina Elguea era una mujer despreciable. Se lo hab́a demostrado infinidad de veces. No le iba a perdonar en la vida ninguno de sus intentos por arrebatarle el imperio que su familia hab́a conseguido levantar con tanto esfuerzo. Pero sobre todo jaḿas iba a olvidar c3mo se comport3 cuando le pidi3 ayuda al caer gravemente enferma su difunta hermana Fiona. Queŕa venganza. El honor de su familia, de sus ancestros, reclamaba una revancha. Por Fiona y por el hijo de esta, William. Suzanne Bechs ard́a en deseos de hacer responder a alguien por aquel terrible asalto del que hab́a sido v́ctima su sobrino. William no era precisamente el orgullo de los Bechs pero ning3n miembro de la familia se mereća algo aś. Se lo deb́a a su hermana Fiona. Sabina Elguea iba a pagar caro el haberse atrevido a ordenar aquel ataque.

Suzanne Bechs quiso aprovechar la relaci3n estrecha que Hubert Vanner manteńa con Ruud. Mucho antes de que William sufriera aquel inhumano ataque y mientras David daba sus primeros pasos profesionales en Artechnia, Suzanne fue persuadiendo a Hubert para que este convenciera a su vez a Ruud de que hiciera todo lo posible para acercarse a David. Ning3n padre pod́a permanecer tanto tiempo alejado de su hijo. Y Ruud, que era un sentimental, pic3 el anzuelo. No le deseaba ning3n mal a Ruud pero no soportaba que hubiera dejado de acatar sus directrices. La profeća estaba a punto de cumplirse y Hubert, a diferencia de Ruud, sab́a que era necesario defender los intereses del linaje. Era necesario proteger y preservar el legado del Dios astado y recuperar la llave. Sabina y el resto de adoradoras de la Diosa no se saldŕan con la suya. Hab́a intentado firmar la paz con ella, pero ya se hab́a hartado. Si ella queŕa guerra, la tendŕa.

—Necesito que averig3es d3nde se va a llevar a cabo la reuni3n, Hubert —le hab́a ordenado en holand3s nada ḿas iniciar la conversaci3n—. Esa desgraciada ha citado a todas esas herejes y no podemos desaprovechar la ocasi3n. Esas mujeres tienen lavado el cerebro, la siguen y la respetan como si fuera la encarnaci3n de la Diosa. Si supieran realmente que Sabina solo piensa en ella y en su patrimonio... Peor para ellas. Es hora de rendir homenaje a los bravos hombres que arrasaron hace dos mil trescientos a1os el poblado sagrado de los berones. Nos hemos

preparado durante todo este tiempo. Basta ya de rifirrafes empresariales. Es el tiempo del sagrado linaje de los bátavos. El Dios astado nos guiará hasta la victoria.

—Suzanne, ¿no estarás pensando en atacarles de esa manera? No te atreverás.

—Al final va a resultar que eres más débil de lo que pensaba. Déjame a mí, que yo sé lo que tengo que hacer. Varios de nuestros hombres están llegando desde ayer desde Holanda para la gran cita de mañana. Ellos tienen lo que hay que tener para el ataque. Tú sigues escribiendo libros, que es lo tuyo.

—Estás loca. Pensaba que nuestro plan era otro. Además, ¿cómo piensas hacerlo sin que la policía sepa que has sido tú? Se te ha ido definitivamente la cabeza. No estamos en el siglo III antes de Cristo. Acabarás detenida y en la cárcel.

—Eso no va a ocurrir, tengo todo pensando para la huida. Pero si ocurre, estoy dispuesta a asumir mi sacrificio personal.

—Sí, tú escaparás y detendrán a todos los miembros del linaje a los que has convencido para hacer esta sangría. Criticas a Sabina y tú actúas igual.

—Te exijo respeto, Hubert. Recuerda con quién estás hablando. Arréglatelas como puedas, pero averigua dónde es la reunión. Ya has fracasado al no encontrar la llave. Haz algo bien de una vez. Utiliza a esa novia tuya, la sobrina de Sabina. Sabrás cómo hacer que te diga dónde es el encuentro.

—Eso es imposible, Lucía y yo ya no somos nada. ¿Cómo quieres que me acerque a ella sin que sospeche?

—Ese no es mi problema. Hazlo y punto. No me obligues a usar otros métodos para sacarle la verdad.

—Por favor, Suzanne. Deja en paz a Lucía. Es una buena persona, no se merece tu odio ni el de nadie.

—Haz lo que tengas que hacer, Hubert, pero hazlo ya. La reunión es mañana.

—Sabina Elguea no es tonta. Ha convocado a todos los linajes de la Diosa en plena fiesta de la vendimia. Cientos y cientos de personas acuden mañana a Lacaverna desde todos los puntos de Rioja Alavesa. Eso sin contar los autobuses repletos de gente que llegarán desde Bilbao, San Sebastián y Vitoria. Es curioso, porque podría parecer que lo más prudente sería buscar una fecha no tan concurrida, un sitio más recóndito. Pero no, ha decidido mostrar su poder y su posición en sus dominios y en uno de los días grandes de la comarca. Va a ser imposible distinguir a las adoradoras de la Diosa entre toda esa muchedumbre de turistas y visitantes.

—Sabina está mal de la cabeza. Su ego es tan grande que cree que va a poder despistarnos de esa manera. Por eso es tan importante que averigüemos cuanto antes el lugar del encuentro.

—¿Y por qué no se lo encargas a otro? ¿A tu querido sobrino William, por ejemplo?

Suzanne Bechs dio dos pasos y se detuvo a un palmo del rostro de Hubert Vanner. Su piel pálida y cetrina apenas se contrajo a pesar de la ira que desbordaban sus pupilas. Con el mismo tono de voz neutral que había utilizado durante toda la conversación, se dirigió por última vez a él antes de despedirle:

—No te atrevas a volver a decirme qué es lo que tengo que hacer. ¿Me has entendido? Y ni se te ocurra volver a mentar a William. Cumple tu misión. Ahora.

63.

Aimar Errekamendi se sentía algo incómodo con su nuevo amigo. En realidad, teniendo en cuenta que Manu Olabe jamás había llegado a serlo, por mucho que él se empeñara en llamarle “colega” todo el rato, y que Mabel Azpeitia, su amiga de la academia de policía, pertenecía al género femenino, podría decirse que Jon Arkaute no era su nuevo amigo, sino el primer amigo masculino que tenía tras aquel fatídico incidente en el campamento de verano cuando era un niño.

Jon Arkaute era todo lo contrario a él. Encantador, con don de gentes, con un punto adulator y arrogante, seguro de sí mismo... Las tres veces que habían comido juntos en un restaurante y en dos bares de carretera, las camareras habían reído sus gracias y se habían mostrado amables y receptivas. Exactamente lo opuesto a lo que habían hecho con él. Estaba más que acostumbrado, no era ninguna novedad. Si *Ama* supiera que Jon Arkaute había inaugurado su círculo de amistades masculinas, le habría dicho que se alejara de él. En el mundo dividido en castas que *Ama* tenía en su cabeza, Jon pertenecía sin duda alguna a la de los chicos populares de la clase o, lo que era lo mismo, a la del mismísimo diablo. Sin embargo, la incomodidad de Aimar no procedía de aquella personalidad arrolladora y seductora de Jon, sino precisamente de la actitud de su nuevo amigo para con él. Jon le había abierto su corazón desde el primer momento y se había mostrado admirado por todo el trabajo realizado por Aimar desenmarañando las entrañas de aquella extraña organización, la Fundación Petunia. Una sociedad secreta a la que el propio Jon pertenecía y que en esos momentos se enfrentaba a un derramamiento de sangre inminente por culpa de diferencias ideológicas relacionadas con la interpretación de lo que propugnaba aquel monje francés, Hugo el Potevino. Lourdes del Río, Sofía Arrizabalaga, Koldo de Andrés, James O'Connor... Todos ellos pertenecían a una corriente revolucionaria dentro de la Fundación Petunia que pretendía acabar con el monopolio del grupo dominante que había corrompido el espíritu original de la organización a base de mano dura y prácticas criminales. Jon también pertenecía a ese grupo de revolucionarios pero, a diferencia de Lourdes y sus amigos, que pretendían hacerles pagar a los miembros del sector dominante con su misma moneda, no defendía el uso de la fuerza para lograr el cambio.

El grupo de Lourdes se había hecho recientemente con el control del Jardín del Mar Cantábrico y pretendían hacer lo mismo con el resto de jurisdicciones de la Fundación en todo el mundo. No llegó a comprender del todo las explicaciones que Jon le dio acerca de aquella antigua orden ni tampoco de aquella extensa red de familias enfrentadas por unas viejas creencias en dioses mitológicos y un supuesto origen celestial del euskera. Anne Wellington, la mujer pelirroja, era una pieza fundamental en todo aquel rompecabezas que intentaba descifrar como podía a marchas forzadas. Jon respondía a sus preguntas en la mayor parte de las ocasiones, pero en otras prefería guardar silencio. Por su seguridad, le había dicho. Aun así, Aimar estaba feliz. No tenía ninguna duda de estar asistiendo a la misión a la que estaba destinado desde que había nacido, tal y como le había vaticinado *Ama* mil veces. Lo sentía en el fondo de su corazón maltratado durante años por la indiferencia de los demás y por sus propias inseguridades.

Jon llevaba siguiéndole desde aquel día en el cementerio de Bilbao. Los dos estaban vigilando los pasos de Lourdes del Río y sus caminos se cruzaron en aquel camposanto. A partir de ese momento, Jon comenzó a acechar a Aimar, aunque había tenido verdaderas dificultades para hacerlo. Lo había perdido de vista varias veces. Aimar se camuflaba entre la gente como un camaleón en mitad de la jungla. No sabía cómo lo conseguía, pero la gente no advertía su presencia. Sencillamente lo ignoraban. A él mismo le había costado lo suyo seguir su rastro; muchos días incluso le había perdido la pista entre la muchedumbre. Al principio Jon había pensado que se trataba uno de ellos, de los Insurgentes, como él los llamaba. Pero poco a poco se había dado cuenta de que no, de que Aimar Errekamendi era un agente de la *Ertzaintza* en baja laboral desde hacía varios meses, y que, desde hacía un tiempo, se dedicaba a perseguir, sin saberlo, a algunos de los miembros más activos de aquel grupo revolucionario. Aimar le había confesado que todo se había iniciado por su investigación extraoficial sobre la muerte de Peter Magnusson, el asesino del *blog*, y su intento de desenmascarar a la mujer pelirroja que habían captado las cámaras en el casco viejo de Vitoria la noche que había ocurrido todo. Jon asistía entusiasmado a sus explicaciones mientras Aimar se sentía pletórico por la atención que aquel hombre, que el chico popular de la clase, le estaba prestando. Jon lo elogió por todo lo que había conseguido averiguar acerca de la Fundación Petunia y por su extraordinaria facilidad para pasar desapercibido. Al final, la cruz que Aimar había llevado sobre sus espaldas toda su vida, la indiferencia que causaba en los demás, se había convertido en su más preciado don. Lo que a Aimar no le había hecho ni pizca de gracia era que Jon se hubiera enterado de sus delicadas circunstancias laborales, ni que hubiera descubierto que asistía periódicamente a las sesiones con la doctora Juliana Monroy, su psiquiatra. A pesar de todo aquello, Jon no le había juzgado. Le había agradecido haberse hecho con aquella documentación que había sustraído a Sofía Arrizabalaga y le había suplicado insistentemente su ayuda. Le necesitaba para tratar de averiguar cuándo se produciría la reunión, el *akelarre* del que hablaban aquellos papeles, y para tener vigilados a los Insurgentes. Aimar era la persona idónea para continuar siguiendo a Lourdes del Río pasando inadvertido. Había aceptado de inmediato la propuesta, emocionado y con el corazón henchido de alegría. Por primera vez en su vida se sentía sereno y confiado. Aunque jamás la había experimentado, supo que aquella sensación debía de ser lo que la gente y su psiquiatra denominaban “felicidad”.

Lourdes del Río salió de Bilbao a primera hora de la mañana de aquel sábado y se dirigió a Logroño en el autobús de línea. Al llegar, se encaminó arrastrando su pequeña maleta de cabina a un edificio de viviendas ubicado en la plaza de San Agustín, muy cerca de la calle Laurel. Al cabo de media hora abandonó la casa sin el equipaje, por lo que dedujo que se había alojado allí. Aimar la seguía de cerca pero guardando una prudencial distancia de veinte metros. De nuevo iba disfrazado de turista, con una visera enorme y unas gafas de sol que ocultaban la mitad superior de su rostro, camisa hawaiana, bermudas, zapatillas deportivas blancas y un bolso y una cámara de fotos colgados del hombro. Lourdes caminó hasta El Espolón, un céntrico parque, donde se juntó con cinco individuos absolutamente desconocidos para Aimar. “*Insurgentes*”, dedujo. Todos ellos se dirigieron a la Biblioteca Pública de La Rioja, en el centro histórico de la ciudad, donde

otros diez les esperaban en la puerta. Ya en el patio central del edificio, cerca de un centenar de personas permanecían de pie, hablando en susurros las unas con las otras. La mayoría no sobrepasaba los cuarenta años. Al entrar Lourdes en la estancia, todos callaron y la siguieron hasta una sala de conferencias cercana. Antes de que la puerta se cerrara, Aimar pudo comprobar desde la distancia que al menos otro medio centenar aguardaba dentro. Llamó inmediatamente a Jon Arkaute.

—Son unos doscientos, Jon. Tal vez más. No me dijiste que fuera a haber tantos. ¿Cómo pretendes evitar que nada malo suceda?

—Nosotros estamos intentando reunir a todos los Originarios que podemos, pero no es fácil. La mayoría pertenece a jardines de más allá de los Pirineos y todo esto nos ha cogido por sorpresa. Averigua por Dios dónde va a ser el *akelarre*. Si supiéramos el sitio, podríamos tomar ventaja.

—Llamemos a la policía. No tenemos manera de detener esta locura.

—¿La policía? ¿Y qué pretendes decirles? ¿Que va a haber una masacre? No tenemos ninguna prueba.

—Si les enseñamos la documentación que le quité a Sofia Arrizabalaga...

—Aimar, por favor, no seas ridículo. En ese panfleto no se habla de ninguna masacre, solo de un encuentro.

—Pero van a ver que guardaban información detallada de Anne, de los Bechs, de David Vanner...

—¿Y dónde pone en esos papeles quién ha obtenido la información? ¿Están firmados acaso por los Insurgentes? No tenemos nada.

—¿Y cómo pretendes parar esto?

—Ella lo hará.

—¿Quién?

—Anne Wellington.

—Creo que tienes demasiada confianza en esa mujer y en que todos vayan a acatar sin más lo que diga.

—Lo harán. Es la nieta de Mary Anne Merrick, la Revolucionaria más importante y más respetada de nuestra historia. Incluso los Insurgentes la veneran.

—¿Ha llegado ya a Bilbao?

—No, debe de haber algún problema en el aeropuerto de Heathrow. Pero llegará, tranquilo. Llegará.

64.

Anne Wellington salió de uno de los baños del aeropuerto londinense de Heathrow tratando de disimular y que Itziar Azurmendi no notara nada extraño en ella. La llamada que acababa de mantener por teléfono la había dejado preocupada. Sentía una opresión en el vientre y el bebé no paraba de revolverse, como si presintiera lo que estaba a punto de suceder. No estaba preparada para todo aquello. Los Originarios, con Jon Arkaute e Itziar Azurmendi a la cabeza, estaban depositando demasiadas esperanzas en ella. Todos lo estaban haciendo. ¿Y si salía mal? ¿Y si al final la tragedia se consumaba? ¿Por qué tenía que pasar todo esto justo ahora que faltaba tan poco para que diera a luz?

Estaba enfurecida con el profesor O'Connor. Aunque hubiera tratado de revertir los efectos de la campaña de desprestigio que inició en contra de su abuela, no podía perdonarle que fuera el instigador indirecto de su muerte. ¿Cómo había sido capaz el profesor de mirarle a la cara durante tanto tiempo y hacer como si nada? Jon tenía razón. James O'Connor pretendía tener a Anne de su lado y utilizarla para averiguar cuanto antes cómo se abriría la puerta y se cumpliría la profecía. Anne había descubierto en uno de los armarios del dormitorio del profesor una fotografía de ella y de Mechero saliendo de la redacción de la Luz de Navarra y otra entrando en la casa rural de Araia. Junto a las instantáneas, había encontrado varios *pendrive* repletos de información y más fotografías de los pasos que Anne y Mechero habían dado en los últimos meses. El profesor había encargado a alguien que les siguiera. ¿Se podía llegar a odiar a la persona que había admirado tanto durante sus años de universidad?

También estaba enfadada consigo misma. Estaba ocultándole información a Mechero y a Calíope y se sentía culpable. Mechero era como su hermano pequeño, alguien a quien había prometido proteger y cuidar y ahora le estaba fallando. Mechero no se lo iba a perdonar en la vida.

—Han suspendido el vuelo —le anunció Itziar Azurmendi cuando la vio llegar. A su lado, tres reporteros realizaban conexiones en directo con sus respectivas cadenas de televisión para relatar el caos que comenzaba a vivir el aeropuerto.

—¿Suspendido?

—Sí. Ha habido un atentado en Francia con varios muertos. Están echándolo por la tele. Al parecer se sospecha que está relacionado con los otros atentados que ha habido hace poco. La mayoría de vuelos hacia el continente han sido cancelados. Supongo que los reanudarán en unas horas.

—Pobre gente.

—Sí, muy fuerte. Algún pirado hijo de puta. Pero como no nos pongan otro vuelo no sé cómo vamos a llegar a Bilbao. He estado hablando con la chica de información y me ha dicho que lo

más probable es que se programe uno a primera hora de mañana. Creo que lo mejor es que busquemos un hotel cerca.

—Yo no me muevo de aquí. Si existe la más pequeña posibilidad de que el avión salga esta noche quiero ser la primera en la cola. Sigue contándome lo de Margarita Toledo.

—¿Por dónde iba?

—Por lo de la piedra del dolmen de Vitoria.

—¡Ah, sí! Pues eso. Que Margarita Toledo consiguió descifrar lo que había escrito en la piedra del dolmen que hallaron en el yacimiento de la muralla de Vitoria.

—Pero ¿cómo supo lo que decían esas inscripciones?

—En realidad no lo supo nunca con certeza. Bajo las inscripciones originales, alguien había cincelado, mucho tiempo después, lo que Margarita entendió que era su correspondiente traducción al latín y al hebreo.

—Entonces sí que es una especie de piedra de Rosetta.

—Bueno, yo no estoy tan segura de que Margarita lograra lo que afirmaba haber conseguido en su cuaderno.

—¿Por qué lo dices?

—El texto escrito en latín no decía exactamente lo mismo que el texto escrito en hebreo.

—Pero, ¿qué decía?

—A ver, espera. Lo tengo subido a la nube.

Itziar buscó en su móvil la traducción que había llevado a cabo Margarita Toledo.

—Aquí está. *“Los hijos de Oiraco descansan bajo las piedras sagradas, en comunión con la Gran Madre, que les susurra al oído y les acuna para siempre en su seno. Que el caldero de la Gran Madre en el que nacieron acompañe su viaje bajo la tierra y les libere de su eterno desvelo.”*

Anne notó una patada en el abdomen. El bebé acababa de moverse. Se palpó con cuidado y tuvo la sensación de que se había colocado cabeza abajo.

—En el código 60 que investigamos Jon y yo para la Fundación Petunia —dijo—, aparecía también mencionada en euskera la palabra Oiraco junto a la de Gastehiz, la antigua Vitoria. En su día interpretamos esas palabras como los lugares a donde había marchado el guerrero que salvó la llave del ataque al poblado berón.

—Probablemente Oiraco es la forma de referirse a Vitoria o al lugar en el que posteriormente se levantó Gastehiz, que acabaría siendo Vitoria.

—Pero eso es imposible. En la colina donde comenzó a emerger la aldea de Gastehiz no había ningún asentamiento con anterioridad.

—Igual Oiraco no era ningún tipo de asentamiento sino el nombre con el que se conocía a la colina donde los gigantes crearon su necrópolis —apuntó Itziar.

—Puede ser. De todas formas eso que has dicho del caldero de la Gran Madre me es familiar —dijo Anne.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estuvimos en Cerdeña, gracias a Filippa Costa descubrimos que tanto el pozo sagrado de la cultura nurágica como la *drakospita* del monte Oqui de la isla de Eubea apuntaban al conjunto estelar de las Pléyades, cuyas estrellas más brillantes forman la figura de un caldero.

—Es curioso, porque el caldero es un símbolo del útero materno en muchísimas culturas y religiones. Representa el arquetipo femenino de la fertilidad. Es el símbolo del poder creador de las mujeres. Por eso se asocia con la figura de las brujas, por ejemplo. En su caldero, las brujas vertían toda su sabiduría y conocimientos ancestrales y de él surgía su magia. Es obvio que en esta inscripción se relaciona a la Gran Madre con la figura de la Diosa, como entidad creadora del universo.

—A la que los gigantes vuelven una vez han muerto, como sucede en la mitología vasca, a las entrañas de la tierra. Las cavernas eran el origen de la vida y a donde regresaban los vivos al fallecer. Pero hay algo que no entiendo, ¿por qué tenía tan claro Margarita Toledo que esas inscripciones eran una versión arcaica del euskera?

—Las supuestas traducciones en latín y hebreo presentaban una peculiaridad. Los verbos estaban siempre ubicados en el final de la frase, algo que es más propio del euskera. De hecho, toda la estructura de las frases seguía el patrón del euskera, que tiene una sintaxis gramatical distinta a esas dos lenguas. Pero sobre todo Margarita estaba obsesionada con la traducción al latín y al hebreo que se había llevado a cabo de las palabras “Gran Madre”.

—¿Por qué?

—Pues porque mientras en la primera alusión a esa entidad superior, en latín y en hebreo sí que se empleaban literalmente las palabras “Gran Madre” para traducir los símbolos del supuesto euskera arcaico usados para denominarla, la segunda vez que se refieren a la Diosa en el texto, no lo hacen utilizando esas mismas palabras. En ambos idiomas utilizan un término que no pertenece ni al latín ni al hebreo.

—¿Cuál? —preguntó ansiosa Anne.

—“*Eusc*”.

—¿Me estás vacilando, no? —dijo Anne algo irritada.

—No. Según Margarita esa era la demostración del verdadero origen etimológico de la palabra “*eusk*”, que siempre se ha asociado con “lo vasco”, y de la que proviene el término “*eusk-ara*”, que ella traduce como “a la manera vasca”. Según Margarita, el origen del vocablo “*eusk*”, del que derivan varias palabras como “*euskaldun*” o “*euskal*”, en realidad está refiriéndose a esa entidad superior, la Gran Madre, la Diosa, “*Eusc*”. Si te fijas tiene sentido. Toda la mitología vasca, la propia idiosincrasia de los vascos, tiene un marcado carácter femenino. De este modo, todas las palabras que definen esa esencia vasca se estarían refiriendo al mismo concepto sagrado, la Diosa como entidad suprema femenina. Los símbolos empleados por esa antigua escritura para la palabra “*Eusc*” aparecían también en la cerámica hallada en la *drakospita* del monte Oqui y, según Margarita, en la cueva de Rumanía que se inundó, aunque de eso no queda prueba alguna. La expresión usada en el código 60 para definir al euskera, “*la lengua venida de los cielos*”, no haría otra cosa más que enfatizar ese origen divino de la lengua.

—Aun así, esto no demuestra el origen del euskera. De ser cierto lo que afirmaba Margarita, simplemente demostraría que esos símbolos de la piedra de la muralla de Vitoria eran un euskera primitivo, nada más. Lo cual en sí ya es una locura. Te recuerdo que la escritura fue inventada

miles de años después. Y tampoco nos da pistas sobre la procedencia de los gigantes. Es curioso, porque tras las explicaciones de Filippa Costa, Mechero y yo llegamos a pensar en Cerdeña que los gigantes provenían de las estrellas Pléyades. Extraterrestres. ¡Qué idiotas fuimos al creernos semejante tontería! Resulta que al final, lo único que me queda claro es que los descendientes de los gigantes de Cerdeña y Grecia rendían culto a las Pléyades porque la figura que dibujaban esas estrellas en el cielo se asemejaba a un caldero y, por lo tanto, les recordaba a la Diosa.

—Quizá ahí resida el misterio y la magia del euskera, Anne, en que el origen de los seres que lo hablaban y el de la propia lengua en sí jamás será desvelado.

Pasaron dos horas sentadas junto a una máquina de café, esperando noticias. Anne notó en dos ocasiones un ligero dolor en el vientre. ¿Era el preludio de una contracción? Imposible. Según la ginecóloga aún le faltaban dos semanas para salir de cuentas. Afortunadamente en los dos casos duraron solo un segundo. Mientras miraban las pantallas que anunciaban los vuelos que continuaban retrasados o suspendidos, dos figuras llegaron corriendo desde la otra punta de la terminal. Anne los reconoció enseguida. Eran Mechero y Calíope.

65.

Ander Goikoetxea abrió la puerta del jardín de Ruud Vanner a Lucía Zuberoa. Era la una y media de la madrugada y la humedad del cercano río Ebro acariciaba las plantas y el césped de la parcela. A pesar de ser verano aquellas temperaturas tan bajas eran más propias de las noches otoñales. Lucía entró en la casita donde se alojaban David y Ander desde que se hubieran mudado a Lapuebla de Labarca. Ander le ofreció algo de beber de la pequeña nevera que David había mandado instalar recientemente en el vestíbulo, pero ella rechazó su ofrecimiento. Observó las cicatrices del rostro de Ander que, aunque bastante recuperado, aún mostraba las señales de su fatal encuentro con Manu Olabe.

—Deberías haber ido a la policía —le dijo.

—Tranquila, no es nada. No te creas, que yo también le di lo suyo —mintió Ander.

—No es propio de ti. ¿Y si te llega a sacar una navaja o algo?

Ander la había engañado inventándose un atraco en Logroño para justificar las magulladuras.

—Nunca sabes cómo vas a reaccionar en una situación así.

—Podría haberte matado.

—No seas exagerada.

—¿Qué tal llevas lo de Manu?

—Prefiero no hablar del tema. Intento no pensar mucho en ello.

—Tienes razón, perdona.

—¿Qué era eso tan urgente que me querías contar? —la interrumpió él—. Me has asustado antes cuando me has llamado.

—“Las tres lunas rojas”. Creo que ya sé lo que es.

A Ander se le iluminó el rostro al pensar que por fin habían dado con la solución a la enfermedad de David.

—Hoy he cenado pronto, estaba cansadísima —continuó Lucía—. El caso es que me he quedado dormida mientras veía la tele y he tenido una pesadilla horrible. En el sueño veía a todas esas niñas asesinadas por “la *sorgina*” minutos antes de morir, vagando solas por las inmediaciones de los montes donde sus cuerpos fueron encontrados. Ha sido muy extraño. Era como si estuviera viviendo en mis carnes sus últimos instantes en este mundo.

—¿Y qué tiene que ver eso con “las tres lunas rojas”?

—Una de las niñas, la última que he visto en el sueño, era yo.

—¿Cómo?

—Pues eso, que era yo de pequeña. Era mi cara, mi pelo... era yo. Me he dado un susto de muerte al mirarla de frente. Y justo cuando “la *sorgina*” iba a atraparme, me he despertado.

—Pero no entiendo nada. ¿Te pasó algo parecido de pequeña?

—No, qué va. Pero ya sé por qué lo he soñado. ¿Te acuerdas de que te dije que me sonaba lo de “las tres lunas rojas” pero no sabía de qué?

—Sí.

—Cuando éramos pequeños, la prima Amelia nos contó la leyenda de las tres lunas rojas más de una vez a David, a mi hermano y a mí. Según mi madre, de pequeña tuve muchas pesadillas por culpa de esa historia.

—¿La prima Amelia?

—Sí, es una prima de mi abuela Véspero. Vive en un caserío en un pueblecito de Navarra, Dorrao.

—¿Es también del linaje de los berones como vosotros?

—No, pertenece a la línea vasca. Pero nuestros linajes están emparentados, como la mayoría de los linajes vascos.

—¿Y de qué iba esa leyenda?

—Era una especie de cuento del estilo de Caperucita Roja. Su objetivo era asustar a los niños para que tuviéramos cuidado con los desconocidos.

—Sigo sin entenderlo.

—Las protagonistas eran tres niñas que pertenecían a tres de los linajes que creemos en todas estas cosas. Y el lobo en este caso era un hechicero con cuernos que las perseguía durante tres noches, las engañaba, las atrapaba, las mataba y se bebía su sangre para conseguir vencer a la muerte.

—¿Y lo de “las tres lunas rojas” a qué viene?

—A una de las niñas la mataba cuando había luna creciente, a otra cuando había luna llena y a otra cuando la luna era menguante. Lo de “rojas” supongo que sería por lo de la sangre de las víctimas. La prima Amelia nos aterrorizaba cada vez que nos contaba esa historia. Recuerdo que mi madre me explicó, cuando ya fui algo más mayor para entenderlo, el significado del cuento. Era una advertencia para que respetáramos y temiéramos la magia de los ritos de los ancestros.

—¿Pero por qué? ¿Qué rito era ese?

—Nuestras familias veneran a la Diosa.

—¿La Diosa?

—Sí, en femenino. *Amalur*, la Madre Tierra, Gaia, tiene múltiples nombres. Los cristianos creen en un padre celestial. Nuestras familias creen que esa entidad suprema es femenina. Las tres lunas es la metáfora que utiliza el cuento para explicar que las tres niñas pertenecen a estas familias que creen en la Diosa. La luna creciente, la luna llena y la luna menguante es uno de los símbolos más poderosos para representar a la Diosa.

—No he oído hablar de ese símbolo en la vida.

—Mira —dijo Lucía tomando un rotulador negro y un pañuelo de papel que había sobre una de las mesillas—. Seguro que lo has visto por ahí mil veces en colgantes, *posters*...

Lucía dibujó primero una media luna creciente, abierta hacia la izquierda. A continuación, pegada a ella, trazó un círculo que emulaba a la luna llena y por último, adosado a este, dibujó media luna menguante mirando hacia la derecha.

—Cada una de las lunas representa a uno de los tres arquetipos de la Diosa. La luna creciente a la doncella, la luna llena a la madre y la luna menguante a la anciana.

—Pero en el cuento las tres niñas son pequeñas, ¿no?

—Sí. Ya te he dicho que es una historia que se cuenta a los niños pequeños de nuestras familias para que tengan cuidado con los rituales ancestrales, con nuestros enemigos y, en general, con los desconocidos. La sangre de las tres niñas, acabar con sus vidas, es lo que busca el hechicero para a su vez vencer él a la muerte. Es una forma de invocar el poder omnipotente de la Diosa para conseguirlo. Que el hechicero tenga cuernos tampoco es casualidad, supongo. Es el símbolo del Dios astado. Entre nosotros hay ciertos linajes, como la familia paterna de David, que creen que el dios masculino de la fecundidad prevalece sobre la Diosa ya que, según ellos, sin él la Diosa no es capaz de crear vida, por lo que ella ocuparía un escalón por debajo de su Dios. En general todos los linajes reconocemos la importancia de las dos entidades como dos caras de la misma moneda y la preeminencia de la Diosa como fuente creadora y originaria de todo, y la que arrebató a la vez la vida. Pero algunos de estos adoradores del Dios astado niegan ese predominio de la Diosa simplemente porque es una entidad femenina. Y punto. Por mucho que inventen excusas o traten de argumentar su doctrina con miles de razonamientos, al final todo se resume en eso. No soportan que una entidad femenina sea la divinidad suprema. Así de simple. Es uno de los principales motivos por los que ha habido enfrentamientos entre nuestras familias durante siglos.

Así que de eso se trataba. Algunos de aquellos linajes defendían la supremacía del Dios astado frente a los que veneraban a la Diosa como entidad suprema. Una guerra de religión en toda regla.

—Entonces —dijo Ander— ese hechicero con cuernos que mata a las niñas del cuento lo hace para conseguir esa magia ancestral de la Diosa que es capaz de vencer a la muerte. Ahora entiendo lo que Jacobus Vanner decía en su libro. Si las tres lunas rojas drenan el río por el que fluye el insomnio de los dioses, eso quiere decir que la solución para vencer el don de la vigilia y no morir pasa por conseguir ese poder de la sangre y de la muerte de las veneradoras de la Diosa. Las tres lunas rojas es ese ritual de magia. Por eso la advertencia que hace Jacobus: “*¡Ay de aquel que ose navegarlo de esa manera!*”. Porque el rito implica matar y las consecuencias pueden ser imprevisibles. Creo que está claro.

Los dos se miraron fijamente recapacitando sobre las últimas palabras de Ander.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ander. Lucía estaba extremadamente pálida, como si la sangre hubiera huido de manera súbita de su rostro. Se levantó y comenzó a andar de manera errática por la habitación, mientras la respiración se le aceleraba. Ander se le acercó y la detuvo.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras bien? —le volvió a preguntar. Lucía le miró con la sombra de la desesperación nublando su mirada.

—Joder, eso que acabas de decir es lo que está haciendo “la *sorgina*”. Joder, joder, joder... Tengo que avisar a mi madre.

—¿Te quieres calmar? ¿De qué estás hablando?

—“La *sorgina*”, joder. El puto asesino de las niñas. Está siguiendo al pie de la letra el ritual de las tres lunas rojas. ¿Es que no te das cuenta? Ese hijo de puta está matándolas para consumir el rito.

—Pero, esas niñas que ha matado “la *sorgina*”... ¿son familiares tuyas? No entiendo nada. Acabas de decir que las niñas del cuento representan a miembros de las familias que creéis en la Diosa.

—No, todas esas pobres crías que ha matado ese degenerado no son familiares mías. Ni tampoco las mujeres adultas que se ha cargado. Pero según tía Sabina y mi madre sí que pertenecían, en mayor o menor grado, a los linajes que creemos en la Diosa. Nos está matando para conseguir el poder de la Diosa con ese jodido ritual.

—¿Pero para qué? No tiene sentido.

—¿Pero estás tonto o qué te pasa? —le recriminó Lucía a punto de perder el control—. Creo que está claro. Ese hijo de puta, sea quien sea, tiene el don de la vigilia. O el puto insomnio de los dioses, como lo llama Jacobus Vanner. Está desesperado y no quiere morir. ¿Es que no lo ves? Tengo que avisar a mi madre pero ya. Sin quererlo se lo hemos puesto a huevo. Como no hagamos algo ese cabrón va a tener dónde elegir mañana en Lacaverna.

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres hablar claro, por favor? —Ander comenzaba a sentir los latidos de la ansiedad repiqueteando en su sien derecha.

—Mi tía ha convocado una reunión con varias representantes de los linajes que creen en la Diosa mañana durante la fiesta de la vendimia en Lacaverna. ¿No lo entiendes? Van a venir decenas de mujeres que creen en la Diosa. Si ese cabrón anda cerca se va a poner las botas.

Lucía abandonó corriendo la casita del jardín y la finca de Ruud Vanner sin despedirse de él. Tenía que llegar cuanto antes a Lacaverna y avisar a la tía Sabina. Había que suspender el encuentro como fuera. Ander cerró la puerta y se sentó sobre la cama. David y su padre llegarían a media mañana de otro de sus viajes, a tiempo de celebrar la fiesta de la vendimia, y quería estar descansado. De repente un oscuro pensamiento se aferró a su corazón como el prelude de la tragedia que parecía destinada a desencadenarse. Trató de desecharlo pero no pudo. La mera idea de pensar algo tan horrible le hizo sentirse un miserable pero en el fondo tenía que reconocer que todo encajaba. Todos esos viajes que habían realizado David y Ruud durante los meses anteriores podían no ser más que una coartada. Ya había sorprendido a David mintiéndole sobre algunos de los lugares en los que habían estado. No sería descabellado que el engaño fuera mucho más profundo de lo que le había parecido. No quería creerlo. Era imposible. Y sin embargo no podía dejar de pensar en ello. ¿Sería David el culpable de todas esas muertes? ¿Conocería David el ritual de las tres lunas rojas? ¿Se lo habría contado su padre? ¿Se habrían vuelto locos los dos y habrían decidido ejecutar el rito para salvar a David? Se levantó y fue directo al cuarto de baño. El vómito y las náuseas no despejaron sus dudas. Regresó a la cama y trató de imaginar otro culpable. Pero no fue capaz. Todo apuntaba a que David, actuando solo o con su padre, era “la *sorgina*”.

66.

Lacaverna se despertó mucho más temprano de lo que solía ser habitual en un domingo cualquiera del mes de septiembre. Las semanas anteriores habían sido una locura de idas y venidas, de decenas de reuniones con el Ayuntamiento, la Diputación Foral y las asociaciones vecinales de la comarca, de encuentros con los comerciantes y los patrocinadores oficiales. Todo el mundo deseaba que, como venía sucediendo desde hacía un cuarto de siglo, la fiesta itinerante de la vendimia de La Rioja Alavesa fuera un éxito. Y habían trabajado muy duro para conseguirlo. Habían logrado reunir uno de los mayores presupuestos de todas las ediciones y la responsabilidad por no defraudar a lugareños y visitantes era enorme. Las máximas autoridades de Álava y el País Vasco se iban a dar cita esa mañana en la villa. Esta era la segunda vez que Lacaverna organizaba el evento aunque la fiesta de este año no tenía nada que ver con aquella pequeña celebración de los años noventa. El festejo no había dejado de crecer tanto en actividades programadas como en número de asistentes y se había convertido con el paso de los años en una de las citas imprescindibles de aquel bucólico rincón del sur del País Vasco y en el momento idóneo para reivindicar y fomentar la identidad cultural de la comarca en torno a su bien máspreciado, el vino.

El movimiento de gente comenzó a notarse a eso de las diez de la mañana, cuando los primeros autobuses empezaron a ocupar los seis aparcamientos que se habían dispuesto tanto en la parte más baja del propio pueblo como en las fincas que lo rodeaban. La imagen de la localidad en lo alto de la colina, con sus murallas fortificadas engalanadas con cientos de parras y diferentes motivos relacionados con la uva era impactante. Decenas de agentes de la *Ertzaintza* y voluntarios se afanaban por dirigir el continuo goteo de coches y autobuses. El sol lucía con fuerza en el firmamento con lo que era de esperar que el buen tiempo animase a miles de personas a acudir a la cita. Había cierta inquietud por los recientes acontecimientos ocurridos en diferentes partes de la geografía vasca. “La *sorgina*” había acabado con la vida de varias niñas y de al menos dos mujeres, y se sospechaba que podía estar detrás de la muerte de otra mujer cuyo cuerpo había aparecido en las laderas del monte Txindoki, en Gipuzkoa, muy cerca de la ermita de Nuestra Señora de los Remedios de Larraitz, aunque las circunstancias de su muerte no estaban del todo claras. En un intento de crear un clima de mayor seguridad, el número de agentes había aumentado considerablemente respecto de la edición del año anterior.

Lucía Zuberoa se despertó a eso de las siete. El estanque celtibérico de Laguardia debía abrir sus puertas esa mañana, como todos los domingos. El trayecto desde Lacaverna hasta Laguardia duraba aproximadamente veinticinco minutos en coche, así que era probable que muchos de los asistentes a la fiesta de la vendimia se pasaran en algún momento por Laguardia para completar su visita turística. Observó las horribles ojeras bajo sus ojos mientras analizaba su rostro con la cámara de su teléfono móvil. No había podido dormir en toda la noche. Nada más abandonar la

casa de Ruud Vanner fue directa a la de Sabina Elguea para advertirla de lo que podía ocurrir al día siguiente con “la *sorgina*”. Sabina la recibió con pasmosa tranquilidad, como si nada en el mundo fuera capaz de hacerle cambiar de idea sobre el encuentro.

—No voy a suspender nada. La reunión se celebrará tal y como estaba prevista —le había dicho de manera tajante mientras le calentaba un vaso de leche. Sabina Elguea estaba escuálida. Su piel tenía una pigmentación cetrina que dejaba entrever las venas violáceas de su rostro y su aliento era ciertamente desagradable. Parecía haber envejecido diez años de golpe. Hasta su cabello aparecía cubierto con decenas de canas que hasta hacía bien poco no tenía. El don de la vigilia estaba dando sus últimos coletazos en su organismo, pero ella se aferraba con determinación a lo poco que le quedaba de vida.

—Estás loca. Tienes que suspenderla, dejarla para otro momento —le había suplicado Lucía.

—No voy a cancelar la reunión. No va a ocurrir nada, va a haber muchos *ertzainas* repartidos por toda Lacaverna. No va a pasar nada. Todo va a seguir según lo previsto. Llevo preparando esto durante mucho tiempo. Ni tú ni Concha lo entendéis. Es el tiempo de la profecía. No pienso permitir que ninguna de esas descaradas que van a venir mañana me arrebaté, nos arrebaté nuestra posición dentro de los linajes.

—Ni siquiera tienes la llave. Se te ha ido la cabeza, tía. Es hora de parar y reconocer que necesitas la ayuda de todos los linajes. Tú sola, nosotros solos, no podemos sobrellevar esta carga.

—¡Cállate, insensata! Nuestro linaje lo lleva haciendo con honor desde hace más de dos mil años. Y antes que nosotros lo hicieron las Madres. ¡Cómo te atreves! Mañana se va a celebrar la reunión, honraremos a *Amalur*, elevaremos nuestros cánticos y la reina *Amari* nos bendecirá con su gracia. Todas verán que yo sigo siendo la que manda aquí y tú y tus hijos tendréis asegurado vuestro futuro dentro de la gran familia de linajes.

Lucía se subió a la bicicleta. La había dejado aparcada en un sendero que atravesaba la finca de Sabina Elguea, encadenada a un poste que advertía de que se trataba de una propiedad privada. No había recorrido ni dos kilómetros cuando el coche de Hubert se colocó a su lado y él le hizo gestos para que parara. Lucía se detuvo junto a la entrada de una pista sin asfaltar. Hubert hizo lo mismo y se acercó andando hasta ella. Tenía la cara desencajada, como si acabara de recibir una terrible noticia y aún no le hubiera dado tiempo a gestionarla.

—Perdóneme, por favor. He sido un gilipollas, perdóneme Lucía —le dijo nada más tenerla delante. Ella trataba de aparentar indiferencia. —Me asusté cuando me lo dijiste, yo no nací para ser padre. Nunca se me pasó por la cabeza el tener hijos. Pero he estado pensando que tal vez la vida te haya puesto en mi camino por algo. Quizá tú es, nuestro hijo sea eso que siento que me falta. Perdóneme, por favor.

Lucía no sabía qué pensar. Estaba claro que la cara de Hubert denotaba preocupación, casi angustia. Hubert había decidido romper con ella cuando le anunció que estaba embarazada. ¿Se habría arrepentido de su reacción?

—¿Y qué se supone que tengo que hacer, Hubert? ¿Actuar como si no hubiera pasado nada? Me dejaste de lado sin pensártelo dos veces cuando te lo dije.

—Lo sé, Lucía, lo sé. Soy un idiota. Sé que no merezco que me perdone y que ha perdido tu confianza en mí. No sé si lo nuestro tiene futuro o no. Ya me conoces. Yo estoy dispuesto a intentarlo si tú quiere. Pero si prefieres no continuar, lo entenderé. Solo te pido que me dejes estar a tu lado para criar a nuestro hijo. Por favor.

—Mira Hubert, tengo que pensarlo, de verdad. No me parece normal que me persigas en coche como un acosador para hablar de esto. Hay otras formas.

—Te he ido a buscar a casa pero ya te habías ido. Te he visto a lo lejos entrando en la finca de tu tía y he venido corriendo a buscarte. ¿Hoy te toca trabajar también? ¿No va a celebrar la fiesta de la vendimia en Lacaverna?

—Sí, tengo que trabajar. Y en cuanto salga tengo que volver echando leches.

—¿Y eso?

—Tengo que ayudar a mi madre. Vienen unos familiares y tenemos que organizar todo.

—¿Vais a ir a cenar a algún sitio?

Lucía estuvo a punto de revelarle el lugar donde se iba a celebrar la reunión que había organizado Sabina pero, en el último momento, se contuvo y guardó silencio. Hubert era experto en adular a las personas y hacer que se sintieran especiales, únicas. Lo cual era un eufemismo para expresar lo que realmente era, un encantador de serpientes. Siempre lo había sido. Ahora mismo no se fiaba de él. Si Ander tenía razón, era Hubert quien se ocultaba tras el pseudónimo de Jacobus Vanner. Lo cual significaba que Hubert conocía el ritual de las tres lunas rojas y podía ser “la *sorgina*”. Se despidió de él como pudo procurando no mostrarse demasiado arisca. Estaba claro que Hubert quería ser amable con ella y recuperarla, pero no sabía hasta qué punto este repentino cambio de actitud era sincero.

67.

Mechero y Calíope aceptaron las disculpas de Anne Wellington a regañadientes. Mechero había visto a Anne y a Itziar Azurmendi en una de los noticieros que estaba retransmitiendo el caos que se estaba viviendo en el aeropuerto de Heathrow debido a la cancelación de los vuelos. Gracias a eso consiguieron localizarlas en la terminal. Anne tuvo que hablar con él a solas para pedirle perdón por no haberle comunicado su viaje al País Vasco. Al final tuvo que contarle la verdad sobre Jon Arkaute, Itziar Azurmendi, los Insurgentes y los Originarios. El joven terminó comprendiendo que Anne no le hubiera dicho nada por la opinión que él tenía de Jon. Tras escuchar sus explicaciones, admitió el hecho de que pudiera estar equivocado y que Jon probablemente no había tenido nada que ver con la explosión del invernadero y con el incendio de la biblioteca. Ni siquiera con la muerte de Begoña Argenta. Se sintió como un estúpido al haber confiado tan ciegamente en el profesor James O'Connor, que se había dedicado durante todos esos meses a lavarle el cerebro para que pensara que Jon era el enemigo número uno de la Fundación. Anne se empleó a fondo para argumentar su decisión de acudir a la reunión que Sabina Elguea había convocado en Lacaverna. Mechero, por su parte, también se esforzó en explicarle bien todo lo que tenía que contarle. Durante el vuelo a Bilbao, Calíope viajó sentada varias filas por detrás de él, de Anne y de Itziar, que ocuparon asientos contiguos. Filippa Costa había llamado por teléfono a Calíope. Estaba convencida de haber hallado la conexión entre los descendientes de los gigantes de la isla de Eubea, los de Cerdeña y los gentiles vascos.

—Tienen que ser los neandertales —dijo Mechero—. Filippa Costa está segura de que el descubrimiento de la doctora Rinaldi acerca del pozo sagrado de Santa Cristina y la *drakospita* del monte Oqui está relacionado con la desaparición de los neandertales.

—Los neandertales comenzaron a desaparecer rápidamente de Europa hace unos cuarenta mil años —apuntó Itziar Azurmendi.

—Justo el tiempo al que según las investigaciones de la Doctora Rinaldi apuntaban los observatorios de Santa Cristina y del monte Oqui. Según Rafaella Rinaldi, tanto el pozo como la *drakospita* estaban diseñados para conmemorar la situación en el firmamento de las Pléyades hace unos cuarenta mil años.

—Una casualidad sin más —dijo Anne.

—No, pelirroja. ¿Te acuerdas de lo que nos dijo el profesor O'Connor sobre Koldo de Andrés cuando fuimos a Cerdeña?

—Que Koldo estaba en Nápoles.

—Vale. ¿Y qué podía haber en Nápoles que le interesara tanto?

—Al grano, Mechero.

—Los Campos Flégreos. Un supervolcán, la montaña que aparecía dibujada en el grabado de la *drakospita*, Anne. Son un conjunto de calderas volcánicas situadas en la zona de Nápoles, muchas de ellas bajo las aguas del mar. Hace cuarenta mil años entró en una masiva erupción en cadena de proporciones catastróficas. Es una de las teorías que explican la extinción masiva de los neandertales de una forma tan brusca. Se supone que las cenizas se extendieron desde Italia hasta Rusia provocando una alteración súbita del clima que acabó con nuestros amigos neandertales.

—Creía que había sido la llegada del *homo sapiens* lo que acabó con los neandertales —dijo Anne.

—Seguramente fue un cúmulo de muchas circunstancias —dijo Itziar—. Pero puede que Mechero tenga razón. En una excavación reciente en una cueva de Rusia, se descubrió una capa de cenizas de hace unos cuarenta mil años que se suele relacionar con la erupción del supervolcán que dice Mechero. Por debajo de esa capa de cenizas se encontraron cientos de restos óseos de los neandertales, pero por encima de ella ni uno solo. Esa nube de cenizas hizo de barrera natural consiguiendo que durante unos cuantos miles de años más después de la erupción del supervolcán los neandertales de la Península Ibérica resistieran el empuje del *homo sapiens* que llegaba del este. Se cree que los *homo sapiens* frenaron su llegada a la península por ese motivo, convirtiéndola en el último refugio de los neandertales hasta su completa desaparición.

—Es la montaña y la nube del grabado, Anne. Todo encaja —dijo Mechero.

—La explosión de los Campos Flégreos lanzó roca fundida hasta setenta kilómetros de altura y la nube de cenizas llegó hasta doce mil kilómetros de distancia. Desde luego tuvo que quedar marcado para siempre en el recuerdo de aquellas gentes y la noticia tuvo que expandirse por toda Europa —añadió Itziar.

—Pero eso no explica lo de los gigantes. Los neandertales no eran gigantes —insistió Anne.

—Puede que el mito del fin de los gentiles no hable del fin de los neandertales, de acuerdo —reconoció Mechero—. Pero ¿y si Margarita Toledo tenía razón y junto con los neandertales, *sapiens* y denisovanos coexistió otra raza de homínidos? Puede que esa otra especie, los gigantes, quedara aislada durante un tiempo en el norte de la Península Ibérica por culpa de la súper erupción y terminó desapareciendo, al igual que hicieron sus vecinos los neandertales.

—Mechero puede estar en lo cierto. Eso explicaría todo, Anne —dijo Itziar.

—Calíope y yo hemos buscado en Internet y resulta que los medios de comunicación no nos están contando lo que parece una posibilidad más que segura. Los expertos creen que los Campos Flégreos van a volver a entrar en erupción en breve. Desde hace setenta años la actividad sísmica en la zona se ha vuelto mucho más intensa y desde el año 2005 se ha acrecentado aún más. En 2012 las autoridades italianas elevaron la alerta de verde a amarilla. Los estudios científicos apuntan a que puede erupcionar en cualquier momento. Puede que la profecía del regreso de los gigantes esté anunciando una nueva explosión inminente y el fin de la humanidad, o de una buena parte de ella.

—Hace setenta y cuatro mil años explotó en Sumatra el supervolcán Toba, lo que provocó un invierno volcánico que causó una gigantesca hambruna en todo el mundo. La humanidad corrió un serio peligro y pudo haber desaparecido —añadió Itziar.

—Muy bien —dijo Anne—, pero no todo encaja. Todo eso no explica por qué esa supuesta raza de gigantes ya usaba la escritura y, lo más importante, la profecía habla del fin de la humanidad pero también anuncia el regreso de los que estaban antes. ¿Me podéis explicar por dónde van a regresar?

—Tal vez esa mega explosión del volcán provoque algo que haga que regresen —dijo Mechero—. No lo sé, Anne, pero tiene que ser eso. No se me ocurre otra explicación que encaje con todo.

—Y si eso sucede, ¿me puedes decir cómo voy a ser capaz de impedirlo yo, que se supone que soy la elegida por la profecía?

—Eso me mismo me pregunté yo y Calíope me ha dado la respuesta. Inconscientemente hemos dado por supuesto que había que impedir el regreso de los que estaban antes. Pero la profecía no dice en ningún sitio que tú o que David tengáis que impedir nada. Mira —dijo mientras buscaba el texto del augurio en su teléfono móvil—. “*La sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes*”. Ahí está la clave, Anne.

68.

La plaza central de Lacaverna se situaba en el punto más alto del cerro, junto a la iglesia donde en los años ochenta había aparecido oculta en el techo la estatua del Demonio Azul. Aunque su tamaño no era lo suficientemente grande como para acoger a los miles de visitantes que se esperaba recibir durante la fiesta de la vendimia, finalmente se había decidido que fuera ese punto el lugar donde habrían de celebrarse los actos centrales del día. Entre ellos destacaba la danza del vino. Se trataba de una coreografía en la que, acompañados del tambor, el *txistu* y una guitarra, diversos bailarines saludaban de manera grácil y ceremonial a la cosecha de uva que habría de transformarse en el preciado primer mosto.

Tras el oportuno discurso de las autoridades y el pregón de bienvenida, tal y como estaba previsto, a eso de las doce menos cuarto del mediodía comenzaron a sonar las primeras notas de la danza del vino. El silencio se adueñó de todos los asistentes. Debido a la falta de espacio, cientos de visitantes se habían tenido que quedar fuera del recinto en las calles aledañas. Los hombres y mujeres que allí se habían congregado contemplaban emocionados los pasos acrobáticos de los *dantzaris* mientras comenzaban a sonar los primeros acordes de la melodía. Era realmente sobrecogedor ver a los bailarines danzar a la vez que realizaban saltos y piruetas en el aire con diversos elementos relacionados con la vendimia, como cestos repletos de uva e incluso parras atiborradas de fruto. A continuación, se dio paso a la ceremonia del pisado de la uva. En el escenario erigido junto a la puerta de la iglesia, un hombre y una mujer ataviados con trajes tradicionales típicos de la comarca, esperaban con los pies descalzos dentro de una enorme tina repleta de uva. Poco a poco fueron acercándose a ella niños y niñas vestidos a su vez con diferentes versiones del traje de *neska* y blusa. Iban en parejas y cada una de ellas representaba a uno de los pueblos que conformaban la comarca de La Rioja Alavesa. Para que no hubiera confusión, portaban consigo una enorme pancarta con el nombre de dichas localidades. Labraza, Barriobusto, Páganos, Kripan, Moreta, Yécora, Lanciego, Laguardia, Samaniego, Oyón... todos los representantes de cada uno de los pueblos fueron pasando ante la pareja de pisadores que aguardaba dentro del barril y depositaron los racimos de uva que portaban en sus respectivos cestos.

La mujer que, micrófono en mano y acompañada del párroco de Lacaverna, iba anunciando los diversos pueblos a medida que los niños llegaban al escenario, animaba al público a vitorear y aplaudir a los pequeños, aunque no lo hacía con especial entusiasmo. Su tono de voz sonaba anquilosado y demasiado forzado. Daba la sensación de que alguien la hubiera obligado a desempeñar un papel con el que no se sentía cómoda. Su cara reflejaba una mezcla a partes iguales de preocupación y ansiedad. De vez en cuando observaba a los asistentes, como si estuviera escaneándolos con un radar invisible. A unos treinta metros de ella, camuflada entre el gentío, otra mujer, de aspecto mucho más refinado y vestida con una elegante estola de lino que la cubría hasta los tobillos, la observaba con una clara mueca de desprecio. Era Koro Uria, la tía de

Ainhoa Uria, la niña que había muerto a manos de “la *sorgina*” en las inmediaciones del monte Anboto. Observaba con resentimiento a Concha Elguea. El afán de protagonismo de los Elguea era ciertamente irritante. En medio del escenario, la voz de Concha presentando a aquellos críos era una demostración más del empeño del clan de los berones en hacerse notar. A pesar de su reticencia inicial a asistir a la reunión convocada por Sabina Elguea, finalmente había decidido acudir.

Hacía muchísimo tiempo que los linajes no se reunían para honrar a la Diosa. El último encuentro había sido en el monte Beriain, aunque en aquella ocasión la anfitriona había sido Amelia Aizaga.

Esta vez el motivo de la reunión iba mucho más allá de celebrar una ceremonia. En su comunicado, que por supuesto no había firmado, Sabina Elguea reclamaba una acción conjunta de todas las familias para enfrentarse a “la *sorgina*”. Sabina, al igual que muchas de las líderes de varias familias, creían que los asesinatos eran una forma de menoscabar el honor de las hijas de la Diosa, como a veces se autodenominaban algunas de las familias. Y que, de alguna forma que no acertaba a comprender, todo ello estaba relacionado con el inminente cumplimiento de la profecía del retorno de los que estaban antes.

Koro siempre se había enfrentado a Amelia y a Véspero Aizaga. Con la primera simplemente se trataba de una reacción química o una incompatibilidad de caracteres; sencillamente no la soportaba; siempre tan misteriosa, con ínfulas de superioridad mística, como si la vida fuera una pesada carga que solo ella fuera capaz de asumir. En el caso de Véspero, el conflicto era más profundo. Le llevaban los demonios cada vez que la había escuchado defender en público al linaje berón como el elegido por la Diosa y el único destinado a conservar la llave. Cuando Véspero dejó de hablar como consecuencia de su parálisis, el resentimiento de Koro se trasladó a su hija. Sabina Elguea encarnaba lo peor del orgullo fanático de los descendientes de los berones. Sus aires de grandeza la habían llevado a vivir una fantasía épica alejada completamente de la realidad, en la que ella y solo ella era la protagonista. Koro había contactado con las líderes de otras familias para sopesar la posibilidad de llevar a cabo una especie de moción de censura contra la gestión realizada por Sabina. Durante mucho tiempo había conspirado en la sombra para lograr su objetivo, pero desde que había muerto su sobrina Ainhoa de aquella forma tan cruel, sus prioridades habían cambiado.

Detestaba la línea de investigación seguida por la *Ertzaintza*, porque simplemente estaban totalmente equivocados pensando que “la *sorgina*” era un psicópata, un asesino en serie al uso. Habían muerto varias niñas y mujeres adultas y no se habían producido prácticamente avances. Ella

misma había tenido que encargar una segunda autopsia privada ante las dudas que le había suscitado la primera que se le había practicado de manera oficial a Ainhoa. El resultado del segundo examen forense era prácticamente igual al primero: muerte por asfixia y ausencia de violación, con una sutil diferencia. El nuevo análisis había detectado el rastro de una pequeña incisión en uno de los dedos de Ainhoa, “hecho con una aguja u objeto punzante, probablemente para obtener su sangre”. Había que parar a aquel animal como fuera. La policía había sido incapaz. Por suerte, una llama de esperanza había comenzado a arder hacía un tiempo y desde entonces no había dejado de crecer. Si su plan salía bien, el liderazgo de Sabina estaba a punto de quedar en entredicho. Era hora de que el resto de los linajes actuasen. Estaba deseando que llegara la hora de la reunión para ver la cara que se le quedaba a Sabina.

En el escenario Concha Elguea continuó con su labor presentando a las diferentes parejas de niños. Llegó el turno de Lacaverna. El público se enardeció aún más y los aplausos aumentaron de decibelios. Era el pueblo anfitrión y los lugareños querían hacerse notar. Abajo, en medio de la multitud, y a apenas veinte metros a la izquierda de Koro Uria, Lourdes del Río y Sofia Arrizabalaga observaban atentamente a un hombre fornido, de unos cuarenta y cinco años, situado junto a la fuente ornamental que presidía la plaza. Su considerable altura, sus ojos grises, su nariz aguileña, su cabello corto perfectamente peinado y su tupida barba salpicada aquí y a allá con alguna que otra cana le conferían un aspecto regio, casi aristocrático. Era Santiago Valls, mayor del Jardín del Mar Balear y uno de los defensores más acérrimos del dogma más extremo de la corriente de los Caducos. Según él, la Fundación Petunia no necesitaba más participación de los jardineros rasos ni mucho menos la intervención de las mujeres en los órganos de control. Si por él fuera, todas ellas serían expulsadas de manera fulminante. La orden de los hermanos guardianes había sido una sociedad eminentemente masculina hasta hacía relativamente bien poco y así debía seguir siendo. La estratificación en diferentes estamentos jerárquicos había contribuido además al buen funcionamiento y al cumplimiento del canon desde tiempos inmemoriales. La democratización y la participación igualitaria de las mujeres que defendían los Revolucionarios eran sencillamente basura propagandística de los enemigos de la orden, o lo que era lo mismo, de todas aquellas veneradoras fanáticas de la Diosa, que habían contaminado a buena parte de los jardineros con sus fábulas *new age* sobre aquella divinidad suprema de la naturaleza. Mary Anne Merrick había sido el ejemplo más claro de toda aquella aberración, pero por fortuna, su mandato al frente de la orden había acabado de manera fulminante sin llegar a conseguir el cambio que pretendía.

Alrededor de él, Lourdes contó hasta treinta hombres que probablemente

formaban parte de su séquito. Al igual que su líder, todos ellos portaban barba de aspecto pulcro y recortada de manera cuidadosa. Pero a diferencia de él, llevaban las cabezas rapadas, como la tradición aseguraba que antiguamente hacían los hermanos guardianes cuando entraban en guerra. Ninguno de ellos mostraba el más mínimo interés en lo que estaba sucediendo en el escenario. Al contrario. Parecían más preocupados por localizar entre el público a posibles enemigos de su líder.

Santiago Valls había adiestrado a sus jardineros como si se tratara de su ejército personal de guerreros. La mayoría de ellos eran jóvenes que habían sido entrenados para la lucha cuerpo a cuerpo y eran expertos en el manejo de diferentes tipos de armas. Muchos de ellos procedían de la pobreza más absoluta y habían encontrado en la Fundación Petunia y en su líder una balsa a la que agarrarse para labrarse un futuro mejor. Pero otros tantos eran hombres cultos que habían estudiado en las universidades más prestigiosas. Lo que les unía era una fe ciega en el dogma de los Caducos, a pesar de no conocer del todo los entresijos de la orden ni tan siquiera sus orígenes. Pero no les había hecho falta. Santiago Valls y otros tantos Caducos se habían encargado de moldear sus mentes a su antojo con técnicas de control psíquico. En su día, un antecesor de aquellos jóvenes había acabado con la vida de Mary Anne Merrick y, sin quererlo, se había convertido en un icono a seguir para las nuevas generaciones de Caducos más extremistas.

Detrás de Lourdes del Río, a muy poca distancia, Aimar Errekamendi se camuflaba como un camaleón en el vapor etílico que desprendían los caldos que la mayoría de los presentes degustaban en ese momento. Seguía ataviado con su disfraz de turista, pero le había incorporado un pañuelo morado al cuello, como muchos de los locales y, al igual que ellos, llevaba en la mano una copa de cristal rellena de vino tinto. Le resultaba increíble que Lourdes se hubiera formado como novicia de una congregación de monjas. Por más que trataba de creer lo que Jon Arkaute le había dicho, no vislumbraba en ella ningún ápice de caridad cristiana. Al contrario. Su mirada denotaba fiereza y sobre todo ambición, demasiada. Su apariencia de mojigata y sus costumbres como feligresa disimulaban lo que realmente escondía su corazón. Ansia de poder. Lo mismo podía decirse de Sofia Arrizabalaga. Una anciana que propugnaba acciones contundentes para derrocar a los Caducos. ¿En qué momento una mujer de su edad había acabado inmersa en la actividad de los Insurgentes? Jon le había dicho que Sofia había sido una de las Insurgentes que se había empleado con más virulencia para acusarle de la explosión del invernadero y el incendio de la biblioteca de Bilbao. Según él, lo único que pretendía era culpar al grupo de Jon, los Originarios, de todas aquellas acciones violentas para que los Caducos centraran sus esfuerzos en perseguirlos. Jon estaba convencido de que los Caducos no eran del todo conscientes de la división que existía en el seno de los Revolucionarios, ni mucho menos de los planes de Koldo de Andrés de hacerse con el poder en la Fundación Petunia.

Alrededor de las ocho de la tarde, Aimar llamó a Jon. Concha Elguea había participado en todos y cada uno de los eventos organizados por el ayuntamiento de Lacaverna. Era el primer año que se había decidido alargar la fiesta hasta última hora de la tarde a pesar de ser domingo y era previsible que los locales la continuaran hasta bien entrada la noche. Tras la comida popular, en una de las campas adyacentes a la colina sobre la que se erigía la villa, habían tenido lugar diferentes actos. Deportes como el levantamiento de piedras, el cortado de troncos o las carreras con sacos se habían sucedido en un frenesí de competiciones mientras los espectadores degustaban los vinos de la comarca. En muchas de ellas, diversos grupos de mujeres se habían enfrentado a cuadrillas de hombres o mixtas, a pesar de la oposición de buena parte de los lugareños. Detrás de aquel empeño porque las mujeres de la comarca pudieran participar en igualdad de condiciones que los hombres se encontraba la propia Concha Elguea que, desde su posición de poder dentro del consejo parroquial, había conseguido derribar muros durante los años precedentes.

—Estoy siguiendo a Concha Elguea —le dijo Aimar en cuanto Jon descolgó—. Espero que no se me escape con tanta gente. Acaba de abandonar la Plaza Mayor y se dirige hacia la muralla del pueblo. Lourdes del Río va detrás de ella también.

—No la pierdas, Aimar. Es probable que se dirija ya al lugar donde se va a celebrar el aquelarre. ¿Has visto a Sabina?

—No me metas presión, ¿vale?

Hago lo que puedo. No, no he visto a Sabina Elguea en todo el día.

Esto está hasta los topes de gente. ¿Y vosotros qué? ¿Dónde os habéis metido? ¿No deberíais estar ya aquí? —preguntó Aimar mirando el reloj de su muñeca.

—Aún estoy esperando en el aeropuerto de Bilbao. Anne e Itziar acaban de salir de Londres. Por fin las han colocado en un vuelo. Espero que no haya problemas aquí cuando lleguen. No te imaginas cómo está esto de policías. Dicen en la tele que es por el riesgo inminente de otros atentados.

—Pero no vais a llegar. Faltan menos de cuatro horas para que empiece el aquelarre.

—Si todo va bien, llegaremos a tiempo.

—Ya puedes correr por la autopista. Si el vuelo acaba de salir de Londres, llegará a Bilbao sobre las diez, y desde el aeropuerto de Bilbao hasta Lacaverna hay casi otras dos horas.

—Confía en mí —dijo Jon—. La mayoría de los Originarios que hemos conseguido reunir ya están en los alrededores de Lacaverna.

—Por Dios, Jon. Daos prisa.

Durante todo el día he visto a varios de los Insurgentes que Lourdes del Río había convocado en Logroño. Me ha parecido ver hasta a la mujer

rubia que aparecía en el informe que le robé a Sofía Arrizabalaga.

—¿Suzanne Bechs? —preguntó Jon.

—Sí, la líder de los bátavos, aunque no estoy seguro de que fuera ella. Hay varias personas por aquí con aspecto de *guiris*. Esto está plagado de turistas.

Daos prisa, Jon. Todo esto me huele muy mal. No sé cómo explicártelo, pero es como si el aire estuviera viciado por tanto rencor acumulado. Casi puedes sentir el peso de tanto odio.

69.

El tumulto de gente comenzó a danzar y saltar de manera desaforada cuando los primeros *irrintzis* empezaron a escucharse a través de los altavoces dispuestos por toda Lacaverna. Se trataba de la esperadísima actuación del grupo de folclore de la comarca que se hacía llamar Las Hechiceras. Tras los primeros compases, la música comenzó a sonar varios decibelios por encima de lo aconsejable. Era imposible escuchar nada que no fuera la estridente melodía en la que se combinaban diferentes instrumentos como la *trikitixa*, el acordeón, el pandero y el *txistu*, mientras las voces de las cantantes, todas mujeres, cantaban elaborados versos en euskera que hablaban de venganza y de justicia en la batalla. El bullicio, animado por los vapores del alcohol, era sobrecogedor.

Aimar Errekamendi trataba de no perder de vista a Concha Elguea, mientras esta se abría paso entre la gente varios metros por delante de él. Lourdes del Río la seguía también empujando a codazos a la gente. La tía de David Vanner llegó por fin a la muralla que rodeaba la villa y se introdujo en uno de los portales de las viviendas construidas sobre ella. La fachada de aquella casa, a diferencia del resto de edificios adosados al muro, era la única que aparecía cubierta por una espectacular alfombra de plantas trepadoras rebosantes de flores moradas con un intenso aroma. Aimar vio cómo Lourdes del Río pasaba de largo al llegar allí. No había visto cómo Concha Elguea se había introducido en el interior. Aceleró el ritmo y, aprovechando que la puerta había quedado entreabierta, se coló dentro. Escuchó voces en la planta baja, concretamente al fondo del pasillo que partía del propio vestíbulo. Dejando a un lado la escalera de madera que llevaba al piso superior, se aproximó todo lo que pudo hasta que fue capaz de visualizar lo que estaba ocurriendo sin ser detectado. Concha Elguea hablaba con una mujer mayor que ella y mucho más baja de estatura. Aimar aguzó el oído oculto tras una columna pegada a la pared situada a medio camino del corredor.

—Rosa, ¿se puede saber por qué has tardado tanto? —dijo Concha imponiendo su altura en un gesto intimidatorio dirigido hacia la otra mujer—. Sabes que se lo debes a Sabina y a mi madre. A todos nosotros.

—Concha, acabo de llegar a Lacaverna. Déjame respirar —suplicó.

—No hay tiempo de respirar. ¿Tienes o no tienes la muñeca?

Rosa Iturririxu fulminó con la mirada a Concha. La hermana de Concha no tenía ni idea de a qué se enfrentaba. Sintió pena por ella. Concha había sido toda la vida un títere de Sabina y siempre seguiría siéndolo.

—Sí, la tengo —dijo mientras le señalaba con el dedo un arcón situado a la izquierda.

—¿Es igual que la muñeca que te hizo para mi madre?

—Kassandra la ha ungido de la misma manera, sí.

—Después de todos estos años, ¿aún sigues manteniendo contacto con ella?

—Sigue pasando consulta privada en su casa de Biarritz. Y no veas cómo le va. Antes solo acudían a ella clientes nigerianos como ella, pero ahora atiende a todo tipo de personas. Dicen que es la mejor chamana de Francia. Si la gente supiera las capacidades que tiene Cassandra de verdad se asustaría y no volverían a pisar su casa. Mi familia ha acudido a ella en varias ocasiones.

—Me parece increíble que compartáis nuestros secretos con esa mujer. No me extraña que los várdulos seáis la oveja negra entre todos los linajes. Ninguno de los otros clanes se fía de vosotros.

—Tenemos la mente abierta, no como vosotras. No solo existe la hechicería que practicamos nosotras, Concha. El mundo es muy extenso. Los ancestros de Cassandra son tan antiguos como lo pueden ser los nuestros. Deberías aprender a no creerte el ombligo del mundo, como hacéis la mayoría de vosotras.

—¿Me hablas tú a mí de tener la mente abierta? No me hagas reír, Rosa. No tengo tiempo de discutir contigo. ¿Funcionará la muñeca?

—Con Véspero funcionó. Cassandra me ha asegurado que con Sabina sucederá lo mismo. Con Sabina y con cualquiera que unja los cabellos de la muñeca con su sangre. Por cierto, en todos estos años aún no te he escuchado darme las gracias por haberle salvado la vida a tu madre.

—Le salvaste la vida a mi madre, sí. Pero mira a qué precio. Por tu culpa, mi hija Lucía ha vivido con depresiones desde entonces. Y mi madre ha quedado paralizada en vida para siempre. Ningún médico ha podido ayudarla.

—Es vergonzoso que hables con esa frivolidad de algo tan serio, Concha. Tu hija ha tenido depresiones toda la vida. Además, yo no tengo la culpa de que Lucía interrumpiera el ritual. Si vigilaras mejor a tus hijos, no hubiera sucedido. Da gracias a que la magia de la muñeca no la mató.

—Eres una miserable. No tienes alma, Rosa. ¡Cómo puedes decir eso de Lucía después de todo lo que ha sufrido! Me alegro de que Sabina te echara de casa.

—Pues bien que te utiliza ahora a ti para pedirme ayuda.

—No sabes de lo que hablas. Dame la muñeca de una vez. No aguanto ni un minuto más entre estas cuatro paredes.

Aimar volvió sobre sus pasos rápidamente y salió al exterior. Buscó un sitio donde esconderse pero no encontró un lugar propicio para pasar inadvertido. Cuando Concha Elguea salió de la vivienda de la señora Rosa tan solo vio a un turista que mapa en mano parecía buscar la forma de volver a la plaza. Aimar esperó a que ella se alejara unos metros y reanudó su seguimiento. Concha Elguea portaba en sus manos un bolso de tela. ¿Había guardado allí la muñeca? Atravesó la muralla a través de una de las puertas principales y se dirigió con paso firme a las afueras de la localidad, dejando tras de sí a los cientos de visitantes que aún disfrutaban de la fiesta a pesar de la hora. Al cabo de diez minutos siguió el breve trazado de una carretera secundaria que la llevó directamente hasta una finca repleta de viñedos. De vez en cuando miraba hacia atrás como queriendo cerciorarse de que no la seguían. Era increíble la seguridad con la que caminaba entre las vides cubiertas por la más absoluta oscuridad, solo interrumpida por el halo de

luz de la luna llena que de vez en cuando asomaba entre las nubes. Aimar temblaba de frío pero a ella no parecía que la baja temperatura le afectase lo más mínimo. La siguió durante casi veinte minutos más hasta que por fin supo donde se dirigía. En el horizonte divisó la silueta de una enorme bodega cuya forma recordaba a la de uno de los dólmenes más famosos que salpicaban el paisaje de La Rioja Alavesa, la Chabola de La Hechicera. Era un edificio imponente, diseñado seguramente por un arquitecto de prestigio, pero que, a pesar de su estructura vanguardista, parecía envuelto en una atmósfera de tradición y espiritualidad, muy acorde con el entorno. Se trataba de una construcción rectangular, cubierta de algún material gris, que se asemejaba a la cámara de un dolmen. El techo lo conformaban seis o siete placas de acero que simulaban ser enormes bloques pétreos. En las paredes, unos gigantescos ventanales dejaban ver el interior de al menos tres salones que parecían destinados a acoger actividades turísticas y congresuales. Detrás del inmueble partía una senda que se internaba en un frondoso bosque que servía de antesala a la cordillera que separaba la comarca del resto de Álava. La pendiente de ascenso a la Sierra de Cantabria comenzaba en el interior de la arboleda, que abrazaba a la montaña hasta varias decenas de metros por encima de la bodega. Aimar aceleró el paso y consiguió acortar la distancia que le separaba de Concha Elguea. El inmueble parecía estar sumido en una penumbra espectral, únicamente iluminado por la luz de las farolas que alumbraban el perímetro.

Concha Elguea entró en el edificio y bajó unas escaleras ubicadas en el vestíbulo. Aimar la siguió dentro. Si allí iba a celebrarse un aquelarre desde luego no había indicios de ello en el exterior. No había ningún tipo de vehículo aparcado en la finca, a excepción de una furgoneta de grandes dimensiones que había visto a la entrada de uno de los caminos que la atravesaban, y no parecía que hubiera nadie dentro. Antes de bajar las escaleras mandó un mensaje a Jon Arkaute con la localización de la bodega. Si no se daban prisa, no llegarían a tiempo. Miró a su alrededor y por primera vez desde que se había embarcado en aquella misión, su misión, sintió miedo. La oscuridad que engullía los escalones por los que la hermana de Sabina había descendido le recordó a aquella noche en el campamento de verano cuando era un crío. Maldijo a Juliana Monroy, su psiquiatra. No tenía que haberse prestado a revivir con ella lo que le ocurrió. El objetivo de aquellas sesiones de hipnosis era ayudarle a localizar el origen de sus fobias y enfrentarse a ellas. Una vez llegado al origen encontraría la serenidad que le había faltado desde entonces. La doctora Monroy le había asegurado que cuando llegara el momento sabría actuar de la manera correcta. Pero por más que miraba y miraba aquel agujero negro que se abría a sus pies no acertaba a entender cómo demonios iba a ser capaz de sumergirse en aquel abismo. Si *Ama* supiera dónde estaba y lo que se proponía hacer le ordenaría que se alejara de allí lo antes posible. Pero *Ama* sencillamente no estaba.

70.

Cuatro llamadas frustradas y David Vanner seguía sin responderle. Más de veinte mensajes en los que Ander le preguntaba dónde se había metido y le decía que estaba realmente preocupado por él, no fueron suficientes para que el que se suponía que era su pareja reaccionara y diera señales de vida.

Otro tanto ocurrió con el teléfono de Ruud Vanner. Los dos habían desaparecido de la faz de la tierra. Hubert, que llevaba todo el día en Lacaverna, tampoco contestó a sus llamadas, aunque al menos le mandó un mensaje para decirle que no se preocupara, que no era la primera vez que ocurría. Al final aparecerían. “*O no*”, pensó Ander. No podía dejar de imaginarse a David ejecutando a todas aquellas niñas y mujeres inocentes para llevar a cabo el ritual de las tres lunas rojas. Tenía que haber sido Ruud. Ruud le había comido la cabeza y le había convencido de que aquella era la única solución posible. ¿Habrían decidido huir? ¿O se estaban preparando para dar el golpe final esa noche durante la reunión de la que le había hablado Lucía?

En el garaje de la casa de Ruud, vio que Hubert se había llevado a Lacaverna la moto de su hermano pero había dejado allí un viejo coche de segunda mano que a veces utilizaba en sus desplazamientos cortos por la zona. Las llaves del vehículo estaban colgadas junto a la puerta, como siempre. Observó los mapas que adornaban una de las paredes. La mayoría eran piezas de coleccionista, algunos con varios siglos de antigüedad. El padre de David era un amante de aquellas viejas cartografías, muchas de las cuales representaban a los Países Bajos y al área del río Waal donde los bátavos habían reinado en su tiempo. Pero también había mapas de otras zonas de Europa, todos de formas y tamaños diversos, que cubrían la pared creando una especie de mapamundi caótico donde faltaban cientos de países. Se fijó en el correspondiente a la costa cantábrica. En él aparecían reflejados los ríos y demás accidentes geográficos de aquellas tierras, con su correspondiente nombre y, en el caso de los montes, con su altitud anotada sobre la cumbre. Sin poder evitarlo, sus ojos se dirigieron a las montañas donde habían aparecido los cadáveres de las víctimas de “*la sorgina*”. El monte Eskutxi, el Gorbea, el Anboto, el Oiz, el Aitzgorri, la Sierra de Codés, el Txindoki... muchos de ellos formaban parte del imaginario vasco como

lugares sagrados, pero a partir de ahora llevarían marcado para siempre el estigma de haber sido la escena de aquellos terribles crímenes, o al menos de haber sido el lugar donde “la

sorgina” había decidido abandonar los cuerpos. ¿La elección de aquellas montañas era aleatoria o había algo más?

Cogió un bloque de pegatinas amarillas que había sobre una de las mesas donde Ruud trabajaba con sus maquetas de barcos fluviales, otra de sus aficiones, y fue colocando una sobre cada uno de aquellos montes. Cuando hubo terminado observó con detenimiento aquel mapa del horror. La línea imaginaria trazada de cumbre a cumbre formaba dos claras curvas. La primera de ellas se ubicaba en la parte occidental del mapa y dibujaba un arco ascendente abierto hacia la izquierda, partiendo del monte Eskutxi en el sur hasta llegar a las dos cimas más septentrionales, las vizcaínas del Anboto y el Oiz, en el otro extremo. Ambas montañas eran compartidas por la segunda curva, que se situaba en la zona más oriental del mapa y formaba un arco descendente abierto hacia la derecha que comenzaba en el citado monte Oiz e iba bajando hacia el Anboto para girar a continuación hacia el Aitzgorri y el Txindoki. Bajo las dos curvas, la Sierra de Codés quedaba suelta, fuera de aquel trazado curvilíneo, como si “la *sorgina*” hubiera decidido salirse del plan inicial e improvisar.

Le vibró el teléfono móvil y, esperanzado por si se trataba de David, miró la pantalla. Era un correo electrónico. El remitente era su amigo *hacker*, como hubiera dicho Lucía, el pirata informático que le había ayudado a localizar los libros de Jacobus Vanner. Junto al mensaje, aparecía una señal verde que indicaba que se encontraba en ese momento *on line*. De nuevo tuvo que pagar doscientos euros para que le facilitara la información que le había solicitado. Leyó la respuesta con atención.

“Fiona Bechs, la hermana de Suzanne Bechs, murió en un hospital psiquiátrico de Amsterdam, el St. Johannes. Es una clínica privada especializada en esquizofrenia y bipolaridad, aunque el doctor que la trató, Christian von Adel, es especialista en trastornos del sueño y episodios alucinógenos asociados al insomnio. No he podido acceder a todo el historial, pero le hicieron varias pruebas de vigilancia nocturna del sueño.”

El don de la vigilia. Ander sintió un ligero vahído que le obligó a apoyarse en la pared donde se ubicaban los mapas. Continuó leyendo el *e-mail*.

“Otro miembro de los Bechs estuvo ingresado en la misma clínica en los años noventa. Phillippe Bechs. Era el guitarrista de un grupo de música, los HVBV. Murió a los tres meses de ingresar.”

Ander estaba aturdido. Los HVBV

era la banda de música a la que había pertenecido William Dik cuando aún se llamaba Wilfried Dick, antes de que cometieran el horrible asesinato de aquella chica en las aguas del río Waal y fueran detenidos.

¿Había padecido Phillippe Bechs también el don de la vigilia, al igual que Fiona Bechs? ¿Cometieron los HVBV aquel asesinato con la intención de llevar al cabo el ritual de las tres lunas rojas y salvar así a su líder? Los antiguos bátavos eran temidos por los romanos, quienes les acusaban de practicar hechicería y de ser responsables de la desaparición de mujeres en su área de influencia. ¿Conocían ya por aquel entonces los bátavos el ritual de las tres lunas rojas? De ser así, Lucía estaba en lo cierto. Era muy probable que “la *sorgina*” padeciera el don de la vigilia. Pero a la vez eso solo podía significar que Lucía estaba equivocada, ya que esa enfermedad no era algo exclusivo de los berones y de sus descendientes, sino que era compartida también por los bátavos. “El insomnio de los dioses”, tal y como lo denominaba Jacobus Vanner. Tal vez incluso aquel mal no solo afectase a los berones y a los bátavos, sino que fuera algo congénito a todos aquellos linajes de los que David le había hablado. Probablemente ni siquiera todas las víctimas de los antiguos bátavos habrían sido mujeres miembros de los linajes.

Quizá el estúpido de William Dick y sus amigos de HVBV no conocían ese requisito para que el ritual funcionase. En cualquier caso era imposible saberlo. Escribió un correo electrónico al *hacker* preguntándole si habían sido ingresados más miembros de los Bechs en aquella clínica. El pirata continuaba en línea. No tardó más de cinco minutos en responderle, no sin antes exigirle el pago de otros cien euros.

“En la base de datos no figura que haya sido ingresada ninguna otra persona con el apellido Bechs, Vanner o Dick. Pero este pasado mes de abril Suzanne Bechs acudió a realizarse una de las mismas pruebas que en su día se hiciera su hermana Fiona con el doctor Van Adel. No he podido conseguir el resultado del diagnóstico.”

Ander cortó la comunicación y observó de nuevo el mapa con las pegatinas amarillas. El corazón le latía a mil por hora. Una minúscula llama de esperanza acababa de prenderse en su interior. Cabía la posibilidad de que David y Ruud no estuvieran detrás de los asesinatos. Aunque no sabía si prefería esa opción. Eso significaría que el destino final de David estaba cada vez más cerca. ¿Estaba acaso Suzanne Bechs experimentando los primeros síntomas del don de la vigilia? La idea no era

descabellada. Su propia hermana Fiona lo había padecido. ¿Era Suzanne la responsable de los crímenes? ¿Estaría William Dick ayudando a su tía a ejecutar el ritual? Su larga ausencia de Artechnia para recuperarse de aquellas puñaladas podía en realidad estar encubriendo a lo que realmente se había estado dedicando durante los últimos meses. Desde luego era una buena coartada, además de una cruel venganza hacia Sabina Elguea y todas aquellas familias que creían en la Diosa, si Suzanne Bechs pensaba de verdad que Sabina Elguea estaba detrás del ataque que había sufrido William.

Analizó una vez más el mapa y visualizó mentalmente las dos curvas que conformaba el trazado imaginario que unía todas aquellas cimas. De repente tuvo una revelación. Buscó rápidamente la información en Internet y confirmó sus sospechas. Las víctimas cuyos cadáveres habían aparecido en los montes de la curva situada a la izquierda, eran todas menores de edad. Por contra, las víctimas que habían aparecido en los montes que trazaba la curva de la derecha eran mujeres de edad avanzada.

Era el símbolo de la Diosa. “La *sorgina*” estaba dibujando a través de los escenarios de sus crímenes el símbolo de la Diosa del que le había hablado Lucía. El emblema de las tres lunas. La curva de la izquierda era la luna creciente que representaba al arquetipo de la doncella, de ahí que todas las víctimas de esa zona del mapa fueran niñas pequeñas. La curva de la derecha era la luna menguante que simbolizaba al arquetipo de la anciana; por eso todas las mujeres asesinadas en esa otra área del mapa eran de edad avanzada.

Pero, ¿dónde estaba representada la luna llena que ocupaba la posición central en el símbolo de la triple luna? Sin poder evitar el impulso, arrancó de la pared el mapa físico de la costa cantábrica y lo colocó sobre el suelo. Tuvo una idea. Cogió un rotulador negro y unió las cumbres del monte más situado al oeste, el Eskutxi, la del monte Oiz, que era el que estaba ubicado más al norte y la del Txindoki, el más oriental. El mapa le devolvió la figura de una semicircunferencia casi perfecta. Necesitaba un círculo, una circunferencia completa. Un momento. ¿Y si unía a su vez el

Txindoki del extremo este con la Sierra de Codés situada al sur y esta a su vez con el Eskutxi del oeste? La figura que se creaba era una semicircunferencia, pero bastante atrofiada. Faltaba algo, la mitad sur del círculo tenía que abrirse más para que fuera simétrica con la del norte. Y entonces lo vio. Volvió a trazar la semicircunferencia del sur uniendo de nuevo el monte Txindoki del este, con la sureña Sierra de Codés, pero esta vez, antes de cerrar el círculo con el Eskutxi del oeste, amplió un poco el arco para hacerlo pasar por el monte Toloño, situado en el sur de Álava. Ahí estaba el símbolo de la luna llena. Un círculo casi perfecto. No podía ser casualidad que el último monte que faltaba para completar el símbolo de la Diosa fuera el Toloño, probablemente el monte más conocido de La Rioja Alavesa. Se fijó en que la parte más al sur del círculo recorría buena parte de la Sierra de Cantabria que vertebraba la comarca, por lo que cualquiera de las cumbres que conformaban aquella cordillera riojana alavesa podía acoger el escenario del último crimen. Si es que el asesino pensaba detenerse. “*Fantástico*”. Tenía que llamar a Lucía y ponerla sobre aviso. Ella tenía razón. El asesino iba a tener dónde elegir en la reunión que había convocado su tía Sabina.

Mientras se incorporaba reparó en otro detalle. El círculo central que representaba a la luna llena en el emblema de la Diosa simbolizaba el arquetipo de la maternidad. Si las víctimas de la luna creciente eran todas niñas y las de la luna menguante eran todas ancianas, solo podía significar que la mujer asesinada en la Sierra de Codés tenía que ser madre.

Buscó la noticia de su muerte en Internet y enseguida halló la respuesta que buscaba. La víctima de la Sierra de Codés estaba embarazada en el momento de su muerte y, al igual que las demás, estaba vestida de blanco. Sin embargo, la policía había encontrado un elemento discordante respecto al resto de las víctimas. Sobre su cadáver habían aparecido tres mazorcas de maíz repletas de grano, a diferencia de los cuerpos de algunas de las niñas, en cuyas vaginas se habían localizado granos de dicha planta.

Un escalofrío erizó todo el vello de sus brazos. Sentía que le iba a estallar la cabeza. El asesino no solo estaba matando a sus víctimas en función de los tres arquetipos de la diosa, sino que, por si quedaba alguna duda, estaba remarcándolos utilizando las fases de crecimiento de aquella gramínea. Ander estaba convencido de que junto a los cuerpos de las ancianas del

Aitzgorri y el Txindoki habían tenido que aparecer restos de la planta seca del maíz, pero no encontró nada en ningún periódico. Una cosa estaba clara. La última víctima de “la *sorgina*”, la que completaría el ritual de las tres lunas rojas, seguramente también estaría esperando un hijo. Desbloqueó el móvil y llamó a Lucía. Ella estaba embarazada y el padre de la criatura lo sabía. ¿Podía ser Hubert Vanner y no William Dick quien estaba ayudando a Suzanne Bechs a llevar a cabo aquel siniestro ritual? ¿Era Hubert Vanner “la *sorgina*”? Tras cuatro intentos fallidos desistió. Lucía tenía el móvil apagado. Descolgó de la pared las llaves del coche y abrió la puerta del garaje.

Tenía que encontrarla como fuera.

71.

El ruido del silbato se dejó escuchar en todo el valle. Las aves nocturnas enmudecieron sorprendidas por el estruendo provocado por aquel sonido amplificado con un altavoz.

—Aimar, tú también tienes que gritar. Si no, no nos va a encontrar ni Dios. ¿Me estás oyendo, atontado?

—Me da vergüenza gritar eso.

—No seas gilipollas. Tú eres el que grita, yo el que entrego las cucharas cuando nos encuentren. Si grito yo, nos van a descalificar.

—No voy a gritar eso. *Ama* no me deja decir esas cosas guarras en voz alta.

—¿Quieres dejar de decir tonterías? ¿No ves que las otras parejas que están escondidas también están gritando chorradas?

—Te he dicho que no. *Ama* me va a oír y me da mucha vergüenza.

—Tu madre está con el resto de viejos en el campamento. No va a saber que eres tú. ¿Pero es que no te das cuenta de que todos los padres están escuchando a los demás gritar las contraseñas? Todos están diciendo guarradas. ¡Serás *maricón*! Como vuelva a sonar el silbato y no grites, te juro que te pego un par de ostias.

Aimar odiaba con toda su alma el juego del “Ojo Biriki”. Le daba miedo la oscuridad, por mucho que les dejaran alumbrarse con linternas cuando los demás participantes no andaban cerca. A Hugo y a él les había tocado ser una de las diez parejas que debían esconderse en el bosque que rodeaba el campamento. Su misión era pasar desapercibidos, que los demás jugadores no les encontrasen. Para ello debían camuflarse como pudieran. Ellos dos se habían escondido bajo unos helechos y se habían cubierto con una manta. Cada vez que el silbato sonaba en el campamento, cada pareja debía gritar su contraseña diez veces consecutivas para que los demás les escuchasen y pudiesen encontrarles guiándose por los chillidos. Si les localizaban, debían entregarles una recompensa. A Hugo y a Aimar les habían asignado las cucharillas del postre. Aimar temía a Hugo. Todos y cada uno de los cinco días que llevaban juntos, Hugo y sus amigos le habían hecho la vida imposible, tirándole a la poza vestido, empujándole al interior de la letrina y ridiculizándole cada vez que tenían ocasión delante de los demás chavales. Estaba deseando que terminara aquella tortura y poder regresar con *Ama*. Esa tarde los padres de todos los niños habían llegado para pasar “la noche en familia”, la única velada en la que los parientes visitaban a los menores durante los quince días que duraba el campamento. Aimar no había visto llegar a su madre. Había tenido que ir a buscar su escondrijo junto con Hugo antes de que acabaran de llegar todos los padres. Pero sabía que estaba ahí, esperando a que el juego terminara para abrazar a su amado hijo. De ninguna manera pensaba gritar la cochinado que Hugo le había dicho que vociferara.

De nuevo el ruido del silbato tronó por todo el valle.

—¡Te he dicho que grites la contraseña, retrasado! —le gritó Hugo al oído. Aimar no respondió. Su corazón brincaba demasiado acelerado en su pecho. Notaba que le faltaba el aire. Nunca había sentido una tensión así.

—¡Que grites, pedazo de mierda! —volvió a chillarle. Ante la falta de respuesta de Aimar, Hugo la emprendió a puñetazos contra su barriga. Aimar notó cómo los macarrones de la cena le subían por el esófago. Si Hugo no se detenía iba a vomitar.

—¡Ahí te quedas nenaza!

Hugo recogió la manta y las cucharillas y abandonó el escondite corriendo. En el suelo, Aimar se retorció de dolor. Al cabo de unos minutos fue consciente de que estaba solo en mitad de la negrura. Como pudo, se levantó y trató de orientarse. Hugo había insistido en ir hasta la otra punta del bosque para dificultar la labor de búsqueda del resto de jugadores. Trató de distinguir en la distancia la luz del campamento pero, a pesar de que oía el ruido lejano de los padres hablando entre sí, no logró divisar la acampada. Comenzó a caminar entre la espesura de la vegetación, mientras las ramas puntiagudas de las zarzas y las lacerantes hojas de las ortigas herían la piel de sus manos y cara. El dolor del estómago apenas le dejaba caminar. Pasó más de media hora y cada vez escuchaba más lejano el rumor de las voces del campamento. Hasta que dejó de oírlo. Sabía que se estaba adentrando más y más en el bosque, pero no conseguía encontrar la forma de salir de allí. Una alimaña nocturna pasó corriendo a su lado y le rozó la pierna derecha. Aimar se quedó paralizado por el miedo. Su madre le había contado mil historias acerca de los seres malignos que habitaban la noche. *Sorginas*, lamias y demonios pululaban a sus anchas en cuanto se ponía el sol. Observó a aquel ser detenerse en seco unos metros más adelante y horrorizado, lo contempló mientras se erguía hasta ponerse completamente de pie. Le pareció distinguir una sonrisa repleta de dientes a la altura de donde debía situarse el rostro. Aimar gritó y comenzó a correr presa del pánico. Solo quería llegar donde estaba *Ama* y refugiarse entre sus brazos. Pero eso jamás volvería a suceder.

Cayó por un terraplén y se rompió la pierna. Ni siquiera tuvo fuerzas para gritar. El dolor era tan intenso que le hizo perder la consciencia. Tuvo suerte de caer en una hondonada cubierta de maleza. Al cabo de un rato volvió en sí durante un par de minutos y le pareció escuchar la sirena de una ambulancia. ¿O era la policía? Volvió a desmayarse. La siguiente vez que abrió los ojos estaba en la camilla de un hospital. Nada más despertarse buscó con la mirada a *Ama* pero no la encontró. Preguntó por ella a la enfermera que le estaba atendiendo en ese momento pero la joven no le respondió. En su lugar, le tomó la mano con dulzura y le dijo que lo sentía. Algo muy malo le había sucedido a *Ama* cuando se había enterado de que su hijo se había perdido en el bosque. La enfermera tenía lágrimas en los ojos. Pero Aimar no lloró. Se sintió el niño más miserable y cobarde del mundo. Si hubiera gritado cuando era su turno, Hugo no se habría marchado y él no se habría perdido. Odió a Hugo y a todos los chicos del campamento, pero sobre todo se odió a sí mismo por ser un miedica. Un vacío inmenso se abrió paso en su corazón y jamás quiso volver a rellenarlo. Decidió que ese hueco sería por siempre para *Ama*, su madre. Lo reservaría para que ella regresase cuando quisiera y tuviera un sitio donde quedarse.

72.

Un intenso aroma a incienso y madera mezclado con algún tipo de aceite esencial impregnaba cada rincón de la estancia. El aturdimiento provocado por aquel olor desaparecía al cabo de unos minutos de haber entrado, pero aun así la sensación de irrealidad permanecía suspendida en aquella lúgubre atmósfera. En las paredes situadas en el espacio que había nada más cruzar las puertas aparecían colgadas unas veinte antorchas de mecha corta colocadas sobre unos recipientes metálicos que difundían por todas partes aquel embriagador perfume. La luz era escasa, lo que hacía que todo pareciera envuelto en una siniestra penumbra. En la sala había capacidad al menos para quinientos invitados. Era la joya de la corona de aquella bodega conocida entre los lugareños como “El dolmen” y que pertenecía a Alejandro Zuberoa, el padre de los hijos de Concha Elguea. La estructura del salón recordaba a la de un teatro clásico romano, con su forma semicircular en torno a un escenario que ocupaba la zona central de la parte inferior, mientras las gradas iban ascendiendo en diferentes niveles de altura en torno a él. Los asientos estaban forrados de un terciopelo granate, confortable y cálido al contacto con la piel. Un poco más de la mitad estaban ocupados. La acústica era casi perfecta y había sido diseñada para acoger recitales de música clásica y pequeños congresos enológicos. A pesar de ocupar la planta inferior del edificio, los techos eran altos e incluso las gradas superiores aparecían rodeadas por un enorme ventanal que hacía de muga con el jardín exterior. Bajo el escenario se situaba el área denominada orquesta, donde normalmente se ubicaban las autoridades o los invitados de renombre.

Aimar Errekamendi se había colado sin que nadie le preguntara qué hacía allí. Le extrañó la aparente ausencia de vigilantes que controlaran quién accedía al evento. Había hecho acopio de valor para descender por la oscura escalera por la que había bajado Concha Elguea. Sorprendentemente, no le había costado hacerlo. Al parecer, la terapia de la doctora Juliana Monroy había funcionado para superar su fobia. *Ama* estaría orgullosa de él. Antes de decidirse a bajar, cubrió su cuerpo con la gabardina que llevaba plegada en su bolso. El atuendo de turista no era el más adecuado para asistir a un acto como aquel y pasar inadvertido. Los asistentes fueron llegando paulatinamente, muchos de ellos después de la hora acordada.

Observó atentamente a Santiago Valls, el Mayor del Jardín del Mar Balear y líder de los Caducos. Jon Arkaute le había advertido sobre su más que probable presencia allí, a pesar de no estar invitado. Había decidido sentarse junto con alguno de sus secuaces en aquella zona especial reservada a los invitados de renombre. Estaba visto que se consideraba a sí mismo lo suficientemente importante como para ocupar un lugar tan privilegiado. En las fotografías que le había mostrado Jon, Santiago Valls rezumaba autoridad por los cuatro costados pero en persona era aún más intimidatorio. Por detrás de él, decenas de hombres y mujeres debatían en voz baja. Concha Elguea acababa de pronunciar un discurso de bienvenida desde el escenario, donde alrededor de otros veinte dispositivos similares a los de la entrada, alumbraban con el resplandor

de sus llamas aquel espacio. Afortunadamente el sistema de ventilación ayudaba a que la temperatura no aumentara en exceso. El efecto del juego de sombras creadas por el fuego sobre la silueta de la hermana de Sabina Elguea aumentaba aún más la sensación de irrealidad. Su voz había sonado de manera nítida a través de los altavoces repartidos por el suelo del escenario. Concha había hablado sin tapujos de todo lo que le había contado Jon Arkaute, como si los gigantes y la profecía del retorno de los que estaban antes fuera algo sobre lo que todos los asistentes estuvieran más que acostumbrados a escuchar hablar.

—No tenéis derecho a seguir custodiando la llave. Nosotros somos los guardianes. Es nuestra misión sagrada. Entregádnosla de una vez o ateneos a las consecuencias —le espetó Santiago Valls.

—Estimado como te llares —lo interrumpió Concha exponiendo de manera rotunda su desprecio hacia el líder de los Caducos. Aimar percibió cierto tono enrevesado en sus palabras, como si se hubiera tomado algún tipo de bebida alcohólica que le impidiera hablar con soltura. —Deberías mostrar algo más de respeto hacia nosotras y nuestro linaje. Somos las descendientes de Kara, la portadora de la sangre. Somos las descendientes de Leuken, el centinela que arriesgó su vida para salvar el legado. Somos las descendientes de las Madres, transmisoras de ese legado. Descendemos directamente de quienes habitaron Luria, la ciudad santa. Nosotras llevamos la sangre de los que estaban antes. Somos las súbditas de la reina *Amari*. Somos las guardianas de la llave. Siempre lo hemos sido. Exijo respeto para nosotras y nuestros ancestros. ¿Qué sois vosotros, aparte de una panda de fanáticos misóginos?

Un rumor se extendió entre los asistentes. Nadie recordaba que alguien se hubiera enfrentado a los Caducos de esa manera tan beligerante en público. La ira se desbordaba por las cuencas de los ojos de Santiago Valls.

—No entiendes nada, mujer —dijo—. Sois un mero accidente, una casualidad. Un error a enmendar. Vuestros costumbres son aberrantes, vuestros ritos hechicería barata. Esa bruja en la que creéis no es hija de ninguna diosa. Solo fue una loca que captó a unos cuantos adeptos para su secta de tres al cuarto. Me río de vuestra diosa. La orden de la hermosa rosa perenne es mil veces más antigua que vuestro estúpido linaje. Os creéis el centro del universo y solo sois un pequeño grano de la inmensa playa del espacio y el tiempo. Nuestra orden procede de un mundo que tú ni siquiera eres capaz de concebir. Entrégnos la llave antes de que se desate el caos.

—*Amalur* existe, desgraciado —dijo alguien desde el fondo del escenario. Muchos de los presentes se pusieron de pie para tratar de descubrir quién había hablado. Esperaban la entrada de Sabina Elguea, la líder del linaje de los berones. Sin embargo, quien apareció ante sus miradas atónitas era una mujer mucho más baja y de más edad. Algunos la reconocieron pero la mayoría no tenían ni idea de quién se trataba.

—¿Quién eres tú, mujer? —preguntó Santiago Valls indignado por la interrupción.

—Soy más vieja que tú, chaval —contestó ella—. Y tengo bastantes más ovarios que tú, así que trátame de usted si no te importa.

—Amelia, espera, no... —trató de disuadirla Concha. Amelia no debía estar allí.

—Soy Amelia Aizaga, prima de Véspero Aizaga, la madre de esta señora que está a mi lado —contestó apartando a un lado a Concha. Le había indignado que en su discurso de bienvenida Concha hubiera hablado como si nada del legado de los linajes, como si todos los presentes lo

conocieran en su totalidad, lo cual era poco probable, y no hubiera hecho ni una mención a los asesinatos de “la *sorgina*”, que se suponía era el motivo de la reunión. Seguramente de ese tema se encargaría Sabina después. —Yo sí que he visto cosas que tú ni te imaginas, así que no te las des de resabido. *Amari*, esa bruja loca según tú, existió. Claro que existió. Fíjate si existió que su recuerdo aún permanece en las leyendas de nuestra querida mitología. Y no solo en la nuestra, chaval, también en la de muchos otros lugares. Ella fue nuestra reina. Y lo más importante, nos enseñó a amar y respetar a *Amalur*. ¿Cómo te atreves a ridiculizar a la Diosa? *Amalur* existe desde el principio, ella es la fuente de todo, la hacedora, la creadora, el pájaro que puso el huevo cósmico del cual surgió todo lo que ves. Pero eso tú y todos esos calvos barbudos que te rodean ya lo sabéis.

—Amelia, por favor, no sigas... —volvió a insistir Concha.

—Sois la mala hierba de la Fundación Petunia —prosiguió Amelia—. Sois el cáncer de la orden de la hermosa rosa perenne. Deberíais cumplir con vuestra función de guardianes y velar por el orden del universo, pero en estas condiciones, es imposible permitirlo. A vosotros lo que os pasa es que no soportáis que nosotras, ¿cómo nos has llamado? ¿hechiceras de tres al cuarto?, seamos las custodias de la llave. No podéis soportar que la reina *Amari*, una mujer, trajera la verdad al mundo. Nunca lo habéis querido aceptar. Por eso animales como tú masacrasteis a las Madres en aquella matanza, por el poder que estaban acumulando, porque estabais perdiendo el control. Acabasteis con Kara, la Madre de Madres, la suma sacerdotisa. Las aniquilasteis a todas como si fueran una plaga de ratas. Mujeres inocentes. Mujeres de bien. Las hijas de *Amalur*. Fíjate que muchos otros como vosotros han tratado de aniquilar nuestras creencias a lo largo de la historia y no lo han conseguido. Ni mil inquisiciones podrían haber acabado con el legado de *Amalur*. ¿Sabes por qué? Porque la Diosa lo es todo, está en todas partes, también dentro de vosotros, incluso de ti. Imposible acabar con ella.

73.

Lucía Zuberoa cerró con llave la puerta del yacimiento del estanque celtibérico de Laguardia. En el exterior, la noche había descendido hacía rato sobre las murallas de aquella antigua villa. Se había tenido que quedar más de la cuenta debido a un problema en el sistema de megafonía. Había esperado a que llegara el técnico que había elegido la compañía aseguradora y el tiempo se le había echado encima. Si no se daba prisa, llegaría a la reunión cuando ya hubiera terminado.

Se montó en la bicicleta y abandonó a buen ritmo la colina sobre la que se levantaba la localidad. Enseguida tomó la carretera que la llevaría hacia su destino. La temperatura había bajado de manera drástica y sintió el gélido abrazo del viento chocando contra su cuerpo. En el firmamento, la luna llena brillaba con fuerza iluminando la calzada y los campos de vides. No se veía ni un alma por la carretera, a pesar de que era previsible que la fiesta aún no hubiera terminado en Lacaverna.

Cuando le faltaban apenas dos kilómetros para llegar un coche se situó detrás de ella a escasa distancia. Sintió las luces largas del vehículo sobre su cogote, como si tratara de deslumbrarla. Se volvió para hacerle algún tipo de gesto y demostrarle que estaba creando una situación de peligro, pero al hacerlo la luz intensa de los focos la cegó y perdió el control de la bicicleta. Pudo frenar a tiempo antes de estamparse contra una señal de *stop* que había en uno de los laterales de la vía, pero terminó cayendo en la cuneta. El coche se detuvo y alguien se bajó corriendo.

—¡Lucía, Lucía! ¿Estás bien?

—Sí, creo que sí —dijo ella incorporándose. Instintivamente se llevó la mano al vientre, pero no notó nada en especial.

—¡Joder! Perdóname, por favor, no era mi intención que te la pegaras. ¿Seguro que estás bien? ¿Vamos a urgencias a Logroño?

Lucía se frotó los ojos y se concentró en la silueta del hombre que le hablaba. Estaba algo aturdida pero aparentemente no se había hecho nada, tan solo un rasguño en la pierna derecha.

—Por poco me matas, joder. ¿A qué viene esto, Ander?

—Creo que Hubert es “la *sorgina*”. Al principio pensé que podría tratarse de William Dick, el sobrino de Suzanne Bechs, pero ahora creo que es Hubert. Puede que Suzanne Bechs tenga el don de la vigilia, se ha hecho una prueba clínica hace poco por insomnio. Te he llamado mil veces. ¿No has visto mis mensajes? He ido hasta Laguardia y he visto que te habías ido ya. Menos mal que te he encontrado —soltó Ander atropelladamente.

Había estado demasiado ocupada con el técnico del seguro como para andar mirando el móvil.

—Estás mal de la cabeza, Ander.

—He descubierto algo en lo que no habíamos caído. El asesino está trazando el dibujo de las tres lunas, el símbolo de la Diosa del que me hablaste, con cada uno de los asesinatos. He unido

sobre un mapa las cumbres de todos los montes donde aparecieron los cuerpos y encajan perfectamente. Es más, las víctimas de los montes que quedan unidos por la media luna creciente son todas niñas, al contrario que los de la media luna menguante, en su mayoría ancianas. Le falta completar el círculo, la luna llena, por el sur. Y creo que lo va a hacer con algún punto de la Sierra de Cantabria. Estás en peligro, Lucía.

—¿Yo?

—La mujer que mató en la Sierra de Codés, también en la línea del círculo que falta por cerrar, estaba embarazada, como tú. Un periódico ha publicado la noticia de que sobre su cadáver la policía encontró tres mazorcas de maíz repletas de grano. Creo que lo ha hecho para remarcar que era madre, que iba a dar fruto, a diferencia de las niñas, en las que simplemente introdujo granos de maíz en sus partes, porque ellas aún no podían hacerlo. Le falta cerrar el círculo y completar la luna central del símbolo de la Diosa, la que representa el arquetipo de la maternidad. Piénsalo bien. ¿Quién como él conoce mejor el ritual de las tres lunas? Ha escrito libros hablando sobre el insomnio de los dioses e incluso en uno de ellos menciona el ritual. Si Suzanne Bechs tiene el don de la vigilia, puede que lo esté utilizando para ayudar a salvarla.

—No sé cómo has averiguado eso de Suzanne Bechs pero Hubert no es un asesino. ¿Qué me dices de David? Si nos ponemos así, David tiene más probabilidades de ser “la *sorgina*”. Y Ruud puede estar ayudándole.

—Sí, eso pensé en un principio. Pero hay algo que no te he contado y que inclina la balanza a favor de Hubert. Dices que no es un asesino, pero yo te aseguro que ya ha matado antes, aunque no él directamente. A Manu.

—¿Qué me estás contando, Ander? ¿Se te ha ido la olla?—preguntó ella incrédula.

—Manu no murió despeñado con el coche. Te mentí. Vino a buscarme a casa de Ruud y si no hubiera ocurrido lo que ocurrió me habría matado a golpes.

—¿Qué pasó?

—El Dios astado acabó con él y me salvó. Ese ser surgió de la nada y mató a Manu. Sé que fue Hubert quien dirigió al Dios astado contra Manu para salvarme.

Lucía lo miró como si estuviera loco.

—Estás diciendo gilipolleces, Ander, y me estás cabreando.

—Lucía, créeme, por favor. Me conoces bien, sabes que no te mentaría en algo así. Cuando Manu me estaba golpeando, apareció ese ser y en un segundo Manu había muerto con el cráneo partido. Hubert y Ruud se deshicieron del cuerpo simulando lo del accidente. Sé que suena increíble, pero créeme, por favor. Era el Dios astado. Quise creer que todo había sido una alucinación por culpa de los golpes, pero sé que era esa entidad. Estoy convencido de que Hubert tiene la capacidad de invocarlo. Desde luego tiene los conocimientos necesarios para ello.

Ander le contó brevemente sus encuentros anteriores con aquel ser. Lucía le creyó. Sabía que Ander le estaba diciendo la verdad. El dolor y el miedo se reflejaban en cada una de sus palabras mientras describía aquellas experiencias. Ander era transparente. No lo conocía desde hacía mucho pero jamás había tenido ningún tipo de duda respecto de su honestidad. Había escuchado mil veces a su madre y a la prima Amelia contarle viejas historias sobre esa entidad, mitad hombre, mitad cabra, al que en los antiguos aquelarres se invocaba junto a *Amalur*. Era *Aker*, el Dios astado. Venerado por algunos de los linajes por encima del culto a la propia Diosa. Ella

misma se lo había explicado a Ander. Las mujeres más viejas de los linajes vascos aún reclamaban la presencia de *Aker* en las reuniones que se organizaban de vez en cuando de manera clandestina. La tía Sabina y muchas otras se negaban a hacerlo, pues consideraban un insulto invocar a un ser al que los bátavos atribuían mayor jerarquía que a *Amalur*. No porque tuvieran nada en contra de él, sino porque el dolor y el rencor por los enfrentamientos del pasado emponzoñaba cualquier intento de acercamiento a aquella entidad.

Lucía abandonó la bicicleta y se metió en el coche. Las lágrimas de rabia bañaban su rostro y apenas le dejaban pensar con claridad. Ahora entendía los silencios que se producían cuando le pedía explicaciones a Hubert por haber desaparecido durante dos, tres, cuatro días, sin dar señales de vida. Ahora se explicaba por qué Hubert jamás hablaba del futuro de ellos dos. Ahora comprendía por qué Hubert se negaba a hablar de la guerra milenaria entre los Bechs y los Elguea y le cambiaba de tema cada vez que “la *sorgina*” salía en la conversación. Se preguntó si ella también formaba parte del plan, si Hubert sería capaz de acabar con ella y con el hijo que ambos habían engendrado. ¿Había sido tan estúpida como para no verlo venir?

—¿Estás bien? —le preguntó Ander reduciendo la velocidad.

—Acelera de una vez. Tengo que avisar a mi tía. Soy idiota.

—¿Qué pasa?

—Hubert me ha llamado esta tarde. Lloraba como un niño. Me ha suplicado que le perdonara y que tuviéramos al bebé, que todo saldría bien.

—¿Y?

—Me ha ablandado, Ander, y he incumplido la promesa que le hice a mi madre y mi tía de no revelar a nadie el lugar. Hubert sabe dónde se está celebrando la reunión.

74.

El murmullo de voces aumentó de decibelios en el graderío. Un hombre de las últimas filas se levantó y comenzó a descender por la escalera de uno de los extremos. Su cabello blanco relucía en medio de la penumbra. Aimar Errekamendi lo reconoció enseguida. Era el tipo al que había visto reunirse con Lourdes del Río, el mismo al que había visto entrar en aquel supermercado para entregar a Sofía Arrizabalaga el expediente sobre el aquelarre. Koldo de Andrés. Cuando Jon Arkaute le había mostrado fotografías de aquel escurridizo profesor universitario enseguida lo había reconocido. Debía de haber llegado en el último momento a Lacaverna porque no lo había visto durante las celebraciones diurnas. Jon y la propia Anne Wellington habían tratado de localizarle en los últimos meses pero su búsqueda había sido infructuosa. Parecía que siempre caminaba un paso por delante de ellos. Koldo de Andrés había investigado en profundidad el legado de los berones, la llave y la profecía del retorno de los que estaban antes. Había trabajado en multitud de excavaciones arqueológicas relacionadas con culturas ancestrales que escapaban a la lógica admitida por la historia y la ciencia oficiales. Incluso había participado en las excavaciones de la muralla de Vitoria donde habían aparecido restos óseos de supuestos gigantes. Probablemente nadie en el mundo tenía los conocimientos que él poseía acerca de esos seres y de la profecía.

Aimar giró la cabeza en busca de Lourdes del Río. La descubrió sentada cerca de la entrada, junto a Sofía Arrizabalaga. Siete filas por debajo de ellos vio a un hombre que parecía extranjero. Pensó en el profesor James O'Connor. Sí, tenía que ser él. Desde su posición Aimar no distinguía bien su rostro, pero su ropa y su apariencia física claramente anglosajona le delataban. Miró su teléfono móvil. No tenía cobertura. ¿Le habría mandado Jon Arkaute algún mensaje? ¿Estarían llegando? Si no se daban prisa, toda la estrategia ideada por los Originarios para detener la masacre de los Insurgentes se iría al traste.

—Dejad de hacer el ridículo —dijo Koldo de Andrés al llegar a la zona de la orquesta—. Amelia Aizaga dio un paso al frente.

—No me lo puedo creer —dijo Amelia al ver a Koldo subiendo al escenario—. Don Koldo de Andrés se ha dignado a aparecer. Mis *galtzagorris* me han transmitido más de una vez rumores que aseguraban que estabas vivo, pero no me lo quería creer hasta verlo con mis propios ojos. ¿Quién te ha visto y quién te ve? Has envejecido muy mal.

—Deja de hacer el ridículo, Amelia. Y no reniegues tanto de la Fundación Petunia. Tú estuviste cuando la constituimos. Formas también parte de ella.

—Eso fue hace más de veinte años, Koldo. Si no supiera que eres de Labastida pensaría que eres de Bilbao por lo que acabas de decir. Nosotros no fundamos nada. No engañes a la gente. La Fundación Petunia es solo el nombre que tiene la orden desde hace relativamente poco. Nosotros nos limitamos a darle forma jurídica en los años noventa.

—Y luego la abandonaste —dijo él.

—La dejé en cuánto empecé a ver de qué iba esto, quiénes estaban al mando. Y me alegro de haberlo hecho. Tengo entendido que no todo el mundo consigue salirse tan alegremente. Pero ¿te cuento un secreto? Jamás la he abandonado del todo —le reveló.

Los hermanos guardianes de la facción secreta de Arantzazu la habían ayudado a cuidar de La Niña durante muchos años, pero eso Koldo no lo sabía. Dudaba mucho que hubiera alguien en la sala que supiera de la existencia de La Madriguera. El profesor Koldo de Andrés se quedó mirándola como si tratara de discernir qué había querido decir exactamente.

—Te escucho hablar y sigues sonándome igual de ridícula que antaño, Amelia. Y me da pena. Mucha pena. Porque te aprecio. Pero no tienes ni idea de qué es esto que defiendes con tanto ahínco. Hablas de *Amari* como si hubiera sido la reina de los que estaban antes, como si hubiera gobernado un ejército de gentiles o hubiera sido la dirigente de una iglesia ancestral de gigantes.

—No se te ocurra difamar a *Amari*, te lo advierto —le dijo ella.

—No se trata de difamar, Amelia. Se trata de conocer la verdad. Tú y todos estos linajes que afirmáis descender de un mundo anterior, de unos gigantes que existieron en una civilización idílica, sencillamente no tenéis ni idea de qué estáis hablando. ¿Cómo llamáis a esa civilización? ¡Ah, sí! Oiraco —dijo pronunciando el nombre con dramatismo—. Bonito nombre. Suena casi mejor que Camelot.

—Tú qué sabrás.

—Habláis de la profecía del retorno de los que estaban antes como si fuera una suerte de biblia. Estáis convencidos de que algunos de vuestros hijos van a protagonizarla, que están llamados a ello. Y en el fondo tenéis razón. Pero no en el sentido místico que tú te piensas, Amelia. Dejad de comportaros como pueblerinos. No se va a abrir ninguna puerta mágica a ningún mundo paralelo ni a otra dimensión. Habéis construido una mitología, una interpretación fantástica a partir de algo que ocurrió hace mucho, muchísimo tiempo. No te estoy acusando a ti. Ni siquiera a vuestro linaje. Probablemente esta construcción legendaria comenzó hace milenios. Pero estamos en el siglo XXI, Amelia. La arqueología y la ciencia me han dado la clave para saber la verdad.

Un silencio abrumador arrebató el aliento de casi todos los asistentes a la reunión. Aimar Errekamendi volvió la cabeza hacia las puertas. Dudó de si salir al exterior y llamar a Jon Arkaute. La situación estaba derivando en algo que no habían previsto. ¿Por qué tardaban tanto en llegar?

—Deja de poner en duda a nuestros ancestros —le pidió Amelia Aizaga—. ¿Cómo te atreves?

—No los pongo en duda. Eso no lo voy a negar. Pero vuestra historia no es tan antigua como creéis, Amelia. Y no pertenece a ningún mundo legendario, sino a nuestro querido planeta Tierra.

—No sigas por ahí —le pidió Amelia.

—¡Déjale hablar! —gritaron unas mujeres sentadas en las filas más cercanas al escenario. Amelia estuvo a punto de reprenderlas, pero finalmente hizo un gesto con la mano cediendo la palabra a Koldo de Andrés.

—Existió una especie, no una raza, de homínidos que ciertamente eran demasiado altos para su época —anunció Koldo—. Sobre todo si los comparamos con sus coetáneos los *homo sapiens*, los neandertales, o incluso los denisovanos. No digamos ya si los comparamos con los hombres de Flores. Son vuestros gigantes, Amelia. Los gentiles de la mitología vasca. No hay otra conclusión posible. He dedicado demasiados años a investigarlo. Estos gigantes surgieron en algún lugar de la costa atlántica de Europa y su rastro se expandió rápidamente por el área cantábrica. La zona del actual País Vasco parece ser que fue su predilecta, aunque se ha encontrado su rastro biológico en las islas británicas, en algunas islas del Mediterráneo y en otros puntos de Europa. Estoy convencido además de que eran una subespecie de los neandertales.

—No tienes ni idea —le espetó Amelia—. No sabes de lo que hablas. La reina *Amari* existió, enseñó a su pueblo, los gigantes, a vivir y experimentar a la Diosa. Lo lideró y lo defendió con uñas y dientes en una guerra iniciada por quienes trataron de exterminar la fe en *Amalur*. Esta guerra estuvo a punto de acabar con nuestros ancestros. La leyenda del fin de los gentiles habla sobre este acontecimiento. Hubo un ataque, un intento de genocidio que en la leyenda es descrita como la nube, y supuso el principio del fin de Oiraco, de la civilización de los gigantes.

—¿Tú te escuchas lo que dices, Amelia? —la interpeló él—. Estás hablando de un cuento de hadas como si fuera realidad. ¿Pero es que no te das cuenta de lo infantil de tus creencias? Eso que tú llamas “la nube” no fue ningún ataque, ninguna bomba, ninguna guerra química. La nube de la profecía no es más que la erupción del súper volcán del golfo de Nápoles, conocido como los Campos Flégreos, ocurrido hace cuarenta mil años. Fíjate si fue grande la nube que se formó, que las cenizas de la erupción se extendieron desde el sur de Italia hasta Rusia. Las culturas que perpetuaron y conservaron ese culto a la Diosa en torno al mito de los gigantes han conmemorado dicho acontecimiento en muchas de sus representaciones artísticas. Las casas de dragones de la isla griega de Eubea, el pozo de Santa Cristina de Cerdeña, la propia leyenda vasca del fin de los gigantes... todas esas culturas hablan de lo mismo. De la erupción del súper volcán de Nápoles que supuso el principio del fin de los neandertales y, junto a ellos, de los homínidos gigantes de la costa cantábrica. La profecía del retorno de los que estaban antes no habla del regreso de los gigantes a través de una puerta mágica interdimensional. Esa puerta que se va a abrir es muy diferente. Esa llave que custodiáis no tiene el poder que creéis que tiene.

—Eres un maldito hereje —dijo de repente Santiago Valls, que había permanecido en silencio hasta ese momento—. ¿Cómo te atreves a decir semejante sarta de mentiras? En una ocasión alguien me habló de ti. Fuiste uno de los jardineros más respetados y ahora mira en qué te has convertido. En un pelele agnóstico.

—El profesor De Andrés no es ningún pelele —dijo una mujer desde el público.

Todo el mundo se volvió hacia ella. Aimar confirmó que quien había hablado era Lourdes del Río, que fue bajando lentamente los escalones hasta situarse junto al líder de los Insurgentes. Los hombres de Santiago Valls se pusieron en pie y adoptaron una posición corporal amenazante, con una pierna adelantada a la otra, como si estuvieran esperando una orden de su líder para ejecutar algún tipo de ataque previamente ensayado.

—Esa puerta que se va a abrir no es más que una mutación, una combinación de genes que dará pie al retorno de una especie, la de los gigantes. O a una muy parecida a la original —prosiguió Lourdes del Río.

—Estás loca —dijo Amelia.

—No estoy loca —dijo Lourdes—. El profesor De Andrés tiene razón. Han tenido que pasar cientos, miles de años para llegar hasta este momento. Lo que profetizaron los viejos augurios de todos vuestros linajes no es más que el comienzo de lo que traerá de vuelta a la raza de los gigantes, de esa subespecie de los neandertales de la costa cantábrica. Todos los que estamos aquí conservamos en nuestro interior la huella genética de los neandertales. En eso no hay discusión que valga. Pero vosotros, los berones y el resto de linajes que creéis en los relatos mitológicos de *Amari* y los gigantes, tenéis además en vuestro interior la huella genética no solo de los neandertales, sino de esa subespecie, la de los gigantes. De ahí las palabras de la profecía. “*La sangre del hijo de los primeros hombres y de la hija del hijo de los primeros hombres heredará el camino al reino de los que estaban antes. La puerta se habrá abierto y todo volverá al principio.*”

—Se te olvida una parte muy importante de la profecía —le recriminó Amelia—. “*Y el linaje de los hombres será aniquilado.*” ¿Cómo explicas eso?

—Es lo que va a ocurrir, aunque no literalmente. Cuando se produzca esa mutación, el ser humano ya no volverá a ser el mismo. Si esa alteración de la secuencia del ADN tiene lugar y se transmite, poco a poco el genoma de todos los hombres y mujeres del mundo se modificará. Los gigantes habrán retornado y habrán acabado con la especie humana tal y como la concebimos ahora.

75.

Anne Wellington miró la luna llena alumbrando desde el firmamento repleto de estrellas que cubría Lacaverna. Casi había olvidado la sensación de espiritualidad y misticismo que había percibido en su última visita a La Rioja Alavesa. Le bastaron solo diez minutos para recordar aquella conexión tan especial que sentía con aquel imponente paisaje de viñedos y piedra caliza. La Sierra de Cantabria estaba especialmente bonita aquella noche, como si todos los astros del cosmos hubieran decidido dirigir sus haces de luz hacia aquel punto del universo, envolviéndolo en un delicado y frío manto cargado de vibrante energía estelar. El suave vaivén del aire fresco proveniente de las montañas le hizo recordar los momentos que había vivido en aquellas antiguas tierras, primero junto a David y después con Jon. Revivió el misterio que emanaba de aquel antiguo país de los berones, al que sentía que de algún modo pertenecía. Por sus venas corría el rumor ancestral de las mujeres y los hombres que habían nacido, vivido y muerto en aquel lugar y que habían luchado por conservar el sagrado legado de los que estaban antes, por mantener viva la memoria de un mundo primigenio cargado de superstición y magia. Mujeres y hombres que habían expandido por el planeta no solo su herencia genética, sino sus costumbres, su cultura, su lengua milenaria y su adoración por unos dioses de los que ya casi nadie se acordaba. Incluso la criatura que portaba en su seno parecía afectada por aquella atmósfera de efervescencia pagana, como si deseara salir de una vez y contemplar con sus ojitos aquel enigmático entorno por el que los gigantes, los gentiles de la mitología vasca, habían caminado. El bebé no paraba de revolverse, inquieto, como si reconociera el lugar al que su progenitora había ido a parar. Según los cálculos de la ginecóloga, aún faltaban unos días para que llegara el momento. Aunque ella no estaba tan segura. Comprobó los mensajes que tenía en su teléfono móvil. Al final todo se había precipitado pero, en el fondo, se alegraba de estar ya allí.

—No me fastidies, pelirroja. ¿Nos estás vacilando? —le preguntó Mechero enojado.

—Llegamos casi una hora más tarde de lo previsto, no creo que por cinco minutos más vaya a pasar nada —contestó Anne.

—¿En serio tienes que mear ahora? Hemos parado dos veces en la autopista por lo mismo — insistió el joven. ¿Cómo podía estar Anne pensando en tales quehaceres fisiológicos cuando era más que probable que los Insurgentes y los Caducos estuvieran rebanándose el cuello unos a otros en esos momentos?

—Mechero, déjala en paz —intervino Calíope—. Mi tía Iria se pasó en el baño los últimos quince días del embarazo de mi prima Nella. Es algo normal. Además, tenemos que esperar a que regresen Jon e Itziar, así que ¿qué más te da?

Jon Arkaute e Itziar Azurmendi habían quedado con otros Originarios a la entrada del pueblo. Aimar Errekamendi había enviado un mensaje desde su teléfono móvil con la ubicación del sitio

donde se estaba celebrando el aquelarre, pero algo extraño había ocurrido porque no habían sido capaces de localizar el lugar exacto.

—Está bien, pelirroja. Pero date prisa. Tengo un mal presentimiento.

Anne entró en un bar ubicado a escasos cien metros de la plaza mayor. Tuvo que esquivar a más de un vecino que había tomado alguna copa de más y trataba de mantenerse en pie a duras penas. Aunque el número de visitantes se había reducido considerablemente respecto del gentío que había vivido la fiesta durante el día, todavía quedaban cientos de lugareños, sobre todo jóvenes, tanto de Lacaverna como de los pueblos limítrofes enardecidos por el vino y el buen humor. La culpa la tenía un grupo de *rock* vasco llegado desde Lapurdi para poner el broche final a los actos programados. Mechero no dejaba de frotarse las manos mientras miraba a su alrededor buscando desesperadamente a Jon Arkaute e Itziar Azurmendi.

—¿Te quieres tranquilizar? —le pidió Calíope—. Me estás poniendo de los nervios.

—Necesito un peta —dijo él.

—Ven, dame la mano —le dijo ella acercándose. En vez de eso, Mechero la besó tímidamente en los labios. Fue un beso fugaz, casi un roce, pero suficiente para que ella se diera cuenta de que había significado más que un simple *pico*.

—¿Y esto? —preguntó Calíope. No le había molestado pero estaba sorprendida por el arrebató.

—Me molas Calíope, muchísimo. Lo sabes de sobra. Y si estamos a punto de morir, solo quiero que lo sepas. Ya sabes que me pillé por ti en aquella visita a la *drakospita* del monte Oqui. Sé que soy un bruto y que no sé muy bien cómo tengo que actuar contigo la mayoría de las veces. Joder, si parezco un *bobochorra* cada vez que nos quedamos a solas. Pero no puedo evitarlo. Sé que eres demasiada mujer para mí y que pasas de un *pringao* como yo pero es que o lo decía ya o iba a estallar...

—¡Cállate idiota! Tú también me gustas —le dijo ella devolviéndole el beso. Mechero notó algo muy parecido a una corriente eléctrica que le atravesaba el cuerpo y no pudo evitar excitarse. Ella se dio cuenta y le apretó contra su pecho. Aquello era mil veces mejor que un colocón. Mechero se arrepintió de no habérselo dicho antes.

—Esto... perdón si interrumpimos, chicos —dijo una voz a espaldas de Calíope—. Tenemos un problema.

Mechero y Calíope se apartaron como si fueran unos adolescentes metiéndose mano a quienes acabara de sorprender el director del colegio. Itziar Azurmendi sonrió de manera forzada para romper el hielo.

—Aimar no responde a mis llamadas —dijo Jon Arkaute con un gesto de evidente preocupación dibujado en su rostro—. Su móvil no da señal. No debe de tener cobertura. Además, la ubicación que me mandó tiene que tener algún error.

—¿Por qué? —preguntó Mechero mientras intentaba disimular su bochorno.

—En esa zona solo hay bosque. Está pegando a la Sierra de Cantabria. Lo malo es que la mayoría de los nuestros tienen que estar en el aquelarre porque sus móviles tampoco dan señal. Es

como si se los hubiera tragado la tierra. He mandado a los que nos estaban esperando aquí a investigar, a ver si averiguan algo.

Calíope le pidió que le mostrara en el móvil el área del mapa desde donde se suponía que Aimar había mandado la ubicación. Efectivamente, era una zona de bosque que limitaba al norte con las montañas y al sur con vastas fincas de viñedos. El modo satélite del mapa tampoco daba ninguna pista de que allí hubiera ningún lugar donde celebrar una reunión con tantos asistentes. De repente tuvo una idea. Se acercó a un grupo de jóvenes que bromeaban sentados en un banco mientras degustaban cerveza y *kalimotxo*. Mechero sintió la dolorosa aguja de los celos cuando la vio reír a carcajada limpia con ellos. Calíope hablaba bien castellano pero no recordaba que tuviera tal soltura como para mantener una conversación tan coloquial. Al cabo de tres minutos la joven regresó.

—Ya sé dónde están —les anunció señalando un punto en concreto del mapa—. Es una bodega inaugurada este año. Es normal que no aparezca en la visión de satélite. Está justo en el límite sur del bosque que hay donde empiezan las montañas. La apodan “El Dolmen”. Debe de tener un diseño que recuerda en su forma a uno que está por aquí cerca. Uno de los chicos dice que su padre estuvo en la inauguración y que tenía una sala subterránea. Tiene que ser ahí. Por eso no tienen cobertura.

—Vamos entonces —dijo Itziar.

—Sí, tiene que ser ahí —dijo Jon. Acababa de consultar algo en su teléfono móvil. —Esa bodega se llama “Herencia de Zuberoa”. Pertenece a Alejandro Zuberoa. Es el padre de los hijos de Concha Elguea, la hermana de Sabina. No hay tiempo que perder. ¿Dónde está Anne?

—Ha ido a mear, voy a buscarla. Está tardando —respondió Mechero.

Mientras se dirigía a la taberna, notó un extraño cosquilleo en la nuca y volvió a tener la certeza de que algo no iba bien del todo. Aceleró el paso. Había transcurrido demasiado tiempo desde que Anne había entrado al bar. Al cabo de dos minutos salió vociferando y haciendo aspavientos con los brazos para llamar la atención de los demás, que no entendían lo que estaba pasando. Mechero entró de nuevo. Volvió a buscarla en la barra, en el baño masculino y en el femenino. Nada. Hasta se coló en la cocina y el pequeño almacén situado junto a la máquina de café. Preguntó a los parroquianos pero nadie supo decirle nada en concreto. Uno creía recordar haber visto a una mujer pelirroja embarazada, pero hacía bastante rato. No podía creerlo. Anne había desaparecido.

76.

Aimar Errekamendi se llevó la mano a la cabeza. Desde hacía un buen rato una fuerte migraña le estaba martirizando. Observó a Concha Elguea. Estaba pálida y se tambaleaba ligeramente hacia la derecha, como si no fuera capaz de mantenerse en posición vertical.

—Hubo un enfrentamiento, sí —añadió Lourdes del Río—. Creéis que se trató de una guerra de religión pero el profesor De Andrés ha llegado a otra conclusión. No sabemos si hubo un choque de ideologías. Puede que así fuera, pero el profesor De Andrés tiene otra visión al respecto.

A pesar del dolor de cabeza, Aimar escuchaba atentamente a Lourdes. La ambición que había detectado anteriormente en ella iba acompañada de cierta arrogancia en la forma de expresarse que, unidas a su apariencia de beata, inexplicablemente le resultaba atrayente.

—El don de la vigilia —dijo Koldo de Andrés—. El enfrentamiento fue por el don de la vigilia. O el insomnio de los dioses, como lo llama el linaje de los bátavos. O la perpetua noche en vela, como lo llamaban los antiguos galeses. Recibe muchos nombres.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó Concha. Por un momento pareció totalmente lúcida y sobria.

—Amelia me lo contó en su día —contestó él.

—¿Cómo has podido, Amelia? —la interpelló Concha tambaleándose.

Amelia Aizaga hizo caso omiso a la pregunta de su pariente. Una extraña sonrisa se había dibujado en su rostro impertérrito mientras escuchaba las explicaciones de Koldo de Andrés. Aimar dedujo que aquella inesperada reacción en ella era provocada por la incredulidad, por el nerviosismo, por la indignación, o por una mezcla de todo a la vez.

—En muchas de las versiones de la profecía se habla de una u otra forma del don de la vigilia —explicó él—. En algunos manuscritos, como en la copia que analizó la Fundación del Códice 60 del monasterio de San Millán de la Cogolla, se habla de *“la noche más larga con los ojos abiertos”*. En otros, como en el de la abadía sueca de Dragsmark, se habla de *“la perpetua noche en vela”*. Entre los restos óseos encontrados en la excavación de la muralla de Vitoria, también se hallaron vestigios pétreos de un dolmen en el que había una inscripción que algunos han identificado como un primigenio euskera, y que se refiere al don de la vigilia como *“el eterno desvelo”*. ¿Por qué? Porque el don de la vigilia es algo intrínseco a todos vuestros linajes. Es una enfermedad genética heredada probablemente de esos homínidos. Un mal que se transmitía a los descendientes. Por eso empezó la guerra. Porque en el momento en el que los homínidos gigantes comenzaron a emparejarse con los neandertales, o incluso con los *sapiens*, los niños concebidos de esas uniones comenzaron a morir o a transmitir a su vez la enfermedad a sus vástagos. En algún momento, alguien decidió que había que cortar de raíz el problema. Y atacó a los gigantes con la intención de exterminarlos. Creo que ese momento coincide en el tiempo con la explosión del súper volcán de los Campos Flégreos de Nápoles. En las crónicas recogidas en el manuscrito de

la abadía de Dragsmark se indica claramente que la nube fue el castigo de los dioses a los hombres, por haber procreado con los gigantes. La explosión del súper volcán de Nápoles fue interpretado por aquellos seres humanos primitivos como un castigo divino por aquella abominación. Y entonces sucedió el ataque. Hasta el antiguo testamento de la biblia judeocristiana habla de este suceso.

Amelia Aizaga sintió un dolor punzante en su hernia estomacal y unas náuseas aún más desagradables que cuando estuvo encinta de su hija Izaskun. Cada vez que escuchaba hablar a alguien sobre la biblia se le revolvía el estómago, pero la sensación ahora era diferente, sentía que estaba a punto de desvanecerse.

—*“Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos”* —recitó Lourdes de memoria. No había nadie en toda la sala que conociera los relatos bíblicos mejor que ella. —*“Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia.”*

—¡Cállate, mujer! —gritó uno de los jóvenes secuaces de Santiago Valls.

Pero Lourdes no calló. Al contrario, levantó aún más la voz para que los asistentes a la reunión la escucharan perfectamente. —La llave ha sido perseguida y ansiada por muchos durante siglos, incluidos los servicios secretos de la Alemania nazi. Los mismos bátavos que atacaron el poblado berón de La Hoya la buscaban. Creían que el éxito y el poder de los berones residía en ese objeto. La llave fue idealizándose generación tras generación hasta creer que tenía la capacidad de sanar o ser la clave para curar el don de la vigilia o incluso para traer de vuelta a los que estaban antes. Si los berones la custodiaban y tenían el honor de ser los guardianes del legado, tenía que ser porque en ella residía un gran poder capaz de lo imposible.

—Sin embargo, el manuscrito de la abadía de Dragsmark que mi buen amigo James O’Connor ha conservado durante los últimos años —dijo Koldo de Andrés señalando con el dedo al profesor O’Connor, que parecía no estar enterándose de nada debido a la barrera idiomática — define a la llave en tres ocasiones como *“la voz de Eusc”*. *Eusc* es la forma en la que los gigantes denominaban a la Diosa.

James O’Connor observaba a Koldo de Andrés con impaciencia. Alguien a su lado le acababa de traducir sus palabras. Nada bueno presagiaba que Koldo se hubiera dirigido a él empleando la expresión “mi buen amigo”.

—La versión del propio Códice 60 que la Fundación Petunia tuvo el honor de analizar se refiere a la llave en términos parecidos —apuntó Lourdes—. Una de las glosas escritas en euskera aparece junto a la frase *“El hijo preferido del hombre bueno huyó de su lado portando la llave de la casa del Altísimo”*. Esa glosa simplemente aclara que la llave es *“Ich santuec”*, o lo que es lo mismo, *“las palabras sagradas”*.

—¿Qué pretendéis con todo esto? —preguntó Amelia sin comprender cómo Concha no era capaz de reaccionar a aquel atropello. ¿Por qué Sabina no hacía ya la entrada triunfal que seguramente había ensayado y planificado al detalle? ¿A qué esperaban para acallar a aquellos insolentes? —Solo queréis desvirtuar el significado de la llave y hacernos creer que no reside en ella ningún poder.

—La llave no es ningún amuleto mágico, abandonad ya esta mentira —insistió Lourdes—. No quisimos verlo entonces, pero el texto del Códice 60 lo deja bien claro. *“Y el espectro no pudo*

encontrar la llave ni tampoco al hijo mártir. El hijo mártir construyó una nueva casa, y puso la llave en custodia.”

—Habla claro de una vez, mujer —le espetó el propio Santiago Valls.

—La llave no es más que el euskera. Las palabras sagradas. La voz de la Diosa —dijo Koldo de Andrés—. Por eso los invasores de La Hoya no localizaron la llave, porque no existía físicamente como tal. Lo que nos está contando el Códice 60 es que los berones, a pesar de la invasión de aquellos extranjeros, con unas costumbres y un idioma tan diferentes, consiguieron poner a salvo la lengua sagrada y, de alguna manera, consiguieron que se conservara hasta la actualidad. Ese es su legado. Algo extraordinario, sí, pero no hay nada mágico en ello.

De nuevo un murmullo de voces mezclado con continuas toses se dejó escuchar en todo el teatro. Aimar sentía que le iba a estallar la cabeza.

—Reniego de todos vosotros —dijo Amelia mientras trataba de mitigar el dolor cada vez más agudo de su hernia estomacal—. Vivimos en una época en la que la razón y la ciencia han acabado con lo divino, con la magia. Y no sabéis lo equivocados que estáis. No rechazo vuestras conclusiones e investigaciones, no seré yo quien diga si lo que habéis dicho es o no verdad. Pero no es toda la verdad. Reniego de ti, Koldo, y de todos tus amigos revolucionarios. Pretendéis derrocar a estos barbudos con vuestra luz agnóstica que borra de un plumazo todas estas boberías supersticiosas en las que creemos los linajes ¿verdad? Acusáis a esta panda de lunáticos de ser unos tiranos fanáticos, y razón no os falta. Pero sois igual de monstruosos que ellos. Habéis tramado mil formas violentas de acabar con ellos pero no os dais cuenta de que sois las dos caras de la misma moneda. No tenéis ni idea, pero creedme si os digo que eso que llamáis “especie de homínidos” no lo es. Los gigantes existieron. La llave existe. Me llamas a mí ridícula por creer en la reina *Amari* y en *Amalur*, la única y verdadera Diosa. Los ridículos sois vosotros. E igual de peligrosos que estos mafiosos de aquí.

—No te atrevas a faltar el respeto a la orden —le exigió Santiago Valls. Su voz tenía un tono menos intimidatorio de lo habitual. Su rostro denotaba evidentes síntomas de cansancio y su locuacidad se había tornado en una voz lenta y pastosa. Sus secuaces comenzaron a avanzar lentamente en dirección al escenario.

—¿Faltar al respeto? ¿Tú quién te crees que eres, chaval? —le gritó Amelia a punto de desmayarse por el dolor de la hernia—. Tú no representas a la orden de la hermosa rosa perenne. Los Caducos no sois la Fundación Petunia. Y los Insurgentes tampoco. Tienes razón. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva la orden sobre la Tierra ni de dónde procede, pero te puedo asegurar que es mucho más importante y más grande que tú, que todos vosotros. Antes nos has dicho que nuestros linajes éramos un mero accidente, un error a enmendar. Pero lo que no sabes es que con esas palabras te estás definiendo a ti mismo y a todos esos que te idolatran. Sois el mal...

Amelia no pudo terminar la frase. Detrás de ella Concha Elguea se derrumbó sobre la tarima del escenario. Al caer, se golpeó la parte posterior de la cabeza con uno de los altavoces dispuestos por el suelo y se desnucó. Alguien gritó que se encendieran las luces. A pocos metros de Amelia, los jóvenes que conformaban el séquito de Santiago Valls fueron cayendo uno a uno al suelo, como si el sueño les hubiera sobrevenido de repente. Por todas partes se escuchaban toses y el golpe seco de los cuerpos de muchos de los asistentes desplomándose sobre el parqué. ¿Qué estaba ocurriendo? Amelia miró hacia las filas de asientos superiores. Había gente gritando y golpeando las puertas tratando de abrirlas, pero parecía que alguien las hubiera bloqueado desde

fuera. Una mujer cubierta de vómitos se partió el cuello al tratar de trepar por uno de los ventanales. No creía en el infierno, pero si existía, tenía que ser muy parecido a lo que estaba viendo.

Trató de buscar una salida en la parte de atrás del escenario, pero la oscuridad iba tornándose más opaca a medida que intentaba dar un paso. Se dio cuenta de que no se trataba de la iluminación de la sala, sino de ella misma. Se estaba muriendo. Se acercó a uno de los dispositivos metálicos sobre los que aún prendía una de las antorchas. Al tenerlo delante comprendió lo que estaba sucediendo. El aroma que desprendía el recipiente le era familiar, demasiado familiar. El mismo perfume que su hija Izaskun percibió minutos antes de morir tras dar a luz a su nieto, Jokin, que apenas respiró media hora en este mundo. Ella misma le había colocado el ungüento bajo las fosas nasales para aliviar su dolor y hacerle el tránsito al otro lado más soportable. *Egunsentiko lorea*. La flor del alba. La flor con la que según la leyenda *Amalur* creó a *Amari* en un amanecer, tal y como le había contado mil veces su madre. Concha se la debía de haber robado de la cocina la última vez que había estado en “Alaiz Enea” y la había colocado en todos y cada uno de los pebeteros de la sala. Había tratado de disimular su perfume con incienso, pero el efecto letal de la planta era imbatible. Se volvió y entre las sombras observó los cuerpos moribundos de los hombres y mujeres que habían acudido a la reunión. Y entonces supo la razón. Supo el motivo de aquel asesinato en masa que Concha Elguea acababa de ejecutar. Aquel no era el encuentro que había convocado Sabina. Aquellos cuerpos no pertenecían a ninguna de las mujeres y hombres que creían en *Amalur*. Habían hecho creer a los hermanos guardianes que ese era el lugar donde iban a reunirse los linajes. Y todos ellos, los Caducos y los Revolucionarios, habían caído en la trampa. Al igual que ella. Por eso Concha había tratado de disuadirla nada más verla aparecer sobre el escenario. Amelia no debía estar allí. Debía de haber ocurrido algún error de comunicación. ¿O tal vez Sabina se había enterado de que había permanecido en contacto con la Fundación durante todos estos años y la estaba castigando por ello?

Concha acababa de llevar a cabo la mayor de las venganzas. Las veneradoras de *Amari* habían sido atacadas y aniquiladas demasiadas veces a lo largo de la historia. Todo se repetía, como una rueda maldita que giraba sobre el mismo eje una y otra vez sin que nadie fuera capaz de detenerla. Los adoradores prehistóricos del Dios astado, la Iglesia Católica y los procesos contra las brujas, los bátavos... Hasta la propia orden de los hermanos guardianes había masacrado hacía dos mil años a las Madres, las sacerdotisas de los berones. Ahora Concha había vengado la muerte de todas ellas y alguien había pagado por tanto dolor causado. Ojo por ojo.

Horrorizada, Amelia se tumbó sobre el suelo dispuesta a entregar su último aliento y regresar al seno de *Amalur*. Pero en ese momento un grito desgarrador se escuchó al otro lado de los ventanales. La sombra alargada de La Niña cerniéndose desde el exterior sobre el cristal y rompiéndolo en mil pedazos mientras se abalanzaba sobre los asientos aterrizó a los pocos que aún quedaban con vida. La bocanada de aire fresco y limpio que se coló por el enorme boquete ayudó a purificar la atmósfera envenenada por la flor del alba. La mirada agonizante de Aimar Errekamendi contempló espantada a aquel ser sobrenatural avanzando entre las gradas mientras ejecutaba unos saltos imposibles en el aire que abarcaban dos o incluso tres filas de asientos. En un segundo llegó hasta el escenario y recogió con delicadeza a Amelia Aizaga del suelo. La

anciana se abrazaba a ella como si la conociera de toda la vida. Aimar se incorporó como pudo para cerciorarse de que no estaba teniendo una alucinación. Aquel ser debía de medir cerca de los dos metros y medio de altura. Era una mujer ataviada con una especie de túnica blanca que le cubría la mayor parte del cuerpo salvo las extremidades, que quedaban al aire. En los pies lucía algún tipo de alpargata hecha a medida. Los músculos y tendones de brazos y piernas parecían los de una atleta olímpica de halterofilia. Sin embargo, su cabellera larga y suelta, de color claro, y su rostro de rasgos infantiles y delicados la asemejaban más a una estatua de alguna diosa de la Grecia clásica. Era incapaz de determinar la edad que tenía. Durante un instante cruzó la mirada con ella. Angustia. Desesperación. Aquel ser tenía alma. Aquel ser había irrumpido en aquel salón para socorrer a Amelia. Y tal y como había entrado, volvió a salir hacia el exterior impulsándose sobre uno de los asientos de la fila superior y sin soltar a la anciana. Aimar no podía creer lo que acababa de ver. Aquel ser había dado un salto enorme para salvar una altura de más de dos metros y había huido a través del agujero que ella misma había creado en el ventanal. Amelia Aizaga tenía razón. Los gigantes habían existido. Pero no había contado toda la verdad. Los gigantes aún existían. Aquel ser que acababa de salvar a Amelia era la prueba viviente de ello.

77.

Sabina Elguea se encontraba pletórica a pesar de no haber dormido prácticamente nada en los últimos meses. El don de la vigilia estaba a punto de llevarla de nuevo al útero de *Amalur*, pero no se iba a ir de este mundo sin dar su golpe de gracia. Se había pasado media vida sola, liderando al linaje y procurando que el patrimonio familiar no mermara. Al contrario, había logrado incrementar la riqueza de los Elguea Leiva como nunca antes había sucedido. Se había enfrentado a los ataques del clan de los bátavos y a los intentos de la Fundación Petunia por arrebatarse su posición. Incluso había tenido que neutralizar más de un conato de motín dentro de la familia de las hijas de la Diosa. Todos ansiaban lo que ella tenía. Todos querían ser la asistente principal de la Reina. Pero solo ella ostentaba ese honor, solo ella había sido capaz de coronarse como *sorgina* de *Amari*, su mano derecha. Se lo había ganado a pulso. Sabía que los demás la envidiaban por ello y, en el fondo, le encantaba. Se merecía estar donde estaba en ese momento, presidiendo la que probablemente fuera la reunión más importante de los últimos siglos. Las hijas de *Amalur* habían respondido en su gran mayoría a su llamada y no podía estar más orgullosa.

Había preparado un tónico perteneciente al recetario antiguo de las Madres para a continuación bendecirlo con una oración en memoria de los ancestros. De momento estaba funcionando. Le había devuelto temporalmente la energía que había ido escapando de su organismo en los últimos tiempos. Pensó en mostrarse desnuda ante las demás, como había hecho en muchas ocasiones en el pasado y como era costumbre entre las más jóvenes, pero en el último momento decidió ponerse un viejo vestido que Véspero solía utilizar en las reuniones de antaño. No era un momento de celebración. El motivo de la reunión era otro. El tiempo de la profecía estaba a punto de cumplirse. Ella misma lo había visto en el sueño que había tenido hacía unos meses, cuando ejecutó el ritual del levantamiento de párpados de los que estaban antes. Corrió un gran riesgo llevándolo a cabo en solitario, pero no tuvo más remedio. En su visión premonitrice Anne Wellington, la nieta de Mary Anne Merrick, aparecía rodeada por los hermanos guardianes, pero no fue capaz de saber si David también estaba a su lado. El fulgor vibrante de la llave cegaba con destellos de poder la imagen. Sabía que era una metáfora del propio augurio, la llave jamás había vibrado ni desprendido ese halo mágico. Sin embargo, era indudablemente una pieza clave para el desarrollo de la escena y ella sabía lo que eso significaba. Solo esperaba que Concha hubiera cumplido a rajatabla con la otra parte del plan y que, por su bien, hubiera entretenido el tiempo suficiente a todos esos malditos hermanos guardianes que pretendían meter baza donde no les incumbía. Si todo salía bien, creerían que estaban asistiendo a la reunión que ella había convocado. De manera bastante sorprendente, Concha se había mostrado dispuesta a hacer todo lo que hiciera falta para conseguirlo. Le había parecido algo sospechoso que aceptara sus órdenes sin poner ningún reparo, como siempre solía hacer, pero en el fondo se alegraba del cambio que había experimentado su hermana. Había vuelto a sus orígenes y parecía importarles ya poco la fe en Jesucristo. Sabía que aquello no duraría mucho. Concha era una persona débil y

bastante voluble. En cuanto el padre Emiliano insistiera en volver a confesarla, ella regresaría de nuevo al seno de la Iglesia Católica como una hija pródiga y se flagelaría durante meses con absurdas penitencias.

Tras encomendarse a *Amalur* ante la estatua de la reina *Amari* en la planta superior de su caserío, decidió que había llegado el momento. Las demás llevaban un buen rato esperándola. Salió al jardín y localizó a oscuras la trampilla de la cripta, que estaba situada a escasos treinta metros de la casa. Concha y ella habían eliminado la tierra que la cubría días atrás. Descendió las escaleras con cuidado de no darse con la cabeza en el techo. No entendía cómo se habían diseñado aquellos peldaños con tan poca altura. Menos mal que una vez se llegaba a la estancia principal la bóveda se alzaba casi un metro por encima de ella.

La luz era más bien escasa, a pesar de que en su día el padre de Sabina hubiera instalado un rudimentario sistema de iluminación eléctrica que, junto con el de ventilación, le había costado un ojo de la cara. El Brujo de Laguardia había invertido una gran parte del patrimonio familiar de su mujer en hacerse con la finca y recuperar aquellas viejas ruinas. Y lo había conseguido. Aquel antiquísimo templo berón había sobrevivido desde entonces a inundaciones, a una plaga de topillos y hasta a un pequeño terremoto que sacudió la comarca en 1977. Gracias a la historia narrada en el Libro del Linaje y a la suerte, o el destino en palabras de Francisco Elguea Leiva, se consiguió localizar la ubicación exacta del lugar donde los restos mortales de Kara, la sacerdotisa más célebre de las Madres, habían sido incinerados y depositados. Sobre él, Véspero Aizaga y su marido levantaron el caserío que con los años acabaría convirtiéndose en la residencia de Sabina.

—*Amari zuekin*— saludó Sabina a todos los presentes después de colocarse junto al pequeño pozo subterráneo que presidía el espacio y del que nunca había dejado de manar un hilo de agua.

A pesar de la amplitud del recinto, era evidente que se había quedado pequeño. Concha y ella no habían calculado bien el número de asistentes a la reunión. Resultaba un tanto agobiante estar rodeada de al menos cincuenta personas, puede que incluso más, la mayoría de ellas mujeres. En las primeras filas reconoció algunas caras familiares, como las de Koro Urija y Estíbaliz Elorza. La sobrina de la primera y la nieta de la segunda eran dos de las niñas asesinadas por “la *sorgina*”. Se acercó a Estíbaliz y la abrazó, pero con Koro no tuvo ningún gesto de afecto. Le pareció distinguir a alguna que otra conocida en las siguientes filas pero no consiguió localizar a sus sobrinos Adrián y Lucía. ¿Habían sido capaces de ignorar aquel trascendental encuentro? Tampoco vio a David, pero no le causó ninguna sorpresa que no hubiera acudido. Aunque Concha y ella le habían llamado varias veces e incluso le habían enviado diversos mensajes con la fecha, la hora y el lugar, era evidente que seguía sin querer saber nada de ellas. Se preguntó si habría conseguido ser feliz dondequiera que se encontrara en ese momento. Todo el tiempo y dinero que había empleado en traerle de vuelta a la familia no habían servido para nada. Había fracasado estrepitosamente con él. A pesar de estar rodeada de gente, Sabina se sintió completamente sola. Durante un instante se arrepintió de no haber informado a Amelia. Pero alguien tenía que quedarse cuidando de Véspero. ¿A quién pretendía engañar? Tenía que reconocer que en el fondo no la había avisado porque no podía soportar que Amelia eclipsara su gran momento.

— Vivimos tiempos oscuros —les dijo—, pero las hijas de *Amalur* hemos pasado por esto más veces, y siempre hemos sobrevivido. El monstruo que está asesinando a nuestras hermanas no se va a ir de rositas. Hay que localizarlo y acabar con él, visto que la policía no es capaz. Intentaría yo sola averiguar quién es pero me temo que no sobreviviría. Algunas de vosotras conocéis la existencia del ritual del levantamiento de párpados de los que estaban antes. Nuestro linaje tiene el honor de conservar las agujas con las que las Madres lo practicaban. Las visiones que proporciona el ritual suelen ser tramposas y metafóricas y muchas veces cuesta discernir qué es realidad y qué simbolismo. Estoy convencida de que si unimos nuestras fuerzas, entre todas conseguiremos focalizar la premonición y descubrir a ese miserable. Tengo en esta caja las agujas y el brebaje necesario para el trance. Si estáis de acuerdo, podemos comenzar ya. Yo os guiaré paso a paso.

—No hacen falta tus agujas para tener los sueños, Sabina —dijo Estíbaliz Elorza dando un paso al frente—. Y lo sabes perfectamente.

—No, no son necesarias —dijo ella a regañadientes— pero son el único instrumento que tenemos para dirigir la premonición hacia un punto en concreto. ¿Qué esperas, que nos sobrevenga el sueño porque sí y se nos revele la identidad de ese criminal así sin más?

—Eso no es del todo cierto, Sabina —dijo otra mujer desde el fondo. Era Isabel Apellániz, la abuela de Paula Lombardo, la niña que había aparecido muerta en el monte Eskutxi. —Yo misma fui capaz una vez de encontrar a nuestro perro Itzela que llevaba dos días desaparecido.

—Pues mira de qué te ha servido para encontrar a tu nieta antes de que ese animal la matara —le dijo Sabina. No lo iba a tener nada fácil para revalidar su posición al frente del legado. Maldijo a David por no haber querido asumir su papel.

—Eres una hija de puta —dijo Oihana Gutiérrez, la prima de Lorea Eguinalde, la niña que había aparecido muerta en el Balcón de Bizkaia—. ¿Cómo le puedes decir semejante barbaridad a Isabel? ¿Tú no sabes lo que hemos sufrido todas por nuestras niñas?

—Yo solo quiero acabar con ese miserable cuanto antes, antes de que llegue el momento de la profecía —dijo Sabina—. El ritual del levantamiento de párpados es la forma más sencilla y directa para averiguar quién es y tener una oportunidad de detenerle, pero yo sola no puedo en mis circunstancias.

—Tú lo que quieres es apuntarte un tanto y quedar como la salvadora de todas —dijo Oihana—. Déjalo ya, Sabina. Te mueres, reconócelo de una vez. Tu tiempo ha pasado. Deja que las demás asumamos el control. Retírate y déjanos hacer.

—Por encima de mi cadáver —la interrumpió Sabina—. Estáis en el mausoleo de Kara, nuestra gran sacerdotisa, y aun así tenéis la desfachatez de faltarme el respeto de esa manera. Mi linaje descende directamente de ella. Si no hubiera sido por ella ninguna estaríais hoy aquí. Las agujas, la llave, han pertenecido al linaje de los berones durante milenios. No hay nadie más legitimado que yo para liderar el legado. Cuando yo muera, serán mi hermana y mis sobrinos quienes asuman ese liderazgo.

—¿Dónde están, Sabina? —preguntó Isabel señalando hacia las demás asistentes—. Si realmente les importara algo el legado, estarían aquí.

—Hay alguien más legitimada que tú, Sabina —sentenció de manera inesperada Koro Uria, que había permanecido en silencio hasta el momento. Se hizo a un lado y tomó de la mano a una mujer situada dos pasos por detrás de ella y cuyo rostro dejaba patente que no se estaba enterando de nada de lo que allí se estaba debatiendo.

—Te presento a Betrys Wellington, la hija de Mary Anne Merrick. Es la madre de Anne Wellington, la elegida por la profecía. Si hay alguien aquí con el mismo derecho que tú o más es ella —dijo Koro con una sonrisa dibujada en sus labios.

Un silencio sobrecogedor se adueñó de la estancia. Sabina Elguea y Betrys Wellington cruzaron sus miradas. Betrys Wellington parecía algo retraída y asustada. Ni en sus peores pesadillas Sabina hubiera imaginado la presencia de aquella mujer en la reunión. Koro Uria y las demás se habían esforzado a conciencia para arrebatarle el mando.

—Betrys no sabe hablar castellano, pero ni falta que hace. Me entiendo perfectamente en inglés con ella. Entre varias de las hermanas hemos conseguido contactar con Mildred Merrick, del linaje de los antiguos galeses. Mildred es prima de Mary Anne Merrick y ella nos ha conducido hasta Betrys. Ha accedido a responder a tu convocatoria, Sabina. Ella es la madre de la elegida. ¿Quién mejor que ella para custodiar la llave y asumir el liderazgo de los linajes? Betrys me ha dicho que está dispuesta a compartir su responsabilidad con el resto de los clanes, no como has hecho tú durante todos estos años.

Un murmullo de aprobación se extendió entre los presentes. Si Koro Uria decía la verdad, Betrys Wellington era la persona idónea para sustituir a Sabina.

—Abdica ya, Sabina —insistió Koro—. Estás acabada y no te queda mucho. Aprovecha lo poco que te queda para hacer algo bueno. ¿Has probado a donar tu patrimonio a la beneficencia? Te pega mucho.

—Me la tenías guardada desde hace tiempo, ¿verdad? —se defendió Sabina. A Koro siempre le había molestado que fuera el linaje de los berones quien detentara el privilegio de liderar al resto de clanes. —Pues si pensáis que voy a tirar la toalla tan fácilmente estáis muy equivocadas.

—Entrégnos la llave, Sabina —exigió Koro—. Entrégasela a Betrys y acabemos esto cuanto antes. Entre todas encontraremos la forma de dar con el asesino. Pero de momento, asume tu derrota. Tu hora ha llegado.

—No tengo la llave, idiota —contestó Sabina a punto de perder los estribos. Se arrepintió al momento de haber pronunciado aquellas palabras.

—¿Cómo?

—No la tengo yo. La llave la tiene David, mi sobrino. Id a buscarle a ver si le convencéis para que os ceda el liderazgo. Yo he sido incapaz —dijo Sabina entre lágrimas. De repente se sintió derrotada y cansada, casi al borde de la extenuación. La habían vencido.

—No me lo puedo creer —dijo Oihana—. Nos has hecho creer que seguías custodiando la llave y resulta que has sido incapaz de conservarla. ¿Cómo se te ocurre entregársela a David?

—No se la he entregado, averiguó dónde la escondía y se la llevó.

Comenzaron a escucharse voces en el fondo. Alguien acababa de bajar por las escaleras. Sabina no alcanzaba a ver de quién se trataba y a qué se debía tal barullo. Se sentía humillada. Acababa de confesar ante todos los linajes que había perdido el control de la llave. Estaba

profanando con su deshonra el mausoleo de Kara. Deseó que la muerte le llegara en ese momento y no tener que pasar por ese trago.

—Nosotros tenemos la llave —dijo alguien en voz alta.

Todos los asistentes enmudecieron súbitamente. Hasta Koro Uria guardó silencio atónita por lo que estaba sucediendo. De manera espontánea se formó un pasillo natural por el que fueron acercándose la persona que había hablado, que iba acompañada por otra que caminaba a su lado, seguidas de un grupo de unos veinte hombres y mujeres. Sabina tuvo que esperar a tenerlos a menos de un metro distancia para comprender la situación. Eran Anne Wellington y David, su desaparecido sobrino. En la mano portaba la muñeca de Véspero, donde ella misma había introducido la llave meses atrás. Betrys Wellington se abalanzó sobre su hija y ambas se fundieron en un emotivo abrazo. Anne la besó en los labios y la apartó con delicadeza a un lado.

—Mi nombre es Anne Wellington, hija de Betrys Wellington y nieta de Mary Anne Merrick, del linaje de los antiguos galeses de la isla de Anglesey. Ante vosotros hablo con la sabiduría de la reina Cerridwen y la protección de la Diosa —dijo mientras trataba de imbuir de solemnidad cada una de sus palabras. Había pensado que, una vez llegado el momento, no iba a ser capaz de dirigirse a tal cantidad de gente con la autoridad que muchos le presuponían, pero se sentía tranquila y segura. Mientras hablaba, percibió algo muy similar a un *déjà vu*, como si ya hubiera vivido esa situación antes.

David la tomó de la mano.

—Mi nombre es David Vanner, hijo de María Elguea, nieto de Véspero Aizaga, del linaje de los hombres y mujeres de la sagrada tierra de Beronia—dijo él—. Ante vosotros hablo con la sabiduría de la reina *Amari* y la protección de la Diosa. *Amari zuekin*.

78.

David había deseado durante meses que llegara ese momento. Ruud tenía razón. No podía escapar a su destino. Su padre le había hecho ver el sacrificio que, de manera involuntaria, su madre había llevado a cabo. Su muerte fue una tragedia, pero lo hizo para salvar a Ruud. Porque lo amaba. Y

él a ella. Ruud le contó cómo era María Elguea, pero no solo se detuvo a describir los buenos momentos que había vivido junto a ella sino que le explicó cómo era su madre por dentro, lo comprometida que estaba con el legado familiar y la felicidad que la embargó el día que supo que estaba embarazada. Ruud le enseñó los cientos de fotografías que María y él se tomaron juntos desde que comenzaron su relación, muchas de ellas ya con el pequeño David en brazos. Lo que hubo entre ellos fue puro amor, cualquiera podía percibirlo analizando sus miradas y las cartas que se enviaron durante mucho tiempo. Su padre las conservaba todas.

Ruud le habló del entusiasmo con el que María asumió siempre el legado y que su más ferviente deseo fue llegar a un entendimiento entre todos los linajes, tanto los adoradores del Dios astado como los veneradores de la Diosa.

María Elguea no lo dudó ni un instante cuando se enamoró de Ruud Vanner. Vio en ese amor prohibido una prueba fehaciente de que la paz era posible, de que podían caminar juntos unos al lado de los otros, por mucho que su hermana Sabina insistiera en ver al clan de los bátavos como el eterno enemigo a batir y por mucho que Suzanne Bechs considerara al linaje de los berones como un tumor maligno, dentro de aquella red de estirpes ancestrales, que había que eliminar. María Elguea creyó firmemente en la profecía, con una fe que rozaba una ingenuidad casi infantil. Estaba plenamente convencida de que Ruud y ella eran los llamados a cumplir aquel antiguo presagio y quizá no estuviera del todo equivocada. David era el fruto de su unión y la mayoría de los linajes lo consideraban hoy en día un firme candidato a ser el elegido. Ruud amó a

María con el mismo ímpetu con el que David amaba ahora a Ander, y aún lo seguía haciendo, a pesar de los años transcurridos y de que otras mujeres habían pasado por su vida. Por primera vez en toda su existencia, David había sentido muy cerca la presencia de su madre a través de los recuerdos de Ruud. Era como si la conociera, como si hubiera crecido junto a ella.

David sabía que iba a morir, el don de la vigilia era implacable. Por suerte el proceso no estaba siendo tan rápido como había supuesto en un principio y las alucinaciones y visiones no eran tan continuas. No pensaba malgastar lo poco que le quedaba de vida en lamentaciones que no llevaban a ningún lado. Durante mucho tiempo la ira y el pesimismo le cegaron. No aguantaba ver a Ander preocuparse por él mientras buscaba una solución inexistente a un mal que llevaba aquejando a su familia y a sus antepasados desde hacía siglos. Le quería tanto que incluso pensó en desaparecer drásticamente de su vida para que Ander no sufriera ni desperdiciara su tiempo junto a él. Sin embargo, le daba pánico dejarle solo tan pronto. No podía soportar la idea de que Ander acabara muriendo a manos de la peligrosa Suzanne Bechs, que podía tratar de deshacerse de él otra vez, tal y como estaba convencido de que había intentado con aquel extraño accidente de tráfico.

El amor por Ander y la relación que comenzaba a recuperar con su padre fueron limando poco a poco las aristas de la desesperación ante el fatal desenlace que le esperaba. Ruud se convirtió en su faro en mitad de aquella noche eterna en la que jamás volvería a amanecer del todo. Jamás le había revelado a su padre que el don de la vigilia se había despertado en él; no quería que Ruud pasara por lo que estaba pasando Ander.

Prefería disfrutar de él lo poco que le quedara sin causarle ningún dolor. Había revivido a su madre a través de Ruud, quería seguir descubriéndola, deseaba con toda su alma que Ruud siguiera trayéndola a la vida a través de todos aquellos recuerdos. Y así, lo que Sabina no había conseguido durante más de treinta años fue convirtiéndose en una realidad.

A pesar de su reticencia inicial, Ruud le enseñó a adorar al Dios astado, la entidad suprema en la que creían los bátavos y muchos de los otros linajes repartidos por el mundo. Pero también quiso mostrarle el respeto y veneración que su madre María sentía por la Diosa, a la que ella llamaba *Amalur*. Y así, durante todos aquellos meses, fue aprendiendo a querer y hacer suyas todas aquellas viejas creencias y supersticiones. Ruud le instruyó incluso sobre cómo invocar al Dios cornudo *“pero solo para situaciones de necesidad extrema, nunca por codicia”*, le insistió.

Su padre tenía una colección inmensa de tratados y manuales que ilustraban cómo hacerlo con seguridad. Al principio David rehusó adquirir ese conocimiento ancestral. Temía al Dios astado. Aquella entidad había tratado de acabar con la vida de Ander por lo menos en dos ocasiones, pero Ruud le convenció de que el Dios astado no era en sí ni bueno ni malo. Las personas que lo invocaban eran las responsables de traerlo desde su reino oculto y utilizarlo de manera correcta.

Aunque había que ser precavidos porque a veces él actuaba por su cuenta. El ataque de Manu Olabe a Ander había sido la prueba de fuego. Previendo que Ander podía estar en peligro y de que no había tiempo suficiente para que Ruud y él llegaran para socorrerle, de manera casi inconsciente David había provocado la presencia del Dios astado y le había rogado que ayudara a Ander. Cuando vio el resultado de aquella invocación comprendió los peligros de los que le había advertido su padre. Hubert y Ruud se ocuparon de simular el accidente de coche para que pareciera que Manu se había despeñado por un barranco. David estuvo sin probar bocado dos días.

Aunque lo peor de todo fue su cerrazón con Ander. No quiso explicarle que había sido él quien había reclamado la presencia de aquel viejo dios. Había sido un cobarde. Por su falta de sinceridad, Ander se había distanciado de él, incapaz de asumir lo que había sucedido. Debía de pensar que aquella familia de locos era peor que una banda de mafiosos.

—Somos el hijo y la hija de los primeros hombres y mujeres. Nuestra sangre heredará el camino al reino de los que estaban antes —dijo Anne señalando intencionadamente su abdomen abultado. Sentía que no era ella quien hablaba; durante un momento incluso le pareció observarse a sí misma a través de los ojos sorprendidos de todas aquellas personas que la miraban como si se tratara de una aparición. —Nuestra hija que está a punto de nacer es la respuesta que buscabais. Ella abrirá la puerta y aliviará nuestro tormento. Ya lo anunciaron los oráculos de los antiguos. Ella traerá de vuelta a los que estaban antes y cumplirá la profecía. Hoy es un día histórico para nuestros linajes.

Sabina Elguea contempló los rostros anonadados de quienes estaban más próximos a ella.

Examinaban a Anne y a su sobrino David con una mezcla de incredulidad y devoción que le puso los pelos de punta. Su corazón había estallado de

felicidad al escuchar a David reconocer y asumir el legado. No sabía cómo se había producido el milagro pero no pensaba dejar escapar aquella oportunidad. Sin embargo, Koro Uria se le adelantó.

—Soy Koro Uria, del clan de los caristios. En nombre de mi linaje sed bienvenidos. ¿Cuál es ese tormento del que hablas, Anne?

Detrás de ella, otras mujeres levantaron la voz para formular preguntas similares. Querían una explicación. Anne miró a David abrumada. Él se acercó a una de las personas que habían bajado con ellos por las escaleras. Era una mujer casi tan alta como Sabina y al igual que ella sus extremidades no eran lo suficientemente proporcionadas como para crear una silueta armónica. David le hizo un gesto para que hablara.

—Mi nombre es Anxela Cerqueiro —dijo la mujer con un marcado acento gallego—. Soy de un pueblecito de Pontevedra, San Salvador de Coiro. Lidero el clan de los grovios. David fue a buscarme a mi tierra expresamente. Que la Santa Compañía tarde lo más posible en visitarle. Mi hija Andreia padece “*o insomnio dos mortos*”, como allí lo llamamos. Una malísima enfermedad que de vez en cuando sufre algún miembro *da miña familia*. Insomnio, alucinaciones, imágenes horribles de muertos y espíritus, y luego *a morte*. Siempre habíamos oído rumores de que no éramos los únicos, de que en el País Vasco y en otros lugares algunos de los linajes tenían el mismo tormento, pero jamás supimos de que hubiera una solución.

Hasta que David nos visitó.

—Me llamo Susana Allué, del linaje de los jacetanos de las tierras de Aragón —se presentó otra de las mujeres que habían entrado con David y Anne—. En Huesca a esa enfermedad la conocemos como “la pena de las ánimas”. Mi madre murió por ese tormento, y antes que ella su abuela. Tengo dos hijos pequeños y no quiero que les pase lo mismo. De pequeña, mi abuela me contaba leyendas sobre una profecía que traería la salvación a este sufrimiento, pero siempre pensé que eran meros cuentos de viejas. Hasta que David y su padre Ruud vinieron a buscarme. Rezo a la diosa *Mariuena* todas las noches para que sea verdad lo que dice.

Durante casi un cuarto de hora, varias mujeres de diferentes linajes repartidos por Galicia, Asturias, Cantabria y Aragón expusieron casos similares. Hasta Oihana Gutiérrez contó una experiencia familiar parecida, sucedida no hacía mucho con un tío suyo, aunque jamás habían conseguido identificar la enfermedad. David y Ruud habían acudido en su búsqueda durante los meses precedentes. Sabina las escuchó estupefacta. Una dolorosa grieta se abrió paso en el sólido muro de orgullo que hasta ese momento había levantado en torno al linaje de sus ancestros. Así que el don de la vigilia no era exclusivo del clan de los berones. Toda su vida le habían hecho creer que aquel horrible mal era propio de los custodios de la llave, el honorable pueblo berón. Por eso las Madres nombraban a sus centinelas entre quienes padecían la enfermedad. Ellos eran los elegidos, los únicos que ostentaban la gloria de servir al legado. Nada más lejos de la realidad.

Sintió que todo aquello en lo que había creído durante tanto tiempo comenzaba a resquebrajarse.

En su momento le había pasado algo parecido con el señor de la montaña al que adoraban los berones. El Libro del Linaje sostenía sin tapujos que aquella creencia era una farsa, que aquel dios berón provenía de su antiguo origen celta, que era un dios extranjero y por tanto no era verdadero. Aquellas afirmaciones causaron una profunda crisis de fe en la entonces joven Sabina, que toda su vida había rendido culto al señor de la montaña de los berones como su dios doméstico, más cercano y manejable que la inmensidad de *Amalur*. ¿Quién había decidido que aquel dios era una burda mentira? ¿En qué momento se había llegado a esa conclusión? Pensó incluso en apostatar. Durante varios meses dudó de todo. ¿Quién decidía en qué creer y en qué no? Pero al final Véspero le hizo entrar en razón. Un dios en el que creyeron tantas personas no podía ser falso. Las Madres, como herederas del legado, creían en *Amalur*, sí, pero debido a su origen celtíbero y berón también creían en el señor de la montaña. Una creencia no excluía a la otra. Solo se trataba de un complemento, una forma de entender el mundo, tan válida como otra cualquiera.

—Mi abuela Mary Anne Merrick también padeció la enfermedad —dijo Anne dirigiéndose a su madre— aunque mi familia tratara de mantenerlo también en secreto, ¿verdad, mamá?

Koro Uria tradujo las palabras de Anne a Betrys Wellington, que enmudeció al instante y bajó la mirada, esquivando la de su hija. No sabía cómo, pero Anne había averiguado que el supuesto conato de secuestro que había sufrido de pequeña en realidad fue un burdo intento de Betrys de salvar la vida a la abuela Mary Anne. Poco antes de ser asesinada, Mary Anne comenzó a sufrir los primeros síntomas de aquella enfermedad maldita que habían sufrido varios de sus antepasados. Betrys había oído rumores acerca de la existencia de un antiguo ritual cuya magia era capaz de anular el desenlace fatal de aquel mal mediante la invocación de la Diosa con la sangre y el aliento de una doncella. Fue idea suya utilizar a Anne en aquel peligroso rito que a punto estuvo de costarle la vida. En ese momento ni siquiera sabía que no bastaba solo con la sangre de una hija de la Diosa.

Afortunadamente Mary Anne descubrió los planes de Betrys y pudo llegar a tiempo para salvar a la pequeña Anne. Desde aquel momento Betrys y Mary Anne dejaron prácticamente de hablarse y Betrys decidió alejarse de aquel mundo de brujería y prácticas ancestrales. Se prometió a sí misma

que Anne jamás tendría acceso a aquellas viejas creencias. Nunca se lo había contado a Anne, a pesar de saber el destino que la esperaba. Solo había querido salvar a Mary Anne de la muerte, pero había estado a punto de acabar con la vida de su propia hija.

79.

Aimar Errekamendi arrastraba su cuerpo envenenado por el húmedo suelo del bosque de hayas que lindaba por el norte con la bodega. Mientras trataba de conservar el aliento y no sucumbir a la muerte, los nudos que formaban las raíces de los árboles le impedían avanzar. Sentía una necesidad imperiosa de beber agua. De vez en cuando recobraba las fuerzas y lograba ponerse a gatas para avanzar unos cuantos metros, pero enseguida volvía a derrumbarse. Si no lograba llegar a un hospital rápido sería su fin. Había conseguido salir del edificio trepando por uno de los descomunales cristales desprendidos de los ventanales. Había sido toda una hazaña y no se explicaba muy bien cómo había logrado salir por su propio pie. Cuando observó la tragedia desde lo alto estuvo a punto de sufrir un colapso por la impresión. Todos estaban muertos. Concha Elguea, Santiago Valls, James O'Connor, Lourdes del Río, Koldo de Andrés... decenas de hombres y mujeres yacían sin vida sobre el hemiciclo, la mayoría junto a las puertas de entrada. La escena era escalofriante, casi tanto como aquel ser que había irrumpido en mitad del caos y que con una agilidad y fuerza asombrosas había rescatado a Amelia Aizaga. Una gigante. Casi no podía ni concebir lo que acababa de ver. El discurso de Koldo de Andrés y de Lourdes del Río echando por tierra la teoría de un retorno real de aquellos seres gigantesco había quedado reducido al más absoluto de los ridículos. Aunque tal vez no habían andado tan desencaminados en sus conclusiones y aquel ser gigantesco no tenía nada que ver con el regreso del que hablaba la profecía. ¿De dónde procedía aquella criatura? ¿Cuál era su edad? ¿Había más como ella?

Se tendió boca arriba y

contempló la luz de la luna colándose a través de las tupidas copas de los árboles. Y entonces supo la respuesta. Supo por qué había sobrevivido y había sido capaz de escapar de aquel infierno. Tenía que dar testimonio de lo que allí había ocurrido. Tenía que contarles a Jon Arkaute y a los demás la tragedia y el milagro que había presenciado. *Ama* tenía razón. Su destino era casi divino. Aimar se había convertido en el testigo de un hecho extraordinario, inexplicable. Sin embargo, ¿cómo iba a lograr culminar su misión si estaba a las puertas de la muerte? Giró la cabeza y escudriñó la espesura, en busca de una solución a su delicada situación. Le pareció escuchar un ruido a lo lejos. Una bestia nocturna, seguramente. La doctora Juliana Monroy tenía razón. El miedo a la oscuridad y a la profundidad del bosque había desaparecido. Tenía la certeza de que aquella fobia se había desvanecido para siempre aunque el recuerdo de aquel traumático campamento de verano perdurase. Era gracioso y a la

vez humillante el hecho de que hubiera superado aquel miedo precisamente en aquel momento. Sus probabilidades de sobrevivir eran nulas. Sus pulmones apenas eran capaces de procesar el oxígeno del aire puro proveniente de la montaña.

Volvió a escuchar el ruido y de repente ella volvió a aparecer. En un instante la tuvo a su lado.

Al contemplarla, sintió como si una serpiente mordiera su corazón y le arrebatara rápidamente la vida. ¿Estaba dándole un infarto? La mujer gigante le sonrió con la dulzura de una niña pequeña y de alguna forma consiguió infundirle la calma suficiente como para no desfallecer de la impresión. Oía a miel de flores, a tierra mojada y a musgo, y llevaba en las manos unos hermosos racimos de uva que sin duda acababa de recolectar de alguna finca cercana. Apretó los frutos con su mano derecha y con la izquierda introdujo las hojas de la vid en su boca. A continuación mezcló la pasta resultante con las uvas que acababa de triturar y volvió a meter la mixtura en su propia boca. Al cabo de unos segundos abrió con delicadeza los labios de Aimar y le besó, depositando sobre ellos aquel engrudo.

—Trágalo y te salvarás —le dijo.

Aimar fue incapaz de resistirse a aquella orden. La obedeció al momento e ingirió aquella oscura pasta. Tuvo la sensación de estar bebiendo alcohol puro. La mujer gigante había fermentado la uva en su boca, pero ¿cómo? Enseguida notó una clara mejoría en su organismo, como si la vida hubiera decidido regresar a sus células y darle una segunda oportunidad. El aire entraba y salía de sus pulmones con la misma facilidad que antes. En menos de dos minutos logró reponerse lo suficiente como para incorporarse. Al hacerlo, descubrió tras la criatura a Amelia Aizaga, que se sostenía apoyada en un bastón improvisado con la rama seca de un árbol. Parecía totalmente recuperada. Quiso preguntarle cómo había obrado aquel milagro, pero no le dio tiempo.

La mujer gigante volvió a levantar a la anciana en volandas y se alejó con ella lentamente. Y entonces lo hizo. Aimar fue consciente de que podía registrar aquel encuentro y no lo dudó. Encendió la cámara de su móvil y grabó a aquel ser mientras se internaba en la profundidad del bosque.

80.

Uno de los hombres que había entrado en la cripta con Anne, David y el grupo de mujeres que Ruud y su hijo habían ido reuniendo por todo el norte peninsular, se adelantó y se colocó junto a Sabina. Tendría alrededor de los cincuenta años y llevaba puesta una espectacular túnica con capucha color granate que le llegaba hasta los tobillos.

—¿Qué hace este aquí? —gritó enfurecida Sabina—. Esto es una reunión de los linajes. Los hermanos guardianes no estáis invitados.

—Déjale hablar, Sabina —le pidió Koro Uria.

—Le he invitado yo —dijo David desafiando a su tía.

El jardinero dejó su cabeza al descubierto y aclaró la garganta antes de hablar.

—Fraxinus os saluda, hijas de la Diosa. Sé que muchas consideráis mi presencia aquí una intromisión y no os culpo por ello. Y no pienso justificar los mil atropellos y abusos que ha cometido la orden de la hermosa rosa perenne contra vosotras, pero os ruego que me dejéis decir lo que mis hermanos y yo hemos venido a decir.

Junto a él, cuatro hombres y cinco mujeres ataviados con la misma indumentaria se quitaron las capuchas dejando al descubierto sus rostros.

—Déjate de tanta cursilada y habla de una vez —le exigió Oihana Gutiérrez.

—Esa enfermedad, de la que la mayoría habéis oído rumores y de la cual acabáis de escuchar dolorosos testimonios de vuestras hermanas, es el origen de todos los males que os acechan. Durante milenios, la orden de la hermosa rosa perenne, como parte de nuestra misión sagrada, hemos custodiado y vigilado el legado de vuestros linajes. Todas conocéis el secreto de esa civilización de gigantes anterior a nuestro mundo y de la cual todas procedéis. Todas creéis en *Amari*, Cerridwen, llamadla como queráis, reina de los gigantes y fundadora de la religión de la Diosa. Habéis estado enfrentadas a los linajes que veneran al Dios astado desde entonces y los habéis aborrecido con toda vuestra alma. Vuestros antepasados os han enseñado a odiar a quienes os han atacado tantas veces pero ninguno de ellos os ha contado nunca la verdad al completo. Y sin embargo, la teníais delante todo el tiempo.

—¿A qué te refieres? Habla claro, chico —le pidió Koro Uria. Aquel modo tan coloquial de dirigirse a él era su manera de decirle que no aceptaba su autoridad.

—La profecía del retorno de los que estaban antes —continuó él—. Los oráculos de la mayoría de los linajes predijeron que este momento que ahora estamos viviendo llegaría. El regreso de los gentiles. Muchas habéis esperado que los gigantes aparecieran de la nada y reclamaran su sitio, pero eso no va a ocurrir. Lo que la profecía está anunciando es el nacimiento de la persona que os salvará de esta enfermedad. Han tenido que pasar todos estos siglos para que llegara este momento. La sangre de los que estaban antes ha ido perpetuándose, generación tras generación, y expandiéndose por todo el mundo. Todos los linajes que compartís el legado estáis conectados por ella. De alguna forma todos sois familia, todos lleváis la marca de los genes de

los que estaban antes. En la era en la que vivió la reina *Amari*, ocurrió una tragedia. La raza de los gigantes a los que lideraba *Amari* había comenzado a procrear con la raza de los hombres, pero las criaturas concebidas de esas relaciones mixtas empezaron a manifestar y transmitir a sus congéneres una horrible enfermedad que provocaba un insomnio permanente, sueños y visiones infernales, y finalmente la muerte. La raza de los hombres decidió aniquilar a los gigantes para acabar con esa maldición e inició una terrible guerra que casi los masacró por completo. Los gigantes no sufrían los síntomas de la enfermedad del insomnio porque sus organismos estaban diseñados para anularlos, cosa que no ocurría con la raza de los hombres ni con las criaturas híbridas que les engendraron. Ha tenido que pasar todo este tiempo desde entonces para que surja la solución natural que acabará con este terrible mal. La sangre de los elegidos de la que habla la profecía es en realidad su vástago, el hijo de Anne y David que está a punto de venir al mundo. Este pequeño nacerá con la mutación genética gracias a la cual podrá encontrarse una cura. Este es uno de los mayores secretos que tutelamos la orden de la hermosa rosa perenne. Llevamos preparándonos para este momento histórico desde hace mucho tiempo. Tenemos los laboratorios y los conocimientos científicos para hacernos cargo de ello. Los hermanos guardianes hemos tratado durante siglos de arrebatarnos el control del legado y de frenar la expansión de la marca de los gigantes, como la denominamos nosotros. En el pasado hubo raptos, masacres y traiciones debido a este oscuro secreto. La orden se comportó como una auténtica mafia tratando de imponer su criterio y que la marca de los gigantes no se globalizara. Si este mal llegaba a todo el mundo, sería el fin de la raza humana. Por eso es imprescindible que el hijo de Anne y David nazca sano y salvo para que nosotros podamos sintetizar la cura.

—Hija —apuntó Anne.

—La orden descubrió que yo me alojaba en casa de mi padre y el hermano Fraxinus contactó con él cuando comenzaron a producirse los primeros asesinatos de “la *sorgina*” —explicó David—. Fraxinus pertenece a una facción secreta dentro de la Fundación Petunia que muy pocos conocían hasta ahora. Tras haber intentado frenar la expansión de la enfermedad sin éxito, llevan reuniendo y perfeccionando la tecnología y los avances científicos necesarios para el momento en el que nazca nuestra hija, la niña de la que habla la profecía, y así encontrar la cura al don de la vigilia. Así es como lo llamamos nosotros en mi familia. En sus instalaciones secretas, disponen de un equipo que ha estado preparándose para este momento desde hace mucho tiempo.

—El hermano Fraxinus consiguió localizarme en la isla de Cerdeña. Él fue quien nos puso en contacto a David y a mí. —dijo Anne. Aún se le ponía la piel de gallina cada vez que recordaba su encuentro con el jardinero en aquella torre abandonada junto al pozo de Santa Cristina mientras Mechero y Calíope hablaban con Filippa Costa. Fue Fraxinus quien le informó acerca de la enfermedad de la abuela Mary Anne, aunque ella no había querido creerle en ese momento.

—“La *sorgina*” está tratando de salvarse a sí misma o a alguien muy cercano —dijo Fraxinus—. Existe un poderoso ritual ancestral que asegura que puede anularse el efecto letal de la enfermedad. Para conseguirlo, es necesario el aliento y la sangre de no menos de siete hijas de *Amalur* que representen las tres caras de la Diosa, es decir, la virginidad, la maternidad y la ancianidad. No hace falta que os explique lo que eso significa. “La *sorgina*” no dejará de matar hasta que vea que funciona esa antigua magia. Por eso es necesario detenerla.

—¿Quién creó esa magia? —preguntó Koro.

—Nadie lo sabe con exactitud, pero creemos que proviene de la época de las Madres del linaje de los berones —explicó él.

Sabina le miró con desprecio. ¿Cómo era posible que la orden de los hermanos guardianes conociera los secretos que tan celosamente había custodiado el clan de los berones desde tiempos inmemoriales? Según el Libro del Linaje, aquella poderosa magia había sido creada por la anciana ermitaña de las montañas a la que acudió Kara, la Madre de Madres, para pedirle que la ayudara a salvar a su hija Edereta, que comenzaba entonces a padecer los primeros síntomas del don de la vigilia. No pensaba compartir con las demás aquella parte de la historia.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Koro.

—Es el ritual de las tres lunas rojas —dijo Sabina queriendo recuperar el protagonismo—. Ese rito aparece mencionado en el Libro de Linaje de nuestra familia, como muchos otros que a lo largo de los milenios se han ido recopilando para tratar de vencer al don de la vigilia. Su magia es peligrosa. Muy peligrosa. Si es verdad que ese animal está ejecutándolo, tiene que estar o muy seguro de sí mismo o estar desesperado, porque no es sencillo controlar su poder.

—¿Tú ya sabías esto? Me parece increíble que no hayas dicho nada —la recriminó Koro Uria.

—No me habéis dejado —respondió ella.

—¿Y cómo vamos a saber quién es “la *sorgina*”? —preguntó Isabel Apellániz.

—Con el rito del levantamiento de párpados de los gentiles —dijo Sabina—. No hay otra forma más rápida. Os lo he dicho. Necesitáis que yo dirija el rito. Vosotras no sabríais ni cómo empezar.

—Mi tía tiene razón —dijo David. Sabina sintió que el corazón le daba un vuelco al escucharle. Había esperado tantos años para que su sobrino aceptara su misión y la apoyara, que aquella afirmación de David le pareció casi irreal.

—Pero para que funcione de la manera adecuada, es necesaria la intervención de las hijas de *Amalur* en las que el don de la vigilia esté más arraigado en sus genes —explicó Fraxinus—. De esta forma podrán detectar más rápido a “la *sorgina*” reduciendo al máximo el margen de error .

—Por eso estamos nosotras aquí —dijo Anxela Cerqueiro—. Dejémonos de tanta palabrería y empecemos de una vez. Somos mucho más fuertes que ese monstruo. Unámonos y acabemos con él.

—Anxela tiene razón —dijo Isabel Apellániz—. Dejemos de lado nuestras rencillas. Ahora lo importante es encontrar y detener a ese criminal.

—Está bien —dijo Koro Uria—. Unidas le venceremos.

—Eso es —la refrendó Anxela Cerqueiro con una sonrisa dibujada en su rostro—. Somos *as fillas da Deusa*. Las hijas de *Amalur*, como decís vosotras. Juntémonos todas en una fraternal *compaña*.

—La hermandad de la Diosa —sentenció Anne.

81.

Ander Goikoetxea hizo un gesto para que Lucía guardara silencio. La finca donde se levantaba el caserío de Sabina Elguea había quedado engullida por decenas de coches aparcados sin ningún tipo de orden tanto en la parte trasera del edificio como en los caminos de tierra que separaban los viñedos. Nada extraño teniendo en cuenta que la mayoría de los asistentes a la reunión convocada por Sabina habrían accedido hasta allí a bordo de aquellos vehículos. No obstante, había algo que no encajaba en la aparente tranquilidad que envolvía la escena.

—La entrada al mausoleo está detrás del pozo que hay en el huerto. ¿Lo puedes ver desde aquí? —preguntó Lucía. Estaban escondidos detrás de un pequeño cobertizo donde Sabina guardaba la leña para la chimenea.

Ander no contestó. Parecía estar escudriñando el paisaje como lo haría un ave rapaz buscando una presa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lucía sin entender nada.

—Mira allí, dentro de la casa.

Lucía dirigió su mirada hacia las ventanas de la segunda planta. Los haces de luz de varias linternas iluminaban desde el interior los cristales. Intrusos. Un total de doce personas se afanaban por encontrar algo dentro de la casa de su tía. Volvió a llamar a su madre pero de nuevo el teléfono no dio señal. Lo intentó con Sabina pero con el mismo resultado.

—¿Ese de allí no es Hubert? —preguntó Ander señalando a un hombre que acababa de asomar por la puerta que daba al jardín.

Lucía lo observó detenidamente. Ander no había errado en su suposición. Efectivamente era Hubert. Por mucho que fuera vestido con ropas oscuras y llevara la cabeza cubierta por un gorro, su fisonomía y su lenguaje corporal le delataban. Otras cinco personas salieron al exterior llevando en volandas un objeto voluminoso cubierto por una sábana. Intentaron meterlo al maletero de una furgoneta pero uno de ellos tropezó y el bulto acabó en el suelo, quedando más de la mitad de su superficie al descubierto.

—¿Qué leches es esa cosa? ¿Eso estaba en casa de tu tía cuando estuvimos? —preguntó Ander.

—No serán capaces...

—¿Pero qué es?

—Si se entera Sabina le da algo. Es la estatua de la antepasada más célebre de los berones. Una antigua reina.

—Esto es ridículo. ¿Qué pretenden? ¿Secuestrarla como si fuera una broma entre fraternidades de un campus?

—Ojalá fuera una broma— dijo ella. Se sentía ofendida por el trato que estaba sufriendo la reina *Amari* en manos de aquellos animales.

Hubert Vanner ordenó sustituir al hombre que se había tambaleado y esta vez consiguieron introducir la estatua en el maletero. El vehículo se alejó lentamente en dirección a la carretera que comunicaba la finca con Lacaverna. Hubert reunió al resto de los intrusos frente a la puerta principal del caserío y les dio consignas para que se dispersaran entre los viñedos. Cuando se hubieron alejado, entró en la casa. Ander siguió el rastro lumínico de la linterna del tío de David merodeando arriba y abajo en las dos plantas durante casi cinco minutos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ander—. Esto no me gusta nada.

No obtuvo respuesta. Lucía había desaparecido. Ander miró a un lado y a otro buscándola desesperadamente y al fin la localizó a escasos metros del inmueble. Definitivamente se había vuelto loca. Hubert tenía todas las papeletas para ser “la *sorgina*” y sin embargo a ella parecía darle igual. ¿Qué pretendía? ¿Charlar amigablemente con él y convencerle para que devolviera aquella escultura y dejara de matar a mujeres inocentes?

Lucía llegó en el preciso instante en el que Hubert salía hacia el huerto. La cara de él era un poema.

—Lucía... ¿qué hace aquí? —le preguntó con su característica forma de hablar.

—Esto sí que tiene gracia —dijo ella. Hubert había bebido. Su aliento etílico lo delataba. — ¿Qué haces tú aquí, Hubert? ¿Se puede saber qué coño estáis haciendo?

—Debería irse Lucía. Si ella se entera que estás aquí...

—Devuelve ahora mismo la estatua. ¿Quién te crees que eres para entrar en casa de mi tía y robarle?

—No empeores las cosas, Lucía. Aún estamos a tiempo de que esto acabe bien.

—¿Me estás amenazando? ¿Me vas a hacer lo mismo que a esas pobres niñas?

De repente los cristales de las ventanas de dos de las habitaciones del piso superior estallaron en mil pedazos. Uno de los trozos se clavó en la mejilla derecha de Hubert pero no le causó un corte demasiado profundo. Lucía estuvo a punto de ayudarle a extraerlo pero cambió de opinión cuando vio salir las llamas por los huecos que había dejado el vidrio al caer.

—Hubert ¿qué has hecho...? —le preguntó dos segundos antes de que alguien la golpeará por detrás en la cabeza. Cayó desplomada al suelo.

Suzanne Bechs había surgido de entre las sombras que envolvían la parcela enfundada en un pantalón y un jersey de color azul marino. Llevaba su inconfundible melena rubia oculta bajo una gorra y sostenía en sus manos una daga de pequeñas dimensiones labrada en hierro cuya empuñadura aparecía decorada con delicados trazos que recordaban a los cuernos de una cabra. Con la parte roma del mango había noqueado a Lucía ante la mirada atónita de Hubert.

—No me mires así, no está muerta —le dijo en holandés—. Sé valorar que hayas conseguido que te dijera dónde se iba a celebrar la reunión. Llévatela de aquí antes de que cambie de opinión.

Vete de aquí Hubert, ha terminado tu misión. Ahora déjanos a los demás.

—¿Qué estás diciendo, Suzanne? Ya me he encargado de incendiar la casa y llevarnos a la reina. Es hora de irnos.

—Yo no me voy a ninguna parte.

—No te entiendo.

—Esto no ha hecho más que empezar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hubert.

—No te he dicho toda la verdad. William murió la semana pasada. Lo encontraron medio congelado en Haastad, tirado en la calle, como si fuera un perro. Murió de repente. Mi pequeño Wilfried.

Le había ocultado la muerte de William deliberadamente. Derrame cerebral. El informe del forense había determinado que probablemente la hemorragia se había derivado de los múltiples traumatismos que había sufrido durante aquel horrible asalto del que fue víctima a las puertas de su casa en Bilbao.

—Siento su muerte —mintió Hubert.

—¿De verdad pensabas que nuestro trabajo aquí se iba a limitar a llevarnos ese viejo trasto y a quemar la casa de esa víbora?

Ander no veía a Lucía. Había desaparecido de su campo de visión y ni siquiera sabía si había llegado a hablar con Hubert. Estaba preocupado por el estruendo que acababa de escuchar, muy similar al que haría un enorme acuario que hubiera explotado desparramando el agua por todas partes. Era un pensamiento absurdo pero no podía evitar que su mente realizara esa comparación. Buscó con la mirada el pozo que le había indicado Lucía. Junto a él se encontraba la trampilla por la que se descendía a aquellas viejas ruinas donde se estaba celebrando la reunión. Rastreó visualmente el terreno tratando de localizarla, pero las nubes que tapaban la luna le impedían distinguirla entre el resto de bultos y siluetas oscuras que tenía delante de él y que probablemente en su mayoría eran vides. Le pareció percibir cierto aroma a café tostado, lo cual era del todo ridículo. Y entonces se dio cuenta de dónde provenía aquel olor. Del tejado de la casa de Sabina Elguea salía una espesa humareda. El incipiente resplandor de las llamas le ayudó a encontrar la ubicación del pozo. Llamó a David pero tenía el teléfono sin cobertura. Le envió un mensaje. Si David y los demás asistentes a la reunión estaban bajo tierra era imposible que recibieran llamadas.

Escuchó no muy lejos de donde se encontraba el ruido de un vehículo aparcando, probablemente una furgoneta. Y casi al mismo tiempo se fueron encendiendo diferentes puntos de luz desperdigados por toda la finca, como si una decena de luciérnagas gigantescas hubiera decidido hacer brillar sus cuerpos de manera simultánea. Era fuego. Diez focos diferentes que iban aumentando de intensidad por segundos. La finca entera estaba quemándose. Su mente dibujó el rostro de David carbonizado y los latidos de la ansiedad volvieron a hacer acto de presencia repiqueteando en su sien derecha. Tenía que avisar a David y a los demás o se iban a abrasar vivos. No podía perder a David de aquella manera. Si corría llegaría al pozo en pocos segundos, antes de que fuera demasiado tarde. Cuando se disponía a hacerlo, detectó la sombra de alguien

caminando a paso rápido hacia él. Se trataba de un tipo alto con cara de pocos amigos. Se giró con la intención de echar a correr y escapar pero los nervios le jugaron una mala pasada y acabó tropezándose con la hilera de vides que tenía a la derecha. Al caer se golpeó la cabeza contra la fría tierra. Mientras su consciencia se evadía en sueños abstractos repletos de brillantes luciérnagas y racimos de uvas incandescentes, tuvo la extraña sensación de que conocía a aquel hombre, pero enseguida aquella alucinación sensorial desapareció para dar paso a la más absoluta oscuridad.

82.

Cinco integrantes de la hermandad de la Diosa rodearon a Sabina Elguea y a Anne Wellington formando un círculo casi perfecto con ellas dos en el centro. Otros dos grupos de cuatro mujeres cada uno de ellos se colocaron, uno a cada lado, formando dos semicircunferencias, una abierta hacia la izquierda y otra hacia la derecha. Todas habían entrelazado sus manos, salvo las situadas en los extremos, que sostenían en su puño cerrado tierra del propio mausoleo. Había sido idea de Sabina formar el símbolo de las tres lunas que representaba a *Amalur*. No sabía si contribuiría o no a que el ritual del levantamiento de párpados funcionara mejor pero cualquier ayuda era bienvenida.

Tenía que reconocer que tenía miedo a morir, a dejar de existir sin tener ni idea del futuro que le esperaba al linaje. Era una insensatez intentar guiar el rito en su situación, con el don de la vigilia tan avanzado. Pero no podía hacer otra cosa, solo ella sabía ejecutarlo del modo correcto. Además quería que David liderara a los linajes, aunque fuera de manera conjunta con la inglesa. El clan de los berones no podía perder su posición privilegiada. Le asustaba el hecho de que en la visión premonitoria que ella había tenido meses atrás no había sido capaz de ver si David estaba o no presente en la apertura de la puerta, pero muchas veces los sueños no eran completos. Quería ayudar a David a asegurar su liderazgo al frente de los linajes, pero también quería ayudar a las hijas de la Diosa. Durante mucho tiempo había caminado sola enfrentándose a todo el mundo y no deseaba que David tuviera que pasar por lo mismo. Aquella hermandad recién constituida parecía aceptar la autoridad de David y Anne, con lo que se había convertido en la mejor garantía para que el clan berón continuase liderando los designios del legado. Con un poco de suerte, todas unidas conseguirían visualizar el rostro de “la *sorgina*”. Con un poco de suerte ella no moriría en el intento.

—*Amari, zeu gurekin* —comenzó a recitar Sabina en voz alta invitando a la reina de los que estaban antes a bendecir el ritual.

—*Amari gurekin* —repitieron todas. El sabor amargo de la poción que les había suministrado Sabina caía de forma pesada por sus gargantas quemando todo a su paso en su descenso por el esófago.

Anne observaba a la tía de David con una mezcla de asombro y repugnancia. Las agujas de las Madres insertadas en los párpados superior e inferior de los ojos de Sabina no constituían precisamente una visión tranquilizadora. La tía de David se había hecho una profunda herida en el ojo derecho al introducir una de las agujas y un hilo de sangre brotaba sin cesar manchando su ropa. Anne sintió náuseas y ganas de vomitar, pero se contuvo. De nuevo tuvo la sensación de que no estaba viviendo aquella escena, como si otra persona la estuviera protagonizando y ella fuera una mera espectadora. Se acordó del día que conoció a Sabina, cuando acompañó a David hasta Lacaverna para visitarla porque supuestamente había enfermado de cáncer. Salvo con Henry, su

padre, jamás había sentido que nadie la despreciara tanto como hizo entonces Sabina. Y allí estaban las dos ahora, sin apenas haber cruzado palabra, compartiendo un momento íntimo de magia ancestral, la una junta a la otra, hombro con hombro.

La hermandad de la Diosa recitó en susurros algunos de los salmos y oraciones de la antigua religión mientras trataban de focalizar su energía en Sabina. Al cabo de un par de minutos la tía de David puso los ojos en blanco. El trance había llegado. Pero no del modo lo suficientemente profundo como para no ser consciente del lugar en el que se encontraba e ir dirigiendo a las demás.

—Anne, del linaje de los galeses —dijo Sabina dirigiéndose a ella— descubre el velo que oculta a “la *sorgina*”.

Una contracción. ¿Acababa de sufrir otra contracción? Desde luego la situación era más que estresante. Tenía que relajarse, aún faltaban días para el nacimiento.

—Betrys, del linaje de los galeses —dijo dirigiéndose a la madre de Anne, que formaba parte del grupo de la luna menguante— descubre el velo que oculta a “la *sorgina*”.

Koro Uria repitió las mismas palabras en inglés al oído de la madre de Anne.

Y así, una a una, fue llamándolas y solicitando su ayuda para desenmascarar a “la *sorgina*”, mientras David, Fraxinus y el resto de invitados observaban en silencio el proceso. Habían pasado unos tres minutos cuando Anne dejó de ver a Sabina y en su lugar se dibujó la silueta de un hombre suspendida en mitad de la nada. A medida que los segundos transcurrían, aquella figura iba ganando consistencia y su contorno iba adquiriendo mayor solidez. Era “la *sorgina*”. Era plenamente consciente de que aquel era el asesino de las hijas de *Amalur*. Dentro de la visión, sintió a su bebé revolviéndose en su vientre, como si temiera que Anne averiguara la identidad del asesino, como si quisiera advertirla del peligro. Y de repente una explosión líquida. Un latigazo sacudiendo cada una de las células de su organismo. El hombre del sueño comenzaba a desdibujarse sin haber alcanzado su forma definitiva. Anne se resistió a que la visión la abandonara tan pronto. “*Anne, despierta*”. De nuevo la voz de su abuela Mary Anne la llamaba y el asesino cada vez era más transparente, desvaneciéndose a marchas forzadas. “*Anne, despierta*”. Un momento. Aquella no era la voz de su abuela. Alguien más la estaba conminando a abandonar aquel estado alterado de conciencia. Era David. ¿Pero por qué trataba de despertarla si aún no había conseguido ver la cara del asesino?

—¡Anne, despierta de una vez! —volvió a gritar él.

Todas las integrantes de la hermandad de la Diosa volvieron en sí a la vez. Sabina yacía derrumbada en el suelo, pero parecía que había sobrevivido al ritual. Anne se palpó instintivamente el vientre y chilló.

—¡Ha roto aguas! —exclamó Anxela Cerqueiro al descubrir la humedad que empapaba las piernas de Anne—. ¡Hay que llevarla a un hospital!

Fue en ese momento cuando Anne fue consciente de lo que acababa de ocurrir. La bolsa amniótica que resguardaba al bebé se había roto y el líquido se había desparramado por el suelo.

—¡Rápido! ¡Ayudadme a subirla por las escaleras! —gritó David.

Koro Uria y Betrys Wellington le ayudaron en el ascenso, pero al llegar al último peldaño y tratar de retirar la cubierta metálica de la trampilla David pegó un alarido.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmada Koro.

—¡La tapa está quemando, joder! —gritó él. Se quitó el jersey, se envolvió la mano derecha con él y trató de agarrarla y levantarla pero le fue imposible.

—¡Déjame a mí! —exclamó Koro mientras empujaba con todas sus fuerzas la tapa sirviéndose de su bolso. La trampilla no cedió ni un centímetro.

—¿Tía, qué cojones está pasando? —preguntó David a punto de perder el juicio. Anne estaba lívida y no paraba de retorcerse de dolor. A su lado, Betrys trataba de consolarla susurrándole palabras de aliento en inglés.

Sabina Elguea se incorporó y recogió la muñeca de Véspero del suelo. Avanzó lentamente hacia otra zona del mausoleo, muy próxima al lugar donde se suponía que habían sido depositadas las cenizas de la sacerdotisa Kara. Buscaba un minúsculo respiradero que su padre había mandado abrir en su día y por el que a veces se colaba el agua de la lluvia. Miró hacia arriba y enseguida bajó la mirada aturdida. Lo que acababa de ver la había dejado sin palabras.

—Hay fuego —les anunció—. Los viñedos están ardiendo.

—¿Pero habrá otra salida, no? —preguntó Isabel Apellániz.

—No, no hay más salidas. Esto es un yacimiento de un templo de la época de los berones. ¿Qué otra salida quieres que haya?

Anne chilló. Sentía al bebé presionando para escapar de su cárcel uterina, desgarrando todo cuanto encontraba a su paso. David volvió a empujar la tapa de la trampilla y en ese momento la puerta cedió. Alguien la había retirado desde el exterior mientras otra persona utilizaba un pequeño extintor para apagar el fuego que rodeaba el pozo. A medida que el humo se fue disipando David ayudó a Anne a subir a la superficie y a continuación salieron todos los demás.

—¡David, corre hacia aquella parte del camino! Rápido, no vamos a poder contener mucho más tiempo el fuego —le rogó una voz familiar.

David no daba crédito a lo que veía. Ander, Hubert y sus primos Lucía y Adrián trataban de contener las llamas haciendo uso de aquel minúsculo matafuego y de varias mantas viejas. Un fuerte olor a combustible emanaba de las vides. Todos los asistentes a la reunión fueron escapando del mausoleo hacia el cortafuegos que se había formado de manera natural en uno de los senderos que separaban las viñas. Adrián había aparcado su autocaravana allí. El extintor debía de ser el que su primo llevaba a bordo. David ayudó a montar a Anne en la parte de atrás junto con Betrys, Sabina, Ander, Lucía, Koro, Anxela, Isabel, Fraxinus y dos hermanos guardianes más. Los demás corrieron buscando el refugio de la cercana carretera. David abrazó a Ander y le dio las gracias sin entender cómo habían acabado Hubert y él allí.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Lucía al no ver a Concha Elguea por ninguna parte.

—Tu madre ha tenido que encargarse de otros asuntos antes de venir —respondió Sabina—. No ha llegado aún, tranquila.

—No te esperábamos —le dijo Lucía a Adrián—. Como no hay quien te tosa últimamente con lo de tu banda...

—No me perdería nunca una reunión de los linajes. ¿Qué ostias ha pasado aquí? Acabo de llegar y me he encontrado el panorama. Han quemado el caserío de la tía y la finca está prácticamente arrasada —dijo Adrián tras poner en marcha el vehículo.

—Ha sido ella —dijo Lucía.

—¿Quién? —preguntó Sabina.

—Suzanne Bechs.

Al oír aquel nombre Sabina sintió algo muy parecido a una puñalada desgarrando sus entrañas. La líder de los holandeses se había cobrado su venganza.

—Pretendía dejaros ahí abajo encerrados —dijo Hubert—. Se ha vuelto loca cuando sus hombres han empezado a desertar al ver que el fuego se les había ido de las manos.

—¡Acelera, joder! Hay que llegar a Logroño pero ya —gritó David—. Anne está muy pálida.

—La niña no va a nacer en un hospital —dijo Sabina—. Nadie lo entendería.

Adrián detuvo el vehículo. Lucía miraba a su tía intentando vislumbrar si Sabina había perdido definitivamente el juicio.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó David—. Adrián, como si tienes que ponerte a ciento cuarenta, pero al hospital ¡ya!

—Anne morirá si la llevas a Logroño —dijo Sabina—. Ningún médico está preparado para un parto así.

—Sabina, ¿se puede saber de qué demonios hablas? —preguntó Koro.

—La apertura de la puerta de la profecía no es otra cosa que el nacimiento de la niña. Ya habéis oído a Fraxinus. Y la puerta solo se abrirá con la llave —dijo señalando la vieja muñeca de Véspero que descansaba sobre su regazo.

—¡Estás loca! —gritó David—. Adrián, al hospital de Logroño. ¡Ahora!

—David —dijo Sabina mirando de reojo las llamaradas que asolaban la casa en la que había pasado media vida—. Nuestros ancestros han estado preparándose para este momento desde hace más de dos mil años. Solo te pido que tengas fe. Si llevas a Anne a Logroño, vuestro bebé morirá. Y Anne probablemente también. Las mujeres de nuestros linajes solemos tener partos complicados pero en este caso puede ser incluso peor. La llave es necesaria para abrir la puerta. Así lo vaticinaron los oráculos. Solo hay un lugar ahora mismo donde podemos llevarla para que todo salga bien.

—¿Dónde? —preguntó Lucía.

—Al estanque celtibérico de Laguardia. Es un lugar sagrado. Servirá —contestó Sabina.

Lucía miró a su tía. Sabina estaba plenamente convencida de lo que decía.

—¡Cállate de una puta vez! —gritó David—. ¿Es que no ves cómo está Anne?

Koro arrebató la muñeca a Sabina y le arrancó la cabeza. Extrajo de su interior un objeto protegido con una funda de cuero que despedía un fuerte olor a rancio. Retiró el envoltorio y lo dejó al descubierto. Desde luego aquella cosa tenía forma de llave. Los antepasados del linaje lo habían denominado así con muy buen criterio. Era alargada y estrecha y tenía dos empuñaduras con forma de arandela en vez de una. El extremo opuesto aparecía ligeramente abombado. Parecía más bien una tenaza, vista desde la perspectiva del siglo XXI. El material era probablemente hierro y llevaba unos signos indescifrables esculpidos en un costado. Sabina se la quitó a Koro de las manos y, ante la mirada atónita de todos, la forzó hasta prácticamente partirla en dos, aunque sin llegar a separar del todo las dos piezas resultantes, que seguían unidas por el centro. Betrys

Wellington y Koro Uria comprendieron al instante de qué se trataba y la emoción empapó sus miradas.

—¿Qué es eso? —preguntó David.

—Es algo que hoy en día aún se utiliza en los partos complicados —dijo Koro—. Aunque este está claro que está diseñado de una forma especial.

—Es un *fórceps* para ayudar a extraer al bebé —anunció Sabina—. Tú mismo tuviste que nacer asistido por uno.

83.

Itziar Azurmendi y Calíope escuchaban atentas las explicaciones de Aimar Errekamendi. Mechero hacía rato que había dejado de prestar atención y no dejaba de reproducir una y otra vez las imágenes que Aimar había grabado en el bosque. Eran solo diez segundos pero suficientes para apreciar la magnificencia de aquel ser que Aimar había descrito como una niña adulta, con la mirada rebosante de sabiduría y cierta fiereza imprevisible que le conferían un aire de espiritualidad y misticismo que contrastaba con su imponente rotundidad física. Aimar había conseguido salir por su propio pie del bosque que lindaba con la bodega donde se había perpetrado la matanza y enseguida había podido establecer comunicación con Jon. Cuando el grupo de jardineros lo vio llegar a Lacaverna se encontraron a un hombre distinto al que habían conocido. Aimar estaba exultante, seguro de sí mismo, sabedor de que había sido testigo en primera persona de un encuentro con lo extraordinario y además había sobrevivido. Hasta su lenguaje corporal había cambiado, como si aquella experiencia hubiese supuesto una catarsis que lo hubiera hecho salir finalmente de la pupa y abandonar definitivamente el estado de crisálida para convertirse en quien realmente había querido ser toda su vida.

—No hay supervivientes, o eso creemos —dijo Jon. La escasa decena de Originarios que no habían participado en la reunión de la bodega se habían acercado a comprobar la veracidad del relato de Aimar. Desde el jardín pudieron observar a través de la cristalera rota de la ventana, decenas de cuerpos tendidos sobre el suelo del anfiteatro.

—¿Se sabe algo de Anne? —preguntó Itziar mientras consultaba su móvil para ver si la noticia había saltado ya a los medios de comunicación. Se dio cuenta de que era imposible, probablemente nadie más habría encontrado los cadáveres.

—No. Su móvil no da señal —contestó él—. Y eso no es todo. La finca de Sabina Elguea está ardiendo por los cuatro costados.

—¿Has contactado con la Fundación? —preguntó Calíope.

—Eso estoy intentando, pero ahora mismo la confusión es total. Nadie se atreve a hablar aunque sí me están llegando mensajes anónimos. Comienzan a correr rumores de que han sido los Insurgentes quienes han provocado la masacre en la bodega.

El teléfono móvil de Jon Arkaute vibró en el bolsillo derecho de su pantalón vaquero. El jardinero se alejó unos metros para atender la llamada.

—No han sido ni los Insurgentes ni los Originarios. Ni siquiera los Caducos —dijo de repente Mechero—. Creo que los linajes nos la han jugado. A todos. Y creo que Anne está en el ajo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Calíope.

—Desde que estuvimos en Cerdeña la noto diferente, como si no me estuviera diciendo toda la verdad o me ocultara algo.

—Sí, ya me lo comentaste —dijo Calíope.

—¿Te acuerdas cuando estábamos en el pozo de Santa Cristina y no la encontrábamos?

—Sí, Anne dijo que le había parecido ver la luz de una linterna a lo lejos y había ido a mirar, pero que era una falsa alarma.

—Estoy convencido de que nos mintió. Yo también vi a lo lejos el destello de una linterna pero pensé que se trataba del faro de algún coche. Creo que Anne se encontró con alguien y no nos lo dijo.

—Estás paranoico —dijo Calíope—. ¿Con quién se iba a encontrar?

—No lo sé, pero desde entonces Anne está rara de cojones. ¿Y si la reunión de la bodega no era la verdadera reunión que había convocado Sabina? Puede que todo haya sido una trampa de los linajes para vengarse de Petunia.

—No seas tan dramático. Igual simplemente han tratado de despistar a la Fundación para que no interviniera en el verdadero aquelarre y al final la situación se les ha ido de las manos —dijo Calíope.

—Creo que el chaval tiene razón —dijo Aimar—. En la bodega no estaba la anfitriona, Sabina Elguea. Y tampoco vi a Suzanne Bechs. Yo también noté algo raro. Creo que solo Concha Elguea y Amelia Aizaga, la anciana que escapó con la gigante, pertenecían a los linajes. El resto de asistentes eran jardineros de las distintas corrientes.

—¡Chicos, chicos! —gritó Itziar Azurmendi llamando la atención del resto.

—¿Qué pasa? —preguntó Calíope. Itziar tenía la cara desencajada.

—Mirad esto. Está por todas partes —les dijo tendiéndoles el teléfono móvil.

Mechero observó la imagen que aparecía en la pantalla del dispositivo y se quedó sin palabras. Buscó rápidamente la noticia en el suyo. Efectivamente, todos los periódicos digitales mostraban en su portada la misma imagen. Acababa de producirse una explosión en la central nuclear de Limerick de Pennsylvania, muy cerca de la ciudad de Nueva York. Una gigantesca nube con forma de hongo se abría paso en el cielo y los titulares comenzaban ya a relacionarlo con la cadena de atentados que venían ocurriendo en diferentes ciudades del mundo desde hacía unos meses. Al parecer una organización de extrema derecha acababa de reconocer la autoría. Se estimaba que los muertos podían ascender al millar.

Su corazón comenzó a latir a gran velocidad. Las palabras de la profecía del regreso de los que estaban antes acudieron raudas a su memoria. *“La nube anunciará la llegada”*. ¿Era posible que aquello fuera la nube que coincidiría con la llegada de los gigantes? Desde luego tenía que tratarse de un acontecimiento grave y con la repercusión suficiente como para que todos los oráculos se hubieran referido a él para contextualizar el momento en el que se abriría la puerta. Uno de los periódicos mostraba las imágenes del antes y el después de la central nuclear. Y entonces supo que estaba en lo cierto. Se acordó de los dos grabados gemelos del dintel de la puerta de la *drakospita* del monte Oqui. En su día no habían atinado a comprender por qué los

moradores de aquella vieja construcción habían hecho dos dibujos casi idénticos a ambos lados de la puerta. Ahora lo entendía. ¿Y si la montaña que aparecía en los dos grabados no fuera una montaña tal y como habían supuesto? ¿Y si lo que en realidad había allí representado eran dos reactores nucleares gemelos vistos desde la perspectiva de unos profetas de hacía miles de años? ¿Y si aquellos antiguos oráculos habían previsto que cuando se abriera la puerta tendría lugar aquella catástrofe?

Jon Arkaute se acercó corriendo a ellos con el teléfono móvil aún en la mano.

—Me voy —les dijo—. Anne está en peligro.

—¿Qué está pasando, Jon? —preguntó Mechero.

—Me acaba de llamar un viejo amigo. Anne está a punto de tener al bebé.

—¿Pero dónde? ¿Quién coño te ha llamado, Jon? —Mechero estaba fuera de sí. La profecía se estaba cumpliendo al pie de la letra.

—No tengo tiempo para explicaciones. “La *sorgina*” está con ella. ¿Alguien más viene conmigo?

84.

El hermano Fraxinus guardó su teléfono móvil. El resto de los hermanos guardianes se habían despojado de las túnicas granates pero él había decidido dejársela puesta. Lo que le acababa de contar Jon Arkaute le había dejado trastocado. Aún no podía creerse lo que había sucedido en esa bodega propiedad del que fuera pareja sentimental de Concha Elguea. Una masacre. Además de ella, decenas de jardineros habían perecido y él sabía quién podía ser la responsable. La tenía a muy pocos metros de distancia. Todo apuntaba a que Sabina Elguea había diseñado aquella estratagema para quitarse de en medio a la orden y que no interfiriera en el encuentro de los linajes. ¿Había también planeado que la reunión falsa acabara así o había sido cosa de su hermana Concha? Él mismo y el resto de los hermanos guardianes que le habían acompañado podrían estar muertos si no fuera porque David les había indicado en el último momento la auténtica ubicación del cónclave.

Ni siquiera le había dado tiempo a avisar a la Fundación, aunque tampoco hubiera servido de mucho. La facción secreta a la que él pertenecía no se relacionaba con ninguna de las corrientes que luchaban entre sí dentro de la orden. Ni los Caducos, ni los Originarios ni los Insurgentes habían contactado jamás con ella, aunque siempre había habido rumores sobre la existencia de aquella élite dentro de Petunia. Jon Arkaute era uno de los pocos jardineros que la conocían, aunque apenas sabía nada acerca de aquel grupúsculo y ni siquiera había oído hablar sobre La Madriguera, el refugio secreto situado junto al santuario de Arantzazu. Jon y Fraxinus se habían iniciado en la Fundación casi a la vez y ambos habían sido tentados para formar parte de aquel impenetrable bando, pero Jon había rehusado la invitación. Aunque sus caminos se habían separado con el paso de los años, no le había quedado más remedio que confiar en él. Anne Wellington había accedido a llevar a cabo el plan de Fraxinus con una condición. Si la cosa se torcía y algo le pasaba a ella, al bebé o a David, o si se encontraban en peligro, debía dirigirse inmediatamente a Jon Arkaute y a Borja Ayala, el hijo de Begoña Argenta, al que ella llamaba Mechero, con los que había viajado hasta Lacaverna. Ella misma le había facilitado sus teléfonos.

El yacimiento del estanque celtibérico de La Barbacana estaba sumido en un extraño silencio que de vez en cuando era interrumpido por los gemidos de dolor de Anne Wellington.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó Koro Uria en cuanto Fraxinus le contó lo que había sucedido en la bodega. Koro se había alejado de los demás para hablar con él.

—Por desgracia ya no podemos hacer nada. Ahora hay que procurar que el parto salga bien. ¿Has podido averiguar quién de ellos es “la *sorgina*”? —preguntó Fraxinus mirando al lugar donde se encontraba el resto.

—No —se lamentó Koro— pero he hablado antes con Isabel y Anxela y ellas también lo tienen claro. Ese hombre está aquí. Su aroma, su vibración, su esencia es la misma que en la

visión que tuvimos todas en el mausoleo. Tal vez si todas volviéramos a darnos la mano y nos concentráramos unos minutos, podríamos terminar de descubrir quién de ellos es.

—No hay tiempo. Ninguno de los hermanos tenemos armas. He pedido ayuda, está de camino. Estad atentas y ante la más mínima sospecha avisadme. Y, por favor, tened cuidado. Ese desgraciado quiere completar el ritual de las tres lunas rojas y hará cualquier cosa para conseguirlo.

Anne Wellington gritó como nunca antes lo había hecho. Su hermana Elin le había hablado de los dolores que acompañaban al parto pero jamás en la vida se hubiera imaginado que serían así. Lucía había cogido los dos asientos del viejo sofá que había en el despacho de la pequeña oficina situada en el yacimiento y los había trasladado hasta la zona del estanque donde en su día los antiguos moradores de Laguardia habían almacenado el agua que abastecía al poblado. Sobre el suelo había colocado una manta. Anne estaba tumbada encima de ella justo en el centro de la alberca. Sabina había insistido en que tenía que ser allí. Anne miró a su alrededor y distinguió los muretes bajos de aquella antigua construcción berona. A su izquierda estaban Isabel Apellániz y Anxela Cerqueiro, que la guiaban en las respiraciones que tantas veces ella misma había visto practicar a otras mujeres en los *DVD* de preparación al parto que su hermana le había dejado. A su derecha Betrys le sostenía la mano y le sonreía en un intento de tranquilizarla. David estaba a sus pies, junto a Sabina, esperando a ejecutar cualquier orden que su tía le diera. Había traído tres cubos con agua, dos toallas y cuatro rollos de papel de cocina que había localizado en el armario de la limpieza. Detrás de David y Sabina se encontraban tres de los hermanos guardianes, Ander, los primos, el tío y el padre de David. Alguien había avisado a Ruud Vanner, que había llegado incluso antes que ellos al estanque equipado con un botiquín de emergencia. Fraxinus y Koro se acercaron hasta donde estaba Anne.

—Anne, esto te va a doler —le dijo Sabina después de haber lavado a conciencia la llave en uno de los cubos de agua con jabón que David había traído.

—Anne, mírame —le dijo David—. Todo va a salir bien, tranquila. Es nuestra hija. La niña de la profecía. Ella heredará el camino de los que estaban antes. Solo puede salir bien. Estate tranquila.

Anne quiso mandar a la mierda pero no pudo reunir las fuerzas necesarias. Si David supiera que el embarazo era de riesgo y que muchas mujeres de su familia materna habían muerto en el parto, no se atrevería a ser tan optimista. Aun así, agradeció sus palabras de ánimo.

—*Amari* nos está ayudando —dijo Sabina—. La criatura está perfectamente colocada, puedo palpar su cabeza, pero no soy capaz de extraerla. Es hora de utilizar la llave.

—¿Y si lo intento yo? —preguntó Ruud abriéndose paso—. Yo estuve presente en el parto de mi hija Nerea.

—Aparta —le ordenó Sabina—. Ni se te ocurra poner las manos encima de ella.

—Sabina, hazlo de una vez —le dijo Koro—. ¿No ves cómo está la pobre?

David se levantó y salió del estanque. Todos pudieron escuchar cómo vomitaba sobre uno de los carteles que explicaban los motivos por los que se había construido aquel embalse.

Sabina fue consciente de que su premonición se estaba cumpliendo. En su sueño, no había podido ver a David junto a Anne en la escena de la apertura de la puerta. Ahora sabía el motivo. Era el momento. Se encomendó a *Amalur* y abrió las dos palas del *fórceps*. Introdujo el instrumento con suavidad y colocó las dos partes curvadas sobre la cabeza del bebé.

—No puedo —dijo de repente—. No sé hacerlo. No quiero hacerle daño.

—Déjame a mí —dijo Koro. Era gerente de tres clínicas privadas pero hacía más de diez años que no pisaba un quirófano y jamás había atendido un parto. Aun así alguien tenía que hacerlo.

Sabina Elguea colocó su mano derecha sobre la espalda de Koro en señal de agradecimiento y apoyo, y tendió la otra mano a Isabel, que hizo lo mismo con Betrys. Durante un instante las cuatro se miraron las unas a las otras. Desde la distancia, David percibió algo raro en sus miradas, como si hubieran hablado entre ellas sin pronunciar palabra.

Koro repitió los pasos que había llevado a cabo Sabina e introdujo de nuevo el *fórceps*. Para su sorpresa, al cabo de unos segundos la criatura salió con relativa facilidad.

—Es una niña, Anne —anunció Koro. La pequeña tenía los ojos completamente abiertos y no lloraba. Durante un segundo pensó que había nacido muerta, pero enseguida la vio moverse y respirar con normalidad. Debía de rondar los cuatro kilos de peso.

Anne trató de incorporarse para ver a su hija pero no pudo. Se sentía derrotada, como si el parto hubiera acabado de manera fulminante con todas sus reservas de energía.

—Hay que cortar el cordón umbilical —dijo Sabina.

—Voy a buscar a la oficina. Creo que tengo unas tijeras por ahí —dijo Lucía. Ander la acompañó.

Koro colocó al bebé sobre el pecho de Anne. En cuanto lo depositó allí, la niña hizo ademán de buscar la mama para alimentarse. Anne la observó con curiosidad y preocupación mientras David regresaba a su lado y rompía a llorar incapaz de contener la emoción. Amor. Aquello que Anne estaba experimentando al tener a su hija sobre ella tenía que ser amor. No era un amor como el que había llegado a sentir por David y había empezado a experimentar junto a Jon. No. Aquello era distinto. Aquel sentimiento era mucho más intenso, casi inabarcable. Una explosión de adrenalina había impactado en su corazón en cuanto vio el rostro de su pequeña y aún seguía allí, en un constante vaivén de microestallidos que se activaban cada vez que ella se movía o la miraba.

—¿Dónde las has podido meter? —preguntó Ander mientras rebuscaba en uno de los armarios del pequeño despacho.

—No lo sé, juraría que estaban encima de esa mesa cuando hemos entrado antes a por el agua —contestó Lucía.

—Espera, voy a mirar en el cuarto de baño, no vaya a ser que las hayas dejado inconscientemente allí —dijo él.

Ander buscó en la estantería y dentro de una caja que solo contenía productos de limpieza, pero allí no había ni rastro de las tijeras. Le pareció escuchar un golpe seco al otro lado de la puerta. Al salir descubrió el cuerpo de Lucía desangrándose sobre el suelo. Una daga de grandes dimensiones aparecía insertada en su abdomen. A su lado, el hombre que la acababa de apuñalar rezaba en voz baja lo que parecía una plegaria ininteligible. Ander sintió miedo. No el miedo que había sentido durante sus primeros encuentros con el Dios astado y que era consecuencia del temor hacia lo desconocido, hacia lo incomprensible. El terror que estrangulaba su corazón en ese momento era mucho más palpable, más físico. Un asesino, un depredador sediento de sangre acababa de arrebatar la vida a Lucía como si fuera un matarife que acabara de sacrificar un animal y lo peor era que no parecía mostrar ningún tipo de remordimiento. El hombre terminó su oración y con su mano izquierda recogió parte de la sangre que había brotado del vientre de la joven y se la llevó a la boca. Todo sucedió en menos de diez segundos, pero a Ander le parecieron horas.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó por fin tras superar el primer impacto.

El asesino abandonó súbitamente el trance espiritual en el que parecía hallarse inmerso y se puso de pie con intención de huir. Al girarse buscando la salida del despacho, se topó de bruces con Koro Uria que le impidió el paso.

—¿Dónde te crees que vas, hijo de puta? —le dijo.

Él no lo dudó y la golpeó con el puño en la cara derribándola. Detrás de ella llegaron corriendo Isabel y Anxela. Al verse acorralado arrancó el puñal del cuerpo de Lucía. Con su brazo izquierdo rodeó a Ander por el cuello y colocó el filo del arma a la altura de la nuez. Ander pensó en pegarle un codazo o incluso pisarle, pero estaba completamente paralizado por el miedo. Ambos salieron lentamente de la oficina hacia la puerta de entrada del recinto.

—¡Adrián! —gritó Sabina fuera de sí cuando vio lo que sucedía. Él se detuvo un instante, como si temiera la reacción de su tía, pero enseguida reanudó el paso.

Sabina, Anxela, Isabel, Koro y Betrys habían visualizado el rostro de Adrián en el momento en el que se habían tocado durante el parto. Había sido un segundo, una visión fugaz, pero lo bastante intensa como para tener la certeza de que él era “la *sorgina*”. El ritual del levantamiento de párpados, aunque con retardo, había funcionado. Sabina tenía que admitir que en el fondo no le había sorprendido del todo. Adrián le había confesado meses atrás que él fue quien apuñaló a William Dick, el sobrino de Suzanne Bechs, a la puerta de su casa. Sabina le dejó de hablar durante más de dos semanas por haber puesto en peligro a la familia con esa acción incontrolada pero después le perdonó. Adrián, a su manera, había demostrado ser fiel a los intereses del legado. Tuvo suerte y se libró de la policía pero le hizo prometer que no volvería a actuar por su cuenta. Ella era la que lideraba al linaje y era ella quien debía autorizar cualquier tipo de actuación. Además, a Sabina le horrorizaba la idea de mancharse las manos con la sangre de un ser humano, por mucha repugnancia que este le causara. Al contrario que Suzanne Bechs, que acababa de cobrarse su venganza personal con ella abrasando su casa y su finca. Suzanne la odiaba desde que no quiso prestarle la llave y ayudarla con la enfermedad de su hermana Fiona, que terminó muriendo. Pero no había tenido otra opción. La llave, ese objeto que el resto de linajes consideraba como un amuleto mágico, no lo era. No residía ningún tipo de magia en él. La riqueza y la supremacía del clan de los berones se había edificado en base a lo que los demás

creían que era la llave. De ninguna manera podía explicárselo y que la frágil torre de naipes sobre la que se sustentaba el poder de los Elguea se derrumbara en un segundo. Además, ella tampoco se había comportado bien. Aquella debilidad mostrada por Suzanne le había supuesto un aliciente para intentar arrebatarse el control de su imperio empresarial. Podía considerarse afortunada de que el mausoleo de Kara no se hubiera convertido también en su propia tumba.

—¡Suelta al chico, Adrián! —le ordenó Sabina. Se sentía culpable de haber convertido a su sobrino en el monstruo que era. —Acaba con esta locura, por favor.

David, Ruud, Hubert y los hermanos guardianes se aproximaron al joven con intención de intimidarlo pero él continuó avanzando con Ander hacia la puerta de entrada. Si conseguía salir a la calle tendría alguna posibilidad de huir.

85.

Fuera, la temperatura había descendido varios grados. El estanque celtibérico estaba ubicado en una zona bastante tranquila de Laguardia y más a esas horas de la noche. No se veía ni un alma. Adrián había aparcado la autocaravana en el arcén de la carretera de acceso al cerro donde se erigía la parte vieja de la villa. Solo tenía que cruzar la puerta de la muralla situada al final de la calle y bajar una escalera. Sin embargo todas sus esperanzas de escapar rápidamente se desvanecieron en un instante. A escasos diez metros de la puerta del recinto arqueológico un tipo le apuntaba con una pistola. Detrás de él otros dos hombres y dos mujeres impedían el paso hacia la muralla.

—¡Policía! Tira el puñal al suelo y deja marchar al chaval —le ordenó.

Jon Arkaute se estremeció al escuchar pronunciar aquellas palabras a Aimar Errekamendi. Definitivamente no era el hombre al que había conocido en aquella cafetería de Bilbao.

—¡Ha matado a su propia hermana! —gritó Koro desde la puerta del estanque con lágrimas de rabia desbordándose por sus ojos. Junto a ella, David, Ruud y Hubert permanecían inmóviles mientras miraban fijamente a Adrián, como esperando que sucediera algo.

—¡Suelta el puñal! ¡Ahora! —le volvió a exigir Aimar.

Adrián hizo caso omiso. Ahora que acababa de completar el ritual de las tres lunas rojas no pensaba ceder tan rápido. En ese momento una sombra alargada apareció de la nada por detrás de él. Percibió un nauseabundo olor a podrido y giró la cabeza. A escasos metros de donde se encontraba, una cabra negra maloliente había clavado su mirada en la de él. Junto al animal, la silueta de un hombre alto y huesudo, sin pelo en la cabeza y cubierto por ropa de color negro, acariciaba la cabeza del cuadrúpedo. Era la viva imagen de la muerte. Nadie excepto Adrián parecía estar viendo a aquellos dos seres. Tenía que ser alguna especie de magia.

Comenzó a notar que el brazo con el que rodeaba a Ander por el cuello le escocía, como si estuviera ardiendo, pero por más que lo miraba no parecía ocurrirle nada extraño. Enseguida el dolor se hizo insoportable y se vio impelido a soltar a Ander, que corrió hacia donde se encontraba David. Aprovechó ese pequeño instante de distracción para escapar por una estrecha callejuela adyacente con intención de llegar a la carretera que le llevaría hacia su *roulotte*. Escuchó tras de sí los pasos de varias personas persiguiéndole, pero tuvo suerte. En menos tiempo de lo que había calculado llegó al vehículo y puso en marcha el motor. Piso el acelerador y emprendió la huida en dirección a Labastida. A la altura de Páganos se dio cuenta de que un coche le perseguía. Por el retrovisor vio que se trataba del tipo que lo había encañonado. Si no hacía algo le iba a alcanzar. Tenía que abandonar la autocaravana.

Decidió desviarse hacia el puerto de Herrera. Se refugiaría en las montañas. Sí, eso era lo mejor. Conocía perfectamente la Sierra de Cantabria. Encontraría un lugar donde esconderse y al

amanecer huiría. Mientras ascendía tuvo la sensación de que no estaba solo dentro del vehículo, pero por más que miró por todas partes no vio nada extraño. Llegó a la altura del Balcón de La Rioja, el mirador donde su madre Concha solía llevarle a él y a su hermana cuando era pequeños y desde el cual se veían algunos de los pueblos de la comarca. Aparcó y salió del vehículo con la bolsa que le había dado su madre en la bodega. Pensó en Lucía y entonces fue consciente de lo que acababa de hacer. Con las otras niñas y mujeres no había tenido ningún tipo de remordimiento, eran el medio necesario para llegar al fin que perseguía. Pero con Lucía la cosa cambiaba. Su idea inicial había sido encontrar en la reunión de los linajes a otra hija de *Amalur* que estuviera embarazada y luego dejar el cuerpo junto a cualquiera de las cumbres que formaban parte de aquella cadena montañosa, como había hecho con las demás. Tenía dos candidatas más pero el incendio de la finca de la tía Sabina había echado por tierra su plan de localizarlas. Incluso había pensado en matar a Anne Wellington durante el parto, pero no hubiera salido vivo de allí. Así que cuando vio a Lucía alejarse hacia la oficina del yacimiento se dejó llevar por un impulso irrefrenable. Ella era su única y última oportunidad.

Avanzó unos pasos entre la maleza que rodeaba el mirador. Pensó en su madre. Cuando Concha le había contado que Lucía le había confesado que estaba embarazada, ni siquiera se le había pasado por la cabeza considerar a su hermana como el último sacrificio que necesitaba llevar a cabo para terminar de ejecutar el ritual de las tres lunas. Pobre madre. Si supiera que había leído el Libro del Linaje antes de que se lo llevaran a Amelia a Dorrao se moriría del disgusto. Solo esperaba que cuando todo pasara, pudiera llamarla desde algún país lejano y pedirle perdón.

No había tiempo para sentimentalismos. Extrajo el objeto de la bolsa. Era una muñeca horrible pero Concha le había asegurado que funcionaría llegado el caso. A diferencia de la de la abuela Véspero, esta era mucho más rudimentaria y primitiva, pero había sido bendecida de una forma similar. Si Véspero seguía viva después de tantos años a pesar de tener el don de la vigilia, con él también funcionaría. Su madre se la había encargado a la señora Rosa diciéndole que era para la tía Sabina, aunque ella le había asegurado que funcionaría con cualquiera que ungiera los cabellos de la muñeca con su sangre. Adrián la había recibido con esperanza cuando su madre se la había entregado al llegar a la bodega. Si no conseguía cumplimentar el ritual de las tres lunas rojas, tendría una segunda oportunidad de sobrevivir con la magia de ese primitivo títere. No sabía si el ritual había funcionado o no así que, por si acaso, decidió utilizar también esta otra vía. Concha había removido cielo y tierra para ayudarlo cuando descubrió todos los somníferos que guardaba en la autocaravana y Adrián le había reconocido que el don de la vigilia se había despertado en él. A cambio, Adrián se había comprometido a ayudarla bloqueando las puertas de la bodega para que los hermanos guardianes no pudieran salir y no entorpecieran la reunión de los linajes. A estas horas ya se habrían dado cuenta del engaño. Su madre no tenía ni idea de que su amado hijo era “la *sorgina*”. No había tenido el valor de confesárselo. Solo esperaba que algún día le perdonara por lo que acababa de hacer con Lucía.

De repente escuchó el ruido de un motor acercándose al mirador y se detuvo en seco. Escondido entre el follaje, observó que un coche aparcaba junto a su autocaravana. De él bajó un hombre con una pistola en la mano. Era el mismo tipo que le había encañonado a la salida del estanque. Lo vio entrar en la *roulotte* y salir poco tiempo después para comenzar a caminar hacia

donde él se ocultaba. El imbécil estaba siguiendo el rastro de sus huellas sobre la tierra. No iba a tener tan fácil esconderse en la montaña con aquel tipo acechándole. No podía permitirlo. No iba a tolerar que nadie se interpusiera en su camino.

86.

Aimar Errekamendi estaba nervioso. Intentaba controlar la adrenalina y pensar con la cabeza fría para no cometer ningún error. “La *sorgina*” andaba cerca. Sus pisadas llegaban hasta el borde del mirador y luego se internaban en la maleza. Aquel miserable trataba de huir a través de las montañas. Tal vez si se adentraba en la vegetación por otro lado conseguiría sorprenderle entre el follaje. Pero por más que miraba la oscura masa de árboles y arbustos que rodeaban el mirador, no era capaz de reunir el valor suficiente para hacerlo. Por un instante los viejos fantasmas de la experiencia traumática que vivió en aquel campamento siendo un niño volvieron a hacer acto de presencia. Pero entonces se acordó de su salvadora. La mujer gigante. Aquella maravillosa criatura había conseguido devolverle la vida por un motivo. Su objetivo, la misión para la que Aimar había venido al mundo, aún no se había cumplido. Todos los pasos que había ido dando durante los últimos meses lo habían llevado hasta donde estaba ahora, a punto de dar caza a un cruel asesino en serie que había acabado con la vida de niñas y mujeres inocentes. Lograría atraparle y haría justicia.

Analizó la espesura tratando de detectar el más mínimo movimiento que pudiera delatar la posición de “la *sorgina*”, pero la quietud de aquella inhóspita naturaleza que lo rodeaba era casi total. Le pareció escuchar pisadas detrás de él pero al girar la cabeza no vio nada sospechoso. Avanzó hacia la arboleda despacio, con el arma en alto apuntando hacia adelante. De nuevo escuchó pisadas pero esta vez no tuvo tiempo de volverse. “La *sorgina*” surgió de entre las sombras y le propinó un golpe en la nuca con una piedra. Cayó al suelo y fue capaz de ponerse boca arriba. No podía apenas respirar y sentía que la cabeza le había estallado en mil pedazos. “La *sorgina*” se abalanzó sobre él y comenzó a estrangularle con sus manos. Aimar trató de defenderse pero estaba tan conmocionado que apenas podía resistir el ataque.

—Aimar, hijo mío, aguanta —le dijo de repente *Ama*—. No permitas que este animal se salga con la suya.

Aimar cerró los ojos. Apenas podía respirar.

—No puedo, *Ama* —le dijo él sin hablar.

Su mente se nubló y la oscuridad se cernió sobre él.

Adrián dejó de apretarle el cuello. Le había costado acabar con aquel tipo. Sacudió su cabeza a un lado y a otro para comprobar que no reaccionaba y se puso de pie. Una lechuza pasó volando sobre su cabeza y se posó sobre la barandilla del mirador. Ni siquiera le había oído batir las alas. El ave le miraba de una forma extraña, como si estuviera dotada de una inteligencia casi humana. Decidió no prestarle atención y, sin abandonar la muñeca, se dispuso a buscar un camino por el que perderse entre los riscos. Otras cinco lechuzas volaron por encima de él, a escaso medio metro de su cabeza y fueron a reunirse con la primera. En menos de un minuto, más de cincuenta

aves habían copado toda la barandilla del balcón y lo escudriñaban con sus pupilas dilatadas. La luz de la luna se reflejaba en su plumaje lechoso creando un efecto casi fantasmagórico. ¿Qué estaba ocurriendo? Les dio la espalda y comenzó a caminar pero enseguida se detuvo.

Delante de él, una mujer ataviada con un vestido negro lo observaba en mitad de la oscuridad. Durante unos segundos le pareció ver el rostro de Sabina Elguea reflejado en el de la mujer, recitando versos en euskera, pero enseguida la ilusión se deshizo y pudo contemplar su verdadera cara. Era una anciana. ¿Qué hacía a esas horas allí? Se fijó en sus ojos. Su mirada parecía ausente pero aun así tenía la certeza de que le estaba escudriñando. Intentó moverse pero por alguna razón sus pies no le obedecieron. La mujer comenzó a desplazarse lentamente hacia él mientras decenas de aves nocturnas se congregaban junto a las lechuzas y en torno a él, rodeándole por los cuatro costados. Miró en derredor y sintió pánico. Posados en el suelo había por lo menos cien pájaros, quizá más, todos inmóviles, clavando sus ojos en él. De un modo inexplicable, algo le forzó a abrir la mano en la que sostenía la muñeca. La vio caer sobre la tierra y partirse en dos. Al levantar la mirada se encontró cara a cara con la anciana. Ella abrió la boca como si fuera a gritar, pero en su lugar escuchó el zumbido lejano de un enjambre de abejas. En ese momento recordó los rostros de todas y cada una de las niñas y mujeres que había asesinado, incluida Lucía, y comenzó a sentir una leve opresión en el pecho. La mujer levantó los brazos formando una uve y entonces las lechuzas y el resto de las aves alzaron el vuelo y se reunieron a escaso medio metro por encima de la cabeza de Adrián, en un frenesí de excrementos, lamentos y chirridos. Notó que le faltaba el aire. Su corazón le latía muy deprisa y era incapaz de controlarlo. Los pájaros incrementaron los decibelios de los sonidos mientras la mujer permanecía impassible mirándole. En menos de medio minuto Adrián cayó fulminado al suelo y murió. Ni siquiera le dio tiempo a ver las bandadas de cuervos que llegaron desde la cumbre más cercana para arrancarle los ojos de las cuencas y devorarlos.

LA MUJER CON EL CABELLO

DE COLOR ROJO COMO EL FUEGO

87.

Nunca le habían gustado las salas de espera. Le ponían nervioso aquellos espacios impersonales repletos de máquinas expendedoras de dulces y bebidas de dudosa calidad. Por no hablar de las caras de la gente, observándose unas a otras en un festín de soporífero aburrimiento mientras aguardaban su turno. Normalmente él era de los que prefería hacerlo en el pasillo, donde podía esquivar mejor las miradas. Sin embargo, ahora parecía que esto también había cambiado. Sentado en aquella chirriante silla de plástico, estaba disfrutando como un niño reproduciendo una y otra vez en su teléfono las imágenes que él mismo había grabado de aquel maravilloso ser. La mujer gigante. Su salvadora.

La enfermera le abrió la puerta y entró dentro de la habitación. Un intenso aroma a rosas frescas le dio la bienvenida. Él mismo había encargado hacía dos días que cambiaran la decoración floral y la renovaran por completo. Normalmente solía hacerlo en Navidad y al comienzo de la primavera, pero si detectaba durante una de sus visitas que alguna planta se había marchitado, traía otra para sustituirla cuando regresaba la siguiente vez. Los primeros quince años el hospital se había negado a aceptar aquella ornamentación alegando motivos de higiene y seguridad, pero desde hacía varios años, con el cambio de gerencia, había conseguido que el cuarto estuviera siempre rebosante de vegetación. Estaba nervioso, había pasado mucho tiempo desde la última vez. Tenía tantas ganas de hablar con ella, de contarle todo lo que había sucedido en su vida, que no sabía por dónde empezar. Se acercó lentamente a la cama y se sentó en la silla que le había traído la enfermera.

—¿Dónde te habías metido? Me tienes abandonada —le dijo ella a modo de saludo.

—Es verdad, lo siento. Ha pasado demasiado tiempo.

—Te noto rara la voz, ¿qué te ha pasado? Si no fuera porque sé que te estrenaste con Mabel Azpeitia, diría que acabas de perder la virginidad. O que se te ha aparecido Nuestra Señora la Virgen María.

—Soy otro hombre, sí —sonrió él. Estuvo tentado de hablarle de la mujer gigante, de que aquel encuentro con lo extraordinario había supuesto una catarsis en su atormentada vida, de que ahora era feliz. Entrelazó sus manos con las de ella y se las acarició suavemente.

—No me asustes, que una tiene ya una edad. ¿Qué te ha pasado?

—Tenías razón, *Ama*. Tú sabías que el destino me tenía reservada una gran misión. Me lo dijiste mil veces y no quise creerte.

—¿Te han ascendido en la *Ertzaintza*? Me tienes en ascuas, hijo.

—No, pero me reincorporaré muy pronto. La doctora Monroy ha dado su visto bueno para que me readmitan.

—Me alegro mucho. No sé por qué han tardado tanto en darse cuenta de tu valía. Entonces, ¿por qué dices que ahora eres otro hombre?

—He hecho amigos, *Ama* —dijo él con lágrimas en los ojos.

—Ten cuidado, Aimar, ya sabes que la gente al final te termina traicionando.

—Estos son amigos de verdad, *Ama*. No sé si me acabarán traicionando o no, pero me han cambiado la vida. Ahora estoy más tranquilo, más seguro de mí mismo.

—¿Te respetan?

—Sí.

—¿Te quieren por cómo eres?

—Sí.

—Entonces no dejes que nadie te los arrebate. Cuídalos y respétalos tú también. ¿Cuál es esa misión de la que me hablas entonces?

—Vigilar, servir y proteger.

—Pero eso ya lo hacías como *ertzaina*. No lo entiendo. ¿Qué diferencia hay?

—Ninguna, *Ama* —le sonrió—. No hay ninguna diferencia.

—Oye, ¿qué fue de tu amiga Consuelo y de esa secta de degenerados?

—Se llamaba Lourdes, *Ama*. Murió.

—¿Qué penica! Era tan joven... ¿Y qué pasó con los demás? ¡Ay, hijo! Ten cuidado con ellos, esa gente es peligrosa.

—Tranquila, *Ama*. No son tan malos como parecían.

—Aún así, ten cuidado.

—No te preocupes más por mí, *Ama*.

—Yo siempre me preocuparé por ti, Aimar. Una madre nunca deja de pensar en cómo le irá a su hijo. Y una cosa. ¿Me prometes que no vas a dejar pasar tanto tiempo sin venir a verme?

—Te lo prometo, *Ama*. Además, ya sabes que tú y yo no necesitamos estar en la misma habitación para hablar. Siempre que tú hablas, yo puedo escucharte.

—Ya lo sé —rio ella—. Pero no se lo digas a esa, la enfermera que te ha abierto la puerta. Se piensa que no sé que está liada con el celador. ¡No veas qué revolcones se dan en el cuarto de la limpieza!

Aimar soltó una carcajada y se puso de pie. Estuvo a punto de contarle que había estado a punto de morir estrangulado a manos de “la *sorgina*”, pero al final se contuvo. No merecía la pena. Había tenido mucha suerte. No quería que se llevara un disgusto.

—Te quiero mucho, *Ama* —le dijo.

—Yo también, hijo mío. Con toda mi alma.

La besó en la cara y le atusó el cabello. Desde aquel fatídico día en el campamento de verano *Ama* llevaba más de treinta años postrada en esa cama del hospital, sumida en un estado comatoso del que no había visos de que despertara. No le había dicho a su psiquiatra, la doctora Monroy,

que *Ama* hablaba con él, que durante todos esos años le había acompañado en su día a día, que jamás le había abandonado, tal y como le había prometido de pequeño. Tampoco le había mencionado que, a pesar de su estado, su madre había comenzado a padecer los primeros síntomas de la vejez en forma de incongruencias y falta de memoria. Sabía que era un disparate, que la doctora Monroy no iba a creerle. No iba a permitir que vetara su reincorporación al cuerpo por ese motivo. Que *Ama* se comunicara con él era una locura, sí, pero era su locura, y no estaba dispuesto a compartirla con nadie.

88.

La Madriguera estaba demasiado habitada para lo que solía ser habitual. Nada más acceder confirmó que la noticia debía de ser cierta. Los hermanos guardianes de aquella facción secreta de la Fundación Petunia hablaban animadamente con los rostros enmarcados con amplias sonrisas y miradas de satisfacción. Todo apuntaba a que era verdad lo que Mechero le había comunicado a través de un mensaje. Aceleró el paso y sorteó como pudo a otros cinco jardineros que celebraban la noticia con entusiasmo vertido en copas de champán. Llegó a la sala donde ella se encontraba. Conocía aquel lugar perfectamente. Después de recuperarse del ataque de “la *sorgina*”, durante los últimos cinco meses no había dejado de visitar aquel rincón oculto bajo el santuario de Arantzazu.

Al entrar en la habitación se encontró a David Vanner y a Jon Arkaute jugando con la pequeña al fondo. Era increíble ver el milagro que constituía aquella personita. Su aspecto era el de un hermoso bebé de un año. Nadie diría que había venido al mundo hacía menos de seis meses. Al lado de David, Ander Goikoetxea trataba de atraer su atención con un caramelo, pero sin mucho éxito. David y Jon se burlaban de él y de su poca maña con los niños. Cerca de ellos, Anne Wellington estaba apoyada en la mesa de su escritorio bromeando con Mechero y Calíope. Anne irradiaba felicidad. Hacía unas semanas se había abierto el testamento de James O’Connor y el viejo profesor le había dejado en herencia la mayor parte de sus pertenencias, incluida Sunny House. A pesar de la traición que había supuesto para ella lo que el profesor James O’Connor había hecho con Mary Anne Merrick, al menos había conseguido recuperar la mansión de su abuela. Al ver llegar a Aimar, se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—¿Así que es verdad? —preguntó él—. ¿Ha funcionado?

—Sí, los resultados de los análisis son concluyentes. David ha tenido mucha suerte. Los hermanos dicen que jamás se recuperará del todo y que puede que siga teniendo alucinaciones esporádicas el resto de su vida, pero el desarrollo de la enfermedad se ha frenado.

—David me ha dicho que lleva una semana durmiendo cuatro horas seguidas, lo que es todo un logro —apuntó Mechero.

—Es un milagro —dijo Aimar—. Lástima que los hermanos guardianes no llegaran a tiempo con Sabina.

—En el caso de Sabina era imposible que funcionara. El don de la vigilia estaba demasiado avanzado en ella. No había nada que hacer. Después de lo del estanque se quedó muy debilitada la pobre. Los linajes le estaremos eternamente agradecidos por lo que hizo. Igual que a ti. Sin vosotros puede que Adrián se hubiera escapado.

—Entonces... ¿fue ella la que invocó a...? —Aimar no se atrevía casi ni a mencionarla.

—A *Amalur*, sí. No tengas miedo a pronunciar su nombre. La Vieja sabe que tú eres bueno —le dijo Mechero guiñándole un ojo.

—Todas vimos lo mismo, Aimar —afirmó Anne—. He hablado con Anxela Cerqueiro. Tanto ella como Koro, Isabel, mi madre y yo vimos lo que La Vieja hizo con Adrián. Sabina la invocó y le suplicó que lo detuviera. Y vaya que sí lo hizo.

Aimar sonrió. La muerte por parada cardiorrespiratoria de “la *sorgina*” tras haber asesinado a su propia hermana fue portada en los periódicos durante una semana. La *Ertzaintza* encontró en la autocaravana de Adrián decenas de somníferos que atribuyeron al *modus operandi* que utilizaba para inmovilizar a sus víctimas, así como rastros de ADN de al menos dos de las niñas y de la anciana del Aitzgorri. En su casa de Bilbao hallaron almacenadas varias mazorcas de maíz en un arcón y dos camisones blancos. Según David, ese era el color de las túnicas que usaban las Madres de los antiguos berones. O al menos así lo afirmaba el Libro del Linaje.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Aimar—. ¿Cómo se las va a apañar la Fundación para hacer llegar la vacuna a todos los linajes?

—Para eso estamos nosotros, Aimar. Pero primero los hermanos tienen que conseguir sintetizarla a gran escala. Poco a poco. Creen que ahora que han descubierto cómo impedir el avance de la enfermedad les será más fácil producirla.

—¿Y qué hay de Véspero, la abuela de David? ¿Por qué no ha funcionado la vacuna en ella y aun así sigue viva? —preguntó Calíope.

Mechero le acarició suavemente la mano derecha. Aimar los observó con cierta envidia. Se habían ido a vivir juntos a un apartamento en Bilbao, muy cerca de la biblioteca de la Fundación. Se alegraba por ellos. Se merecían ser felices. El asesino del padre de Calíope finalmente había resultado ser un delincuente común que había entrado a robar y aunque el asesinato de Begoña Argenta no había sido esclarecido, Mechero estaba convencido de que había sido cosa de los Caducos. Al menos le quedaba el consuelo de haber encontrado a una mujer tan excepcional como Calíope.

—La abuela de David sigue viva gracias a la muñeca —contestó Anne—. Amelia Aizaga dice que es todo lo que necesita Véspero para vivir durante muchos años más. En esa muñeca reside una magia muy poderosa. Pero jamás volverá a ser la que era antes.

—Esperemos que nos dé tiempo a distribuir la vacuna entre los clanes antes de que vuelva la guerra a Petunia —dijo Aimar. Anne lo había nombrado su mano derecha en el gobierno de la Fundación y desde ese momento él no había dejado de aconsejarla haciéndole ver lo que creía más conveniente para ella y para la organización.

—Pensaba que con mi designación como Summa habíamos conseguido pacificar la orden —dijo Anne—. Todos contentos. Los linajes, los Insurgentes, los Originarios... todos me han mostrado su lealtad. Y los Caducos han sido expulsados. No seas cenizo y disfruta de este momento de alegría, Aimar.

—Estás loca si piensas que esto va a acabar así. En algún momento algún zumbado comenzará a expandir la idea de que las veneradoras de la Diosa masacraron a los hermanos guardianes en aquella bodega, que no fue un accidente con la combustión de los pebeteros y el monóxido de

carbono como concluyó la investigación policial. Te convertirás en el enemigo a batir, Anne. Todo se repite.

—Bueno, pues hasta que llegue ese momento no pienso tolerar que nadie me tosa —zanjó ella alejándose.

Anne pensó en las palabras de Aimar. Él tenía razón. Amelia Aizaga la había visitado hacía un par de meses para revelarles que Concha Elguea había cometido aquella barbarie sirviéndose del veneno de una extraña planta mortífera cuyo rastro desaparecía en muy pocos minutos. Las dos se habían prometido guardar el secreto. Sabía que aquella paz era transitoria pero no iba a permitir que nadie le amargara el dulce momento que ella y la Fundación estaban viviendo. Se acercó hasta donde estaban Jon y David y recuperó a su hija de los brazos de Ander, que seguía intentando ganarse el favor de la pequeña a base de carantoñas, sin ningún éxito.

—Kara, cariño —le dijo—. Hazle un poco de caso al tío Ander. ¿No ves que él también te quiere mucho?

—Gracias Anne —dijo Ander—. Jamás se me han dado bien los niños. Yo creo que les doy alergia.

—No seas tonto —dijo David agarrándole por la cintura y plantándole un beso en el carrillo izquierdo—. ¿Quién te va a tener alergia a ti?

Anne observó a David y se sintió feliz por él. Había sido idea de él llamarle Kara a la pequeña, en honor a la gran sacerdotisa de las Madres de los berones que, según el Libro del Linaje, había sido asesinada por la orden hacía más de dos mil años. A Anne le había parecido perfecto. No solo era una forma de perpetuar su recuerdo y rendirle homenaje ahora que el mausoleo donde descansaban sus cenizas había quedado arrasado por el fuego. Los linajes y la Fundación acababan de firmar la paz gracias a su nombramiento como Summa. Llamarle a su hija Kara, era la mejor manera de recordarle a todo el mundo que los errores cometidos en el pasado no podían volver a repetirse.

David le guiñó un ojo como señal de complicidad. A pesar del dolor por la reciente tragedia vivida en su familia, desde que sabía que el avance del don de la vigilia se había detenido gracias a la vacuna, David parecía otra persona, mucho más optimista y vitalista. Y Ander era un buen hombre. Se alegraba de que se hubiera cruzado en su camino. Estaban hechos el uno para el otro, no había más que ver cómo se miraban. Ahora que David se había salvado, tenían todo el tiempo del mundo para disfrutar del patrimonio que David había heredado de Sabina y de Concha. Tras la muerte de Lucía, Hubert Vanner había huido a Holanda para evitar que la policía le pisara los talones. Ante la insistencia de Ruud, David había decidido no denunciarle por el incendio del caserío de Sabina y, por el momento, no parecía que la *Ertzaintza* hubiera encontrado pruebas de la autoría. A Suzanne Bechs se la había tragado la tierra y se había desatado una pugna entre los bátavos por arrebatarse el puesto y hacerse con el control del linaje antes de que reapareciera. Con la marcha de Hubert, David y Ander se habían instalado definitivamente en casa de Ruud, aunque pasaban más de un fin de semana en el *loft* que Ander tenía en Deusto. Cuando Jon le había preguntado si no le había sorprendido lo de David y Ander, ella le había respondido que siempre había intuido que a David le gustaban también los hombres, aunque nunca le hubiera hablado

directamente de ello. David y Ander se amaban. Eso era lo que importaba. Ella también había querido mucho a David, pero eso había quedado ya muy atrás.

—Me llevo a Kara un momento a la sala cuatro. Le toca ya comer.

—¿Vais a venir hoy a merendar a casa? —le preguntó Jon guiñándole un ojo.

Anne se lo llevó del brazo lejos de David y Ander.

—Me parece que no, Jon, lo siento —le dijo—. Te agradezco lo bien que te portas con Kara y sé que la quieres con locura pero creo que no busco lo mismo que tú.

—Solo te estoy invitando a merendar —trató de disimular él—. Va a venir también mi hija.

—Jon —le dijo mirándole fijamente a los ojos—. Han pasado demasiadas cosas en mi vida y lo que menos me apetece ahora es estar con nadie. Solo quiero centrarme en Kara y en la Fundación. Entiéndelo.

—Te esperaré —le dijo él—. Tú me esperaste. Ahora me toca a mí.

—No te prometo nada —añadió Anne—. No quiero que te hagas ilusiones, Jon. Eres libre. Si aparece otra mujer, no te lo pienses.

—Pero Anne, yo...

—No, Jon. No lo estropees, por favor —le pidió ella interrumpiéndole.

Anne salió al corredor y se dirigió a la sala cuatro. Les había mentido. Aún faltaba una hora para la siguiente comida de Kara. Al entrar descubrió al hermano Fraxinus esperándola. Había llegado antes de tiempo. A su lado estaba la gigante que Aimar había grabado con su móvil. Su nombre era Ur, que, en euskera significaba “agua”. Debía de haber entrado por algún otro acceso secreto que ella todavía no conocía.

—*Amari zurekin* —la saludó. Ur respondió con una sonrisa y acarició a Kara en la cabeza.

—Hola, Anne —dijo Fraxinus.

—¿Qué tal está Amelia? —preguntó ella.

—Regular —dijo Ur—. Aún no ha superado la muerte de Sabina, Concha y Lucía. Le llevaré su tiempo. Me da un poco de cargo de conciencia irme, pero no puedo esperar más. Cuando vuelva de mi viaje regresaré a su lado para seguir mimándola. Ella ha cuidado de mí todos estos años. Yo cuidaré de ella y de Véspero. Fraxinus me ha prometido que durante mi ausencia dos de los hermanos guardianes acudirán regularmente a Alaiz Enea para echarle una mano con Véspero.

—¿Tu viaje? —preguntó Anne.

—Sí, Anne, ya lo sabías —contestó ella.

—Pero no pensé que te irías tan pronto. No hasta que las cosas se hubieran asentado más. ¿Y si te ve alguien o te capturan?

—Sé apañármelas, tranquila. Pero entiende que necesito ver a los míos. Me he pasado la vida pensando que yo era la última de mi especie. Ahora que sé que hay más como yo, necesito

encontrarles. Tú harías lo mismo.

—Está bien. Tienes mi bendición, pero prométeme que tendrás cuidado —dijo Anne.

—Lo prometo.

Ur se despidió de ellos y pasó a la habitación contigua a través de un espejo falso que había en la pared. En cuanto la vio desaparecer, Kara comenzó a llorar.

—Déjamela a mí —le pidió Fraxinus. Anne depositó a Kara en sus brazos y al instante se calmó.

—Se te dan bien los bebés —dijo Anne.

—He criado a tres, creo que ya soy un experto —sonrió él.

—¿Por qué le has dicho a Ur que hay otros gigantes como ella?

—Tenía derecho a saberlo. Salvó a Amelia y a Aimar. Creo que era hora de que conociera la verdad. No podíamos retenerla más aquí. Nos pidió que la dejáramos acudir al aquelarre y aunque sabíamos que era peligroso no tuvimos otra opción. Sus niveles de ira estaban a punto de desbordarse. Tarde o temprano alguien resultaría herido. Los hermanos guardianes somos humanos, Anne. No somos dioses ni ninguna raza superior. ¿Con qué derecho la hemos tenido aquí encerrada todos estos años?

La Fundación había encontrado a Ur en 1873 en Bilbao. Unos desaprensivos la utilizaban como mono de feria en un circo ambulante. Al parecer la habían comprado a un casero de la zona de Zuia, en Álava, pero jamás localizaron al supuesto vendedor. Ur se encontraba en un estado lamentable y la habían sometido a todo tipo de vejaciones. No sabía quién era ni de dónde provenía. Casi no hablaba ni reaccionaba a ningún tipo de estímulo. Padeía un caso severo del síndrome de los gigantes, como lo había bautizado la Fundación. Se trataba de un estado de desorientación mental extrema que sufría la mayoría de los pocos ejemplares de su especie que quedaban sobre el planeta y que los abocaba a morir desamparados o a ser víctimas de todo tipo de abusos. Ur había permanecido durante décadas confinada en La Madriguera, donde los hermanos guardianes la habían cuidado, alimentado y educado. Poco a poco su estado de salud fue mejorando y durante mucho tiempo fue feliz aprendiendo y estudiando entre aquellas paredes. Hasta que surgieron los problemas. Comenzó a mostrarse agresiva hacia 1920, cuando empezó a recordar quién era y a tomar conciencia de su naturaleza. Reclamó una y otra vez una vida en libertad. Quería salir al exterior, ver el mundo. Le mintieron y le hicieron creer que era la última de su estirpe y que los seres humanos le harían daño en cuanto la descubrieran. Al final tuvieron que buscar un lugar en el exterior al que pudiera acudir de vez en cuando para calmar su ansiedad. Recurrieron a Joaquina Aizaga, abuela de Amelia Aizaga, del linaje de los vascones, que acababa de heredar “Alaiz Enea” de su difunto padre. El caserío estaba ubicado en un bosque recóndito apenas transitado de Navarra y no quedaba tan lejos de Arantzazu. Ella aceptó de buen grado a cambio de una renta vitalicia para ella y sus descendientes. Ellos le exigieron guardar el secreto o se encargarían de que su familia cayera en desgracia. Ur se escapó en cuanto tuvo oportunidad, pero al poco tiempo regresó a La Madriguera. El mundo que había visto la atormentaba y los humanos le daban miedo. A pesar de su inteligencia, de su tamaño y de su descomunal fuerza, no fue capaz de valerse por sí misma en aquella sociedad del siglo XX.

—Su seguridad y la de Petunia se puede ver comprometida—argumentó Anne.

—La Niña no nos traicionará. Ama a Amelia y yo creo que, aunque le cueste reconocerlo, también me quiere a mí. Tú también podrías delatarnos, ahora que conoces la verdad sobre Petunia, y sin embargo no lo haces.

—¿Quién me creería? —bromeó Anne—. Además, juré solemnemente mantener el secreto el día de mi nombramiento como Summa.

—Más te vale que así sea, si no tendrás a unos cuantos encapuchados vestidos de granate persiguiéndote hasta los confines del mundo —se burló él.

Anne le correspondió con una sonrisa. Sabía que detrás de aquel tono jocosos de Fraxinus se escondía una amenaza implícita. La Fundación Petunia era un viejo tronco del que partían muchas ramas, demasiadas, y cuyas raíces se extendían por todo el planeta. De momento, la situación se había calmado, pero más le valía ser precavida.

—Nos ha tocado vivir tiempos oscuros —dijo Fraxinus—. Lo que está ocurriendo en el mundo con todos esos atentados no presagia nada bueno. Has tomado el control de la orden en un momento muy delicado. Espero que tus ancestros iluminen tu criterio para que nuestra misión continúe.

—Puedes estar seguro —afirmó Anne, acordándose del recurrente sueño que la había atormentado hasta hacía bien poco. Cientos, miles de personas gritando, mientras corrían despavoridas para escapar del horror. Aún no tenía claro si había sido una premonición. —No pienso dejar que unos fanáticos arruinen el futuro de mi hija y el de la humanidad. Somos muchos más los buenos que los malos, Fraxinus. Les venceremos.

Kara reanudó su llanto y esta vez fue Anne la que pudo calmarla. Fraxinus se despidió de ella y salió de la habitación por donde lo había hecho Ur.

Anne abandonó la estancia y se dirigió hasta la sala siete. Para entrar tuvo que teclear una clave de seguridad y utilizar un lector de iris. En el interior se encontraba la cámara acorazada de La Madriguera. Tras asegurarse de que había cerrado la puerta de la habitación, volvió a teclear un nuevo código de acceso para conseguir abrir aquella especie de caja fuerte de treinta metros cuadrados de superficie. Siempre que se metía allí con Kara, la pequeña permanecía en el más absoluto de los silencios, impresionada por la luz azulada que lo envolvía todo.

Observó la piedra original del dolmen que había sido hallada en las excavaciones de la muralla de Vitoria. La primera vez que Fraxinus se la había mostrado había estado a punto de desvanecerse por la emoción. Aquellos extraños símbolos que alguien había grabado hacía miles de años eran probablemente el testimonio más antiguo del euskera. A su lado, dentro de una vitrina, descansaba la llave de los berones. Gracias a aquel antiquísimo fórceps había conseguido alumbrar a su hija. Contempló los signos que había grabados sobre él. Eran los mismos que se habían utilizado en la piedra del dolmen para referirse a Eusc, la palabra con la que los gigantes denominaban a la Diosa. La propia Ur le había asegurado que ese era el nombre verdadero de *Amalur*. Según ella, había tenido que ser alguien de su especie quien había cincelado sobre la piedra la traducción de aquellos signos al latín y al hebreo.

A continuación, abrió uno de los cuatro armarios cerrados con llave electrónica que había en la cámara. Extrajo de él un cofre de metal ignífugo que depositó sobre la mesa. Dos preciosos candelabros judíos de color plateado aparecían grabados sobre la tapa, tumbados en posición horizontal, uno orientado hacia la izquierda y el otro hacia la derecha, de modo que los extremos de los siete brazos curvos de cada una de las lámparas se juntaban formando un espectacular dibujo de tres círculos concéntricos. El mismo dibujo que habían visto en los ojos de las estatuas de los gigantes de Cerdeña. El símbolo del mundo al que pertenecía la Fundación Petunia. El jardín antiguo. La civilización de la hermosa rosa perenne. Aún le costaba aceptar aquella verdad ancestral que le había sido revelada como consecuencia de su nombramiento como Summa y que, tal y como le había dicho Fraxinus, su abuela Mary Anne también conoció. Sacó del interior el bastón de mando que le había sido entregado durante la ceremonia en la que asumió el cargo. La parte superior de aquel pequeño cayado era una esfera de latón dorado que contenía algún tipo de piezas minúsculas que producían un siseo agradable si se agitaba. Se había convertido en el sonajero oficial de Kara. La niña abrió los ojos como platos cuando vio su juguete favorito.

—Algún día, cuando seas mayor para entenderlo, te contaré un gran secreto, Kara —le dijo mientras la entretenía haciendo sonar el cetro—. Te contaré que existe una entidad invisible con apariencia de niño que asiste a las mujeres de nuestro linaje y que algunas podemos verla. Te contaré que tu abuela Mary Anne fue una gran mujer y que podía ver el futuro, al igual que muchas otras mujeres de los linajes. Te contaré que esas mujeres una vez se unieron, formaron una hermandad sagrada y juraron prestarse auxilio recíproco siempre que lo necesitaran. Te contaré quién es Eusc, la Diosa Madre, y también quién es el Dios astado, y que hay que respetarlos y temerlos. Te contaré que hubo gigantes y que tu padre, tú y yo descendemos de ellos. Te contaré que los gigantes tuvieron una poderosa reina bruja y que esa reina fundó la religión antigua. Nuestra fe. Te contaré que aún hay gigantes sobre la Tierra y que no tienen edad, o al menos no como nosotros. Te contaré que salvaste la vida a tu padre, tal y como predijeron los oráculos de los linajes. Te contaré que gracias a ti esos linajes y los hermanos guardianes aceptaron caminar de la mano.

Kara dejó de prestar atención al cetro y se quedó quieta escuchándola atentamente como si estuviera entendiendo cada una de sus palabras.

—Te contaré que existe una lengua tan antigua como el tiempo —continuó Anne—. Te contaré que el euskera no es el idioma de los gigantes, aunque sí lo trajeron ellos hasta nosotros. Te contaré que hay quienes aseguran que su origen está en un hermoso mundo, del cual procede la Fundación. Te contaré que en ese mundo surgió la primera humanidad y que su capital era una maravillosa ciudad rodeada por el ancho mar. Te contaré que esa ciudad la conformaban tres círculos concéntricos de tierra intercalados con otros tres de agua. Te contaré que aquel fue el primer jardín, al que muchos llamaron Edén y otros “la hermosa rosa perenne”, pues a día de hoy su legado permanece. Te contaré que por ese motivo los jardines de la Fundación se vinculan a los mares que los circundan, en honor a ese pasado glorioso. Te contaré que tu padre, que tú, que yo, que todos los seres humanos procedemos de ese mundo en última instancia. Te contaré que la misión de la Fundación Petunia es sagrada y que gracias a ella se mantiene el equilibrio y la armonía en el espacio y el tiempo. Te contaré que su objetivo es custodiar los secretos ancestrales de los seres humanos y vigilar que no se produzcan alteraciones que los pongan en peligro. Te contaré que la orden de la hermosa rosa perenne ha tenido muchos otros nombres a lo largo de su longeva existencia, pero solo uno es el original y verdadero. Y tú me pedirás que te diga cuál es

ese nombre. Y yo te responderé, porque una madre no debe engañar a su hija. Y cuando te lo revele sonreirás, porque en el fondo de tu alma ya lo sabías. Y juntas compartiremos ese conocimiento, que nos llevaremos a la tumba. Y los hijos y las hijas de la Atlántida seguirán velando por el mundo, en silencio, siempre en alerta, rindiendo pleitesía al jardín antiguo, cumpliendo su divina encomienda como guardianes eternos del orden del universo. Hasta el fin de los tiempos.

En recuerdo de mis abuelas Consuelo y Juliana